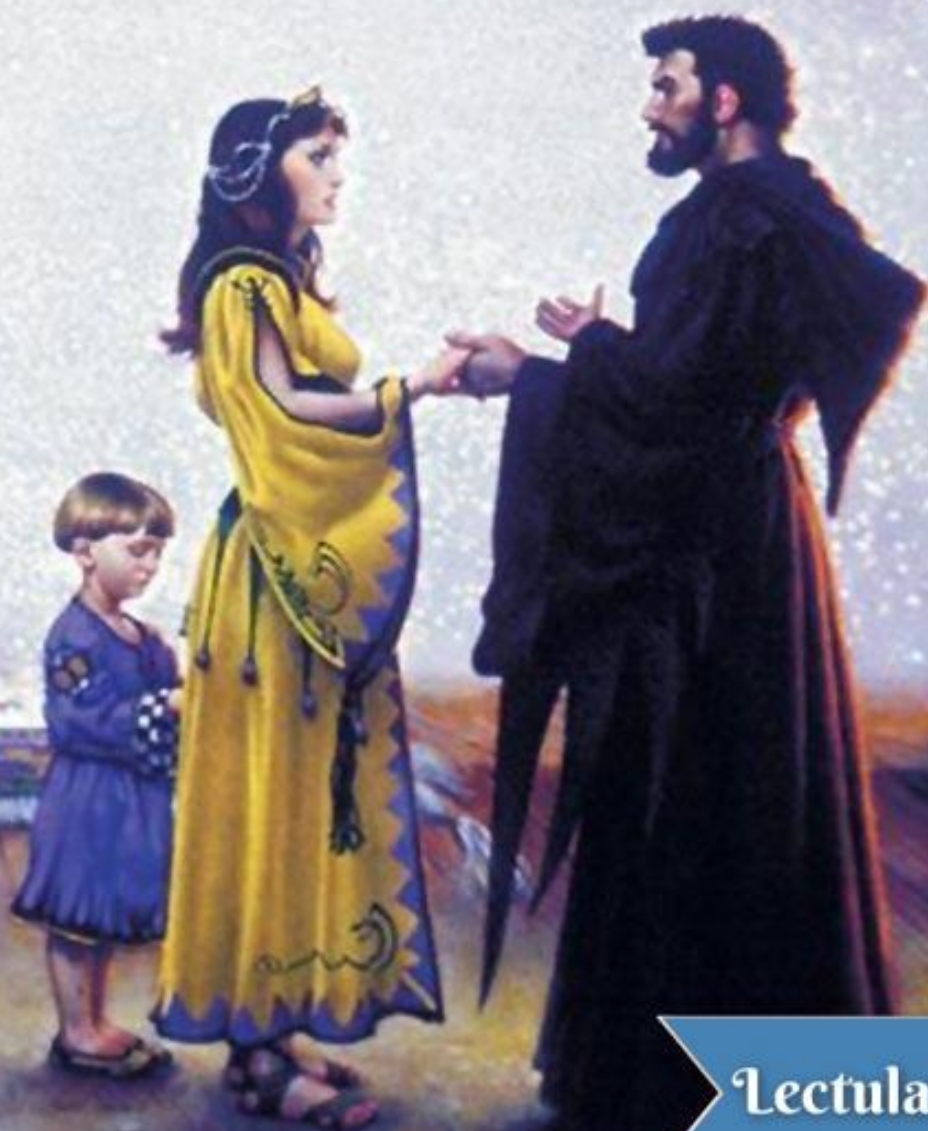


RAYMOND E. FEIST

# MAGO: MAESTRO

LA SAGA DE LA FRACTURA - LIBRO DOS



Lectulandia

Tiene en sus manos el destino de dos mundos...

Érase una vez un huérfano llamado Pug, aprendiz de hechicero en la tierra encantada de Midkemia. Entonces fue capturado y esclavizado por los tsurani, una extraña y belicosa raza de invasores de otro mundo.

Allí, en el exótico Imperio de Kelewan, recibió un nuevo nombre, Milamber, y aprendió a domeñar los inimaginables poderes que borbotaban en su interior. Y tomó su lugar en un antiguo conflicto contra un perverso Enemigo, anterior al mismo tiempo.

Lectulandia

Raymond E. Feist

# Mago: Maestro

Saga de la Fractura 2

ePub r1.0

epublector 21.10.13

Título original: *Magician*

Raymond E. Feist, 1982

Traducción: Antonio Calvario, 2004

Diseño de portada: Don Maitz

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

## Esclavo

El esclavo moribundo yacía gritando. El día era despiadadamente caluroso. Los otros esclavos siguieron con su trabajo, ignorando el sonido tanto como podían. La vida en el campo de trabajo tenía poco valor, y no hacía ningún bien darle vueltas al destino que esperaba a tantos de ellos. Al hombre moribundo le había mordido un *relli*, una criatura del pantano parecida a una serpiente. Su veneno era de acción lenta y dolorosa; excepto la magia, no había cura.

De repente se hizo el silencio. Pug levantó la vista para ver a un guardia tsurani limpiar su espada. Una mano se posó en el hombro de Pug, y la voz de Laurie le susurró al oído:

—Parece que a nuestro venerable capataz le ha molestado el ruido de la muerte de Toffston.

Pug se ató firmemente un lazo de cuerda a la cintura.

—Al menos ha acabado rápido. —Se giró hacia el alto y rubio juglar de la ciudad de Tyr-Sog, en el Reino—. Abre bien los ojos. Este es viejo y puede que esté podrido. —Sin una palabra más, Pug se encaramó al tronco del árbol *ngaggi*, un árbol del pantano similar a un abeto que los tsurani cosechaban por su madera y su resina. Al tener pocos metales, los tsurani habían sido inteligentes buscando sustitutos.

La madera de ese árbol podía trabajarse como el papel, y luego se secaba hasta adquirir una dureza increíble, para ser usada en la fabricación de un centenar de cosas. La resina se empleaba para barnizar la madera y curtir pieles. Las pieles adecuadamente curtidas podían producir una armadura de cuero tan dura como una cota de mallas de Midkemia, y las armas de madera barnizada casi estaban a la altura del acero midkemio.

Cuatro años en el pantano habían endurecido el cuerpo de Pug. Sus fibrosos músculos se tensaron mientras trepaba al árbol. Su piel se había bronceado intensamente bajo el sol del mundo de los tsurani. Su rostro estaba cubierto por la barba de un esclavo.

Pug llegó a las primeras ramas grandes y bajó la mirada hacia su amigo. Laurie

estaba metido hasta las rodillas en el agua cenagosa, espantando distraídamente los insectos que los molestaban al trabajar. A Pug le caía bien Laurie. El trovador no debería haber estado allí, pero tampoco debería haber estado acompañando a una patrulla con la esperanza de ver soldados tsurani. Dijo que quería material para unas baladas que lo hicieran famoso en el Reino entero. Había visto más de lo que esperaba. La patrulla se había metido en medio de una gran ofensiva tsurani y Laurie había sido capturado. Había llegado al campo hacía cuatro meses, y Pug y él se habían hecho amigos enseguida.

Pug continuó su subida, siempre alerta ante los peligrosos habitantes de los árboles de Kelewan. Cuando llegaba al punto más alto, Pug se quedó helado al captar un destello de movimiento. Se relajó cuando vio que solo era un agujón, una criatura cuya protección era su parecido a un brote de agujas de ngaggi. Se escabulló de la presencia del humano e hizo el corto salto a la rama de un árbol vecino. Pug volvió a inspeccionar el contorno y empezó a atar la cuerda. Su trabajo era cortar la parte alta de la copa de los enormes árboles, para que la caída fuera menos peligrosa para los que estaban debajo.

Pug dio varios tajos a la corteza y sintió que el filo de su cuchillo de madera se clavaba en la pulpa más blanda que había debajo. Al olfatear, lo saludó un olor levemente punzante. Maldijo, y se dirigió a Laurie.

—Este está podrido, díselo al capataz.

Esperó, mirando por encima de las copas de los árboles. A su alrededor volaban extraños insectos y criaturas parecidas a pájaros. En los cuatro años que llevaba como esclavo en ese mundo, no se había acostumbrado a la apariencia de dichas formas de vida. No es que fueran tan diferentes de las de Midkemia, pero eran las similitudes tanto como las diferencias las que le recordaban constantemente que esa no era su casa. Las abejas deberían ser a rayas amarillas y negras, no de color rojo brillante. Las águilas no deberían tener franjas amarillas en las alas, y los halcones no deberían tenerlas moradas. Esas criaturas no eran abejas, águilas ni halcones, pero el parecido era enorme. A Pug le resultaba más fácil aceptar las criaturas más extrañas de Kelewan. Los needras de seis patas, la bestia doméstica de carga que parecía ser algún tipo de bovino con dos robustas patas adicionales, o los cho-ja, las criaturas insectoides que servían a los tsurani y podían hablar su idioma; a esos se había acostumbrado. Pero cada vez que había visto una criatura por el rabllo del ojo y se había vuelto con la esperanza de que fuera de Midkemia, y no había sido así, la desesperación había caído sobre él.

La voz de Laurie lo sacó de su ensoñación.

—Viene el capataz.

Pug maldijo. Si el capataz tenía que ensuciarse metiéndose en el agua, entonces se pondría de mal humor, lo que querría decir palizas o una reducción en las ya

crónicamente escasas raciones. Ya estaría enfadado por el retraso en la tala. Una familia de cavadores, unas criaturas parecidas a castores de seis patas, se había aposentado en las raíces de los grandes árboles. Roían las raíces más tiernas y los árboles se debilitaban y morían. Habían puesto veneno en varias madrigueras de cavadores, pero el daño a los árboles ya estaba hecho.

Una voz ronca, maldiciendo a gritos mientras su propietario avanzaba chapoteando por el pantano, anunció la llegada del capataz, Nogamu. Él mismo era esclavo, pero había logrado la posición más alta a la que podía aspirar como tal; y aunque nunca podría ser libre, tenía muchos privilegios y podía dar órdenes a los soldados y hombre libres que tenía bajo su mando. Un joven soldado caminaba tras él, con gesto de cierta diversión en el rostro. Iba afeitado, según era costumbre entre los hombres libres tsurani, y cuando levantó la mirada hacia Pug, el esclavo pudo verlo bien. Tenía los mismos pómulos prominentes y los ojos casi negros de tantos otros tsurani. Sus ojos oscuros se cruzaron con los de Pug, y pareció asentir levemente. Su armadura azul era de un tipo desconocido para Pug, pero con la extraña organización militar de los tsurani esto no era sorprendente. Cada familia, dominio, zona, pueblo, ciudad y provincia parecía tener su propio ejército. Cómo se relacionaban en el seno del Imperio se escapaba al entendimiento de Pug.

El capataz se plantó en la base del árbol, remangándose la túnica corta por encima del agua. Gruñía como el oso que parecía.

—¿Qué es esto de otro árbol podrido? —le gritó a Pug.

Pug hablaba el idioma tsurani mejor que ningún otro de los hombres de Midkemia en el campamento, puesto que solo unos pocos viejos esclavos tsurani llevaban allí más tiempo que él.

—Huele a podrido. Deberíamos ir a por otro y dejar este, Amo.

El capataz agitó el puño.

—Sois unos haraganes. A este árbol no le pasa nada. Está perfectamente. Solo queréis libraros de trabajar. ¡Ahora, cortadlo!

Pug suspiró. No se podía discutir con el Oso, como llamaban a Nogamu todos los esclavos midkemios. Obviamente estaba molesto por algo y los esclavos iban a pagarlo. Pug empezó a cortar la parte superior de la copa, y pronto esta cayó al suelo. El olor a podrido era fuerte, y Pug retiró las cuerdas a toda prisa. Justo cuando estaba terminando de enrollarlas alrededor de su cintura, le llegó un sonido de resquebrajamiento desde un punto directamente frente a él.

—¡Se cae! —gritó a los esclavos que había debajo, de pie en el agua. Sin dudar, todos salieron corriendo. Los gritos de «caída» nunca se ignoraban.

El tronco del árbol se estaba partiendo longitudinalmente en dos ahora que le habían cortado la copa. Aunque esto no era frecuente, si un árbol estaba lo bastante estropeado para que la pulpa hubiera perdido su consistencia, cualquier rotura en la

corteza podía provocar que se rompiera bajo su propio peso. El peso de las ramas del árbol lo desgarraba en dos mitades. Si Pug hubiera estado atado al tronco, las cuerdas lo hubieran partido por la mitad antes de romperse.

Pug calculó la dirección de la caída, y cuando la mitad en la que él se encontraba empezó a moverse saltó alejándose de ella. Cayó de plano en el agua, de espaldas, con la esperanza de que el poco más de medio metro de profundidad amortiguara su caída lo máximo posible. El golpe contra el agua vino seguido de inmediato por un impacto más fuerte contra el suelo. El fondo era sobre todo fango, así que no se hizo mucho daño. El aire de los pulmones se le escapó por la boca al golpearse, y la cabeza le dio vueltas por unos instantes. Mantuvo la suficiente presencia de ánimo para sentarse y tomar una larga bocanada de aire.

De repente, un gran peso cayó sobre su estómago, dejándolo sin aliento y sumergiendo su cabeza bajo el agua. Luchó por moverse y se encontró con que tenía una gran rama sobre el estómago. Apenas podía sacar la cara del agua para respirar. Le ardían los pulmones y respiraba sin control. El agua entró a borbotones por su garganta y empezó a asfixiarse. Tosiendo y escupiendo, trató de mantener la calma pero sintió crecer el pánico en su interior. Empujó frenéticamente el peso que había caído sobre él, pero no logró moverlo.

De repente se encontró con la cabeza fuera del agua.

—¡Escupe, Pug! Sácate el agua de los pulmones o cogerás la fiebre pulmonar — dijo Laurie.

Pug carraspeó y escupió. Con Laurie sosteniéndole la cabeza pudo recuperar el aliento.

—Agarrad esta rama. Yo lo sacaré de debajo —gritó Laurie.

Varios esclavos llegaron chapoteando, con los cuerpos empapados de sudor. Metieron los brazos debajo del agua y aferraron la rama. Tirando, lograron moverla un poco, pero Laurie no pudo sacar a Pug.

—Traed hachas, tendremos que cortar la rama del tronco.

Los otros esclavos se acercaban con las hachas cuando Nogamu gritó:

—No, dejadlo. No tenemos tiempo para esto. Hay árboles que cortar.

—¡No podemos dejarlo! ¡Se ahogará! —casi le gritó Laurie.

El capataz se acercó y golpeó a Laurie en el rostro con un látigo. Le hizo un profundo corte en la mejilla al juglar, pero este no soltó la cabeza de su amigo.

—Vuelve al trabajo, esclavo. Esta noche serás azotado por hablarme en ese tono. Hay más que pueden encargarse de las copas. Ahora ¡suéltalo!

Volvió a golpear a Laurie. Laurie hizo una mueca de dolor, pero mantuvo la cabeza de Pug por encima del agua. Nogamu levantó su látigo para un tercer golpe, pero una voz a su espalda lo detuvo.

—Que corten la rama y saquen al esclavo de debajo.



Laurie vio que quien había hablado era el joven soldado que acompañaba al capataz. Este giró bruscamente sobre sus talones, poco acostumbrado a que se cuestionaran sus órdenes. Cuando vio quién había hablado, se tragó las palabras que tenía en los labios.

—Como desee mi amo —dijo, inclinando la cabeza.

Hizo un gesto para que los esclavos de las hachas liberaran a Pug, y este pronto pudo salir de debajo de la rama. Laurie lo condujo hacia donde estaba el joven soldado. Pug tosió hasta expulsar toda el agua de sus pulmones y jadeó.

—Agradezco mi vida a mi amo.

El hombre no dijo nada, pero cuando se acercó el capataz, se dirigió a él.

—Este esclavo tenía razón, y tú no. El árbol estaba podrido. No debes castigarlo por tus propios errores de juicio y tu mal carácter. Debería hacer que te azotaran, pero no voy a perder tiempo en ello. El trabajo progresa lentamente, y mi padre no está complacido.

Nogamu inclinó la cabeza.

—Pierdo estima a los ojos de mi señor. ¿Tengo su permiso para matarme?

—No, eso sería demasiado honor. Vuelve al trabajo.

El rostro del capataz enrojeció de vergüenza silenciosa y de cólera. Levantó el látigo y señaló a Laurie y Pug.

—Vosotros dos, volved al trabajo.

Laurie se puso de pie, y Pug lo intentó. Le temblaban las rodillas por haber estado a punto de ahogarse, pero logró incorporarse tras varios intentos.

—Esos dos quedan exentos de trabajar durante el resto del día —dijo el joven señor—. Este —señaló a Pug— es de poca utilidad. Al otro hay que vendarle esos cortes que le has hecho o se le infectarán. —Se volvió hacia un guardia—. Llévatelos al campamento y ocúpate de ellos.

Pug estaba agradecido, no tanto por sí mismo como por Laurie. Con un poco de descanso, él podría haber vuelto al trabajo, pero una herida abierta en el pantano significaba una sentencia de muerte en la mayoría de los casos. Las infecciones llegaban enseguida en ese lugar caluroso y sucio, y había pocos medios para enfrentarse a ellas.

Siguieron al guardia. Mientras se iban, Pug pudo ver al capataz observarlos con el odio desnudo en los ojos.

Hubo un crujido de las tablas del suelo y Pug se despertó al instante. Su cautela de esclavo le decía que ese sonido no pertenecía a la cabaña en plena noche.

A través de las tinieblas pudo oír unas pisadas acercándose, y luego deteniéndose a los pies de su catre. Desde el catre de al lado le llegó el sonido de Laurie respirando hondo, y supo que el juglar también estaba despierto. Posiblemente el intruso habría

despertado a la mitad de los esclavos. El extraño dudó acerca de algo y Pug esperó, tenso por la incertidumbre. Hubo un gruñido, y sin dudar Pug rodó fuera del catre. Un peso cayó, y Pug pudo oír un golpe amortiguado cuando una daga se clavó donde momentos antes había estado su pecho. Repentinamente la habitación estalló en actividad. Los esclavos gritaban y se los podía oír corriendo hacia la puerta.

Pug sintió que unas manos lo agarraban en la oscuridad, y un intenso dolor explotó a lo largo de su pecho. Alargó los brazos a ciegas en busca de su asaltante y forcejeó con él por la hoja. Otro tajo, y su mano derecha recibió un corte en la palma. Súbitamente el atacante dejó de moverse, y Pug fue consciente de que había un tercer cuerpo sobre el asesino.

Los soldados entraron a toda prisa en la cabaña portando linternas, y Pug pudo ver a Laurie yaciendo cruzado sobre el cuerpo inmóvil de Nogamu. El oso seguía respirando, pero por la forma en que la daga le sobresalía entre las costillas, no por mucho tiempo.

El joven soldado que había salvado las vidas de Laurie y de Pug entró, y los demás le abrieron paso. Se detuvo junto a los tres combatientes.

—¿Está muerto? —se limitó a preguntar.

Los ojos del capataz se abrieron.

—Vivo, señor. Pero muero por el filo —dijo con un leve susurro. Una débil pero desafiante sonrisa apareció en su rostro empapado de sudor.

El rostro del joven soldado no traicionaba emoción alguna, pero sus ojos parecían estar en llamas.

—Creo que no —dijo en voz baja, volviéndose hacia dos de los soldados que había en la habitación—. Llévalo afuera enseguida y colgadlo. No habrá honor para que lo cante su clan. Dejad el cuerpo allí para los insectos. Será un aviso de que no hay que desobedecerme. Id.

El rostro del moribundo palideció, y le temblaron los labios.

—No amo, te lo suplico, déjame morir por el filo. Unos pocos minutos más. — Una espuma sanguinolenta apareció en las comisuras de su boca.

Dos hoscos soldados agarraron a Nogamu y, prestando poca atención a su dolor, lo arrastraron fuera. Se lo pudo oír gimiendo todo el camino. La cantidad de fuerza que le quedaba en la voz era asombrosa, como si el miedo a la soga hubiera despertado una reserva en lo más profundo de su ser.

Se quedaron allí plantados, helados, hasta que el sonido se vio interrumpido por un grito estrangulado. Entonces el joven oficial se volvió hacia Pug y Laurie. Pug estaba sentado, y la sangre chorreaba de un largo corte superficial que atravesaba su pecho. Sostenía su mano herida con la otra. Tenía un corte profundo, y no se le movían los dedos.

—Trae a tu amigo herido —le ordenó el joven soldado a Laurie.

Este ayudó a Pug a ponerse en pie y ambos siguieron al oficial fuera de la cabaña de los esclavos. El oficial los condujo a través del campo hasta su propio alojamiento, y les ordenó entrar. Una vez dentro, ordenó a un guardia que fuera a por el médico del campo. Les hizo mantenerse en silencio hasta que llegó el médico. Este era un anciano tsurani, vestido con los ropajes del culto a uno de sus dioses. Cuál era, eso no podían decirlo los midkemios. Inspeccionó las heridas de Pug y consideró que la herida del pecho era superficial. La mano, dijo, era otra cosa.

—El corte es profundo, y ha afectado a los músculos y los tendones. Sanará, pero perderá movilidad y tendrá poca fuerza para agarrar. Lo más posible es que sólo sirva para tareas ligeras.

El soldado asintió, con una peculiar expresión en la cara: una mezcla de disgusto e impaciencia.

—Muy bien. Véndales las heridas y déjanos.

El médico se puso a limpiar las heridas. Cogió veinte puntos en la mano de Pug, la vendó, le advirtió de que la mantuviera limpia y luego se fue. Pug ignoró el dolor, relajando su mente con un viejo ejercicio mental. Después de que el médico se hubo ido, el soldado estudió a los dos esclavos que estaban ante él.

—Por ley debería haberos ahorcado por haber matado al capataz. —Ellos no dijeron nada. Se mantendrían callados hasta que les ordenaran hablar—. Pero como he sido yo quien lo ha ahorcado, tengo la libertad de manteneros con vida, si me conviene. Puedo limitarme a castigaros por herirlo. —Hizo una pausa—. Consideraos castigados. —Hizo un gesto con la mano—. Dejadme, pero volved aquí al amanecer. Tengo que decidir qué hacer con vosotros.

Se fueron sintiéndose afortunados, puesto que lo más normal era que ahora mismo hubieran estado colgando junto al antiguo capataz.

—Me pregunto de qué iba eso —dijo Laurie mientras cruzaban el complejo.

—A mí me duele demasiado para hacerme preguntas. Solo doy gracias porque veremos el día de mañana —respondió Pug.

Laurie no dijo nada más hasta que llegaron a la cabaña de los esclavos.

—Creo que el joven señor pretende algo.

—Lo que sea. Ya hace mucho que renuncié a comprender a nuestros amos. Por eso me he mantenido vivo tanto tiempo, Laurie. Me limito a hacer lo que me dicen y aguanto. —Pug señaló hacia el árbol donde podía verse el cuerpo del antiguo supervisor a la pálida luz de la luna. Esa noche solo había salido la luna más pequeña—. Es demasiado fácil acabar así.

—Quizá tengas razón —asintió Laurie—. Sigo pensando en escapar.

Pug se rio, un sonido corto y amargo.

—¿Adónde, cantante? ¿Hacia dónde correrías? ¿Hacia la fractura y diez mil tsurani?

Laurie no dijo nada. Volvieron a sus catres y trataron de dormir bajo el húmedo calor.

El joven oficial estaba sentado en una pila de cojines, con las piernas cruzadas a la manera tsurani. Despidió al guardia que había acompañado a Pug y Laurie e hizo un gesto para que ambos esclavos se sentaran. Lo hicieron dubitativos, puesto que a los esclavos no se les solía permitir sentarse en presencia de un amo.

—Soy Hokanu, de los Shinzawai. Mi padre es el dueño de este campo —dijo sin más preámbulos—. Está muy insatisfecho con la cosecha de este año. Me ha enviado para ver qué puede hacerse. Ahora no tengo capataz para dirigir el trabajo porque un imbécil os culpó de su propia estupidez. ¿Qué hago?

No dijeron nada.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —les preguntó.

—Cuatro años, amo.

—Un año, amo.

Pug y Laurie respondieron por turnos. Hokanu reflexionó sobre sus respuestas.

—Tú —dijo señalando a Laurie—. No eres nada inusual, excepto porque hablas nuestro idioma mejor que la mayoría de los bárbaros. Pero tú —señaló a Pug— te has mantenido con vida más tiempo que la mayoría de tus inflexibles compatriotas, y también hablas correctamente nuestro idioma. Incluso podrías pasar por un campesino de alguna provincia remota.

Se quedaron sentados en silencio, inseguros de a dónde quería llegar Hokanu. Pug se dio cuenta con un sobresalto de que posiblemente era un año o dos mayor que ese joven señor. Era joven para ese rango. Las costumbres tsurani eran muy extrañas. En Crydee sería aún un aprendiz, o siendo noble se estaría educando en la política de estado.

—¿Cómo es que hablas tan bien? —le preguntó a Pug.

—Amo, fui de los primeros capturados y traídos aquí. Solo había siete de nosotros entre tantos esclavos tsurani. Aprendimos a sobrevivir. Tras algún tiempo, sólo quedé yo. Los otros murieron de las fiebres ardientes o de heridas infectadas, o los mataron los guardias. No quedó nadie para hablar conmigo en mi propio idioma. Hasta que pasó un año no llegaron al campamento más compatriotas.

El oficial asintió y se dirigió a Laurie.

—¿Y tú?

—Amo, soy cantante, un juglar en mi tierra. Tenemos por costumbre viajar mucho, y debemos aprender muchos idiomas. También tengo buen oído para la música. Vuestro idioma es lo que en mi mundo se llama una lengua tonal; palabras con el mismo sonido pero cuyos diferentes significados se distinguen por la entonación con la que son pronunciadas. Hay varios idiomas parecidos al sur del

Reino. Aprendo rápido.

En los ojos del soldado apareció un destello.

—Es bueno saber esas cosas. —Se sumió en sus pensamientos, y tras unos momentos asintió para sí—. Hay muchos aspectos que forjan la fortuna de un hombre, esclavos. —Sonrió, con más aspecto de niño que de hombre—. Este campo es un desecho. Voy a preparar un informe para mi padre, el señor de los Shinzawai. Creo que sé cuáles son los problemas. —Señaló a Pug—. Me gustaría saber tu opinión al respecto. Llevas aquí más tiempo que nadie.

Pug recuperó la compostura. Hacía mucho tiempo que alguien no le pedía una opinión acerca de algo.

—Amo, el primer capataz, el que estaba aquí cuando yo fui capturado, era un hombre inteligente que comprendía que los hombres, incluso los esclavos, no pueden trabajar bien si están debilitados por el hambre. Comíamos mejor y a los heridos se les daba tiempo para recuperarse. Nogamu era un hombre de mal carácter que se tomaba cada contratiempo como una ofensa personal. Si los cavadores estropeaban una arboleda, era culpa de los esclavos. Si un esclavo moría, era un plan para desacreditar su dirección de los trabajos. Cada problema era recompensado con otro recorte en la comida o más horas de trabajo. La buena suerte la consideraba mérito suyo.

—Lo sospechaba. Una vez, Nogamu fue un hombre muy importante. Era el hadonra, el administrador de las propiedades de su padre. Su familia fue encontrada culpable de intrigar contra el Imperio, y su propio clan los vendió como esclavos, a todos los que no fueron ahorcados. Nunca fue un buen esclavo. Se pensó que haciéndolo responsable del campo se daría mejor salida a sus habilidades. Se ha demostrado que no era el caso. ¿Hay entre los esclavos algún buen hombre que pueda mandar competentemente?

—Amo, aquí Pug... —dijo Laurie inclinando la cabeza.

—No creo, tengo planes para vosotros dos.

Pug se sorprendió, y se preguntó qué habría querido decir.

—Quizá Chogana —dijo—. Era granjero, hasta que perdió la cosecha y fue vendido como esclavo para cubrir la deuda de los impuestos.

El soldado tocó las palmas una vez, y al instante hubo un guardia en la habitación.

—Traedme al esclavo Chogana.

El guardia hizo un saludo y se fue.

—Está bien que sea tsurani —dijo el soldado—. Vosotros los bárbaros no sabéis el lugar que os corresponde, y no quiero ni pensar lo que pasaría si dejara a uno al mando. Haría que mis soldados cortaran los árboles mientras los esclavos montaban guardia.

Hubo un momento de silencio, y entonces Laurie se rio. Era un sonido musical y

profundo. Hokanu sonrió. Pug observó atentamente. El joven que tenía sus vidas en sus manos parecía estar trabajando duro para ganarse su confianza. A Laurie parecía haberle caído bien, pero Pug mantenía sus sentimientos bajo control. Hokanu estaba muy distante de la vieja sociedad de Midkemia, donde la guerra convertía en camaradas de armas al noble y al campesino, que compartían comidas y penalidades sin preocuparse por la posición social. Una cosa que había aprendido acerca de los tsurani era que estos nunca se olvidaban, ni por un instante, de su posición social. Lo que fuera que estaba pasando en esta cabaña era por designio de ese joven soldado, no por azar. Hokanu pareció sentir la mirada de Pug y se la devolvió. Se miraron a los ojos brevemente antes de que Pug los bajara, como correspondía a un esclavo. Por un instante se transmitió una comunicación entre ellos. Fue como si el soldado hubiera dicho: «No crees que yo sea un amigo. Que así sea, mientras cumplas con tu parte».

—Volved a vuestra cabaña —dijo Hokanu con un gesto de la mano—. Descansad bien, porque partiremos después de la comida del mediodía.

Los dos se pusieron de pie e hicieron una reverencia, y luego salieron de espaldas de la cabaña. Pug caminaba en silencio.

—Me pregunto adónde iremos —dijo Laurie—. En cualquier caso, será un sitio mejor que este —añadió cuando no hubo respuesta.

Pug se preguntó si lo sería.

Una mano sacudió el hombro de Pug, que se despertó. Había estado dormitando al calor de la mañana, aprovechando el descanso extra antes de que Laurie y él partieran con el joven noble después del almuerzo. Chogana, el antiguo granjero al que Pug había recomendado, le hizo un gesto para que se callara y señaló a donde Laurie dormía profundamente.

Pug siguió al viejo esclavo fuera de la cabaña, y se sentaron a la sombra del edificio. Chogana habló lentamente, como tenía por costumbre.

—Mi señor Hokanu me ha dicho que has sido fundamental en que me escogieran como capataz del campamento. —Su rostro bronceado y arrugado adquirió un aspecto solemne cuando inclinó la cabeza hacia Pug—. Estoy en deuda contigo.

Pug le devolvió la inclinación de cabeza, algo muy formal y poco habitual en ese campamento.

—No hay deuda alguna. Actuarás como se supone que debe hacerlo un capataz. Te ocuparás bien de tus hermanos.

El viejo rostro de Chogana se partió en dos en una amplia sonrisa, que dejó al descubierto una dentadura manchada de marrón por años de mascar nueces de tatín. El fruto, de suave efecto narcótico y que se encontraba con facilidad en el pantano, no reducía la eficiencia pero hacía que el trabajo pareciera menos duro. Pug había evitado ese hábito, aunque no sabía decir por qué, al igual que la mayoría de los

midkemios. Parecía que de algún modo significaba una rendición final de la voluntad.

Chogana miró fijamente el campamento, con los ojos entrecerrados por la fuerte luz. Estaba vacío, excepto por la guardia personal del joven señor y los cocineros. El sonido de los grupos de trabajo resonaba entre los árboles en la distancia.

—Cuando era niño, en la granja de mi padre en Szetac —empezó a decir Chogana—, se descubrió que yo tenía un talento. Me investigaron y vieron que era insuficiente. —Pug no comprendió el significado de la última frase, pero no interrumpió—. Así que me convertí en granjero como mi padre. Pero mi talento estaba allí. A veces veo cosas, Pug, cosas dentro de los hombres. A medida que crecía, se iba corriendo la voz de mi talento y la gente, sobre todo la gente pobre, venía a pedirme consejo. Cuando era joven, era arrogante y cobraba mucho por decir lo que veía. Cuando me hice mayor, me volví humilde y aceptaba cualquier cosa que me ofrecieran, pero seguí diciendo lo que veía. De cualquier modo, la gente se iba enfadada. ¿Sabes por qué? —preguntó con una risita. Pug negó con la cabeza—. Porque no venían a oír la verdad. Venían a oír lo que querían oír. —Pug compartió la risa de Chogana—. Así que fingí que había perdido el talento, y tras algún tiempo dejó de venir gente a mi granja. Pero ese talento nunca se fue, Pug, y todavía veo cosas a veces. Yo moriré en este campamento, pero tú tienes un destino diferente ante ti. ¿Lo quieres escuchar?

Pug dijo que sí.

—Dentro de ti hay atrapado un poder; qué es y qué significa, eso no lo sé.

Conociendo la extraña actitud de los tsurani hacia los magos, Pug sintió un repentino pánico ante la posibilidad de que alguien hubiera sentido su antigua vocación. Para la mayoría no era más que otro esclavo del campamento, y para algunos un antiguo escudero. Chogana siguió hablando, con los ojos cerrados.

—He soñado contigo, Pug. Te vi en una torre, y te enfrentabas a un enemigo terrible. —Abrió los ojos—. No sé qué puede significar el sueño, pero hay algo que debes saber: antes de subir a esa torre para enfrentarte a tu enemigo, debes buscar tu *wal*, que es el centro secreto de tu ser, el lugar perfecto de paz interior. Una vez que lo encuentres estarás a salvo de todos los peligros. Puede que tu carne sufra, incluso que muera, pero dentro de tu *wal* resistirás en paz. Esfuérate en buscarlo, Pug, porque pocos hombres encuentran su *wal*. —Chogana se puso en pie—. Pronto partiréis. Ven, debemos despertar a Laurie.

—Chogana, gracias —dijo Pug mientras caminaban hacia la entrada de la cabaña—. Pero, una cosa: has hablado de un enemigo en la torre. ¿Podrías decirme quién era?

Chogana se rio y sacudió la cabeza.

—Oh, sí. Lo vi. —Siguió riéndose mientras subía la escalera de la cabaña—. Es el enemigo al que más debe temer todo hombre. —Unos ojos entrecerrados observaron

a Pug—. Tú mismo.

Pug y Laurie estaban sentados en las escaleras del templo, con seis guardias tsurani descansando alrededor de ellos. Los guardias habían sido corteses (apenas) durante todo el trayecto. El viaje había sido agotador, si no difícil. Al no tener caballos, ni nada equivalente, todo tsurani que no iba en un carro tirado por needras se movía a pata, las suyas o las de otro. Los nobles iban y venían por las amplias avenidas en literas cargadas a lomos de esclavos sudorosos y resoplantes.

A Pug y Laurie les habían proporcionado unas sencillas túnicas cortas grises de esclavo. Los taparrabos, adecuados en los pantanos, eran considerados indecorosos para viajar entre ciudadanos tsurani. Los tsurani daban cierta importancia al pudor, aunque no tanta como la gente del Reino.

Habían venido por una carretera a lo largo de una gran masa de agua llamada la Bahía de la Batalla. Pug había pensado que, si era una bahía, era más grande que cualquier cosa que llevara ese nombre en Midkemia, puesto que ni siquiera desde los altos acantilados que la dominaban podía verse el otro lado. Tras varios días de viaje habían llegado a tierras cultivadas, y pronto pudieron ver la otra orilla acercándose. Otros pocos días de camino y habían llegado a la ciudad de Jamar.

Pug y Laurie veían pasar el tráfico mientras Hokanu hacía una ofrenda en el templo. Los tsurani parecían estar locos por los colores. Allí, incluso el trabajador más humilde iba vestido con una túnica corta de brillantes colores. Los que tenían riqueza podían verse con vestiduras más extravagantes, cubiertas con diseños intrincados. Solo los esclavos no llevaban las coloristas vestimentas.

Por todas partes de la ciudad pululaba la gente: granjeros, comerciantes, trabajadores y viajeros. Hileras de needras avanzaban pesadamente, tirando de carromatos cargados de productos y mercancías. La enorme cantidad de gente abrumaba a Pug y Laurie, porque los tsurani parecían hormigas yendo y viniendo como si el comercio del Imperio no pudiera esperar por la comodidad de sus ciudadanos. Muchos transeúntes se paraban a mirar fijamente a los de Midkemia, a los que consideraban bárbaros gigantescos. Su propia altura llegaba como mucho al metro sesenta y cinco, e incluso Pug era considerado alto, ya que había crecido hasta el metro setenta. Por su parte, la gente de Midkemia se refería a los tsurani como enanos.

Pug y Laurie miraron a su alrededor. Estaban esperando en el centro de la ciudad, donde estaban los grandes templos. Había diez grandes pirámides entre una serie de parques de diferentes tamaños. Todos estaban ricamente decorados con murales, tanto pintados como mosaicos. Desde donde estaban, los jóvenes podían ver tres de los parques. Todos estaban ajardinados, con ríos en miniatura serpenteando por ellos, con diminutas cataratas incluidas. El suelo cubierto de hierba de los parques estaba



salpicado de árboles enanos y de otros más grandes para dar sombra. Unos músicos ambulantes tocaban flautas y extraños instrumentos de cuerda, produciendo una música alienígena y polifónica, entreteniendo a los que se solazaban en los parques y a los transeúntes.

Laurie escuchaba absorto.

—¡Escucha esos semitonos! ¡Y esos acordes menores disminuidos! —Suspiró y bajó la mirada hasta el suelo—. Es muy rara, pero es música. —Miró a Pug, y en su voz faltaba el habitual buen humor—. Si pudiera volver a tocar... —echó una ojeada a los distantes músicos—. Incluso podría llegar a gustarme la música tsurani.

Pug lo dejó solo con su añoranza.

Paseó la mirada por la bulliciosa plaza, tratando de clasificar las sensaciones que le habían estado llegando sin cesar desde que habían entrado en los barrios periféricos de la ciudad. Por todas partes había gente que iba y venía apresurada a sus asuntos. A poca distancia de los templos habían pasado por un mercado, no muy diferente de los de las ciudades del Reino, pero más grande. El ruido de los vendedores que pregonaban su mercancía y de los compradores, los olores, el calor, todo le recordaba a su hogar de una forma extraña.

Cuando el séquito de Hokanu se acercaba, los plebeyos se apartaban del camino, puesto que los guardias que iban en cabeza de la comitiva gritaban «¡Shinzawai!», para hacer saber que se aproximaba un noble. El grupo sólo tuvo que ceder el paso en la ciudad una vez a un grupo de hombres ataviados de rojo, con capas de plumas escarlatas. El que Pug supuso que sería un sumo sacerdote llevaba una máscara de madera tallada para parecer una calavera roja, mientras que los demás llevaban las caras pintadas de rojo. Iban tocando silbatos de caña, y la gente se dispersaba para dejarles el paso libre. Uno de los soldados hizo un gesto de protección, y más tarde Pug se enteró de que aquellos hombres eran sacerdotes de Turakamu, el Devorador de Corazones, hermano de la diosa Sibi, Ella que Es la Muerte.

Pug se volvió hacia un guardia cercano e hizo un gesto, pidiendo permiso para hablar. El guardia asintió una vez.

—¿Amo, qué dios reside aquí? —dijo Pug, señalando al templo donde rezaba Hokanu.

—Bárbaro ignorante —le respondió el soldado de forma amistosa—. Los dioses no residen en estas estancias sino en los Cielos Superior e Inferior. Los templos están para que los hombres les rindan pleitesía. Aquí el hijo de mi señor está haciendo una ofrenda a Chochocán, el dios bueno del Cielo Superior y a su servidor Tomachaca, el dios de la paz, pidiendo buena fortuna para los Shinzawai.

Cuando volvió Hokanu, reemprendieron la marcha. Se abrieron camino a través de la ciudad, y Pug seguía estudiando a la gente junto a la que pasaban. La presión era increíble, y Pug se preguntaba cómo lograban soportarla. Como campesinos que

visitan la gran ciudad por vez primera, Pug y Laurie miraban con los ojos como platos las maravillas de Jamar. Incluso el trovador, supuestamente más cosmopolita, exclamaba asombrado ante esta o aquella visión. Pronto los guardias se reían por lo bajo ante el evidente deleite de los bárbaros con las cosas más normales.

Todos los edificios junto a los que pasaban estaban contruidos de madera y de un material translúcido, parecido a la tela pero rígido. Unos pocos, como los templos, estaban contruidos de piedra, pero lo que más llamaba la atención era que cada edificio junto al que pasaban, desde los templos hasta las cabañas de los trabajadores, estaba pintado de blanco, excepto las vigas y los marcos de las puertas, que estaban pintados de un marrón oscuro satinado. Todas las superficies grandes estaban decoradas con coloridas pinturas: animales, paisajes, deidades y escenas de batallas. Por todas partes había un tumulto de colores que confundía a la vista.

Al norte de los templos, atravesando uno de los parques y frente a una ancha avenida, se alzaba un solitario edificio, separado de los demás por unos amplios jardines rodeados de setos. Dos centinelas, equipados con armaduras y cascos parecidos a los de los soldados que iban con ellos, montaban guardia frente a la puerta. Se cuadraron ante Hokanu cuando este se aproximó.

Sin decir ni palabra, los guardias que iban con ellos se fueron por un lado de la casa, dejando a los esclavos con el joven oficial. Este hizo un gesto y uno de los centinelas de la puerta abrió el gran portón recubierto de tela. Entraron en un pasillo a cielo abierto que conducía hacia la parte trasera del edificio, con puertas a ambos lados. Hokanu los condujo hasta una puerta trasera, que les abrió un esclavo de la casa.

Entonces, Pug y Laurie descubrieron que la casa tenía forma de cuadrado, con un gran jardín central accesible desde todos los lados. Junto a un estanque burbujeante se sentaba un hombre mayor, vestido con una túnica azul oscuro sencilla pero de aspecto caro. Estaba leyendo un pergamino. Levantó la vista cuando entraron los tres, y se puso de pie para saludar a Hokanu.

El joven se quitó el casco y se puso en posición de firmes. Pug y Laurie se quedaron algo retrasados y no dijeron nada. El hombre asintió, y Hokanu se le acercó. Se abrazaron.

—Hijo mío, me alegro de volver a verte —dijo el anciano—. ¿Cómo fueron las cosas en el campamento?

Hokanu presentó su informe, con brevedad y exactitud, sin dejarse fuera nada de importancia. Luego contó las medidas que había tomado para remediar la situación.

—Así que el nuevo capataz se encargará de que los esclavos reciban suficiente comida y descanso. La producción debería incrementarse pronto.

Su padre asintió.

—Creo que has actuado con sabiduría, hijo mío. Tendremos que mandar a

alguien en algunos meses para evaluar los progresos, pero las cosas no pueden ir peor de como iban. El Señor de la Guerra exige más producción, y estamos al borde de perder su favor.

Pareció notar a los esclavos por primera vez.

—¿Y estos? —fue todo lo que dijo, señalando a Laurie y Pug.

—Son poco habituales. Estuve pensando en la conversación que tuvimos la noche antes de que mi hermano partiera hacia el norte. Pueden resultar valiosos.

—¿Has hablado de esto con alguien? —aparecieron arrugas alrededor de sus ojos. Aunque era mucho más bajo, en cierto sentido le recordó a Pug a Lord Borric.

—No, padre mío. Solo los que estuvimos aquella noche...

El señor de la casa lo cortó con un movimiento de la mano.

—Guarda tus observaciones para más tarde. En la ciudad las paredes tienen oídos. Informa a Septiem. Cerramos la casa y partimos hacia nuestras tierras por la mañana.

Hokanu hizo una leve reverencia y se dio la vuelta para irse.

»Hokanu —lo detuvo la voz de su padre—. Has hecho bien.

El joven abandonó el jardín con el orgullo evidenciándose en su rostro. El señor de la casa volvió a sentarse en un banco de piedra tallada, junto a una pequeña fuente, y observó a los dos esclavos.

—¿Cómo os llamáis?

—Pug, amo.

—Laurie, amo.

Pareció extraer alguna clase de información de esas simples afirmaciones.

—Por esa puerta —dijo, señalando hacia la izquierda— se va a la cocina. Mi hadonra se llama Septiem. Él se encargará de vosotros. Id.

Los dos se inclinaron y salieron del jardín. Mientras avanzaban por la casa, Pug casi tiró al suelo a una chica con la que tropezó al doblar una esquina. Iba vestida con una túnica de esclava y llevaba un enorme fardo de ropa que atravesó el pasillo volando.

—¡Oh! —gritó la chica—. Acababa de lavarla. Ahora tendré que hacerlo otra vez.

Pug se agachó rápidamente para ayudarla a recogerlo. Era alta para una tsurani, casi de la estatura de Pug, y bien proporcionada. Llevaba recogido el pelo castaño, y sus ojos marrones estaban enmarcados por largas pestañas oscuras. Pug dejó de recoger la ropa y se quedó mirándola fijamente, con abierta admiración.

Ella titubeó bajo su mirada, y luego recogió apresuradamente la ropa y se fue a toda prisa. Laurie observó su esbelta figura retirarse, luciendo sus bronceadas piernas gracias a la corta túnica de esclava. Le dio una palmada a Pug en el hombro.

—¡Ja! Te dije que las cosas iban a mejorar.

Dejaron la casa y se aproximaron a la cabaña donde estaba la cocina, donde el olor a comida les despertó el apetito.

—Creo que has impresionado a esa chica, Pug.

Pug nunca había tenido mucha experiencia con las mujeres, y sintió que empezaba a arderle el corazón. En el campamento de esclavos gran parte de la charla iba sobre las mujeres, y esto más que nada había mantenido a Pug sintiéndose como un niño. Se volvió para ver si Laurie se estaba burlando, y vio que el rubio juglar miraba detrás de él. Siguió la mirada de Laurie y pudo captar un rostro tímidamente sonriente desapareciendo detrás de una ventana de la casa.

Al día siguiente, la casa de la familia Shinzawai estaba alborotada.

Esclavos y sirvientes iban y venían por todas partes haciendo los preparativos para el viaje al norte. Pug y Laurie quedaron desocupados, puesto que no había nadie en el personal de la familia lo bastante libre como para asignarles tareas. Estaban sentados a la sombra de un árbol parecido a un sauce, disfrutando de la novedad del tiempo libre mientras observaban el frenesí.

—Esta gente está loca, Pug. He visto menos preparativos para una caravana. Parece como si planearan llevárselo todo con ellos.

—Quizá sea lo que pretenden. A mí esta gente ya no me sorprende. —Pug se puso de pie, apoyado contra el tronco—. He visto cosas que desafían a la lógica.

—Eso es cierto. Pero cuando has visto tantas tierras diferentes como yo, aprendes que cuanto más diferentes parecen las cosas, más parecidas son.

—¿Qué quieres decir?

Laurie se levantó y se inclinó contra el otro lado del tronco.

—No estoy seguro, pero aquí se trama algo, y nosotros formamos parte de ello, seguro —dijo en voz baja—. Si andamos listos, puede que podamos aprovecharnos. Recuerda siempre eso. Si un hombre quiere algo de ti, siempre puedes hacer un trato, sin importar las aparentes diferencias de posición social.

—Por supuesto, dale lo que quiere y te dejará vivir.

—Eres demasiado joven para ser tan cínico —le contestó Laurie, con sus ojos chispeando de diversión—. Te lo digo. Deja esa actitud de estar de vuelta de todo para los viejos viajeros como yo, y me aseguraré de que no pierdas ninguna oportunidad.

—¿Qué oportunidad? —resopló Pug.

—Mira, por ejemplo —dijo Laurie señalando detrás de Pug—. Esa chica a la que casi derribas ayer parece tener algunos problemas levantando esas cajas. —Pug miró atrás y vio a la chica de la ropa esforzándose por apilar unas cajas que iban a ser cargadas en carromatos—. Creo que apreciaría algo de ayuda, ¿no crees?

La confusión era evidente en el rostro de Pug.

—¿Qué...?

Laurie le dio un empujoncito.

—Vamos, tontaina. Ahora un poco de ayuda. Después... ¿quién sabe?

—¿Después? —dijo a duras penas Pug.

—¡Dioses! —rio Laurie, dándole a Pug una juguetona patada en las posaderas.

El humor del trovador era contagioso, y Pug sonrió mientras se acercaba a la chica. Estaba intentando poner una gran caja de madera encima de otra. Pug se la quitó.

—Venga, yo puedo hacerlo.

Ella se echó a un lado, insegura.

—No pesa tanto, es que es muy alto para mí —miraba para todas partes excepto hacia Pug.

Pug levantó la caja con facilidad y la puso sobre las demás, cargando sólo un poco del peso sobre su mano débil.

—Listo —dijo él, tratando de aparentar despreocupación.

La chica se apartó un mechón de pelo que le había caído sobre los ojos.

—¿Eres un bárbaro, no? —hablaba de forma insegura.

Pug retrocedió.

—Vosotros nos llamáis así. A mí me gusta pensar que soy tan civilizado como cualquiera.

—No era mi intención ofender —se sonrojó ella—. A mi pueblo también lo consideran bárbaro. A todo el que no es tsurani lo llaman así. Quería decir que eres de ese otro mundo.

Pug asintió.

—¿Cómo te llamas?

—Katala —dijo ella apresuradamente—. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Pug.

Ella sonrió.

—Es un nombre extraño, Pug —pareció gustarle como sonaba.

Justo entonces el hadonra, Septiem, un hombre anciano pero erguido, con el porte de un general retirado, llegó desde la casa.

—¡Vosotros dos! —espetó—. ¡Hay trabajo que hacer! No os quedéis ahí plantados.

Katala corrió de vuelta a la casa, y Pug se quedó dubitativo frente al administrador de la túnica amarilla.

—¡Tú! ¿Cómo te llamas?

—Pug, señor.

—Veo que ni a ti ni a tu amigo el gigantón rubio os han dado nada que hacer. Tendré que remediarlo. Llámalo.

Pug suspiró. Hasta ahí había llegado su tiempo libre. Le hizo un gesto a Laurie para que viniera, y los pusieron a trabajar cargando carromatos.

## 2

### *Hacienda*

El tiempo había refrescado durante las tres últimas semanas, pero aún seguía recordando al calor estival. La estación invernal en esa tierra, si se la podía llamar estación con propiedad, duraba apenas seis semanas, con breves lluvias frías provenientes del norte. Los árboles mantenían la mayor parte de sus hojas verdeazuladas, y no había nada que indicara el paso del otoño. En los cuatro años que Pug había vivido en Tsuranuanni, no había habido ninguna de las señales familiares que marcaban el paso de las estaciones: ni migraciones de las aves, ni escarcha matinal, nada de lluvias que se helaban, nieve ni florecimiento de las flores salvajes. Esa tierra parecía estar eternamente anclada en el suave ámbar del verano.

Durante los primeros días del trayecto habían seguido la carretera desde Jamar, hacia el norte en dirección a la ciudad de Sulan-Qu. Por el río Gagajin circulaba un atasco incesante de barcos y barcazas, mientras que la carretera estaba igualmente atascada de caravanas, carromatos de granjeros y nobles transportados en literas.

El señor de los Shinzawai había partido el primer día en barco hacia la Ciudad Sagrada, para asistir al Alto Consejo. El resto de la casa lo había seguido a un ritmo más tranquilo. Hokanu se detuvo fuera de la ciudad de Sulan-Qu lo justo para hacerle una visita de cortesía a la señora de los Acoma, y Pug y Laurie aprovecharon la oportunidad para chismorrear con otro esclavo de Midkemia, recientemente capturado. Las noticias de la guerra eran descorazonadoras. No había habido cambios desde lo último que habían oído. Continuaba el estancamiento.

En la Ciudad Sagrada, el señor de los Shinzawai se reunió con su hijo y el resto de la comitiva en su viaje hacia las tierras de los Shinzawai, en las afueras de la ciudad de Silmani. Desde ese momento, el viaje hacia el norte había transcurrido sin novedad.

La caravana Shinzawai se estaba aproximando a los límites de las tierras septentrionales de la familia. Pug y Laurie tenían poco que hacer durante el viaje excepto alguna tarea ocasional: vaciar las ollas de la comida, limpiar los excrementos de los needras o cargar y descargar suministros. Ahora iban montados en una carreta, con los pies colgando por la parte trasera. Laurie mordió un jomach maduro, una

fruta parecida a una granada grande con la pulpa de una sandía.

—¿Cómo va la mano? —dijo escupiendo las semillas.

Pug estudió su mano derecha, examinando la cicatriz roja que le atravesaba la palma.

—Sigue rígida. Me parece que está tan curada como es posible.

Laurie echó un vistazo.

—No creo que vayas a volver a empuñar una espada. —Sonrió.

—Y yo creo que tú tampoco —rio Pug—. No creo que vayan a buscarte un puesto en los lanceros imperiales montados.

Laurie escupió una ráfaga de semillas, dándole en el hocico al needra que tiraba del carro que iba detrás del suyo. La bestia de seis patas resopló y el carretero agitó su vara enfadado hacia ellos.

—Salvo por el hecho de que el Emperador no tiene lanceros montados, debido al hecho de que tampoco tiene caballos, no podría haberseme ocurrido un puesto mejor.

Pug se rio burlón.

—Hago saber a vuesa merced —dijo Laurie en un tono aristocrático— que nosotros los trovadores solemos ser asediados por cierta clase de clientes de baja catadura, bandidos y ladrones que buscan nuestras ganancias duramente conseguidas, por escasas que estas sean. Si uno no desarrolla la habilidad de defenderse a sí mismo, uno no se mantiene en el negocio, si entiende vucencia lo que quiero decir.

Pug sonrió. Sabía que un trovador era casi sagrado dentro de una ciudad, puesto que si le hacían daño o le robaban, se correría la voz y no vendría ninguno más. Pero en los caminos era harina de otro costal. No tenía duda alguna de la capacidad de Laurie para defenderse, pero no estaba dispuesto a permitirle usar ese tono tan pomposo y dejarlo tal cual. Pero, cuando estaba a punto de hablar, fue interrumpido por unos gritos que venían desde la cabeza de la caravana. Unos guardias pasaron corriendo hacia delante y Laurie se volvió hacia su compañero.

—¿De qué crees que va todo esto?

Sin esperar respuesta, bajó de un salto y corrió hacia delante. Pug lo siguió. Cuando llegaron a la cabeza de la caravana, detrás de la litera del señor de los Shinzawai, pudieron ver unas formas que avanzaban hacia ellos por la carretera. Laurie agarró a Pug por la manga.

—¡Jinetes!

Pug apenas podía creer lo que veía, porque de hecho parecía que por la carretera que venía desde la mansión Shinzawai se aproximaban unos jinetes. Cuando se acercaron más pudo ver que, en vez de un grupo de jinetes, había solo uno y tres choja, los tres de un brillante color azul oscuro.

El jinete, un joven tsurani de pelo castaño y más alto que la mayoría, desmontó. Sus movimientos eran torpes.

—Nunca representarán una amenaza si eso es lo mejor que pueden montar —observó Laurie—. Mira, no lleva silla ni riendas, solo un tosco arnés hecho de tiras de cuero. Y al pobre caballo parece que no lo han atendido bien en un mes.

La cortina de la litera se levantó mientras el jinete se aproximaba. Los esclavos bajaron la litera, y el señor de los Shinzawai bajó de ella. Hokanu había llegado junto a su padre desde su puesto entre los guardias de la retaguardia de la caravana, y estaba abrazando al jinete e intercambiando saludos. Luego el jinete abrazó al señor de los Shinzawai.

—¡Padre! Me alegro de verte —pudieron oír decir al jinete Pug y Laurie.

—¡Kasumi! Me alegro de ver a mi hijo primogénito. ¿Cuándo has vuelto? —dijo el señor de los Shinzawai.

—Hace menos de una semana. Hubiera ido hasta Jamar, pero oí que veníais hacia aquí, así que esperé.

—Me alegro. ¿Quiénes son los que te acompañan? —señaló a las criaturas.

—Este —dijo señalando al más adelantado— es el Líder de Ataque X'calak, que ha vuelto de combatir a los hombres bajos en el interior de las montañas de Midkemia.

La criatura dio un paso al frente y levantó la mano derecha, de forma muy humana, en un saludo.

—Salve, Kamatsu, señor de los Shinzawai —dijo con una voz chillona y aguda—. Honores para tu casa.

El señor de los Shinzawai se inclinó levemente doblando la cintura.

—Saludos, X'calak. Honores para tu colmena. Los cho-ja siempre son huéspedes bienvenidos.

La criatura dio un paso atrás y esperó. El señor se volvió para observar al caballo.

—¿Qué es esto en lo que te sientas, hijo mío?

—Un caballo, padre. Una criatura en la que los bárbaros se montan para entrar en combate. Ya te he hablado de ellos antes. Es una criatura realmente maravillosa. Sobre sus lomos, puedo correr más que el más rápido de los corredores cho-ja.

—¿Y cómo te mantienes sobre ella?

El hijo mayor de los Shinzawai se rio.

—Me temo que con grandes dificultades. Los bárbaros tienen trucos que todavía tengo que aprender.

Hokanu sonrió.

—Quizá podamos conseguir que te den algunas lecciones.

Kasumi le dio una juguetona palmada en la espalda.

—Se lo he pedido a varios bárbaros, pero desgraciadamente todos estaban muertos.

—Pues yo tengo aquí a dos que no lo están.

Kasumi miró detrás de su hermano y vio a Laurie, que sobresalía una cabeza del



resto de los esclavos que se habían congregado.

—Ya veo. Bueno, tenemos que pedirselo. Padre, con tu permiso volveré a la casa y haré los preparativos para tu recepción.

Kamatsu abrazó a su hijo y le dijo que sí. El hijo mayor se agarró a las crines y montó con un salto atlético. Tras saludar con la mano, partió.

Pug y Laurie volvieron rápidamente a su sitio en el carromato.

—¿Habías visto antes cosas como esas? —preguntó Laurie.

—Sí —Pug asintió—. Los tsurani los llaman cho-ja. Viven en grandes colmenas, como hormigueros. Los esclavos tsurani con los que hablé en el campamento me dijeron que han estado aquí desde que alcanza la memoria. Son leales al Imperio, aunque me parece recordar que alguien me dijo que cada colmena tiene su propia reina.

Laurie miró volviéndose hacia la parte delantera de la carreta, apoyándose en una mano.

—No me gustaría enfrentarme a uno de ellos a pie. Mira como corren.

Pug no dijo nada, el comentario del hijo mayor acerca de los hombres bajos dentro de las montañas le trajo viejos recuerdos. *Si Tomas está vivo, pensó, ahora será un hombre. Si está vivo.*

La mansión Shinzawai era enorme. Era con mucho el edificio más grande, salvando los templos y los palacios, que Pug había visto. Se asentaba en la cima de una colina, dominando una vista de los alrededores que abarcaba millas. La casa era cuadrada, como la de Jamar, pero varias veces más grande. La casa de la ciudad habría cabido fácilmente en el jardín central de esta. Tras ella se encontraban los edificios exteriores, como la cocina o los alojamientos de los esclavos.

Pug alargó el cuello para ver todo el jardín, puesto que lo iban atravesando rápidamente y había poco tiempo para empaparse de todo.

—No te quedes rezagado —le regañó el hadonra, Septiem.

Pug apretó el paso y se puso detrás de Laurie. A pesar del breve vistazo, el jardín era impresionante. Se habían plantado varios árboles para dar sombra junto a tres estanques que se encontraban en medio de árboles en miniatura y plantas en flor. Había bancos de piedra para descansar, y unos senderos de pequeños guijarros serpenteaban por toda la extensión. Alrededor de este pequeño parque se alzaba el edificio de tres plantas. Las dos plantas superiores tenían balcones, y varias escaleras subían para conectarlas. Por los pisos superiores podían verse sirvientes yendo y viniendo apresuradamente, pero en el jardín no parecía haber nadie más, al menos en la parte por la que ellos estaban pasando.

Llegaron a una puerta corredera y Septiem se volvió hacia ellos.

—Vosotros dos, bárbaros —les dijo en tono serio— vigilaréis vuestros modales

ante los señores de esta casa, o por los dioses que os arrancaré hasta la última tira de piel de vuestras espaldas. Ahora, aseguraos de hacer todo lo que os he dicho o desearéis que el amo Hokanu os hubiera dejado que os pudrierais en los pantanos.

Abrió la puerta y anunció a los esclavos. Se les dio la orden de entrar y Septiem los empujó al interior. Se encontraron en una habitación vivamente iluminada, donde la luz entraba por una gran puerta translúcida cubierta con una pintura. En las paredes colgaban tallas, tapices y pinturas, todo hecho con un fino estilo, pequeño y delicado. El suelo estaba cubierto, a la manera tsurani, con una densa capa de cojines. Sobre un gran cojín se sentaba Kamatsu, señor de los Shinzawai, y frente a él estaban sus dos hijos. Todos iban vestidos con las túnicas cortas de tela y corte caro que llevaban en sus momentos de asueto. Pug y Laurie se quedaron de pie, con la vista bajada hasta que les hablaran. Hokanu fue el primero en hacerlo.

—El gigante rubio se llama Lori, y el de tamaño más normal es Puug.

Laurie empezó a abrir la boca, pero un rápido codazo de Pug lo hizo callarse antes de empezar a hablar. El hijo mayor notó el intercambio.

—¿Deseas hablar? —dijo.

Laurie levantó la vista, y enseguida volvió a bajarla. Las instrucciones habían sido claras: no habléis hasta que se os mande. Laurie no estaba seguro de que la pregunta fuese una orden.

—Habla —le dijo el señor de la casa.

—Me llamo Laurie, amo. No Lori. —Miró a Kasumi—. Y mi amigo es Pug, no Puug.

Hokanu pareció contrariado con que lo corrigieran, pero el hermano mayor asintió y pronunció los nombres varias veces, hasta que los dijo correctamente.

—¿Habéis montado a caballo? —preguntó tras esto.

Ambos esclavos asintieron.

—Bien —dijo Kasumi—. Así podréis enseñarme cómo se hace correctamente.

La mirada de Pug vagaba tanto como le permitía su cabeza inclinada, y algo le llamó la atención. Junto al señor de los Shinzawai había un tablero de juego y lo que parecían ser unas figuras familiares. Kamatsu se dio cuenta.

—¿Conoces este juego? —alargó los brazos y cogió el tablero para ponérselo delante.

—Sí, amo. Conozco el juego —dijo Pug—. Lo llamamos ajedrez.

Hokanu miró a su hermano, que se inclinó hacia delante.

—Como algunos han dicho, padre, ya ha habido contacto antes con los bárbaros.

—Eso solo es una teoría —el padre descartó el comentario con un gesto de la mano y se dirigió a Pug—. Siéntate aquí y muéstrame cómo se mueven las piezas.

Pug se sentó y trató de recordar lo que Kulgan le había enseñado. Había sido un practicante mediocre del juego, pero conocía algunas aperturas básicas.

—Esta pieza solo puede moverse una casilla hacia delante, excepto cuando se mueve por primera vez, amo —dijo adelantando un peón—. Entonces puede mover dos.

El señor de la casa asintió y le hizo un gesto para que siguiera.

—Esta pieza es un caballo y se mueve así —dijo Pug.

Después de que hubo demostrado el movimiento de las diferentes piezas, habló el señor de los Shinzawai.

—Nosotros llamamos jadra a este juego. Las piezas tienen distinto nombre, pero es igual. Ven, jugaremos.

Kamatsu dejó a Pug las piezas blancas. Este abrió con un movimiento de peón de rey, y Kamatsu respondió. Pug jugaba mal y perdió enseguida. Los demás observaron la partida entera sin decir palabra.

—¿Juegas bien entre tu propia gente? —preguntó el señor al acabar.

—No, amo. Juego mal.

El señor sonrió, y aparecieron arrugas en el raballo de sus ojos.

—Entonces creo que a lo mejor tu gente no es tan bárbara como suele pensarse. Pronto volveremos a jugar.

Le hizo una inclinación de cabeza a su hijo, y Kasumi se puso en pie.

—Venid —dijo a Pug y Laurie tras hacerle una reverencia a su padre.

Los dos amigos hicieron otra reverencia al señor de la casa y siguieron a Kasumi fuera de la habitación. Este los condujo por la casa hasta una habitación más pequeña con dos catres y cojines.

—Dormiréis aquí. Mi habitación es la puerta de al lado. Quiero teneros a mano siempre.

—¿Qué quiere el amo de nosotros? —se atrevió a preguntar Laurie en voz alta.

Kasumi lo observó por un instante.

—Vosotros los bárbaros nunca seréis buenos esclavos. Os olvidáis de cual es vuestro sitio demasiado a menudo.

Laurie empezó a tartamudear una disculpa, pero lo cortó.

—Importa poco. Tendrás que enseñarme cosas, Laurie. Me enseñarás a montar, y a hablar tu idioma. Los dos los haréis. Quiero saber lo que significan —se detuvo y emitió un sonido bla-bla-bla monocorde y nasal— esos ruidos que hacéis al hablar entre vosotros.

La conversación se vio interrumpida por el sonido de una campanilla que reverberó por toda la casa.

—Viene un Grande —dijo Kasumi—. Debo darle la bienvenida junto con mi padre. —Se apresuró a irse, dejando a los dos midkemios sentados en su nuevo alojamiento, pensando acerca de ese nuevo giro en sus vidas.

Dos veces durante los dos días siguientes tuvieron ocasión Pug y Laurie de echarle un vistazo a la importante visita de los Shinzawai. Se parecía mucho al señor de los Shinzawai, pero era más delgado y vestía la túnica negra de un Grande tsurani. Pug hizo algunas preguntas a los sirvientes de la casa, pero consiguió poca información. Pug y Laurie nunca habían visto nada comparable al temor reverencial que sentían los tsurani por los Grandes. Parecían ser un poder aparte, y con el poco conocimiento de la realidad social tsurani que tenía Pug, no llegaba a comprender exactamente dónde encajaban. Al principio había pensado que sufrían algún tipo de estigma social, porque lo único que le decían era que los Grandes «estaban fuera de la ley».

Pero luego, un exasperado esclavo tsurani que no podía creer la ignorancia de Pug ante asuntos tan importantes, le hizo comprender que los Grandes tenían pocas o ningunas restricciones sociales a cambio de algún servicio indeterminado al Imperio.

Durante este tiempo, Pug hizo un descubrimiento que aligeró en cierto sentido la extraña sensación de su cautiverio. Tras los corrales de los needras había encontrado una perrera repleta de perros que ladraban y movían el rabo. Eran los únicos animales iguales a los de Midkemia que había visto en Kelewan, y en su presencia sintió una alegría que no podía expresarse con palabras. Había vuelto corriendo a su habitación a coger a Laurie y lo había llevado hasta la perrera. Ahora estaban sentados en uno de los corrales, en medio de un grupo de juguetones cánidos.

Laurie reía ante sus ruidosos juegos. Eran muy diferentes a los sabuesos de caza del duque, con las patas más largas y más delgadas. Tenían las orejas puntiagudas y reaccionaban ante cualquier sonido.

—Los he visto parecidos antes, en Gulbi. Es una ciudad en la Gran Ruta Comercial Septentrional de Kesh. Se llaman galgos y los usan para cazar a la carrera a los felinos rápidos y los antílopes de las praderas cercanas al Valle del Sol.

El encargado de las perrerías, un esclavo delgado de párpados caídos llamado Rachmad, se acercó y los observó desconfiado.

—¿Qué hacéis aquí?

Laurie miró al taciturno hombre y cogió juguetonamente el hocico de un cachorrito que estaba armando mucho jaleo.

—No habíamos visto perros desde que salimos de nuestra tierra, Rachmad. Nuestro amo está ocupado con el Grande, así que pensamos que podríamos visitar tu estupenda perrera.

Ante la mención de su «estupenda perrera», la lúgubre expresión se iluminó considerablemente.

—Trato de mantener sanos a los perros. Hay que tenerlos encerrados, porque tratan de acosar a los cho-ja, a los que no les gustan los perros en absoluto.

Por un momento Pug pensó que quizá los habrían traído de Midkemia igual que al caballo. Cuando preguntó de dónde habían venido, Rachmad lo miró como si

estuviera loco.

—Hablas como si llevaras demasiado tiempo al sol. Siempre ha habido perros.  
Con dicha afirmación final, consideró cerrada la conversación y se fue.

Más tarde esa noche, Pug se despertó y se encontró con Laurie entrando en la habitación.

—¿Dónde has estado?

—Shh. ¿Quieres despertar a toda la casa? Vuelve a dormirte.

—¿Adónde has ido? —preguntó Pug en un susurro. Pudo ver a Laurie sonriendo a la tenue luz.

—Le he hecho una visita a cierta asistente de cocina para... charlar.

—Ah. ¿Almorella?

—Sí —llegó la alegre respuesta—. Es toda una chica.

La joven esclava que servía en la cocina no había dejado de mirar a Laurie desde que la caravana había llegado hacía cuatro días.

»Tú también deberías cultivar alguna que otra amistad, hace que se vean las cosas de una forma completamente diferente —dijo Laurie tras un momento de silencio.

—Seguro —dijo Pug, con una mezcla de desaprobación y envidia. Almorella era una chica simpática y alegre, casi de la misma edad de Pug, con risueños ojos oscuros.

—Por ejemplo esa pequeña Katala. Te ha echado el ojo, creo.

Con las mejillas ardiendo, Pug le arrojó a su amigo un cojín.

—Venga, cállate y vete a dormir.

Laurie contuvo la risa. Se retiró a su catre y dejó a Pug solo con sus pensamientos.

Había una leve promesa de lluvia en el viento, y Pug dio la bienvenida al frescor que podía sentir en la piel. Laurie estaba a lomos del caballo de Kasumi, y el joven oficial estaba de pie a su lado, observando. Laurie había dirigido a unos artesanos tsurani en la fabricación de una silla y riendas para la montura, y ahora estaba demostrando su uso.

—Este caballo está entrenado para la batalla —gritó Laurie—. Puede ser conducido con las riendas —hizo una demostración tirando de las riendas del caballo a un lado y a otro— o se le puede hacer cambiar de dirección usando las piernas.

Levantó las manos y le mostró al hijo mayor de la familia cómo se hacía. Durante tres semanas habían estado instruyendo al joven noble en la equitación, y este había demostrado un talento natural. Laurie bajó del caballo de un salto y Kasumi tomó su lugar. Al principio el tsurani cabalgaba toscamente, por la extraña sensación de la silla bajo él.

—¡Amo, agarraos fuerte con las pantorrillas! —dijo Pug cuando pasó botando a su

lado.

El caballo sintió la presión y emprendió un trote rápido. En vez de preocuparse por el aumento de velocidad, Kasumi parecía fascinado.

—¡Mantened bajos los talones! —gritó Pug.

Entonces, sin instrucciones de ninguno de los dos esclavos, Kasumi picó espuelas en los flancos del caballo y el animal empezó a galopar por los campos. Laurie observó como se desvanecía al otro lado del claro.

—O es un jinete nato o se va a matar —dijo.

Pug asintió.

—Creo que tiene talento. Ciertamente no le falta valor.

Laurie cogió una larga brizna de hierba y se la puso entre los dientes. Se sentó y rascó detrás de las orejas a una perra que estaba tumbada a sus pies, tanto para distraerla de que saliera corriendo detrás del caballo como para jugar con ella. La perra se puso boca arriba y le royó la mano juguetonamente. Laurie volvió su atención a Pug.

—Me pregunto a qué juego está jugando nuestro joven amigo.

Pug se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando llegamos? Oí que Kasumi estaba a punto de partir con sus acompañantes cho-ja. Pues bueno, esos tres soldados cho-ja partieron esta mañana, por eso Bethel está ahora fuera de su perrera, y he oído algunos chismorreos de que las órdenes del hijo mayor de los Shinzawai cambiaron súbitamente. Junta eso con estas clases de monta y de idiomas y ¿qué tienes?

Pug se estiró.

—No lo sé.

—Ni yo tampoco —Laurie parecía disgustado—. Pero estos asuntos son de gran importancia. —Miró al horizonte—. Lo único que quería era viajar, contar mis historias, cantar mis canciones y algún día encontrar una viuda que fuera dueña de una posada.

Pug se rio.

—Me parece que ibas a encontrar muy aburrido el encargarte de una posada después de todas estas grandes aventuras.

—Menudas grandes aventuras. Voy cabalgando con un puñado de milicianos provinciales y nos damos de cara con el ejército tsurani al completo. Desde entonces me han apaleado en varias ocasiones, he pasado unos cuatro meses escarbando en el pantano y he caminado por la mitad de este mundo.

—Has ido en carreta, por lo que yo recuerdo.

—Vale, he viajado por la mitad de este mundo, y ahora estoy dándole clases de equitación a Kasumi Shinzawai, el hijo mayor de un señor de Tsuranuanni. De esto

no se hacen las grandes baladas.

Pug sonrió con sarcasmo.

—Podías haberte pasado cuatro *años* en los pantanos. Consideráte afortunado. Al menos puedes contar con que estarás aquí mañana. Siempre que Septiem no te pille merodeando cerca de la cocina por la noche.

Laurie estudió de cerca de Pug.

—Sé que estás de broma. Acerca de Septiem, quiero decir. He pensado varias veces en preguntártelo, Pug. ¿Por qué nunca hablas de tu vida antes de que te capturaran?

Pug apartó la mirada con gesto ausente.

—Supongo que es una costumbre que adquiriré en el campamento del pantano. No sirve de nada recordarte lo que una vez fuiste. He visto morir a hombres valientes porque no pudieron olvidar que nacieron libres.

Laurie acarició la oreja de la perra.

—Pero aquí las cosas son diferentes.

—¿Lo son? Recuerda lo que me dijiste allá en Jamar acerca de los hombres que querían cosas de ti. Creo que cuanto más te acomodes aquí, más fácil les resulta conseguir lo que sea que quieran de ti. Este señor de los Shinzawai no es ningún tonto. —Aparentemente, cambió de tema—. ¿Es mejor entrenar a un perro con un látigo o con amabilidad?

Laurie levantó la mirada.

—¿Qué? Hombre, con amabilidad, pero también hay que usar la disciplina.

Pug asintió.

—Nos están mostrando la misma consideración que a Bethel y su especie, creo. Pero seguimos siendo esclavos. No lo olvides.

Laurie paseó la mirada por los campos durante bastante tiempo, y no dijo nada.

La pareja fue sacada de sus pensamientos por los gritos del hijo mayor de la familia cuando volvió a entrar a caballo dentro de su campo visual. Detuvo el caballo frente a ellos y desmontó de un salto.

—Vuela —dijo en su entrecortada lengua real.

Kasumi era un estudiante competente y estaba cogiendo el idioma rápidamente. Complementaba sus clases de lengua con un flujo constante de preguntas acerca de las tierras y la gente de Midkemia. No había un solo aspecto de la vida en el Reino en el que no pareciera estar interesado. Había pedido explicaciones de las cosas más corrientes, como la manera de negociar con los comerciantes y la forma apropiada de dirigirse a las personas de diferentes posiciones sociales.

Kasumi condujo al caballo de vuelta al establo que le habían construido, y Pug lo observó en busca de señales de hinchazón en los cascos. Le habían fabricado herraduras de madera tratada con resina, por el procedimiento de prueba y error, y

esas parecían estar aguantando de momento.

—He estado pensando sobre una cosa —dijo Kasumi mientras caminaba—. No entiendo cómo gobierna vuestro rey con todo lo que habéis dicho acerca de este Consejo de los Grandes Señores. Por favor, explicádmelo.

Laurie miró a Pug levantando una ceja. Aunque no sabía más que Laurie de la política del reino, parecía ser capaz de explicarlo mejor.

—El Consejo elige al rey —dijo Pug—. Aunque se trata principalmente de una cuestión de forma.

—¿Forma?

—Una tradición. Siempre se limitan a ratificar al heredero al trono, excepto cuando no hay un sucesor claro. Se considera la mejor forma de evitar una guerra civil, porque la decisión del Consejo es inapelable. —Explicó cómo el príncipe de Kronador había renunciado a sus derechos en favor de su sobrino, y cómo el Consejo había accedido a sus deseos—. ¿Cómo se hace en el Imperio?

Kasumi pensó.

—Quizá no sea tan diferente —dijo—. Al Emperador lo eligen los dioses, pero por lo que me habéis dicho, no se parece demasiado a vuestro rey. El Emperador gobierna en la Ciudad Sagrada, pero su liderazgo es espiritual. Nos protege de la cólera de los dioses.

—¿Entonces quién gobierna? —preguntó Laurie.

Llegaron hasta el establo, y Kasumi le quitó la silla y la brida al caballo y empezó a frotarlo.

—Aquí es diferente de vuestro mundo. —Parecía tener problemas para decirlo, así que cambió al idioma tsurani—. El señor de una familia es la autoridad suprema dentro de sus tierras. Cada familia pertenece a un clan, y el señor más influyente dentro del clan es el Jefe de Guerra. Dentro del clan, los señores de las demás familias tienen diferentes poderes dependiendo de su influencia. Los Shinzawai pertenecemos al clan Kanazawai. Somos la segunda familia más poderosa del clan después de los Keda. En su juventud, mi padre fue el comandante de los ejércitos del clan, el Jefe de Guerra, lo que vosotros llamaríais general. La posición de las familias cambia de generación en generación, así que es poco probable que yo llegue a una posición tan elevada. Los señores que gobiernan cada clan se sientan en el Alto Consejo. Este aconseja al Señor de la Guerra, que gobierna en nombre del Emperador, aunque el emperador puede rectificar sus decisiones.

—¿Ha rectificado alguna vez el emperador alguna de esas decisiones? —preguntó Laurie.

—Nunca.

—¿Cómo se elige al señor de la guerra? —preguntó Pug.

—Es difícil de explicar. Cuando un Señor de la Guerra muere, los clanes se



reúnen. Es una reunión de señores enorme, puesto que no solo acude el Alto Consejo, sino que también van los cabezas de todas las familias. Se reúnen e intrigan, y a veces surgen luchas de sangre, pero al final se elige un nuevo Señor de la Guerra.

Pug se apartó el pelo de los ojos.

—¿Entonces, qué impide al clan del Señor de la Guerra hacerse con el puesto, si es el más poderoso?

—No es fácil de explicar —Kasumi parecía turbado—. Quizá tendrías que ser tsurani para entenderlo. Hay leyes, pero lo que es más importante, hay costumbres. No importa lo poderoso que llegue a ser un clan, o una de las familias que lo componen, solo el señor de una de cinco familias determinadas puede ser elegido Señor de la Guerra. Son los Keda, Tonmargu, Minwanabi, Oaxatucan y Xacatecas. Así que solo hay cinco señores que puedan ser tenidos en cuenta. El actual señor de la Guerra es Oaxatucan, así que la llama del Clan Kanazawai arde débilmente. Su clan, el Omecha, se encuentra ahora en un periodo de ascenso. Solo los Minwanabi rivalizan con ellos, y por ahora están aliados en el esfuerzo bélico. Así son las cosas.

Laurie sacudió la cabeza.

—Este asunto de familias y clanes hace que nuestra propia política parezca sencilla.

—Esto no es política —rio Kasumi—. La política es la provincia de los partidos.

—¿Partidos? —preguntó Laurie, que obviamente se había perdido en la conversación.

—Hay muchos partidos: La Rueda Azul, la Flor Dorada, el Ojo de Jade, el Partido del Progreso, el Partido de la Guerra y más. Las familias pueden pertenecer a diferentes partidos, cada uno de los cuales busca satisfacer sus intereses. A veces las familias del mismo clan pertenecen a partidos diferentes. A veces cambian de bando según las necesidades del momento. A veces, puede que apoyen a dos partidos a la vez, o a ninguno.

—Parece un gobierno muy inestable —opinó Laurie.

Kasumi se rio.

—Ha durado más de dos mil años. Tenemos un viejo dicho: «En el Alto Consejo no hay hermanos». Recuerda eso y puede que lo comprendas.

Pug reflexionó con cuidado sobre la pregunta que iba a hacer.

—Amo, en todo esto no has mencionado a los Grandes ¿por qué?

Kasumi dejó de frotar al caballo y miró a Pug por unos instantes, volviendo luego a su tarea.

—No tienen nada que ver con la política. Están fuera de la ley y no pertenecen a ningún clan —volvió a hacer una pausa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que parecen disfrutar de un gran respeto, y puesto que uno de ellos ha venido aquí recientemente, pensé que podrías iluminarme.

—Se les otorga un gran respeto porque el destino del Imperio está en todo momento en sus manos. Es una grave responsabilidad. Renuncian a todos sus vínculos, y muy pocos tienen vidas personales fuera de la comunidad de los magos. Los que tienen familias viven separados, y mandan a sus hijos a vivir con sus antiguas familias cuando crecen. Es una vida difícil. Hacen muchos sacrificios. —Pug miró a Kasumi de cerca. Parecía incomodado por lo que estaba diciendo—. El Grande que ha venido a ver a mi padre fue, cuando niño, miembro de esta familia. Era mi tío. Ahora nos resulta difícil porque debe observar las formalidades y no puede expresar su parentesco. Creo que sería mejor que se mantuviera lejos. —Esto último lo dijo en voz baja.

—¿Por qué, amo? —preguntó Laurie en un susurro.

—Porque es duro para Hokanu. Antes de convertirse en mi hermano, era hijo de ese Grande.

Acabaron de atender al caballo y abandonaron el cobertizo. Bethel corría delante de ellos, porque sabía que se acercaba la hora de la comida. Cuando pasaron junto a la perrera, Rachmad la llamó y se unió a los demás perros. En todo el camino de vuelta no hubo conversación, y Kasumi entró en su habitación sin decir nada más a ninguno de los midkemios. Pug se sentó en su catre esperando la llamada para cenar, y reflexionó acerca de lo que había aprendido. A pesar de todas sus extrañas costumbres, los tsurani eran muy parecidos al resto de los hombres. Esto lo encontró a la vez reconfortante y preocupante.

Dos semanas después, Pug se vio enfrentado a otro problema que rumiar. Katala había estado haciendo patente que no estaba satisfecha con la falta de atención por parte de Pug. Al principio con pequeños detalles, pero luego con signos más evidentes, había tratado de despertar el interés de él. Finalmente, las cosas habían alcanzado el punto de ebullición cuando se la había cruzado a media tarde tras el cobertizo de la cocina.

Laurie y Kasumi estaban intentando fabricar un pequeño laúd con la ayuda de un carpintero Shinzawai. Kasumi había expresado su interés por la música del trovador y, en lo últimos días, había observado de cerca mientras Laurie discutía con el artesano la selección de las texturas apropiadas, la forma de cortar la madera y el modo de ensamblar el instrumento. Estaba dudando acerca de si la tripa de needra haría o no buenas cuerdas y de un millar de detalles más. Pug no encontraba todo eso demasiado interesante, y tras algunos días había buscado cualquier excusa para quitarse de en medio. El olor de la madera curándose le recordaba demasiado a cuando cortaba árboles en el pantano como para disfrutar estando alrededor de los tarros de resina en el cobertizo del carpintero.

Esa tarde había estado tumbado a la sombra del cobertizo de la cocina cuando

Katala había doblado la esquina. El estómago se le hizo un nudo nada más verla. La consideraba muy atractiva, pero cada vez que había intentado hablar con ella, se había encontrado que no podía pensar en nada que decirle. Se limitaba a hacer algunas observaciones intrascendentes, azorarse y salir corriendo. Así que últimamente se había decidido a no decir nada. Cuando ella se le había acercado esa tarde, él había sonreído como de pasada y ella había empezado a pasar de largo. Bruscamente, ella se había dado la vuelta y le había parecido que estaba a punto de ponerse a llorar.

—¿Qué pasa conmigo? ¿Soy tan fea que no soportas verme?

Pug se había quedado sentado sin saber qué decir. Ella se había quedado allí plantada algunos instantes, y luego le había pegado una patada en la pierna.

—¡Bárbaro estúpido! —luego había sorbido y se había ido corriendo.

Ahora Pug estaba sentado en su habitación, sintiéndose confundido e incómodo por su encuentro de la tarde. Laurie estaba tallando unas clavijas para su laúd. Finalmente, dejó a un lado el cuchillo y la madera y se dirigió a Pug.

—¿Qué te preocupa, Pug? Parece que te vayan a ascender a capataz y mandarte de vuelta al campamento.

Pug se tumbó en el catre y miró fijamente al techo.

—Es Katala.

—Oh —dijo Laurie.

—¿Qué quieres decir con «oh»?

—Nada, solo que Almorella me ha dicho que la chica ha estado imposible las dos últimas semanas, y estos días tú tienes tan buen aspecto como un novillo sacrificado. ¿Qué pasa?

—No lo sé. Es que... es que... Hoy me ha pegado una patada.

Laurie echó atrás la cabeza y se rio.

—¿Por qué lo hizo, en nombre del cielo?

—No lo sé. Se limitó a pegarme la patada.

—¿Tú que hiciste?

—¿Yo? Nada.

—Ajá —Laurie estalló en carcajadas—. Ese es el problema, Pug. Solo hay una cosa que yo sepa que las mujeres odian más que recibir atenciones de un hombre que no les gusta, y es que un hombre que sí les gusta no les preste atención.

Pug parecía abatido.

—Pensaba que sería algo así.

El rostro de Laurie reflejó la sorpresa.

—¿Sí? ¿No te gusta?

Pug se echó hacia delante, y apoyó los codos en las rodillas.

—No es eso. Me gusta. Es muy bonita, y parece agradable. Pero es que...

—¿Qué?

Pug miró seriamente a su amigo, para ver si estaba burlándose de él. Laurie sonreía, pero de una forma amistosa y tranquilizadora.

—Es que... hay alguien más.

Laurie abrió la boca de par en par, y la cerró bruscamente.

—¿Quién? Excepto Almorella, Katala es la chica más guapa que he visto en este mundo olvidado por los dioses. —Suspiró—. Honradamente, es más guapa que Almorella, pero solo un poco. Además, nunca te he visto hablar con otra mujer, y me habría dado cuenta si te hubieras escabullido para hablar con alguien.

Pug negó con la cabeza y bajó la mirada.

—No Laurie, quiero decir en casa.

Laurie abrió la boca de par en par, luego se tumbó y gimió.

—¡En casa! ¿Qué hago con este chico? ¡Es que no tiene seso! —Se recostó apoyándose sobre un codo—. ¿Puede ser Pug el que está hablando? ¿El chaval que me aconseja que deje atrás mi pasado? ¿El que insiste en que recrearse en cómo eran las cosas en casa solo conduce a una muerte rápida?

Pug ignoró el aguijón de las preguntas.

—Esto es diferente.

—¿Cómo que es diferente? Por Ruthia, que en sus momentos de ternura protege a los tontos, los borrachos y los trovadores, ¿cómo puedes decirme que es diferente? ¿Crees aunque solo sea por un instante que tienes una sola oportunidad en diez veces diez mil de volver a ver a esa chica, quienquiera que sea?

—Lo sé, pero pensar en Carline me ha ayudado a mantener la cordura más veces que... —Suspiró profundamente—. Todos necesitamos un sueño, Laurie.

Laurie estudió en silencio a su joven amigo por un instante.

—Sí, Pug, todos necesitamos un sueño. Aun así —añadió animadamente—, un sueño es una cosa, y una mujer viva, cálida y que respira es otra cosa muy diferente. —Al ver que Pug se irritaba ante la observación, cambió de tema—. ¿Quién es Carline, Pug?

—La hija de mi señor Borric.

Laurie abrió los ojos de par en par.

—¿La princesa Carline? —Pug asintió. La voz de Laurie sonaba divertida—. ¿La soltera más cotizada entre las hijas de la nobleza de todo el Reino Occidental después de la hija del príncipe de Kronдор? ¡Hay facetas de ti que nunca habría creído posibles! Háblame de ella.

Pug empezó a hablar, lentamente al principio, contándole su encaprichamiento infantil por ella, y luego cómo se había desarrollado su relación. Laurie se mantuvo en silencio, dejando de lado las preguntas, permitiendo que Pug se aliviara de las emociones acumuladas a lo largo de los años.

—Quizá sea eso lo que me preocupa tanto de Katala —dijo finalmente Pug—. En

cierto sentido Katala se parece a Carline. Las dos tienen un carácter fuerte y hacen saber cómo se sienten.

Laurie asintió sin decir nada. Pug se sumió en el silencio, y volvió a hablar tras un rato.

»Cuando estaba en Crydee, durante algún tiempo pensé que estaba enamorado de Carline. Pero ahora no lo sé. ¿No es raro?

Laurie negó con la cabeza.

—No, Pug. Hay muchas formas de amar a alguien. A veces queremos tanto amar a alguien que no somos demasiado selectivos con nuestra elección. Otras veces convertimos el amor en una cosa tan pura y noble que ningún simple humano está a la altura de nuestra visión. Pero sobre todo el amor es darse cuenta de algo, la posibilidad de decir «aprecio algo de ti». No implica matrimonio, ni siquiera amor físico. Está el amor a los padres, el amor por una nación, el amor a la vida y el amor por la gente. Todos diferentes, todos son amor. Pero dime: ¿se parecen tus sentimientos por Katala a lo que sentías por Carline?

Pug se encogió de hombros y sonrió.

—No, no se parecen demasiado. Con Carline me sentía como si tuviera que mantener las distancias, ya sabes, cierta perspectiva. Como si tuviera que mantener el control de lo que pasaba.

—¿Y Katala? —sondeó Laurie.

Pug volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Es diferente. No me siento como si tuviera que mantenerla bajo control. Es más como si hubiera cosas que quisiera decirle, pero no supiera cómo. Como cuando me quedé atascado la primera vez que me miró. Con Carline podía hablar, cuando se quedaba callada y me dejaba. Katala se calla, pero yo no sé qué decirle. —Hizo una pausa y luego dejó escapar un ruido que era mitad suspiro y mitad gemido—. Solo pensar en Katala ya me duele, Laurie.

Laurie se tumbó, sonriente, y una amigable risita escapó de sus labios.

—Sí, yo he conocido esos dolores bastante bien. Y tengo que admitir que tu gusto se orienta a las mujeres interesantes. Por lo que he podido ver, Katala es una perla. Y la princesa Carline...

—Me encargaré de presentártela cuando volvamos —dijo Pug, de forma un tanto cortante.

—Te tomo la palabra. —Laurie ignoró el tono—. Mira, lo que quiero decir es que pareces haber desarrollado una excelente habilidad para encontrar mujeres de valía. Me gustaría poder decir lo mismo —añadió con cierta tristeza—. En mi vida se han cruzado principalmente mozas de taberna, hijas de granjeros o prostitutas callejeras. No sé qué decirte.

—Laurie —dijo Pug. Laurie se sentó y miró a su amigo—. No sé... no sé qué

hacer.

Laurie estudió a Pug durante un momento. Entonces se dio cuenta, echó la cabeza atrás y empezó a reír. Pudo ver cómo la cólera de Pug iba aumentando y levantó las manos en señal de súplica.

—Lo siento, Pug. No pretendía avergonzarte. Pero es que eso no es lo que esperaba oír.

—Cuando me capturaron era muy joven, tenía menos de dieciséis años —dijo Pug algo más calmado—. Nunca tuve la altura de otros chicos, así que las chicas nunca me prestaban mucha atención, hasta que llegó Carline, quiero decir, y después de convertirme en escudero tenían miedo de hablarme. Tras eso... Maldita sea, Laurie, me he pasado cuatro años en los pantanos. ¿Qué oportunidades he tenido de conocer una mujer?

Laurie se quedó un rato sentado en silencio, y la tensión abandonó la habitación.

—No me lo hubiera imaginado, Pug, pero como has dicho, ¿cuándo has tenido tiempo?

—Laurie ¿qué hago?

—¿Qué te gustaría hacer? —Laurie miró a Pug con gesto preocupado.

—Me gustaría... ir a ella. Creo. No sé.

Laurie se frotó una mejilla.

—Mira, Pug, nunca pensé que tendría este tipo de charla con alguien que no fuera mi propio hijo, si algún día tenía uno. No pretendía burlarme de ti. Es que me has pillado por sorpresa. —Apartó la mirada mientras reunía sus pensamientos—. Mi padre me echó de casa cuando estaba a punto de cumplir los doce años. Era el hijo mayor y él tenía otras siete buscas que alimentar, y nunca me fue muy bien lo de granjero. Un chico vecino mío y yo fuimos a Tyr-Sog y estuvimos un año viviendo en las calles. Él se unió a una partida de mercenarios como ayudante del cocinero y más tarde se hizo soldado. Yo me uní a una compañía itinerante de músicos, y me hice aprendiz de un juglar del que aprendí las canciones, las sagas y las baladas, y viajé. Crecí rápido, y ya era un hombre a los trece años. Había una mujer en la compañía, la viuda de un cantante, que viajaba con sus hermanos y primos. Acababa de pasar de los veinte años, pero por aquel entonces me parecía muy mayor. Ella fue la que me introdujo en los juegos de hombres y mujeres. —Se detuvo unos instantes, rememorando recuerdos largo tiempo olvidados. Sonrió—. Fue hará unos quince años, Pug, pero aún puedo ver su cara. Los dos estábamos un poco perdidos. No fue algo planeado. Simplemente pasó, una tarde en el camino. Ella fue... amable. —Miró a Pug—. Sabía que, a pesar de mis bravuconadas, yo estaba muy asustado. —Sonrió y cerró los ojos—. Sigo pudiendo ver el sol en los árboles detrás de su rostro, y sentir su olor mezclado con el de las flores silvestres. —Abrió los ojos—. Pasamos juntos los dos años siguientes, mientras yo aprendía a cantar. Luego dejé la compañía.

—¿Qué pasó? —preguntó Pug, porque esta historia era nueva para él. Laurie nunca antes le había hablado de su juventud.

—Se volvió a casar. Era un buen hombre, un posadero de la carretera entre el Cruce de Malac y el Valle de Durrony. Su esposa había muerto el año anterior de unas fiebres, dejándolo con dos hijos pequeños. Ella intentó explicármelo, pero no quise escucharla. ¿Qué sabía yo? No tenía ni dieciséis años, y el mundo era un lugar sencillo.

Pug asintió.

—Sé lo que quieres decir.

—Mira —dijo Laurie—. Lo que quiero decir es que comprendo tu problema. Puedo explicarte cómo funcionan las cosas...

—Eso ya lo sé —dijo Pug—. No me han criado unos monjes.

—Pero no sabes cómo van las cosas.

Pug asintió mientras ambos reían.

»Creo que simplemente deberías a ir a la chica y darle a conocer tus sentimientos —dijo Laurie.

—¿Solo hablar con ella?

—Por supuesto. El amor, como muchas otras cosas, se hace mejor con la cabeza. Deja los intentos irreflexivos para las cosas irreflexivas. Ahora ve.

—¿Ahora? —Pug parecía presa del pánico.

—Nunca es demasiado pronto para empezar ¿no?

Pug asintió y se fue sin decir una palabra más. Recorrió los oscuros y silenciosos pasillos en dirección a los alojamientos de los esclavos, y encontró el camino hasta la puerta de ella. Levantó la mano para llamar en el marco, pero se detuvo y se quedó un momento en silencio tratando de decidir qué hacer. Entonces se abrió la puerta. Almorella estaba de pie en el umbral, envuelta en una túnica y con el pelo despeinado.

—Oh —murmuró ella—. Pensé que era Laurie. Espera un momento.

Desapareció dentro de la habitación, y reapareció poco después con un hatillo de cosas en las manos. Le dio una palmada en el brazo a Pug y partió en dirección a la habitación que compartían este y Laurie. Pug se quedó de pie frente a la puerta, y por fin entró lentamente. Pudo ver a Katala tendida bajo una manta en su catre. Pug se acercó hasta donde estaba y se agachó junto a ella.

La tocó en el hombro y susurró su nombre. Ella se despertó y se sentó bruscamente, cubriéndose con la manta.

—¿Qué haces aquí? —dijo.

—Yo... yo quería hablar contigo. —Una vez empezó, las palabras brotaron en un torrente—. Lo siento mucho si he hecho algo para que te enfadaras conmigo. O si no he hecho nada. Quiero decir, Laurie me ha dicho que si no haces algo cuando alguien espera que lo hagas, eso es tan malo como prestar demasiada atención. Esto... No

estoy demasiado seguro. —Ella se tapó la boca para ocultar una risita, porque podía ver la incomodidad de él a pesar de la oscuridad—. Lo que quiero decir es que lo siento. Que siento lo que he hecho... o lo que no he hecho...

Lo hizo callar colocándole un dedo sobre los labios. Su brazo rodeó el cuello de él y atrajo su cabeza. Ella lo besó lentamente.

—Tonto. Ve a cerrar la puerta —dijo.

Yacían juntos, con el brazo de Katala cruzado sobre el pecho de Pug, mientras este miraba fijamente al techo. Ella respiraba suavemente, y él le pasó la mano por el espeso cabello y el suave hombro.

—¿Qué? —preguntó ella, somnolienta.

—Estaba pensando que no había sido más feliz desde que me convirtieron en miembro de la corte del duque.

—Eso está bien. —Ella se despertó un poco más—. ¿Qué es un duque?

Pug pensó durante un momento.

—Es como un señor aquí, pero algo diferente. Mi duque era primo del rey, y el tercer hombre más poderoso del Reino.

Ella se acurrucó más cerca de él.

—Tienes que haber sido importante para ser parte de la corte de un hombre como ese.

—Realmente, no. Le presté un servicio y fui recompensado por ello.

No quería sacar a colación el nombre de Carline. De algún modo sus antiguas fantasías acerca de la princesa parecían infantiles a la luz de esa noche. Katala se dio la vuelta para ponerse bocabajo. Levantó la cabeza y la apoyó en su mano, formando un triángulo con su brazo.

—Me gustaría que las cosas fueran diferentes.

—¿Cómo, amor mío?

—Mi padre era granjero en Thuril. Somos de los últimos pueblos libres de Kelewan. Si pudiéramos ir allí, tú podrías conseguir un puesto en el Coaldra, el Consejo de Guerreros. Siempre necesitan hombres con recursos. Entonces podríamos estar juntos.

—Ya estamos juntos, ¿no?

Katala lo besó suavemente.

—Sí, querido Pug, lo estamos. Pero los dos recordamos cómo era ser libre, ¿no?

Pug se incorporó en la cama.

—Yo intento sacarme eso de la cabeza.

Ella lo rodeó con los brazos, abrazándolo como si fuera un niño.

—En los pantanos tuvo que ser terrible. Oímos historias, pero nadie lo sabe a ciencia cierta —susurró ella.



—Mejor para vosotros que no lo sepáis.

Ella lo besó, y pronto volvieron a ese lugar intemporal y seguro compartido por una pareja, olvidando todos los pensamientos de cosas extrañas y terribles. Durante el resto de la noche se complacieron mutuamente, descubriendo unos profundos sentimientos que les eran nuevos. Pug no podía decir si ella había conocido antes algún hombre, y no preguntó. No le importaba. Lo único importante era estar allí, con ella, ahora. Estaba inmerso en un mar de nuevas delicias y emociones. No podía entender por completo sus propios sentimientos, pero tenía pocas dudas de que sus sentimientos por Katala eran más reales, más irresistibles que el anhelo embelesado y confuso que había conocido con Carline.

Pasaron las semanas y Pug vio como su vida caía en una tranquilizadora rutina.

Pasaba alguna que otra tarde con el señor de los Shinzawai jugando al ajedrez (o jadra, como se llamaba allí), y sus conversaciones le dieron cierta perspectiva sobre la vida tsurani. Ya no podía pensar en esa gente como en alienígenas, puesto que veía que su vida diaria era muy parecida a la que él había conocido de niño. Había diferencias sorprendentes, como la estricta adherencia a un código de honor, pero las similitudes superaban con mucho a las diferencias.

Katala se convirtió en el centro de su existencia. Se reunían siempre que encontraban tiempo, compartiendo las comidas, algún rápido intercambio de palabras y todas las noches que podían robar juntos. Pug estaba seguro que los demás esclavos de la casa sabían de sus encuentros nocturnos, pero la proximidad de la gente en la vida tsurani les había hecho desarrollar cierta ceguera a los hábitos privados de los demás, y a nadie le importaban demasiado las idas y venidas de dos esclavos.

Varias semanas después de la primera noche con Katala, Pug se encontró a solas con Kasumi mientras Laurie estaba enzarzado en otra competición de gritos con el carpintero que estaba terminando su laúd. El hombre consideraba que Laurie era poco razonable al objetar que el acabado del instrumento fuera en amarillo perfilado de púrpura, y no veía por qué había que dejar expuestos los tonos naturales de la madera. Pug y Kasumi dejaron al cantante explicándole al carpintero los requisitos de la madera para que la resonancia fuera la adecuada, al parecer intentando convencerlo tanto por volumen como por lógica.

Caminaron hacia la zona de los establos. Los agentes del señor de los Shinzawai habían comprado varios caballos capturados más y los habían enviado a su mansión, mediante lo que a Pug le pareció un importante gasto y algo de maniobra política. Siempre que se encontraba sólo con los esclavos, Kasumi hablaba en la lengua del rey e insistía en que lo llamaran por su nombre. Demostraba una rapidez al aprender el idioma que estaba a la altura de su rapidez en aprender a montar.

—El amigo Laurie —dijo el hijo mayor de la familia— nunca será un buen esclavo

desde el punto de vista tsurani. No aprecia nuestras artes.

Pug escuchó la discusión que seguía pudiendo oírse desde el edificio del carpintero.

—Creo que en este caso le preocupa que no se aprecie su arte.

Llegaron al cercado y observaron como un temperamental semental gris se encabritaba y relinchaba al aproximarse ellos. Hacía una semana que habían traído el caballo, firmemente atado con varias sogas a un carromato, y había tratado repetidamente de atacar a cualquiera que se le acercara.

—¿Por qué crees que este es tan problemático, Pug?

Pug observó cómo el magnífico animal corría por el cercado, apartando de los hombres a los demás caballos. Cuando las yeguas y otro semental menos dominante estuvieron a salvo lejos de los tsurani, el gris se dio la vuelta y observó a ambos hombres con desconfianza.

—No estoy seguro. Puede que simplemente sea un animal con mal carácter, quizá porque lo han adiestrado mal, o quizá sea un caballo de guerra especialmente entrenado. La mayoría de nuestras monturas de guerra están adiestradas para no acobardarse en combate, para mantenerse en silencio cuando las aguantan y para responder a las órdenes de sus jinetes en los momentos de tensión. Unas pocas, generalmente las monturas de los nobles, están específicamente entrenadas para obedecer sólo a su amo, y son armas tanto como medios de transporte, ya que se les enseña a atacar. Puede que sea uno de esos.

Kasumi lo observaba atentamente mientras piafaba y sacudía la cabeza.

—Algún día lo montaré —dijo—. En cualquier caso, engendraré una línea fuerte. Ya tenemos cinco yeguas, y padre ha conseguido otras cinco. Llegarán en unas pocas semanas, y estamos rastreando cada finca en el Imperio para encontrar más. —Kasumi miró al horizonte y habló pensativo—. Al principio de estar en tu mundo, Pug, odiaba la visión de los caballos. Caían sobre nosotros y nuestros soldados morían. Pero entonces llegué a ver lo magníficas criaturas que eran. Había otros prisioneros, cuando yo estaba en tu mundo, que decían que tenéis familias nobles cuya reputación se basa en los excelentes caballos que crían. Algún día, los mejores caballos del imperio serán caballos Shinzawai.

—Por el aspecto de estos, es un buen comienzo. Aunque por lo poco que sé, creo que hace falta un rebaño más grande para criar.

—Tendremos tantos como hagan falta.

—Kasumi, ¿cómo pueden vuestros líderes prescindir de esos animales capturados en el esfuerzo bélico? Seguramente veis la necesidad de formar unidades montadas lo más aprisa posible si queréis avanzar en vuestra conquista.

El rostro de Kasumi adquirió una expresión pícaro.

—En su mayor parte nuestros líderes están atados por la tradición, Pug. Se niegan

a ver la sabiduría de entrenar tropas a caballo. Son imbéciles. Vuestros jinetes pasan por encima de nuestros guerreros, y ellos siguen fingiendo que no tenemos nada que aprender, llamando bárbara a tu gente. Una vez asedié un castillo en tu mundo, y los defensores me enseñaron mucho acerca de la guerra. Muchos me llamarían traidor por decirlo, pero hemos resistido solamente por la fuerza del número. En su mayoría, vuestros generales son más capaces. Tratar de mantener con vida a los soldados, en vez de mandarlos a la muerte, enseña una cierta astucia. No, la verdad del asunto es que estamos liderados por hombres qu... —Se detuvo, dándose cuenta que estaba hablando de cosas peligrosas—. La verdad es —dijo al fin— que somos un pueblo tan rígido como vosotros. —Estudió el rostro de Pug por unos instantes, luego sonrió—. Hicimos incursiones para capturar caballos durante el primer año, para que los Grandes del Señor de la Guerra pudieran estudiar a las bestias y ver si eran aliados inteligentes, como los cho-ja, o simples animales. Fue una escena bastante cómica. El Señor de la Guerra insistió en ser el primero en probar un caballo. Sospecho que tuvo que elegir uno muy parecido a este grande gris, porque tan pronto se le acercó, el animal atacó y casi lo mata. Su honor no permite que nadie monte si él fracasó. Y creo que tuvo miedo de probar con otro animal. Nuestro Señor de la Guerra, Almecho, es un hombre de considerable orgullo y temperamento, incluso para un tsurani.

—¿Entonces cómo es que tu padre sigue comprando caballos capturados? —dijo Pug—. ¿Y cómo es que puedes montar contraviniendo esa orden?

La sonrisa de Kasumi se ensanchó.

—Mi padre es un hombre de considerable influencia en el Consejo. Nuestra política es extrañamente retorcida, y siempre hay formas de darle la vuelta a cualquier orden, incluso del Señor de la Guerra o del Alto Consejo, o a cualquier mandato, excepto de la Luz Celestial en persona. Pero principalmente es porque los caballos están aquí y el Señor de la Guerra no —sonrió—. El Señor de la Guerra solo es supremo en el campo de batalla. Dentro de estas tierras, nadie puede cuestionar la voluntad de mi padre.

Desde su llegada a las tierras de los Shinzawai, Pug había estado preocupado por lo que fuera que estaban planeando Kasumi y su padre. No tenía dudas de que estaban enredados en alguna intriga tsurani, pero de qué se trataba no tenía ni idea. Un señor poderoso como Kamatsu no iba a gastar tanto esfuerzo en complacer el capricho de un hijo, ni siquiera uno tan adorado como Kasumi. Con todo, Pug sabía que no le convenía implicarse más de lo que ya estaba implicado por las circunstancias. Cambió el tema de conversación.

—Kasumi, me preguntaba algo.

—¿Sí?

—¿Qué dicen las leyes del matrimonio entre esclavos?

La pregunta no pareció sorprender a Kasumi.

—Los esclavos pueden casarse con el permiso de su amo. Pero raras veces se da permiso. Una vez casados, no se puede separar al hombre de la mujer, ni se puede vender a los hijos mientras los padres vivan. Esa es la ley. Si una pareja casada llegara a vivir mucho tiempo, una familia podría verse cargada con tres o cuatro generaciones de esclavos, muchos más de los que podría mantener económicamente. Pero en ocasiones se da permiso. ¿Por qué? ¿Quieres que Katala sea tu esposa?

Pug se sorprendió.

—¿Lo sabes?

—No pasa nada en las tierras de mi padre que él ignore, y confía en mí. Es un gran honor —dijo Kasumi sin arrogancia.

Pug asintió pensativo.

—Aún no lo sé. Siento mucho por ella, pero hay algo que me retiene. Es como si... —se encogió de hombros al no encontrar las palabras.

Kasumi lo observó atentamente antes de hablar.

—Es por voluntad de mi padre que vives, y por su capricho que vives como vives.

Kasumi se detuvo durante un minuto, y Pug se dio cuenta, dolorosamente, de la amplia brecha que existía entre ellos dos. Uno, el hijo de un poderoso señor y el otro la más insignificante de las propiedades de su padre, un esclavo. La falsa apariencia de amistad fue arrancada de cuajo, y Pug se dio cuenta de nuevo de lo que había descubierto en el pantano: allí la vida valía poco, y solo el capricho de este hombre, o de su padre, se interponía entre Pug y la destrucción. Kasumi habló como si leyera la mente de Pug.

—Recuerda, Pug. La ley es estricta. Un esclavo nunca puede ser liberado. Aun así, está el pantano, y está este sitio. Y para nosotros los de Tsuranuanni, los del Reino sois muy impacientes.

Pug sabía que Kasumi estaba tratando de decirle algo. Quizá algo importante. A pesar de lo abierto que podía ser a veces, Kasumi caía con facilidad en esa acritud tsurani que Pug consideraba críptica. Tras las palabras de Kasumi se percibía cierta tensión, y Pug pensó que sería mejor no insistir. Volvió a cambiar el tema de conversación.

—¿Cómo va la guerra, Kasumi?

Kasumi suspiró.

—Mal para ambos bandos. —Observó al semental gris—. Luchamos a lo largo de frentes estabilizados, que no han cambiado en los últimos tres años. Nuestras dos últimas ofensivas fueron contenidas, pero vuestro ejército tampoco ha podido hacer ningún avance. Ahora pasan semanas sin lucha. Entonces tus paisanos hacen una incursión contra alguno de nuestros enclaves y nosotros devolvemos la visita. No se consigue nada, excepto derramar sangre.

Pug se sorprendió. Todo lo que había visto de los tsurani reforzaba la observación

que Meecham había hecho hacía años de que los tsurani eran una raza muy belicosa. En todos los sitios que había mirado en su viaje hasta aquella mansión había visto soldados. Ambos hijos de la casa eran soldados, como lo había sido su padre en su juventud. Hokanu era el Primer Líder de Ataque de la guarnición de su padre, debido a que era el segundo hijo del señor de los Shinzawai, pero cómo había tratado al capataz en el campamento demostraba una eficacia despiadada en Hokanu, y Pug sabía que no era una casualidad. Era tsurani, y el código tsurani se enseñaba a muy temprana edad y se seguía con ferocidad. Kasumi sintió que lo estaban estudiando, y habló.

—Me temo que vuestras estrafalarias costumbres me están ablandando, Pug. — Hizo una pausa—. Vamos, cuéntame más de tu gente y de cómo... —Kasumi se quedó helado. Agarró a Pug por el brazo e inclinó la cabeza, escuchando—. ¡No! — dijo tras un breve instante—. ¡No puede ser! —Se giró bruscamente y gritó—: ¡Incursión! ¡Los thün!

Pug escuchó, y en la distancia pudo oír un débil temblor, como si una manada de caballos estuviera galopando por las praderas. Se subió a la cerca y miró al horizonte. Tras el cercado se extendía una amplia pradera que acababa al borde de una zona de arbolado disperso. Mientras la alarma sonaba tras él, pudo ver unas formas emerger de la linde de los árboles. Pug observó con una terrible fascinación cómo las criaturas llamadas thün venían al galope hacia la mansión. Crecieron de tamaño a medida que se acercaban hacia donde esperaba Pug. Eran seres grandes, parecidos a centauros, y en la distancia se asemejaban a jinetes. En vez de parecerse al de un caballo, la parte inferior de su cuerpo recordaba a la de un ciervo grande o un alce, pero más musculosa. El torso era completamente humano, pero la cara parecía la de un mono con un largo hocico. Todo el cuerpo, excepto la cara, estaba cubierto de pelaje de media largura, gris y moteado de blanco. Cada criatura empuñaba un garrote o un hacha de cabeza de piedra atada al asta de madera.

Hokanu y la guardia de la casa llegaron corriendo desde el pabellón de los soldados y tomaron posiciones cerca del corral. Los arqueros prepararon sus arcos y los espadachines formaron en filas, listos para recibir la embestida.

Súbitamente, Laurie estuvo al lado de Pug, con su laúd casi acabado en la mano.

—¿Qué?

—¡Incursión thün!

Laurie se quedó allí plantado, tan fascinado por la visión como Pug. De repente, dejó a un lado el laúd y entró de un salto en el cercado.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó Pug.

El trovador esquivó una finta defensiva del semental gris y saltó a lomos de otro caballo, la yegua dominante de la pequeña manada.

—Tratar de llevar a los animales a lugar seguro.

Pug asintió y abrió la puerta. Laurie trató de hacer salir a los caballos, pero el gris impedía que los demás lo siguieran, haciéndolos retroceder. Pug dudó durante un minuto.

—Algon, espero que supieras lo que enseñabas —se dijo.

Anduvo tranquilamente hacia el semental, tratando de transmitir una sensación de autoridad.

—¡Sooo! —dijo Pug cuando el semental echó hacia atrás las orejas y resopló.

El caballo levantó las orejas ante la orden, y pareció estar decidiéndose. Pug sabía que el tiempo era esencial y no rompió el ritmo de su aproximación. El caballo lo estudió mientras se ponía a su lado.

—¡Sooo! —repitió Pug.

Antes de que el caballo pudiera encabritarse, Pug se agarró a las crines y subió a sus lomos. El caballo de guerra adiestrado para el combate, fuese por entrenamiento o por suerte, decidió que Pug se parecía lo bastante a su amo como para obedecerlo. Quizá fue debido al clamor de la batalla a su alrededor, pero fuera por lo que fuese, el gris saltó al frente en respuesta a las órdenes que Pug le daba con las piernas y salió al galope por la puerta del cercado. Pug se agarró con las piernas por su vida.

—¡Laurie, trae a los demás! —gritó Pug mientras el caballo salía por la puerta y giraba hacia la izquierda.

Pug miró por encima del hombro y vio cómo los demás animales seguían a la jefa de la manada cuando Laurie la hizo atravesar la puerta. También vio a Kasumi llegar corriendo desde el cobertizo donde se guardaban los arreos, con una silla de montar en la mano.

—¡Uau! —gritó Pug, aferrándose lo más que podía al estar montando a pelo.

El semental se detuvo cuando Pug se lo ordenó, piafando en anticipación a la lucha.

—¡Apartad a los caballos del combate! —gritó Kasumi mientras se acercaba—. Esta es una Incursión de Sangre, y los thün no se retirarán hasta que cada uno de ellos haya matado al menos una vez.

Hizo que Laurie se detuviera, y cuando la pequeña manada estuvo detenida ensilló rápidamente un caballo y lo apartó de los demás.

Pug picó espuelas, y el semental gris y la yegua condujeron a los caballos restantes a un lado de la mansión. Mantuvieron a los animales agrupados y lejos de la visión de los atacantes thün.

Un soldado dobló corriendo la esquina de la casa, llevando unas armas, y llegó hasta Pug y Laurie.

—Mi amo Kasumi os ordena que defendáis los caballos con vuestras vidas —les gritó, entregándoles a cada uno de los esclavos un escudo y una espada, para volverse luego y dirigirse a toda prisa hacia el combate.

Pug contempló la extraña espada y el escudo, que pesaban la mitad que cualquiera con los que se hubiera entrenado. Un grito agudo interrumpió su examen cuando Kasumi apareció a caballo desde el frente de la casa, luchando al galope contra un guerrero thün. El hijo mayor de los Shinzawai cabalgaba bien, y aunque tenía poco entrenamiento para combatir a lomos de un caballo, era un espadachín consumado.

Su inexperiencia quedaba compensada por la propia falta de experiencia del thün con los caballos, puesto que aunque no era muy diferente a luchar con uno de su propia especie, el caballo también atacaba, lanzando mordiscos contra el pecho y la cara de la criatura. Cuando le llegó el olor del thün, el semental gris de Pug se encabritó y casi lo derribó. Pug se aferró firmemente a las crines y apretó con las piernas. Los otros caballos se asustaron, y Pug tuvo que forcejear para impedir que el suyo cargase.

—No les gusta cómo huelen esas cosas —gritó Laurie—. Mira cómo está actuando el caballo de Kasumi.

Otra de las criaturas apareció a la vista, Laurie dejó escapar un grito y se lanzó a interceptarla. Se unieron en un entrechocar de armas, y Laurie paró el garrote del thün con su escudo. Su propia espada alcanzó a la criatura de lleno en el pecho, y esta gritó en un idioma extraño y gutural, trastabilló durante un momento y luego cayó.

Pug oyó un alarido en el interior de la casa y de dio la vuelta para ver como una de las puertas correderas salía despedida hacia fuera al ser proyectado a través de ella un cuerpo. Un aturdido esclavo de la casa se puso en pie a duras penas, y luego volvió a caer mientras brotaba la sangre de una herida en su cabeza. Otras siluetas salieron corriendo por la puerta.

Pug vio a Katala y Almorella huyendo de la casa junto a los demás, perseguidos por un guerrero thün. La criatura cayó sobre Katala, levantando el garrote por encima de su cabeza.

Pug gritó el nombre de ella, y el caballo gris sintió la alarma de su jinete. Sin haber recibido orden alguna, el enorme caballo de guerra dio un salto al frente e interceptó al guerrero thün cuando este se aproximaba a la muchacha esclava. El caballo estaba furioso, por los sonidos de la batalla o por el olor de los thün. Embistió a la criatura, mordiéndola y pateándola con sus pesadas patas delanteras, y las piernas del thün se doblaron bajo su peso. El impacto derribó a Pug, que aterrizó pesadamente. Se quedó aturdido por unos instantes y luego se levantó. Se acercó trastabillando hasta donde estaba Katala, acurrucada en el suelo, y la alejó del enloquecido semental.

El caballo gris se alzó a dos patas sobre el thün inmóvil y descargó sus cascos delanteros. El caballo de guerra golpeó al thün una y otra vez, hasta que no quedó duda de que el hálito de la vida había abandonado a la criatura caída.

Pug le gritó al caballo para que se detuviera y se quedara quieto y, con un resoplido de disconformidad, el animal cesó el ataque, aunque mantuvo las orejas

hacia atrás y Pug podía verlo temblar. Pug se le acercó y le acarició el cuello hasta que el animal dejó de temblar.

Entonces se hizo el silencio. Pug miró a su alrededor y vio a Laurie cabalgar tras los caballos que se dispersaban. Dejó su propia montura y volvió con Katala. La chica estaba sentada en la hierba, temblando, con Almorella a su lado.

—¿Estás bien? —dijo arrodillándose a su lado.

Ella respiró hondo y le dedicó una sonrisa asustada.

—Sí, pero durante un momento estuve segura de que me iban a pisotear.

Pug miró a la joven esclava que había llegado a significar tanto para él.

—Yo también lo pensé —dijo. De repente, los dos se estaban sonriendo mutuamente. Almorella se puso de pie e hizo algún comentario acerca de ir a ver cómo estaban los demás—. Tenía tanto miedo de que te hubieran hecho daño... Pensé que iba a perder la cabeza cuando te vi huyendo de esa criatura. —Katala le puso la mano en la mejilla, y él se dio cuenta de que estaba húmeda por las lágrimas—. Tuve tanto miedo por ti...

—Y yo por ti. Pensé que te ibas a matar por como embestiste contra el thün. —Entonces ella empezó a llorar y lentamente cayó en sus brazos—. No sé que haría si te mataran.

Pug la abrazó con todas sus fuerzas. Estuvieron así sentados durante varios minutos, hasta que Katala recuperó la compostura.

—La casa está destrozada. Septiem tendrá mil cosas para hacer —dijo apartándose suavemente de Pug.

Empezó a levantarse, y Pug la cogió de la mano y se puso de pie frente a ella.

—No me había dado cuenta, antes, quiero decir —dijo—. Te amo, Katala.

Ella sonrió y le tocó la mejilla.

—Y yo a ti, Pug.

El momento de intimidad quedó interrumpido por la aparición del señor de los Shinzawai y su hijo menor. Mirando a su alrededor, inspeccionó los daños a su casa mientras Kasumi doblaba la esquina a caballo, cubierto de sangre. El hijo mayor hizo un saludo militar a su padre.

—Han huido —dijo—. He ordenado que se despachen hombres a las atalayas del norte. Tienen que haber arrollado una de las guarniciones para haber pasado.

El señor de los Shinzawai asintió para indicar que lo entendía y se dio la vuelta para entrar en la casa, llamando a su Primer Consejero y demás jefes del servicio para que lo informaran de los daños.

—Ya hablaremos después —susurró Katala a Pug, y respondió a los roncós gritos del hadonra, Septiem.

Pug se unió a Laurie, que había venido cabalgando hasta Kasumi. El juglar miró a las criaturas muertas en el suelo.



—¿Qué son? —dijo.

—Thün —respondió Kasumi—. Son criaturas nómadas de la tundra del norte. Tenemos fuertes en las estribaciones de las montañas que separan nuestras posesiones de sus tierras, en todos los pasos. Antaño vagaban por estos pastos, hasta que los expulsamos hacia el norte. De vez en cuando intentan volver a las tierras más cálidas del sur. —Señaló un amuleto que había entrelazado en el pelaje de una de las criaturas—. Esto era una Incursión de Sangre. Todos son machos jóvenes, que no han demostrado su valía a la manada y no tienen compañera. Fracasaron en los ritos guerreros del verano y fueron desterrados de sus manadas por los machos más fuertes. Tenían que venir al sur y matar al menos un tsurani antes de que se les permitiera volver a la manada. Cada uno de ellos tenía que volver con una cabeza tsurani al menos, o no volver. Es su costumbre. A los que escaparon tendremos que cazarlos, porque no volverán a su tierra.

—¿Esto pasa muy a menudo? —Laurie sacudía la cabeza.

—Todos los años —dijo Hokanu con una sonrisa irónica—. Normalmente las atalayas los hacen retroceder, pero este año ha tenido que ser una manada grande. Muchos han tenido que volver ya al norte con las cabezas arrancadas a nuestros hombres de los fuertes.

—También tienen que haber acabado con dos patrullas —dijo Kasumi negando con la cabeza—. Habremos perdido entre sesenta hombres y un centenar.

Hokanu parecía reflejar el descontento de su hermano mayor ante el revés.

—Yo personalmente conduciré una patrulla para encargarme de los daños.

Kasumi le dio permiso y Hokanu se fue. Luego Kasumi se volvió hacia Laurie.

—¿Y los caballos?

Laurie señaló hacia donde el semental que Pug había montado vigilaba al resto de la manada.

—Kasumi, deseo pedirle a tu padre permiso para casarme con Katala —dijo Pug súbitamente.

Kasumi entrecerró los ojos.

—Escúchame bien, Pug. Traté de decírtelo, pero no parece haberte dado cuenta. No sois una gente sutil. Ahora te lo diré con claridad. Puedes pedirlo, pero se te negará. —Pug empezó a objetar, pero Kasumi lo cortó—. Como ya te he dicho, sois una gente impaciente. Hay motivos. No puedo decirte más, pero hay motivos, Pug. —La cólera estalló en la mirada de Pug—. Di una palabra de ira y que se entere cualquier soldado de esta casa, especialmente mi hermano, y eres un esclavo muerto —le dijo en la lengua real.

—Como deseáis, amo —dijo Pug envarado.

Al ver la amargura en la expresión de Pug, Kasumi repitió sus palabras con suavidad.

—Hay motivos, Pug.

Por un momento intentó no ser un amo tsurani, sino un amigo intentando aliviar el dolor de otro. Su mirada se cruzó con la Pug, y entonces un velo cayó sobre los ojos de Kasumi, y una vez más fueron amo y esclavo. Pug bajó la mirada, como se esperaba de un esclavo tsurani.

—Encárgate de los caballos.

Kasumi se alejó a grandes zancadas, dejando solo a Pug.

Pug nunca le habló a Katala de esa petición. Ella sentía que algo lo preocupaba intensamente, algo que parecía añadir una nota amarga a los alegres momentos que pasaban juntos. Él descubrió la profundidad de su amor por ella y empezó a explorar la compleja naturaleza de la muchacha. Aparte de un carácter firme, tenía una mente ágil. Solo tenía que explicarle las cosas una vez y ella las comprendía. Pug aprendió a apreciar su fina ironía, una cualidad innata de su gente, los thuril, afilada como una navaja de barbero por su cautividad. Era una observadora estudiosa de todo lo que la rodeaba, y comentaba de forma despiadada los defectos de todos los de la casa, en detrimento de estos y para diversión de Pug. Insistía en aprender algo del idioma de Pug, así que este empezó a enseñarle la lengua real. Demostró ser una estudiante capaz.

Pasaron dos meses sin acontecimientos de importancia, y entonces una noche Pug y Laurie fueron llamados al comedor del señor de la casa. Laurie ya había completado el trabajo en su laúd, y aunque estaba insatisfecho con un centenar de pequeños detalles, juzgaba que era pasable para tocarlo. Esa noche tenía que tocar para el señor de los Shinzawai.

Entraron en la habitación y vieron que el señor tenía un invitado, un hombre ataviado con una túnica negra, el Grande al que habían visto de pasada hacía unos meses. Pug se quedó junto a la puerta mientras Laurie ocupaba un sitio en un extremo de la mesa baja. Tras acomodarse el cojín en el que se había sentado, empezó a tocar.

Cuando las primeras notas llenaron el ambiente, empezó a cantar una vieja tonadilla que Pug conocía bien. Cantaba las alegrías de la cosecha y la riqueza de la tierra, y era muy popular en las aldeas campesinas por todo el Reino.

Aparte de Pug, solo Kasumi entendía las palabras, aunque su padre podía coger unas pocas que había aprendido durante sus partidas de ajedrez con Pug.

Pug nunca había oído antes cantar a Laurie, y quedó genuinamente impresionado. Con toda su jactancia, el trovador era mejor que cualquier otro que Pug hubiera oído. Su voz era un verdadero y claro instrumento, y transmitía con palabras tanto como con música lo que estaba cantando.

Cuando acabó, los comensales golpearon educadamente la mesa con los cuchillos de comer, en lo que Pug supuso que sería el equivalente tsurani de un aplauso.

Laurie empezó otra tonada, una alegre cancioncilla que se interpretaba en festivales por todo el Reino. Pug recordó la última vez que la había oído, en el Festival de Banapis el año anterior a su partida de Crydee para Rillanon. Casi podía ver de nuevo las visiones familiares del hogar. Por primera vez en años, sintió una profunda tristeza y nostalgia que casi lo abrumaron.

Tragó saliva para tratar de deshacer el nudo de su garganta. La nostalgia y la frustración desesperanzada luchaban en su interior, y podía sentir como su duramente aprendido autocontrol se desvanecía. Rápidamente invocó uno de los ejercicios para tranquilizarse que le había enseñado Kulgan. Una sensación de bienestar lo inundó, y se relajó. Mientras Laurie tocaba, Pug usó toda su concentración para alejar los estremecedores recuerdos de casa. Todas sus habilidades crearon un aura de tranquilidad dentro de la que podía estar, un refugio frente a la furia inútil, que era todo el legado de sus recuerdos.

Varias veces durante la actuación, Pug sintió sobre él la mirada del Grande. El hombre parecía estudiarlo con alguna pregunta en la mirada. Cuando Laurie acabó, el mago se inclinó y habló con su anfitrión.

El señor de los Shinzawai ordenó a Pug que fuera hasta la mesa, y cuando este se hubo sentado habló el Grande.

—He de preguntarte algo. —Su voz era clara y fuerte, y el tono le recordaba a Kulgan cuando lo estaba preparando para las lecciones—. ¿Quién eres?

La sencilla y directa pregunta cogió por sorpresa a todos los que estaban a la mesa. El señor de la casa parecía inseguro acerca de la pregunta del mago, y empezó a contestar.

—Es un esclavo...

Le interrumpió el Grande levantando la mano.

—Me llamo Pug, amo.

—¿Quién eres?

Los oscuros ojos del hombre lo estudiaban de nuevo. Pug se sintió azorado. Nunca le había gustado ser el centro de atención, y esta vez lo era como ninguna otra en su vida.

—Me llamo Pug, y una vez pertenecí a la corte del duque de Crydee.

—¿Quién eres, que estás aquí irradiando el poder?

Ante esto, los tres hombres de la familia Shinzawai dieron un respingo, y Laurie miró a Pug, confuso.

—Soy un esclavo, amo.

—Dame la mano.

Pug alargó la mano y el Grande se la cogió. Los labios del hombre se movieron y sus ojos se nublaron. Pug sintió una calidez en su mano y en todo su cuerpo. La habitación pareció brillar con una suave niebla blanquecina. Pronto, lo único que

pudo ver fueron los ojos del mago. La mente se le nubló y el tiempo quedó suspendido. Sintió una presión dentro de su cabeza como si algo estuviera intentando colarse en ella. Se enfrentó a ella y la presión se retiró.

Se le aclaró la vista, y los dos ojos oscuros parecieron retirarse de su rostro hasta que pudo volver a ver la habitación entera. El mago le soltó la mano.

—¿Quién eres? —Un leve destello en sus ojos era la única señal de su honda preocupación.

—Soy Pug, aprendiz del mago Kulgan.

Ante esto el señor de los Shinzawai palideció, y su rostro reflejó confusión.

—¿Cómo...?

El Grande de la túnica negra se levantó y anunció:

—Este esclavo ya no es propiedad de esta casa. Ahora pertenece a la Asamblea.

La habitación quedó en silencio. Pug no comprendía lo que estaba pasando y sintió miedo.

El mago sacó un aparato de su túnica. Pug recordaba haber visto uno antes, durante la incursión contra el campamento tsurani, y el miedo creció en su interior. El mago lo activó, y emitió un zumbido igual que había hecho el otro. Puso la mano sobre el hombro de Pug y la habitación desapareció en una neblina gris.

### 3

## *Cambiado*

El príncipe élfico estaba sentado en silencio. Calin esperaba a su madre. Tenía muchas cosas en la cabeza, y necesitaba hablar con ella esa noche. Últimamente había habido pocas posibilidades para eso, puesto que a medida que la guerra había ampliado su horizonte, él había ido encontrando menos tiempo para quedarse en el interior de Elvandar. Como Jefe Guerrero de los elfos, había estado en el campo de batalla todos los días desde la última vez que los ultramundanos habían intentado atravesar el río.

Desde el asedio del castillo de Crydee, tres años antes, los ultramundanos habían venido cada primavera, lanzándose a atravesar el río como un enjambre de hormigas, una docena por cada elfo. Y cada año la magia élfica los había derrotado. Entraban a centenares en la arboleda, para caer en el sueño interminable y ser consumidos por la tierra para nutrir los árboles mágicos. Otros respondían a la llamada de las dríadas, siguiendo la canción hechizada de las hadas hasta morir de sed en su pasión por los seres elementales, abrazados por sus amantes inhumanas, alimentándolas con sus vidas. Otros caían ante las criaturas del bosque: los lobos gigantes, los osos y los leones que respondían a la llamada de los cuernos de guerra élficos. Las mismas ramas y raíces de los árboles del bosque se enfrentaban a los invasores, hasta que estos se daban la vuelta y huían.

Pero ese año, por primera vez, habían venido los Túnicas Negras. Gran parte de la magia élfica había sido debilitada. Los elfos habían prevalecido, pero Calin se preguntaba cómo les iría cuando volvieran los ultramundanos.

Ese año los enanos de las Torres Grises también habían ayudado a los elfos. Cuando los moredhel se fueron del Corazón Verde, los enanos salieron rápidamente de sus asentamientos de invierno en las montañas y añadieron su número a la defensa de Elvandar. Por tercer año desde el asedio de Crydee, los enanos habían marcado la diferencia a la hora de contener a los ultramundanos a lo largo del río. Y otra vez había venido con los enanos el hombre llamado Tomas.

Calin levantó la mirada y se levantó cuando vio acercarse a su madre. La reina Aglaranna se sentó en el trono.

—Hijo mío, me alegro de volver a verte —dijo ella.

—Madre, yo también me alegro de verte.

Se sentó a los pies de ella y esperó que le llegaran las palabras que necesitaba. Su madre esperó pacientemente, sintiendo su sombrío ánimo.

—Me preocupa Tomas —dijo él finalmente.

—Y a mí —dijo la reina con expresión preocupada y pensativa—. ¿Es por eso que te ausentas cuando él viene a la corte?

—¿Cómo puede ser que la magia de los Antiguos mantenga tanta fuerza después de todas las eras?

—Así que entonces es eso —llegó una voz desde detrás del trono.

Los dos se dieron la vuelta, sorprendidos, y Dolgan salió de entre las sombras encendiendo su pipa. Aglaranna parecía encolerizada.

—¿Es que los enanos de las Torres Grises son reputados como fisgones, Dolgan?

El caudillo enano ignoró el sarcasmo de la pregunta.

—Normalmente no, mi señora. Pero había salido a dar un paseo, esas pequeñas habitaciones se llenan muy pronto de humo, y escuché casualmente. No quería interrumpir.

—Puedes moverte con sigilo cuando quieres, amigo Dolgan —dijo Calin.

Dolgan se encogió de hombros y exhaló una nube de humo.

—Los elfos no son los únicos de pisada ligera. Pero estábamos hablando del chaval. Si lo que decís es cierto, entonces estamos ante un asunto muy serio. Si lo hubiera sabido, nunca le habría permitido aceptar el regalo.

La reina le sonrió.

—No es culpa tuya, Dolgan. No tenías forma de saberlo. He temido esto desde que Tomas vino a nosotros envuelto en el manto de los Antiguos. Al principio pensé que la magia de los valheru no funcionaría para él, al ser mortal, pero ahora puedo ver que es menos mortal cada año. Ha sido una desafortunada cadena de acontecimientos la que ha permitido que esto llegue a pasar. Nuestros tejedores de magia podrían haber descubierto ese tesoro hace eras, de no haber sido por la magia del dragón. Nos pasamos siglos buscando y destruyendo esas reliquias para impedir que los moredhel las usaran. Ahora es demasiado tarde, puesto que Tomas nunca permitiría voluntariamente que se destruyera la armadura.

Dolgan le dio una calada a la pipa.

—Cada invierno da vueltas por nuestras estancias, esperando la llegada de la primavera, la llegada del combate. Para él hay poco más. Se sienta y bebe, o se queda en la puerta mirando fijamente hacia la nieve, viendo algo que nadie más puede ver. Durante ese tiempo mantiene la armadura bajo llave en su habitación, y durante la campaña nunca se la quita, ni para dormir. Ha cambiado, y no ha sido un cambio natural. No, nunca renunciaría voluntariamente a la armadura.

—Podríamos intentar obligarlo —dijo la reina—, pero eso sería poco inteligente. Hay algo naciendo en él, algo que puede salvar a mi gente, y estoy dispuesta a arriesgar mucho por ellos.

—No entiendo, mi señora —dijo Dolgan.

—Yo tampoco estoy segura de hacerlo, Dolgan, pero soy la reina de un pueblo en guerra. Un enemigo terrible asalta nuestras tierras y cada año se hace más osado. La magia ultramundana es fuerte, quizá la más fuerte que ha habido desde que los Antiguos se desvanecieron. Puede que la magia del regalo del dragón salve a mi pueblo.

Dolgan negó con la cabeza.

—Parece extraño que tal poder pueda residir todavía en una armadura metálica.

Aglaranna sonrió al enano.

—¿Sí? ¿Y qué hay del martillo de Tholin que llevas? ¿No está imbuido de poderes de eras pasadas? ¿Poderes que te marcan una vez más como heredero al trono de los enanos del Oeste?

Dolgan miró muy serio a la reina.

—Sabéis mucho de nuestras costumbres, mi señora. No debería olvidarme de que vuestro aspecto juvenil oculta eras de saber. —Entonces desestimó el comentario—. No hemos tenido necesidad de reyes en el Oeste desde que Tholin desapareció en la Mac Mordain Cadal. Nos va tan bien como a los que obedecen al viejo rey Halfdan en Dorgin. Aunque si mi gente deseara restaurar el trono, nos reuniríamos en asamblea; pero no hasta que acabe esta guerra. Y bien, ¿qué pasa con el chaval?

Aglaranna tenía aspecto preocupado.

—Se está convirtiendo en lo que se está convirtiendo. Podemos ayudarlo en esa transformación. Nuestros tejedores de magia ya trabajan con ese fin. Si el pleno poder de un valheru se manifestara en Tomas sin ser templado, sería capaz de deshacerse de nuestra magia de protección como tú harías con una ramita que te molestara en el camino. Pero no es un Antigo de nacimiento. Su naturaleza es extraña para los valheru, igual que la naturaleza de estos lo era para todos los demás seres. Ayudado por nuestros tejedores de magia, su capacidad humana para amar, para conocer la compasión, para comprender, puede templar el poder desatado de los valheru. Si es así, puede... puede que resulte beneficioso para todos nosotros. —Dolgan tuvo la certeza de que la reina había querido decir otra cosa, pero se mantuvo en silencio mientras ella continuaba—. Si el poder de un valheru se uniera a la capacidad humana para el odio ciego, el salvajismo y la crueldad, entonces se convertiría en algo temible. Solo el tiempo nos dirá qué saldrá de la mezcla.

—Los Señores de los Dragones —dijo Dolgan—. Tenemos alguna mención de los valheru en nuestras historias, pero solo fragmentos aquí y allí. Me gustaría saber más, con vuestro permiso.

La reina miró al horizonte.

—Nuestro saber, el más antiguo de cuantos hay hoy en el mundo, habla de los valheru, Dolgan. Hay mucho de lo que tengo prohibido hablar, nombres de poder que temo invocar, cosas terribles de recordar, pero puedo decirte esto: mucho antes de que el hombre y el enano llegaran a este mundo, gobernaban los valheru. Eran parte de este mundo, hechos del mismo tejido de su creación, con poderes casi divinos y propósitos insondables. Su naturaleza era caótica e impredecible. Eran más poderosos que cualquier otra raza. Volaban a lomos de grandes dragones, y ningún punto del universo escapaba a su alcance. Vagaban hasta otros mundos y se traían lo que les parecía, tesoros y conocimientos robados a otros seres. No estaban sujetos a más ley que su propia voluntad y su capricho. A menudo luchaban entre ellos, y solo la muerte resolvía sus conflictos. Este mundo era su dominio, y nosotros éramos sus criaturas. En aquel entonces nosotros y los moredhel éramos una sola raza, y los valheru nos criaban como vosotros hacéis con el ganado. A algunos los tomaban como... mascotas personales, los criaban por su belleza... y otras cualidades. A otros los criaban para cuidar de los bosques y los campos. Los que vivían en las tierras salvajes se convirtieron en los ancestros de los elfos, mientras que los que se quedaron con los valheru fueron los ancestros de los moredhel. Pero entonces llegó una época de cambios. Nuestros amos dejaron sus luchas internas y se unieron. El porqué se ha olvidado, aunque puede que algunos de los moredhel todavía lo sepan, porque ellos estaban más próximos a nuestros amos que nosotros los elfos. Puede que entonces conociéramos sus motivos, pero era el tiempo de las Guerras del Caos, y mucho se ha perdido. Solo sabemos esto: todos los sirvientes de los valheru fueron liberados, y los Antiguos nunca volvieron a ser vistos por elfo ni moredhel. Cuando arreciaban las Guerras del Caos, se abrieron grandes fracturas en el tiempo y el espacio, y fue a través de ellas que los trasgos, los hombres y los enanos llegaron a este mundo. Sobrevivieron pocos de los moredhel o de nosotros, pero los que lo hicieron reconstruyeron nuestros hogares. Los moredhel deseaban heredar el poder de sus perdidos amos en vez de buscar su propio destino, como hicimos los elfos, y usaron su astucia para buscar artefactos de los valheru, adentrándose en la Senda Oscura. Ese es el motivo de que seamos tan diferentes, a pesar de que una vez fuimos hermanos. La antigua magia sigue siendo poderosa. En fuerza y bravura, Tomas es igual a cualquiera. Tomó la magia sin desearlo, y eso puede marcar la diferencia. La antigua magia convirtió a los moredhel en la Hermandad de la Senda Oscura porque ellos buscaban el poder para satisfacer sus oscuros deseos. Pero Tomas era un muchacho de corazón noble y bueno, sin mancha de maldad en su alma. Quizá crezca para dominar el lado oscuro de su poder.

Dolgan se rascó la cabeza.

—Entonces, por lo que decís, este es un gran riesgo. Es cierto que me preocupaba



el chaval, y no pensaba en la escala del problema. Vos conocéis el asunto mejor que yo, pero espero que no vivamos para arrepentirnos de haberlo dejado quedarse con la armadura.

La reina bajó del trono.

—Yo también espero que no haya de qué arrepentirse, Dolgan. Aquí en Elvandar la magia antigua se suaviza un poco, y Tomas está un poco más alegre. Quizá sea señal de que estamos haciendo lo apropiado, templando el cambio en vez de oponernos a él.

Dolgan hizo una cortés reverencia.

—Me inclino ante vuestra sabiduría, mi señora. Y rezo para que estéis en lo cierto. La reina les deseó buenas noches y se fue.

—Yo también rezo para que mi reina-madre hable con sabiduría y no con algún otro sentimiento.

—No capto lo que quieres decir, príncipe de los elfos.

Calin bajó la mirada hacia su compañero.

—No te hagas el tonto conmigo, Dolgan. Tu sabiduría es bien conocida y muy respetada. Tú lo ves tan bien como yo. Entre mi madre y Tomas está surgiendo algo.

Dolgan suspiró, y la fresca brisa se llevó el humo de su pipa.

—Sí, Calin, yo también lo he visto. Una mirada, poco más, pero suficiente.

—Mira a Tomas como una vez miró a mi padre-rey, aunque se lo sigue negando a sí misma.

—Y hay algo dentro de Tomas —dijo el enano observando atentamente al príncipe élfico—, aunque es menos tierno que lo que siente vuestra señora. Con todo, lo aguanta bien.

—Ten cuidado con tu amigo, Dolgan. Si intenta imponer sus pretensiones a la reina, habrá problemas.

—¿Tanto te desagrada?

Calin miró pensativo a Dolgan.

—No, Dolgan, Tomas no me desagrada. Lo temo, y eso basta. —Calin se mantuvo en silencio unos instantes—. Nosotros los que vivimos en Elvandar nunca más doblaremos la rodilla frente a otro amo. Si las esperanzas de mi madre sobre el cambio de Tomas fueran falsas, nos veríamos las caras.

Dolgan negó lentamente con la cabeza.

—Ese sería un día triste, Calin.

—Que lo sea, Dolgan.

Calin salió de la estancia del consejo, pasando junto al trono de su madre, y dejó solo al enano.

Dolgan miró a las luces feéricas de Elvandar, rezando por que las esperanzas de la reina de los elfos no fueran infundadas.

Los vientos aullaban sobre la llanura. Ashen-Shugar cabalgaba entre los anchos hombros de Shuruga. Los pensamientos del gran dragón dorado llegaron hasta su amo. ¿Cazamos? Había hambre en la mente del dragón.

—No. Esperamos.

El gobernante de las Estribaciones de las Águilas esperó mientras el flujo de moredhel se abría camino hasta la ciudad que estaban levantando. Centenares de ellos tiraban de grandes bloques de piedra extraídos de canteras que estaban a medio mundo de distancia, arrastrándolos hasta la ciudad de las llanuras. Muchos habían muerto y muchos más morirían, pero eso no tenía importancia. ¿O sí? A Ashen-Shugar le preocupaba este nuevo y extraño pensamiento.

Desde arriba resonó un rugido cuando otro gran dragón bajó en picado, una magnífica bestia negra que bramaba desafiante. Shuruga levantó la cabeza y tronó la respuesta.

—¿Luchamos? —preguntó a su amo.

—No.

Ashen-Shugar sintió la decepción en su montura, pero decidió ignorarla. Observó como el otro dragón se posaba grácilmente en el suelo a poca distancia, plegando sus poderosas alas sobre su espalda. Las escamas negras reflejaron la nebulosa luz del sol como el azabache pulido. El jinete del dragón levantó la mano en señal de saludo.

Ashen-Shugar devolvió el saludo, y el otro dragón se acercó cautelosamente. Shuruga siseó, y Ashen-Shugar golpeó distraídamente a la bestia con el puño. Shuruga quedó en silencio.

—¿Ha venido finalmente el gobernante de las Estribaciones de las Águilas a unirse a nosotros? —preguntó el recién llegado, Draken-Korin, Señor de los Tigres. Su armadura a rayas negras y anaranjadas resplandeció mientras desmontaba de su dragón.

Por pura cortesía, Ashen-Shugar también desmontó. No apartó la mano de su espada de oro con empuñadura blanca, porque aunque los tiempos estaban cambiando, la confianza era desconocida entre los valheru. En tiempos pasados hubiera sido tan probable que lucharan como que no, pero ahora la necesidad de información era más imperiosa.

—No. Sólo observo —dijo Ashen-Shugar.

Draken-Korin observó al gobernante de las Estribaciones de las Águilas, y sus ojos azul pálido no reflejaron ninguna emoción.

—Solo tú no has estado de acuerdo, Ashen-Shugar.

—Unirse para saquear el cosmos es una cosa, Draken-Korin. Este este plan vuestro es una locura.

—¿Qué es esto de locura? No sé de qué hablas. Somos. Hacemos. ¿Qué más hay?

—Esta no es nuestra costumbre.

—No es nuestra costumbre dejar que otros se opongan a nuestra voluntad. Estos nuevos seres compiten con nosotros.

Ashen-Shugar levantó sus ojos al cielo.

—Sí, así es. Pero no son como los demás. También están formados de la materia misma del mundo, como nosotros.

—¿Y eso importa? ¿A cuántos de los nuestros has matado? ¿Cuánta sangre ha pasado por tus labios? Cualquiera que se alce contra ti debe morir, o matarte. Eso es todo.

—¿Qué pasará con los que queden detrás, los moredhel y los elfos?

—¿Qué pasa con ellos? No son nada.

—Son nuestros.

—Te has vuelto extraño bajo tus montañas, Ashen-Shugar. Son nuestros sirvientes. No es como si poseyeran verdadero poder. Existen para nuestro placer, nada más. ¿Qué te preocupa?

—No sé. Hay algo...

—Tomas.

Por un instante, Tomas existió en dos sitios. Sacudió la cabeza y las visiones se desvanecieron. Volvió la cabeza y vio a Galain tumbado en la hierba a su lado. Un contingente de elfos y enanos esperaba a cierta distancia detrás de ellos. El joven primo del príncipe Calin señaló hacia el campamento tsurani que había al otro lado del río. Tomas siguió el gesto de su compañero, vio a los soldados de otro mundo sentados en torno a sus fuegos de campamento y sonrió.

—Se abrazan a sus campamentos —susurró.

Galain asintió.

—Los hemos pinchado lo suficiente para que busquen la calidez de sus hogueras.

La bruma vespertina de la primavera tardía cubría la zona, envolviendo el campamento tsurani en un manto de niebla. Incluso las hogueras parecían arder con menos brillo. Tomas volvió a estudiar el campamento.

—Cuento treinta, con treinta más en cada uno de los campamentos que hay al este y al oeste.

Galain no dijo nada, esperando la siguiente orden de Tomas. Aunque Calin era el Jefe Guerrero de Elvandar, Tomas había asumido el mando de las fuerzas élficas y enanas. No estaba claro cuándo la capitánía había pasado a sus manos, pero lentamente, a medida que había crecido de tamaño, había crecido en liderazgo. En combate se limitaba a gritar que se hiciera algo, y los elfos y los enanos se apresuraban a obedecer. Al principio había sido porque las órdenes eran lógicas y obvias. Pero la situación había ido siendo aceptada, y ahora obedecían porque era Tomas el que

estaba al mando.

Tomas hizo un gesto a Galain para que lo siguiera y se alejó de la orilla del río, hasta que estuvieron fuera de la vista del campamento tsurani, entre los que esperaban en las profundidades de la arboleda. Dolgan miró al joven que una vez había sido el niño que él había salvado de las minas de Mac Mordain Cadal.

Tomas media un metro noventa y cinco, tan alto como cualquiera de los elfos. Caminaba con la poderosa seguridad en sí mismo de un guerrero nato. En los seis años que había estado con los enanos se había hecho un hombre... y algo más.

Dolgan lo observó mientras Tomas supervisaba a los guerreros reunidos ante él, y supo que Tomas ahora podría caminar por las oscuras minas de las Torres Grises sin miedo ni peligro.

—¿Han vuelto los demás exploradores?

Dolgan asintió, y les hizo un gesto para que se adelantaran. Tres elfos y tres enanos se acercaron.

—¿Alguna señal de los Túnicas Negras?

Cuando los exploradores indicaron que no, el hombre vestido de blanco y dorado frunció el ceño.

—Nos vendría bien capturar uno de ellos y llevarlo hasta Elvandar. Su último ataque ha sido el que ha logrado penetrar más. Daría mucho por conocer los límites de su poder.

Dolgan sacó la pipa, juzgando que estaban lo bastante lejos del río para que no lo vieran.

—Los tsurani vigilan a los Túnicas Negras como un dragón vigila su tesoro —dijo mientras la encendía.

Tomas rio ante eso, y Dolgan vio un destello del chico que había conocido.

—Sí. Y es un enano valiente el que saquea la guarida de un dragón.

—Si siguen el patrón de los últimos tres años —dijo Galain—, lo más probable es que ya hayan acabado con nosotros por esta estación. Es posible que no veamos otro Túnica Negra hasta la próxima primavera.

Tomas pareció pensativo; sus ojos pálidos aparentemente brillaban con luz propia.

—Su patrón... su patrón es tomar, fortificarse y luego tomar más. Hemos estado dispuestos a dejarles hacer lo que quisieran mientras no cruzaran el río. Es hora de que ese patrón cambie. Y si les causamos los suficientes problemas puede que tengamos la oportunidad de capturar uno de esos Túnicas Negras. —Dolgan movió la cabeza ante el riesgo implícito de lo que proponía Tomas—. Además, si no logramos debilitar su presa a lo largo del río durante algún tiempo, los enanos y yo nos veremos obligados a invernar aquí, puesto que ahora los ultramundanos se han adentrado en las profundidades del Corazón Verde.

Galain miró a su alto amigo. Tomas se hacía más parecido a los elfos con cada año, y Galain podía apreciar el oscuro humor que a menudo caracterizaba sus palabras. Sabía que Tomas se alegraría de quedarse junto a la reina. Pero a pesar de sus preocupaciones por la magia de Tomas, le había llegado a gustar el hombre.

—¿Cómo?

—Enviad arqueros a los campos de la izquierda y la derecha, y al otro lado. Cuando yo haga la señal del ánade, que lancen una descarga a través del río, pero desde más allá de esas posiciones, como si el ataque principal viniera del este y el oeste. —Sonrió, y no hubo humor en su expresión—. Eso debería aislar este campamento lo bastante para que hagamos un trabajito sangriento.

Galain asintió y envió diez arqueros a cada campamento. Los demás se prepararon para el ataque, y tras suficiente tiempo Tomas se llevó las manos a la boca. Poniéndolas en forma de embudo, hizo el sonido de un ganso salvaje. Un momento después pudo oír gritos que venían del este y el oeste de la posición que había al otro lado del río. Los soldados del campamento tsurani se pusieron de pie y miraron en ambas direcciones, mientras varios de ellos iban hasta el borde del agua y miraban hacia el oscuro bosque. Tomas levantó la mano y la dejó caer con un movimiento de canto.

De repente empezaron a llover flechas en el campamento que había al otro lado del río, y los soldados tsurani se echaron al suelo para coger sus escudos. Antes de que pudieran armarse, Tomas condujo una carga de enanos a través del poco profundo vado arenoso.

Otra descarga de flechas pasó sobre sus cabezas y los elfos se echaron los arcos al hombro, desenvainaron las espadas y cargaron tras los enanos, todos excepto una docena que se quedó para ofrecer fuego de cobertura si hacía falta.

Tomas fue el primero en llegar a la orilla y derribó a un centinela tsurani que le salió al paso. Rápidamente estuvo entre ellos, esparciendo la devastación.

La sangre tsurani resbalaba por su hoja dorada, y los gritos de los heridos y los moribundos llenaban la húmeda noche.

Dolgan mató a un guardia y no encontró nadie que se enfrentara a él. Se giró y vio a Galain de pie sobre otro tsurani muerto, pero mirando hacia otro sitio. El enano siguió su mirada hasta donde Tomas se alzaba sobre un soldado tsurani herido, que estaba tumbado con la cara manchada de sangre de una herida en la cabeza, y un brazo levantado suplicando piedad. Sobre él se alzaba Tomas, su rostro una máscara alienígena de cólera. Con un grito extraño y terrible, con una voz brusca y dura, descargó su espada dorada y acabó con la vida del tsurani. Se dio la vuelta rápidamente, buscando más enemigos. Cuando no se le presentó ninguno pareció quedarse en blanco por unos instantes, y entonces su mirada volvió a enfocarse.

Galain oyó una llamada enana.

—Vienen.

Llegaron gritos de los otros campamentos tsurani cuando estos descubrieron la treta y se dirigieron rápidamente al verdadero lugar del combate.

Sin decir palabra, la partida de Tomas cruzó el río a toda prisa. Llegaron al otro lado justo cuando los arqueros tsurani disparaban sobre ellos, para recibir respuesta de los elfos de la orilla opuesta. El grupo atacante se desvaneció enseguida en las profundidades de los árboles, hasta que estuvieron a una distancia segura.

Cuando se detuvieron, los elfos y los enanos se sentaron para recuperar el aliento y para reposar de la tensión del combate que aún corría por su sangre.

—Nos ha ido bien —dijo Galain mirando a Tomas—. No hemos perdido a nadie, sólo tenemos unos pocos heridos leves y hemos matado a treinta ultramundanos.

Tomas no sonrió, pero se mantuvo pensativo por un momento, como si estuviera oyendo algo. Se volvió para mirar a Galain, como si por fin hubiera percibido las palabras del elfo.

—Sí, lo hemos hecho bien, pero debemos golpear de nuevo, mañana, y pasado, y el siguiente, hasta que actúen.

Noche tras noche cruzaron el río. Atacaban un campamento y la noche siguiente golpeaban a kilómetros de distancia. Una noche pasaba sin ataques, y luego el mismo campamento era asaltado tres noches seguidas. A veces una sola flecha derribaba a un centinela desde la orilla opuesta, y luego nada, mientras sus compañeros se quedaban esperando un ataque que nunca llegaba.

Una vez atacaron las posiciones al alba, cuando los defensores habían decidido que no iba a haber ningún ataque. Abrumaron el campamento, a varios kilómetros al sur del bosque, y se apoderaron de un tren de bagaje, llegando incluso a matar a las extrañas bestias de seis patas que tiraban de las carretas. Lucharon en cinco combates diferentes mientras volvían de dicha incursión, y perdieron dos enanos y tres elfos.

Ahora Tomas y su partida, aproximadamente unos trescientos entre elfos y enanos, estaban sentados esperando noticias de otros campamentos. Estaban comiendo un guiso de venado, sazonado con musgo, raíces y tubérculos.

Un corredor se acercó a Tomas y Galain.

—Noticias del ejército real.

Tras él, una figura vestida de gris se acercaba a la hoguera. Tomas y Galain se pusieron en pie.

—Saludos, León el Largo de Natal —dijo el elfo.

—Saludos, Galain —respondió el alto montaraz de piel negra.

Un elfo trajo pan y unos cuencos de estofado a los dos recién llegados, y mientras estos se sentaban Tomas se dirigió a ellos.

—¿Qué noticias hay del duque?

—Lord Borric envía saludos —dijo el montaraz entre bocados de comida—. Las

cosas no van muy bien. Como el musgo en los árboles, los tsurani avanzan lentamente en el este. Se apoderan de unos pocos metros y luego se asientan. No parecen tener prisa. La suposición del duque es que tienen previsto llegar a la costa para el año que viene, aislando a las Ciudades Libres del norte. Entonces quizá ataquen hacia Zün o LaMut. ¿Quién sabe?

—¿Alguna noticia de Crydee? —preguntó Tomas.

—Llegaron palomas justo antes de que yo partiera. El príncipe Arutha resiste frente a los tsurani. Allí tienen una suerte tan mala como aquí, pero avanzan hacia el sur a través del Corazón Verde —recorrió con la mirada a los enanos y a Tomas—. Me sorprende que pudierais alcanzar Elvandar.

Dolgan dio una calada a su pipa.

—Fue un viaje largo. Tuvimos que movernos con rapidez y sigilo. Es poco probable que podamos volver a las montañas ahora que los invasores han sido alertados. Una vez toman posiciones, les cuesta abandonar lo que han ganado.

Tomas andaba arriba y abajo junto al fuego.

—¿Cómo has conseguido eludir a sus centinelas?

—Vuestras incursiones están causando mucha confusión entre sus filas. Han trasladado hombres de los que se enfrentaban a los ejércitos del Oeste para que vinieran hasta el río. Me limite a seguir a uno de esos grupos. No pensaron en mirar detrás de ellos. Sólo tuve que cruzar sus líneas cuando se retiraron y volver a cruzar el río.

—¿Cuántos traen contra nosotros? —dijo Calin.

León se encogió de hombros.

—Yo he visto seis compañías, pero debe haber más.

Habían estimado una compañía tsurani en veinte escuadras de treinta hombres. Tomas unió las manos.

—Solo traerían tres mil hombres si estuvieran planeando cruzar de nuevo. Pretenderán hacer que nos retiremos de nuevo a las profundidades del bosque para que dejemos de hostigar sus posiciones. —Cruzó hasta el montaraz—. ¿Ha venido alguno de los Túnicas Negras?

—De vez en cuando vi uno con la compañía a la que he venido siguiendo.

Tomas volvió a aplaudir.

—Esta vez vienen con fuerza. Notifícalo a los demás campamentos. En dos días, toda la hueste de Elvandar debe reunirse en la corte de la reina, excepto los exploradores y corredores que vigilarán a los ultramundanos.

Los corredores se levantaron de un salto en silencio, y se apresuraron a partir para llevar las nuevas a las otras partidas élficas que había dispersas a lo largo de la rivera del río Crydee.

Ashen-Shugar estaba sentado en su trono, ignorando a las bailarinas. Las hembras moredhel habían sido seleccionadas por su belleza y su gracilidad, pero su atractivo no lo afectaba. El ojo de su mente estaba muy lejos, buscando la batalla que se acercaba. En su interior, una extrañeza, una sensación hueca sin nombre brotó a la existencia.

—*Se llama tristeza* —le dijo la voz de su interior.

—¿Quién eres que me visitas en mi soledad? —pensó Ashen-Shugar.

—*Soy aquello en lo que te estás convirtiendo. Esto no es más que un sueño, un recuerdo.*

Ashen-Shugar desenvainó la espada y se levantó del trono, bramando su ira. Instantáneamente, los músicos dejaron de tocar. Las bailarinas, los sirvientes y los músicos cayeron al suelo, postrándose ante su amo.

—¡Yo soy! ¡No hay ningún sueño!

—*No eres más que un recuerdo del pasado* —dijo la voz—. *Nos estamos convirtiendo en uno.*

Ashen-Shugar alzó la espada, y luego la descargó. La cabeza de un aterrorizado sirviente rodó por el suelo. Ashen-Shugar se arrodilló y colocó la mano en la fuente de sangre. Llevándose los dedos a los labios, probó el sabor salado.

—¡Este no es el sabor de la vida! —gritó.

—*Es una ilusión. Todo ha pasado ya.*

—Siento algo extraño, una incomodidad que me hace... me hace... no hay palabras.

—*Se llama miedo.*

Ashen-Shugar volvió a descargar la espada, y una joven bailarina murió.

—Estas cosas. Ellos conocen el miedo. ¿Qué tiene que ver el miedo conmigo?

—*Tienes miedo. Todas las criaturas temen el cambio, incluso los dioses.*

—¿Quién eres? —preguntó el valheru en silencio.

—*Yo soy tú. Soy aquello en lo que te convertirás. Soy aquello que fuiste. Soy Tomas.*

Un sonido desde abajo sacó a Tomas de su ensoñación. Se levantó y salió de su pequeña habitación, cruzando un puente de ramas de árbol hasta el nivel de la corte de la reina. Desde la barandilla podía distinguir las difusas siluetas de centenares de enanos acampados bajo las alturas de Elvandar. Se quedó un rato observando las hogueras. Cada hora llegaban cientos de elfos y enanos para unirse al ejército que estaba reuniendo. Al día siguiente se reuniría en consejo con Calin, Tathar, Dolgan y los demás, y daría a conocer su plan para enfrentarse al asalto que se avecinaba.

Seis años de combates le habían proporcionado a Tomas un extraño contrapunto a los sueños que seguían turbándolo al dormir. Cuando la furia de batalla se apoderaba de él, existía en los sueños de otro. Cuando estaba lejos del bosque élfico, la



llamada para adentrarse en esos sueños era aún más difícil de resistir. Ya no temía esas visiones, como le había pasado al principio. Era más que humano debido a los sueños de algún ser que llevaba largo tiempo muerto. Había poderes en su interior, poderes que podía usar y que ahora eran parte de él, como habían sido parte del que una vez vistió de blanco y oro. Sabía que nunca más sería Tomas de Crydee, pero ¿en qué se estaba convirtiendo?

El más leve indicio de una pisada sonó tras él.

—Buenas tardes, mi señora —dijo sin volverse.

La reina de los elfos se puso a su lado, con una estudiada expresión en el rostro.

—Tus sentidos son élficos ahora —dijo ella en su propio idioma.

—Eso parece, Luna Brillante —respondió él en el mismo idioma, usando la ancestral traducción del nombre de ella.

Él se giró para mirarla a la cara y vio asombro en sus ojos. Ella alargó la mano y le acarició suavemente el rostro.

—¿Es este el chico que estaba tan avergonzado en la corte del duque ante la idea de hablar ante la reina de los elfos, y ahora habla la verdadera lengua como si hubiera nacido en ella?

Él le apartó la mano, dulcemente.

—Soy lo que soy, lo que veis. —Su voz era firme, autoritaria.

Ella le estudió el rostro, y contuvo un escalofrío cuando reconoció algo temible dentro de su aspecto.

—¿Pero qué veo, Tomas?

—¿Por qué me evitáis, señora? —dijo él, ignorando la pregunta de ella.

—Hay algo creciendo entre nosotros —dijo ella con suavidad— que no puede ser. Vino al mundo en el mismo momento en que llegaste a nosotros, Tomas.

—Antes de eso, mi señora, desde el primer momento en que os vi —dijo Tomas con una nota de diversión en la voz. Se alzaba sobre ella—. ¿Y por qué no puede ser ese algo? ¿Quién mejor para sentarse a vuestro lado?

Ella se alejó de él, habiendo perdido el control por un breve instante. En ese momento, Tomas vio lo que pocos habían visto: a la reina de los elfos confundida e insegura, dudando de su propia sabiduría ancestral.

—A pesar de todo, eres un hombre. A pesar de los poderes que se te han otorgado, tienes el tiempo de un hombre para estar en este mundo. Yo reinaré hasta que mi espíritu viaje a las Islas Benditas para estar con mi señor, que ya ha hecho el viaje. Entonces Calin gobernará como hijo de un rey, como rey. Así son las cosas entre mi pueblo.

Tomas la cogió por los brazos y le dio la vuelta para quedar cara a cara.

—No siempre ha sido así.

Los ojos de ella mostraron una chispa de miedo.

—No, no siempre hemos sido un pueblo libre.

Ella sentía la impaciencia en el interior de él, pero también lo veía combatirla mientras obligaba a su voz a calmarse.

—¿Entonces no sentís nada?

Ella se alejó un paso.

—Mentiría si dijera que no, pero es una atracción extraña, y a veces eso me llena de incertidumbre y no poco temor. Si te conviertes más en el valheru, en más de lo que el hombre puede dominar, entonces no serás bienvenido aquí. No consentiremos el regreso de los Antiguos.

Tomas se rio con una extraña mezcla de humor y amargura.

—Cuando niño os contemplé y quedé lleno del deseo de un niño. Ahora soy un hombre y os contemplo con el deseo de un hombre. ¿Es el poder que me hace lo bastante osado para buscaros, el poder que me da los medios para hacerlo, lo que nos mantendrá separados?

Aglaranna se llevó la mano a la mejilla.

—No sé. Con la familia real nunca ha sido de otra forma. Los demás pueden buscar unirse con humanos. Yo no tendré esa tristeza cuando tú seas viejo y gris y yo siga siendo como me ves.

Los ojos de Tomas destellaron, y su voz adquirió un tono cortante.

—Eso no sucederá nunca, señora. Yo viviré mil años en esta arboleda. De eso no tengo duda. Pero no os molestaré más... hasta que se resuelvan otros asuntos. El destino desea que esto suceda, Aglaranna. Llegaréis a entenderlo.

Ella se quedó con la mano en la boca y los ojos húmedos de emoción. Él se alejó, dejándola sola en su corte para que reflexionara sobre lo que le había dicho. Por primera vez desde el fallecimiento de su señor-rey, Aglaranna conoció dos emociones enfrentadas: miedo y deseo.

Tomas se dio la vuelta ante el grito desde el margen del claro. Un elfo venía desde los árboles seguido por un hombre vestido con sencillez. Paró su conversación con Calin y Dolgan, y los tres se apresuraron a seguir al extranjero mientras este era conducido hasta la corte de la reina. Aglaranna estaba sentada en el trono, y sus consejeros dispuestos en bancos a ambos lados. Tathar estaba de pie junto a la reina.

El extranjero se aproximó al trono e hizo una leve reverencia. Tathar le echó una rápida ojeada al centinela que había escoltado al hombre, pero el elfo parecía aturdido.

—Saludos, señora —dijo el hombre de marrón en un perfecto élfico.

Aglaranna le respondió en la lengua real.

—Vienes osadamente a nosotros, extraño.

El hombre sonrió, apoyándose en su báculo.

—Y sin embargo busqué un guía, porque no he querido entrar en Elvandar sin permiso.

—Creo que tu guía tuvo poca elección —dijo Tathar.

—Siempre hay una elección, aunque no siempre sea evidente —dijo el hombre.

Tomas dio un paso al frente.

—¿Qué propósito tienes aquí?

Girándose hacia la voz, el hombre sonrió.

—¡Ah! El portador del regalo del dragón. Bienhallado, Tomas de Crydee.

Tomas retrocedió un paso. Los ojos del hombre irradiaban poder, y sus modales amables enmascaraban una fuerza que Tomas podía sentir.

—¿Quién eres?

—Tengo muchos nombres —dijo el hombre—. Pero aquí me llaman Macros el Negro. —Hizo un barrido con el bastón, señalando a toda la concurrencia—. He venido porque os habéis embarcado en un plan atrevido. —Finalmente, señaló con el báculo a Tomas, bajó la punta y volvió a apoyarse en él—. Pero el plan de capturar un Túnica Negra sólo traerá destrucción a Elvandar si no contáis con mi ayuda. —Sonrió débilmente—. Cuando llegue la hora tendréis un Túnica Negra, pero no aún. —Había un deje de ironía en su tono.

Aglaranna se levantó. Tenía los hombros echados hacia atrás, y sus ojos miraban directamente a los de él.

—Sabes mucho.

Macros inclinó un poco la cabeza.

—Sí, sé mucho, más de lo que resulta a veces tranquilizador. —Pasó junto a ella y colocó una mano en el hombro de Tomas. Conduciendo a este a un asiento cerca de donde estaba de pie la reina, lo hizo sentarse con una suave presión en el hombro. Se sentó junto a él y se apoyó el bastón entre el cuello y el hombro—. Los tsurani vendrán con las primeras luces —dijo mirando a la reina—, y avanzarán directamente hacia Elvandar.

Tathar se plantó ante Macros.

—¿Cómo sabes esto? —dijo.

Macros volvió a sonreír.

—¿No recuerdas mi reunión con tu padre?

—¿Tú...?

Tathar retrocedió, abriendo los ojos de par en par.

—Yo soy él, aunque ya no me llamo como entonces.

Tathar parecía preocupado.

—Hace tanto tiempo... No hubiera creído que fuera posible.

—Muchas cosas son posibles —dijo Macros, paseando la mirada intencionalmente de la reina a Tomas.

Aglaranna se sentó lentamente, ocultando su incomodidad.

—¿Eres el hechicero?

Macros asintió.

—Así me llaman, aunque hay más en la historia de lo que puede contarse ahora.

¿Me haréis caso?

Tathar asintió a la reina.

—Hace mucho, este vino en nuestra ayuda. No entiendo cómo puede ser el mismo hombre, pero entonces fue un verdadero amigo para vuestro padre y para el mío. Podemos fiarnos de él.

—Entonces ¿qué aconsejas? —preguntó la reina.

—Los magos tsurani han localizado a vuestros centinelas y saben dónde se esconden. Vendrán con las primeras luces, cruzando el río en dos oleadas, como los cuernos de un toro. Mientras os enfrentáis a ellos, una oleada de las criaturas llamadas cho-ja vendrá por el centro, donde vuestra fuerza es débil. Todavía no los han lanzado contra vosotros, pero los enanos pueden hablaros de su habilidad en combate.

Dolgan dio un paso al frente.

—Sí, señora. Son criaturas terribles y luchan en la oscuridad tan bien como mi gente. Pensaba que los tenían confinados a las minas.

—Y así era —dijo Macros—, hasta las incursiones. Han traído una hueste de ellos, que se está preparando al otro lado del río, fuera del alcance de vuestros exploradores. Vendrán en gran número. Los tsurani se han cansado de vuestras incursiones y quieren poner fin a los combates a lo largo del río. Sus magos han trabajado duro para descubrir los secretos de Elvandar, y ahora saben que si cae el corazón sagrado de los bosques élficos, los elfos ya no serán una fuerza a tener en cuenta.

—Entonces aguantaremos, y defenderemos por el centro —dijo Tomas.

Macros se quedó sentado en silencio por unos instantes, como si estuviera recordando algo.

—Es un principio, pero con ellos traen a sus magos, ansiosos como están por acabar. Su magia permitirá a sus guerreros atravesar vuestros bosques sin ser obstaculizados por el poder de vuestros tejedores de magia, y vendrán hasta aquí.

—Entonces nos enfrentaremos a ellos aquí y resistiremos hasta el final —dijo Aglaranna.

Macros asintió.

—Dicho con valentía, señora, pero necesitaréis mi ayuda.

Dolgan estudió al hechicero.

—¿Qué puede hacer un hombre?

Macros se puso de pie.

—Mucho. Por la mañana veréis. No temas, enano, la batalla será dura y muchos viajarán a las Islas Benditas, pero con firme resolución, prevaleceremos.

—Hablas como alguien que ya ha visto suceder estas cosas —dijo Tomas.

Macros sonrió, y sus ojos dijeron un millar de cosas, y nada.

—Lo he visto, Tomas de Crydee, ¿o no? —Se volvió hacia los demás y, haciendo un barrido con su báculo, habló—: Preparaos. Estaré con vosotros. Me gustaría descansar, si tenéis un sitio para mí —le dijo a la reina.

La reina se volvió hacia el elfo que había llevado a Macros hasta el consejo.

—Condúcelo a una habitación, y que le lleven lo que necesite.

El hechicero hizo una reverencia y siguió al guía.

Los demás se quedaron en silencio hasta que habló Tomas:

—Preparémonos.

Cuando la noche dio paso al amanecer, la reina estaba sola junto a su trono. En todos los años de su gobierno, nunca había conocido un tiempo como ese. Sus pensamientos bullían con centenares de imágenes, desde tiempos tan lejanos como su juventud hasta tiempos tan cercanos como hacía dos noches.

—¿Buscando respuestas en el pasado, señora?

Se giró para ver al hechicero de pie detrás de ella, apoyado en su báculo. Se acercó y se puso a su lado.

—¿Puedes leer mi mente, hechicero?

—No, mi señora —dijo Macros con un gesto de la mano—. Pero hay mucho que sé y que puedo ver. Tu corazón está triste, y tu mente lleva una pesada carga.

—¿Comprendes el porqué?

Macros se rio en voz baja.

—Sin duda. Y me gustaría hablarte de esas cosas.

—¿Por qué, hechicero? ¿Qué papel interpretas?

Macros miró hacia las luces de Elvandar.

—Un papel muy parecido al de cualquier hombre.

—Pero conoces el tuyo muy bien.

—Cierto. A algunos se nos ha concedido comprender lo que resulta oscuro para otros. Ese es mi destino.

—¿Por qué has venido?

—Porque hacía falta. Sin mí, puede que Elvandar caiga, y eso no debe ser. Así se ha dispuesto y yo debo interpretar mi papel.

—¿Te quedarás si se gana la batalla?

—No, tengo otras tareas. Pero vendré una vez más, cuando la necesidad vuelva a ser grande.

—¿Cuándo?

—Eso no puedo decirlo.

—¿Será pronto?

—Pronto, pero no pronto.

—Hablas en adivinanzas.

Macros sonrió, una sonrisa torcida y triste.

—La vida es una adivinanza. Está en manos de los dioses. Su voluntad prevalecerá, y muchos mortales verán cambiadas sus vidas.

—¿Tomas? —Aglaranna miró profundamente a los ojos oscuros del hechicero.

—Él más visiblemente, pero también todos los que viven en estos tiempos.

—¿Qué es él?

—¿Qué quieres que sea?

La reina de los elfos se encontró incapaz de responder. Macros posó su mano suavemente en el hombro de ella. Aglaranna sintió la tranquilidad fluir de sus dedos.

—No quiero problemas para mi gente —se oyó decir—. Pero solo verlo ya me llena de deseo. Deseo un hombre... un hombre con su... poder. Tomas se parece más a mi perdido señor de lo que nunca se imaginará. Y lo temo, porque una vez haga el voto, una vez lo coloque sobre mí, perderé el poder de gobernar. ¿Crees que los ancianos permitirán esto? Mi gente nunca volverá a colocar el yugo de los valheru sobre su cuello por propia voluntad.

El hechicero se mantuvo un rato en silencio.

—A pesar de todas mis artes —dijo luego— hay cosas que me están ocultas, pero comprende esto: aquí hay una magia más allá de toda imaginación. Lo único que puedo explicar es que atraviesa el tiempo, más de lo que parece. Porque mientras el valheru está ahora presente en Tomas, igualmente Tomas está presente en el valheru en las eras pasadas. Tomas viste los atavíos de Ashen-Shugar, el último de los Señores de los Dragones. Cuando arreciaban las Guerras del Caos, sólo él se quedó en este mundo, porque sentía cosas que eran ajenas a su gente.

—¿Tomas?

Macros sonrió.

—No le deis demasiadas vueltas a esto, Señora. Esta clase de paradojas puede hacer que a uno le dé vueltas la cabeza. Lo que Ashen-Shugar sintió fue una obligación de proteger este mundo.

Aglaranna estudió el rostro de Macros bajo las titilantes luces de Elvandar.

—Conoces más de los antiguos saberes que cualquier otro hombre, hechicero.

—Se me ha... dado mucho, señora. —Miró hacia los bosques élficos y habló, más para sí mismo que para la reina—. Pronto llegará la hora de la prueba para Tomas. No estoy seguro de lo que sucederá, pero esto es lo que sé. De algún modo el muchacho de Crydee, en su amor por vos y los vuestros, en su sencilla preocupación humana, ha resistido hasta ahora frente al miembro más poderoso de la raza mortal más poderosa que haya vivido nunca sobre este mundo. Y le vienen bien, para aguantar el terrible dolor de ese conflicto de dos naturalezas, las suaves artes de vuestros tejedores de

magia.

Ella miró secamente a Macros.

—¿Lo sabes?

Él se rio, genuinamente divertido.

—Señora, no carezco de vanidad. Me duele que penséis que podéis tejer una magia tan magnífica sin que yo me dé cuenta. Hay poca magia en este mundo que se me escape. Lo que habéis hecho es sabio, y puede que rompa el equilibrio en favor de Tomas.

—Eso rezo para mis adentros —dijo Aglaranna con serenidad—. Cuando veo que Tomas es un señor a la altura del rey de mi juventud, el esposo que fue arrancado de mi lado demasiado pronto, ¿puede ser cierto?

—Si sobrevive a su prueba, sí. Puede que el conflicto sea el final tanto de Tomas como de Ashen-Shugar. Pero si Tomas sobrevive, puede convertirse en aquello que deseáis secretamente. Ahora he de deciros algo que solo los dioses y yo sabemos. Puedo juzgar muchas cosas que están por venir, pero hay otras muchas que me son desconocidas. Una de las que sé es esta: a vuestro lado Tomas puede crecer para gobernar sabiamente y bien; a medida que su juventud sea sustituida por la sabiduría, puede crecer para convertirse en el señor de vuestros deseos, si su corazón humano logra templar su poder de algún modo. Si lo alejáis, puede que un destino terrible espere al Reino y a los pueblos libres del Oeste. —Los ojos de ella formularon la pregunta, y él continuó—. No puedo ver ese oscuro futuro, señora, solo hacer suposiciones. Si su poder despertara dominado por su lado oscuro, se convertirá en una amenaza, una que deberá ser destruida. Los que ven la locura de combate que lo posee sólo ven una sombra de la verdadera oscuridad que anida en su interior. Incluso si se alcanza un equilibrio y la humanidad de Tomas sobrevive, pero vos lo alejáis, entonces saldrá a la superficie la capacidad humana para la ira, el dolor y la venganza. Yo os pregunto: si Tomas fuese expulsado y alzase el estandarte del dragón en el norte, ¿qué sucedería?

La reina se asustó y lo mostró abiertamente, habiendo perdido completamente el control.

—Los moredhel se reunirían.

—Sí, mi señora. No como bandas de molestos forajidos, sino como una hueste. Veinte mil hermanos oscuros, y con ellos cien mil trasgos, y compañías de hombres cuya naturaleza oscura buscaría beneficiarse de la destrucción y el salvajismo que sobrevendrían. Un poderoso ejército bajo el mando de un guerrero nato, un general a quien incluso vuestra gente sigue sin dudar.

—¿Me aconsejas que lo mantenga aquí?

—Yo sólo puedo señalar las alternativas. Tú debes decidir.

La reina de los elfos echó hacia atrás la cabeza, sus rizos pelirrojos matizados de

rubio volando y sus ojos húmedos, mirando Elvandar. La primera luz del día estaba rompiendo. Haces de luz rosada atravesaban las copas de los árboles, haciendo sombras de un azul oscuro. El canto matinal de los pájaros podía oírse entre las arboledas. Se volvió hacia Macros para agradecerle su consejo, y se encontró con que este se había ido.

Los tsurani avanzaron como Macros había predicho. Los cho-ja atacaron a través del río, después de que las dos oleadas de humanos hubieran presionado por los flancos. Tomas había dispuesto hostigadores, líneas de arqueros con algunos espaderos para protegerlos, que se retiraban y disparaban contra el ejército que avanzaba, dando la impresión de resistencia.

Tomas estaba al frente del ejército conjunto de Elvandar y de los enanos de las Torres Grises, solo mil quinientos desplegados contra seis mil invasores y sus magos. Esperaban en silencio. A medida que avanzaba el enemigo, podían oírse resonar por el bosque los gritos de los guerreros tsurani y los alaridos de aquellos que caían bajo las flechas élficas. Tomas levantó la mirada hacia la reina, que estaba en un balcón desde el que se dominaba la escena de la batalla que se aproximaba, junto al hechicero.

Súbitamente hubo elfos corriendo en su dirección, y a través de los árboles pudieron verse los primeros destellos de las coloridas armaduras tsurani. Cuando los hostigadores se hubieron unido al contingente principal, Tomas levantó su espada.

—Esperad —gritó una voz desde arriba, y el hechicero señaló al otro lado del claro, donde los primeros elementos de la fuerza tsurani estaban saliendo a campo abierto.

Enfrentada al ejército élfico que la esperaba, la vanguardia se detuvo y esperó a que se le unieran sus camaradas. Formaron en filas, porque allí había un combate que podían entender: dos ejércitos enfrentados en una llanura abierta, y la ventaja era suya.

Los cho-ja también formaron en filas ordenadas, obedeciendo las órdenes que les gritaban los oficiales. Tomas estaba fascinado, porque todavía sabía muy poco de esas criaturas y las consideraba animales tanto como aliados inteligentes de los tsurani.

—¡Esperad! —volvió a gritar Macros, e hizo girar su bastón por encima de su cabeza, trazando amplios círculos en el aire. El silencio cayó sobre el claro.

De repente un búho pasó volando junto a la cabeza de Tomas, directo hacia las líneas tsurani. Voló en círculos sobre los alienígenas durante unos momentos, y luego se lanzó en picado y golpeó a un soldado en la cara. El hombre lanzó un alarido de dolor cuando las garras arañaron sus ojos.

Un halcón pasó volando a toda velocidad y repitió el ataque del búho. Luego un enorme grajo negro descendió del cielo. Una bandada de gorriones irrumpió desde



los árboles que había detrás de los tsurani y picoteó los rostros y brazos desprotegidos. De todas partes del bosque venían volando pájaros y atacaban a los invasores. Pronto el aire se llenó con el sonido de los aleteos, cuando todo tipo de pájaros del bosque cayeron sobre los tsurani. Miles de ellos, desde el colibrí más pequeño hasta la poderosa águila, atacaron a la hueste ultramundana. Los hombres chillaron, y unos pocos abandonaron sus puestos y corrieron tratando de esquivar los afilados picos y garras que trataban de arañar sus ojos, tirar de sus capas y desgarrar su carne. Los cho-ja retrocedieron, porque aunque su piel acorazada era inmune a los picotazos y las garras, sus grandes ojos parecidos a gemas eran blancos fáciles para los emplumados atacantes.

Un grito brotó entre los elfos cuando las líneas tsurani se disolvieron en desorden. Tomas dio la orden y los arqueros elfos añadieron sus flechas emplumadas a la refriega. Los soldados tsurani fueron alcanzados y derribados antes de poder llegar hasta el enemigo. Sus propios arqueros no podían devolver el fuego, porque estaban siendo acosados por un centenar de diminutos enemigos.

Los elfos observaron mientras los tsurani intentaban mantener la posición, al tiempo que los pájaros seguían con su sanguinario trabajo en su seno. Los tsurani devolvían los ataques lo mejor que podían, derribando muchos pájaros en mitad del vuelo, pero por cada uno que moría, tres tomaban su lugar.

Súbitamente, un sonido siseante de desgarró interrumpió el alboroto. Hubo un instante de silencio cuando todo lo que estaba en el lado tsurani del claro pareció quedarse inmóvil. Entonces los pájaros salieron despedidos hacia arriba acompañados de un chisporroteante estallido de energía, como si los empujara una fuerza invisible. Cuando los pájaros salieron de la zona, Tomas pudo ver las túnicas negras de los magos tsurani que avanzaban entre sus tropas, restaurando el orden. En el suelo yacían centenares de tsurani heridos, pero los curtidos alienígenas volvieron a formar sus líneas rápidamente, ignorándolos.

La enorme bandada de pájaros volvió a reunirse sobre los invasores y empezó un picado. Instantáneamente se formó un escudo de energía rojiza alrededor de los tsurani. Cuando los pájaros lo golpeaban, se ponían rígidos y caían, con las plumas humeando y llenando el ambiente con un fuerte olor a quemado. Las flechas élficas que impactaban en la barrera quedaban detenidas en el aire y estallaban en llamas, cayendo al suelo inofensivamente.

Tomas dio orden de dejar de disparar con los arcos y se volvió a mirar a Macros.

—¡Esperad! —gritó de nuevo el hechicero.

Macros movió su bastón y los pájaros se dispersaron, oyendo su orden silenciosa. El bastón señaló a los tsurani. Cuando Macros apuntó con él a la barrera roja, disparó un rayo de energía dorada que atravesó el claro y perforó el escudo, alcanzando en el pecho a un mago de túnica negra. Este cayó derribado al suelo, y un grito de horror y

ultraje se elevó de los tsurani. Los otros magos volvieron su atención a la plataforma que había sobre del ejército elfo, y unos globos de fuego azulado volaron contra Macros.

—¡Aglaranna! —gritó Tomas encolerizado cuando las pequeñas estrellas azuladas golpearon la plataforma, haciendo que se perdiera de vista en una cegadora explosión de energía.

Entonces pudo volver a ver. El hechicero estaba de pie sobre la plataforma, ileso al igual que la reina. Tathar se la llevó y Macros volvió a señalar con el bastón. Otro mago vestido con túnica negra cayó. Los cuatro brujos que quedaban contemplaron la resistencia y el contraataque de Macros con expresiones de pavor e ira que pudieron ser vistas claramente desde el otro extremo del claro. Redoblaron su asalto contra el hechicero, oleada tras oleada de fuego y luz azul golpeando la barrera defensiva de Macros. Todos cuantos estaban en el suelo se vieron obligados a apartar la vista, para no quedar cegados por las terribles energías desatadas. Cuando acabó la ofensiva mágica, Tomas volvió a levantar la mirada, y de nuevo estaba ileso el hechicero.

Uno de los magos dejó escapar un grito de pura angustia y sacó un aparato de su túnica. Al activarlo se desvaneció del claro, seguido instantes después por sus tres compañeros. Macros bajó la vista hacia Tomas y señaló con su bastón la hueste tsurani.

—¡Ahora! —gritó.

Tomas levantó la espada y dio la señal de ataque. Una lluvia de flechas pasó por encima de su cabeza mientras conducía la carga a través del claro. Los tsurani estaban desmoralizados. Su ataque había sido amortiguado por los pájaros y por la visión de sus magos muriendo y huyendo. Y aun así mantuvieron sus posiciones y aguantaron la carga. Centenares habían muerto por las garras y los picos de los pájaros, y más aún por las descargas de flechas, pero seguían superando a los enanos y a los elfos en proporción de tres a uno.

Se trabó la batalla, y Tomas quedó atrapado en el velo rojo que apartaba cualquier pensamiento salvo el de matar. Dando tajos a diestra y siniestra, se abrió paso entre los tsurani, frustrando todos los intentos de derribarlo. Tsurani y cho-ja cayeron ante su espada, puesto que repartía muerte de forma igualitaria a todos los que se enfrentaban a él.

La batalla avanzó y retrocedió por el claro, mientras caían hombres y cho-ja, elfos y enanos. El sol ascendió más en el cielo, y no hubo respiro alguno en la refriega. Los sonidos de la muerte llenaban el aire, y en lo alto se reunían los buitres y los milanos.

Poco a poco, la presión de los tsurani obligó a retroceder a los elfos y los enanos. Lentamente se movieron hacia el corazón de Elvandar. Hubo una breve pausa, como si ambos bandos hubieran alcanzado un equilibrio, cuando los adversarios se apartaron unos de otros, dejando un espacio abierto entre ellos.

—¡Retroceded! —pudo oír Tomas la voz del hechicero resonando con claridad por encima de los sonidos de la batalla.

Como un solo hombre, las fuerzas de Elvandar retrocedieron. Los tsurani se detuvieron durante un momento y luego, sintiendo la vacilación de los elfos y los enanos, empezaron a avanzar. Abruptamente se produjo un retumbar, y la tierra tembló. Todos dejaron de moverse y los tsurani parecieron temerosos.

Tomas podía ver agitarse los árboles, más y más violentamente, a medida que el temblor aumentaba. De repente se produjo un crescendo de ruido, como si el abuelo de todos los truenos se estuviera preparando en las alturas. Con un sonido de explosión, un inmenso trozo de tierra salió volando hacia arriba, como si lo hubiera arrancado la mano de algún gigante invisible. Los tsurani que estaban sobre él salieron despedidos y cayeron al suelo con dureza, y los que estaban cerca fueron derribados. Otro trozo de suelo voló, y luego un tercero. Súbitamente el aire estaba lleno de gigantescos fragmentos de tierra que volaban hacia arriba y luego caían sobre los tsurani. Los alaridos de terror llenaban el ambiente, y los tsurani se dieron la vuelta y huyeron. No hubo orden alguno en su retirada, pues huían de un lugar donde la misma tierra los atacaba. Tomas observó como se vaciaba el claro, quedando solo los muertos o los moribundos.

El claro quedó en silencio en cuestión de minutos, la tierra se tranquilizó y los observadores quedaron enmudecidos. Se podían oír los sonidos del ejército tsurani retirándose por el bosque. Sus gritos hablaban de otros horrores que caían sobre ellos en su retirada.

Tomas se sintió débil y cansado, y al bajar la vista se encontró los brazos cubiertos de sangre. Su tabardo, el escudo y la espada estaban limpios como siempre, pero por primera vez pudo sentir la vida humana salpicada sobre su cuerpo. En Elvandar la locura de batalla no permanecía con él, y se sintió asqueado hasta lo más profundo de su ser.

—Se acabó —susurró dándose la vuelta.

Había débiles gritos de victoria entre los elfos y los enanos, pero eran desganados, ya que no se sentían los vencedores. Habían visto una poderosa hueste derribada por fuerzas primordiales, poderes elementales que desafiaban toda descripción.

Tomas pasó lentamente junto a Calin y Dolgan y subió las escaleras. El príncipe elfo envió soldados a perseguir a los invasores en retirada, a dar cuidados a los heridos del propio bando, y rápida misericordia a los moribundos tsurani.

Tomas se abrió paso hasta la pequeña habitación donde se alojaba, y cerró las cortinas. Se desplomó sobre su catre y tiró a un lado la espada y el escudo. Un sordo retumbar en su cabeza le hizo cerrar los ojos. Los recuerdos llegaron como un torrente.

Los cielos estaban desgarrados por enloquecidos vórtices de energía que iban de horizonte a horizonte. Ashen-Shugar cabalgaba a lomos del poderoso Shuruga, observando como se rasgaba el mismísimo tejido del espacio y el tiempo.

Sonó un clarín, cuyo aviso pudo oír gracias a su magia. El momento que esperaba había llegado. Urgiendo a Shuruga a volar, los ojos de Ashen-Shugar rastrearon los cielos, buscando lo que debía venir entre el espectáculo que se desarrollaba en el cielo. A la vez que veía a su presa, Shuruga se tensó bajo él. La figura de Draken-Korin era totalmente discernible a lomos de su dragón negro. Había algo extraño en sus ojos, y por primera vez en su larga memoria, Ashen-Shugar empezó a comprender el significado del horror. No podía ponerle nombre, no podía describirlo, pero lo veía en los torturados ojos de Draken-Korin.

Ashen-Shugar ordenó avanzar a Shuruga. El poderoso dragón dorado rugió su desafío, respondido con la misma fuerza por el dragón negro de Draken-Korin. Ambos chocaron en el cielo, y sus jinetes emplearon sus artes sobre el oponente.

La espada dorada de Ashen-Shugar trazó un arco y golpeó, partiendo por la mitad el escudo con el motivo del rostro de un tigre enseñando los dientes. Casi era demasiado fácil, como Ashen-Shugar había sabido que sería. Draken-Korin había sacrificado demasiado de su esencia en aquello que se estaba formando. Ante el poder del último de los valheru, era poco más que un simple mortal. Una vez, dos veces, tres veces más golpeó Ashen-Shugar, y el último de sus hermanos cayó de lomos de su dragón negro. Se desplomó hasta dar contra el suelo. Por pura fuerza de voluntad, Ashen-Shugar dejó el lomo de Shuruga y flotó hasta ponerse al lado del indefenso cuerpo de Draken-Korin, dejando que Shuruga concluyese su lucha con el casi moribundo dragón negro.

Aún persistía una chispa de vida en la forma rota, el recuerdo de una vida antigua como los eones. Draken-Korin miró suplicante a Ashen-Shugar mientras este se aproximaba.

—¿Por qué? —murmuró.

—Esta obscenidad nunca debería haberse consentido —dijo Ashen-Shugar señalando al cielo con su espada dorada—. Provocáis el fin de todo lo que conocemos.

Draken-Korin miró al cielo, hacia donde señalaba Ashen-Shugar. Contempló el espectáculo de las energías desatadas, convulsas, unos arco iris retorcidos y chillones de luz que rasgaban la bóveda celestial. Fue testigo del nuevo horror que se formaba a partir de la degenerada fuerza vital de sus hermanos y hermanas, una cosa enfurecida y sin mente compuesta de odio y cólera.

—Eran demasiado fuertes. No podíamos haberlo imaginado —croó Draken-Korin. Su rostro se contorsionó de terror y odio mientras Ashen-Shugar levantaba su espada—. ¡Pero yo tenía derecho! —gritó.

Ashen-Shugar descargó su espada, separando limpiamente la cabeza de Draken-

Korin de su cuerpo. Enseguida, tanto la cabeza como el cuerpo quedaron envueltos en una luz centelleante y el aire siseó alrededor de Ashen-Shugar. Entonces el valheru caído desapareció sin dejar rastro, y su esencia volvió al monstruo sin mente que se alzaba contra los nuevos dioses.

—No hay derecho. Solo hay poder —dijo con amargura Ashen-Shugar.

—*¿Es así como fue?*

—Sí. Así fue como maté al último de mis hermanos.

—*¿Y los otros?*

—Ahora forman parte de eso. —Señaló al terrible cielo.

Juntos, sin separarse, observaron la locura en el cielo mientras arreciaban las Guerras del Caos.

—Vamos, esto es un final. Acabemos de una vez —dijo Ashen-Shugar tras un rato.

Los dos empezaron a caminar hacia Shuruga, que los esperaba. Entonces llegó una voz.

—Estás calmado.

Tomas abrió los ojos. Ante él se arrodillaba Aglaranna, con un cuenco de agua aromatizada con hierbas y una toalla en la mano. Le quitó el tabardo y lo ayudó a desprenderse de la cota de mallas dorada. Con él sentado, a punto de desfallecer, empezó a limpiarle la sangre de la cara y los brazos, sin decir nada mientras Tomas la observaba.

Cuando estuvo limpio, ella le puso una toalla seca en la cara.

—Pareces cansado, mi señor.

—Veo muchas cosas, Aglaranna, cosas que se supone que los hombres no deberían ver. Cargo con el peso de las eras sobre mi alma, y estoy cansado.

—*¿No tienes donde buscar apoyo?*

Él la miró, y sus ojos se cruzaron. La mirada autoritaria estaba templada por un matiz de dulzura, pero aun así, ella se vio obligada a bajar la vista.

—*¿Os burláis de mí, señora?*

Ella negó con la cabeza.

—No, Tomas. Yo... he venido a reconfortarte, si lo necesitas.

Él alargó la mano y tomó la de ella, acercándola hacia sí con avidez en los ojos.

—Mi necesidad es grande, señora —le oyó decir ella cuando estuvo rodeada por sus brazos, sintiendo la pasión crecer en el interior de su cuerpo.

Mirándolo directamente a sus ojos claros, la elfa derribó las últimas barreras que se interponían entre ellos.

—Igual que la mía, mi señor.

## 4

### *Entrenamiento*

Se levantó en la oscuridad. Se puso una sencilla túnica blanca, marca de su posición, y salió de su celda. Esperó fuera de la pequeña y espartana habitación, que contenía un jergón para dormir, una sola vela y una estantería para pergaminos; todo lo que se consideraba necesario para su educación. A lo largo del pasillo podía ver a los demás, todos ellos varios años más jóvenes que él, de pie en silencio ante las puertas de sus celdas. El primer maestro vestido de negro vino por el pasillo y se detuvo delante de uno de los otros. Sin decir palabra el hombre asintió, el otro fue tras él y se perdieron por las tinieblas. El amanecer enviaba una suave luz gris a través de las altas y estrechas ventanas del pasillo. Él, al igual que los demás, apagó la antorcha que había en la pared frente a su puerta al primer indicio del día. Otro hombre de negro vino por el pasillo y otro de los jóvenes que esperaban se fue con él. Pronto un tercero, luego un cuarto. Pasado algún tiempo se encontró solo. El pasillo estaba en silencio.

Una figura emergió de la oscuridad, oculta por su túnica hasta los últimos metros. Se puso frente al joven de blanco y asintió, señalando al pasillo. El joven fue detrás de su guía de negro, y recorrieron una serie de pasillos iluminados por antorchas hasta el corazón del enorme edificio que había sido el hogar del joven desde que este podía recordar. Pronto estuvieron atravesando una serie de galerías bajas, que apestaban con el olor del tiempo y la humedad, como si estuvieran por debajo del lago que rodeaba al edificio por todas partes.

El hombre de negro se detuvo ante una puerta de madera, descorrió un cerrojo y la abrió. El hombre más joven entró detrás de él y se puso delante de una serie de arquetas de madera. Cada una de ellas medía de largo la mitad de la altura de un hombre, y la mitad de ancho. Una estaba en el suelo y las demás dispuestas por encima de ella, suspendidas por soportes de madera para formar una escalera, hasta que la última se encontraba casi a la altura de la cabeza de un hombre. Todas las de arriba tenían un agujero en un extremo que caía sobre la arqueta de abajo. En la inferior se podía oír chapotear el agua, como si respondiera a las vibraciones de las pisadas en el suelo de piedra.

El hombre de negro señaló un cubo, se dio la vuelta y se fue, dejando solo al joven de blanco.

El joven cogió el cubo y se puso manos a la obra. Todas las órdenes que recibían los de blanco se les daban sin palabras y, como había descubierto nada más despertar por primera vez, a los de blanco no se les permitía hablar. Él sabía que podía hablar, porque entendía el concepto y en silencio había intentado formar algunas palabras mientras estaba tumbado en su jergón en la oscuridad. Al igual que con tantas otras cosas, comprendía el hecho sin estar seguro de cómo lo comprendía. Sabía que había existido antes de su primer despertar en su celda, pero no estaba alarmado de ningún modo por su falta de memoria. De alguna forma le parecía lo apropiado.

Comenzó con su tarea. Al igual que tantas otras cosas que le ordenaban, parecía un empeño imposible. Cogió el cubo y llenó la artesa de arriba con agua de la de abajo. Al igual que había pasado en los días anteriores, el agua se fue vertiendo de artesa en artesa desde la superior, hasta que el contenido del cubo volvió a la inferior. Continuó su trabajo con testarudez, vaciando su mente mientras su cuerpo emprendía la mecánica tarea.

Como hacía tantas otras veces cuando la dejaba a su aire, su mente saltó de imagen en imagen, brillantes destellos de formas y colores que lo eludían cuando trataba de cerrar sus dedos mentales en torno a ellos. Primero le llegó una breve imagen de una playa, con las olas rompiendo contra unas rocas negras y erosionadas. Lucha. Una sustancia fría y blanca de aspecto extraño que cubría el suelo. Una palabra, nieve, que se fue tan rápido como vino. Un campo enfangado. Una gran cocina con niños yendo y viniendo a diferentes tareas. Una habitación en una torre alta. Cada una de estas imágenes pasaba con una rapidez cegadora, dejando sólo un reflejo.

Diariamente oía una voz en su cabeza, y la voz de su mente respondía a las preguntas mientras él trabajaba en sus interminables tareas. La voz hacía una pregunta simple, y la voz de su mente respondía. Si la respuesta era incorrecta, se repetía la pregunta. Si daba varias respuestas incorrectas, la voz dejaba su interrogatorio, a veces volviendo más tarde en el mismo día, a veces no.

El trabajador vestido de blanco sintió la familiar presión contra el tejido de sus pensamientos.

—*¿Qué es la ley?* —preguntó la voz.

—*La ley es la estructura que rodea nuestras vidas y les da sentido* —respondió él.

—*¿Cuál es la más alta encarnación de la ley?*

—*El Imperio es la más alta encarnación de la ley.*

—*¿Qué eres?* —llegó la siguiente pregunta.

—*Soy un servidor del Imperio.*

El contacto mental parpadeó por un instante y luego volvió, como si el otro

hubiera estado reflexionando cuidadosamente acerca de la siguiente pregunta.

—¿De qué manera se te permite servir?

Ya le había hecho la misma pregunta varias veces con anterioridad, y sus respuestas siempre se habían encontrado con el vacío silencio interior que le decía que había respondido incorrectamente. Esta vez reflexionó con cuidado, eliminando todas las respuestas que había dado antes y las que eran combinaciones o extrapolaciones de las que habían sido incorrectas.

—Como yo considere más apropiado —respondió finalmente.

En su interior brotó una sensación, un sentimiento de aprobación, seguido rápidamente por otra pregunta.

—¿Cuál es el sitio que se te ha asignado?

Pensó acerca de esto, sabiendo que la respuesta más obvia sería seguramente incorrecta, pero aun así tenía que ponerla a prueba.

—Mi sitio está aquí —respondió.

El contacto mental se rompió, tal y como él sospechó que sucedería. Sabía que lo estaban entrenando, aunque el objetivo de dicho entrenamiento estaba oculto a su mente. Ahora podría ponderar la última pregunta a la luz de sus anteriores respuestas, y quizá deducir la respuesta correcta.

Esa noche soñó.

Un hombre extraño vestido con una túnica marrón, atada a la cintura con una cuerda, caminaba por la carretera. El hombre de marrón se volvió y le habló.

—Apresúrate. No tenemos mucho tiempo, y no puedes rezagarte.

Trató de moverse más rápido, pero descubrió que sus pies eran de plomo y que tenía los brazos amarrados a los costados. El hombre de marrón detuvo su enérgica marcha.

—Muy bien —dijo—. Las cosas de una en una.

Él trató de hablar y se encontró con que su boca se negaba a moverse. El hombre de marrón se atusó la barba, pensativo.

—Ten esto en cuenta: tú eres el arquitecto de tu propia prisión —le dijo.

Bajó la vista y vio que sus pies desnudos estaban sobre una carretera polvorienta. Levantó la vista y vio que el hombre vestido de marrón se alejaba de nuevo con paso enérgico. Trató de seguirlo, pero de nuevo no pudo moverse.

Se despertó empapado de sudor frío.

De nuevo le habían preguntado cuál era su sitio, y de nuevo su respuesta, *Donde hago falta*, había sido insatisfactoria. Trabajaba en otra tarea sin sentido, clavando clavos en una gruesa tela de lana, que les permitía atravesarla y caer al suelo, de donde él los



recogía para volver a clavarlos.

Sus reflexiones sobre la última pregunta que le habían formulado quedaron interrumpidas cuando la puerta que había tras él se abrió y su guía le hizo un gesto para que lo siguiera. Se movieron por los largos pasillos serpenteantes, abriéndose paso hasta la planta donde comerían la escasa comida matinal.

Cuando entraron en la estancia, el guía se colocó junto a la puerta, mientras que otros individuos vestidos con túnicas negras escoltaban a los vestidos de blanco al interior del salón. Este era el día en que le tocaba al guía del joven quedarse y vigilar a los muchachos de blanco que, junto con el joven, estaban obligados a comer en silencio. Cada día un portador diferente de la túnica negra cumplía esta función.

El joven comió y reflexionó sobre la última pregunta de la mañana. Sopesó cada posible respuesta, buscando los probables fallos y, cuando los descubría, descartándolas. Una respuesta llegó repentinamente a su mente sin que él la buscara, un salto intuitivo, y su subconsciente le proporcionó la solución a la pregunta. *Yo soy el arquitecto de mi propia prisión.*

Varias veces en el pasado, cuando algún problema especialmente peliagudo había detenido sus progresos, le había sucedido lo mismo, lo que explicaba su rápido avance en las lecciones. Sopesó los posibles fallos de esta respuesta y, cuando estuvo seguro de que era la correcta, se puso de pie. Otras miradas lo observaron furtivamente, porque esto era una violación de las reglas.

Fue hasta ponerse delante de su guía, que lo observó acercarse con una expresión controlada y cuyo único indicio de curiosidad eran las cejas levemente arqueadas.

—Este ya no es mi sitio —dijo sin preámbulos el joven de blanco.

El hombre de negro no demostró emoción alguna, pero puso una mano sobre el hombro del joven y asintió brevemente. Se metió la mano dentro de la túnica y sacó una campanilla, que hizo sonar una vez. Otro individuo vestido de negro apareció momentos después. El recién llegado tomó el sitio junto a la puerta sin decir palabra, y el guía le hizo un gesto al joven para que lo siguiera.

Anduvieron en silencio como habían hecho tantas veces antes, hasta que llegaron a una habitación. El hombre de negro se volvió hacia el joven.

—Abre la puerta —dijo.

El joven empezó a alargar la mano hacia la puerta, pero con una intuición la apartó. Frunciendo el ceño al concentrarse, abrió la puerta con el poder de su mente. La puerta se abrió lentamente hacia dentro. El hombre de negro se dio la vuelta y sonrió.

—Bien —dijo con una voz suave y tranquila.

Entraron en una habitación en la que había muchas túnicas blancas, grises y negras colgando de ganchos.

—Cámbiate a una túnica gris —dijo el hombre de negro.

El joven lo hizo rápidamente y se volvió hacia el otro. El hombre de negro estudiaba al nuevo portador de la túnica gris.

—Ya no estás sometido al silencio. Cualquier pregunta que tengas será respondida, tan bien como sea posible, aunque hay cosas que tendrán que esperar hasta que vistas el negro. Entonces lo entenderás todo. Ven.

El joven de gris siguió a su guía hasta otra habitación, donde unos cojines rodeaban una mesa baja, sobre la que descansaba una jarra de chocha caliente, una bebida de sabor fuerte y agridulce. El hombre de negro sirvió dos tazas y le entregó una al joven, indicándole que debería sentarse. Ambos lo hicieron.

—¿Quién soy? —dijo el joven.

El hombre de negro se encogió de hombros.

—Eso tendrás que decidirlo tú, porque solo tú puedes discernir tu nombre verdadero. Es un nombre que no se le puede decir a nadie, para que no ganen poder sobre ti. De ahora en adelante te llamarás Milamber.

El recién bautizado Milamber pensó por un momento.

—Servirá —dijo—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Shimone.

—¿Quién eres?

—Tu guía, tu profesor. Ahora tendrás otros, pero a mí se me concedió ser el responsable de la primera parte de tu entrenamiento, la más larga.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cerca de cuatro años.

Milamber quedó sorprendido por esto, porque su memoria solo abarcaba un poco, varios meses como mucho.

—¿Cuándo se me devolverán mis recuerdos?

Shimone sonrió, complacido de que Milamber no hubiera preguntado si se los iban a devolver.

—Tu mente irá recuperando tu vida pasada a medida que vayas progresando en lo que te queda de entrenamiento, lentamente al principio, pero cada vez más rápido. Hay un motivo para esto. Debes ser capaz de soportar la atracción de tus antiguos lazos, familiares y nacionales, con tus amigos y con tu hogar. En tu caso es especialmente vital.

—¿Por qué?

—Cuando tu pasado vuelva a ti lo comprenderás —fue todo lo que dijo Shimone, con una sonrisa en el rostro. Sus rasgos de ave de presa y sus ojos oscuros adquirieron una expresión que comunicaba que esto era el fin del asunto.

Milamber pensó en varias preguntas, que desechó rápidamente por ser de poca relevancia inmediata.

—¿Qué habría pasado si hubiera abierto la puerta con la mano? —preguntó

finalmente.

—Habrías muerto.

Shimone dijo esto tranquilamente, sin emoción. Milamber ni se sorprendió ni se escandalizó. Simplemente lo aceptó.

—¿Por qué motivo?

Shimone quedó un poco sorprendido con la pregunta, y lo demostró.

—No podemos gobernarnos los unos a los otros, todo lo que podemos hacer es asegurarnos que cada nuevo mago sea capaz de asumir las responsabilidades que entrañan sus actos. Juzgaste que tu sitio ya no estaba con los que vestían de blanco, los novicios. Si ese no era tu lugar, entonces tendrías que demostrar tu capacidad para enfrentarte a las responsabilidades de este cambio. Los brillantes pero temerarios suelen morir en este punto.

Milamber tomó esto en cuenta y reconoció lo apropiado de una prueba de ese tipo.

—¿Cuánto más durará mi entrenamiento?

Shimone hizo un gesto de indiferencia.

—Tanto como sea necesario. No obstante, progresas rápido, así que creo que en tu caso no durará mucho más. Tienes ciertos dones naturales, ya comprenderás esto cuando vuelvan tus recuerdos, cierta ventaja sobre los demás estudiantes más jóvenes que empezaron contigo.

Milamber estudió el contenido de su taza. En el fluido poco denso y oscuro pareció ver una sola palabra, como si fuera por el rabillo del ojo, que se desvaneció cuando trató de concentrarse en ella. No logró aferrarse a ella, pero había sido un nombre corto, un nombre sencillo.

Esa noche volvió a soñar.

El hombre de marrón caminaba por la carretera, y esta vez Milamber podía seguirlo.

—Ya ves, hay pocos límites objetivos. Lo que te enseñan es útil, pero nunca aceptes el principio de que porque una solución sea adecuada para un problema, tenga que ser la única solución. —El hombre de marrón se detuvo y señaló una flor que había en la cuneta—. Mira esto. —Milamber se inclinó para ver lo que señalaba el hombre. Una pequeña araña tejía su tela entre dos hojas—. Esa criatura trabaja ignorante de nuestro paso. Cualquiera de nosotros dos podría acabar con su existencia aplastándola por puro capricho. Reflexiona acerca de esto: si esa criatura pudiera de alguna manera aprehender nuestra existencia, la amenaza que suponemos para su vida, ¿nos adoraría la araña?

—No lo sé —respondió Milamber—. No sé cómo piensa una araña.

El hombre de marrón se apoyó en su báculo.

—Teniendo en cuenta la diferencia de pensamiento entre un humano y otro, pudiera ser que esta araña reaccionase con miedo, desafío, indiferencia, fatalismo o incredulidad. Cualquier cosa es posible. —Alargó su bastón y cogió suavemente un trozo de telaraña en la punta. Levantando al diminuto arácnido, lo llevó hasta el lado opuesto de la carretera—. ¿Crees que la criatura sabe que se trata de una flor diferente?

—No sé.

El hombre de marrón sonrió.

—Esa es quizá la más sabia de todas las respuestas. Pronto verás muchas cosas —dijo volviendo a emprender la marcha—, algunas de las cuales tendrán poco sentido para ti. Cuando te pase, recuerda una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Milamber.

—Las cosas no son siempre lo que parecen. Recuerda a la araña, que puede que en este mismo instante me esté ofreciendo plegarias en agradecimiento por su repentina buena suerte. —Señaló hacia atrás a la planta con el bastón—. Hay más bichos en ese lado que en el otro. Y yo me pregunto: ¿Está la flor ofreciendo también plegarias de agradecimiento? —dijo rascándose la barba.

Pasó semanas en compañía de Shimone y de algunos otros. Fue sabiendo más de su vida, aunque solo un fragmento de lo que había perdido. Había sido esclavo y se había descubierto que tenía el poder. Recordaba a una mujer, y sentía una leve desazón ante el nebuloso recuerdo de su imagen.

Aprendía rápidamente. Cada lección la completaba en un solo día, o como muchos. Analizaba rápidamente los problemas que le asignaban, y cuando llegaba el momento de discutirlos con sus profesores, sus preguntas daban en el clavo, estaban bien pensadas y eran pertinentes.

Un día se levantó en una celda nueva, aunque seguía siendo sencilla, y salió para encontrarse a Shimone esperándolo afuera.

—A partir de este momento no puedes hablar hasta que no completes la tarea que te ha sido asignada —dijo el mago de la túnica negra.

Milamber asintió para indicar que lo había entendido y siguió a su guía por el pasillo. El mago de más edad lo condujo por una serie de largas galerías hasta un lugar del edificio que nunca antes había visto. Subieron por una larga escalera, hasta muchos pisos por encima de donde habían empezado. Y siguieron subiendo hasta que Shimone le abrió una puerta. Milamber cruzó el umbral antes que Shimone y se encontró en un techo abierto y plano, sobre una alta torre. Del centro del techo se alzaba una solitaria aguja. Hendía el cielo, un puñal de piedra labrada. Serpenteando hacia arriba a su alrededor había una estrecha escalera, tallada en los costados de la aguja. Los ojos de Milamber la siguieron hasta que su parte superior se perdió entre

las nubes. Encontró que la vista era fascinante, porque parecía violar varias de las leyes físicas que él había estudiado. Aun así, se alzaba frente a él, y lo que era más, su guía le indicaba que subiera las escaleras. Empezó a subir. Cuando acababa la primera vuelta, se dio cuenta de que Shimone había desaparecido por la puerta de madera. Aliviado de su presencia, Milamber apartó la mirada del techo, recreándose en la vista que lo rodeaba.

Estaba sobre la torre más alta de una inmensa ciudad de torres. Por todas las partes a las que miraba, centenares de dedos de piedra señalaban hacia arriba, robustas estructuras con ventanas cerradas. Algunas estaban abiertas al cielo, como aquella; otras tenían techos de piedra o de luces resplandecientes. Pero de todas ellas, solo la suya estaba rematada por una fina aguja. Bajo los cientos de torres, unos puentes surcaban el cielo conectándolas, y más abajo podía verse la masa del único e increíble edificio que soportaba todo lo que había visto. Era una construcción monstruosa. Se extendía bajo él durante kilómetros en todas las direcciones. Había supuesto que sería un sitio grande por los viajes que había realizado en su interior, pero esta certeza no hizo nada para amortiguar el impacto de la visión.

Aún más abajo, en el borroso límite de su vista, podía ver el verde pálido de la hierba, un delgado borde que rodeaba la oscura masa del edificio. Vio agua por todas partes, el lago que una vez había visto de pasada. En la distancia podía distinguir una brumosa insinuación de montañas, pero a menos que se esforzase por verlas, era como si el mundo entero estuviera desplegado a sus pies.

Subiendo pesadamente, fue rodeando la aguja a medida que subía. Cada vuelta le traía un nuevo detalle de la vista. Un pájaro solitario lo sobrevolaba todo en círculos, ajeno a los asuntos de los hombres, con las alas escarlatas desplegadas para atrapar el aire mientras observaba con su penetrante mirada el lago que había abajo. Al ver un movimiento delator en el agua, plegó las alas y se lanzó en picado, golpeando la superficie por un breve instante antes de volver a remontar el vuelo, con su premio retorciéndose bien aferrado en sus garras. Con un graznido de victoria, volvió a trazar un círculo y luego voló a toda prisa hacia el oeste.

Una vuelta. Un cruce de vientos, cada uno de ellos trayendo aromas de lejanas y extrañas tierras. Desde el sur, una ráfaga insinuaba las calurosas junglas donde los esclavos trabajaban duro para reclamar tierra de labor de los mortíferos pantanos envueltos por la humedad. Desde el este, una brisa traía el canto de victoria de una docena de guerreros de la Confederación de Thuril, tras haber derrotado al mismo número de soldados del imperio en una escaramuza fronteriza. Como contrapunto venía el débil eco de un soldado tsurani moribundo, llorando por su familia. Del norte llegaron el olor del hielo y el sonido de los cascos de miles de thün pisoteando la tundra helada, dirigiéndose hacia el sur en busca de tierras más cálidas. Del oeste, la risa de la joven esposa de un noble poderoso provocando a uno de los guardias de la

familia, mitad aterrorizado, mitad excitado, para traicionar a su marido que se encontraba fuera haciendo negocios con un mercader de Tusan, al sur. Del este, el olor de las especias mientras los mercaderes regateaban en la plaza del mercado de la lejana Yankora. De nuevo el sur, y el olor de la sal del Mar de la Sangre. Norte, y campos nevados azotados por el viento que nunca habían conocido la pisada de pies humanos, pero sobre los que caminaban seres ancianos y sabios de maneras desconocidas para el hombre, buscando una señal en los cielos, una que nunca llegaba. Cada brisa traía una nota y un tono, un color y un matiz, un sabor y una fragancia. La textura del mundo pasaba a su lado y él respiró hondo, saboreándola.

Una vuelta. De debajo de los escalones llegaban unas pulsaciones mientras el mundo latía con una vida que le era propia. Hacia arriba, a través de la isla, del edificio, de la torre, de la aguja y de su propio cuerpo llegó el apremiante pero eterno latir del corazón del planeta. Bajó los ojos y vio cavernas profundas; las superiores trabajadas por esclavos que extraían los escasos metales existentes, junto con carbón para calentar y piedra para construir. Bajo esas había otras cavernas, algunas naturales y otras los restos de una ciudad perdida, cubierta de polvo, que se convirtió en tierra a medida que pasaron las edades. Aquí una vez habían habitado criaturas más allá de su capacidad de imaginar. Y más profundamente lo condujo su visión, a una región de calor y luz donde se enfrentaban las fuerzas primordiales. Roca líquida, incandescente y brillante, presionaba contra su prima sólida buscando un paso hacia arriba, impulsada por la naturaleza. Y más profundo todavía, hasta un mundo de fuerza pura, donde líneas de energía corrían por el corazón del mundo.

Un giro, y llegó a una pequeña plataforma sobre la aguja. Tenía menos de su altura por lado, era un nido imposiblemente precario. Se puso en el centro, superando un vértigo que intentaba conducirlo a que se tirara por el borde chillando. Empleó cada trozo de su habilidad y su entrenamiento para mantenerse allí, porque sabía sin que se lo hubieran dicho que fallar aquí significaría la muerte.

Aclaró su mente del miedo y recorrió con la vista la escena que lo rodeaba, impresionado por la extensión de la nada. Nunca antes se había sentido tan verdaderamente aislado, tan verdaderamente solo. Allí estaba sin nada que se interpusiera entre él y lo que fuera que le tenía reservado el destino.

Bajo él se extendía el mundo, y sobre él un cielo vacío. El viento traía un indicio de humedad, y vio nubarrones negros que venían aprisa desde el sur. La torre, o la aguja sobre ella, se balanceó ligeramente, y él inconscientemente se apoyó en la otra pierna para compensar.

El rayo destelló mientras los nubarrones de tormenta caían sobre él, y el trueno retumbó sobre su cabeza. Solo el sonido casi fue suficiente para derribarlo de la pequeña plataforma, y se vio obligado a acudir a sus reservas internas de poder, a ese lugar silencioso conocido simplemente como *wal*, y allí encontró la fuerza para

resistirse al asalto de la tormenta.

Los vientos lo zarandeaban, empujándolo hacia el borde de la plataforma. Flaqueó y se recuperó. El oscuro abismo lo llamaba, invitándolo a caer. Con un estallido de voluntad, volvió a apartar el vértigo y de nuevo concentró su mente en la tarea que tenía entre manos.

—*Ahora es el momento de la prueba* —gritó una voz en su cabeza—. *Debes mantenerte sobre esta torre, y si flaqueas, de ella caerás.* —Hubo una pausa momentánea antes de que la voz volviera a gritar—. *¡Contempla! ¡Sé testigo y comprende cómo fue!*

Una oscuridad ascendió y lo consumió.

Durante algún tiempo flota, sin nombre y perdido. Un puntito de consciencia parpadeante, un nadador desconocido atravesando un mar negro y vacío. Entonces una sola nota invade el vacío. Reverbera, un sonido sin sonido, un intruso en los sentidos pero sin sentidos.

—*Sin sentidos, ¿cómo hay percepción?* —le pregunta a su mente. *¡Su mente!*—. Yo soy —grita, y un millón de filosofías gritan maravilladas—. *Si yo soy, entonces ¿qué no soy yo?* —se pregunta.

—*Eres lo que eres, y no lo que no eres* —le responde un eco.

—*Una respuesta insatisfactoria* —dice él para sus adentros.

—*Bien* —replica el eco.

—*¿Qué es esa nota?* —pregunta él.

—*Es el toque del sueño de un anciano el momento antes de la muerte.*

—*¿Qué es esa nota?*

—*Es el color del invierno.*

—*¿Qué es esa nota?*

—*Es el sonido de la esperanza.*

—*¿Qué es esa nota?*

—*Es el sabor del amor.*

—*¿Qué es esa nota?*

—*Es una alarma para despertarte.*

Flota. A su alrededor nada un billón de billones de estrellas. Grandes cúmulos pasan a su lado, resplandeciendo de energía. Giran en torbellinos de colores, las gigantes rojas y azules, las más pequeñas naranjas y amarillas y las diminutas rojas y blancas. Las incoloras e iracundas negras beben de la tormenta de luz que las rodea, mientras que otras emiten energías en un espectro desconocido, y unas pocas retuercen el tejido del espacio y el tiempo, haciendo que la cabeza le dé vueltas cuando intenta desentrañar

su paso. Entre ellas se extienden líneas de fuerza, atándolas a todas en una red de poder. La energía fluye arriba y abajo por los hilos de esta telaraña, palpitando con una vida que no es vida. Las estrellas lo saben mientras pasan a su lado. Son conscientes de la presencia de él, pero no lo toman en cuenta. Es demasiado pequeño para que se preocupen por él. A su alrededor se extiende todo el universo.

En diversos puntos de la red descansan o trabajan criaturas de poder, cada una de ellas diferente de las demás, pero todas ellas iguales de algún modo. Puede ver que algunas son dioses, porque le resultan familiares, y otras son menos o más. Cada una tiene su papel. Algunas lo observan, porque su paso es perceptible; algunas están más allá de él, demasiado grandiosas para comprenderlo, y al serlo, son menos que él. Otras lo estudian atentamente, sopesando su poder y sus habilidades contra las de ellas mismas. A cambio, él las estudia a ellas. Todas mantienen el silencio.

Pasa a toda velocidad entre las estrellas y los seres de poder hasta que ve una estrella, una entre la multitud, pero una que lo llama. De la estrella parten veinte líneas de energía, y junto a cada una de ellas hay un ser de poder. Sin saber por qué, comprende que esos son los antiguos dioses de Kelewan. Cada uno se ocupa de la línea de energía más cercana, influyendo en la estructura del espacio y el tiempo cercanos. Algunos luchan entre ellos, otros trabajan ignorando el conflicto, y otros no hacen nada perceptible.

Se acerca. Un solo planeta gira alrededor de la estrella, una esfera azul y verde envuelta en nubes blancas. Kelewan.

Baja por las líneas de fuerza hasta que se encuentra en la superficie. Aquí ve un mundo que todavía no ha sido hollado por el paso del hombre. Grandes bestias de seis patas recorren la tierra, y escondiéndose de ellas hay una joven raza de seres de pensamiento rápido.

Los cho-ja, unas pocas bandas de criaturas que se afanan, poco más que los grandes insectos que los engendraron, se apresuran entre los árboles de los grandes bosques, temiendo a los depredadores que los cazan y a su vez cazando presas menores. Han empezado a razonar, y sus reinas ahora los diseñan con propósitos específicos en mente, de forma que soldados fuertes y bien armados protejan a los que recolectan comida. Se lleva más comida al enjambre y la raza empieza a prosperar.

Por las llanuras corren los jóvenes machos thün, luchando entre ellos con piedras y palos, puños y colmillos. Se enfrentan sabiendo solo que los conduce un impulso sin nombre, que exige que uno u otro de la manada expulse a los demás y sea el progenitor de la próxima generación de jóvenes. Pasarán eras antes de que se conviertan en seres racionales, capaces de trabajar juntos contra las criaturas de dos patas que todavía tienen que aparecer sobre este mundo.

Junto al mar, que aún no ha recibido el nombre de la sangre de los miles de muertos sobre él, los sunn se acurrucan en la orilla, recién emergidos del mar,



incómodos sobre la tierra pero ya incapaces de habitar en las profundidades. Temerosos de todo, hacen planes en sus cavernas marinas, buscando seguridad y desarrollando una actitud hacia los extranjeros que sentará las bases de su genocidio en generaciones posteriores.

Por encima de las montañas vuelan los thrillillil, su cultura aún primaria y tosca, no más que una dispersa asociación de parejas de cría y jóvenes. Sus grandes pero delicadas alas despiden sombras que ocultan a los nummongnum, que reptan entre las rocas ocultos a la vista por su piel moteada, que se parece a las rocas detrás de las que se ocultan, en busca de huevos de thrillillil, empezando una guerra que durará mil años y acabará con la aniquilación de ambas razas.

Es un mundo duro en el que abunda la vida, pero una vida conflictiva, sin piedad para el débil. De las razas que ve, solo dos prosperarán, los thün y los cho-ja. Ve la oscuridad aproximarse como una tormenta repentina, y esta lo envuelve.

Como la calma tras la tormenta, llega la luz.

Él se encuentra sobre un acantilado desde el que se domina una gran pradera separada del mar por una pequeña playa. El aire empieza a rielar y el mar al otro lado de la pradera se distorsiona. La escena vibra, como cuando el calor del día agita el aire. Unos colores centelleantes aparecen en el aire. Entonces el mismo tejido del espacio y el tiempo se desgarran, como si lo hicieran dos manos gigantes, formando un creciente agujero a través del cual se puede ver. Al otro lado de esta fractura en el aire se revela una visión del caos, un enloquecido espectáculo de energías, como si todas las líneas de poder del universo se estuvieran rompiendo. Rayos de energía suficientes para destruir soles explotan en estallidos de color que están más allá de la capacidad de los ojos mortales para describirlos, dejándolos deslumbrados con luces menores. De las profundidades de esta gigantesca fractura se extiende hacia delante un ancho puente de luz dorada, hasta tocar la hierba de la pradera. Sobre el puente se mueven miles de siluetas, que escapan de la locura del otro lado de la fractura hasta la tranquilidad de la pradera.

Se apresuran a bajar. Algunos llevan todas sus pertenencias a la espalda, otros tienen animales que tiran de carromatos y de trineos cargados de objetos de valor. Todos avanzan, huyendo del horror innumerable que queda detrás.

Él estudia las siluetas, y aunque mucho le resulta extraño, también puede ver mucho que le resulta familiar. Muchos de ellos visten túnicas cortas de sencilla factura, y sabe que está mirando las semillas de la raza tsurani. Sus rostros son más básicos, mostrando menos de la mezcla con otras razas que sucederá en los años por venir. La mayoría son de piel clara, con el pelo castaño o rubio. A sus pies corren perros ladrones, esbeltos y rápidos galgos y lebreles.

Junto a ellos dan grandes zancadas unos orgullosos guerreros de ojos

almendrados y piel bronceada. Son hombres de guerra, pero no soldados organizados, ya que visten túnicas de diferentes colores y cortes. Bajan del puente, algunos muestran heridas, todos esconden el terror tras expresiones implacables. Al hombro llevan espadas largas de excelente acero, forjadas con gran cuidado. Llevan la parte superior de la cabeza afeitada, y el pelo recogido en un moño. Tienen el aspecto orgulloso de los hombres que no están seguros de si lo mejor ha sido sobrevivir a la batalla. Mezclados entre ellos hay otros, todos extranjeros.

Una raza de gente de corta estatura porta redes que los anuncian como pescadores, aunque de qué mar, eso solo ellos lo saben. Tienen el pelo oscuro, la piel cetrina y los ojos verdes grisáceos. Hombres, mujeres y niños visten sencillos pantalones de piel y llevan el torso desnudo.

Tras ellos viene una nación de gentes altas y nobles de piel negra. Sus ropas están ricamente tejidas en colores suaves y sutiles. Muchos llevan gemas adornándoles la frente y brazaletes de oro en los brazos. Todos lloran por una patria que nunca volverán a ver.

Luego vienen unos jinetes sobre bestias imposibles que parecen serpientes voladoras con emplumadas cabezas de pájaro. Sobre los rostros de los jinetes hay máscaras de animales y pájaros, adornadas con brillantes pinturas y plumas. Solo van cubiertos de pintura, puesto que su mundo era un lugar caluroso. Llevan su desnudez como una capa, puesto que hay belleza en su forma, como si cada uno de ellos hubiera sido labrado por un maestro escultor, y empuñan armas de cristal negro. Las mujeres y los niños cabalgan sin máscaras tras los hombres, revelando expresiones endurecidas por el cruel mundo del que huyen. Los jinetes de las serpientes vuelven sus criaturas hacia el este y se alejan volando. Las grandes serpientes voladoras morirán en las frías tierras altas del este, pero permanecerán por siempre en las leyendas de la orgullosa Thuril.

Vienen miles más, y todos bajan de la rampa para poner pie sobre Kelewan. Cuando llegan a la llanura algunos se van, viajando hacia otras partes del planeta, pero muchos se quedan a ver como miles más vienen por el puente. El tiempo pasa. La noche sigue al día y vuelve a darle paso, mientras van entrando huestes desde la enloquecida tormenta del caos. Con ellos llegan veinte seres de poder, que también huyen de la completa destrucción de un universo. La multitud de la planicie no puede verlos, pero él sí. Él sabe que se convertirán en los veinte dioses de Kelewan, los Diez Seres Superiores y los Diez Inferiores. Vuelan al cielo, para arrancar el control de las líneas de poder a los antiguos y débiles seres que dominaban este mundo. No hay lucha cuando los nuevos dioses toman su lugar, puesto que los antiguos seres de poder saben que a este mundo está llegando un nuevo orden.

Tras días de observar, se da cuenta de que el flujo de humanidad se está reduciendo. Centenares de hombres y mujeres tiran de enormes barcos contruidos

de algún tipo de metal, que brilla al sol, montados sobre rodillos de alguna sustancia negra. Llegan a la llanura y ven el océano al otro lado de la estrecha playa. Dan un grito, arrastran sus barcos hasta el agua y los botan. Cincuenta naves izan las velas y parten en dirección al sur, hacia la tierra que se convertirá en Tsubar, la nación perdida.

El último grupo se compone de miles de hombres vestidos con túnicas de muchos diseños y colores. Él sabe que esos son los sacerdotes y magos de muchas naciones. Juntos resisten, conteniendo la locura que arrecia al otro lado. Mientras él observa muchos caen, y sus vidas se extinguen como velas gastadas. Tras alguna señal acordada previamente, muchos de ellos, aunque menos de uno de cada cien de los que se encuentran sobre el puente dorado, se dan la vuelta y corren hacia abajo. Todos cargan con libros, pergaminos y otros volúmenes de conocimiento. Cuando bajan del puente, se giran y observan el drama que se desarrolla sobre este.

Los que están sobre el puente no miran a los que han huido, sino a lo que están conteniendo; emiten un grito, conjurando un poderoso sortilegio, blandiendo una magia de un poder enorme. Los que están abajo se hacen eco del grito, y todos los que pueden oírlo tiemblan de miedo ante el sonido. El puente empieza a disolverse, desde el suelo hacia arriba. Una oleada de terror y odio fluye a través de la fractura, y los que están sobre el puente empiezan a caer ante su asalto. A la vez que el puente y la apertura desaparecen de la vista, un solo estallido de furia logra pasar, aturdiendo a muchos de los que se encuentran en la pradera, derribándolos como si los hubieran golpeado.

Durante algún tiempo, aquellos que han escapado del innombrable terror del otro lado de la brecha permanecen mudos. Entonces, lentamente empiezan a dispersarse. Los grupos se separan y se van. Él sabe que, en los años venideros, esos harapientos refugiados conquistarán este mundo, porque son la semilla de las naciones que pueblan Kelewan.

Sabe que ha visto el principio de las naciones y su huida del Enemigo, el terror innombrable que destruyó el hogar de las razas de la humanidad, dispersándolas por otros universos.

De nuevo el manto del tiempo lo cubre, trayendo la oscuridad.

Seguida de la luz.

En la llanura que había estado vacía se alza una gran ciudad. Sus torres blancas suben hasta el cielo. Su gente es trabajadora y la ciudad prospera.

Por tierra llegan caravanas de bienes comerciales, y grandes navíos vienen de allende los mares. Los años pasan a toda velocidad, trayendo guerra y hambre, paz y comida.

Un día un navío entra en el puerto, tan cubierto de cicatrices y herido como su

tripulación. Se ha combatido en una gran batalla y este barco es uno de los pocos supervivientes. Los que están al otro lado del agua vendrán pronto, y la Ciudad de las Llanuras caerá si no recibe ayuda. Se envían mensajeros al norte, a las demás ciudades que hay a lo largo del curso del gran río, porque si la ciudad blanca cayera, nada impediría a los invasores avanzar hacia el norte. Los mensajeros vuelven, trayendo noticias. Los ejércitos de las demás ciudades vendrán. Él observa cómo se reúnen y se enfrentan a los invasores cerca del mar. Los invasores son repelidos, pero el precio es alto, ya que la batalla dura doce días. Cien mil hombres mueren, y las arenas permanecen rojas durante meses. Mil barcos arden y el cielo se llena de humo negro. Durante días cae sobre la tierra, cubriéndolo todo en kilómetros a la redonda con una fina ceniza polvorienta. La ciudad blanca se convierte en la ciudad gris. El mar se llamará de la Sangre desde ese día en adelante, y la gran bahía será la de la Batalla. Pero de la batalla se forma una alianza, y se siembran las semillas del gran Imperio de Tsuranuanni, que abarca un mundo.

Como la caída del silencio, viene la oscuridad.

Como una trompeta que suena, vuelve la luz.

Él se encuentra sobre un templo, en el corazón de la ciudad central del Imperio. Bajo él están de pie miles de personas. Se apiñan en las calles hombro con hombro, cantando mientras miles de manos levantadas van pasando sobre sus cabezas unas plataformas de madera. Sobre las plataformas se encuentran los nobles del Imperio, los señores de las Cinco Grandes Familias. Sobre la última plataforma, la más grande de todas, descansa un trono dorado, fabricado del más raro de los metales en este mundo que casi carece de ellos. En el trono se sienta un niño pequeño. Cuando la plataforma llega a la Gran Plaza de los Veinte Dioses Superiores e Inferiores, se la deja en el suelo, y el trono es cargado sobre las espaldas de los ciudadanos hasta la cima del templo más alto.

Bajan el trono, encarándolo hacia el sureste, de donde habían venido las naciones al principio. De las profundidades del templo salen corriendo una docena de sacerdotisas vestidas de negro, con sacerdotes vestidos de rojo a su lado. Las sacerdotisas de Sibi, Diosa de la Muerte, señalan a uno u otro ciudadano en la muchedumbre, y los sacerdotes del Dios Asesino vestidos de rojo los cogen. Se llevan a hombres, mujeres y, ocasionalmente, niños. Todos son arrastrados a la parte superior del templo, donde esperan los sacerdotes del Dios Rojo para arrancarles los corazones, mientras los sacerdotes y sacerdotisas de las otras dieciocho órdenes miran en silencio. Cuando cientos han sido sacrificados, y los escalones del templo están bañados en sangre, la suma sacerdotisa de la Diosa de la Muerte considera que los dioses han quedado satisfechos. Ponen un anillo de plata en la mano del chico y una diadema de oro en su ceño, y lo proclaman Luz Celestial, Minjochka, once veces

Emperador. El niño juega con un juguete de madera que le han dado al principio del día, porque se aburre fácilmente, mientras la muchedumbre avanza al frente para mojar sus manos en la sangre de sus paisanos, considerándolo señal de buena suerte.

En el este, el cielo se oscurece a medida que llega la noche.

Cuando sale el sol, él se encuentra junto a un mago que se ha llevado toda la noche trabajando. El hombre se muestra alarmado ante lo que le muestran sus cálculos e invoca un conjuro que lo lleva a otra parte. El observador lo sigue. En un pequeño salón, varios magos más reaccionan con expresiones de terror ante las noticias que trae el primero. Se despacha un mensajero para el Señor de la Guerra, que gobierna el Imperio en nombre del Emperador. El Señor de la Guerra hace llamar a los magos. El observador los sigue. Los magos explican las noticias. Las señales de las estrellas, junto con los antiguos escritos, anuncian la llegada de un gran desastre. Una estrella errante en los cielos, vista donde nunca antes había habido una, permanece inmóvil, pero se hace cada vez más brillante. Traerá la destrucción a las naciones. El Señor de la Guerra se muestra escéptico, pero últimamente más y más nobles hacen caso a las palabras de los magos. Siempre ha habido leyendas de que los magos salvaron a las naciones del Enemigo, pero pocos las creen probables. Con todo, aquí está esta nueva agrupación de magos, que han formado algo llamado la Asamblea; con qué fines, solo ellos lo saben. Así que, con el cambio de los tiempos en mente, el Señor de la Guerra accede a transmitir las nuevas al Emperador. Tras algún tiempo, el Emperador manda una orden a la Asamblea. Su exigencia: traed pruebas. Los magos sacuden la cabeza y vuelven a sus modestas estancias.

Pasan décadas y los magos llevan a cabo una campaña de propaganda, buscando influenciar a cualquier noble del Imperio que los escuche. Llega el día en el que se proclama la noticia de que el Emperador ha muerto y ahora reina su hijo. Los magos se reúnen con todos los que pueden viajar a la Ciudad Sagrada para la coronación del nuevo Emperador.

Millares de personas atestan las calles, mientras los esclavos llevan a los nobles del Imperio en literas hasta los grandes templos. El nuevo Emperador va sobre el antiguo trono dorado, transportado por cien hoscos esclavos. Lo coronan, mientras en las profundidades del templo del dios de la muerte, Turakamu, se sacrifica un esclavo para pedir a los dioses que permitan al alma del viejo Emperador descansar en los cielos.

El pueblo vitorea, porque Sudkahanchocha, treinta y cuatro veces emperador, es muy querido, y esta será la última vez que puedan verlo. Ahora se retirará al Palacio Sagrado, donde su alma permanecerá eternamente vigilante sobre sus súbditos, mientras el Señor de la Guerra y el Alto Consejo se encargan de la tarea de gobernar el Imperio. El nuevo Emperador llevará una vida contemplativa, leyendo, pintando,

estudiando los grandes libros de los templos, tratando de purificar su alma para esta ardua vida. Este Emperador es diferente de su padre y, tras oír las graves noticias de la Asamblea, ordena que se construya un gran castillo en una isla en mitad de las montañas de Ambdina.

El tiempo...

... pasa.

Centenares de magos ataviados de negro están en la cima de las torres que se alzan sobre la ciudad de la isla, que todavía no es la magnífica entidad del futuro. Han pasado doscientos años, y ahora arden dos soles en el cielo, uno cálido de color amarillo verdoso y el otro pequeño, blanco y colérico. El observador ve cómo los hombres llevan a cabo su magia, el conjuro más grande invocado en toda la historia de las naciones. Ni siquiera el legendario puente desde el exterior, al inicio de los tiempos, había sido una proeza tan grande, puesto que solo se habían movido entre mundos; ahora iban a mover una estrella.

Abajo puede sentir la presencia de cientos de otros magos, que añaden sus poderes a los de arriba. El conjuro ha ido siendo elaborado a lo largo de los últimos años, y cada paso se ha dado con el máximo cuidado mientras se aproximaba el Extranjero. Aunque es poderoso más allá de toda comparación, este encantamiento también es extremadamente delicado. Cualquier error y todo el trabajo quedará deshecho. Él levanta la mirada y ve al Extranjero dirigirse hacia la órbita de este mundo. No golpeará a Kelewan, pero hay pocas dudas de que su calor, añadido a la ya de por sí caliente estrella de Kelewan, dejará al mundo inerte. Kelewan estará aproximadamente un año entre su propio sol y el Extranjero, en día constante, y todos los magos están de acuerdo en que solo unos pocos podrían sobrevivir en cuevas profundas, para emerger a un planeta calcinado. Deben actuar ahora, antes de que sea demasiado tarde para volver a intentarlo si el encantamiento falla.

Y ahora actúan, todos a la vez, invocando la última pieza del gran trabajo arcano. El mundo parece quedarse inmóvil por un instante, reverberando con la última palabra del conjuro. Lentamente, esa reverberación va subiendo de volumen, adquiriendo resonancia, desarrollando nuevas armonías, nuevos matices, su propia personalidad. Pronto es tan fuerte como para ensordecer a todos los que están en las torres, que se tapan los oídos. Bajo ellos, los que están en el suelo permanecen maravillados en silencio, mirando al cielo donde empieza a formarse una llamarada de color. Estallan ráfagas quebradas de energía, y la luz de ambas estrellas queda momentáneamente eclipsada por un cegador espectáculo que hará que algunos de los asistentes pierdan la vista para siempre. A él no le afectan ni la luz ni el sonido, como si alguien se hubiera encargado de protegerlo de sus efectos.

Aparece una gran fractura en el cielo, muy parecida a la que atravesó el puente

dorado hace eras. Él observa sin emoción; su sentimiento más fuerte es una fascinación despreocupada. Crece en el cielo, entre el extraño y Kelewan, y empieza a alejarse del planeta, hacia la estrella invasora.

Pero pasa algo más. Del corazón de la fractura, con más violencia que cuando el puente dorado, sale un estallido sin precedentes de energías convulsas. La caótica escena queda complementada con una arrolladora oleada de odio. El Enemigo, el poder maligno que expulsó a las naciones a Kelewan, sigue habitando en el otro universo, y no ha olvidado a los que huyeron de él hace eras. No puede perforar la barrera de la fractura, porque necesita más tiempo para cruzar entre los mundos del que esta va a estar abierta, pero la toca y la retuerce, alejándola del Extranjero. La fractura se agranda, y los que están en el suelo ven que va a absorber Kelewan, a llevar el planeta al dominio del Enemigo.

El observador mira impasible, a diferencia de los que le rodean, porque sabe que esto no es el fin del mundo. La fractura vuelve a caer sobre el planeta, y un mago se adelanta.

Al observador le resulta un tanto familiar. El hombre, a diferencia de quienes le rodean, lleva una túnica marrón atada con una cuerda a modo de cinturón, y empuña un báculo de madera. Levanta el báculo por encima de su cabeza y empieza a invocar. La fractura cambia, de unos colores imposibles de describir hasta el negro como la tinta, y golpea el planeta.

Los cielos explotan por un momento y entonces todo se vuelve negro. Cuando la oscuridad se levanta, el sol, el de Kelewan, se pone en el horizonte.

Los magos que no han muerto o enloquecido levantan la mirada horrorizados. Sobre ellos el cielo es un vacío sin estrellas.

Y el hombre de la túnica marrón se vuelve hacia él y le habla.

—Recuerda, las cosas no siempre son lo que parecen.

Negrura.

Que anuncia de nuevo el paso del tiempo. Él se encuentra en los salones de la Asamblea. Los magos aparecen regularmente, usando el diseño del suelo como punto focal para su tránsito. Recuerdan el diseño como una dirección, y se mueven hasta ella mediante un acto de voluntad. Llego un mensaje del Emperador. Suplica que la Asamblea resuelva el problema, prometiéndoles cualquier ayuda que necesiten.

El observador avanza a través de las generaciones y vuelve a encontrarse con los magos sobre las torres. Ahora, en vez de al Extraño invasor, contemplan un cielo sin estrellas. Otro conjuro, que han tardado años en desarrollar, está siendo invocado. Cuando acaban, la tierra reverbera con violentas energías. De repente el cielo resplandece con las estrellas, y Kelewan vuelve a estar en su sitio.

—Las cosas no son siempre lo que parecen —dice una voz.

El Emperador envía una orden para que la Asamblea en pleno acuda a la Ciudad Sagrada al momento. Solos o en parejas, usan los diseños para viajar a Kentosani. El observador los sigue. Son conducidos a la cámara interior del palacio imperial, algo inaudito en la historia del Imperio.

De los siete mil magos que se habían reunido un siglo antes para frustrar al Extraño, solo sobrevivieron doscientos. Incluso ahora ese número apenas ha crecido, de modo que ni siquiera un mago por cada veinte de los que estuvieron en las torres contra el Extraño responde a la llamada del Emperador. Avanzan para situarse frente a Tukamaco, cuarenta veces Emperador, descendiente de Sudkahanchosa y Luz Celestial. El Emperador pregunta si la Asamblea aceptará la carga de permanecer siempre vigilante sobre el Imperio, protegiéndolo hasta el fin de los tiempos. Los magos lo discuten y acceden. El Emperador deja el trono y se postra ante la reunión de magos, algo que nunca ha hecho antes. Se incorpora, aún de rodillas, y abriendo los brazos proclama que desde ese día en adelante los magos son los Grandes, libres de toda obligación excepto la carga que acaban de aceptar. Están fuera de la ley y nadie puede darles órdenes, incluyendo al Señor de la Guerra, que está a un lado con el ceño fruncido. Cualquier cosa que deseen es suya para que la pidan, porque su palabra será ley.

Y un mago sonríe con sabiduría a otro cercano. Oscuridad...

Y el tiempo pasa.

El observador está frente al trono del Señor de la Guerra. Una delegación de magos se presenta ante él. Le entregan pruebas de lo que acaban de afirmar. Se ha abierto una fractura controlable, libre de la influencia del Enemigo, y se ha encontrado otro mundo. Este no es apropiado para la vida, pero se ha descubierto un segundo; un mundo rico y maduro. Le muestran la riqueza de una vida en metales, todos ellos desperdigados por ahí, desechados. El que observa sonríe para sí ante la ansiedad del Señor de la Guerra por la visión de una coraza pectoral rota, una espada oxidada y un puñado de clavos doblados. Para demostrar que es otro mundo, le muestran una flor extraña pero bella. El Señor de la Guerra sonríe y se muestra complacido con su deliciosa fragancia. El observador asiente, porque él también conoce el perfume de las rosas de Midkemia.

Las negras alas del paso del tiempo vuelven a cubrirlo.

De nuevo se encontró sobre la plataforma. Miró a su alrededor y vio que la plena furia de la tormenta estaba amainando a su alrededor. Solo mediante su voluntad subconsciente había sido capaz de mantenerse sobre la plataforma, mientras su mente consciente estaba ocupada con el desarrollo de la historia de Kelewan. Ahora



comprendió la naturaleza de la prueba, porque se encontró exhausto por la energía que había gastado durante la misma. Mientras le inculcaban sus enseñanzas finales sobre su lugar en la sociedad, lo habían puesto a prueba con la furia desatada de la naturaleza.

Echó un último vistazo a su alrededor y encontró en cierto sentido satisfactoria la lúgubre visión del lago agitado por la tormenta y las ventanas de las torres cerradas a cal y canto. Se esforzó por capturar la imagen, como para asegurarse de que siempre recordaría el momento de su pleno despertar como Grande, porque ya no había más bloqueos en su memoria, ni en sus emociones. Se regocijó en su poder: ya no era Pug, el chico del castillo, sino un mago cuyo poder sobrepasaba incluso la imaginación de su antiguo mentor, Kulgan. Y nunca más ninguno de estos dos mundos, Midkemia y Kelewan, le parecerían lo mismo.

Descendió del techo por pura fuerza de voluntad, flotando suavemente en medio del viento que arreciaba. La puerta se abrió anticipando su llegada. Entró, y la puerta se cerró tras él. Shimone lo esperaba con una sonrisa en el rostro. A la vez que avanzaban por los largos pasillos de la ciudad-edificio de la Asamblea, los cielos explotaron con el restallido del trueno, como si anunciaran su llegada.

Hochopepa estaba sentado en su estera, esperando la llegada de su huésped. El mago gordo y calvo estaba interesado en tomarle la medida al más reciente miembro de la Asamblea, que había llegado a ser portador de la túnica negra el día anterior.

Sonó una campanilla, que anunciaba la llegada del huésped. Hochopepa se levantó y cruzó la habitación ricamente amueblada. Abrió la puerta corredera.

—Bienvenido, Milamber. Me complace que decidieras aceptar mi invitación.

—Estoy honrado —fue todo lo que dijo Milamber mientras entraba y paseaba la mirada por la habitación.

De todos los aposentos que había visto en el edificio de la Asamblea, este era con mucho el más opulento. De las paredes colgaban lujosos tapices de la mejor confección, y había varios valiosos objetos metálicos adornando las estanterías.

Milamber también estudió a su anfitrión. El corpulento mago condujo a Milamber hasta un cojín frente a una mesa y luego sirvió unas tazas de chocha. Sus regordetas manos se movían con una facilidad controlada, precisa y eficiente. Sus ojos oscuros, casi negros, brillaban bajo las pobladas cejas que acentuaban un rostro por otro lado engañosamente blando. Era el mago más rechoncho que Milamber había visto, ya que la mayoría de los que llevaban la túnica negra solían ser delgados y de aspecto ascético. Milamber tenía la sensación de que esto era algo intencionado, como si alguien preocupado por los placeres de la carne no pudiera dedicarle el suficiente tiempo a las cuestiones intelectuales profundas.

Hochopepa habló después de tomar el primer sorbo de chocha.

—Me resultas un tanto problemático, Milamber. —Cuando este no hizo comentario alguno, Hochopepa continuó—: No dices nada. —Milamber asintió con la cabeza—. Quizá tu historia personal sea responsable de una cautela algo superior a la que es normal aquí.

—Un esclavo convertido en mago es algo sobre lo que pensar —dijo Milamber. Hochopepa movió la mano.

—Es raro que un esclavo vista la túnica negra, pero no inaudito. A veces el poder no se descubre hasta la edad adulta. Pero las leyes son explícitas, y sin importar lo tarde que se descubra el poder, lo baja que sea la posición del que lo manifiesta, desde ese instante queda sujeto sólo a la Asamblea. Una vez, un soldado fue condenado a la horca por su señor. Flotó, suspendido en el espacio a un pelo de ahorcarse, por pura fuerza de voluntad. Su poder se había manifestado finalmente en su momento de mayor necesidad. Fue entregado a la Asamblea, donde sobrevivió al entrenamiento pero demostró ser un mago de poder mediocre y actitud pobre. Pero ese no es el tema. Tu situación particular, la que te hace ser algo problemático para mí, es que eres un bárbaro... perdón, eras un bárbaro.

Milamber volvió a sonreír. Había salido de la Torre de la Prueba con todos los recuerdos de su vida, aunque gran parte de su entrenamiento seguía sin recordarlo del todo. Comprendía los procesos que se habían empleado para hacerle controlar su magia. Lo habían seleccionado como una persona entre cien mil, un Grande. De los doscientos millones de personas del Imperio, era uno de los dos mil magos de la túnica negra. Su cautela de esclavo, como había señalado Hochopepa, se había combinado con su inteligencia para hacerlo estarse callado. Hochopepa trataba de decirle algo, y Milamber esperaría hasta oír lo que fuera, sin importar los rodeos que insistía en dar el rechoncho mago. Cuando Milamber no dijo nada, Hochopepa continuó.

—Tu posición es extraña, por varias razones. La más obvia es que eres el primero en vestir de negro que no es de este mundo. La segunda es que has sido aprendiz de un mago menor.

Milamber levantó una ceja.

—¿Kulgan? ¿Sabes de mi entrenamiento?

Hochopepa rio, una risa sincera que hizo que Milamber se relajara y contemplara al otro hombre con algo menos de desconfianza.

—Por supuesto. No hubo aspecto alguno de tu pasado que no fuera examinado atentamente, y proporcionaste un tesoro de información acerca de tu mundo. —Hochopepa miró atentamente a su invitado—. Puede que el Señor de la Guerra prefiera lanzar una invasión contra un mundo del que sabemos poco, en contra de las objeciones de algunos de sus magos consejeros, puedo añadir, pero los de la Asamblea preferimos estudiar a nuestros adversarios. Nos sentimos muy aliviados al descubrir

que en tu mundo la magia está limitada a los sacerdotes y los seguidores de la Senda Menor.

—Vuelves a mencionar la Magia Menor. ¿Qué quieres decir?

Ahora fue el turno de Hochopepa para sorprenderse.

—Supuse que lo sabías. —Milamber negó con la cabeza—. La Senda de la Magia Menor la siguen algunos que pueden manejar ciertas fuerzas mediante el poder de su voluntad, aunque de un tipo diferente al de nosotros, los de la túnica negra.

—Entonces conoces mi anterior fracaso.

Hochopepa volvió a reírse.

—Sí. Si hubieras estado menos capacitado para la Senda Mayor, podrías haber avanzado. Pero tenías demasiada habilidad para triunfar como mago de la Senda Menor. La Senda Menor es un talento más que un arte. La Senda Mayor es para estudiosos. —Milamber asintió. Cada vez que Hochopepa explicaba un concepto, era como si Milamber lo hubiera conocido toda su vida. Comentó esto—: Es fácil de entender. Durante tu entrenamiento se te inculcaron muchos hechos y conceptos. Primero se te enseñaron los conceptos básicos de la magia, luego tu responsabilidad hacia el Imperio. Parte del proceso de maduración de tus habilidades requiere que todos esos hechos estén allí cuando tú los necesites. Pero gran parte de lo que se te enseñó estaba oculto, para ser revelado cuando lo necesitaras, cuando pudieras entender por completo lo que había en tu mente. Habrá un periodo en el que los pensamientos vendrán sin que los lllames de vez en cuando. Cuando plantees una pregunta, la respuesta aparecerá en tu mente. Y a veces la respuesta aparecerá cuando la leas o la oigas. Esto sirve para que no te trastorne el impacto de años de aprendizaje cayéndote encima de golpe. No es muy diferente de los conjuros usados para proporcionarte visiones en la Torre de la Prueba. Obviamente, no tenemos medios para «ver» lo que sucedió antes de los tiempos del puente, o en cualquier otro momento de la historia, pero podemos implantar sugerencias, crear ilusio... —*Las cosas no son lo que parecen.* Milamber apenas escondió su sorpresa ante esta voz inesperada en su cabeza—... nes y proporcionar una construcción a la que tú puedas añadir las imágenes que te resultan más significativas. Personalmente, encuentro que toda la representación en la Torre huele un poquito a ópera. Puedes ir a las bibliotecas si prefieres la historia al teatro. De cualquier modo, estábamos hablando de otros asuntos —cortó Hochopepa al ver que la atención de Milamber estaba en otro sitio.

—Me gustaría oír cuál es tu problema —dijo Milamber.

Hochopepa se ajustó la túnica, alisándose las arrugas.

—Permíteme un momento más para una breve digresión. Todo esto tiene que ver con el motivo de que te haya pedido que vengas. —Milamber le hizo un gesto a Hochopepa para que continuara—. Se sabe muy poco de nuestra gente antes de la Huida. Sabemos que las naciones vinieron de muchos mundos diferentes. También se

especula que otros huyeron del Enemigo a mundos diferentes, quizá tu antiguo mundo entre ellos. Hay algunos jirones de pruebas que apoyan dicha hipótesis, pero hasta ahora son solo conjeturas. —Milamber pensó en las partidas de jadra que había jugado con el señor de los Shinzawai y reflexionó sobre la posibilidad—. Llegamos como refugiados. De millones, solo unos miles sobrevivieron para plantar semillas aquí. Nos encontramos con este mundo viejo y gastado. Aquí una vez florecieron grandes civilizaciones, y todo lo que queda de ellas son piedras gastadas donde una vez se alzaron ciudades. Quiénes eran esas criaturas, nadie lo sabe. Este mundo tiene pocos metales, y los que trajimos en la Huida se fueron gastando a lo largo de las eras. Nuestros animales, como vuestros caballos y el ganado, murieron todos excepto los perros. Tuvimos que adaptarnos a nuestro nuevo mundo, y mutuamente. Hubo muchas guerras entre la Huida y el advenimiento del Extranjero. Fuimos poco más que ciudades estado hasta la Batalla de las Mil Naves. Entonces la más humilde de todas las razas, los tsurani, se alzó para conquistarlas a todas las demás, uniendo la mayor parte de este mundo en un solo imperio. Los de la Asamblea apoyamos este imperio porque en este mundo es la fuerza más poderosa del orden, no porque sea noble o justo, o bello, o ecuánime. Sino porque gracias a él la mayor parte de la humanidad puede vivir y trabajar sin guerra en su hogar, sin hambre, epidemias y los desastres del pasado. Y con este orden a nuestro alrededor, los de la Asamblea podemos trabajar sin impedimentos. Fue el intento de expulsar al Extranjero lo que demostró que debíamos ser capaces de trabajar sin que nadie nos obstaculizara, Emperador incluido, y con los recursos necesarios. Se nos privó de un tiempo precioso para actuar por la falta de cooperación del Emperador cuando descubrimos al Extranjero. Si se nos hubiera prestado apoyo enseguida, quizá hubiéramos sido capaces de actuar contra el Enemigo cuando trató de distorsionar la fractura. Por eso aceptamos la carga de defender y servir al Imperio, a cambio de la libertad total.

—Todo eso me resulta familiar a medida que me hablas de ello —dijo Milamber—. Y sigo esperando oír lo que te resulta problemático de mí.

Hochopepa suspiró.

—En su momento, amigo mío. Debo acabar una última reflexión. Debes comprender por qué funciona la Asamblea como lo hace si quieres tener esperanza de sobrevivir más allá de unas pocas semanas.

—¿Sobrevivir? —Milamber estaba sorprendido ante esta afirmación.

—Sí, Milamber, sobrevivir, porque hay muchos aquí que preferirían haberte visto en el fondo del lago durante tu entrenamiento.

—¿Por qué?

—Trabajamos para restaurar el Arte Mayor. Cuando huimos del Enemigo, al amanecer de la historia, solo sobrevivió un mago de cada mil que combatieron al Enemigo. Estos, en su mayoría, fueron los magos menores y los aprendices. Se

reunieron en pequeños grupos para proteger los conocimientos que habían traído consigo desde sus mundos. Al principio los paisanos se unieron entre ellos, pero más tarde fueron surgiendo asociaciones más amplias, a medida que fue creciendo el deseo de restaurar las artes perdidas. Después de que hubieran pasado siglos se fundó la Asamblea, y vinieron magos de todas las partes del mundo, hasta que hoy todos los que siguen la Senda Mayor son miembros de la Asamblea. La mayoría de los que practican el Arte Menor también sirven aquí, aunque reciben un nivel diferente de respeto y libertad. Suelen ser mejores fabricando aparatos y comprendiendo las fuerzas de la naturaleza que nosotros los Túnicas Negras. Por ejemplo, son ellos los que fabrican los orbes que nosotros usamos para transportarnos entre los sitios. Aunque no están fuera de la ley, los magos menores están protegidos ante posibles interferencias de otros miembros de la Asamblea. Todos los magos son provincia de la Asamblea.

—Así que obtenemos libertad para actuar como nos parezca, siempre que actuemos al servicio de los intereses del Imperio —dijo Milamber.

Hochopepa asintió.

—No importa lo que hagamos, ni siquiera que dos magos se encuentren enfrentados por esto o por lo otro, siempre que ambos estén trabajando en lo que ellos creen que es el servicio a los intereses del imperio.

—Una ley extraña, desde mi un tanto «bárbaro» punto de vista.

—No es una ley, sino una tradición. En este mundo, mi bárbaro amigo, la tradición y la costumbre pueden ser una atadura más fuerte que la ley. Las leyes pueden cambiarse, pero la tradición perdura.

—Creo que veo cual es tu problema, mi civilizado amigo. No estás seguro de que, al ser un extranjero, vaya a actuar al servicio de los intereses del Imperio.

Hochopepa asintió.

—Si estuviéramos seguros de que fueras capaz de actuar en contra del imperio, habrías muerto. Pero no estamos seguros, aunque creemos que es poco probable que lo hagas.

Por primera vez. Milamber no estuvo seguro de lo que estaba oyendo.

—Suponía que teníais medios de asegurar que todos los entrenados son fieles al Imperio como su primer deber.

—Normalmente, sí. Pero en tu caso nos hemos encontrado con unos problemas que nos resultaban nuevos. Por lo que hemos podido discernir, estas inmerso en la causa de la hermandad de magos, la orden del Imperio. Normalmente estamos seguros. Leemos la mente del aprendiz. Pero contigo no hemos podido. Tuvimos que depender de drogas de la verdad, largos interrogatorios y entrenamientos diseñados para evidenciar cualquier duplicidad.

—¿Por qué?

—Por ninguna razón que podamos explicar. Conocemos los conjuros para enmascarar los pensamientos. No era nada por el estilo. Era como si tu mente tuviera alguna propiedad que no hubiéramos encontrado nunca antes. Quizá algún talento natural desconocido para nosotros pero común en tu mundo, o resultado del entrenamiento a manos de tu maestro de la Senda Menor, te protege contra nuestras artes lectoras del pensamiento. En cualquier caso, ha creado cierta agitación en estas estancias, de eso puedes estar seguro. Varias veces durante tu entrenamiento se sacó el tema de tu continuidad, y cada una de ellas la imposibilidad de leer tu mente fue dada como razón para tu muerte. Cada vez había más dispuestos a verte continuar. Globalmente representas un posible tesoro de nuevos conocimientos y, como tal mereces el beneficio de la duda. Para asegurarnos de no perder una adición tan valiosa a nuestro almacén de saberes, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Milamber secamente.

—Ayer, el asunto de tu continuidad se volvió crítico. Cuando llegó el momento de tu aceptación final en la Asamblea, la cuestión se sometió a voto y el resultado fue de empate. Hubo una abstención, la mía. Mientras yo no me pronuncie a favor de un lado o de otro, el asunto de tu supervivencia queda sin resolver. Eres libre de actuar como miembro de la Asamblea de pleno derecho hasta que yo vuelva a votar para ratificar tu selección, o no. Nuestra tradición no permite que se cambien los votos una vez emitidos, excepto las abstenciones. Como nadie que estuviera ausente durante la votación puede votar más tarde, soy el único que puede romper el empate. Así que el resultado de la votación, no importa cuánto se retrase, es decisión mía.

Milamber miró larga y duramente al mago de mayor edad.

—Ya veo.

Hochopepa negó lentamente con la cabeza.

—Me pregunto si lo haces. Dicho de la forma más sencilla posible: ¿qué hago contigo? Sin quererlo me he encontrado con tu vida en mis manos. Lo que tengo que decidir es si te van a matar o no. Por eso quería verte, para ver si he errado en mi juicio.

Bruscamente, Milamber echó hacia atrás la cabeza y se rio larga y estruendosamente. En un momento, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No veo la gracia —le dijo Hochopepa cuando se hubo tranquilizado.

Milamber levantó la mano en un gesto tranquilizador.

—No pretendía ofenderte, mi civilizado amigo. Pero seguramente verás la ironía de la situación. Era esclavo, y mi vida estaba sometida al capricho de otros. A pesar de todo mi entrenamiento y mi cambio de posición social, me encuentro con que ese hecho no ha cambiado. —Se detuvo un instante, y su sonrisa fue amistosa—. Aun así, mejor que tengas tú mi vida en tus manos que mi antiguo capataz. Eso es lo que encuentro tan divertido.

Hochopepa se sobresaltó por la respuesta, y luego él también empezó a reírse.

—Muchos de nuestros hermanos prestan poca atención a nuestras antiguas enseñanzas; tú estás familiarizado con nuestros más antiguos filósofos, y comprenderás lo que quiero decir. Pareces ser un hombre que ha encontrado su *wal*. Creo que nos entendemos, mi bárbaro amigo. Creo que hemos empezado bien.

Milamber estudió a Hochopepa. Sin saber el proceso subconsciente por el que había llegado a esa conclusión, consideró que había encontrado un aliado, quizá un amigo.

—Yo también lo creo. Y creo que también eres un hombre que ha encontrado su *wal*.

—Sólo soy un hombre sencillo, demasiado esclavo de los placeres de la carne para haber alcanzado tal estado de perfección —dijo Hochopepa fingiendo modestia. Con un suspiro, se inclinó hacia delante y empezó a hablar con intensidad—. Escúchame bien, Milamber. Por todas las razones que he enumerado antes, eres tanto un arma a la que temer como una posible fuente de conocimientos. Los tsurani son esclavos de la política, como puede atestiguar cualquier estudiante del Juego del Consejo. Y aunque se supone que nosotros los de la Asamblea estamos por encima de esas cosas, también tenemos nuestras facciones y nuestras luchas intestinas, que no siempre se resuelven de forma pacífica y sin sangre. Muchos de nuestros hermanos son poco más que campesinos supersticiosos, y desconfían de lo que es extraño y desconocido. Desde este día en adelante debes dedicarte a una tarea: quédate tranquilamente escondido en tu *wal* y conviértete en tsurani. Según todas las apariencias tienes que ser más tsurani que nadie de la Asamblea. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —se limitó a decir Milamber.

Hochopepa sirvió otro par de tazas de chocha.

—Ten especial cuidado con las mascotas del Señor de la Guerra, Elgahar y Ergoran, y con un joven temerario llamado Tapek. Su amo está molesto por el progreso de la guerra en tu antiguo mundo y sospecha de la Asamblea. Ahora que han muerto dos de nuestros hermanos en la última campaña importante, hay menos de nosotros dispuestos a prestar más ayuda en el empeño. Los pocos magos que quedan en su facción están agotados por el esfuerzo, y se rumorea que será incapaz de doblegar más de tu mundo sin un milagro. Haría falta un Alto Consejo unido, lo que sucederá más o menos cuando los thün se dediquen por entero a la agricultura y la poesía, y no antes, o un nutrido grupo de Túnicas Negras dispuesto a cumplir su voluntad. Esto último pasará más o menos un año después de lo otro, así que puedes ver que se encuentra en una posición política precaria. Los Señores de la Guerra que no logran llevar a buen término una guerra suelen caer en desgracia pronto. —Sonrió—. Por supuesto, nosotros los de la Asamblea estamos por encima de la política. —Su tono de voz recuperó la seriedad—. Debes enfrentarte a un hecho: puede que te vea

como una posible amenaza que influye en otros para que no lo ayuden, u oponiéndote a él de forma abierta por una enraizada simpatía hacia tu antigua patria. Estás protegido contra sus acciones directas, pero sigues pudiendo tener problemas con sus mascotas. Todavía algunos lo siguen ciegamente.

—La senda del poder es un camino de vueltas dentro de vueltas —citó Milamber.

Hochopepa sonrió, con expresión satisfecha en el rostro. Sus ojos parecieron brillar.

—Eso es tsurani. Aprendes rápido.

En las siguientes semanas, Milamber se fue adaptando a su nueva posición, aprendiendo las responsabilidades de su oficio. En más de una ocasión se apuntó, ocasionalmente con desconfianza, que había habido pocos que demostraran tanta capacidad tan pronto después de ponerse la túnica negra.

A pesar de todos los cambio en su existencia, Milamber descubrió que muchas cosas no habían cambiado. Con la práctica, descubrió que seguía teniendo unas reservas de poder en su interior a las que podía acudir en los momentos de tensión. Estudió cómo controlar este descontrolado aumento de energía, pero con poco éxito. También descubrió que era capaz de descartar los condicionamientos mentales que le habían impuesto durante el entrenamiento. Escogió no revelarle este hecho a nadie, ni siquiera a Hochopepa. Al reorganizar esos condicionamientos mentales también recuperó algo, un deseo casi abrumador de estar de nuevo con Katala. Dejó a un lado ese deseo, ir a ella enseguida y exigir su liberación por parte del señor de los Shinzawai, algo que estaba dentro de sus prerrogativas ahora que era un Grande. Dudaba por miedo a la reacción de los demás magos, y por miedo a que los sentimientos de ella hubieran cambiado. En vez de eso se sumergió en sus estudios. El tiempo que pasó en la Asamblea hizo salir a la superficie su verdadera identidad, como le habían dicho que sucedería. Esta identidad demostró ser la clave de su poco habitual dominio de la Senda Mayor. Era un ser de ambos mundos, mundos unidos por la gran fractura. Y mientras esos mundos permanecieran unidos, él extraería poder de ambos, el doble del poder disponible para cualquier otro Túnica Negra. Este conocimiento le desveló su nombre verdadero, ese nombre que no podía pronunciar, no fuera que alguien obtuviera poder sobre él. En la antigua lengua tsurani, que no se había usado desde los tiempos de la Huida, quería decir «Uno que está entre mundos».



## 5

### *Viaje*

Martin observaba. Hizo un gesto silencioso hacia sus compañeros y se escabulleron por el bosque fuera de la vista de los que se encontraban en el claro. Podían oír con claridad los gritos en el campamento tsurani mientras se daban las órdenes. Martin se agachó para que ningún indicio de movimiento delatara su presencia. Tras él se apresuraban Garret y el antiguo esclavo tsurani, Charles. En los seis años transcurridos desde el asedio de Crydee, Charles había estado a la altura de las expectativas de Martin, demostrando su lealtad y su valía una docena de veces. También se había convertido en un montaraz pasable, aunque nunca tendría la facilidad natural de Garret o Martin.

—Maestre de Caza, distingo muchos estandartes nuevos —susurró Charles.

—¿Dónde?

Charles señaló un punto cerca del extremo más alejado del campamento tsurani. Con la ayuda de los enanos que quedaban en las villas altas, Martin y sus dos compañeros habían efectuado la peligrosa subida de las Torres Grises, pasando con facilidad junto a los pocos centinelas tsurani que quedaban a lo largo del borde occidental del campamento, el flanco que pensaban que necesitaba menos vigilancia. Ahora estaban solo a unos pocos cientos de metros del campamento tsurani principal.

Garret dejó escapar un silbido casi inaudible.

—Este hombre tiene los ojos de un halcón. Yo apenas puedo ver esos estandartes.

—Solo es que yo sé lo que buscar —dijo Charles.

—¿Qué quieren decir esos estandartes? —preguntó Arcolargo.

—Malas noticias, Maestre de Caza. Esos son los estandartes de familias que eran leales al Partido de la Rueda Azul. Al menos cuando fui capturado. Han estado ausentes desde el asedio de Crydee. Esto sólo puede significar otro cambio en el equilibrio del Alto Consejo. —Estudió el rostro del Maestre de Caza—. Nos dice que la Alianza por la Guerra se ha restablecido. Y que la próxima primavera podemos esperar una ofensiva importante.

Martin hizo el gesto de volver a los bosques. Los árboles estaban completamente

cubiertos por los colores del otoño. Torbellinos de rojo, dorado y marrón. Moviéndose en silencio sobre las hojas caídas, encontraron abrigo en unos matorrales que rodeaban un antiguo roble y se arrodillaron tras ellos. Martin sacó un pequeño trozo de cecina y empezó a roerlo. La subida por las Torres Grises, incluso con la ayuda de los enanos, se había cobrado su peaje: todos estaban hambrientos, cansados y sucios.

—¿Dónde están las nuevas compañías de soldados? —preguntó Martin.

—No las traerán aquí durante el invierno. Pueden invernar en las afueras de la Ciudad de las Llanuras en Kelewan, pasándolo mejor en un clima más suave. Atravesarán la fractura justo antes del deshielo de primavera. Para cuando vuelva a florecer el jardín de la princesa Carline, estarán en marcha.

El sonido de un agudo chillido llegó desde el norte. La expresión de Charles cambió a una alarma controlada.

—¡Cho-ja! —miró a su alrededor y luego señaló hacia arriba.

Martin asintió e hizo un estribo con sus manos. Primero ayudó a subir al roble a Charles, y luego a Garret. Luego saltó, y ellos lo cogieron de las manos y lo izaron. Se movieron a las ramas más altas, y estaban inmóviles y con las armas desenvainadas cuando la patrulla de cho-ja apareció a la vista, pasando bajo el árbol. Seis de las criaturas se movían con paso regular; entonces el líder, marcado con un yelmo emplumado de manufactura tsurani, hizo un gesto para que se detuvieran. Se volvió hacia un lado y luego hacia otro, y dio algunas órdenes en su chillón idioma. Los otros cinco se dispersaron, y durante casi diez minutos los tres hombres en el árbol pudieron oírlos registrando la zona. Cuando volvieron, formaron rápidamente y reemprendieron la marcha. Una vez que Martin estuvo seguro de que estaban fuera del alcance auditivo, habló.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—Nos han olido. Mi olor habrá cambiado con toda la comida midkemia que he ingerido. Sabían que no éramos tsurani. A los cho-ja les cuesta mirar hacia arriba, así que raramente lo hacen —dijo Charles bajando del árbol.

—¿Qué hubiera pasado si alguno de tus antiguos paisanos hubiera ido con ellos? —preguntó Garret.

Charles se encogió de hombros.

—Los cho-ja habrían hablado tsurani. Su idioma es casi imposible de aprender, así que nadie lo intenta.

—¿Serán capaces de seguir nuestro rastro? —dijo Martin.

—No lo creo, pero... —Charles se interrumpió cuando llegaron fuertes ladridos desde el campamento tsurani—. ¡Perros!

—Pueden seguirnos el rastro. Vamos —dijo Martin, y emprendió una carrera de vuelta al antiguo sendero de las montañas, uno casi cubierto por la maleza que los

tsurani no habían descubierto, pero que el grupo de Martin había usado para entrar en el valle. Durante algunos momentos los tres hombres avanzaron por los bosques, escuchando tras ellos los ladridos. Entonces el sonido de los perros cambió, volviéndose aullidos y gimoteos.

—Han cogido el olor —dijo Garret.

Martin se limitó a asentir y apretar el paso. Corrieron durante otro minuto, con el sonido de los perros ganándoles terreno poco a poco, hasta que Martin se detuvo y agarró a Garret del brazo para que no se pasara corriendo. Haciendo una señal, cambió de dirección apartándose del sendero y condujo a los demás hasta un pequeño arroyo.

—Recordé haber oído esto cuando pasamos antes por aquí —dijo entrando en el agua. Los otros dos entraron también—. Así solo ganamos unos minutos. Rastrearán a favor y a contracorriente.

—¿Qué camino? —dijo Garret.

—A favor de la corriente —dijo Martin—. Primero rastrearán contracorriente, ya que ese es el camino de salida.

—Maestre de caza, hay otro camino —dijo Garret. Rápidamente se quitó la mochila y cogió de ella una bolsa de buen tamaño. Empezó a esparcir un polvo arriba y debajo de la orilla del arroyo.

Martin sintió que los ojos le lagrimeaban, y tuvo que soplar fuerte por la nariz para no estornudar.

—¡Pimienta!

—Megar el cocinero estará enfadado —dijo Garret—. Pero pensé que nos podía hacer falta. Los cho-ja y los perros no olerán nada más en horas si olfatean por aquí.

Martin asintió.

—¡Contracorriente!

Los tres hombres chapotearon por el agua, y luego pasaron a un ritmo más lento. Habían perdido de vista el sitio donde habían entrado al arroyo cuando el aullido de los perros fue sustituido por los estornudos. Se oyeron voces enfadadas, órdenes y respuestas frustradas. Charles se permitió una leve sonrisa mientras seguían avanzando por el agua.

Cuando encontraron una rama lo bastante baja sobre el arroyo, Martin ayudó a sus compañeros a encaramarse y subió tras ellos. Avanzaron por la rama del árbol hasta que encontraron otra rama de un roble cercano que estaba lo bastante próxima para saltar a ella.

Volvieron a tocar el suelo a unos doce metros de la orilla del arroyo. Martin miró a su alrededor para asegurarse de que no los habían visto y les hizo a los otros un gesto para que lo siguieran, de vuelta a las Torres Grises.

La brisa marina barría las murallas. Arutha bajó la mirada hasta la ciudad de Crydee y el mar que se extendía más allá. Parches de luz y sombra recorrían el paisaje a la vez que altas y esponjosas nubes pasaban volando por encima. Arutha observó el distante horizonte, recreándose en la vista del Mar Sin Fin sacudiéndose con la marejada, mientras el viento le traía el sonido de los trabajadores reconstruyendo otro edificio en la ciudad.

Otro otoño había llegado a Crydee, el octavo desde el inicio de la guerra. Arutha consideraba buena suerte que hubieran pasado otro verano y otra primavera sin ninguna ofensiva tsurani de importancia, y aun así sentía pocos motivos para la tranquilidad. Ya no era un muchacho primerizo en las tareas de mando, sino un soldado curtido. Con veintisiete años había visto más conflicto y había tomado más decisiones de las que la mayoría de los hombres del Reino verían en sus vidas. Con su buen juicio, sabía que los tsurani estaban ganando la guerra poco a poco.

Dejó que su mente divagara un poco, y luego se sacudió a sí mismo de su introspección. Aunque ya no era un muchacho retraído, seguía tendiendo a dejar que el ensimismamiento se apoderara de él. Había llegado a la conclusión de que era mejor mantenerse ocupado y evitar esos pasatiempos inútiles.

—Es un otoño corto.

Arutha miró a su izquierda y se encontró con Roland de pie junto a él. El escudero había cogido al príncipe perdido en sus pensamientos y se había acercado sin que se diera cuenta. Arutha se encontró irritado, y apartó ese sentimiento encogiéndose de hombros.

—Y lo seguirá un invierno corto, Roland —dijo—. Y en la primavera...

—¿Qué noticias hay de Arcolargo?

Arutha cerró la mano en un puño y golpeó suavemente las piedras del muro, un gesto controlado que era clara muestra de su frustración.

—Me he arrepentido de que se fuera cien veces. De los tres, solo Garret tiene algún sentido de la precaución. Ese Charles es un loco tsurani consumido por el honor, y Arcolargo es...

—Arcolargo —acabó Roland.

—Nunca me he encontrado con un hombre que revele tan poco de sí mismo, Roland. Incluso si llego a vivir tanto como un elfo, no creo que nunca llegue a comprender qué lo hace ser como es.

Roland se apoyó en las frías piedras del muro.

—¿Crees que están bien? —dijo.

Arutha devolvió su atención al mar.

—Si hay un hombre en Crydee que pueda cruzar las montañas hasta el valle que controlan los tsurani y volver, ese es Martin. Aun así, sigo preocupándome.

Roland encontró sorprendente esta admisión. Al igual que Martin, Arutha no era

un hombre dado a expresar sus sentimientos. Sintiendo la profunda preocupación del príncipe, Roland cambió de tema.

—Tengo un mensaje de mi padre, Arutha.

—Me dijeron que había un mensaje privado entre los despachos de Tulan.

—Entonces sabes que mi padre me ha pedido que vuelva a casa.

—Sí, siento lo de la pierna rota.

—Padre nunca fue un buen jinete. Es la segunda vez que se cae del caballo y se rompe algo. La última vez, cuando yo era pequeño, fue el brazo.

—Hace mucho tiempo que no vas a tu casa.

Roland se encogió de hombros.

—Con la guerra no sentía mucha necesidad de volver. La mayor parte de la lucha ha sido por aquí. Y además —añadió con una sonrisa de oreja a oreja—, hay otros motivos para quedarse.

—¿Se lo has dicho a Carline? —dijo Arutha compartiendo la sonrisa.

—Aún no. —Roland perdió la sonrisa—. Pensé esperar hasta haber conseguido un barco que fuera hacia el sur.

Al haber abandonado la Hermandad del Corazón Verde, el viaje por tierra hacia el sur era casi imposible, ya que los tsurani habían cortado la carretera hacia Carse y Tulan.

Un grito desde la torre les hizo darse la vuelta.

—¡Rastreadores acercándose!

Arutha entrecerró los ojos para protegerse del reflejo del sol en el distante mar, y pudo distinguir tres siluetas trotando cómodamente por la carretera.

—Arcolargo —dijo Arutha cuándo estuvieron lo bastante cerca para ser vistos con claridad. Había una nota de alivio en su voz.

Dejando la muralla, Arutha bajó los escalones hasta el patio de armas para esperar al Maestre de Caza y a sus hombres. Roland llegó a su lado al mismo tiempo que los tres hombres cubiertos de polvo entraban por el portón del castillo. Tanto Garret como Charles permanecieron en silencio mientras Martin hablaba.

—Saludos, Alteza.

—Saludos, Martin. ¿Qué noticias traes? —preguntó el príncipe.

Martin empezó a desgranar los hechos descubiertos en el campamento tsurani, y tras unos momentos, Arutha lo cortó.

—Más vale que guardes la saliva para el consejo, Martin. Roland, ve a por el padre Tully, el Maestre de Armas Fannon y Amos Trask, y llévalos a la cámara del consejo. —Roland se fue a toda prisa—. Charles y Garret también tienen que venir, Martin.

Garret miró de soslayo al antiguo esclavo tsurani, que se encogió de hombros. Ambos sabían que la ansiada comida caliente tendría que esperar un poco más, a conveniencia del príncipe.

Martin se sentó junto a Amos Trask, mientras que Charles y Garret permanecían de pie. El antiguo capitán de barco saludó a Martin con una inclinación de cabeza mientras Arutha sacaba su propia silla como tenía por costumbre, ignorando el protocolo cuando estaba con sus consejeros. Amos se había convertido en miembro extraoficial del consejo de Arutha desde el asedio del castillo, ya que era un hombre emprendedor con muchas habilidades inesperadas.

Fannon se sentó a la derecha de Arutha. Desde su herida se había conformado con aceptar a este como comandante de Crydee, y había enviado una nota personal a Lord Borric aconsejándole que lo confirmara. El duque había enviado contestación ratificando la transferencia del mando, y Fannon había vuelto a su antiguo papel de ayudante. El Maestre de Armas parecía satisfecho con la situación.

—Martin acaba de volver de una misión de especial importancia —dijo Arutha—. Martin, cuéntanos lo que has visto.

—Escalamos las Torres Grises y entramos en el valle donde los tsurani tienen su cuartel general —dijo Martin.

Fannon y Tully miraron sorprendidos al Maestre de Caza, mientras Amos Trask soltaba una carcajada.

—Despachas una pequeña saga en una sola frase —dijo el marino.

Martin ignoró el comentario.

—Creo que es mejor que Charles cuente lo que vimos —dijo.

La voz del antiguo esclavo tsurani tenía un matiz de preocupación.

—Según todos los indicios, el Señor de la Guerra lanzará una nueva gran ofensiva la próxima primavera.

Todos los que estaban en la habitación se quedaron sin palabras, excepto Fannon.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Había nuevos ejércitos en el campamento?

Charles negó con la cabeza.

—No, los nuevos soldados no llegarán hasta justo antes del deshielo de primavera. A mis antiguos compatriotas no les gusta demasiado este clima frío. Invernarán en mi antiguo mundo y atravesarán la fractura justo antes de la ofensiva.

Incluso habiendo pasado cinco años, Fannon seguía teniendo sus dudas acerca de la lealtad de Charles, aunque Arcolargo no tenía ninguna.

—¿Cómo, entonces, puedes estar seguro de que va a haber una ofensiva? —dijo el Maestre de Armas—. No ha habido ninguna desde el asalto a Elvandar de hace tres años.

—Hay nuevos estandartes en el campamento del Señor de la Guerra, Maestre de Armas, los estandartes de las casas que pertenecen al Partido de la Rueda Azul. Han estado ausentes durante seis años. Eso solo puede significar que ha habido otro cambio importante dentro del Alto Consejo. Se ha vuelto a formar la Alianza para la

Guerra.

De todos los que estaban en la habitación, solo Tully pareció comprender lo que Charles estaba diciendo. Había estudiado a los tsurani, aprendiendo todo lo que podía de los esclavos capturados.

—Más vale que te expliques, Charles —dijo Tully.

Charles se tomó unos momentos para organizar sus ideas antes de hablar.

—Hay que entender una cosa de mi antiguo hogar. Por encima de todo excepto del honor y la obediencia al Emperador, está el Alto Consejo. Las ganancias en el Alto Consejo son muy importantes, lo suficiente para arriesgar la vida. Más de una familia ha sido destruida por planes e intrigas dentro del Consejo. Nosotros los del Imperio nos referimos a esto como el «Juego del Consejo». Mi familia estaba bien situada dentro del clan Hunzan. Ni era lo bastante grande para que los enemigos de nuestro clan le prestaran atención ni tan pequeña para ser relegada a tareas menores. Tenemos el privilegio de saber mucho de los asuntos del Alto Consejo sin tener que preocuparnos demasiado por las decisiones que se tomaban. Nuestro clan era muy activo en el Partido del Progreso, puesto que había muchos estudiosos, maestros, sanadores, sacerdotes y artistas en nuestras familias. Entonces, durante algún tiempo el clan Hunzan abandonó el Partido del Progreso por motivos que solo los principales cabezas de familia saben, razones sobre las que yo sólo puedo especular. Mi clan se unió a los del Partido de la Rueda Azul, uno de los más antiguos del Alto Consejo. Aunque no es tan poderoso como el Partido de la Guerra del Señor de la Guerra o los tradicionalistas del Partido Imperial, tiene mucho honor e influencia. Hace seis años, cuando yo vine aquí, el Partido de la Rueda Azul se había unido con el Partido de la Guerra para formar la Alianza para la Guerra. A las familias menores no nos dijeron por qué se había producido un cambio tan grande en nuestra alineación, pero había pocas dudas de que se debía al Juego del Consejo. Mi propia caída en desgracia y mi esclavitud fueron necesarias para asegurar que mi clan se mantuviera fuera de toda sospecha, hasta que llegara el momento apropiado para el movimiento que estuvieran planeando. Ahora está claro cuál era ese movimiento. Desde el asedio del castillo no he visto señales de ningún soldado de las familias del Partido de la Rueda Azul. Supuse que eso quería decir que la Alianza para la Guerra se había roto.

—¿Estás diciendo que esta guerra no es más que un aspecto de algún juego político dentro de ese Alto Consejo? —interrumpió Fannon.

—Maestre de Armas —dijo Charles—, sé que es difícil para un hombre de tan íntegra lealtad a su nación como usted comprender estas cosas. Pero es exactamente lo que estoy diciendo. Hay motivos, motivos tsurani, para esta guerra. Este mundo es rico en metales, metales que son muy valiosos en Kelewan. Además, nuestra historia es sangrienta, y todos los que no son de Tsuranuanni deben ser temidos y subyugados. Si fuimos capaces de encontrar este mundo, ¿no podrían ustedes en el

futuro encontrar el nuestro? Pero hay más. Es un modo de que el Señor de la Guerra gane mucha influencia en el Alto Consejo. Hemos combatido durante siglos contra la Confederación de Thuril, y cuando por fin nos obligaron a sentarnos a la mesa de negociación, el Partido de la Guerra perdió mucho poder dentro del Consejo. Esta guerra es una forma de recuperar ese poder. El Emperador muy raras veces da órdenes, dejando el poder en manos del Señor de la Guerra, pero el Señor de la Guerra sigue siendo señor de una familia, el Jefe de Guerra de un clan, y como tal siempre está buscando conseguir ventajas para su gente en el Juego del Consejo.

Tully parecía fascinado.

—¿Así que la unión del Partido de la Rueda Azul al del Señor de la Guerra, y su repentina retirada, no eran más que una treta en este juego político, una maniobra para conseguir alguna ventaja?

Charles sonrió.

—Es algo muy tsurani, buen padre. —Sonrió—. El Señor de la Guerra planeó su primera campaña con gran cuidado, y pasados tres años se encuentra sólo con la mitad de su ejército. Se encuentra cubriendo demasiado terreno e incapaz de llevarle al Emperador y al Alto Consejo noticias de victorias aplastantes. Pierde posición y prestigio en el juego.

—¡Increíble! —dijo Fannon—. Cientos de hombres muriendo solo por eso.

—Así es el Juego del Consejo, Maestro de Armas. El Señor de la Guerra Almecho es un hombre ambicioso. Hay que serlo para ser Señor de la Guerra. Tiene que confiar en otros hombres ambiciosos, muchos de los cuales intentarían apoderarse de su puesto si él flaqueara. Para mantener a esos hombres como aliados en vez de enemigos, a veces tiene que mirar para otro lado. Durante el primer año de la guerra, el segundo al mando del Señor de la Guerra, un hombre llamado Tasio del clan Minwanabi, ordenó atacar una de las guarniciones de LaMut. Además de ser segundo al mando de la campaña en este mundo, Tasio es primo del señor Jingu de los Minwanabi. La orden de atacar le fue entregada al señor Sezu de los Acoma, enemigo jurado de Jingu. Los soldados Acoma perecieron casi hasta el último hombre, incluyendo el Señor Sezu y su hijo. Tasio llegó demasiado tarde para salvar a los Acoma, pero a tiempo de conseguir una victoria para el Señor de la Guerra.

Los ojos de Fannon estaban desorbitados por la incredulidad.

—Esa es la traición más negra que he oído nunca.

—Y también es algo brillante, según los criterios de esa gente —dijo Arutha.

Charles asintió, mostrando acuerdo con la afirmación del príncipe.

—El Señor de la Guerra perdonó a Tasio por hacer que masacraran a uno de sus mejores comandantes y perder el ejército Acoma a cambio de una victoria y del apoyo reforzado de los Minwanabi. Cualquier señor al que no le fuera nada en el juego aplaudiría el movimiento como una jugada magistral, incluso los que admiraban al



Señor Sezu. Le consiguió muchos apoyos en el Consejo a Almecho y al Señor Jingu. Así que los oponentes políticos del Señor de la Guerra necesitaban algún modo de contrarrestar este creciente poder y crearon la situación que he descrito, haciendo que el Señor de la Guerra tuviera que cubrir demasiado terreno, dejándolo imposibilitado para continuar la guerra. Entonces, muchas familias de las que orbitaban alrededor del Partido de la Guerra serían atraídas hacia la Rueda Azul y sus partidarios por haber dado un golpe tan fuerte.

—Pero —dijo Arutha—, lo que nos importa es que esta Rueda Azul vuelve a estar aliada con el Señor de la Guerra, y que sus soldados se unirán a la guerra cuando llegue la primavera.

Charles miró a los que se encontraban en la cámara del consejo.

—No sabría decir por qué ha vuelto a haber un cambio de alianzas en el Consejo. Estoy demasiado apartado del Juego. Pero como ha dicho Su Alteza, lo que importa aquí en Crydee es saber que hasta diez mil soldados de refresco pueden venir contra uno de los frentes esta primavera.

Amos hizo una mueca de desagrado.

—Eso sería un golpe brutal, ciertamente.

Arutha desplegó media docena de pergaminos.

—A lo largo de los últimos meses, la mayor parte de nosotros hemos leído estos mensajes. —Miró a Tully y Fannon—. Habéis visto empezar a formarse un patrón. —Cogió uno de los pergaminos—. De padre: *Constantes incursiones y salidas tsurani mantienen a nuestros hombres en un estado de preocupación. Nuestra incapacidad de trabarnos con el enemigo le da un aspecto oscuro a todo lo que hacemos. Temo que nunca veremos el fin de esto.* Del Barón Bellamy: *Aumenta la actividad tsurani cerca de la guarnición de Jonril. Creo oportuno reforzar la posición este invierno, mientras los tsurani están normalmente inactivos, para no perderla la próxima primavera.* El escudero Roland supervisará un refuerzo conjunto de Carse y Tulan este invierno. —Varios de los que estaban en la habitación miraron a Roland, que estaba de pie junto a Arutha. El príncipe continuó—: De Lord Dulanic, Caballero-Mariscal de Krondor: *Aunque Su Alteza comparte vuestra preocupación, hay pocos indicios de la necesidad de alarmarse. A menos que puedan conseguirse datos que den credibilidad a los temores de posibles ofensivas futuras tsurani, he aconsejado al Príncipe de Krondor que rechace vuestra petición de envío de elementos de la guarnición krondoriana a la Costa Lejana.*

Arutha recorrió la habitación con la mirada.

»Ahora el patrón está claro. —Dejando los pergaminos, Arutha señaló al mapa que había clavado a la mesa—. Hemos desplegado todos los soldados disponibles. No nos atrevemos a sacar hombres del sur por miedo a que los tsurani avancen sobre Jonril. Con la guarnición reforzada, tendremos una situación estable por ahí durante algún tiempo. Si el enemigo atacase la guarnición, podríamos reforzarla desde Carse y

Tulan. Si el enemigo avanzara contra cualquiera de las dos plazas, dejaría Jonril a su retaguardia. Pero todo eso fracasará si sacamos tropas de esas guarniciones. Y padre está enzarzado en un frente amplio y no tiene hombres de reserva. —Miró a Charles—. ¿Dónde crees que será el ataque?

El antiguo esclavo tsurani miró el mapa, luego se encogió de hombros.

—Es difícil de decir, Alteza. Si la situación dependiera solo de criterios militares, el Señor de la Guerra debería atacar el frente más débil, hacia los elfos o hacia aquí. Pero pocas cosas de las que se hacen en el Imperio están libres de consideraciones políticas. —Estudió el despliegue de las tropas sobre el mapa antes de volver a hablar—. Si yo fuera el Señor de la Guerra, y necesitara una simple victoria para reforzar mi posición en el Alto Consejo, atacaría Crydee una vez más. Pero si yo fuera el Señor de la Guerra y mi posición en el Alto Consejo fuera precaria, y necesitara un golpe osado para recuperar el prestigio perdido, podría arriesgarme a una ofensiva total contra el contingente principal del Reino, los ejércitos bajo el mando del duque Borric. Aplastar al contingente principal del Reino le daría el predominio en el Consejo durante años.

Fannon se recostó en su silla y suspiró.

—Entonces nos enfrentamos a la posibilidad de otro asalto sobre Crydee esta primavera, sin poder disponer de refuerzos por miedo a que el ataque sea en otro sitio. —Señaló el mapa con un barrido de la mano—. Ahora nos enfrentamos al mismo problema que el duque. Todas nuestras fuerzas están desplegadas en el frente tsurani. Los únicos hombres que tenemos disponibles son los que están de permiso en las ciudades, solo una pequeña parte del total. No podemos mantener el ejército en el campo de forma indefinida, incluso Lord Borric y Lord Brucal pasan el invierno en LaMut con el conde, dejando pequeñas compañías para vigilar a los tsurani. —Agitó la mano en el aire—. Pero me estoy apartando de lo principal. Lo importante es notificarle enseguida a tu padre la posibilidad de un ataque, Arutha. Así, si los tsurani atacaran sus líneas, él habría vuelto pronto de LaMut y estaría en posición y listo. Incluso si los tsurani trajeran diez mil soldados de refresco, él podría llamar más soldados de las guarniciones circundantes en Yabon, otro par de miles.

—Dos mil contra diez mil parece una mala proporción, Maestre de Armas —dijo Amos.

Fannon se vio inclinado a estar de acuerdo.

—Hacemos lo que podemos. No hay garantía de que sea suficiente.

—Al menos serán soldados de caballería, Maestre de Armas —dijo Charles—. A mis antiguos camaradas no les gustan demasiado los caballos.

Fannon asintió.

—Pero aun así es un feo panorama.

—Hay una cosa —dijo Arutha sosteniendo un pergamino—. El mensaje de Lord

Dulanic decía que necesitaba datos para dar credibilidad a nuestra solicitud de ayuda. Creo que ahora tenemos suficientes datos para satisfacerlo.

—Tener aquí incluso una pequeña porción de la guarnición krondoriana nos daría fuerzas para resistir una ofensiva —dijo Fannon—. Con todo, ya está bien entrada la estación y el mensaje debería ser despachado enseguida.

—Bien cierto —dijo Amos—. Si se partiera esta tarde, apenas habría tiempo de cruzar los Estrechos de la Oscuridad antes de que el invierno los cerrase. En otras dos semanas iría muy justo.

—He pensado acerca del asunto —dijo Arutha—. Creo que hay suficiente necesidad para que me arriesgue a ir a Krondor.

Fannon se puso tieso en la silla.

—Pero eres el comandante del ejército del ducado, Arutha. No puedes abandonar esa responsabilidad.

Arutha sonrió.

—Puedo y lo haré. Sé que no tienes deseos de volver a asumir el mando, pero lo harás. Si tenemos que conseguir el apoyo de Erland, tengo que convencerlo yo mismo. Cuando Padre llevó por primera vez las noticias de los tsurani a Erland y al rey, aprendí las ventajas de hablar en persona. Erland es un hombre cauteloso y necesitaré toda la persuasión que pueda.

Amos resopló.

—Y, me disculpe su alteza ¿cómo planeáis llegar hasta Krondor? Entre aquí y las Ciudades Libres se encuentra la mayor parte de tres ejércitos tsurani, si os decidís a ir por tierra. Y en el muelle no hay más que un puñado de lugres que solo sirven para el cabotaje, y haría falta un barco de altura para un viaje por alta mar.

—Hay un barco de altura, Amos. El *Viento del Alba* sigue en el puerto.

Amos abrió la boca de la sorpresa.

—¿El *Viento del Alba*? —gritó incrédulo—. Aparte del hecho de que es poco más que un lugre, lo han varado para pasar el invierno. Oí a su capitán quejarse de que tiene la sobrequilla rota cuando el imbécil marinero de agua dulce entró a duras penas en el muelle hará un mes. Necesita reparaciones, que le inspeccionen la quilla y le cambien la sobrequilla. Sin reparaciones, la quilla será demasiado endeble para soportar el vapuleo de las tormentas invernales. Os iba a ir igual metiendo la cabeza en un barril de agua, me perdone su alteza. Os ibais a ahogar igualmente, pero ahorrándole un montón de problemas a otra gente.

Fannon parecía muy irritado ante las observaciones del marino, pero Tully, Martin, Roland y Arutha solo parecían divertidos.

—Cuando mandé fuera a Martin —dijo Arutha— pensé en la posibilidad de que hiciera falta un barco para Krondor. Ordené que lo repararan hace dos semanas. Ahora mismo hay un enjambre de carpinteros sobre él. —Le dirigió una mirada

interrogativa a Amos—. Por supuesto, me han dicho que no será un trabajo tan bueno como si le hubieran hecho un repaso general en el dique seco, pero servirá.

—Bueno, para ir y venir costeando con los suaves vientos de la primavera, quizá. Pero habláis de las tormentas invernales y de pasar por los Estrechos de la Oscuridad.

—Pues tendrá que servir —dijo Arutha—. Partiré en unos días. Alguien tiene que convencer a Erland de que necesitamos ayuda, y tengo que ser yo.

Amos se negaba a dar la cuestión por zanjada.

—¿Y Osear Danteen ha accedido a capitanear la nave a través de los estrechos para vos?

—Todavía no le he dicho nuestro destino —dijo Arutha.

Amos sacudió la cabeza.

—Como pensaba. Ese hombre tiene el corazón de un tiburón, como quien dice ninguno, y el valor de una medusa, que también es ninguno. Tan pronto como deis la orden os cortará el pescuezo, os tirará por la borda, pasará el invierno con los piratas de las Islas del Crepúsculo y en cuanto llegue la primavera irá directo a las Ciudades Libres. Entonces hará que algún escribano natales redacte un mensaje muy florido y apenado para vuestro padre, describiendo vuestro valor antes de que cayerais por la borda en alta mar luchando contra los piratas. Luego se pasará un año bebiéndose el oro que le habéis dado por el pasaje.

—Pero he comprado el barco. Ahora soy el armador —dijo Arutha.

—Dueño o no —dijo Amos—, príncipe o no, a bordo de un barco solo hay un amo, el capitán. Él es rey y sumo sacerdote, y ningún hombre le dice lo que hay que hacer, excepto cuando hay a bordo un práctico del puerto, y entonces solo con mucha educación. No, Alteza, no sobreviviréis a este viaje con Osear Danteen en el puente.

Pequeñas arrugas de diversión empezaron a formarse en el rabillo de los ojos de Arutha.

—¿Tiene usted alguna sugerencia, capitán?

Amos suspiró y se hundió en su silla.

—Me habéis echado el anzuelo. Tan solo falta sacarme las tripas y limpiarme. Mandad decir a Danteen que evacué el camarote del capitán y despida a la tripulación. Me encargaré de conseguir una tripulación de recambio para esa banda de maleantes, aunque en esta parte del año solo quedan en el puerto borrachos y niños. Y por el amor de los dioses, no mencionéis a nadie a dónde vamos. Con que uno solo de esos sinvergüenzas empapados de alcohol se entere de que pensáis arriesgaros con los Estrechos de la Oscuridad tan avanzada la estación, tendréis que movilizar a la guarnición para que peine los bosques en busca de desertores.

—Muy bien —dijo Arutha—. Dejo los preparativos a tu cargo. Partiremos tan pronto como consideres que el barco está preparado. —Se dirigió hacia Arcolargo—. Quiero que tú también vengas, Maestro de Caza.

Arcolargo pareció un tanto sorprendido.

—¿Yo, Alteza?

—Quiero testigos oculares para Lord Dulanic y el Príncipe.

Martin puso gesto de desagrado.

—Nunca he estado en Kronдор, Alteza —dijo a pesar de todo tras unos instantes, con su sonrisa torcida—. Puede que no vuelva a tener la oportunidad.

La voz de Amos Trask se elevaba por encima del gemido del viento. Las rachas que venían del mar llevaban sus palabras a un muchacho de aspecto confundido que había en cubierta.

—No, lerdo marinero de agua dulce, no tenses tanto las escotas. Van a sonar como las cuerdas de un laúd. Ellas no empujan el barco, lo hace el mástil. Los cabos ayudan cuando el viento cambia de dirección. —Observó cómo el muchacho ajustaba las escotas—. Así es, no, demasiado sueltas. —Maldijo en voz alta—. ¡Ahora lo tienes!

Tenía aspecto disgustado cuando Arutha subió por la pasarela.

»Hijos de pescadores que quieren ser marinos. Y borrachos. Y algunos de los maleantes de Danteen que tuve que volver a contratar. Menuda tripulación, Alteza.

—¿Servirán?

—Más les vale servir, o se las verán conmigo. —Observó con ojo crítico como los marineros reptaban vergas arriba, comprobando cada nudo y cada ajuste, cada cabo y cada escota—. Necesitamos treinta buenos hombres. Puedo contar con ocho. ¿Y el resto? Quiero atracar en Carse y Tulan en nuestro camino al sur. Quizá así podamos sustituir a los chicos y a los hombres de menos confianza con marineros experimentados.

—¿Y qué pasará con el retraso al llegar a los estrechos?

—Si estuviéramos allí hoy, podríamos lograrlo. Para cuando lleguemos allí, una tripulación de confianza será más importante que llegar con una semana de antelación. La estación estará en su apogeo. —Estudió a Arutha—. ¿Sabéis por qué ese paso se llama los Estrechos de la Oscuridad?

Arutha se encogió de hombros.

»No son simples supersticiones de marinero. Es una descripción de lo que encontraréis allí. —Tenía la mirada perdida—. Podría hablaros de las diferentes corrientes del Mar Sin Fin y el Mar Amargo que se juntan allí, o de las cambiantes y enloquecidas mareas invernales cuando todas las lunas están en su peor fase en el firmamento, o de cómo soplan los vientos del norte, trayendo unas nevadas tan densas que no puede verse la cubierta desde el puente. Pero... no hay palabras para describir los estrechos en invierno. Son uno, dos, tres días navegando a ciegas. Y si el viento no te empuja de vuelta al Mar Sin Fin, te empuja contra las rocas del sur. O no hay viento y la niebla lo empaña todo mientras las corrientes te hacen dar vueltas.

—No pinta usted un buen panorama, capitán —dijo Arutha con una lúgubre sonrisa.

—Solo la verdad. Sois un joven con una astucia práctica y una sangre fría poco común, Alteza. Os he visto resistir donde muchos hombres más experimentados hubieran salido corriendo. No estoy intentando asustaros. Simplemente quiero que comprendáis lo que os proponéis hacer. Si hay alguien que pueda atravesar los estrechos en invierno sobre esta bañera, ese es Amos Trask, y no es ninguna bravuconada. Ya antes he aprovechado tanto la estación que apenas se distinguía el otoño del invierno o el invierno de la primavera. Pero también os digo esto: despedíos de vuestra hermana y escribid a vuestro padre y vuestro hermano, y dejad en orden vuestro testamento.

—Ya he escrito las cartas y el testamento —dijo Arutha sin cambiar de expresión—, y Carline y yo cenamos en privado esta noche.

Amos asintió.

—Partiremos con la marea de la mañana. Este barco es un lugre mal aparejado con el maderamen malo y podrido, Alteza, pero lo logrará aunque yo mismo tenga que cogerlo en brazos y llevarlo.

Arutha se fue, y cuando se hubo perdido de vista, Amos volvió su atención al cielo.

—Aston —invocó al dios de la justicia—. Es cierto que soy un pecador. Pero si tenías que impartir justicia, ¿tenía que ser así?

Carline paseaba por el jardín, y las flores marchitas reflejaban su propia melancolía. Roland la observaba desde cierta distancia, intentando encontrar palabras para reconfortarla.

—Algún día seré barón de Tulan —dijo finalmente—. Hace nueve años desde que estuve por última vez en mi casa. Debo bajar por la costa con Arutha.

—Lo sé —susurró ella.

Él vio la resignación en el rostro de ella y se acercó para abrazarla.

—Algún día tú serás baronesa también.

Ella lo abrazó fuertemente, y luego se separó de él, obligándose a hablar en tono alegre.

—Después de todos estos años, habría cabido pensar que tu padre había aprendido a valerse sin ti.

Él sonrió.

—Tendría que haber pasado el invierno en Jonril con el barón Bellamy, supervisando la ampliación de la guarnición. Yo iré en su lugar. Todos mis hermanos son demasiado jóvenes. Con los tsurani atrincherados durante el invierno, es nuestra única oportunidad de agrandar el fuerte.

—Al menos no tendré que preocuparme de que rompas los corazones de las damas de la corte de tu padre —dijo ella con forzado buen humor.

Él se rio.

—Hay pocas posibilidades de eso. Ya se están reuniendo los suministros y los hombres, y las barcas están listas para remontar el río Wyndermee. Cuando Amos me deje en tierra en Tulan, pasaré uno o dos días en casa, no más, y luego partiré. Será un largo invierno en Jonril sin más compañía que soldados y un puñado de granjeros en ese fuerte olvidado de la mano de los dioses.

Carline se tapó la boca al mismo tiempo que soltaba una risita.

—Espero que tu padre no descubra que has perdido su baronía jugando con los soldados cuando llegue la primavera.

Roland le sonrió.

—Te voy a echar de menos.

Carline le cogió las manos.

—Y yo a ti.

Estuvieron algún tiempo en silencio. De repente, la fachada de valentía de Carline se quebró y se echó en brazos de él.

—No dejes que te pase nada. No podría soportar perderte.

—Lo sé —dijo él dulcemente—. Pero tienes que seguir poniendo un rostro valiente para los demás. Fannon necesitará tu ayuda para dirigir la corte, y tú serás responsable de toda la casa. Eres la señora de Crydee, y mucha gente dependerá de tu guía.

Observaron los estandartes de las murallas ondeando al viento vespertino. El aire era frío, y él envolvió a ambos en su capa.

—Vuelve a mí, Roland —dijo ella temblando.

—Volveré, Carline —dijo él en voz baja. Trató de sacudirse una sensación fría, gélida, que había brotado en su interior, pero no pudo.

Estaban de pie en el muelle, en la oscuridad de la mañana antes del amanecer. Arutha y Roland esperaban junto a la pasarela.

—Cuida de todo, Maestre de Armas —dijo Arutha.

Fannon estaba con la mano en la espada, aún orgulloso y erguido a pesar del paso de los años.

—Lo haré, Alteza.

—Y cuando Gardan y Algon vuelvan de patrulla, ordénales que cuiden de ti —dijo Arutha con una leve sonrisa.

Los ojos de Fannon relampagueaban cuando disparó la respuesta.

—Cachorro insolente. Yo puedo con cualquier hombre de este castillo, salvo con tu padre. Baja de la pasarela y desenvaina tu espada, y te mostraré por qué llevo

todavía la insignia de Maestre de Armas.

Arutha levantó sus manos en burlona súplica.

—Fannon, me alegro de ver esa vitalidad de nuevo. Crydee está bien protegida por su Maestre de Armas.

Fannon dio un paso al frente y puso la mano sobre el hombro de Arutha.

—Cuídate, Arutha. Siempre fuiste mi mejor estudiante. Odiaría perderte.

Arutha sonrió cariñosamente a su antiguo maestro.

—Gracias, Fannon. —Entonces su actitud se hizo más irónica—. Yo también odiaría perderme. Volveré, y traeré conmigo a los soldados de Erland.

Arutha y Roland subieron la pasarela a grandes zancadas, mientras los que estaban en el muelle decían adiós con la mano. Martin Arcolargo esperaba en la borda, observando cómo se retiraba la pasarela y los hombres que estaban en el muelle soltaban las amarras. Amos Trask gritó unas órdenes y se largaron velas. Lentamente, la nave se alejó del embarcadero hasta la rada. Arutha observaba en silencio, con Roland y Martin a su lado, mientras el muelle quedaba atrás.

—Me alegro de que la princesa decidiera no venir —dijo Roland—. Otro adiós hubiera sido más de lo que puedo soportar.

—Lo entiendo —dijo Arutha—. Le importas mucho, escudero, aunque no logro ver el porqué. —Roland miró para ver si el príncipe estaba bromeando, y se encontró a Arutha sonriendo levemente—. No te lo había dicho. Pero como puede que pasemos algún tiempo sin vernos después de que nos dejes en Tulan, deberías saber que cuando llegue la oportunidad de que hables con Padre, yo hablaré en tu favor.

—Gracias, Arutha.

La ciudad desapareció en la oscuridad, sustituida por el espigón que conducía al faro. El falso amanecer perforó un poco las tinieblas, haciendo que todo adquiriera tonalidades grises y negras. Luego, tras algún tiempo, la enorme silueta erguida de las Rocas Guardianas apareció por estribor. Amos dio una orden al timón y viraron hacia el suroeste, largando más velas para aprovechar el viento al máximo. El barco fue cogiendo velocidad, y Arutha pudo oír a las gaviotas graznando sobre ellos. De repente se dio cuenta de que ahora estaban fuera de Crydee. Se sintió helado y se acurrucó en su capa.

Arutha se encontraba en el puente, con la espada dispuesta, Martin a su lado, con una flecha en el arco. Amos Trask y su primer oficial, Vasco, también tenían armas desenvainadas. Seis marineros de aspecto enfadado estaban reunidos en cubierta, mientras el resto de la tripulación observaba el enfrentamiento.

—Nos ha mentado, capitán —gritó un marinero desde la cubierta—. No hemos vuelto hacia el norte, a Crydee, como dijo en Tulan. A menos que quiera que vayamos a Elarial en Kesh no hay nada al sur salvo los estrechos. ¿Quiere atravesar los



Estrechos de la Oscuridad?

—Maldito seas, hombre —rugió Amos—. ¿Cuestionas mis órdenes?

—Sí, capitán. La tradición mantiene que no hay obligación ninguna entre tripulación y capitán de atravesar los estrechos en invierno, salvo de común acuerdo. Nos ha mentado, y no tenemos obligación de navegar con usted.

—Un maldito abogado marino —oyó Arutha murmurar a Amos antes de dirigirse al marino—. Muy bien.

Amos le entregó su sable a Vasco. Bajó la escalerilla hasta la cubierta principal y se acercó al marinero con una sonrisa en la cara.

—Mirad, chavales —empezó a decir mientras se acercaba a los seis marineros recalcitrantes, todos los cuales empuñaban cabillas o pasadores—, seré honesto con vosotros. El príncipe tiene que llegar a Krondor, o cuando llegue la primavera se va a armar la gorda. Los tsurani están reuniendo un gran contingente que puede caer sobre Crydee. —Puso la mano en el hombro del portavoz de los marinos—. Así que esto es lo que hay: debemos navegar hasta Krondor. —Con un súbito movimiento Amos rodeó el cuello del hombre con el brazo. Corrió hasta la borda y tiró al indefenso marinero por ella—. ¡Si no quieres venir —gritó—, puedes volver nadando a Tulan!

Otro marinero empezó a avanzar hacia Amos, cuando una flecha se clavó en la cubierta a sus pies. Levantó la mirada y vio a Martin apuntándole.

—Yo no lo haría —dijo el Maestre de Caza.

El hombre soltó el pasador y dio un paso atrás. Amos se dio la vuelta para encararse con los marineros.

—Para cuando yo llegue al puente, más os vale estar en la arboladura, o haberos tirado por la borda, me da igual. Cualquiera que no trabaje será ahorcado como el perro amotinado que es.

Mientras Amos volvía al puente, se podían oír los débiles gritos de auxilio del hombre en el agua.

—Échale un cabo a ese imbécil —le dijo Amos a Vasco—, y si no desiste vuelve a tirarlo por la borda. ¡A toda vela! —gritó—. ¡Hacia los Estrechos de la Oscuridad!

Arutha se limpió el agua marina de los ojos y se aferró al cabo con todas sus fuerzas. Otra ola se estrelló contra el costado del navío y volvió a cegarlos. Unas fuertes manos lo agarraron por detrás, y en la oscuridad pudo oír la voz de Martin.

—¿Estáis bien?

—Sí —gritó él escupiendo agua, y siguió abriéndose paso hasta el puente con Martin pisándole los talones.

El *Viento del Alba* cabeceaba y se balanceaba bajo sus pies, y se resbaló dos veces antes de llegar a la escalerilla. El barco entero había sido cubierto de cabos de

seguridad, puesto que con el mar tan encrespado era imposible mantener el equilibrio sin algo a lo que agarrarse.

Arutha subió la escalera hasta el puente y trastabilló tanto como anduvo hasta Amos Trask. El capitán esperaba junto al timonel, prestando su peso para mover el timón cuando era necesario. Estaba de pie como si hubiera echado raíces en el puente, con los pies separados, cargando el peso sobre una pierna u otra con cada movimiento de la nave, sus ojos fijos en las tinieblas que había sobre ellos. Observaba, escuchaba, con los cinco sentidos sintonizados con el ritmo de la nave. Arutha sabía que llevaba dos días y una noche, junto con la mayor parte de esta otra, sin dormir.

—¿Cuánto falta? —gritó Arutha.

—Uno, dos días. ¿Quién puede decirlo?

Arriba sonó un crujido como cuando el hielo se quebraba en primavera en el río Crydee.

—¡Todo a babor! —gritó Amos, dejando caer su peso sobre el timón. Cuando el barco cambió de rumbo, le gritó a Arutha—: ¡Otro día con estos condenados vientos vapuleando el barco, y tendremos suerte si podemos darnos la vuelta y volver corriendo a Tulan!

Hacía nueve días que habían partido de Tulan, y los tres últimos los habían pasado en la tormenta. La nave había sido aporreada sin descanso por las olas y el viento, y Amos había estado en la bodega tres veces, inspeccionando las reparaciones en la sobrequilla. Amos suponía que estaban al oeste de los estrechos, pero no podía estar seguro hasta que pasara la tormenta. Otra ola golpeó al barco, que tembló.

—¡Un claro! —llegó la voz de arriba.

—¿Por dónde? —gritó Amos.

—¡Por estribor!

—¡Vira! —ordenó Amos, y el timonel se dejó caer sobre el timón.

Arutha forzó la vista a través de las molestas salpicaduras de salitre y vio un débil resplandor que pareció balancearse a un lado y a otro, hasta que quedó frente a la proa. Entonces se fue agrandando a medida que se dirigían hacia fuera de la tormenta. Como si estuvieran saliendo de una habitación a oscuras, pasaron de las tinieblas a la luz. Los cielos parecieron abrirse sobre ellos y pudieron ver el cielo gris. Las olas seguían siendo fuertes, pero Arutha sintió que por fin había cambiado el tiempo. Volvió la cabeza por encima del hombro y vio la masa negra de la tormenta que se alejaba de ellos.

El oleaje perdía fuerza por momentos, y tras el tremendo clamor de la tormenta, parecía que el mar estaba en silencio. El cielo se iluminaba rápidamente.

—Es por la mañana —dijo Amos—. Tengo que haber perdido la noción del tiempo. Pensé que todavía era de noche.

Arutha observó cómo la tormenta se alejaba, y pudo verla claramente perfilada

contra el gris más claro del cielo. El gris pronto se convirtió en gris pizarra y luego en azul grisáceo, a medida que la luz solar fue atravesando las nubes. Arutha observó el espectáculo durante la mayor parte de una hora, mientras Amos iba dando órdenes a sus hombres, mandando al turno de noche abajo y haciendo salir al turno de día.

La tormenta se fue hacia el este, dejando tras de sí la mar arbolada. El tiempo pareció congelarse mientras Arutha contemplaba impresionado la escena en el horizonte. Una parte de la tormenta parecía haberse detenido entre unos distantes dedos de roca. Grandes remolinos de agua giraban dentro de los límites del estrecho paso que había a lo lejos. Era como si una fuerza sobrenatural hubiera atrapado una masa de nubarrones negros dentro de esa zona.

—Los Estrechos de la Oscuridad —dijo Amos Trask junto a su hombro.

—¿Cuándo los cruzaremos? —preguntó Arutha en voz baja.

—Ahora —respondió Amos dándose la vuelta y empezando a gritar—. ¡Turno de día, alerta! ¡Turno medio, preparado! ¡Timonel, rumbo este!

Los hombres se apresuraron por la arboladura, mientras que de abajo salían más, todavía ojerosos y mostrando más bien poco beneficio de las pocas horas de sueño de las que habían disfrutado desde su última guardia. Arutha se quitó la capucha de la capa y sintió el frío aguijón del viento contra su pelo mojado. Amos lo cogió por el hombro.

—Podríamos esperar semanas y no volver a tener el viento a favor. Esa tormenta ha sido una bendición disfrazada, porque nos va a ayudar a pasar.

Arutha observó fascinado cómo se dirigían hacia los estrechos. Alguna rareza del clima y las corrientes había creado las condiciones que mantenían a los estrechos en una penumbra envuelta en agua durante todo el invierno. Cuando había buen tiempo los estrechos eran un paso difícil, porque aunque parecían ser amplios en casi todo su recorrido, había rocas peligrosas ocultas justo bajo la superficie del agua en muchos puntos críticos. Se consideraba que con mal tiempo eran impracticables para la mayoría de los capitanes. Cortinas de agua o ráfagas de nieve venían desde las Torres Grises y trataban de caer, solo para ser atrapadas por rachas de viento y volver a ser proyectadas hacia arriba, para tratar de caer de nuevo. Se formaban de manera súbita trombas marinas que giraban como locas durante minutos, para disolverse en cegadores estallidos de agua. Caían rayos seguidos del retumbar del trueno a la vez que se desataba toda la furia de dos frentes meteorológicos. Corrientes de dos mares se encontraban y se entrecruzaban, creando bruscos cambios que podían hacer que un barco diera la vuelta inesperadamente.

—La marea está alta —chilló Amos—. Eso está bien. Tendremos más espacio para maniobrar entre las rocas y podremos cruzar o ser hechos pedazos enseguida. Si el viento se mantiene, pasaremos antes de que acabe el día.

—¿Y qué pasará si cambia el viento?

—Más vale ni pensarlo.

Avanzaron a la carrera, atacando el borde de la zona de tiempo revuelto dentro de los estrechos. La nave tembló como si se resistiera a enfrentarse al mal tiempo de nuevo. Arutha se agarró con fuerza a la barandilla cuando la nave empezó a balancearse a un lado y a otro. Amos fue abriendo camino, evitando las repentinas corrientes laterales, manteniendo el barco al oeste de la tormenta que acababa de pasar.

La luz desapareció. La nave quedó iluminada solo por la luz trémula de los fanales, que lanzaban titilantes dardos contra la penumbra. De todas direcciones llegaba el distante retumbar de las olas contra las rocas, confundiendo los sentidos.

—Nos mantendremos por el centro del paso —le gritó Amos a Arutha—. Si nos vamos hacia un lado u otro, o nos damos la vuelta, destrozaremos el casco contra las rocas.

Arutha asintió mientras el capitán gritaba las órdenes a su tripulación, luego se abrió paso hasta la barandilla delantera del puente y gritó el nombre de Martin. El Maestro de Caza respondió desde la cubierta principal que estaba bien, aunque empapado. Arutha se aferró a la barandilla mientras el barco cabeceaba y empezaba a remontar la cresta de una ola. La nave fue hacia arriba durante lo que parecieron minutos, subiendo y subiendo. De repente, el agua cubría la proa y volvían a bajar. La barandilla se convirtió en su único punto de contacto con un mundo que daba vueltas entre un caos húmedo y frío. Las manos de Arutha le dolían del esfuerzo de aferrarse.

Pasaron horas entre una furiosa cacofonía, mientras Amos daba órdenes a su tripulación para que se enfrentaran a cada nuevo desafío del viento y las mareas. Ocasionalmente la oscuridad era perforada por el cegador destello del relámpago, que resaltaba cada detalle y dejaba deslumbrantes reflejos en la oscuridad.

En un repentino vaivén, el barco pareció echarse a un lado y Arutha sintió que se le iban los pies al escorar la nave. Se agarró a la barandilla con todas sus fuerzas y sus oídos quedaron ensordecidos por un monstruoso crujido. El barco se enderezó y Arutha se levantó y vio, a la trémula luz de los fanales, el timón moviéndose a un lado y a otro y al timonel tumbado sobre el puente, con el rostro oscurecido por la sangre que salía de su boca abierta. Amos se estaba poniendo de pie desesperadamente, alargando los brazos hacia el timón desbocado. Arriesgándose a romperse las costillas al aferrarlo, luchó desesperadamente por retenerlo y volver a poner el barco bajo control.

Arutha fue a duras penas hasta el timón y dejó caer su peso sobre él. Un largo y grave crujido llegó desde estribor, y el barco tembló.

—¡Vira, perra sin madre! —gritó Amos esforzándose contra el timón, reuniendo las fuerzas que le quedaban.

Arutha sintió protestar sus músculos de dolor al tensarlos para hacer fuerza sobre

un timón que parecía inmóvil. Lentamente se movió, primero unos centímetros, luego algunos más. El crujido subía de volumen, hasta que a Arutha le retumbaron los oídos.

Súbitamente el timón volvió a estar libre. Arutha perdió el equilibrio y salió despedido por el puente. Se golpeó contra el maderamen y cayó sobre la superficie mojada, jadeando cuando el aire escapó de sus pulmones. Una ola lo empapó y lo hizo toser, escupiendo una bocanada de agua marina. Se levantó aturdido y volvió a duras penas hacia el timón.

Bajo la tenue luz, el rostro de Amos Trask estaba pálido de cansancio, pero tenía una expresión enloquecida, con los ojos desorbitados, y se estaba riendo.

—Por un momento pensé que habíais caído por la borda.

Arutha se dejó caer sobre el timón y juntos lo obligaron a moverse de nuevo. La risa enloquecida de Amos volvió a resonar.

—¿Qué es tan condenadamente divertido?

—¡Mirad!

Jadeando, Arutha miró hacia dónde Amos le indicaba. En la oscuridad vio unas siluetas inmensas que se alzaban junto a la nave. Formas más oscuras recortadas sobre la oscuridad.

—¡Estamos pasando las Grandes Rocas del Sur! —chilló Amos—. ¡Tirad, príncipe de Crydee! ¡Tirad si queréis volver a ver tierra firme en vuestra vida!

Arutha tiró del timón, obligando a la reacia nave a apartarse del terrible abrazo de las rocas que había a solo unos metros. De nuevo sintieron temblar al barco y les llegó otro grave crujido desde abajo. Amos dio un alarido de alegría.

—Si esta balsa tiene fondo cuando acabemos, estaré asombrado.

Arutha sintió una puñalada de pánico que le hizo un nudo en el estómago, seguida de inmediato de una extraña excitación. Se encontró sumido en una sensación inexplicable, casi alegre, mientras trataba de mantener el barco en su rumbo. Oyó un extraño sonido entre la cacofonía y descubrió que estaba riendo con Amos, riéndose de la furia que estallaba a su alrededor. No quedaba nada que temer. Lo superaría, o no. Ahora no importaba. Todo lo que podía hacer era entregarse a una tarea, mantener al barco alejándose de las afiladas rocas. Cada fibra de su ser reía de puro miedo, de alegría al verse reducido a ese bajo nivel de existencia, ese ser atávico. No había nada salvo la necesidad de hacer aquello, de lo que todo dependía.

Arutha llegó a un nuevo nivel de consciencia. Los segundos, los minutos, las horas perdieron todo su sentido. Forcejeaba junto con Amos para mantener el barco bajo control, pero sus sentidos registraban todo cuanto lo rodeaba con minucioso detalle. Podía sentir la textura de la madera a través del cuero mojado de sus guantes. La tela de los calcetines se le metía entre los dedos dentro de sus botas empapadas. El viento olía a sal y a brea, a gorros de lana mojados y a lona empapada por la lluvia. Podía oír

con claridad cada gruñido de los maderos, cada golpe de la cuerda contra la madera y cada grito de los hombres arriba. Sentía en su rostro el viento y el frío de la nieve que se derretía y el agua de mar, y reía. Nunca se había sentido tan cerca de la muerte, y nunca se había sentido tan vivo. Los músculos se tensaban y él se enfrentaba a fuerzas primordiales y formidables. Siguieron adelante, adentrándose más y más en la locura de los Estrechos de la Oscuridad.

Arutha oía a Amos gritando órdenes, orquestando el movimiento de cada hombre segundo a segundo. Manejaba su barco como un músico toca el laúd, sintiendo cada vibración y cada sonido, tratando de conseguir esa armonía de movimiento que mantenía al *Viento del Alba* avanzando con seguridad por mares peligrosos. La tripulación respondía al instante a cada una de sus demandas, arriesgándose a la muerte en la traicionera arboladura, porque sabían que el paso seguro dependía solamente de su habilidad.

Entonces acabó. Un momento estaban luchando con fuerza enloquecida para dejar atrás las rocas y atravesar la furia de los estrechos, y al siguiente estaban avanzando bajo una brisa fuerte con la oscuridad tras ellos.

Al frente el cielo estaba encapotado, pero la tormenta que había estado sobre ellos durante días era una penumbra lejana sobre el horizonte oriental. Arutha se miró las manos, como si fueran cosas separadas de su cuerpo, y les ordenó que soltaran el timón. Unos marineros lo recogieron cuando cayó al suelo y lo bajaron a cubierta. Durante un tiempo la cabeza le dio vueltas, y entonces vio a Amos sentado a poca distancia, mientras Vasco se hacía cargo del timón. El rostro de Amos seguía reflejando alegría.

—Lo logramos, chico, estamos en el Mar Amargo.

Arutha miró a su alrededor.

—¿Y por qué está tan oscuro?

Amos rio.

—Ya casi es la puesta de sol. Hemos estado en ese timón durante horas.

Arutha también empezó a reírse. Nunca había tenido tal sensación de triunfo. Se rio hasta que le corrieron por la cara lágrimas de cansancio y le dolieron los costados.

Amos llegó a gatas a su lado.

—Ya sabes lo que significa reírse en el rostro de la muerte, Arutha. Nunca volverás a ser el mismo hombre.

Arutha respiró hondo.

—Por un momento pensé que te habías vuelto loco.

Amos cogió un odre de vino que le ofrecía un marinero y dio un buen trago. Se lo pasó a Arutha.

—Sí, igual que tú. Esto es algo que solo unos pocos llegan a conocer en vida. Es una visión de algo tan claro, tan cierto que solo puede ser una locura. Ves lo que vale

la vida y lo que significa la muerte.

Arutha levantó la vista al marinero que estaba junto a ellos y vio que era el hombre que Amos había tirado por la borda para descabezar el motín. Vasco observaba al hombre con el ceño fruncido, pero el hombre no se movía. Amos levantó la vista.

—Capitán —dijo el hombre—, solo quería decirle que yo estaba equivocado. Llevo trece años de marinero, y me habría apostado el alma con Lims-Kragma a que ningún capitán podría conducir un barco como este a través de los estrechos. —Bajó los ojos—. Me dejaría azotar voluntariamente por lo que hice, Capitán, pero después navegaría hasta los Siete Infiernos Inferiores con usted, igual que cualquiera de los hombres que hay aquí.

Arutha miró a su alrededor y vio como el resto de los marineros se estaban reuniendo en cubierta, o miraban desde la arboladura. Se oían gritos de «Sí, capitán» y «Dice la verdad».

Amos se puso en pie, agarrándose a la borda porque le temblaban un poco las piernas. Recorrió con la mirada a los hombres que había reunidos a su alrededor.

—¡Turno de noche arriba! —gritó—. ¡Turno de día y turno medio abajo! —Se volvió hacia Vasco—. Ve abajo a comprobar si el casco está dañado, y luego abre la cocina. Poned rumbo a Krondor.

Arutha se despertó en su camarote. Martin Arcolargo estaba sentado a su lado.

—Tomad —el Maestre de Caza le acercó una humeante taza de caldo.

Arutha se recostó sobre un codo y su magullado y cansado cuerpo protestó. Dio un sorbo al caldo caliente.

—¿Cuánto llevo durmiendo?

—Caísteis dormido la noche anterior, justo después de la puesta de sol. O caísteis inconsciente, si queréis la verdad. Ya hace tres horas que ha amanecido.

—¿Y el tiempo?

—Bueno, por lo menos no hay tormenta. Amos está de vuelta en cubierta. Piensa que el barco aguantará la mayor parte del camino. No hay demasiados daños abajo, nos irá bien siempre que no tengamos que pasar otra galerna. Amos incluso dice que se pueden encontrar unos cuantos buenos fondeaderos en la costa de Kesh si hiciera falta.

Arutha se levantó de su litera, se puso la capa y subió a cubierta. Martin lo siguió. Amos estaba junto al timón, estudiando con los ojos el modo en el que la vela capturaba el aire. Bajó la mirada para observar a Arutha y Martin subir por la escalera hasta el puente. Estudió a la pareja durante unos instantes, como si se le hubiera ocurrido algo, y luego sonrió mientras Arutha le preguntaba:

—¿Cómo vamos?

—Tenemos el viento a favor —dijo Amos—. Está así desde que salimos de los estrechos. Si sigue viniendo del noroeste deberíamos llegar a Krondor rápidamente. Pero los vientos no se suelen mantener, así que puede que tardemos un poco más.

—¡Barco a la vista! —gritó un vigía.

—¿Por dónde? —gritó Amos.

—¡Dos grados a babor!

Amos estudió el horizonte, y enseguida aparecieron tres manchitas blancas.

—¿Qué clase de barcos? —le preguntó al vigía.

—¡Galeras, capitán!

—Queganos —pensó en voz alta Amos—. Estamos algo al sur para sus rutas habituales de patrulla si son barcos de guerra, y no creo que sean mercaderes. —Ordenó largar más velas—. Si el viento se mantiene las pasaremos antes de que se acerquen. A vela son cáscaras de nuez, y los remeros no pueden mantener el ritmo tanta distancia.

Arutha observó fascinado cómo las naves crecían en el horizonte. La galera más próxima viró para interceptarlos, y tras algún tiempo pudo ver su enorme contorno, su majestuosa vela sobre los elevados castillos de proa y popa. Podía ver el vaivén de los remos, tres bancos por lado. El capitán intentaba incrementar la velocidad, pero Amos estaba en lo cierto y la galera se estaba quedando atrás. Mientras la distancia entre el *Viento del Alba* y las galeras aumentaba poco a poco, Arutha fue a hablar con Amos.

—Enarbolan el estandarte real quegano. ¿Qué harán unas galeras de guerra queganas tan al sur?

—Los dioses sabrán —dijo Amos—. Puede que estén buscando piratas, o echando el ojo por si algún barco keshiano se desvía. Es difícil de decir. Queg trata todo el Mar Amargo como si fuera su territorio. Prefiero no molestarme en averiguar qué pretenden.

El resto del día transcurrió sin acontecimientos, y Arutha disfrutó de una sensación de alivio tras los peligros de los últimos días. La noche trajo un cielo limpio y estrellado, y Arutha pasó varias horas en cubierta observando el espectáculo de los cielos. Martin salió y se lo encontró mirando hacia arriba. Arutha escuchó subir al Maestro de Caza.

—Kulgan y Tully dicen que las estrellas son soles muy parecidos al nuestro, pero que las enormes distancias las empequeñecen —dijo Arutha.

—Un pensamiento increíble, pero creo que tienen razón —dijo Martin.

—¿Te has preguntado si es en una de esas donde se encuentra el mundo de los tsurani?

Martin se inclinó sobre la borda.

—Muchas veces, Alteza. En las colinas se pueden ver así las estrellas, cuando se



han apagado los fuegos de campamento. Cuando ni las luces de la ciudad ni las del castillo estorban, ellas resplandecen en el cielo. Yo también me he preguntado si podría ser una de ellas donde viven nuestros enemigos. Charles me ha dicho que su sol es más brillante que el nuestro, y su mundo más caluroso.

—Parece imposible. Hacer la guerra a través de ese vacío desafía toda lógica.

Se quedaron juntos en silencio, observando la magnificencia de la noche, ignorando el mordiente del fresco viento que los llevaba a Kronдор. Unas pisadas tras ellos hicieron que se volvieran como uno solo, y apareció Amos Trask. Dudó un momento, estudiando los dos rostros que tenía ante sí, y luego se unió a ellos en la borda.

—Contemplando las estrellas, ¿no? —Los otros no dijeron nada y Trask observó la estela del barco, y luego el cielo—. No hay sitio como el mar, caballeros. Los que viven toda su vida en tierra nunca podrán entenderlo del todo. El mar es sencillo, a veces cruel, a veces amable y nunca predecible. Pero son noches como esta las que me hacen agradecer a los dioses que me permitieran ser marinero.

—Y un poco filósofo también —dijo Arutha.

Amos soltó una risita.

—Tomad a cualquier marinero de altura que se haya enfrentado a la muerte en el mar tantas veces como yo, y rascadle. Bajo la piel encontraréis un filósofo, Alteza. No es palabrería, os lo aseguro, sino un profundo sentimiento de conocer el propio lugar en el mundo. La oración más antigua que se recuerda de los marineros es a Ishap: *Ishap, tu mar es grande y mi barco pequeño; ten piedad de mí. Eso es todo.*

Martin habló en voz baja, casi para sí mismo.

—Cuando era niño, entre los grandes árboles, conocí esa sensación. Estar junto al tronco de un árbol que es más antiguo que los recuerdos más antiguos de los hombres te da una idea de tu lugar en el mundo.

Arutha se desperezó.

—Es tarde, os deseo a los dos buenas noches. —Mientras se iba, pareció asaltarle algún pensamiento—. No soy muy dado a filosofar, pero... me alegro de haber compartido este viaje con vosotros dos.

Después de que se hubiera ido, Martin observó las estrellas durante algún tiempo, y luego se dio cuenta de que Amos lo estaba estudiando.

—Pareces tener algo en mente, Amos —dijo volviéndose hacia el marino.

—Sí, maese Arcolargo. —Se apoyó en la borda—. Ya han pasado casi siete años desde que llegué a Crydee. Hay algo que me ha estado dando vueltas en la cabeza desde que te vi por primera vez.

—¿Qué, Amos?

—Eres un hombre misterioso, Martin. Hay muchas cosas en mi vida que preferiría que no salieran a la luz, pero contigo es otra cosa.

Martin aparentaba indiferencia ante el curso de la conversación, pero sus ojos se entrecerraron un tanto.

—Hay muy poco acerca de mí que no se sepa en Crydee.

—Cierto, pero es ese poco lo que me preocupa.

—Calma tu mente, Amos. Solo soy el Maestre de Caza del duque, nada más.

—Creo que eres más, Martin —dijo Amos tranquilamente—. En mis viajes por la ciudad, supervisando su reconstrucción, he conocido mucha gente, y en siete años he oído muchos cotilleos acerca de ti. Hace algún tiempo que he encajado las piezas y me ha salido una respuesta que explica por qué tu actitud cambia, solo un poco, pero lo suficiente para que se note, cuando estás cerca de Arutha, y especialmente cuando estás cerca de la princesa.

Martin rio.

—Ese es el cuento de un bardo viejo y cansado, Amos. ¿Crees que soy el joven cazador desesperadamente enamorado de la princesa? ¿Crees que amo a Carline?

—No —dijo Amos—. Aunque no tengo dudas de que la quieres. Tanto como cualquier hermano quiere a su hermana.

Martin tenía el cuchillo a medio desenvainar cuando Amos lo agarró por la muñeca. El fornido marinero aferraba la muñeca del cazador como una tenaza, y Martin no podía mover el brazo.

—Contén tu ira, Martin. No me gustaría tener que tirarte por la borda para enfriarte.

Martin dejó de forcejear con Amos y soltó el cuchillo, que resbaló de vuelta a la vaina. Amos aguantó la muñeca del cazador un momento más, y luego la soltó.

—Ella no lo sabe, ni sus hermanos —dijo Martin pasado un momento—. Hasta ahora pensaba que solo el duque y uno o dos más lo sabrían. ¿Cómo lo has descubierto?

—No ha sido difícil —dijo Amos—. La gente no suele ver lo que tiene justo delante de la vista. —Amos se volvió y observó las velas sobre ellos, comprobando de forma ausente cada detalle de la tripulación mientras hablaba—. He visto el retrato del duque en el gran salón. Si te dejases una barba como la suya, el parecido hablaría a gritos. Todos los del castillo comentan cómo cada año que pasa Arutha se parece menos a su madre y más a su padre, y desde que nos conocimos me ha intrigado que nadie notara que también se parece a ti. Supongo que no lo notan porque no quieren. Eso explicaría muchas cosas: por qué el duque te otorgó el favor especial de dejarte en manos del viejo Maestre de Caza, y por qué se te eligió Maestre de Caza cuando hizo falta uno nuevo. Llevaba algún tiempo sospechándolo, pero esta noche lo he confirmado. Cuando subí del puente y los dos os disteis la vuelta en la oscuridad, por un momento no pude distingueros.

—Te va la vida en ello si le dices una palabra a alguien.

Martin habló sin emoción. Fue la simple constatación de un hecho. Amos se apoyó en la borda.

—No me tomo a bien las amenazas, Martin Arcolargo.

—Es una cuestión de honor.

Amos cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lord Borric no es el primer noble en engendrar un bastardo, ni será el último. A muchos incluso se les dan oficios y posición. ¿Cómo peligra el honor del duque de Crydee?

Martin se agarró a la borda, inmóvil como una estatua en la noche. Sus palabras parecían venir desde una gran distancia.

—Su honor no, capitán, el mío. —Miró a Amos a la cara, y en la noche sus ojos parecían refulgir con una luz interior al reflejar la luz del fanal que había colgado tras el marino—. El duque sabe mi origen, y por sus propios motivos decidió traerme a Crydee cuando yo era poco más que un niño. Estoy seguro de que se lo ha dicho al padre Tully, porque es en quien más confía el duque, y a lo mejor también a Kulgan. Pero ninguno de ellos sospecha que lo sé. Creen que ignoro mi herencia.

Amos se rascó la barba.

—Un problema peliagudo, Martin. Secretos dentro de secretos y tal. Bueno, tienes mi palabra, por amistad y no por amenazas, de que no voy a hablar de esto con nadie, salvo con tu permiso. Pero, si he juzgado bien a Arutha, debería saberlo.

—Eso tengo que decidirlo yo, Amos, y nadie más. Puede que algún día se lo diga, o puede que no.

Amos se apartó de la borda.

—Tengo bastantes cosas que hacer antes de acostarme, pero te diré una cosa más: te has trazado un rumbo solitario. No envidio tu viaje. Buenas noches.

—Buenas noches.

Después de que Amos volviera al puente, Martin observó en el cielo las estrellas que le resultaban familiares. Todas las compañeras de sus solitarios viajes por las colinas de Crydee lo miraban desde arriba. Las constelaciones brillaban en la noche, el Cazador de Bestias y el Sabueso, el Dragón, el Kraken y las Cinco Gemas. Volvió su atención al mar, mirando fijamente la oscuridad, perdido en pensamientos que una vez había creído enterrados para siempre.

—¡Tierra a la vista! —gritó el vigía.

—¿Por dónde? —respondió Amos.

—A proa, capitán.

Arutha, Martin y Amos dejaron el puente y fueron rápidamente a proa. Mientras esperaban que la tierra apareciera a la vista, Amos habló.

—¿Sentís ese temblor cada vez que cortamos una ola? Es esa sobrequilla. Si sé

cómo se construyen los barcos, y lo sé, tendremos que ponerlo en dique seco para repararla en Krondor.

Arutha observó cómo la delgada banda de tierra en la distancia se fue haciendo más nítida a la luz del atardecer. Aunque no era un día de sol brillante, el tiempo estaba relativamente bien, solo un poco nublado.

—Deberíamos tener tiempo. Quiero volver a Crydee tan pronto como convenza a Erland del riesgo, pero incluso si accede enseguida hará falta algún tiempo para reunir los hombres y los barcos.

—Y a mí, por ejemplo, no me importaría volver a atravesar los Estrechos de la Oscuridad cuando el tiempo sea un poco más agradable —dijo Martin secamente.

—Hombre de poca fe —dijo Amos—. Ya lo has hecho a las malas. Ir a la Costa Lejana en pleno invierno solo es un poquito suicida.

Arutha esperó en silencio mientras la tierra lejana empezó a ganar detalle. En menos de una hora podían distinguir con claridad las torres de Krondor alzándose en el aire, y los barcos anclados en el puerto.

—Bueno —dijo Amos—, si queréis una recepción de estado, mejor que haga sacar vuestro estandarte e izarlo en el mástil.

Arutha lo detuvo.

—Espera, Amos. ¿Distingues esa nave en la bocana del puerto?

A la vez que se acercaban a la bahía, Amos estudiaba la nave en cuestión.

—Es una bestialidad. Mirad su tamaño. El príncipe las está construyendo condenadamente más grandes que la última vez que estuve en Krondor. Con tres mástiles. Y aparejo para treinta o más velas desde foque hasta cangreja. Por las líneas del casco es un galgo, sin duda. No me gustaría enfrentarme a ella con menos de tres galeras queganas. Iban a hacer falta los remeros, porque esas enormes ballestas que lleva montadas a proa y a popa destrozarían enseguida el aparejo. Esas galeras queganas estaban demasiado lejos de casa. Si mandando buques de guerra como este al Mar Amargo Queg se...

—Mira el estandarte que ondea en el mástil, Amos —dijo Arutha.

Al entrar en el puerto pasaron junto al barco. En la proa tenía escrito el nombre, *Grifo Real*.

—Una nave del Reino, sin duda —dijo Amos—. Pero nunca he visto ninguna bajo un estandarte que no fuera el de Krondor. —En el palo mayor de la nave ondeaba un estandarte negro con el dibujo de un águila dorada—. Pensé que conocía todos los estandartes que se veían en el Mar Amargo, pero ese es nuevo para mí.

—Y el mismo estandarte ondea sobre los muelles, Arutha —dijo Martin, señalando hacia la distante ciudad.

Arutha habló tranquilamente.

—Nunca antes se había visto ese estandarte en el Mar Amargo. —Su expresión se

volvió lúgubre—. Hasta que yo diga lo contrario, somos comerciantes nataleses, nada más.

—¿A quien pertenece ese estandarte? —preguntó Amos.

—Es el estandarte de la segunda casa más antigua del Reino —respondió Arutha aferrando la borda—. Anuncia que mi primo lejano, Guy, duque de Bas-Tyra, está en Krondor.

## 6

### *Krondor*

La posada estaba atestada. Amos condujo a Arutha y Martin a través de la sala común, hasta una mesa vacía junto a la chimenea. Fragmentos de conversaciones alcanzaron los oídos de Arutha mientras se sentaban. Mirando de cerca, el ambiente era menos bullicioso de lo que había parecido al principio.

Los pensamientos de Arutha estaban desbocados. Sus planes para conseguir la ayuda de Erland habían quedado hechos pedazos minutos después de atracar en el muelle. Por todas partes de la ciudad había signos de que Guy du Bas-Tyra no era un simple huésped en Krondor, sino que ahora tenía el control. Los guardias de la ciudad seguían a oficiales que vestían el negro y dorado de Bas-Tyra, y el estandarte de Guy ondeaba en todas las torres de la ciudad.

Cuando llegó una camarera regordeta, Amos pidió tres jarras de cerveza y los hombres esperaron en silencio hasta que se las trajeron. Cuando la camarera se fue, Amos habló.

—Ahora tenemos que andarnos con cuidado.

El gesto de Arutha se mantenía impasible.

—¿Cuánto hasta que podamos navegar?

—Semanas, al menos tres. Tienen que reparar el casco y sustituir la sobrequilla correctamente. Cuánto... eso dependerá de los carpinteros. El invierno es mal momento: los comerciantes ponen sus barcos en dique seco para que estén a punto para la primavera. Empezaré a preguntar mañana a primera hora.

—Eso puede llevar demasiado. Si hace falta, compra otra.

—¿Tenéis fondos? —Amos levantó una ceja.

—En mi cofre a bordo del barco. Los tsurani no son los únicos que juegan a la política con la guerra —dijo Arutha con una sonrisa lúgubre—. Para demasiados nobles de Krondor y del Este la guerra es una cosa distante, apenas imaginable. Dura ya nueve años y lo único que ven son despachos. Y nuestros leales mercaderes del Reino no donan naves y suministros por amor al rey Rodric. Mi oro es una baza frente al coste de llevar soldados krondorianos a Crydee, tanto en sobornos como en

gastos.

—Bien, pues —dijo Amos—. Incluso así serán una o dos semanas. Uno no entra en una naviera y paga en oro el primer barco que le ofrecen, no si se quiere evitar atraer la atención. Y la mayoría de los barcos que se venden están en bastante mal estado. Llevará tiempo.

—Y —añadió Martin— están los estrechos.

—Eso es cierto —admitió Amos—, aunque podríamos subir tranquilamente por la costa hasta Sarth y esperar allí el momento de cruzar los estrechos.

—No —dijo Arutha—. Sarth sigue estando en el principado. Si Guy ha tomado el control de Krondor, tendrá agentes y soldados allí. No estaremos a salvo hasta que salgamos del Mar Amargo. En Krondor atraeremos menos atención que en Sarth. Aquí no es raro ver extranjeros.

Amos miró largamente a Arutha.

—Bueno —dijo—. No diré que os conozco tan bien como a otros hombres que he conocido, pero creo que no os preocupa tanto vuestra propia piel como algo más.

Arutha paseó la mirada por la habitación.

—Mejor que busquemos un lugar menos público para hablar.

Con un sonido a medio camino entre suspiro y gruñido, Amos se forzó a levantarse de la silla.

—El Reposo del Marinero no es donde me gustaría quedarme, pero servirá para esto.

Se abrió paso hasta la larga barra y habló un buen rato con el posadero. El corpulento propietario de la posada señaló las escaleras y Amos asintió. Hizo una señal a sus compañeros para que lo siguieran y los condujo a través de la concurrencia de la sala común, por las escaleras y por un largo pasillo hasta la última puerta. Abriéndola, les hizo un gesto para que entraran. Dentro encontraron una habitación con poco para recomendar en cuanto a comodidades. Sobre el suelo descansaban cuatro catres con colchones rellenos de paja. Una caja grande en el rincón servía de armario común. Una tosca lámpara, una simple mecha flotando en un cuenco de aceite, descansaba sobre una burda mesa. Ardió con un olor punzante cuando Arcolargo la encendió. Amos cerró la puerta mientras Arutha empezaba a hablar.

—Ya veo lo que querías decir acerca de la elección de habitaciones.

—He dormido en sitios mucho peores —respondió Amos sentándose en uno de los catres—. Si tenemos que conservar nuestra libertad lo mejor será que nos creamos identidades creíbles. Por ahora os llamaremos Arthur. Es lo bastante parecido a vuestro propio nombre para dar una excusa pasable si alguien pronunciara vuestro verdadero nombre y vos os volvierais o respondierais. Además, será fácil de recordar. —Arutha y Martin se sentaron y Amos continuó—. Arthur, acostumbraos a ese nombre, de moveros por ciudades grandes sabéis más bien poco, que es el doble de lo

que sabe Martin. Haríais bien en interpretar el papel del hijo de algún noble menor, de algún sitio remoto. Martin, tú eres un cazador de las colinas de Natal.

—Puedo hablar el idioma pasablemente.

Arutha sonrió débilmente.

—Búscale una capa gris y será un montaraz aceptable. Yo no hablo el idioma de Natal, ni el keshiano, así que seré el hijo de algún noble poco importante del Este, en visita de placer. Muy pocos en Krondor conocen siquiera a la mitad de los barones orientales.

—Siempre que no sea de muy cerca de Bas-Tyra. Con todos esos tabardos negros por ahí estaría bien cruzarse con un supuesto primo entre los oficiales de Guy.

La expresión de Arutha se volvió torva.

—Tenías razón acerca de mis preocupaciones, Amos. No dejaré Krondor hasta haber descubierto exactamente qué hace Guy aquí y qué significa esto para la guerra.

—Aunque nos encontrara un barco mañana —dijo Amos—, lo que es muy poco probable, tendríais tiempo de sobra para fisgar por ahí. Y probablemente para descubrir más de lo que os gustaría saber. Esta ciudad es mal sitio para los secretos. Los correvidiles estarán haciendo su trabajo en el mercado, y cualquier plebeyo de la ciudad sabrá lo suficiente para daros un retrato aproximado de lo que ha sucedido. Solo acordaos de mantener la boca cerrada y las orejas y los ojos abiertos. Los correvidiles os venderían lo que quisierais saber, y luego se darían la vuelta y le venderían a la guardia de la ciudad la información de que estáis haciendo preguntas tan rápido que os podríais marear mirando. —Amos se desperezó—. Todavía es pronto, pero creo que deberíamos tomar una comida caliente e irnos a la cama. Nos queda mucho que merodear.

Con eso se levantó y abrió la puerta, y los tres volvieron a la sala común.

Arutha masticaba una empanada de carne casi fría. Bajando la cabeza, se obligó a seguir consumiendo la grasienta mercancía del vendedor ambulante. Se negaba a pensar sobre lo que contenía la revenida corteza además de la ternera y el cerdo que afirmaba el vendedor.

Echando una mirada de soslayo a través de la bulliciosa plaza, estudió las puertas del palacio del príncipe Erland. Tras acabar con la empanada, cruzó rápidamente hasta un puesto de cerveza y pidió una jarra grande para quitarse el regusto de la boca. Durante la última hora se había movido, aparentemente sin rumbo fijo, de carro de vendedor a carro de vendedor, comprando esto y aquello, haciéndose pasar por el hijo de un noble menor. Y en esa hora se había enterado de muchas cosas.

Aparecieron Martin y Amos, casi una hora antes de lo acordado. Ambos llevaban expresiones lúgubres y miraban nerviosamente a un lado y a otro. Sin ningún comentario, Amos le hizo un gesto a Arutha para que lo siguiera cuando pasaron a su



lado. Se abrieron camino entre la muchedumbre del mediodía y salieron rápidamente del distrito de la plaza mayor. Al llegar a una zona de aspecto menos acogedor, aunque no menos bulliciosa, continuaron hasta que Amos indicó que debían entrar en un edificio en concreto. Una vez atravesaron la puerta, Arutha se encontró con una atmósfera calurosa y llena de vapor, y un encargado que venía a atenderlos.

—¿Una casa de baños? —dijo Arutha.

—Necesitas sacarte de encima algo del polvo del camino, Arthur —dijo Amos sin humor antes de dirigirse al encargado—. Un baño de vapor para todos nosotros.

El hombre los condujo a un vestuario y les entregó a cada uno una toalla basta y una bolsa de lona para sus pertenencias. Arutha se quedó en silencio mientras Amos primero y Martin después se desnudaban, y luego hizo lo propio. Se envolvieron en las toallas y llevaron sus ropas y armas en las bolsas hasta la sauna. La habitación era grande y estaba completamente alicatada, aunque las paredes y el suelo estaban manchados y mostraban parches de verdín. El aire estaba estancado y apestaba. Un niño pequeño semidesnudo se agazapaba en el centro de la habitación, frente al lecho de piedras que proporcionaba el vapor. Alternaba entre echar madera al enorme brasero que había bajo las piedras y agua sobre éstas, generando gigantescas nubes de vapor.

—¿Por qué una casa de baños? —dijo Arutha una vez que estuvieron sentados en un banco en la esquina del fondo de la habitación.

—Las paredes de nuestra posada son muy delgadas, y en sitios como este se hacen muchos negocios —susurró Amos—, así que tres hombres murmurando en un rincón no van a atraer atención indebida. ¡Tú, chaval, corre y tráenos algo de vino helado! —le gritó al chico lanzándole una moneda de plata, que este atrapó al vuelo. Cuando no se movió, Amos le lanzó otra y el chico se fue a la carrera. Amos suspiró—. El precio del vino helado se ha duplicado desde la última vez que estuve aquí. Estará fuera un rato, pero no mucho.

—¿Qué es esto? —dijo Arutha sin molestarse en ocultar su mal humor. La toalla le picaba y la habitación apestaba. Y dudaba que fuera a estar más limpio por el tiempo pasado allí que si se hubiera quedado en la plaza.

—Martin y yo tenemos noticias problemáticas.

—Y yo. Ya sé que Guy es virrey de Krondor. ¿Qué más habéis descubierto?

—Escuché de pasada una conversación que me hace creer que Guy ha encarcelado a Erland y a su familia en el palacio —dijo Martin.

Arutha entrecerró los ojos, y su voz sonó baja y enfadada.

—Ni siquiera Guy se atrevería a hacerle daño al príncipe de Krondor.

—Lo haría si el rey le diera permiso —dijo Martin—. No sé mucho de los problemas que hay entre el rey y el príncipe, pero está claro que ahora quien manda en Krondor es Guy, y que actúa con permiso del rey, si no con su bendición. Me

contasteis el aviso de Caldric la última vez que estuvisteis en Rillanon. Quizá la enfermedad del rey ha empeorado.

—Su locura, hablando claro —espetó Arutha.

—Y para empeorar las cosas en Krondor —dijo Amos—, parece que estamos en guerra con Kesh la Grande.

—¡Qué! —dijo Arutha.

—Un rumor, nada más —Amos hablaba en voz baja y rápidamente—. Antes de encontrarme con Martin estaba fisgando en una casa de chicas alegres de por aquí, no muy lejos de los barracones de la guardia. Escuché a varios soldados de permiso comentar que partían a primera hora para una campaña. Cuando el objeto del momentáneo ardor de uno de los soldados le preguntó cuándo volvería a verlo, él le respondió: «Lo que tardemos en ir hasta el valle y volver, si la suerte nos acompaña», y luego invocó el nombre de Ruthia, para que la Dama de la Suerte no viera esa discusión de su provincia de forma desfavorable.

—¿El valle? —dijo Arutha—. Eso solo puede significar una campaña en el Valle de los Sueños. Kesh debe haber atacado la guarnición de Shamata con una fuerza expedicionaria de soldados perro. Guy no es ningún tonto. Sabrá que la única respuesta es un golpe rápido y sin vacilar desde Krondor, para mostrarle a la emperatriz de Kesh la Grande que todavía podemos defender nuestras fronteras. Una vez que expulse a los soldados perro al sur del valle, tendremos otra ronda de negociaciones inútiles sobre quién tiene derecho a él. Esto significa que aunque Guy quisiera ayudar a Crydee, lo que dudo, no podría. No hay tiempo para encargarse de Kesh, volver y llegar a Crydee antes de la primavera, ni siquiera a principios del verano. —Maldijo—. Esto son malas noticias, Amos.

—Y hay más. Antes me he molestado en visitar el barco, solo para asegurarme de que Vasco tenía las cosas controladas y los hombres no estaban protestando demasiado por que los dejáramos a bordo. Están vigilando nuestro barco.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Hay por allí un par de chicos que hacen como que están remendando velas, pero en realidad no hacen nada. Observaron atentamente cómo fui y vine.

—¿Quiénes crees que son?

—No lo sé. Podrían ser hombres de Guy, u hombres que siguen siendo leales a Erland. Podrían ser agentes de Kesh la Grande, contrabandistas o incluso Burladores.

—¿Burladores? —preguntó Martin.

—El gremio de ladrones —dijo Arutha—. En Krondor no pasa casi nada sin que se entere su líder, el Hombre íntegro.

—Ese misterioso personaje tiene más control sobre los Burladores que un capitán sobre su tripulación —dijo Amos—. Hay sitios en esta ciudad a los que ni siquiera el príncipe puede llegar, pero no hay en Krondor ningún sitio que esté más allá del

Hombre íntegro. Si tiene algún interés en nosotros, sea por la razón que sea, tenemos mucho que temer.

La conversación se vio interrumpida por la vuelta del chico del servicio, que dejó una jarra de peltre con vino helado y tres vasos.

—Vete al vendedor de incienso más cercano, chico —le dijo Amos—. Este sitio apesta. Compra algo dulce que podamos echar al fuego.

El chico lo observó con cierta cautela, y luego se encogió de hombros cuando Amos le arrojó otra moneda. Salió corriendo de la habitación, y Amos volvió a hablar.

—Volverá pronto, y se me han acabado las excusas para hacerlo salir. En cualquier caso, este sitio pronto se llenará de comerciantes dándose el baño de vapor de la tarde. Cuando el chico vuelva, tomad algo de vino, tratad de relajarnos y no os vayáis demasiado pronto. En todo este panorama desolador hay un pequeño destello de luz.

—Pues me gustaría oír cuál es —dijo Arutha.

—Guy saldrá pronto de la ciudad.

Arutha entrecerró los ojos.

—Aun así, sus hombres quedarán al cargo. Pero lo que dices tiene algo bueno. Hay pocos en Krondor que puedan reconocermos de vista, porque hace casi nueve años que estuve aquí por última vez, y casi todos ellos lo más probable es que hayan desaparecido con el príncipe. Aparte, hay un plan que he estado considerando. Si Guy se va de Krondor, tendría más posibilidades de éxito.

—¿Qué plan? —preguntó Amos.

—Lo contaré cuando haya tenido más tiempo de pensar sobre él. ¿Dónde podríamos estar seguros?

Amos reflexionó.

—Los prostíbulos, fumaderos de droga y las casas de juego son tan malos como las posadas. O los controlan los Burladores y se dan cuenta de todo el que entra y sale, o hay otros buscando información. Si alguien os oyera pronunciar la frase equivocada, los Burladores o los guardias podrían caer sobre vos en cuestión de minutos. —Se quedó callado durante un momento y luego sonrió—. ¡Tengo el sitio! Cuando la guardia de la ciudad haga sonar la campana de las horas, dos horas después de la puesta de sol, encontraos conmigo en el extremo oriental de la Plaza de los Templos.

El chico volvió y echó un pequeño manojito de incienso en el fuego, cortando la conversación. Arutha se recostó y bebió del vino helado, que se estaba calentando rápidamente al calor del baño de vapor. Cerró los ojos, pero no se estaba relajando, sino considerando la situación. Tras algún tiempo, empezó a pensar que su plan podía funcionar si lograba llegar hasta Dulanic. Como se le acababa la paciencia, fue el primero en levantarse, vestirse y salir.

Arutha esperó mientras Martin y Amos se acercaban desde diferentes partes de la

ciudad, atravesando la Plaza de los Templos. Los templos de los dioses mayores y menores se alzaban en sus costados. En varios de ellos había movimiento de peregrinos y adoradores entrando y saliendo, mientras que otros estaban casi desiertos.

—¿Qué tal ha ido la tarde? —dijo Amos cuando llegó junto al príncipe.

Arutha habló en voz baja.

—He pasado el tiempo en una taberna, solo. Escuché una conversación acerca de Erland, pero cuando intenté acercarme los que estaban hablando se fueron. Por lo demás, he reflexionado sobre el plan que os dije.

Martin echó una ojeada alrededor antes de hablar.

—Has escogido un sitio gafe, Amos. En este extremo de la plaza están reunidos todos los dioses y diosas de la oscuridad y el caos.

Amos se encogió de hombros.

—Lo que significa que pasa poca gente después de la puesta de sol, y se puede ver con claridad a cualquiera que se acerque. Bueno, ¿cuál es el plan? —preguntó a Arutha.

Arutha habló en voz baja y rápidamente.

—Esta mañana me he dado cuenta de dos cosas. La guardia personal de Erland sigue patrullando el palacio, así que tiene que haber límites al control de Guy. Segundo, varios cortesanos de Erland entraron y salieron con bastante libertad, así que buena parte de los asuntos cotidianos del gobierno del Reino Occidental tiene que seguir sin cambios.

Amos se frotó la mejilla pensativo.

—Eso parece lógico. Guy se ha traído su ejército, no sus administradores. Esos seguirán en casa administrando Bas-Tyra.

—Lo que quiere decir que Lord Dulanic y otros que no son simpatizantes de Guy todavía podrían ser capaces de ayudarnos. Si Dulanic nos ayuda, aún puedo tener éxito en mi misión.

—¿Cómo? —preguntó Amos.

—Como Caballero-Mariscal de Erland, Dulanic tiene el control de las guarniciones de los vasallos de Krondor. Solo con su firma podría llamar a las guarniciones del Valle de Durrony y el Cruce de Malac. Si les ordenara marchar hasta Sarth, se unirían a la guarnición de allí y embarcarían para Crydee. Sería una marcha dura, pero podríamos tenerlas en Crydee para primavera.

—Y tampoco habría problemas para vuestro padre. Os lo iba a decir: he oído que Guy le ha enviado a vuestro padre soldados de la guarnición krondoriana.

—Eso parece raro —dijo Arutha—. No puedo imaginar por qué Guy querría ayudar a Padre.

Amos sacudió la cabeza.

—No es tan raro. A vuestro padre le parecerá que Guy ha sido enviado por el rey para ayudar a Erland, ya que sospecho que aún no se han difundido los rumores de que Erland es prisionero de su propio palacio. Y también es un excelente pretexto para sacar de la ciudad a oficiales y hombres leales al príncipe. Con todo, no es un mal favor para vuestro padre. Según lo que se dice, son casi cuatro mil hombres los que han partido o van a partir hacia el norte. Eso podría ser suficiente para encargarse de los tsurani si caen contra el duque.

—Pero ¿y si vienen contra Crydee? —dijo Martin.

—Para eso debemos conseguir ayuda. Debemos entrar en palacio y encontrar a Dulanic.

—¿Cómo? —preguntó Amos.

—Esperaba que tú tuvieras alguna sugerencia.

Amos bajó la vista.

—¿Hay alguien en el palacio que sepáis que es de confianza?

—Antes podía haber nombrado una docena, pero este asunto me hace dudar de todos. No tengo ni idea de quién está con el virrey y quién con el príncipe.

—Entonces tendremos que meter la nariz algo más. Y tendremos que estar al tanto en busca de noticias de naves que sirvan para el transporte. Una vez hayamos contratado unas cuantas, las haremos salir de Krondor de una en una o de dos en dos, cada varios días. Necesitaremos por lo menos veinte para transportar a los hombres de tres guarniciones. Suponiendo que consigáis el apoyo de Dulanic, lo que nos devuelve a conseguir entrar en el palacio.

Arutha maldijo en voz baja.

—¿Estás seguro de que no te gustaría dejar este trabajo y hacerte corsario?

El gesto de Arutha mostraba a las claras que no estaba de buen humor. Amos suspiró.

—Creo que no.

—Pareces conocer bien los bajos fondos de la ciudad, Amos —dijo Arutha—. Usa tu experiencia para encontrarnos una forma de entrar en palacio, aunque sea por las alcantarillas. Yo mantendré los ojos bien abiertos en busca de cualquier hombre de Erland que pase por la Plaza Mayor. Martin, tú simplemente ten los oídos abiertos.

Amos dejó escapar un suspiro de resignación.

—Entrar en palacio es un plan arriesgado, y no me importa decir que no me preocupan las posibilidades de éxito —miró hacia un templo cercano—. Puede que incluso me pase por el templo de Ruthia y le pida a la Dama de la Suerte que nos sonría.

Arutha sacó una moneda de oro de su bolsa y se la lanzó a Amos.

—Di también una oración por mí. Os veré luego en la taberna.

El silencio de la noche fue quebrado por trompetas que llamaban a los hombres a las armas. Arutha fue el primero en llegar a la ventana, y abrió las contraventanas de un empujón para mirar afuera. Estando dormida la mayor parte de la ciudad, había pocas luces para enmascarar el resplandor que había al este. Amos llegó al lado de Arutha, con Martin un paso atrás.

—Hogueras de campamento —dijo Martin. El Maestro de Caza levantó la vista para observar la posición de las estrellas en el cielo despejado—. Faltan dos horas para el amanecer.

—Guy prepara su ejército para la marcha —dijo Arutha en voz baja.

Amos se asomó por la ventana. Estirando el cuello, pudo llegar a echar una ojeada al puerto. En la distancia, los hombres embarcaban.

—Parece que también están preparando los barcos.

Arutha se apoyó con las dos manos en la mesa que había junto a la ventana.

—Guy enviará a su infantería costeano en barco hasta el Mar de los Sueños y Shamata, mientras su caballería cabalga hacia el sur. Los soldados de a pie llegarán lo bastante frescos para reforzar las defensas, y cuando llegue la caballería los caballos no estarán mareados por el viaje por mar. Y llegarán con pocos días de diferencia unos de otros.

Como para confirmar sus palabras, llegaron desde el este los sonidos de hombres marchando. Pocos minutos después apareció la primera compañía de infantería de Bas-Tyra. Arutha y sus compañeros los vieron pasar frente a la puerta abierta del patio de la posada. Los faroles daban a los soldados una apariencia extraña, de otro mundo, mientras avanzaban en columna por la calle. Iban marcando el paso, con los estandartes del águila dorada ondeando sobre sus cabezas.

—Son tropas bien entrenadas —dijo Martin.

—Guy puede ser muchas cosas —dijo Arutha—, la mayoría de ellas desagradables, pero hay una cosa que no puede discutirse: es el mejor general del Reino. Incluso Padre se ve obligado a admitirlo, aunque nunca dice nada bueno de Guy. Si yo fuera el rey, enviaría los Ejércitos del Este bajo su mando para combatir a los tsurani. Tres veces ha marchado Guy contra Kesh, y tres veces los ha aplastado. Si los keshianos no saben que ha venido al Oeste, la simple visión de su estandarte en el campo puede conducirlos a la mesa de negociaciones, porque lo temen y lo respetan. —El tono de voz de Arutha se volvió pensativo—. Hay una cosa. Cuando Guy ascendió al ducado de Bas-Tyra sufrió alguna clase de deshonra personal, Padre nunca ha dicho qué fue, y desde entonces solo ha vestido de negro, como una especie de marca personal, lo que le ha granjeado el sobrenombre de Guy el Negro. Esa clase de cosas requieren una cierta clase de valor. Por más cosas que puedan decirse de Guy el Negro de Bas-Tyra, nadie lo llamará cobarde.

Mientras los soldados seguían pasando por abajo, Arutha y sus compañeros

observaron en silencio. Pasado el tiempo, cuando el sol ya se alzaba en el este, los últimos soldados desaparecieron por las calles que conducían al puerto.

La mañana después de que hubiera partido el ejército de Guy, se anunció que la ciudad quedaba sellada, las puertas cerradas para todos los viajeros y el puerto bajo bloqueo. Arutha consideró que era una práctica normal, para impedir que posibles agentes keshianos abandonaran la ciudad por barco o caballo rápido para transmitir las noticias de la partida. Amos utilizó una visita al *Viento del Alba* para observar el bloqueo y descubrió que este era ligero, ya que Guy había ordenado que la mayor parte de la flota permaneciera lejos de la costa en emboscada marina, esperando por si Kesh enviaba alguna flotilla si descubría que la ciudad había sido despojada de su guarnición. La ciudad estaba ahora patrullada por guardias con la librea de Guy, ya que los últimos soldados krondorianos habían partido hacia el norte. Se rumoreaba que Guy también iba a enviar al frente la guarnición de Shamata una vez se hubiera resuelto la lucha con Kesh, dejando todas las guarniciones del principado bajo control de soldados leales a Bas-Tyra.

Arutha pasaba la mayor parte del tiempo en tabernas, lugares de negocio y los mercados abiertos que era más posible que frecuentara la gente de palacio. Amos rondaba por los muelles o las partes más sórdidas de la ciudad, especialmente el infame Barrio Pobre, y empezó a preguntar discretamente sobre la disponibilidad de barcos. Martin usaba su disfraz de sencillo campesino para colarse en cualquier sitio que pareciera prometedor.

Así pasó casi una semana, sin que se descubriera ninguna información nueva. Entonces, bien entrada la tarde del sexto día desde que Guy partiera de la ciudad, Arutha se encontró con Martin llamándolo en mitad de una bulliciosa plaza.

—¡Arthur! —gritó el cazador mientras corría hacia Arutha—. Más vale que vengas enseguida. —Y partió hacia el puerto y el Reposo del Marinero.

De vuelta en la posada se encontraron con que Amos ya estaba en la habitación, descansando en su catre antes de su periplo nocturno por el Barrio Pobre. Una vez se cerró la puerta, Martin habló:

—Creo que pueden saber que Arutha está en Krondor.

Amos se incorporó como impulsado por un resorte.

—¿Qué? ¿Cómo...? —dijo Arutha.

—Entré en una taberna cercana a los barracones de la guardia, justo antes de la comida del mediodía. Con el ejército fuera de la ciudad, había poco negocio. Y entró un hombre justo cuando yo me iba. Un escribiente del Intendente de la ciudad. Estaba que explotaba con un rumor y la necesidad de contárselo a alguien. Así que, con la ayuda de un poco de vino, le hice el favor fingiendo ser un paleta simplón, y mostrando respeto por un personaje tan importante. Este hombre me dijo tres cosas:

Lord Dulanic ha desaparecido de Kronдор, la misma noche que se fue Guy. Se dice algo de que se ha retirado a sus tierras del norte ahora que Guy es virrey, pero el escribiente pensaba que eso era poco probable. La segunda cosa fue la muerte de Lord Barry.

El rostro de Arutha mostró conmoción.

—¿El Lord Almirante del príncipe muerto?

—Este hombre me contó que Barry había muerto en circunstancias misteriosas, aunque no hay previsto ningún anuncio oficial. El mando de la flota krongoriana ha sido entregado a un señor oriental, un tal Jessup.

—Jessup es un hombre de Guy —dijo Arutha—. Estaba al mando de los escuadrones de Bas-Tyra de la flota real.

—Y por último, el hombre dio a entender que conocía un secreto concerniente a la búsqueda de alguien a quien sólo se refirió como «el real primo del virrey».

Amos maldijo.

—No sé cómo, pero alguien os ha descubierto. Con Erland y su familia virtualmente prisioneros en palacio, hay muy pocas posibilidades de que otro primo real haya venido a Kronдор en los últimos días, a menos que haya por ahí algunos más de los que no nos hayáis hablado.

Arutha ignoró el débil humor de Amos. En el poco tiempo que le había llevado a Arcolargo contar su historia, todos sus planes para ayudar a Crydee habían quedado hechos pedazos. La ciudad estaba firmemente bajo el control de gente leal a Guy o indiferente ante quién gobernaba en nombre del rey. No había nadie en la ciudad a quien acudir en busca de auxilio, y su fracaso en conseguir ayuda para casa resultaba amargo.

—Entonces lo único que podemos hacer es volver a Crydee tan pronto como sea posible —dijo en voz baja.

—Eso puede que no sea tan fácil —dijo Amos—. Están pasando más cosas raras. He estado en sitios donde un hombre suele poder contactar con la gente necesaria para hacer uno o dos trabajitos deshonestos, pero en todos los sitios donde he preguntado, discretamente, de eso no me cabe duda, me he encontrado con el más absoluto silencio. Si no supiera cómo funcionan las cosas, juraría que el Hombre íntegro ha cerrado el negocio y todos los Burladores se han alistado en el ejército de Guy. Nunca he visto tantos taberneros tontos, prostitutas ignorantes, mendigos sin información y jugadores sin lengua. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que se ha corrido la voz. Que nadie hable con extraños, sin importar lo prometedor que sea el negocio que se ofrece. Así que no podemos contar con ayuda para escaparnos de la ciudad, y si los agentes de Guy saben que estáis en Kronдор, no levantarán el bloqueo ni abrirán las puertas hasta que os encuentren, sin importar lo alto que griten los comerciantes.



—Estamos bien metidos en la trampa —afirmó Martin.

—Pero si los hombres de Guy solo sospechan que estoy en Krondor, puede que se cansen de la búsqueda.

—Cierto —dijo Amos—. Y pasado un tiempo, puede que los Burladores también se abran. Si acceden a ayudarnos, por un precio significativo, estad seguro, tendremos una poderosa ayuda para salir de la ciudad.

Arutha cerró el puño y golpeó el catre en el que se sentaba.

—Maldito Bas-Tyra. Con gusto lo asesinaría en este mismo instante. No solo pone en peligro al Oeste, sino que se arriesga a provocar un cisma entre los dos reinos al poner el principado bajo su control. Si le pasara algo a Erland y a su familia, la guerra civil sería casi segura.

Amos negó lentamente con la cabeza.

—Esta misión se ha fastidiado, aunque no por vuestra culpa, Arutha —suspiró—. A pesar de todo, no debemos asustarnos. El amigo Martin puede haber entendido mal el último comentario del escribiente, o puede que el hombre sólo hablara para hacerse notar. Hemos de ser cuidadosos, pero no podemos salir corriendo. Si desaparecierais de la vista de repente, alguien podría notarlo. Por ahora será mejor que os quedéis cerca de la posada pero sigáis actuando como hasta ahora. Yo seguiré intentando contactar con alguien que pueda sacarnos de la ciudad; si no son los Burladores, pues contrabandistas.

Arutha se levantó del catre.

—No tengo apetito —dijo—, pero todas las noches hemos comido juntos en la sala común. Mejor que bajemos pronto a cenar.

Amos le indicó con un gesto que volviera a la cama.

—Quedaos un poco más. Voy a ir al muelle a visitar el barco. Si el escribiente de Martin no estaba sólo presumiendo, seguramente registrarán los barcos que hay en el puerto. Más vale que avise a Vasco y a la tripulación para que se preparen para echarse al agua si es necesario, y para que busquen algún sitio donde esconder vuestro cofre. Todavía nos falta una semana para entrar en dique seco, así que tenemos que andarnos con cuidado. Ya me he saltado bloqueos antes. No me gustaría arriesgarme con un pecio en tan malas condiciones como el *Viento del Alba*, pero si no podemos encontrar otra nave... —En la puerta se volvió para mirar a la cara a Arutha y Martin—. Es una tormenta negra, chicos, pero las hemos pasado peores.

Arutha y Martin estaban sentados en silencio cuando Amos entró en la sala común. El marinero cogió una silla y pidió una cerveza y comida.

—Ya me he ocupado de todo —dijo cuando estuvo servido—. El cofre estará a salvo mientras la nave se mantenga anclada.

—¿Dónde lo has escondido?

—Está bien envuelto en lona encerada y firmemente amarrado al ancla.

Arutha pareció impresionado.

—¿Bajo el agua?

—Se pueden comprar ropas nuevas, y el oro y las gemas no se oxidan.

—¿Cómo están los hombres? —dijo Martin.

—Gruñendo porque se van a quedar otra semana en puerto a bordo del barco, pero son buenos chavales.

La puerta de la posada se abrió y entraron seis hombres. Cinco se sentaron junto a la puerta mientras el otro se quedó de pie inspeccionando la habitación. Amos siseó.

—¿Veis a ese tipo con cara de rata que acaba de sentarse? Es uno de los chicos que ha estado vigilando los muelles toda esta semana. Parece que me han seguido.

El hombre que permanecía de pie vio a Amos y se acercó a la mesa. Era un hombre de aspecto anodino y gesto abierto. Llevaba el pelo rubio rojizo revuelto alrededor de la cabeza, y vestía ropas comunes de marinero. Sostenía un gorro de lana en la mano mientras les sonreía.

—Si es usted el capitán del *Viento del Alba*, me gustaría hablar con usted.

Amos levantó una ceja, pero no dijo nada. Indicó una silla vacía y el hombre se sentó.

—Me llamo Radburn. Estoy buscando un puesto, capitán.

Amos miró a su alrededor, y vio que los compañeros de Radburn estaban fingiendo no darse cuenta de lo que estaba pasando en la mesa.

—¿Por qué mi nave?

—Lo he intentado en otras, pero todas están al completo. Pensé en preguntarle.

—¿Quién fue tu último capitán y por qué abandonaste su tripulación?

Radburn se rio, un sonido amigable.

—Bueno, últimamente he navegado en un grupo de barcas, llevando la carga entre los barcos y el muelle aquí en el puerto. Me he pasado un año atascado en eso.

—Se calló al aproximarse la camarera. Amos pidió otra ronda de cerveza, y Radburn siguió hablando cuando tuvo una frente a él—. Gracias, capitán. —Dio un buen trago y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Antes de quedarme en tierra navegaba con el capitán John Avery, a bordo de la *Bantámina*.

—Conozco el Gallito, y a John Avery, aunque no lo he visto desde la última vez que estuve en Durbin, hace cinco o seis años.

—Bueno, me emborraché un poco, y el capitán me dijo que no quería borrachos a bordo de su nave. No bebo más que cualquier persona, capitán, pero usted conocerá la reputación del capitán Avery, que es un abstemio seguidor de Sung el Blanco.

Amos miró a Martin y Arutha, pero no dijo nada.

—¿Son estos sus oficiales, capitán? —dijo Radburn.

—No, socios comerciales.

Cuando estuvo claro que Amos no iba a decir nada más, Radburn dejó estar el tema de las identidades.

—Llevamos en la ciudad poco más de una semana —dijo Amos finalmente—, y he estado ocupado con asuntos personales. ¿Qué hay de nuevo?

Radburn se encogió de hombros.

—La guerra sigue. Bueno para los comerciantes, malo para el resto. Ahora tenemos el asunto de Kesh. Antes los problemas estaban por la Costa Lejana, pero ahora... Puede que Krondor ya no sea tan buen sitio si el virrey no devuelve a los perros keshianos a su casa. Por lo demás, están los cotilleos habituales... —echó una ojeada a su alrededor, como en busca de alguien que pudiera oírlo—, y algunos no tan habituales.

Amos se llevó la jarra a los labios sin decir nada.

—Desde la llegada del virrey —dijo Radburn en voz baja— las cosas no han sido las mismas en Krondor. Los hombres honrados ya no están seguros en las calles con los esclavistas de Durbin correteando por ahí, y las partidas de reclutamiento forzoso que son casi igual de malas. Por eso necesito un barco, capitán.

—¡Partidas de reclutamiento forzoso! —explotó Amos—. No ha habido partidas de reclutamiento forzoso en una ciudad del Reino desde hace treinta años.

—Una vez fue así, pero ahora las cosas han vuelto a cambiar. Te emborrachas un poco, no encuentras un sitio seguro para pasar la noche, llega la partida de reclutamiento y te mete en las mazmorras. No es justo, señor. Solo porque un hombre esté entre barcos, eso no le da derecho a nadie a embarcarlo con la flota de Lord Jessup durante siete años. ¡Siete años persiguiendo piratas y combatiendo contra galeras de guerra queganás!

Amos entrecerró los ojos.

—¿Cómo es que Guy gobierna en Krondor? Hemos oído historias, pero eran confusas.

Radburn asintió.

—Está usted en lo cierto, capitán, porque son confusas. Hace un mes llega Guy al frente de su ejército, banderas ondeando, tambores repicando y tal. El príncipe, o eso dicen, lo trata de forma muy amistosa, aunque du Bas-Tyra trae un pergamino del rey nombrándolo virrey. El príncipe incluso lo ayuda, dicen, hasta que el asunto de las partidas de reclutamiento y tal llega a sus oídos. —Bajó más la voz—. Oí que cuando se quejó, Guy lo encerró en sus habitaciones. Supongo que serán unas bonitas habitaciones, pero iguales que un celda si no puedes salir. Eso he oído.

Arutha estaba tan ofendido por la historia que estaba a punto de hablar. Amos lo cogió del brazo rápidamente, avisándole que callara.

—Bueno, Radburn, siempre me vendrá bien un buen hombre que haya navegado con John Avery. Te diré qué vamos a hacer. Esta noche tengo que ir una vez más al

barco, y tengo en mi habitación algunas pertenencias que me gustaría llevar a bordo. Ven conmigo y llévalas.

Amos se levantó y, sin darle al hombre tiempo para objetar, lo cogió por el brazo y lo empujó hacia las escaleras. Arutha echó una ojeada al grupo que había entrado con Radburn. Por el momento parecían no darse cuenta de lo que estaba pasando al otro lado de la atestada habitación, mientras Amos hacía subir las escaleras a Radburn, seguidos por Arutha y Martin.

Amos arrastró a Radburn por el pasillo y, una vez hubieron cruzado la puerta de su habitación, se dio la vuelta y le propinó un fortísimo golpe en el estómago, haciéndolo doblarse. Un brutal rodillazo en la cara, y Radburn quedó noqueado en el suelo.

—¿De qué va todo esto? —dijo Arutha.

—Este hombre es un embustero. John Avery es un nombre marcado en Kesh. Traicionó a los capitanes de Durbin hace veinte años ante una flota incursora quegana. Y sin embargo Radburn ni parpadeó cuando le dije que había visto a Avery en Durbin hace seis años. Y muestra de forma demasiado abierta su desprecio al virrey. Su historia huele como un pescado podrido. Salimos por la puerta con él y pasadas dos manzanas caerá sobre nosotros una docena de hombres o más.

—¿Qué hacemos? —dijo Arutha.

—Irnos. Sus amigos estarán en esas escaleras en un minuto. —Señaló a la ventana. Martin se quedó junto a la puerta mientras Arutha arrancaba las sucias cortinas de lienzo y abría las contraventanas—. Ahora podéis ver por qué elegí esta habitación.

Menos de un metro por debajo del alféizar estaba el techo del establo. Arutha bajó de un salto, seguido de Amos y Martin. Bajaron a toda prisa pero con cuidado por el techo inclinado, hasta llegar al borde. Arutha saltó y aterrizó en silencio, seguido un momento después por Martin. Amos aterrizó más pesadamente, pero sólo sufrió una leve magulladura en su dignidad. Oyeron una tos y una maldición, y levantaron la mirada para ver un rostro ensangrentado en la ventana.

—¡Están en el patio! —gritó Radburn mientras los tres fugitivos iban hacia la puerta.

—Debería haberle cortado la garganta —maldijo Amos.

Salieron corriendo por la puerta y, cuando llegaron a la calle, Amos agarró a Arutha. Un grupo de hombres venía corriendo por la calle hacia ellos. Arutha y sus compañeros huyeron en dirección contraria, escurriéndose por un callejón oscuro.

A la carrera entre las paredes desnudas de dos edificios, cortaron por una calle transitada, volcando varios carros de mano, y se escabulleron por otro callejón seguidos por las maldiciones de los propietarios de los carros. Siguieron corriendo, sin alejarse nunca de los sonidos de persecución, siguiendo a oscuras un serpenteante laberinto de callejones y callejuelas por la ciudad de Krondor.

Al torcer una esquina se encontraron en el cruce de una calle larga y estrecha, poco más que un callejón, flanqueada a ambos lados por altos edificios. Amos fue el primero en torcer la esquina e hizo un gesto para que Arutha y Martin se detuvieran.

—Martin, corre a la otra esquina y echa un vistazo —dijo en voz baja—. Arutha, al otro lado. —Señaló hacia un punto donde podía verse una débil luz—. Yo me quedaré vigilando aquí. Si nos separamos, id al barco. Hay pocas posibilidades de saltarse el bloqueo, pero si os libráis, haced que Vasco vaya hacia Durbin. Allí el oro comprará suficiente protección para reparar la nave y volver a Crydee. Vamos.

Arutha y Martin corrieron por la calle en direcciones opuestas y Amos se quedó vigilando detrás. Súbitamente llegaron gritos del otro extremo de la calle y Arutha volvió la cabeza. En el otro extremo de la calle pudo ver la borrosa silueta de Martin forcejeando con varios hombres. Empezó a ir hacia allá, pero Amos le gritó.

—¡Seguid, yo lo ayudaré! ¡Huid!

Arutha dudó, y luego reemprendió la carrera hacia la débil luz. Estaba jadeando cuando alcanzó la esquina y casi se resbaló al detenerse, entrando en una avenida transitada y bien iluminada. Los vendedores anunciaban desde carros decorados con faroles sus productos a los viandantes que habían salido a pasear tras la cena. El tiempo era suave, parecía haber pocas posibilidades de nieve ese invierno, y había salido bastante gente. Por el estado de los edificios y la forma de vestir de los que estaban en la zona, Arutha supo que estaba en una parte más próspera de la ciudad.

Entró en la calle y anduvo con paso forzosamente tranquilo. Se volvió y fingió inspeccionar la mercancía de un vendedor de ropa mientras varios hombres se acercaban desde la calle por la que él había salido. Cogió una llamativa capa roja de entre las prendas y se la pasó por los hombros, echándose la capucha por encima de la cabeza.

—Pero bueno ¿qué cree usted que está haciendo? —preguntó un hombre de rostro apergaminado en un susurro aflautado.

—Buen hombre, no esperará que compre esta prenda sin ver cómo me queda —dijo Arutha afectando una voz nasal.

Enfrentado de repente a un posible cliente, el hombre se volvió empalagosamente amistoso.

—Oh, no, por supuesto, señor —miró a Arutha con la capa de pésima confección puesta—. Le queda a la perfección, señor, y el color va con usted, si me permite decirlo.

Arutha se atrevió a echar una ojeada a sus perseguidores. El hombre que se hacía llamar Radburn estaba en la esquina, con sangre seca en el rostro y la nariz hinchada, pero aún capaz de dirigir la búsqueda de sus hombres. Arutha se ajustó la capa, una cosa grande y aparatosa que colgaba casi hasta el suelo.

—¿Usted cree? —dijo haciendo exhibición de escrupulosidad—. No me gustaría

aparecer en la corte pareciendo un vagabundo.

—Oh, ¿se trata de la corte, señor? Bueno, es justo lo que necesita, hágame caso. Le confiere cierta elegancia a su aspecto.

—¿Cuánto es?

Arutha vio a los hombres de Radburn andando entre los transeúntes, algunos mirando en todas las tabernas y comercios mientras pasaban, los demás apresurándose hacia otros sitios. Salieron más de la callejuela, y Radburn habló con ellos rápidamente. Dejó a varios vigilando la calle y luego se volvió y condujo al resto por donde habían venido.

—Es de la mejor tela hecha en Ran, señor —dijo el vendedor—. Costó mucho traerla desde las orillas del Mar del Reino. No podría dejarla en menos de veinte soberanos de oro.

Arutha palideció, y por un momento quedó tan ofendido por el escandaloso precio que casi se olvidó de todo.

—¿Veinte? —bajó la voz cuando uno de los hombres de Radburn que pasaba por allí le dirigió una mirada—. Mi querido caballero —dijo volviendo al personaje—. Quiero comprar una capa, no establecer una renta vitalicia para sus nietos. —El hombre de Radburn se dio la vuelta y desapareció entre la muchedumbre—. Después de todo es una vestimenta bastante sencilla. Creo que dos soberanos serán más que suficientes.

Regatearon durante otros diez minutos, y Arutha se fue finalmente con la capa por el precio de ocho soberanos y dos reales de plata. Era el doble del precio que debería haber pagado, pero aquellos que los buscaban habían ignorado a un hombre que regateaba con un vendedor ambulante, y evitar que lo descubrieran valía cien veces ese precio.

Arutha se mantuvo alerta, en busca de señales de que lo estuvieran observando mientras se abría paso por la calle. Por desgracia, sabía poco de Krondor y no tenía ni idea de adónde había llegado tras la huida. Se mantuvo en la parte más transitada de la calle, quedándose cerca de los grupos más grandes, tratando de pasar desapercibido.

Vio a un hombre de pie en una esquina, aparentemente pasando el rato, pero claramente observando a los que circulaban. Arutha miró a su alrededor y vio una taberna al otro lado de la calle, indicada por un letrero de colores brillantes con una paloma blanca. Cruzó rápidamente la calle, manteniendo el rostro vuelto hacia el lado contrario del hombre de la esquina, y se acercó a la puerta de la taberna. Cuando alargaba la mano para abrirla, otra mano lo cogió por la capa y Arutha giró bruscamente sobre sus talones, con la espada a medio desenvainar. Allí había un chico de unos trece años, vestido con una sencilla blusa llena de parches y unos pantalones de hombre cortados a la altura de las rodillas. Tenía el pelo y los ojos

oscuros, y en su sucio rostro había una amplia sonrisa.

—Ahí no, señor —dijo con cierto tono alegre en la voz.

Arutha devolvió la espada a la vaina y se metió en el personaje.

—Vete, chico, no tengo tiempo para mendigos ni vendedores, incluidos los de estatura limitada.

La sonrisa del chico se ensanchó.

—Si insiste. Pero hay dos de ellos ahí dentro.

Arutha dejó el acento nasal.

—¿Quiénes?

—Los hombres que lo venían persiguiendo por la callejuela.

Arutha miró a su alrededor. El chico parecía estar solo.

—¿De qué hablas? —dijo mirando al muchacho a los ojos.

—Lo vi actuar. Muy astuto, señor. Pero tienen la zona cubierta, y usted no podrá escabullirse solo.

Arutha se inclinó hacia delante.

—¿Quién eres, chico?

—Me llamo Jimmy —dijo echándose hacia atrás el pelo enmarañado—. Trabajo por aquí. Puedo ayudarlo a escapar. Por un precio, por supuesto.

—¿Y qué te hace pensar que yo quiero escapar?

—No trate de tomarme por tonto como ha hecho con el mercader, señor. Usted necesita quitarse de encima a alguien que seguramente me pagaría por mostrarle dónde está usted. Ya me he cruzado antes con Radburn y sus hombres, así que usted me cae mejor de lo que pueden caerme ellos. Siempre que usted pueda ofrecer más por su libertad que él por su captura.

—¿Conoces a Radburn?

Jimmy sonrió.

—No tanto como me gustaría, pero sí, hemos tenido tratos antes.

Arutha estaba impresionado por la fría actitud del chico, que no era la que él hubiera esperado de los chicos que conocía allá en casa. Aquí estaba un veterano en moverse por los traicioneros entresijos de la ciudad.

—¿Cuánto?

—Radburn me pagará unos veinticinco de oro por encontrarlo, cincuenta, si está especialmente interesado en su pellejo.

Arutha sacó su bolsa del dinero y se la entregó al chico.

—Aquí hay algo más de cien soberanos, chico. Sácame de aquí y llévame hasta el puerto, y lo duplicaré.

Los ojos del chico se abrieron de par en par por un instante, pero no perdió la amplia sonrisa.

—Tiene usted que haber ofendido a alguien muy influyente. Venga conmigo.

Partió tan deprisa que Arutha casi lo perdió entre la muchedumbre. El chico se movía entre la gente con la facilidad que da la experiencia, y Arutha tenía que esforzarse para no empujar a la gente de la calle. Jimmy lo condujo a un callejón a varias manzanas de distancia. Cuando se habían adentrado un poco en el callejón, Jimmy se detuvo.

—Mejor que tire esa capa. El rojo no es mi color favorito para pasar desapercibido. —Arutha tiró la capa dentro de un barril vacío—. En unos momentos iremos de camino al puerto. Si alguien se cruza con nosotros, usted está solo. Pero a cambio de ese otro centenar de oros intentaré encargarme de que llegue a su destino.

Se abrieron paso hasta el otro extremo del callejón, que aparentemente no se usaba demasiado, a tenor de la enorme acumulación de basura y desechos, cajas de embalaje, muebles rotos y objetos inidentificables apoyados contra las paredes que los rodeaban.

Jimmy apartó una caja y descubrió un agujero.

—Esto debería ponernos fuera de la red de Radburn, al menos eso espero —dijo.

Arutha se encontró con que tenía que agacharse para seguir al muchacho por el pequeño pasadizo. Por el fétido olor del túnel, estaba claro que algo se había arrastrado allí para morir recientemente.

—Echamos aquí un gato muerto cada varios días —dijo Jimmy como si le hubiera leído la mente—. Hace que la gente no meta la nariz demasiado.

—¿Echamos? —dijo Arutha.

Jimmy ignoró la pregunta y siguió avanzando. Pronto salieron a otro callejón abarrotado de basura. En la boca del callejón, Jimmy le hizo un gesto a Arutha para que se parara y esperase. Salió a toda prisa de la oscura calle y volvió corriendo.

—Los hombres de Radburn. Tienen que saber que usted vendría a los muelles.

—¿Podemos evitarlos?

—Imposible, hay más que piojos en un mendigo.

El chico partió en dirección opuesta por la calle a la que habían entrado desde el pasadizo. Arutha siguió a Jimmy mientras este entraba por otra callejuela. Esperaba no haberse equivocado al confiar en el chico de la calle. Tras algunos minutos de trayecto, Jimmy se detuvo.

—Conozco un sitio en el que puede usted esconderse por algún tiempo, hasta que pueda encontrar a otros para ayudarlo a llegar hasta su barco, pero le costará más de cien.

—Consigue que esté en mi barco antes del amanecer y te daré lo que pidas.

Jimmy sonrió.

—Puedo pedir mucho.

Observó a Arutha durante algunos momentos, y luego se fue con una inclinación de cabeza. Arutha lo siguió y se adentraron en la ciudad. Los sonidos de gente se



fueron desvaneciendo, y Arutha supuso que estaban entrando en una zona menos transitada durante la noche. Los edificios a su alrededor mostraban que se adentraban en otra zona pobre de la ciudad, aunque no muy próxima a los muelles por lo que Arutha podía decir.

Varios giros repentinos por callejones oscuros y estrechos y Arutha se encontró completamente perdido. Súbitamente, Jimmy se dio la vuelta.

—Aquí estamos —dijo.

Abrió una puerta que había en una pared por lo demás desnuda y entró. Arutha subió unas largas escaleras tras él. Jimmy lo condujo por un largo pasillo que había al acabar las escaleras hasta una puerta. El chico la abrió y le indicó que entrara. Arutha dio un paso y se detuvo cuando encontró las puntas de tres espadas apoyadas contra su vientre.

# 7

## Huida

Un hombre le hizo un gesto a Arutha para que entrara. Estaba sentado tras una mesita, mirando hacia la puerta.

—Por favor, entra —dijo inclinándose hacia delante, entrando en el radio de luz de la lámpara que había en la mesa. La luz reveló un rostro picado de viruela y una gran nariz ganchuda. Sus ojos no se apartaron de Arutha mientras los tres espadachines retrocedían un paso para dejar entrar al príncipe. Arutha dudó al ver las siluetas maniatadas e inconscientes de Amos y Martin apoyadas contra la pared. Amos gruñía y se agitaba, pero Martin estaba inmóvil. Arutha midió la distancia que lo separaba de los tres espadachines, con la mano cerca de la empuñadura de su estoque. Cualquier idea de saltar hacia atrás y desenvainar la espada desapareció cuando sintió la punta de una daga contra la espalda. Una mano se movió por detrás y le quitó la espada.

Luego Jimmy pasó junto al príncipe, examinando el estoque mientras escondía cuidadosamente su daga en los pliegues de su blusa. Sonreía ampliamente.

—He visto algunos de estos. Es lo bastante ligero para que yo pueda usarlo.

—Dadas las circunstancias —dijo Arutha secamente—, no sería inapropiado convertirlo en mi herencia para ti. Disfrútalo con salud.

—Mantienes la calma —dijo el hombre picado de viruela mientras uno de los espadachines hacía entrar a Arutha en la habitación. Otro apartó su arma y le ató las manos a la espalda. Luego lo hicieron sentarse bruscamente en una silla frente al hombre que había hablado, que siguió:

—Me llamo Aaron Cook, y ya conoces a Jimmy la Mano —señaló al muchacho—. Los otros prefieren mantener el anonimato por el momento.

Arutha miró al chico.

—¿Jimmy la Mano?

El chico ejecutó una buena imitación de una reverencia cortesana mientras Cook hablaba.

—El mejor robabolsillos de Krondor, de camino a convertirse también en el mejor

ladrón, si hay que creer la valoración que hace de sí mismo. Ahora al grano. ¿Quién eres?

Arutha contó la historia de que era socio de Amos y se llamaba Arthur, y Cook lo estudió estoicamente. Asintió con un suspiro y uno de los hombres que se mantenía en silencio avanzó y golpeó a Arutha en la boca. La cabeza de este salió despedida hacia atrás por la fuerza del golpe, y le lagrimearon los ojos.

—Amigo Arthur —dijo Aaron Cook negando con la cabeza—, podemos seguir con esta entrevista un par de días. Te aconsejo que no elijas el camino difícil. Será muy desagradable, y de todas formas al final sabremos lo que queremos. Así que, por favor, piensa tu respuesta cuidadosamente. —Se levantó y rodeó la mesa—. ¿Quién eres?

Arutha empezó a repetir su historia, y el hombre que lo había golpeado volvió a adelantarse y acabó su respuesta con otro potente golpe. El hombre llamado Cook se inclinó hasta que su cabeza estuvo a la misma altura que la de Arutha, que parpadeaba para aclarar sus ojos de lágrimas.

—Amigo, responde a lo que te preguntamos. Ahora, para no perder tiempo —señaló a Amos—, vale que este es el capitán de tu barco, pero que tú eres su socio... no me lo creo. Ese otro tipo hizo el papel de cazador de las montañas en varias tabernas por la ciudad, y creo que no estaba fingiendo; tiene el aspecto de alguien que conoce el monte mejor que las calles, un aspecto difícil de fingir. —Estudió a Arutha—. Pero tú... al menos eres un soldado, y tus buenas botas y tu espada dicen que eres un caballero. Pero creo que hay algo más. —Miró a Arutha a los ojos—. ¿Por qué pone tanto empeño en encontraros Jocko Radburn?

Arutha miró a Aaron Cook directamente a los ojos.

—No lo sé.

El hombre que había golpeado a Arutha empezó a avanzar, pero Cook levantó la mano.

—Eso puede que sea cierto. Has estado haciendo el tonto, la forma en la que has estado apareciendo aquí y allí, frecuentando las puertas de palacio, haciéndote el inocente. O sois unos espías muy pobres o sois unos pobres tontos, pero no hay duda de que habéis despertado el interés de los hombres del virrey, y por lo tanto el nuestro.

—¿Quiénes sois?

Cook ignoró la pregunta.

—Jocko Radburn es el oficial en jefe de la policía secreta del virrey. A pesar de ese rostro abierto y honesto que tiene, es uno de los bastardos más despiadados y con más sangre fría que los dioses han puesto en este mundo. Le arrancaría alegremente el corazón a su abuela si supiera que la anciana se tomaba libertades con los secretos de estado. El hecho de que haya aparecido en persona muestra que, como mínimo, cree

que podéis ser importantes. Nos enteramos por primera vez de que había gente metiendo la nariz por la ciudad más o menos un día o dos después de que llegais, y cuando nuestra gente se enteró de que algunos hombres de Radburn os estaban vigilando, decidimos hacer lo mismo. Cuando empezaron a ofrecer pequeños sobornos por información acerca de vosotros tres, nos interesamos especialmente. Nos conformábamos con seguirus vigilando, esperando hasta que enseñarais vuestras cartas. Pero cuando Jocko y sus hombres aparecieron en el Reposo del Marinero nos vimos obligados a actuar. Nos llevamos a esos dos de debajo de las propias narices de Jocko, pero Jocko y sus matones se interpusieron en el callejón entre nosotros y tú, así que nos escapamos con estos. Que Jimmy te encontrara fue un golpe de suerte, porque no sabía que estábamos preparados para traerte —asintió mostrándole su aprobación al chico—. Hiciste bien al traerlo aquí.

Jimmy se rio.

—Estaba en los tejados, observando todo el asunto. Supe que lo querrías tan pronto atrapaste a los otros dos.

Uno de los hombres maldijo.

—Más te vale no haber estado buscando un beneficio extra sin permiso del Maestre Nocturno.

Cook levantó la mano y el hombre se calló.

—No te hará daño saber que algunos de nosotros somos Burladores, y otros no, pero todos estamos unidos en un empeño de gran importancia. Escúchame bien, Arthur: tu única esperanza de salir vivo de aquí depende de que quedemos convencidos de que no representas un peligro para ese empeño del que te he hablado. Puede que el interés que tiene Radburn en vosotros tenga que ver con otros asuntos. O puede que haya aquí un cruce de intereses, un patrón que todavía no hemos descubierto. En cualquier caso tendremos la verdad, y cuando estemos satisfechos con lo que nos hayas dicho, os soltaremos; quizá puede que incluso os ayudemos a ti y a tus compañeros, u os mataremos. Ahora empecemos por el principio. ¿Por qué habéis venido a Krondor?

Arutha reflexionó. Mintiendo había poco que ganar aparte de dolor, pero tampoco estaba dispuesto a decir toda la verdad. No estaba demostrado que esa gente no trabajara con los hombres de Guy. Podía ser una treta, con Radburn en la habitación de al lado escuchando cada palabra. Decidió qué parte de la verdad contar.

—Soy agente de Crydee. Vine para hablar con el príncipe Erland y Lord Dulanic en persona, para pedir ayuda contra una próxima ofensiva tsurani. Cuando nos enteramos de que Guy du Bas-Tyra tenía el control de la ciudad, decidimos evaluar la situación antes de emprender un curso de acción.

Cook escuchó atentamente.

—¿Por qué tendría un emisario de Crydee que colarse en la ciudad? ¿Por qué no

venir con las banderas al viento y recibir una bienvenida de estado?

—Porque igual Guy el Negro lo metía en una celda, estúpido bastardo.

Cook volvió la cabeza bruscamente. Amos se había incorporado sentándose contra el muro, y estaba sacudiendo la cabeza aturdido.

—Creo que me has roto el cráneo, Cook.

Aaron Cook miró a Amos.

—¿Me conoces?

—Sí, rata marina con cabeza de corcho, te conozco. Te conozco lo suficiente para saber que no vamos a decir ni una palabra más hasta que no traigas a Trevor Hull.

Aaron Cook se levantó de la mesa, con expresión de incertidumbre en el rostro. Le hizo un gesto a uno de los hombres que había junto a la puerta, que también parecía incomodado por las palabras de Amos. El hombre asintió y salió de la habitación. Volvió unos minutos más tarde seguido de otro hombre, alto y con una mata de pelo gris, pero aún de aspecto poderoso. Una cicatriz dentada le corría desde la frente pasando por su ojo derecho, que era blanco como la leche, y por la mejilla. Miró largamente a Amos, luego se rio a mandíbula batiente y señaló a los prisioneros.

—Desatadlos.

Amos fue puesto en pie por dos hombres, que lo liberaron.

—Pensé que te habían ahorcado hace años, Trevor —dijo mientras le desataban las cuerdas.

El hombre le dio una palmada en la espalda.

—Y yo a ti, Amos.

Cook miró interrogativamente al recién llegado, mientras desataban a Arutha y reanimaban a Martin tirándole una jarra de agua a la cara. El hombre llamado Trevor Hull miró a Cook.

—¿Has perdido el seso, hombre? Se ha dejado barba y se ha cortado su famosa melena rizada, bueno, ha perdido algo de pelo y ha ganado algunos kilos, pero sigue siendo Amos Trask.

Cook estudió a Amos un momento más, y entonces abrió los ojos de par en par.

—¿Capitán Trenchard?

Amos asintió y Arutha miró asombrado. Incluso en el lejano Crydee habían oído hablar de Trenchard el pirata, la Daga del Mar. Había tenido una carrera corta, pero famosa. Se decía que incluso las galeras de guerra queganadas habían huido nada más ver la flota de Trenchard, y no había una ciudad en las costas del Mar Amargo que no temiera a sus saqueadores.

Aaron Cook extendió la mano.

—Lo siento, capitán. Hace tanto tiempo desde que nos vimos... No podíamos estar seguros de que no fuerais parte de algún plan de Radburn para localizarnos.

—¿Quiénes sois? —preguntó Arutha.

—Todo a su tiempo —respondió Hull—. Venid.

Uno de ellos ayudó a ponerse en pie a Martin, que seguía aturdido, y Cook y Hull los llevaron a una habitación más cómoda, con sillas suficientes para todos. Cuando estuvieron sentados, habló Amos:

—Este viejo canalla es Trevor Hull, el capitán Ojoblanco, del *Cuervo Rojo*.

Hull negó tristemente con la cabeza.

—Ya no, Amos. Ardió cerca de la costa de Elarial, hace tres años. Barcos imperiales keshianos. Aquí mi primer oficial Cook y unos pocos de mis muchachos llegaron a la orilla conmigo, pero la mayoría de la tripulación se fue al fondo con el *Cuervo Rojo*. Logramos llegar hasta Durbin, pero las cosas están cambiando, con las guerras y todo eso. Llegamos a Krondor hace un año, y desde entonces trabajamos aquí.

—¿Trabajando? ¿Tú, Trevor?

El hombre sonrió y le tembló la cicatriz.

—Contrabandeando, de hecho. Eso es lo que nos ha hecho aliarnos con los Burladores. No pueden pasar muchas cosas de ese tipo en Krondor sin permiso del Hombre íntegro. Cuando el virrey llegó a Krondor, empezamos a tener encontronazos con Jocko Radburn y su policía secreta. Ha sido una espina clavada en el costado desde el primer momento. Este asunto de guardias yendo por ahí vestidos de personas normales... no hay honor en eso.

—Sabía que tenía que haberle cortado el pescuezo cuando tuve la oportunidad —murmuró Amos—. La próxima vez no seré tan condenadamente civilizado.

—¿Vamos perdiendo reflejos, Amos? Bueno, hace una semana nos llegaron noticias del Hombre íntegro. Tenía una carga valiosa que sacar de la ciudad. Teníamos que esperar hasta que el barco estuviera preparado. Radburn está muy ansioso por encontrar esa carga antes de que salga de Krondor. Así que, ya ves, es una situación muy delicada, porque no podemos sacarla hasta que no levanten el bloqueo del puerto o encontremos a uno de los capitanes del bloqueo que podamos sobornar. Cuando oímos que vosotros tres estabais haciendo preguntas, pensamos que sería algún gran plan de Jocko para encontrar ese cargamento. Ahora que lo hemos aclarado, me gustaría oír la explicación de la respuesta a la pregunta de Cook. ¿Por qué debería un emisario de Crydee temer que lo descubrieran los hombres del virrey?

—Así que estabas escuchando, ¿no? —Amos se volvió hacia Arutha, que asintió—. Este no es un simple emisario, Trevor. Nuestro joven amigo es el príncipe Arutha, el hijo del duque Borric.

Los ojos de Aaron Cook se desorbitaron y el hombre que había golpeado a Arutha palideció. Trevor Hull asintió, comprendiendo.

—El virrey pagaría bien para poner las manos encima del hijo de su viejo enemigo, especialmente cuando llegue el momento de presentar sus pretensiones ante

el Consejo de Grandes Señores.

—¿Qué pretensiones? —dijo Arutha.

Hull se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Por supuesto, no lo sabéis. Nosotros mismos solo oímos la noticia hace algunos días, y no es algo que sepa mucha gente. Aun así, no se me permite hablar libremente sin permiso.

Se levantó y salió de la habitación. Arutha y Amos intercambiaron miradas interrogativas. Luego, Arutha miró a Martin.

—¿Estás bien?

Martin se palpaba con cuidado la cabeza.

—Me recuperaré, pero me tienen que haber golpeado con un árbol.

Uno de los hombre sonrió de forma amistosa, casi pidiendo disculpas.

—Difícil de derribar, eso seguro —dijo palmeando una porra de madera que llevaba al cinto.

Hull volvió a la habitación seguido de otra persona. Los hombres que había en la habitación se levantaron, y Arutha, Amos y Martin hicieron lo propio. Tras Hull venía una chica joven de no más de dieciséis años. Arutha quedó inmediatamente impactado por la promesa de belleza en sus rasgos: grandes ojos verdes como el mar, nariz recta y delicada y labios levemente carnosos. Un tenue indicio de pecas salpicaba su por lo demás blanca piel. Era alta y esbelta, y caminaba con dignidad. Atravesó la habitación hasta Arutha, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Arutha quedó sorprendido ante este gesto y vio como ella retrocedía con una sonrisa en los labios. Llevaba un sencillo vestido azul oscuro, y su pelo castaño rojizo colgaba suelto hasta los hombros.

—Por supuesto —dijo ella tras un segundo—. Que tonta he sido. Tú no me conocerás. Yo te vi la última vez que estuviste en Kronador, pero tú no me viste a mí. Soy tu prima Anita, la hija de Erland.

Arutha se quedó paralizado. Aparte del inquietante efecto de la chica en su compostura, con su cautivadora sonrisa y su limpia mirada, estaba doblemente sorprendido de encontrarla en compañía de aquellos maleantes. Se sentó lentamente y ella cogió una silla. Tan acostumbrado estaba a la informalidad de la corte de su padre que se sorprendió un poco cuando la joven dio a los demás permiso para sentarse.

—¿Cómo...? —empezó a decir Arutha.

Amos lo interrumpió.

—¿La valiosa carga del Hombre íntegro?

Hull asintió y la princesa habló. Su atractivo rostro se nubló de emoción.

—Cuando el duque de Bas-Tyra llegó con órdenes del rey, mi padre le dio un cálido recibimiento y no ofreció resistencia. Al principio mi padre hizo todo lo que

pudo para ayudarlo a tomar el mando del ejército, pero cuando oyó las cosas que Guy estaba haciendo con su policía secreta y las partidas de reclutamiento forzoso, protestó. Luego, cuando Lord Barry murió y Guy puso a Lord Jessup al mando de la flota contra la opinión de mi padre, y Lord Dulanic desapareció tan misteriosamente, mi padre envió una carta al rey exigiendo que volviera a llamar a Guy. Guy interceptó el mensaje y ordenó que nos retuvieran bajo guardia en un ala de palacio. Entonces Guy vino a mi habitación una noche... —Ella tembló.

—No tienes por qué hablar de esas cosas —Arutha casi escupió al decirlo. El repentino acceso de ira sobresaltó a la chica.

—No —dijo ella—, no fue nada de eso. Fue muy educado, casi formal. Se limitó a informarme de que nos íbamos a casar, y de que el rey Rodric lo nombraría heredero del trono de Kronдор. Si acaso, parecía irritado por tener que tomarse tantas molestias.

Arutha golpeó con el puño la pared que había tras él.

—¡Eso lo dice todo! Guy quiere la corona de Erland, y después la de Rodric. Quiere ser rey.

Anita miró tímidamente a Arutha.

—Eso parece. Mi padre no está bien y no pudo resistirse, aunque se negó a firmar la proclamación del compromiso. Guy hizo que lo llevaran a las mazmorras hasta que firmara. —Los ojos de ella empezaron a llorar—. No puede vivir mucho en ese sitio tan frío y húmedo. Temo que morirá antes que acceder a los deseos de Guy. —Su rostro era un máscara de control, aunque las lágrimas corrían por sus mejillas mientras hablaba de la prisión de su madre y de su padre—. Entonces, una de mis damas me dijo que una criada conocía a gente de la ciudad que podía estar dispuesta a ayudar.

Trevor Hull habló.

—Con vuestro permiso, Alteza. Una de las chicas de palacio es hermana de un Burlador. Con todo en el aire, el Hombre íntegro decidió que podía resultarle ventajoso implicarse. Lo arregló todo para sacar a la princesa de palacio la noche de la partida de Guy, y ha estado aquí desde entonces.

—Entonces, el rumor que oímos antes de huir del Reposo del Marinero de que había una búsqueda del «primo real» se refería a Anita, no a Arutha —dijo Amos.

Hull señaló al príncipe.

—Puede que Radburn y sus muchachos sigan sin tener ni idea de quiénes sois. Lo más seguro es que fueran a por vosotros con la esperanza de que resultarais ser cómplices de la fuga de la princesa. Estamos casi seguros de que el virrey no tiene ni idea de que se ha escapado del palacio, porque la huida fue después de que él partiera. Supongo que Radburn estará desesperado por recuperarla antes de que su amo vuelva de la guerra con Kesh.



Arutha estudió a la princesa, sintiendo un fuerte deseo de hacer algo por ayudarla, un deseo más allá de la intención de frustrar a Guy. Echó a un lado el extraño tirón emocional.

—¿Por qué desea el Hombre íntegro enfrentarse a Guy? —le preguntó a Trevor Hull—. ¿Por qué no la entrega a cambio de una recompensa?

Trevor Hull miró a Jimmy la Mano, que respondió con su amplia sonrisa.

—Mi patrón, un hombre muy perceptivo, vio enseguida que lo mejor para sus intereses era ayudar a la princesa. Desde que Erland ha sido príncipe de Kronдор los negocios en la ciudad han ido como la seda, dentro de un ambiente productivo para los múltiples negocios de mi patrón. La estabilidad nos beneficia a todos, ya ves. Con Guy aquí tenemos a su policía secreta husmeando, perturbando el normal comercio de nuestro gremio. Y aparte de todo, somos leales súbditos de Su Alteza el príncipe de Kronдор. Si él no desea que su hija se case con el virrey, nosotros tampoco lo deseamos. —Con una carcajada, Jimmy añadió—: Además, la princesa ha accedido a pagar veinticinco mil soberanos de oro a nuestro patrón si el gremio consiguiera sacarla de Kronдор, pagaderos cuando su padre vuelva al poder, o algún otro destino la coloque en el trono.

Arutha cogió la mano de Anita.

—Bueno, prima, no hay nada más por hacer. Debemos llevarte a Crydee a la primera oportunidad.

Anita sonrió y Arutha se encontró respondiéndole con otra sonrisa.

—Como he dicho antes, estábamos esperando la oportunidad propicia para sacarla de la ciudad —dijo Trevor Hull, y se volvió hacia Amos—. Tú eres el hombre para esto, Amos. No hay nadie mejor para burlar un bloqueo en el Mar Amargo, excepto yo, por supuesto, pero yo tengo asuntos de los que ocuparme aquí.

—Todavía nos faltan algunas semanas para poder partir —dijo Trask—. Incluso si levantarán el bloqueo, mi nave necesita reparaciones desesperadamente. Y si partimos ahora, tendríamos que estar navegando sin rumbo fijo hasta que amainara el tiempo en los estrechos. Con la flota de Jessup preparando una emboscada marina, eso sería arriesgado. Mejor me escondería aquí algún tiempo, y luego haría una rápida salida hacia el Oeste, por los estrechos y sin demora alguna a la Costa Lejana.

Hull le dio una palmada en el hombro.

—Bien, eso nos dará tiempo. He oído hablar de tu barco; los muchachos me han dicho que es poco mejor que una barcaza. Te encontraremos otro. Se lo mandaré decir a tus hombres cuando llegue el momento. Lo más probable es que Radburn deje a tu tripulación en paz con la esperanza de que aparezcas. Iremos pasando a tus hombres a bordo del nuevo barco de pocos en pocos y los sustituiremos por mis chicos, para que los hombres de Radburn no noten nada raro a bordo. —Se volvió hacia Arutha—. Aquí estaréis a salvo, Alteza. Este edificio es uno de los muchos que

poseen los Burladores, y nadie se acerca sin que nos enteremos con suficiente antelación. Cuando llegue el momento, sacaremos a todo el mundo de la ciudad. Ahora os llevaremos a vuestra habitación, para que podáis descansar.

Arutha, Martin y Amos fueron conducidos a una habitación que estaba en el mismo pasillo donde se habían encontrado con Anita, mientras la princesa volvía a sus propios aposentos. La habitación en la que entraron era sencilla, pero limpia. Los tres hombres estaban cansados. Martin cayó pesadamente en un catre y se quedó dormido enseguida. Amos se sentó lentamente, y Arutha lo observó durante unos instantes.

—Cuando viniste por primera vez a Crydee pensé que eras un pirata —dijo Arutha con una leve sonrisa.

—Realmente traté de dejar eso detrás de mí, Alteza —dijo Amos forcejeando para quitarse una bota. Se rio—. Quizá fueron los dioses que se vengaron de mí, pero sabéis, durante quince años, hombre y muchacho, fui corsario y capitán, y cuando intento por primera vez dedicarme al comercio honrado mi nave es capturada y quemada, mi tripulación masacrada y yo me encuentro en tierra, tan lejos del corazón del Reino como puede estarse sin salir de él.

Arutha se tumbó en el catre.

—Has sido un buen consejero, Amos Trask, y un valiente compañero. Tu ayuda a lo largo de estos años te ha ganado un buen perdón por tus pasadas maldades pero... —sacudió la cabeza—. ¡Trenchard el pirata! Dioses, hombre, hay tanto que perdonar...

Amos bostezó y se desperezó.

—Cuando volvamos a Crydee podrás ahorcarme, Arutha, pero por ahora ten la amabilidad de mantenerte en silencio y apagar la luz. Me estoy haciendo demasiado viejo para todas estas tonterías. Necesito dormir un poco.

Arutha alargó la mano y cubrió la mecha de la lámpara con una capucha. Se quedó tumbado en la oscuridad, mientras imágenes y pensamientos se agolpaban en su cabeza. Pensó en su padre y en lo que haría si estuviera allí, y luego se preguntó cómo estarían su hermano y su hermana. Pensar en Carline le hizo pensar en Roland, y especular sobre cómo irían progresando las fortificaciones de Jonril. Obligó a los molestos pensamientos a apartarse y dejó que su mente vagara. Entonces, antes de que el sueño se lo llevara, recordó a Anita mientras se ponía de puntillas para besarle en la mejilla, y volvió a sentir en su interior una sensación no enteramente cómoda. Una leve sonrisa cruzó sus labios mientras caía dormido.

Anita aplaudió con admiración mientras Arutha apartaba la punta de la espada de Jimmy. El chico ladrón estaba sonrojado por su torpeza.

—Eso estuvo mejor —le dijo Arutha.

Él y Jimmy estaban practicando esgrima básica, Jimmy con un estoque que había comprado con parte del dinero que Arutha le había dado. Durante un mes habían pasado el tiempo de esta forma, y Anita se había aficionado a mirar. Siempre que la princesa estaba cerca, el habitualmente presuntuoso Jimmy la Mano se volvía tímido, y se sonrojaba furiosamente cada vez que ella le hablaba. Arutha ya estaba seguro de que el ladronzuelo estaba afligido con la peor clase de atracción por la princesa, que solo era tres años mayor que él. Arutha valoraba la incomodidad de Jimmy, puesto que él también consideraba una distracción la presencia de la muchacha. Aún en trance de convertirse en una mujer, a pesar de todo se manejaba con majestuosidad cortesana, tenía ingenio y cultura y mostraba la promesa de una belleza madura. Encontraba difícil pensar en otro tema que no fuera la princesa.

El sótano en el que practicaban esgrima era húmedo y no tenía ventilación, así que el aire se cargaba enseguida.

—Suficiente por hoy, Jimmy —dijo Arutha—. Sigues estando impaciente por acercarte, y eso puede ser fatal. Tienes bastante velocidad, y es bueno que aprendas joven. También te falta fuerza en el brazo para lanzar tajos con el estoque, como hacen muchos hombres mayores que tú, y eso también puede ser fatal. Recuerda, el filo es para cortar...

—Y la punta es para matar —acabó Jimmy con una sonrisa de orgullo—. Hay que tener cuidado con un hombre armado con una espada ancha. Podría romperte la hoja si tratas de parar en vez de desviar la suya. ¿Pero qué se hace si se te echa encima uno de esos guerreros alienígenas con un espadón de los que has descrito?

Arutha se rio.

—Tienes que descubrir quién corre más rápido. —La risa de Anita se unió a la de Arutha y Jimmy—. En serio: tienes que mantenerte en el lado de su mano torpe. Con las espadas grandes tu oponente tiene un golpe, y luego tú tienes una apertura.

La puerta se abrió y entró Amos, con Martin y Trevor Hull.

—La maldita peor suerte, me perdone la princesa —dijo Amos—. Arutha, ha pasado lo peor que podía haber sucedido.

Arutha se secó el sudor de la frente con una toalla.

—No te quedes ahí plantado esperando que lo adivine. ¿Qué?

—Han llegado noticias esta mañana —dijo Hull—. Guy viene de vuelta a Krondor.

—¿Por qué? —preguntó Anita.

—Parece que nuestro señor de Bas-Tyra llegó a Shamata e izó su estandarte en las murallas —dijo Amos—. El comandante keshiano tuvo la dignidad de organizar un último ataque, para guardar las formas, y luego casi se parte el trasero corriendo de vuelta a casa. Dejó un puñado de nobles menores negociando con los lugartenientes de Guy las condiciones del armisticio, hasta que pueda redactarse un tratado formal

entre el rey y la emperatriz de Kesh. Solo hay una razón para que Guy venga a toda prisa hacia aquí.

—Sabe que he escapado —dijo Anita en voz baja.

—Sí, Alteza —dijo Trevor Hull—. Este Guy el Negro es un tipo astuto. Tiene que tener un espía en la compañía de Radburn. Parece que ni siquiera confía demasiado en su propia policía secreta. Por suerte, seguimos teniendo dentro de palacio gente leal a vuestro padre, o nunca nos habríamos enterado de este giro en los acontecimientos.

Arutha se sentó junto a la princesa.

—Bien, entonces tenemos que partir enseguida. O navegamos hacia casa o hacia Ylith para unirnos a mi padre.

—Considerando las opciones —dijo Amos—, parece que hay poco para recomendar un curso de acción sobre otro. Ambos tienen peligros y ventajas.

Martin miró a la muchacha.

—Aunque no creo que el campamento militar del duque sea sitio para una joven dama.

Amos se sentó junto a Arutha.

—Vuestra presencia en Crydee no es vital, al menos no por ahora. Fannon y Gardan son hombres capaces, y si surgiera la necesidad, creo que vuestra hermana no sería mala comandante. Deberían ser tan capaces como vos de mantener las cosas en orden.

—Pero tenéis que preguntaros esto —dijo Martin—: ¿qué haría vuestro padre al enterarse de que Guy no se limita a gobernar en Kronador como ayudante de Erland, sino que tiene la ciudad completamente bajo su control, que no va a mandar ayuda a la Costa Lejana y que pretende apoderarse del trono?

Arutha asintió vigorosamente.

—Tienes razón, Martin. Lo sabes muy bien. Significaría la guerra civil. —Había pena en su rostro—. Retiraría la mitad de los ejércitos del Oeste y marcharía por la costa hasta Kronador, y no se detendría hasta que la cabeza de Guy no estuviera clavada en un poste a las puertas de la ciudad. Luego el curso de los acontecimientos estaría marcado. Tendría que dirigirse al este y marchar contra Rodric. Nunca ha querido la corona, pero una vez empezado no podría detenerse hasta la victoria o la derrota total. Pero perderíamos el Oeste frente a los tsurani. Brucal no podría contenerlos lo suficiente sólo con medio ejército.

—Esto de la guerra civil parece mal asunto —dijo Jimmy.

Arutha se inclinó hacia delante en su asiento. Secándose la frente, miró desde debajo de unos mechones de pelo húmedo.

—No hemos tenido una en doscientos cincuenta años, desde que el primer Borric mató a su hermanastro Jon el Pretendiente. Comparado con lo que sería esta, con

todo el Este reunido contra el Oeste, aquella sería una simple escaramuza.

Amos miró a Arutha con expresión preocupada en el rostro.

—La historia no es mi punto fuerte, pero me parece que lo mejor para vuestro padre sería mantenerse ignorante de este giro de los acontecimientos hasta que acabe la ofensiva tsurani de primavera.

Arutha exhaló un largo suspiro.

—No hay otra cosa que hacer. Sabemos que no va a llegar ninguna ayuda a Crydee. Mejor decido lo que hacer cuando volvamos. Quizá junto con Fannon y los demás podamos preparar alguna defensa para cuando vengan los tsurani. —Su tono era casi de resignación—. Padre se enterará de las intrigas de Guy en su momento. Esta clase de noticias son difíciles de ocultar. Ojalá no se entere hasta que haya pasado la ofensiva tsurani. Quizá para entonces haya cambiado la situación.

Por su tono de voz era obvio que no creía que eso fuera probable.

—O puede que los tsurani decidan marchar contra Elvandar —dijo Martin—. O llevar la batalla hasta vuestro padre. ¿Quién puede decirlo?

Arutha se recostó y se dio cuenta de que la mano de Anita descansaba suavemente en su brazo.

—Vaya posibilidades tenemos —dijo en voz baja—. Enfrentarnos a la posible pérdida de Crydee y la Costa Lejana frente a los tsurani, o sumir al Reino en la guerra civil. Ciertamente los dioses tienen que odiar al Reino.

Amos se puso en pie.

—Trevor me ha dicho que tiene una nave. Podremos navegar en unos pocos días. Con suerte, el tiempo en los estrechos estará amainando cuando lleguemos.

Perdido en la penumbra de su propia derrota, Arutha apenas lo oyó. Había venido a Kronдор tan confiado... Ganaría el apoyo de Erland para su causa y rescataría Crydee de los tsurani. Y ahora se enfrentaba a una situación incluso más desesperada que si se hubiera quedado en casa. Los que lo rodeaban lo dejaron solo, excepto Anita, que pasó unos minutos en silencio sentada a su lado.

Unas siluetas oscuras avanzaban en silencio hacia los muelles. Trevor Hull conducía a una docena de hombres con Arutha y sus acompañantes por la silenciosa calle. Iban pegados a las paredes de los edificios, y cada pocos metros Arutha miraba hacia atrás para ver cómo le iba a Anita. Ella respondía a la preocupación de él con sonrisas valerosas, apenas perceptibles en la oscuridad previa al amanecer.

Arutha sabía que cerca de un centenar de hombres se movía por las calles adyacentes, barriendo la zona de guardias de la ciudad y agentes de Radburn. Los Burladores habían mandado un buen contingente para que Arutha y los demás pudieran salir seguros de la ciudad. Hull les había notificado la noche anterior que por un considerable precio el Hombre íntegro había arreglado que uno de los barcos

del bloqueo «fuese a la deriva», apartándose de su posición. Desde que había descubierto la verdadera situación, incluyendo el plan de Guy para convertirse en príncipe de Kronдор, el Hombre íntegro había dedicado sus considerables recursos a colaborar en la huida del príncipe y Anita. Anita se preguntaba si alguien fuera del gremio de ladrones conocería alguna vez la verdadera identidad del misterioso líder. Por los pocos comentarios que Arutha había oído, parecía que sólo unos pocos de los Burladores sabían quién era.

Con Guy en camino de vuelta a la ciudad, los hombres de Jocko Radburn habían intensificado su búsqueda hasta el punto casi del frenesí. Se había instituido el toque de queda, y en mitad de la noche se entraba en casas al azar, que eran registradas. Todos los informadores conocidos de la ciudad, y también muchos de los mendigos y correveidiles, habían sido arrastrados hasta las mazmorras e interrogados, pero fuera lo que fuese lo que lograron los hombres de Radburn, no descubrieron dónde estaba oculta la princesa. Por mucho que los habitantes de la calle temieran a Radburn, temían más al Hombre íntegro.

Anita oyó a Hull hablar en voz baja con Amos.

—Es perfecta para burlar bloqueos, se llama la *Brisa Marina*, y el nombre le viene al pelo. No hay nave más rápida en el puerto, ahora que todos los barcos de guerra grandes están con la flota de Jessup. Deberíais tener buen tiempo rumbo al oeste. Los vientos imperantes son de rumbo norte, así que podréis mantener un buen ritmo la mayor parte de la travesía.

—Trevor —dijo Amos—, he navegado un poquito por el Mar Amargo. Sé cómo soplan los vientos en esta época del año tan bien como cualquiera.

Hull resopló.

—Bueno, como tú digas. Tus hombres y el oro del príncipe están a salvo a bordo, y los sabuesos de Radburn no parecen haberse enterado. Siguen vigilando el *Viento del Alba* como un gato vigila el agujero de un ratón, pero a la *Brisa Marina* la dejan en paz. Hemos dejado unos papeles falsos en una naviera, anunciando que está en venta, así que incluso si no hubiera un bloqueo no se imaginarían que iba a salir del puerto en algún tiempo.

Llegaron a los muelles y se dirigieron apresuradamente a una chalupa que los esperaba. Hubo ruidos amortiguados, y Arutha supo que los Burladores y los contrabandistas de Trevor se estaban encargando de los vigilantes de Radburn.

Entonces, a sus espaldas, estalló un griterío. El clamor del acero rompió el silencio de la mañana, y Arutha oyó a Hull gritar:

—¡Al bote!

El pisoteo de botas sobre la madera de los embarcaderos desató un jaleo a medida que los Burladores salían en masa de las calles aledañas, para interceptar a quienes intentaban impedir la huida.

Llegaron al final del embarcadero y bajaron apresuradamente por la escalera hasta la chalupa. Arutha esperó en la parte superior de la escalera hasta que Anita estuvo a salvo abajo, y luego se dio la vuelta. Cuando pisaba el primer peldaño, oyó el sonido de cascos de caballos y vio a los caballos abrirse camino entre la multitud de Burladores, que caían frente a la embestida. Los jinetes, vestidos con el negro y el dorado de Bas-Tyra, descargaban tajos con las espadas para librarse de los que trataban de entorpecerlos.

Martin gritó desde el bote, y Arutha bajó rápidamente la escalera.

—¡Buen viaje! —gritó una voz desde arriba mientras Arutha llegaba al bote.

Anita levantó la mirada y vio a Jimmy la Mano asomado por el borde del embarcadero, con una sonrisa nerviosa en el rostro. Arutha no tenía ni idea de cómo había logrado el chico unirse a ellos cuando todos pensaban que estaba a salvo en el escondrijo. Ver que el muchacho iba desarmado hizo al príncipe dar un respingo. Se desabrochó el cinto de la espada y le arrojó el estoque.

—¡Toma, úsalo y que te aproveche!

Rápido como una serpiente que atacara, Jimmy cogió la vaina y se desvaneció.

Los marineros remaron vigorosamente y el bote se alejó del embarcadero. Aparecieron faroles en los muelles a medida que los sonidos del combate se hacían más fuertes. Incluso en las horas previas al amanecer llegaban numerosos gritos de «¿Qué pasa ahí?» y «¿Quién va?» de los que estaban vigilando barcos y carga en el puerto. Anita miró por encima del hombro, intentando ver lo que sucedía detrás. Se traían más faroles, y estalló un incendio en los muelles. Grandes fardos almacenados bajo un toldo de lienzo estallaron en llamas. Entonces los que estaban en el bote pudieron ver la pelea con claridad. Muchos de los ladrones estaban escapando por las calles de la ciudad, o saltando a la gélida agua del puerto. Arutha no podía ver la silueta de pelo gris de Trevor Hull por ninguna parte, ni la pequeña de Jimmy la Mano. Entonces vio con claridad a Jocko Radburn, vestido con una sencilla blusa, como la última vez. Radburn llegó hasta el borde del embarcadero y observó el bote que se alejaba. Señaló la chalupa con la espada y gritó algo que se perdió en el estruendo.

Arutha se dio la vuelta y vio a Anita sentada frente a él, con la capucha de la capa echada hacia atrás y su rostro claramente visible al resplandor de luz del muelle. Tenía la mirada atrapada por el espectáculo que había en tierra, y no parecía darse cuenta de que la habían descubierto. Arutha la tapó rápidamente con la capucha, sacándola de su ensoñación, pero sabía que el daño ya estaba hecho. Volvió a mirar y vio a Radburn ordenando a sus hombres que persiguieran a los Burladores que huían, retirándose por los muelles. Se quedó allí solo y luego se fue, desvaneciéndose en la oscuridad cuando la chalupa llegó a la *Brisa Marina*.

Tan pronto estuvieron todos a bordo, la tripulación de Amos levó anclas y subió a

la arboladura para largar velas. La *Brisa Marina* empezó a salir del puerto.

El hueco prometido en el bloqueo del puerto apareció, y Amos puso rumbo a él. Lo atravesó antes de que pudiera materializarse cualquier intento de cortarles el paso, y de repente estuvieron fuera del puerto, en mar abierto. Arutha sintió una extraña excitación cuando se dio cuenta de que se encontraban fuera de Krondor. Entonces oyó maldecir a Amos.

—¡Mira!

A la débil luz del falso amanecer, Arutha vio la borrosa silueta que le señalaba Amos. El *Grifo Real*, el buque de guerra de tres palos que habían visto al entrar en el puerto, estaba anclado más allá de la rada, oculto de la vista de la ciudad.

—Pensé que se habría ido con la flota de Jessup —dijo Amos—. Maldito sea ese astuto cerdo de Radburn. Nos seguirán tan pronto como él suba a bordo. —Gritó para que largaran todo el velamen y luego observó el navío que quedaba tras ellos—. Yo le rezaría a Ruthia, Alteza. Si podemos sacarle suficiente ventaja antes de que se ponga en marcha, puede que aún consigamos ser libres. Pero necesitaremos toda la buena fortuna de la que disponga la Dama de la Suerte.

La mañana era clara y fría. Amos y Vasco observaban a la tripulación trabajando con aprobación. Los hombres menos experimentados habían sido sustituidos por otros especialmente seleccionados por Trevor Hull. Hacían su trabajo rápido y bien, y la *Brisa Marina* iba hacia el oeste a toda velocidad.

Anita había sido conducida a un camarote abajo, y Arutha y Martin estaban en cubierta con Amos. El vigía informó que el horizonte estaba despejado.

—Vamos justos, Alteza —dijo Amos—. Si han puesto esa bestia de barco en marcha tan rápido como han podido, solo les hemos sacado una hora o dos. Puede que su capitán escoja el rumbo equivocado, pero sabiendo que queremos evitar la emboscada marina de Jessup, podría apostar a que preferirán seguir por la costa keshiana y arriesgarse a encontrarse con un buque de guerra keshiano antes que perdernos. No estaré tranquilo hasta que hayan pasado dos días sin signos de persecución. Pero aunque partieran enseguida, solo nos irán ganando un poco de terreno cada hora. Así que hasta que estemos seguros de que nos han localizado, nos vendría bien a todos descansar un poco. Id abajo y ya os llamaré si pasa algo.

Arutha asintió y se fue. Martin lo siguió. Le deseó a Martin un buen descanso y observó cómo el Maestre de Caza entró en el camarote que compartía con Vasco. Arutha entró en el suyo propio y se detuvo cuando vio a Anita sentada en su litera. Cerró la puerta lentamente.

—Pensé que estabas dormida en tu camarote.

Ella negó con la cabeza, y de repente había cruzado la corta distancia que los separaba y tenía la cabeza enterrada en el pecho de él. Los sollozos la hacían



estremecerse.

—He intentado ser valiente, Arutha, pero he pasado tanto miedo...

Él se quedó allí plantado, sin saber qué hacer, durante algunos momentos, y luego la rodeó dulcemente con los brazos. La fachada de seguridad en sí misma se había derrumbado, y Arutha se dio cuenta de lo joven que era. Su educación en la corte y sus modales le habían servido para mantener las apariencias entre la ruda compañía de los Burladores a lo largo del último mes, pero la máscara no había podido soportar más la presión. Le acarició el pelo.

—Todo va a ir bien.

Emitió otros sonidos para tranquilizarla, sin darse demasiada cuenta de lo que estaba diciendo, encontrando turbadora la proximidad de ella. Era lo bastante joven para que él siguiera considerándola una niña, pero lo bastante mayor como para hacerlo dudar de ese juicio. Él nunca había sido capaz de mantener una charla intrascendente con las jóvenes de la corte como Roland, ya que prefería una conversación más directa que dejaba frías a las damas. Y nunca había llamado la atención como Lyam, con su atractivo rubio y su carácter risueño y amable. En general las mujeres lo incomodaban, y esta mujer, o niña, no se decidía, lo hacía más de lo habitual.

Cuando pararon las lágrimas, él la condujo hasta la única silla del apretado camarote y se sentó en su litera. Ella sorbió una vez.

—Lo siento, esto es tan poco apropiado...

Súbitamente, Arutha rio.

—¡Qué muchacha! —dijo con verdadero afecto—. Si yo hubiera estado en tu lugar, fugándome de palacio, escondiéndome entre asesinos y ladrones, evitando a los hurones de Radburn y demás, me habría derrumbado hace mucho.

Ella sacó un pequeño pañuelo de su manga y se limpió la nariz delicadamente, luego le sonrió.

—Gracias por decir eso, pero creo que tú lo habrías hecho mejor. Martin me ha contado muchas cosas de ti a lo largo de las últimas semanas, y por lo que dice eres un hombre bastante valiente.

Arutha se sintió azorado por la atención.

—El Maestro de Caza tiene cierta tendencia a exagerar —dijo, sabiendo que no era cierto, y cambió de tema—. Amos dice que si en dos días no vemos el barco, estaremos libres.

Ella bajó los ojos.

—Bien.

Él se inclinó hacia delante y le limpió una lágrima de la mejilla, luego, en un acceso de timidez, retiró la mano.

—Estarás a salvo con nosotros en Crydee, libre de las maquinaciones de Guy. Mi

hermana te convertirá en una huésped bienvenida en nuestra casa.

Ella sonrió débilmente.

—Aun así, me siguen preocupando mi padre y mi madre.

Arutha hizo lo que pudo para tranquilizarla.

—Contigo a salvo fuera de Krondor, Guy no tiene nada que ganar haciéndole daño a tus padres. Puede seguir obligando a tu padre a que le conceda tu mano, pero ya no haría daño alguno que Erland aceptara. Contigo fuera de su alcance, es un compromiso vacío. Antes de que acabe todo esto, le ajustaremos las cuentas al querido primo Guy.

Ella suspiró y su sonrisa se ensanchó.

—Gracias, Arutha. Me has hecho sentir mejor.

Él se puso de pie.

—Intenta dormir. Yo usaré tu camarote por el momento.

La joven seguía sonriendo mientras se metía en la cama. Él cerró la puerta tras de sí. De repente sentía muy pocas ganas de descansar y volvió a cubierta.

Amos estaba junto al timonel, con los ojos fijos mirando hacia atrás. Arutha se puso a su lado.

—Allí, en el horizonte —dijo Amos—. ¿Podéis verlo?

Arutha forzó la vista y pudo distinguir una diminuta manchita blanca recortada contra el azul del cielo.

—¿Radburn?

Amos escupió por la borda.

—Supongo. La ventaja que tuviéramos la están recortando poco a poco. Pero una persecución en condiciones es una persecución larga, como se dice. Si podemos mantener la suficiente ventaja a lo largo del día, podríamos escabullimos por la noche si está lo bastante nublado para que las lunas no señalen nuestro trayecto.

Arutha no dijo nada, observando la diminuta mancha en la distancia.

A lo largo de todo el día habían visto crecer lentamente de tamaño la nave perseguidora. Al principio la pequeña manchita crecía con una enloquecedora lentitud, pero ahora lo hacía con una alarmante rapidez. Arutha podía ver las velas claramente definidas, ya no como un simple borrón blanco, y alcanzaba a divisar la insinuación de un punto negro en el palo mayor, sin duda el estandarte de Guy.

Amos contempló el sol poniente, justo al frente de la *Brisa Marina*, y luego observó la nave que los seguía.

—¿Puedes distinguirla? —le gritó al vigía.

—Buque de guerra de tres palos —respondió este.

Amos miró a Arutha.

—Es el *Grifo Real*. Nos alcanzará cuando se ponga el sol. Si tuviéramos solo diez

minutos más, o algo de mal tiempo donde escondernos, o si fuera sólo un poco más lento...

—¿Qué puedes hacer?

—Poco. En distancias largas es más rápido, lo bastante rápido para que no podamos sacudírnoslo de encima con ninguna clase de floritura. Si intentara un viraje cerrado justo cuando se nos acercara podría poner algo de espacio entre nosotros, porque ambos barcos perderían velocidad y ellos tardarían más en recuperarla. Pero tan pronto como ajustaran el velamen nos atraparían. Aunque eso nos dirigiría hacia el sur, y por allí hay algunos bajíos y arrecifes bastante peligrosos cerca de la costa, no lejos de aquí. Sería arriesgado. Se nos intentarán poner a barlovento cuando nos alcancen, así sus mástiles más altos nos tapan el viento y nos harán ir más lento para poder abordarnos sin pedir siquiera permiso.

Arutha contempló el barco que se acercaba durante otra media hora. Martin subió a cubierta y observó cómo la distancia entre ambas naves se reducía en unos pocos metros cada minuto. Amos hacía que su barco se aferrara al viento, llevándolo hasta los límites de su velocidad, y aun así el otro seguía acercándose.

—¡Maldición! —dijo Amos, casi escupiendo de la frustración—. Si fuéramos hacia el este los despistaríamos en la oscuridad, pero yendo hacia el oeste estaremos recortados en el horizonte durante algún tiempo después de que se ponga el sol. Ellos seguirán siendo capaces de vernos y nosotros a ellos no.

El sol fue bajando y la persecución continuó. Cuando el sol llegaba al horizonte, una feroz bola roja sobre el mar verdeazulado, el buque de guerra los seguía a menos de mil metros de distancia.

—Pueden intentar dañar el aparejo o barrer la cubierta con esas enormes ballestas, pero quizá con la chica a bordo Radburn no se atreva a arriesgarse por miedo a herirla.

Novecientos, ochocientos metros, el *Grifo Real* se acercaba, avanzando inexorablemente hacia ellos. Arutha podía distinguir siluetas, pequeñas manchas en la arboladura, negro recortado sobre las velas teñidas de rojo sangre por el sol poniente.

—¡Niebla! —gritó el vigía cuando el barco perseguidor se encontraba a unos quinientos metros.

Amos levantó la mirada.

—¿Por dónde?

—Al suroeste. A una milla o más.

Amos corrió hasta la proa seguido por Arutha. En el horizonte podían ver el sol poniéndose, mientras que a la izquierda se extendía sobre el negro del mar una franja blanca nebulosa.

—¡Dioses! —gritó Amos—. Tenemos una oportunidad.

Amos le gritó al timonel que pusiera rumbo suroeste y luego corrió hacia la popa

con Arutha pisándole los talones. Cuando llegaron, vieron que el viraje había reducido a la mitad la distancia que separaba las naves.

—¿Distingues a su timonel, Martin? —dijo Amos.

Martin forzó la vista.

—Está un poco oscuro —dijo—, pero no es un blanco difícil.

—Pues mira a ver si puedes apartar su mente de mantener el rumbo —dijo Amos.

Martin sacó su omnipresente arco y lo tensó. Extrajo una flecha y apuntó al navío perseguidor. Esperó, apoyando el peso del cuerpo en una pierna y luego en otra para compensar el balanceo del barco, y disparó. Como un pájaro encolerizado, la flecha sobrevoló el agua y pasó de largo por la popa del otro barco.

Martin observó el vuelo de la flecha, y tranquilamente murmuró un «hum» para sí. Con un solo movimiento fluido sacó otra flecha, la puso en el arco y la disparó. Esta siguió la trayectoria de la primera, pero en vez de pasar de largo por la popa del otro barco, se clavó en el timón y se quedó vibrando a pocos centímetros de la cabeza del timonel. Desde la *Brisa Marina* pudieron ver cómo el timonel del *Grifo Real* se tiraba al suelo soltando el timón. El barco dio un brusco viraje y empezó a quedar rezagado.

—Hace demasiado viento para disparar con precisión —dijo Martin, y mandó otra flecha a clavarse a centímetros de la primera, manteniendo el timón desatendido.

Poco a poco la distancia entre ambos barcos empezó a ampliarse, y Amos se volvió hacia su tripulación.

—Corred la voz. Cuando yo dé la orden de silencio, cualquier hombre al que siquiera se le escuche un susurro es carnada para los peces.

El navío de guerra se bamboleó tras ellos unos minutos, y luego recuperó el rumbo.

—Parece que se van a echar un poco a un lado, Amos —dijo Martin—. Y no puedo disparar a través de sus velas.

—No, pero podrías hacerme el favor de mantener a esos chavales que hay en la proa lejos de su balista. Creo que has irritado a Radburn.

Martin y Arutha vieron que la dotación de la balista estaba preparando el arma. El Maestre de Caza envió una ráfaga de flechas contra la proa del navío perseguidor, disparando la siguiente antes de que la anterior estuviera a medio camino del blanco. La primera se clavó en la pierna de uno de los hombres, derribándolo, y el resto se tiró al suelo para ponerse a cubierto.

—¡Niebla a proa, capitán! —llegó el grito desde arriba.

Amos se volvió hacia el timonel.

—Todo a babor.

La *Brisa Marina* viró hacia el sur. El *Grifo Real* caía sobre ellos, ya a menos de cuatrocientos metros de distancia. Mientras cambiaban de rumbo, el viento se detuvo.

—Ahí dentro el viento va a tener menos fuerza que el pedo de un borracho —le dijo Amos a Arutha mientras se aproximaban al banco de niebla—. Voy a recoger velas para que el aleteo de la lona no nos delate.

Bruscamente cruzaron una pared de niebla grisácea y tenebrosa, ennegrecida por el sol que se ponía en el horizonte.

—¡Arriad las velas! —dijo Amos tan pronto el buque de guerra se hubo perdido de vista.

La tripulación recogió las velas y la nave perdió velocidad rápidamente.

—Todo a estribor, y corred la voz de silencio —dijo Amos.

Repentinamente el barco quedó en silencio como un cementerio. Amos se volvió hacia Arutha.

—Aquí hay una corriente que va hacia el oeste —susurró—. Dejaremos que nos arrastre de aquí y ojalá el capitán de Radburn sea un marino del Reino.

»Timón atento —le susurró al timonel—. Corred la voz de que sujeten las vergas y de que los que estén en la arboladura mantengan el silencio.

De repente Arutha percibió el silencio. Tras el jaleo de la persecución, con el viento fresco del norte soplando, el sonido de las cuerdas y las velas en las vergas, y el aleteo constante de la lona, en aquel banco de niebla había un silencio antinatural. El gruñido ocasional de una verga al moverse o el tirón de una cuerda eran los únicos sonidos en la niebla. El miedo alargaba los minutos en una espera que se hacía interminable.

Entonces, como el sonido de una alarma, oyeron las voces y los sonidos de un barco. El crujido de las vergas y el sonido de la lona al moverse en la tenue brisa llegaban desde todas partes.

Durante algunos minutos Arutha no pudo ver nada, hasta que un débil resplandor perforó la bruma por popa, moviéndose en rumbo nordeste-suroeste, los fanales del *Grifo Real* en plena persecución. Cada uno de los hombres a bordo de la *Brisa Marina*, en cubierta y en la arboladura, se mantuvo en su puesto, temiendo moverse por el sonido que ello transportaría por el agua como un clarín. En la distancia pudieron oír un grito proveniente de la otra nave.

—¡Silencio, maldita sea! ¡No podemos oírlos con nuestro propio ruido!

Luego, repentinamente, se hizo el silencio, excepto por el murmullo de cuerdas y lona del *Grifo Real*.

El tiempo pasó sin que pudieran medirlo mientras esperaban en la negrura. Entonces llegó un horrendo sonido rechinante, estruendoso, el chillido de la madera al desgarrarse y crujiir. Al instante pudieron oírse los gritos de los hombres, gritos de pánico.

Amos se volvió hacia los demás, apenas visible entre la bruma.

—Han dado con un bajío. Por el sonido, han destrozado la parte inferior del

casco. Son hombres muertos.

Ordenó al timonel poner rumbo nordeste, alejándose de los bajíos y los arrecifes, y los marineros largaron trapo apresuradamente.

—Una mala forma de morir —dijo Arutha.

Martin se encogió de hombros, medio iluminado por los faroles que estaban trayendo a cubierta.

—¿Hay alguna buena? Las he visto peores.

Arutha dejó la cubierta, hasta donde aún llegaban desde el agua los débiles y patéticos gritos de los hombres que se estaban ahogando, un horripilante contrapunto al grito más mundano de Vasco para que abrieran la cocina. Cerró la puerta del compartimiento de los camarotes y dejó fuera los tristes sonidos. Abrió cuidadosamente la puerta de su camarote y vio a Anita acostada, durmiendo a la tenue luz de una vela tapada. Su pelo castaño rojizo casi parecía negro allí, extendido alrededor de su cabeza. Empezaba a cerrar la puerta cuando la oyó hablar.

—¿Arutha?

Él entró y se la encontró observándolo a la débil luz. Se sentó en el borde de la cama.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella se desperezó y asintió.

—He estado durmiendo profundamente. —Abrió los ojos de par en par—. ¿Va todo bien? —se sentó, acercando su cara a la de él.

Él alargó los brazos y la rodeó con ellos, abrazándola.

—Todo va bien. Ya estamos a salvo.

Ella suspiró y descansó la cabeza en su hombro.

—Gracias por todo, Arutha.

Él no dijo nada, atrapado súbitamente por una fuerte emoción, un instinto protector, una necesidad de mantener a salvo a Anita, de cuidar de ella. Durante largo rato estuvieron así sentados, hasta que Arutha recuperó el control de los sentimientos que brotaban en su interior.

—Supongo que tendrás hambre —dijo apartándose un poco.

Ella se rio, un sonido genuinamente alegre.

—Pues sí, de hecho estoy hambrienta.

—Haré que te bajen algo —dijo él—, aunque me temo que será una cosa sencilla, incluso comparado con lo que te daban los Burladores.

—Cualquier cosa.

Arutha subió a cubierta y le ordenó a un marino que fuera a la cocina a por algo para la princesa, y luego volvió y se la encontró cepillándose el pelo.

—Tengo que estar hecha un desastre —dijo.

Arutha se encontró de repente luchando contra el impulso de sonreír. No sabía

por qué, pero se encontraba inexplicablemente feliz.

—Ni mucho menos —dijo—. Realmente tienes muy buen aspecto.

Ella dejó de cepillarse y Arutha se maravilló por cómo podía parecer tan joven en un momento determinado, y tan mujer al siguiente. Ella le sonrió.

—Recuerdo cuando me escapé para echarte una ojeada durante la cena en la corte de mi padre, la última vez que estuviste en Krondor.

—¿A mí? ¿Y por qué, en nombre del cielo?

Ella pareció ignorar la pregunta.

—Yo también pensé que tenías buen aspecto, aunque algo serio. Había un chico que me aupó para que pudiera ver. Estaba con el grupo de tu padre. He olvidado su nombre, pero dijo que era aprendiz de un mago.

La sonrisa de Arutha se desvaneció.

—Ese era Pug.

—¿Qué fue de él?

—Lo perdimos en el primer año de la guerra.

Ella dejó el cepillo.

—Lo siento. Fue amable con una chiquilla molesta.

—Era un chaval amable, dado a hacer cosas valientes, y era muy especial para mi hermana. Ella lo lloró durante largo tiempo cuando lo perdimos. —Combatió la melancolía—. Pero ¿por qué querría la princesa de Krondor escaparse para echar una ojeada a un primo lejano del campo?

Anita observó a Arutha durante largo rato.

—Quise verte porque nuestros padres pensaban que era muy posible que nos casáramos.

Arutha quedó aturdido. Necesitó todo su autocontrol para mantener la compostura. Cogió la única silla y se sentó.

—¿No te lo mencionó nunca tu padre? —dijo Anita.

A falta de algo inteligente que decir, Arutha se limitó a negar con la cabeza.

—Lo sé, la guerra y todo eso —asintió Anita—. Las cosas se pusieron calientes poco después de que partierais para Rillanon.

Arutha tragó saliva y encontró que tenía la boca seca.

—Pero ¿qué es eso de los planes de nuestros padres para... nuestro matrimonio?

Arutha miraba a Anita, y los ojos verdes de ella titilaban con los reflejos de la luz de la vela, y con algo más.

—Asuntos de estado, me temo. Padre quería reforzar mis derechos al trono, y Lyam era una pareja peligrosa, siendo el mayor. Tú hubieras sido ideal, porque el rey seguramente no hubiera objetado... entonces al menos, supongo. Ahora, con Guy empeñado en tenerme, supongo que el rey estará de acuerdo con él.

Repentinamente Arutha se irritó, aunque no estaba seguro del porqué.

—¡Y supongo que a nosotros no habría por qué consultarnos en el tema! — levantó la voz.

—Por favor, no es culpa mía.

—Lo siento, no quería alarmarte. Solo es que nunca he pensado demasiado en el matrimonio, y ciertamente nunca por razones de estado. —La sonrisa irónica reapareció—. Esa suele ser la provincia de los hijos primogénitos. Los segundones normalmente nos tenemos que apañar como buenamente podamos: una vieja condesa viuda o la hija de algún rico mercader. —Intentaba quitarle importancia—. La bella hija de un rico mercader si tenemos suerte, que normalmente no. —No pudo conseguir el tono ligero y se recostó en la silla—. Anita, te quedarás en Crydee tanto como haga falta. Puede que durante algún tiempo sea algo peligroso debido a los tsurani, pero de algún modo nos apañaremos. Quizá te mandemos a Carse. Cuando la guerra acabe, volverás a casa a salvo, te lo prometo. Y nunca, nunca nadie te obligará a hacer algo en contra de tu voluntad.

La conversación fue interrumpida por unos golpes en la puerta y entró un marinero con un cuenco humeante de estofado, con pan duro y cerdo salado en una bandeja. Anita observó a Arutha mientras el marinero dejaba la comida en la mesa y servía un vaso de vino. Cuando el marinero se fue, Anita empezó a comer. Arutha habló de cosas intrascendentes, encontrándose una vez más cautivado por la abierta y atrayente personalidad de la chica. Cuando finalmente le deseó buenas noches y cerró la puerta, se dio cuenta súbitamente de que la idea de un matrimonio de estado le causaba poca incomodidad. Subió a cubierta. La niebla se había levantado y de nuevo navegaban impulsados por una brisa ligera. Contempló las estrellas en el cielo y, por primera vez en años, silbó una alegre tonadilla.

Junto al timón, Martin y Amos compartían un pellejo de vino y hablaban en voz baja.

—El príncipe parece desacostumbradamente alegre esta noche —dijo Amos.

Martin emitió una nube de humo de su pipa, que fue rápidamente arrastrada por el viento.

—Y me apuesto a que ni siquiera se da cuenta de por qué está tan alegre. Anita es joven, pero no tan joven como para que él sea capaz de ignorar sus atenciones mucho tiempo. Si ella se ha decidido, y creo que lo ha hecho, lo tendrá atrapado antes de que pase un año. Y él se alegrará de estar atrapado.

—Aunque pasará algún tiempo hasta que lo asuma —rio Amos—. Me apuesto a que al joven Roland lo llevan al altar antes que a Arutha.

Martin negó con la cabeza.

—Eso no es una apuesta. Roland lleva años atrapado, y Anita todavía tiene algún trabajo por hacer.

—¿Y tú nunca has estado enamorado, Martin?



—No, Amos. Los montaraces son malos maridos, como los marineros. Nunca están mucho tiempo en casa y pasan días, incluso semanas, solos. Eso suele convertirlos en una gente hosca y solitaria. ¿Y tú?

—Nada a tener en cuenta. —Amos suspiró—. Cuanto mayor me hago, más me pregunto qué me he perdido.

—¿Pero cambiarías algo?

—Probablemente no, Martin, probablemente no —dijo Amos con una risita.

Mientras la nave amarraba en el embarcadero, Fannon y Gardan desmontaban. Arutha condujo a Anita por la pasarela y se la presentó al Maestre de Armas de Crydee.

—No tenemos carruajes en Crydee, Alteza —le dijo Fannon—. Haré que traigan enseguida un carro. Hay un buen trecho hasta el castillo.

Anita sonrió.

—Sé cabalgar, Maese Fannon. Cualquier caballo que no sea demasiado temperamental servirá.

Fannon ordenó a dos de sus hombres que fueran al establo y trajeran uno de los palafrenes de Carline con una silla de amazona.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Arutha.

Fannon apartó al príncipe a poca distancia para hablarle.

—Un deshielo tardío en las montañas, Alteza, así que todavía no ha habido ningún movimiento importante de los tsurani. Ha habido incursiones contra algunas de las guarniciones más pequeñas, pero no hay nada que indique que aquí vaya a haber una ofensiva esta primavera. Quizá avancen contra vuestro padre.

—Espero que estés en lo cierto, porque Padre ha recibido la mayor parte de la guarnición krongoriana. —Rápidamente, le contó a grandes rasgos lo sucedido en Krongor a Fannon, que escuchó atentamente.

—Hicisteis bien en no navegar hacia el campamento de vuestro padre. Creo que vuestro juicio fue correcto. Nada sería más desastroso que una importante ofensiva tsurani contra la posición del duque Borric mientras este estuviera reuniendo sus tropas para marchar contra Guy. Mantengamos esto en secreto por algún tiempo. Vuestro padre se enterará pronto de lo sucedido, pero cuanto más tarde en descubrir la traición de Guy, más posibilidades tenemos de contener a los tsurani un año más.

Arutha tenía aspecto preocupado.

—Esto no puede seguir mucho más, Fannon. Tenemos que acabar cuanto antes con esta guerra. —Se dio la vuelta un momento y vio a varios ciudadanos mirando pasmados a la princesa—. Por lo menos, aún tenemos algo de tiempo para pensar en algo con lo que frenar a los tsurani, si se nos ocurre.

Fannon pensó un momento, empezó a hablar y se detuvo. Su expresión se volvió

lúgubre, casi de dolor.

—¿Qué pasa, Maestre de Armas? —dijo Arutha.

—Tengo graves y tristes noticias con las que recibiros, Alteza. El escudero Roland ha muerto.

Arutha quedó conmocionado por la noticia. Por un breve instante se preguntó si Fannon le estaría gastando una broma de mal gusto, porque su mente se negaba a aceptar lo que había oído.

—¿Qué... cómo? —dijo por fin.

—La noticia llegó hace tres días de parte del barón Tolburt, que está deshecho por la pena. El escudero murió durante una incursión tsurani.

Arutha miró el castillo sobre la colina.

—¿Carline?

—Como es de esperar. Lloro, pero también lo soporta.

Arutha tuvo que combatir contra una sensación de asfixia. Su rostro era una máscara lúgubre cuando volvió con Anita, Amos y Martin. Se había corrido la voz de que la princesa de Kronдор estaba en el embarcadero. Los soldados que habían acudido con Fannon y Gardan formaban un silencioso círculo a su alrededor, manteniendo a los ciudadanos a una respetuosa distancia. Mientras tanto, Arutha compartió las tristes noticias con Amos y Martin.

Los caballos llegaron pronto, y enseguida estuvieron cabalgando hacia el castillo. Arutha espoleó su caballo, y ya había desmontado antes de que los demás entraran siquiera en el patio de armas. La mayoría del servicio de la casa lo esperaba.

—La princesa de Kronдор será nuestra huésped —le gritó al mayordomo Samuel con poca ceremonia—. Acompáñala al salón principal y dile que enseguida estaré con ella.

Entró a toda prisa al castillo, pasando frente a unos guardias que se cuadraron cuando su príncipe pasó frente a ellos. Llegó a las habitaciones de Carline y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —llegó una voz suave desde el interior.

—Arutha.

La puerta se abrió súbitamente y Carline corrió a brazos de su hermano, abrazándolo con fuerza.

—Oh, me alegro tanto de que hayas vuelto... No sabes cuánto. —Ella dio un paso atrás y lo miró—. Lo siento, iba a ir a recibirte, pero no pude reunir fuerzas.

—Fannon me lo acaba de decir. Lo siento tanto...

Ella lo observó tranquilamente, con expresión resignada en el rostro. Lo cogió de la mano y lo condujo al interior de sus habitaciones.

—Siempre supe que podía suceder —dijo ella sentándose en un diván—. Fue la cosa más tonta, ¿sabes? El barón Tolburt escribió una carta larguísima, el pobre.

Había visto tan poco a su hijo, y estaba muy afectado. —Las lágrimas empezaron a brotar, y ella tragó saliva, apartando la vista de Arutha—. Roland murió...

—No tienes por qué decírmelo.

Ella negó con la cabeza.

—Está bien. Duele... —de nuevo llegaron las lágrimas, pero habló a través de ellas—. Oh, duele, pero superaré el dolor. Roland me enseñó eso, Arutha. Sabía que iba a haber riesgos, y que si él moría, yo tendría que continuar mi vida. Me enseñó bien. Creo que porque finalmente descubrí cuánto lo amaba y se lo dije tengo ahora fuerzas para soportar esta pérdida. Roland murió tratando de salvar las vacas de un granjero. —Sonrió a través de las lágrimas—. ¿No es muy propio de él? Se pasa el invierno entero construyendo el fuerte y luego, la primera vez que hay problemas, son unos pocos tsurani hambrientos tratando de robar unas vacas enclenques. Roland salió a caballo con sus hombres para hacerlos huir, pero lo alcanzó una flecha. Fue el único herido, y murió antes de que pudieran llevarlo de vuelta al fuerte. —Suspiró largamente—. A veces era tan bromista... Casi creo que lo hizo a propósito. —Empezó a llorar y Arutha la observó en silencio. Recuperó la compostura rápidamente—. De esto no sale nada bueno, ya sabes —se levantó y se asomó a una ventana—. Maldita sea esta estúpida guerra.

Arutha se acercó a ella y la abrazó fuertemente durante unos momentos.

—Malditas sean todas las guerras —dijo él.

Estuvieron en silencio durante algunos minutos más.

—Ahora dime, ¿qué noticias hay de Krondor? —dijo ella.

Arutha le hizo una breve narración de sus experiencias en Krondor, pero con media atención puesta en ella. Parecía haber asumido la pérdida de Roland mucho mejor que la de Pug. Arutha compartía su dolor, pero también estaba seguro de que iba a estar bien. Le alegró descubrir cuánto había madurado Carline en los últimos años.

—¿Anita, la princesa de Krondor, está aquí? —interrumpió ella cuando Arutha terminaba de contar el rescate de la princesa.

Arutha asintió.

—Debo de estar hecha un espanto, y tú traes aquí a la princesa de Krondor. Arutha, eres un monstruo. —Corrió hasta un espejo de metal pulido y empezó a acicalarse la cara, lavándosela con un trapo húmedo.

Arutha sonrió. Bajo el manto del luto, su hermana seguía demostrando una chispa de su carácter natural.

Mientras se peinaba, Carline se volvió para mirar a la cara a su hermano.

—¿Es guapa, Arutha?

La sonrisa irónica de Arutha fue sustituida por una de oreja a oreja.

—Sí, yo diría que es guapa.

Carline estudió el rostro de Arutha.

—Ya veo. Tendré que conocerla a fondo. —Dejó el peine y se arregló el vestido—. Vamos, no podemos dejar esperando a tu joven dama —dijo extendiéndole la mano.

Salieron de la habitación cogidos del brazo y bajaron las escaleras hasta el salón principal, para darle a Anita la bienvenida a Crydee.

# 8

## *Grande*

Una casa abandonada dominaba la ciudad. El sitio sobre el que se había construido había visto una vez las luces de una gran mansión familiar. En la cima de la colina más alta de todas las que rodeaban la ciudad de Ontoset, se consideraba que tenía la mejor vista de la ciudad y del mar que había al otro lado. La familia había perdido su fortuna, como resultado de encontrarse en el bando perdedor de una de las muchas luchas políticas sutiles pero letales del Imperio. La casa había quedado abandonada y el terreno había sido ignorado, puesto que aunque era un sitio tan bueno como cualquier otro de los que había por los alrededores, la asociación de la mala suerte con la propiedad era demasiado real para los supersticiosos tsurani.

Un día llegaron a la ciudad noticias de que unos pastores de kulas se habían despertado y habían visto una figura solitaria vestida con una túnica negra subiendo la colina hacia la vieja casa. Todos se apresuraron a evitarlo, que era lo socialmente correcto para su posición. Se quedaron en la zona cuidando de sus animales, la fuente de sus magros ingresos (la lana de kula), cuando, cerca del mediodía, oyeron un gran ruido, como si en el cielo sobre ellos hubiera estallado el abuelo de todos los truenos. El rebaño se dispersó aterrorizado, y algunos animales corrieron colina arriba. Los pastores no estaban menos asustados, pero fieles a su oficio dejaron a un lado sus miedos y salieron en persecución de los animales.

Uno de los pastores, un hombre llamado Xanthis, llegó a la cima de la que una vez había sido famosa colina y se encontró al mago de túnica negra que había visto antes, de pie en la cresta. Donde momentos antes había estado la casona abandonada, había ahora un gran parche de tierra desnuda y calcinada, varios metros por debajo del nivel de la hierba que lo rodeaba. Temiendo haber interferido en algún asunto de un Grande, Xanthis empezó a retroceder esperando que no lo descubriera, puesto que el Grande le daba la espalda y tenía echada la capucha sobre la cabeza. Cuando dio el primer paso atrás, el mago se volvió para mirarlo fijamente, con un par de ojos de un marrón oscuro e inquietante.

El pastor se puso de rodillas, como exigía la costumbre, con los ojos bajados. No

se postró completamente ya que era un hombre libre y, aunque no era noble, era el cabeza de su familia.

—Levántate —ordenó el mago.

Algo confundido, Xanothis se levantó, manteniendo la mirada baja.

—Mírame.

Levantó la mirada y vio que el rostro encapuchado lo observaba atentamente. Una barba tan oscura como los ojos enmarcaba el rostro, un hecho que aumentó la incomodidad de Xanothis, ya que solo los esclavos llevaban barba. El mago sonrió ante su evidente confusión y paseó a su alrededor, inspeccionándolo.

El mago vio a un hombre alto para un tsurani, cuatro o cinco centímetros más alto que su aproximadamente metro setenta. Su piel era oscura, como el chocha o el café sin leche. Sus ojos eran negros y su pelo también, excepto por algunas canas. La corta túnica verde del pastor revelaba la constitución poderosa de un antiguo soldado, un hecho que el mago dedujo de la postura erguida del hombre y de varias cicatrices. Parecía haber pasado de los cincuenta, pero aún ser capaz de llevar la agotadora vida de un pastor. Aunque era más bajo, se parecía un poco a Gardan de Crydee.

—¿Tu nombre? —preguntó el mago cuando acababa de rodear al pastor. Xanothis respondió, y su voz traicionó su incomodidad. Entonces el mago lo sobresaltó haciéndole una pregunta.

—¿Te parece que este es un buen sitio para una casa, pastor?

Xanothis tartamudeó, confundido.

—Sí... si es... es vuestra voluntad, Grande.

—¡No te he preguntado sobre lo que yo pienso, sino sobre lo que piensas *tú!* — espetó el mago.

Xanothis apenas podía ocultar su enfado ante su propia vergüenza. Los Grandes eran sagrados, y ser falso con uno era una deshonra.

—Perdóname, Grande. Se dice que este sitio está maldito por los dioses.

—¿Y quién lo dice?

El tono cortante en la voz del mago hizo que la cabeza del hombre se levantara como si la hubieran golpeado. Sus ojos apenas ocultaban su ira, pero mantuvo la voz calmada.

—Los que viven en la ciudad, Grande, y otros del campo.

El pastor cruzó la mirada con el mago, y la sostuvo.

El rabillo de los ojos del mago se arrugó y sus labios se curvaron levemente, pero su voz siguió retumbando.

—Pero tú no, pastor.

—Fui soldado durante quince años, Grande. Muy a menudo he visto que los dioses favorecían a los que se preocupaban de su propio bienestar.

El mago sonrió ante esto, aunque no fue una expresión completamente cálida.

—Un hombre independiente. Bien. Me alegra que tengamos ideas parecidas, porque planeo construir mi casa aquí, ya que me gusta la vista del mar.

Cierta rigidez en la postura del pastor ante este comentario llamó la atención del mago.

—¿Tengo tu aprobación, Xanothis de Ontoset?

Los hombros de Xanothis se hundieron un poco cuando habló.

—Tendré que trasladar mis rebaños, Grande. Eso es todo. No pretendo faltáros al respeto.

—Háblame de esta casa, Xanothis, la que estuvo aquí hasta este día.

—Era el hogar del señor de los Almach, Grande. Respaldó al primo equivocado contra Almecho cuando estaba en disputa el puesto de Señor de la Guerra. —Se encogió de hombros—. Una vez fui Líder de Patrulla de esta casa. Era un hombre orgulloso, lo que limitaba mis posibilidades de ascenso. Mi señor me dio permiso para abandonar su servicio y casarme, así que me dediqué a los rebaños del padre de mi mujer. Si hubiera seguido siendo soldado, ahora sería un esclavo, estaría muerto o sería un guerrero gris. —Miró hacia el mar—. ¿Qué más queréis saber, Grande?

—Puedes seguir con tus rebaños en esta colina, Xanothis —dijo el mago—. Al pastar los animales mantendrán corta la hierba, y no me gustan los jardines descuidados. Solo mantenlos lejos de la casa donde estaré trabajando, o de vez en cuando me cocinaré uno para cenar.

Sin decir nada más, el mago sacó un aparato de su túnica y lo activó. Emitió un extraño zumbido durante un momento, y la figura vestida de negro desapareció con un débil sonido de implosión. Xanothis se quedó en silencio durante algunos minutos, y luego volvió a la búsqueda de sus animales perdidos.

Más tarde esa noche, en torno a una hoguera, le contó a su familia y a los demás pastores su encuentro con el Grande. Nadie dudó de su palabra, porque a pesar de los defectos que tuviera, Xanothis no era alguien dado a estirar la verdad, pero quedaron asombrados. Y nunca se terminaron de acostumbrar a otra cosa: a lo largo de los meses siguientes, mientras se construía una gran casa, uno u otro de los pastores podía ver ocasionalmente a Xanothis conversando con un Grande, en la cima de la colina, mientras los kulas pastaban a su alrededor.

Ahora se alzaba una casa nueva y extraña en la cima de la colina. Y era fuente de ciertas especulaciones y un poco de envidia. Las especulaciones eran acerca de su propietario, el extraño Grande. La envidia era por su diseño y su construcción, algo así como una revolución en la arquitectura tsurani. El tradicional edificio de tres plantas con un patio abierto en el centro no estaba por ninguna parte. En su lugar había una construcción larga de una sola planta, junto con varias más pequeñas conectadas a ella por pasillos cubiertos. Era un conjunto extenso, con muchos

pequeños jardines y arroyuelos serpenteantes entre las estructuras. Su construcción causó tanta sensación como su diseño, puesto que estaba hecha principalmente de piedra, con tejas de barro cocido en el techo. Algunos especulaban que ofrecería una fresca protección contra el calor del verano.

Otros dos hechos vinieron a sumarse a la fascinación ejercida por la casa y su propietario. Primero estaba la forma en la que se había encargado el proyecto. El mago había aparecido en Ontoset un día, en casa de Tumacel, el prestamista más rico de la ciudad. Había confiscado fondos por valor de treinta mil imperiales y había dejado al prestamista muy afectado por su falta de liquidez. Este fue el método de Milamber de enfrentarse a la pasión tsurani por la burocracia. Cualquier comerciante o artesano al que se le ordenaba prestar servicio a un Grande se veía obligado a solicitar el pago al tesoro imperial. Esto provocaba retrasos en las entregas, un servicio no muy entusiasta y resentimiento. Milamber se limitó a pagar por adelantado y dejar en manos del prestamista, que era más capaz que otros comerciantes de compensar sus pérdidas gracias a su contabilidad, el recibir la compensación del tesoro. El segundo hecho era el estilo de decoración. En vez de los murales de colores vivos y chillones, el edificio quedó en su mayor parte sin pintar, excepto por algún paisaje ocasional en colores suaves. Se emplearon muchos buenos artistas jóvenes en este proyecto, y cuando acabaron, la demanda de sus servicios era fenomenal. En menos de un mes había surgido una nueva corriente artística tsurani.

Ahora había cincuenta esclavos que trabajaban los campos circundantes, todos ellos libres de ir y venir según su conveniencia, vestidos con ropas de su mundo natal, Midkemia. Todos ellos habían sido confiscados por el Grande en el mercado de esclavos y el mismo día, sin pago alguno.

Mucha gente que viajaba a Ontoset pasaba la tarde subiendo a las colinas cercanas para ver la casa (desde una distancia respetable, por supuesto). Al pastor Xanthis le preguntaban muchas veces por el extraño Grande que vivía en esa casa, pero el antiguo soldado no decía nada, solo sonreía mucho.

—La creencia de que la actual gran fractura hacia Midkemia es controlable solo es correcta parcialmente. —Milamber hizo una pausa para permitir que su escribiente copiara el dictado—. Puede decirse que las fracturas pueden establecerse sin la liberación de energías destructivas asociada a su creación accidental, sea por conjuros mágicos mal ejecutados o por la proximidad de demasiados objetos mágicos inestables.

Las investigaciones de Milamber sobre las particularidades energéticas de las fracturas se añadirían a los archivos de la Asamblea cuando estuvieran completadas. Al igual que otros proyectos sobre los que había leído en los archivos, la investigación sobre las fracturas había mostrado lo que Milamber consideraba un gravísimo fallo en



el trabajo de la mayoría de sus colegas. En general los proyectos se dejaban sin terminar, mostrando un carácter muy poco concienzudo. Una vez se había desarrollado el procedimiento para establecer fracturas de forma segura, se habían detenido las investigaciones acerca de su naturaleza.

—Lo que falta en el concepto de control —siguió dictando— es la capacidad de seleccionar el punto de contacto, la capacidad de seleccionar un «objetivo» para la fractura. La aparición del barco que transportaba a Fanatha en las orillas de Crydee, en el mundo de Midkemia, demuestra que es probable una cierta afinidad entre una fractura de nueva formación y otra preexistente. Sin embargo, como demuestran ulteriores pruebas, esta afinidad es limitada y sus límites todavía no se comprenden por completo. Aunque hay mayores posibilidades de que una segunda fractura aparezca en la proximidad regional de la primera, no existe una completa seguridad. —Esperó a que el escribiente lo alcanzara—. Además, se plantea la pregunta de por qué las fracturas muestran inconsistencias. El tamaño parece ser directamente proporcional a la energía empleada en su creación, pero las demás características no parecen seguir un patrón fijo. Algunas fracturas son de un solo sentido —Milamber había perdido varios aparatos valiosos descubriendo este hecho— mientras que otras permiten el paso en ambas direcciones. Y luego están las «parejas vinculadas», dos fracturas de un solo sentido que aparecen simultáneamente, permitiendo ambas el paso entre el punto de origen y el punto de destino. Aunque pueden aparecer a kilómetros de distancia, están relacionadas...

La narración de Milamber quedó interrumpida por el sonido de las campanillas que anunciaban la llegada de alguien de la Asamblea. Despidió al escribiente y fue a la habitación de los diseños. Mientras caminaba, reflexionaba sobre la verdadera razón de su dedicación a la investigación en los dos últimos meses. Estaba evitando la decisión que tendría que tomar pronto, si debía volver o no a las tierras de los Shinzawai a por Katala.

Milamber sabía que había posibilidades de que fuera la esposa de otro, puesto que ya llevaban casi cinco años separados, y ella no tendría razón alguna para pensar que él iba a volver. Pero el tiempo y el entrenamiento no habían hecho nada para amortiguar sus sentimientos hacia ella. Cuando llegaba a la habitación de transporte, con los diseños en las baldosas del suelo, tomó su decisión: al día siguiente iría a verla.

Cuando entraba en la habitación, vio a Hochopepa apartarse de los diseños que había en el suelo embaldosado.

—Ah —dijo el mago recordete—, ahí estás. Como hace dos semanas de la última vez que te vi, pensé en hacerte una visita.

—Me alegro de verte. He estado muy enfrascado estudiando y me vendría bien un momento libre.

Salieron de la habitación a uno de los jardines cercanos.

—Llevo un tiempo queriendo preguntártelo —dijo Hochopepa—: ¿qué significa el diseño que has escogido? No lo reconozco.

—Es una recreación estilizada de un diseño que vi una vez en una fuente. Tres delfines —dijo Milamber.

—¿Delfines?

Milamber le habló sobre los mamíferos marinos de Midkemia, mientras se sentaban sobre unos cojines entre dos frutales enanos.

—¿Por qué los delfines de la fuente?

—No sé. Quizá una compulsión. Además, cuando pasé la prueba final en la torre vi algo que no recordé hasta un mes o dos después.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—En la representación de la batalla final con el Extranjero, ¿recuerdas a un solo mago vestido con una túnica marrón, que desvió la fractura para impedir que Kelewan entrara en el universo del Enemigo?

Hochopepa reflexionó.

—No podría decírtelo, Milamber. Pero es que el conjuro empleado para crear esa imagen nos afecta de forma diferente a cada uno de nosotros. Si comparas unas visiones con otras, encontrarás mucha variación. Pero en los tiempos del Extranjero, todos éramos Túnicas Negras. ¿Quién podría ser este extraño mago de la túnica marrón?

—Un hombre que conocí hace años —dijo Milamber.

—Imposible. Esa escena pasó hace siglos.

—A pesar de todo me he encontrado con él —dijo Milamber sonriendo—. E hice mi diseño de los tres delfines en recuerdo de nuestro encuentro.

—Que extraño. Ha habido algunas especulaciones acerca del viaje en el tiempo, que tendría que ser la respuesta en este caso, a menos que tu bárbara mente te jugara una mala pasada en la torre. —Esto último lo dijo con una sonrisa.

Milamber dio palmas y apareció un sirviente con una bandeja de refrescos. El sirviente, Netoha, había sido el hadonra de la familia que había vivido allí antes. Milamber se lo había encontrado mientras buscaba alguien que sembrara las variedades de plantas que quería en su jardín. El hombre había sido lo bastante atrevido para acercarse a él, algo que lo hacía destacar de los tsurani normales. Incapaz de encontrar trabajo en aquello para lo que lo habían entrenado desde la ruina de las tierras de su antiguo señor, Netoha se había ganado la vida a duras penas a lo largo de los años. Milamber lo había contratado tanto por simpatía como por una verdadera necesidad. Enseguida, Netoha se había hecho imprescindible de cien maneras que el joven mago nunca había siquiera soñado, y la relación era mutuamente satisfactoria.

Hochopepa tomó la bebida y los dulces que le ofrecían.

—He venido para contarte algunas noticias. Dentro de dos meses va a haber un Festival Imperial, con juegos. ¿Vendrás?

A Milamber le picó la curiosidad. Despidió a Netoha con un gesto.

—¿Qué hace que este festival sea tan especial? No recuerdo haberte visto antes tan animado.

—Este festival lo celebra el Señor de la Guerra en honor de su sobrino, el Emperador. Tiene planes para una nueva ofensiva importante la semana antes de los juegos, y se espera que anuncie el éxito de la campaña. —Bajó la voz—. No es ningún secreto, para los que tienen acceso a los rumores de la corte, que está sometido a bastante presión para justificar su dirección de la guerra ante el Alto Consejo. Se rumorea que se ha visto obligado a otorgar grandes concesiones al Partido de la Rueda Azul para recuperar su apoyo en la guerra. Pero lo que hace que estos juegos sean inusuales es que la Luz Celestial saldrá del Palacio de la Contemplación, rompiendo las antiguas tradiciones. Sería una ocasión propicia para que hicieras algún tipo de presentación en sociedad.

—Lo siento, Hocho, no tengo demasiadas ganas de asistir a ningún festival. Ya he estado en uno antes, este mismo mes en Ontoset, como parte de mis estudios. Los bailes son aburridos, la comida tiende a ser asquerosa y el vino tiene tan poca fuerza como los discursos. Y los juegos son menos interesantes aún. Si esa es la sociedad cortesana de la que hablas, creo que me arreglaré sin ella.

—Milamber, quedan demasiados huecos en tu educación. Conseguir la túnica negra no te otorga un dominio instantáneo de nuestro oficio. Hay muchas más cosas en proteger al Imperio que quedarse sentado soñando con nuevas formas de lanzar energía por ahí, o crear el caos económico entre los prestamistas locales. —Cogió otro dulce y siguió hablando—. Hay varias razones por las que debes venir a los festivales conmigo, Milamber. Primeramente, te has convertido en una especie de celebridad entre los nobles del reino, ya que las noticias de tu nueva casa han llegado desde un extremo del Imperio al otro, sobre todo gracias a la ayuda de esos jóvenes bandidos a los que pagaste tan bien para que ejecutaran esas delicadas pinturas que te gustan tanto. Ahora se considera señal de cierta distinción tener un trabajo parecido en casa. Y este sitio —su mano describió un arco a su alrededor, con gesto burlón en el rostro—. Alguien con la inteligencia para diseñar un edificio como este seguramente tiene que ser digno de atención. —El tono de burla se desvaneció—. Por cierto, todas estas tonterías no se han visto disminuidas ni un ápice por tu misterioso aislamiento aquí, en la periferia del Imperio. Si acaso, eso ha hecho crecer tu reputación. Pero hay razones más importantes que las sociales. Como sin duda sabrás, va creciendo la preocupación de que las noticias sobre la guerra no se están tomando todo lo en cuenta que deberían. En todos estos años se ha ganado poco terreno, y se habla de que el Emperador podría situarse en contra de la política del Señor de la Guerra. Si es

así... —Dejó la frase inacabada.

Milamber se mantuvo algún tiempo en silencio.

—Hocho, creo que es momento de decirte algo, y si crees que es suficiente para costarme la vida, entonces puedes volver a la Asamblea y presentar cargos.

Hochopepa prestó atención, dejando de lado las pullas y los comentarios sarcásticos.

—Los que me entrenaron hicieron un buen trabajo, porque estoy lleno de la necesidad de hacer lo mejor para el Imperio. Solo me queda un pequeño sentimiento por la tierra que me vio nacer, y tú nunca sabrás lo que significa eso. Lo que habéis creado es un hombre con un fuerte sentido del deber, que no está matizado por ningún amor por esa cosa hacia la que siente su deber. —Hochopepa se quedó callado mientras asimilaba el impacto de lo que Milamber le había dicho, y luego asintió para que continuara—. Puede que yo sea la amenaza más grande para el Imperio desde que el Extranjero invadió vuestros cielos, porque si me implico en su política seré justicia sin clemencia. He conocido las facciones dentro de los partidos, o la fuga de familias de un partido a otro y las consecuencias de dichos actos. ¿Crees que porque estoy sentado sobre mi colina en las tierras orientales no me entero de los movimientos y la agitación de los animales políticos en la capital? Por supuesto que no. Si el Partido de la Rueda Azul se derrumba y sus miembros se unen al Partido de la Guerra o a los Imperiales, los mercaderes callejeros de Ontoset ya están discutiendo las noticias al día siguiente en el mercado. Sé lo que pasa tan bien como cualquier otro que no esté implicado directamente. Y en los meses que llevo viviendo aquí, he llegado a una conclusión: el Imperio se está matando lentamente a sí mismo.

El mago de mayor edad no dijo nada por unos instantes.

—¿Y te has preguntado por qué nuestro sistema hace que nos estemos matando? —preguntó.

Milamber se levantó y paseó un poco arriba y abajo.

—Por supuesto. Lo estoy estudiando, y he decidido esperar antes de actuar. Necesito tiempo para comprender la historia que me habéis enseñado tan bien. Pero tengo algunas hipótesis sobre lo que va mal, y ese es mi punto de partida. —Inclinó la cabeza, preguntando si debía seguir. Hochopepa asintió—. Me parece que aquí hay varios problemas importantes, problemas cuyo impacto en el Imperio sólo puedo suponer. Primero —levantó el índice—, los que tienen el poder se preocupan más de su propia grandeza que del bienestar del Imperio. Y como son ellos los que ante un observador casual parecen ser el propio Imperio, es fácil no darse cuenta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hochopepa.

—Cuando piensas en el Imperio, ¿qué se te viene a la cabeza? ¿La historia de los ejércitos guerreando por toda la tierra? ¿O el ascenso de la Asamblea? O quizá pienses en una crónica de los gobernantes. Sea lo que sea, la verdad más evidente suele

ignorarse. El Imperio son todos aquellos que viven dentro de sus fronteras, desde la nobleza hasta el más bajo de los sirvientes, incluso los esclavos que trabajan los campos. Debe ser visto como un todo, no como una entidad representada por una parte pequeña pero visible, como el Señor de la Guerra o el Alto Consejo. ¿Lo entiendes?

Hochopepa tenía aspecto turbado.

—No estoy seguro, pero creo... Sigue.

—Si eso es cierto, considera el resto. Segundo, nunca debe haber un tiempo en el que la necesidad de estabilidad anule la necesidad de crecimiento.

—¡Pero crecemos constantemente! —objetó Hochopepa.

—No es verdad —respondió Milamber—. Os expandís constantemente, y eso parece crecimiento si no se mira de cerca. Pero mientras vuestros ejércitos han estado trayendo nuevas tierras a vuestras fronteras, ¿qué le ha pasado a vuestro arte, vuestra música, vuestra literatura, vuestra investigación? Incluso la tan cacareada Asamblea lo único que hace es refinar lo que ya se sabe. Antes sugeriste que yo estaba perdiendo el tiempo tratando de encontrar nuevas formas de «lanzar energía por ahí». ¿Qué tiene eso de malo? Nada. Lo que sí es malo es una sociedad que sospecha de lo nuevo. Mira a tu alrededor, Hocho. Vuestros artistas están conmocionados porque describí lo que había visto en cuadros cuando era joven, y unos cuantos artistas jóvenes se excitaron. Vuestros músicos pasan todo el tiempo aprendiendo las antiguas canciones, a la perfección, hasta la última nota, y nadie compone piezas nuevas, solo inteligentes variaciones de melodías que tienen siglos de antigüedad. Nadie crea nuevos poemas épicos, solo vuelven a contar los antiguos. Hocho, sois un pueblo estancado. Y esta guerra no es más que otro ejemplo. No tiene justificación; se está combatiendo por costumbre, para mantener en el poder a determinados grupos, para conseguir riquezas para los que ya son ricos y para jugar al Juego del Consejo. ¡Y el coste! Cada año se desperdician millares de vidas, las vidas de aquellos que son el Imperio, sus propios ciudadanos. El Imperio es un caníbal que devora a su propia gente.

El mago de más edad parecía turbado por lo que había oído, que contradecía por completo lo que él creía ver: una cultura vibrante, llena de energía, viva.

—Tercero —dijo Milamber—. Si mi deber es servir al Imperio, y si el orden social del mismo es el responsable del estancamiento, entonces es mi deber cambiar ese orden social, incluso aunque tenga que destruirlo.

Ahora Hochopepa estaba conmocionado. La lógica de Milamber era impecable, pero la solución que sugería estaba potencialmente llena de peligros para todo lo que Hochopepa conocía y reverenciaba.

—Comprendo lo que dices, pero es demasiado difícil de asumir de golpe.

La voz de Milamber adquirió un tono tranquilizador.

—No quería decir que la destrucción del presente orden social es la única

solución, Hocho. Sólo he usado eso para impresionar y dejar claras mis ideas. Acerca de eso es de lo que trata la mayor parte de mi investigación, no solo del dominio visible de la energía, sino también acerca de la naturaleza de los tsurani y del Imperio. Créeme, estoy más que dispuesto a pasar tanto tiempo como sea necesario con este asunto. Pretendo pasar algún tiempo en los archivos.

Hochopepa frunció el ceño y estudió el rostro de su joven amigo.

—Te aviso, puedes encontrar algunas cosas perturbadoras en esos archivos. Como te he dicho, tu educación aún no se ha completado.

Milamber bajo la voz.

—Ya he encontrado cosas perturbadoras, Hocho. Gran parte de lo que las naciones dan por cierto se basa en falsedades.

Hochopepa puso gesto de preocupación.

—Hay cosas que están prohibidas para todos salvo para los miembros de la Asamblea, Milamber, e incluso entonces no es muy aconsejable hablar de ellas ni siquiera con uno de nuestros hermanos. —Hochopepa apartó la mirada, pensativo—. Con todo, cuando hayas terminado de rondar por esas viejas criptas polvorientas, si necesitas discutir sobre tus hallazgos yo estaré dispuesto. —Volvió a mirar a su amigo—. Me gustas y creo que eres un soplo de aire fresco para nosotros, Milamber, pero hay muchos que preferirían verte muerto. No hables de estas investigaciones sociales con nadie excepto con Shimone o conmigo.

—De acuerdo. Pero cuando llegue a una conclusión sobre lo que debe hacerse, actuaré.

Hochopepa se levantó, con aspecto preocupado.

—No es que esté en desacuerdo contigo, amigo mío. Es que necesito tiempo para asimilar lo que me has dicho.

—A ti sólo puedo decirte la verdad, Hocho, sin importar lo preocupante que sea.

Hochopepa sonrió.

—Y eso es algo que aprecio, Milamber. Debo pasar algún tiempo reflexionando sobre la propuesta. —Parte de su buen humor habitual volvió a filtrarse en su voz—. ¿Quizá querrías acompañarme a la Asamblea? Has estado fuera mucho tiempo con todo esto de construirte la casa; harías bien en aparecer de vez en cuando.

Milamber sonrió a su amigo.

—Por supuesto —e hizo un gesto para que Hochopepa abriera la marcha hacia la sala de los diseños.

—Si quieres estudiar nuestra cultura, Milamber —dijo Hochopepa mientras hablaban—, te sugiero que vengas al Festival Imperial. Habrá más actividad política en las gradas del estadio en un día de la que se podría observar en un mes en el Alto Consejo.

Milamber se volvió hacia Hochopepa.

—Quizá tengas razón. Pensaré en ello.

Cuando aparecieron sobre los diseños en las cámaras de la Asamblea, Shimone estaba cerca. Los saludó con una leve reverencia.

—Bienvenidos. Justo iba a ir a buscaros.

—¿Tan vitales somos para el funcionamiento de la Asamblea que te tienen que mandar a que nos traigas? —dijo Hochopepa con cierta guasa.

Shimone inclinó la cabeza un poco.

—A lo mejor, pero hoy no. Solo pensé que os interesaría el asunto que se va a tratar.

—¿Qué pasa? —preguntó Milamber.

—El Señor de la Guerra ha enviado mensajes a la Asamblea y Hodiku ha hecho algunas preguntas sobre ellos. Más vale que nos demos prisa, porque están a punto de empezar.

Anduvieron rápidamente hasta el salón central de la Asamblea y entraron. Dispuesto alrededor de una gran zona abierta había un anfiteatro de bancos descubiertos; se sentaron en una de las gradas de abajo. Ya había en su sitio varios centenares de Grandes con sus túnicas negras. En el centro del suelo pudieron ver a Fumita, el que una vez había sido hermano del señor de los Shinzawai, solo; él presidiría la reunión del día. La presidencia era asignada al azar entre los que acudían. Milamber sólo había visto a Fumita en la Asamblea dos veces desde que lo trajera allí.

—Hace casi tres semanas desde que te vi en la Asamblea por última vez, Milamber —dijo Shimone.

—Tengo que disculparme, pero he estado ordenando mi casa.

—Eso he oído. Te has convertido en una fuente de cotilleos en la corte imperial. He oído que incluso el Señor de la Guerra quiere conocerte.

—Quizá algún día.

—¿Quién puede comprender a éste hombre? —le dijo Hochopepa a Shimone—. Construyéndose una casa tan rara... —Se volvió hacia Milamber—. Lo próximo que me dirás es que te vas a casar.

Milamber se rio.

—Vaya, Hocho, ¿cómo lo has sabido?

Los ojos de Hochopepa se desorbitaron.

—¡No!

—¿Y por qué no?

—Milamber, no es algo inteligente, créeme. Hasta hoy día me arrepiento de mi propio matrimonio.

—Hocho, no sabía que estuvieras casado.

—No me gusta hablar mucho de ello. Mi esposa es una buena mujer, aunque tiene

la lengua afilada y es dada al sarcasmo. En mi propia casa soy poco más que otro sirviente al que dar órdenes. Por eso solo la veo en las festividades prescritas; sería muy malo para mis nervios verla más a menudo.

—¿A quién pretendes, Milamber? —dijo Shimone—. ¿La hija de algún noble?

—No. Era esclava conmigo en las propiedades de los Shinzawai.

Hochopepa lo sopesó.

—Una chica esclava... hmmm. Podría funcionar.

Milamber se rio y Shimone emitió una risita. Varios magos los miraron con curiosidad, ya que la Asamblea no solía ser un foro de diversión.

Fumita levantó la mano y en la Asamblea se hizo el silencio.

—Hoy hay un asunto que Hodiku trae ante la Asamblea.

Un Grande delgado, con la cabeza afeitada y nariz ganchuda, fue desde su asiento frente a Milamber y Hochopepa hasta el centro del piso. Observó a los magos reunidos en el salón antes de hablar.

—Vengo hoy para hablar del Imperio —era la apertura formal para cualquier asunto que se presentara ante la Asamblea—. Hablo por el bien del Imperio —añadió, completando el ritual—. Me preocupa la petición de ayuda que ha efectuado hoy el Señor de la Guerra para poder extender la guerra contra el mundo de Midkemia.

Un coro de abucheos y gritos de «¡Política!» y «¡Sentaos!» estalló por toda la habitación. Enseguida, Shimone y Hochopepa estuvieron de pie junto con otros, gritando que lo dejaran hablar.

Fumita levantó la mano para que se callaran, y pronto se hizo el silencio en la habitación. Hodiku continuó.

—Tenemos un precedente. Hace quince años, la Asamblea ordenó al Señor de la Guerra que pusiera fin a la guerra contra la Confederación de Thuril.

Otro mago se puso en pie de un salto.

—Si la conquista de Thuril hubiera continuado, habría habido muy pocos efectivos en el norte para repeler la migración thün de ese año. Era un caso claro de la necesidad de salvar la provincia de Szetac y la Ciudad Sagrada. Ahora nuestra frontera norte está segura. La situación no es la misma.

Estallaron discusiones por toda la habitación, y a Fumita le llevó varios minutos restablecer el orden. Hochopepa se puso en pie.

—Me gustaría conocer las razones de Hodiku para considerar que esta petición es vital para la seguridad del Imperio. Cualquier mago que lo desee es libre de trabajar a favor de esa conquista.

—Ese es el problema —respondió Hodiku—. No hay ningún motivo para que cualquier mago que crea que esta guerra a través del espacio-tiempo es justa y buena para el Imperio no trabaje a favor de la conquista. Sin los Túnicas Negras que ya sirven al Señor de la Guerra, la fractura nunca habría podido prepararse para dicho



empeño. Lo que yo encuentro objetable es que haga peticiones a la Asamblea en sí. Si cinco o seis magos deciden servir en el campo de batalla, incluso viajando a este otro mundo a arriesgar sus vidas, eso es asunto suyo. Pero si un mago responde a esta petición sin considerar las consecuencias, parecerá que la Asamblea se somete a la voluntad del Señor de la Guerra.

Varios magos aplaudieron este sentimiento, y otros parecieron sopesar los argumentos. Solo unos pocos abuchearon. Hochopepa volvió a levantarse.

—Me gustaría ofrecer una propuesta. Yo me encargaré, en nombre de la Asamblea, de enviar un mensaje al Señor de la Guerra expresándole nuestro pesar porque la Asamblea como institución no puede obligar a ningún mago a cumplir sus peticiones, pero que tiene libertad para solicitar los servicios de cualquier mago que esté dispuesto a trabajar en su favor.

Un murmullo general de aprobación recorrió la sala.

—Hochopepa propone enviarle al Señor de la Guerra una declaración de la política de la Asamblea en nombre de esta —dijo Fumita—. ¿Alguien tiene algo que objetar? —No hubo objeciones—. La Asamblea le agradece a Hochopepa su sabiduría. —Se detuvo un momento antes de continuar—. Otro asunto requiere nuestra atención: se ha descubierto que el novicio Shiro carece de las cualidades morales necesarias para el Arte Mayor. Las sondas mentales han revelado que tiene sentimientos antiimperiales, aprendidos de joven de su abuela materna, una mujer de Thuril. ¿Está la Asamblea de acuerdo?

Se levantaron las manos, y cada una sostenía un globo de luz que era el voto de los magos. Verde para vida, rojo para muerte y azul para abstención. Milamber se abstuvo, pero por lo demás el voto fue unánime a favor de la muerte. Un Túnica Negra se levantó y Milamber supo que en cuestión de minutos dejarían inconsciente al novicio y lo teletransportarían al fondo del lago, donde se quedaría su cuerpo sin vida, demasiado frío para subir a la superficie.

Después de que se disolviera la reunión, Shimone habló con Milamber.

—Deberías venir más a menudo, Milamber. Casi nunca te vemos. Y pasas demasiado tiempo solo.

Milamber sonrió.

—Eso es cierto. Pero planeo remediar la situación mañana.

El sonido de la campanilla recorrió toda la casa, y los criados saltaron a hacer los preparativos para la visita del Grande. Kamatsu, señor de los Shinzawai, supo que un Grande había hecho sonar una de las campanillas en las estancias de la Asamblea y había deseado que el sonido llegara hasta allí, para anunciar su inminente aparición.

En la habitación de Kasumi, Laurie y el hijo mayor de la familia estaban enfrascados en una partida de pashawa, que se jugaba con unas piezas pintadas de

cartulina. Era común en las cervecerías y tabernas de toda Midkemia, y era un detalle más de los intentos del joven tsurani por dominar todas las facetas de la vida de aquel mundo.

Kasumi se puso en pie.

—Seguramente será el que una vez fue mi tío; mejor que vaya.

Laurie sonrió.

—O puede ser que quieras acabar con tus pérdidas.

El tsurani sacudió la cabeza.

—Me temo que he creado un problema en mi propia casa. Nunca has sido un buen esclavo, Laurie, y si acaso te has vuelto aún más intratable. Es buena cosa que me caigas bien.

Ambos se rieron, y el hijo mayor de la familia se fue. Pocos minutos después, llegó un esclavo corriendo e informó a Laurie que el señor de la casa le ordenaba acudir enseguida. Laurie se puso en pie de un salto, más por la evidente agitación del esclavo que por una obligación que le hubieran inculcado. Se apresuró hasta la habitación del señor y llamó dando unos golpecitos en el marco de la puerta. La puerta se abrió a un lado, sostenida por Kasumi. Laurie entró y vio al señor de los Shinzawai y a su huésped, y entonces la confusión se apoderó de él.

El huésped vestía la túnica negra de los Grandes tsurani, pero el rostro era el de Pug. Empezó a hablar, se detuvo y volvió a empezar.

—¿Pug?

El señor de la casa pareció ultrajado ante un comportamiento tan brusco por parte de su esclavo, pero la voz del Grande detuvo su queja antes de que saliera de sus labios.

—¿Puedo emplear esta habitación durante algunos minutos, señor? Deseo hablar con este esclavo en privado.

Kamatsu, señor de los Shinzawai, hizo una envarada reverencia.

—Como deseéis, Grande.

Salió de la habitación con su hijo tras él; seguía conmocionado por la aparición del antiguo esclavo y confundido por los conflictos que había en su interior. Era un Grande. De eso no cabían pensamientos de fraude, pues la forma en que había llegado lo demostraba. Pero Kamatsu no podía evitar sentir que esta llegada era el preludio del desastre para el plan que él y su hijo habían estado preparando cuidadosamente durante los últimos nueve años.

—Cierra la puerta, Laurie —dijo Milamber.

Laurie la cerró y luego estudió a su antiguo amigo. Parecía sano, pero enormemente cambiado. Su porte era casi regio, como si el manto de poder que vestía ahora reflejase alguna fuerza interior de la que hubiera carecido antes.

—Yo... —empezó Laurie, y luego se calló, sin saber qué decir—. ¿Estás bien? —

dijo al fin.

Milamber asintió.

—Estoy bien, viejo amigo.

Laurie sonrió y cruzó la habitación para abrazar a su amigo, luego se separó de él.

—Déjame que te mire.

Milamber sonrió.

—Me llamo Milamber, Laurie. El chico que conociste como Pug está tan muerto como las flores del año pasado. Ven, siéntate y hablemos.

Se sentaron a la mesa y se sirvieron dos tazas de chocha. Laurie dio un sorbo a la amarga bebida.

—No habíamos oído nada de ti —dijo Laurie—. Tras el primer año te di por perdido. Lo siento.

Milamber asintió.

—Así funciona la Asamblea. Como mago, se supone que he de renunciar a todos mis lazos anteriores, excepto aquellos que pueda mantener de forma socialmente aceptable. Al no tener clan ni familia, no tenía nada a lo que renunciar. Y tú siempre has sido un mal esclavo que nunca ha sabido el sitio que le correspondía. ¿Qué mejor amigo para un mago bárbaro y renegado?

Laurie asintió.

—Me alegro de que hayas vuelto. ¿Te quedarás?

Milamber negó con la cabeza.

—Aquí no tengo sitio. Además, tengo trabajo que hacer. Ahora tengo mi propia mansión, cerca de la ciudad de Ontoset. He venido por ti, y por Katala si... —Dejó la frase sin acabar, como si temiera preguntar por ella.

—Sigue aquí, y no ha tomado marido —dijo Laurie al ver su preocupación—. No te ha olvidado. —Sonrió de oreja a oreja—. ¡Dioses de Midkemia! Se me había ido de la cabeza. No tenías forma alguna de saberlo.

—¿El qué?

—Tienes un hijo.

Milamber parecía asombrado.

—¿Un hijo?

Laurie se rio.

—Nació ocho meses después de que se te llevaran. Es un buen niño, y Katala es una buena madre.

Milamber se sintió abrumado ante esta noticia.

—¿La traerías aquí, por favor?

Laurie se puso en pie de un salto.

—Enseguida.

Salió a toda prisa de la habitación. Milamber permaneció sentado, combatiendo el

estallido de emociones. Mantuvo la compostura, empleando sus habilidades de mago para relajar la mente.

La puerta se abrió para descubrir a Katala, con la incertidumbre en el rostro. Laurie estaba tras ella, con un niño de unos cuatro años en brazos.

Milamber se levantó y abrió los brazos hacia ella. Katala corrió hacia él y Milamber casi lloró de alegría. Se mantuvieron abrazados en silencio durante un rato.

—Pensé que te habías ido para siempre —murmuró ella—. Tenía la esperanza... pero pensé que te habías ido.

Se quedaron así durante varios minutos, perdidos en el puro placer de la presencia del otro, hasta que ella se apartó.

—Tienes que conocer a nuestro hijo, Pug.

Laurie adelantó al chico. Este contemplaba a Milamber con unos grandes ojos marrones. Era un chico bien formado, con un fuerte parecido con su madre, pero había algo en la forma en la que inclinaba la cabeza que le hacía parecerse al muchacho del castillo de Crydee. Katala lo cogió de brazos de Laurie y se lo pasó a Milamber.

—William, este es tu padre.

El niño pareció tomarse esto con cierto escepticismo. Se atrevió a sonreír tímidamente, pero se echó hacia atrás, manteniendo las distancias.

—Quiero abajo —dijo bruscamente.

Milamber se rio y dejó al niño en el suelo. Este miró a su padre, e inmediatamente perdió todo interés por el extraño de negro. Gritó «Oooh» y corrió a jugar con las piezas de jadra del señor de los Shinzawai.

Milamber lo observó durante algunos momentos antes de hablar.

—¿William?

Katala se puso a su lado y le rodeó la cintura con el brazo, abrazándolo como si temiera que volviera a desaparecer.

—Quería ponerle un nombre midkemio, Milamber —dijo Laurie.

—¿Milamber? —empezó a decir Katala.

—Es mi nuevo nombre, amor. Tendrás que acostumbrarte a llamarme así.

Ella frunció el ceño, no muy complacida ante la idea.

—Milamber —repitió, probando como sonaba. Luego se encogió de hombros—. Es un buen nombre.

—¿Cómo se convirtió en William?

Laurie fue hasta el chico, que estaba intentando apilar las piezas unas encima de otras, y las apartó amablemente. El niño le dirigió una mirada torva.

—Quiero jugar —dijo indignado.

Laurie lo cogió en brazos.

—Le di una lista de nombres y ella escogió ese.

—Me gustó como sonaba —dijo ella—. William.

Ante el sonido de su nombre el niño miró a su madre.

—Tengo hambre.

—Yo prefería Owen o James, pero ella insistió —dijo Laurie, mientras el niño trataba de escapársele de los brazos.

Katala lo cogió.

—Tengo que darle de comer. Lo llevaré a la cocina. —Besó a Milamber y salió de la habitación.

El mago se quedó en silencio durante un rato.

—Esto es mucho más de lo que esperaba. Temía que hubiera encontrado a otro.

—Esa no, P... Milamber. No quiso tener nada que ver con ninguno de los hombres que la cortejaron, y hubo unos cuantos. Es una buena mujer. No tienes nada que dudar de ella.

—Nunca lo haré, Laurie.

Se sentaron. Un discreto carraspeo en la puerta los hizo volverse. Kamatsu estaba en la puerta.

—¿Puedo entrar, Grande?

Milamber y Laurie empezaron a levantarse, y el señor de la casa les hizo un gesto de que podían permanecer sentados.

—Por favor, no es necesario.

Kasumi entró detrás de su padre y cerró la puerta. Milamber se dio cuenta por primera vez de que el hijo de la familia iba vestido con ropas de estilo midkemio. Arqueó una ceja, pero no dijo nada.

El cabeza de la familia Shinzawai parecía profundamente preocupado e intentaba poner en orden sus pensamientos.

—Grande, ¿puedo ser franco con vos? Vuestra llegada hoy es algo inesperada, y fuente de alguna posible dificultad.

—Por favor —dijo Milamber—. No pretendo causar perturbación alguna en vuestra casa, señor. Solo quiero a mi esposa y a mi hijo. Y también quiero a este esclavo —señaló a Laurie.

—Como deseáis, Grande. La mujer y el niño irán con vos, por supuesto. Pero permitidme que os suplique que dejéis quedarse al esclavo.

Milamber miró de rostro en rostro. Los dos Shinzawai mantenían el control, pero con las miradas que se dirigían el uno al otro y a Laurie, apenas podían ocultar su incomodidad. Allí había cambiado algo en los últimos cinco años. La relación entre los hombres de esa habitación no era la que debería haber habido entre amos y esclavo.

—¿Laurie —miró a su amigo—, qué significa esto?

Laurie miró a los otros dos hombres, y luego a Milamber.

—Tengo que pedirte que me prometas algo.

Una brusca inhalación de aire indicó la conmoción de Kamatsu.

—¡Laurie! Te atreves demasiado. Uno no negocia con un Grande. Sus palabras son ley.

Milamber levantó una mano.

—No, dejadlo hablar.

—Sé poco de estos asuntos, Milamber —dijo Laurie en tono suplicante—. Ya sabes que no tengo concepto del protocolo. Puede que esté violando las tradiciones, pero te lo pido en nombre de nuestra antigua amistad: ¿prometerás mantener en secreto todo lo que escuches en esta habitación?

El mago sopesó la cuestión. Podía ordenarle al señor de los Shinzawai que se lo dijera todo, y el hombre lo haría tan automáticamente como un soldado siguiendo órdenes; pero le importaba su amistad con el trovador.

—Te doy mi palabra de que no repetiré lo que se me diga.

Laurie suspiró y sonrió, y los Shinzawai parecieron perder parte de la tensión.

—He hecho un trato con mi señor —dijo Laurie—. Cuando hayamos completado ciertas tareas me dará la libertad.

Milamber negó con la cabeza.

—Eso es imposible. La ley no permite que un esclavo sea liberado. Ni siquiera el Señor de la Guerra puede liberar un esclavo.

Laurie sonrió.

—¿Y tú?

Milamber tenía gesto serio.

—Yo estoy fuera de las leyes. Nadie puede darme órdenes. ¿Afirmas ser un mago?

—No, Milamber, no es eso. Es cierto que aquí sólo puedo ser esclavo. Pero es que no voy a estar aquí. Volveré a Midkemia.

Milamber puso gesto extrañado.

—¿Cómo es eso? Solo hay una fractura hacia Midkemia, y la controlan los magos afines al Señor de la Guerra. No hay otras, o yo las conocería.

—Tenemos un plan. Es complicado y requeriría muchas explicaciones, pero simplificando, es esto: acompañaré a Kasumi, disfrazado de sacerdote de Turakamu el Rojo. Él conducirá tropas de refresco al frente. No es probable que nadie note mi altura, porque la gente suele mantener las distancias con los sacerdotes del Rojo. Todas las tropas son leales a los Shinzawai. Una vez en Midkemia, cruzaremos las líneas y nos abriremos paso hasta las fuerzas del Reino.

Milamber asintió.

—Ahora comprendo las lecciones de idioma y las ropas. Pero dime, Laurie, ¿estás dispuesto a espiar para los tsurani a cambio de tu libertad? —No había desaprobación en su voz, era una simple pregunta.

Laurie se sonrojó.

—No voy a espiar. Seré guía. He de conducir a Kasumi a Rillanon, para una audiencia con el rey.

—¿Por qué...? —Milamber estaba sorprendido, y Kasumi interrumpió.

—Voy a entrevistarme con el rey para presentarle una oferta de paz.

Milamber arguyó:

—¿Cómo tenéis la esperanza de acabar con la guerra mientras el Partido de la Guerra mantenga el control del Alto Consejo?

—Tenemos una cosa a nuestro favor —respondió Kamatsu—. Esta guerra dura ya nueve años y todavía no se ve el final, Grande. No soy tan presuntuoso como para querer aleccionaros, pero si pudiera explicar algunas cosas... —Milamber asintió para que continuara. Kamatsu dio un sorbo a su bebida—. Desde el fin de la guerra con la Confederación de Thuril, al Partido de la Guerra le ha costado mantener su preeminencia en el Alto Consejo. Cada escaramuza fronteriza con Thuril hacía surgir voces pidiendo la reanudación del conflicto. Entre esa lucha fronteriza y los constantes intentos de los thün de atravesar los pasos del norte y recuperar sus tierras más meridionales, el Partido de la Guerra mantenía su mayoría a duras penas. Una coalición encabezada por el Partido de la Rueda Azul estaba a punto de desalojarlos del poder cuando la Asamblea descubrió la fractura que conducía hasta vuestro antiguo mundo. La llamada de la guerra se extendió por el Consejo tan pronto se supo de la riqueza metalúrgica de vuestro mundo. Todos los progresos que habíamos hecho en años se perdieron en ese mismo instante. Así que empezamos de nuevo a oponernos a esta locura. Los metales que se están extrayendo en vuestro mundo son, por lo que Laurie ha dicho, restos de minas abandonadas, por los que aquellos que llamáis enanos no consideran que valga la pena molestarse. Lo único que hay aquí es una excusa para que Tsuranuanni ice el estandarte de guerra y se derrame sangre. Vos conocéis nuestra historia. Sabéis lo difícil que nos resulta resolver nuestras diferencias de forma pacífica. He sido soldado y conozco la gloria de la guerra. Y también conozco las pérdidas que ocasiona. Laurie me ha convencido de que mis sospechas acerca de la gente del Reino eran correctas. No se trata de un pueblo belicoso, a pesar de los nobles y sus ejércitos. Hubieran estado dispuestos a comerciar.

—Todo eso es cierto —interrumpió Milamber—. Pero no estoy muy seguro de que eso tenga relevancia tal y como están las cosas actualmente. Mi antigua nación no había combatido en ninguna guerra en casi cincuenta años, excepto escaramuzas con los tragos del norte y en la frontera con Kesh. Pero ahora en el oeste suenan los tambores de guerra. Los ejércitos del Reino han sufrido bajas. La nación ha sido invadida sin provocación alguna. No creo que estuvieran dispuestos a parar y perdonar por las buenas. Se exigirían compensaciones, o al menos alguna indemnización. ¿Estaría el Alto Consejo dispuesto a rendir el honor de Tsuranuanni y

hacer reparaciones por los daños causados por sus soldados?

El señor de los Shinzawai tenía aspecto preocupado.

—El Consejo no, estoy seguro. Pero el Emperador sí.

—¿El Emperador? —dijo Milamber sorprendido—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Ichindar, que los cielos lo bendigan, cree que está guerra es una sangría para los recursos del Imperio. Cuando la campaña de Thuril, aprendimos que algunas fronteras sencillamente son demasiado grandes y demasiado apartadas para que el Imperio las controle, salvo a un coste muy superior al valor de las victorias. La Luz Celestial comprende que en ningún sitio habría una frontera tan vasta ni tan apartada como la que hemos encontrado en Midkemia. Está interviniendo en el Juego del Consejo. Quizá sea el juego más grande que se ha jugado en toda la historia de Tsuranuanni. La Luz Celestial está dispuesta a imponer la paz al Señor de la Guerra, y destituirlo si fuera necesario. Pero no se arriesgará a una ruptura tan fuerte con la tradición a menos que se le garantice la voluntad del rey Rodric para llegar a un acuerdo. Debe presentarse ante al Alto Consejo con la paz como un hecho consumado; de lo contrario se arriesga demasiado. En la historia del Imperio solo se ha cometido regicidio una vez, Grande. El Alto Consejo recibió al asesino y lo nombró Emperador. Era el hijo del hombre al que había matado. Su padre había intentado imponer tasas a los templos, la última vez que un Emperador jugó al Juego del Consejo. Podemos ser una gente dura, Grande, incluso con nosotros mismos, y un Emperador nunca ha intentado hacer lo que quiere Ichindar, lo que otros, muchos otros, verán como una afrenta al honor del Imperio, un acto impensable. Pero si puede presentar la paz ante el Consejo, entonces mostrará claramente que los dioses dan su bendición a dicho empeño, y nadie se atreverá a desafiarlo.

—Arriesgáis mucho, señor de los Shinzawai.

—Amo a mi nación y al Imperio, Grande. Daría por ella mi vida en el campo de batalla, y la arriesgué mucho cuando era joven, en la campaña de Thuril. También arriesgaría mi vida, mis hijos, el honor de mi casa, de mi familia y de mi clan para preservar la santidad del Imperio. Igual que el Emperador. Somos, una gente paciente. Este plan lleva años preparándose. El Partido de la Rueda Azul lleva mucho tiempo aliado en secreto con el Partido de Paz. Nos retiramos durante el tercer año de la guerra para poner en problemas al Señor de la Guerra y preparar el entrenamiento de Kasumi para el viaje que se aproximaba. Pasamos un año viajando entre los diferentes señores del Partido de la Rueda Azul y de la Paz, asegurando su cooperación y que cada uno interpretara su papel en el Juego del Consejo, antes de traerlos a Laurie y a vos para que fuerais sus profesores. Somos tsurani, y la Luz Celestial no permitiría que se iniciaran los contactos hasta tener un mensajero preparado. Convertimos a Kasumi en ese mensajero, y tratamos de darle las mayores posibilidades de llegar hasta el rey. Debe ser así, porque si alguien externo a nuestra facción se entera de este



movimiento y fracasa, rodaran muchas cabezas, incluyendo la mía. Es el precio de perder en el Juego. Si os lleváis a Laurie, Kasumi tendrá pocas posibilidades de llegar hasta el rey, y el esfuerzo por la paz quedará pospuesto hasta que podamos encontrar otro guía de confianza, un retraso que casi seguro podría durar uno o dos años. Actualmente la situación es crítica. El Partido de la Rueda Azul vuelve a formar parte de la Alianza para la Guerra, después de años de negociaciones con el Partido de la Guerra, y se van a enviar miles de hombres a luchar para que Kasumi pueda escabullirse atravesando las líneas del Reino hasta vuestra antigua patria. Pronto llegará la hora. Tenéis que considerar lo que significaría otro año de guerra. Con la conquista de vuestra antigua patria, el Señor de la Guerra sería invulnerable frente a cualquier movimiento que intentáramos.

Milamber reflexionó sobre lo dicho, luego se volvió hacia Kasumi.

—¿Cuándo?

—Pronto, Grande —dijo Kasumi—, cuestión de semanas. El Señor de la Guerra tiene espías en todas partes y sospecha de nuestros planes. No confía en el repentino cambio de postura en el Consejo de la Rueda Azul, pero tampoco puede rechazar la ayuda. Siente la necesidad de obtener una gran victoria. Planea una ofensiva importante esta primavera contra las fuerzas de los duques Borric y Brucal, el contingente principal del Reino. Está preparada para que ocurra justo antes del Festival Imperial, orquestada para poder anunciar la victoria durante los Juegos Imperiales, para su gloria personal.

—Es algo muy parecido a un gambito de cierre en el jadra, Grande —dijo Kamatsu—. Una victoria aplastante le proporcionará al Señor de la Guerra todo lo que necesita para hacerse con el control del Alto Consejo, pero nos arriesgamos para hacer nuestra jugada de cierre. En el frente habrá confusión mientras se llevan a cabo los preparativos para la ofensiva. Kasumi y Laurie tendrán su mejor oportunidad para atravesar las líneas. Si el rey Rodric estuviera de acuerdo, entonces la Luz Celestial podría aparecer ante el Alto Consejo con el anuncio de la paz, y todo aquello en lo que se basan el poder y la influencia del Señor de la Guerra se derrumbará. En términos de jadra, arriesgamos nuestra última pieza para que nuestro Emperador le haga jaque mate a su Señor de la Guerra.

Milamber se mantuvo pensativo durante algún tiempo.

—Creo que os habéis embarcado en un plan osado, señor de los Shinzawai. Honraré mi promesa de no decir nada. Laurie puede seguir aquí. —Miró a Laurie—. Que los dioses de nuestros ancestros os protejan y os conduzcan al éxito. Rezo para que esta guerra acabe pronto. —Se levantó—. Si no os importa, me marcharé. Me gustaría llevarme enseguida a mi mujer y mi hijo a casa.

Kasumi se levantó e hizo una reverencia.

—Me gustaría decir una cosa más, Grande. —Milamber le indicó con un gesto

que siguiera—. Hace años, cuando pedisteis a Katala por esposa y yo os dije que vuestra petición sería rechazada, también os dije que había una razón. Planeábamos que vos también volvierais a vuestro mundo. Confío en que ahora lo comprendáis. Somos un pueblo duro, Grande, pero no cruel.

—Me di cuenta tan pronto me revelasteis el plan. —Miró a Laurie—. Por lo que soy ahora, esta es mi patria. Pero en mi interior sigue habiendo una parte que no ha cambiado, y por esa razón envidio tu vuelta a casa. Te recordaré bien, viejo amigo.

Y diciendo eso, Milamber salió de la habitación. Fuera de la mansión encontró a Katala esperándolo en un jardín, viendo jugar a su hijo. Ella fue a él y ambos se abrazaron, saboreando el dulce reencuentro.

—Ven, amor mío, llevemos a nuestro hijo a casa —dijo él tras un largo rato.

## 9

### *Fusión*

Arcolargo lloró en silencio. Solo en un claro cerca del límite de los bosques de los elfos, el Maestre de Caza de Crydee se alzaba sobre los tres elfos caídos. Los cuerpos inertes yacían desgarrados en el suelo, con los brazos y las piernas dobladas en ángulos imposibles y los bellos rostros cubiertos de sangre. Martin sabía lo que la muerte significaba para los elfos, para los que lo habitual era tener uno o dos hijos por familia en un siglo. Conocía bien uno de aquellos rostros. Algavins, compañero de Galain desde la niñez, tenía menos de treinta años, un niño aún según el criterio del pueblo elfo.

Unas pisadas a sus espaldas hicieron que Martin se secara las lágrimas y retomara su expresión impasible habitual. A sus espaldas oyó decir a Garret:

—Hay otro montón un poco más abajo, Maestre de Caza. Los tsurani atravesaron esta parte del bosque como un mal viento.

Martin asintió, luego se puso en marcha sin decir nada más. Garret lo siguió. Durante toda su juventud, Garret había sido el mejor rastreador de Arcolargo y los dos se movían con ligereza por la pista que llevaba a Elvandar.

Después de viajar durante horas, cruzaron el río que había al oeste del enclave tsurani, y cuando se encontraron a salvo en los bosques élficos una voz los saludó desde los árboles.

—Bienhallado seas, Martin Arcolargo.

Martin y Garret se detuvieron y esperaron a que aparecieran tres elfos entre los árboles, como si el propio aire les diera forma. Galain y sus dos compañeros se acercaron al Maestre de Caza y a Garret. Martin inclinó un poco la cabeza hacia el río y Galain asintió. Era todo lo que necesitaban para hacer saber al otro que los dos sabían que Algavins había muerto junto con los demás. Garret vio el intercambio, aunque no era ningún experto en las sutilezas de los elfos.

—¿Tomas? ¿Calin? —preguntó Martin.

—En el consejo, con la reina. ¿Traes noticias?

—Mensajes del Príncipe Arutha. ¿Os dirigís al consejo?

Galain esbozó la media sonrisa de los elfos que indicaba ironía.

—Ha recaído sobre nosotros la tarea de vigilar el camino. Debemos quedarnos aquí algún tiempo. Iremos en cuanto los enanos crucen el río. Llegarán en cualquier momento.

A Martin no le pasó inadvertido el comentario mientras se despedía de ellos y continuaba su camino hacia Elvandar. Mientras se acercaba al claro que rodeaba la ciudad arbolada de los elfos se preguntó por qué se había excluido del consejo a Galain y a los otros elfos jóvenes. Todos habían sido compañeros constantes de Tomas desde que se había instalado de forma permanente en Elvandar. Martin no había estado allí desde justo antes del asedio de Crydee, pero durante todos aquellos años había hablado con algunos de los montaraces nataleses que llevaban los mensajes del duque a Elvandar y de vuelta a Crydee. En varias ocasiones se había pasado horas charlando con León el Largo y Grimsworth de Natal. Si bien se mostraban introvertidos cuando no estaban entre los suyos, eran menos reservados con Arcolargo, ya que en el Maestre de Caza de Crydee percibían un espíritu afín. Era el único hombre, aparte de los montaraces de Natal, que podía entrar en Elvandar sin invitación. Los dos montaraces nataleses habían comentado los grandes cambios que se habían producido en la corte de la reina de los elfos, y Martin sintió un extraño desasosiego lleno de silencio.

Mientras se acercaba a Elvandar con un trote fácil, Garret dijo:

—Maestre de Caza, ¿no van a enviar a alguien para que recoja a los caídos?

Martin se detuvo y se apoyó en su arco.

—Garret, no es esa su costumbre. Dejarán que los reclame el bosque, ya que creen que sus verdaderos espíritus aguardan ahora en las Islas Benditas. —Lo pensó durante un momento y luego dijo—. Entre mis rastreadores, quizá seas el mejor que he conocido. —El hombre, aún joven, se sonrojó al oír el cumplido pero Arcolargo dijo—. No es un halago, sino un simple hecho. Lo he mencionado porque eres el que más probabilidades tiene de sustituirme si algo me pasara.

La expresión avergonzada habitual de Garret dio paso a una muy atenta a las palabras de Martin, que continuó:

—Si algo ocurriese que me quitase la vida, esperarí­a que alguien continuara evitando que Elvandar y el mundo humano se alejaran el uno del otro.

Garret asintió.

—Creo que lo entiendo.

—Debes hacerlo, pues sería muy triste que las dos razas se separaran. —Hablaba con dulzura—. Sobre sus creencias debes aprender todo lo que puedas, pero hay unas cosas que debes saber, sobre todo en estos tiempos de guerra. ¿Recuerdas que se dice que ciertos sacerdotes pueden llamar a los muertos, si no hace más de una hora que han partido?

—He oído esa historia, pero no he conocido a nadie que afirme haberlo visto, o que afirme siquiera conocer a alguien que lo haya visto.

—Es cierto. El padre Tully así lo dice, y no es de los que no se muestran francos en asuntos de fe. —Martin miró al suelo—. Hay una historia: un sacerdote importante (de qué orden yo no lo sé) se encontró con que se había alejado de los dioses y había quedado atrapado en el mundo humano. Se deshizo de sus elegantes túnicas y adornos de oro y se puso la tela sencilla y casera de un monje viajero. Vagó por los bosques en busca de humildad. El tiempo y el azar lo trajeron a Elvandar, donde se encontró con un elfo recién caído, que había muerto en un accidente unos minutos antes de que llegara el sacerdote. Empezó a rescatar al elfo de la muerte, pues era un sacerdote con grandes poderes y quería compartir su talento con todos los necesitados. Lo detuvo la esposa del elfo, y cuando el sacerdote le preguntó por qué, ella dijo: *No es esa nuestra costumbre. Ahora está en un lugar mucho mejor, y si ahora lo recuperaras no volverá más que contra su voluntad y para dolor nuestro. Por eso no pronunciaremos su nombre, no vaya a oír la nostalgia en nuestra voz y vuelva para consolarnos a costa de su propio consuelo.* Por lo que yo sé, jamás se ha rescatado a ningún elfo de la muerte. Algunos me han dicho que las artes humanas no pueden revivir a los elfos. Otros han dicho que los elfos no tienen un alma de verdad, y que por eso no vuelven. Creo que ambas cosas son falsas y que tienen un sentido más sutil de su lugar en el mundo.

Garret se quedó callado durante un momento mientras digería toda aquella información.

—Es un cuento extraño, Maestro de Caza. ¿Qué se lo recordó?

—La muerte de esos elfos y tu pregunta. Es para demostrarte lo diferentes que son de nosotros y cómo debes trabajar para aprender sus costumbres. Pasarás algún tiempo entre ellos.

—¿Es cierto el cuento del elfo muerto?

—Sí. El elfo recién caído era el fallecido rey, el esposo de la reina Aglaranna. Entonces yo no era más que un muchacho, hace treinta años, pero lo recuerdo. Estaba con la partida de caza cuando ocurrió el accidente, y conocí al sacerdote.

Garret no dijo nada. Martin recogió su arma y continuaron el viaje.

Pronto llegaron al borde de Elvandar. Martin se detuvo mientras Garret se quedaba cautivado por la visión de aquellos grandes árboles. El último sol de la tarde proyectaba largas sombras por el bosque, pero las altas ramas ya brillaban con la luz mágica que les era propia.

Martin cogió a Garret por el codo y guio con dulzura al boquiabierto rastreador por la corte de la reina. Llegaron al círculo del consejo y entraron tras saludar a la reina.

Aglaranna sonrió al verlo.

—Bienvenido seas, Martin Arcolargo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que viniste a vernos.

Martin presentó a Garret, que hizo una torpe reverencia ante la reina. Luego entró otra figura en la corte, procedente de las sombras en las que esperaba. Martin había crecido junto a los niños elfos y era tan capaz como cualquiera de ocultar sus emociones si era necesario, pero al ver a Tomas quedó tan conmocionado que casi gritó. Contuvo un comentario y se obligó a no mirarlo fijamente, al tiempo que oía el suspiro de asombro de Garret. Habían oído hablar de lo mucho que había cambiado Tomas, pero nada había preparado ni a Martin ni a Garret para la visión de aquel imponente hombre que tenían ante ellos. Los contemplaron unos ojos extraños. Poco quedaba ya del muchacho feliz y sonriente que había seguido antaño a Martin por los bosques, rogándole que le contara historias de los elfos, o que había jugado al tonel con Garret. Tomas se adelantó sin demasiada cordialidad y dijo:

—¿Qué nuevas traéis de Crydee?

Martin se apoyó en su arco.

—El príncipe Arutha envía sus más cordiales saludos —le dijo a la reina—, y su afecto, así como también espera que vuestra salud sea buena. —Luego se dirigió a Tomas, que estaba claro que se había apropiado de un alto cargo dentro del consejo de la reina—. Arutha envía las siguientes noticias: Guy el Negro, Duque de Bas-Tyra, gobierna ahora en Krondor, así que no recibiremos ayuda en la Costa Lejana. Además, el príncipe tiene buenas razones para creer que los ultramundanos planean lanzar pronto una gran ofensiva contra Crydee, Elvandar o el ejército del duque, no sabría decirlo. Sin embargo, no se están reforzando los enclaves del sur a través de las minas enanas, si bien se están excavando con fuerza. Mis rastreadores han percibido ciertas señales de movimiento hacia el norte, pero nada a gran escala. Arutha supone que la ofensiva más probable será contra su padre y el ejército de Brucal. —Luego añadió—: Y traigo también la noticia de que el escudero de Arutha ha resultado muerto. —Respetó la costumbre élfica de no pronunciar el nombre de los muertos.

Los ojos de Tomas traicionaron un destello de emoción ante la noticia de la muerte de Roland, pero todo lo que dijo fue:

—En la guerra mueren hombres.

Calin se dio cuenta de que aquel intercambio era una especie de asunto personal entre Arcolargo y Tomas. Nadie más de aquella corte había conocido bien a Roland, aunque Calin lo recordaba de la cena de aquella noche, tantos años atrás, en Crydee. A Martin le inquietó la reacción que tuvo Tomas ante la noticia de la muerte de su amigo de la infancia. El príncipe de los elfos volvió entonces al asunto de la guerra:

—Es lo más lógico. Si se destruyera al ejército del Reino en el oeste, los ultramundanos podrían entonces dirigir toda su atención a los otros frentes y se harían con las Ciudades Libres y Crydee con gran rapidez. Dentro de un año, dos a lo

sumo, todo lo que antaño era la Bosnia keshiana estaría bajo sus estandartes. Entonces podrían dirigirse con facilidad a Yabon, y con el tiempo podrían lanzarse contra las murallas de Krondor.

Tomas se enfrentó a Calin como si fuera a hablar, con los ojos entrecerrados. Un relámpago de comunicación pasó entre la reina y Tomas, y este volvió a su lugar del círculo del consejo. Calin continuó:

—Si los ultramundanos no están acampados al oeste de las montañas, entonces los enanos deberían reunirse con nosotros muy pronto. Hemos sufrido incursiones de los ultramundanos que están al otro lado del río, pero no hay señales de que se vaya a producir algún ataque importante. Creo que Arutha tiene razón en sus conjeturas, y si los duques nos llamaran, deberíamos intentar ayudarlos.

Tomas se volvió hacia el príncipe elfo.

—¡Dejar Elvandar desprotegida! —Su rostro expresaba la indignación que sentía. Martin quedó sorprendido por la ferocidad de la ira apenas contenida de Tomas—. Sin despojar a los bosques élficos de todos sus defensores, no podríamos reunir el número suficiente para influir en una batalla así.

El rostro de Calin permaneció impasible, pero sus ojos reflejaron la ira de Tomas, si bien pronunció las palabras con suavidad.

—Soy el Caudillo Guerrero de Elvandar. No dejaría nuestros bosques desprotegidos. Pero si los ultramundanos lanzaran una gran ofensiva contra los duques, no dejarán los soldados suficientes a lo largo del río para suponer una amenaza contra nuestros bosques. No se han lanzado contra nosotros desde que los derrotamos con la ayuda del hechicero y murieron sus Túnicas Negras. Pero si se enfrentaran a Lord Borric y Lord Brucal, y si la batalla fuera reñida, los nuestros podrían inclinar la balanza, sobre todo si podemos lanzarnos contra su flanco más débil.

Tomas controló su ira, rígido y quieto durante un momento; luego dijo con un tono de voz helado:

—Los enanos siguen a Dolgan y Dolgan sigue mi ejemplo. No vendrán a menos que yo los llame a la batalla. —Sin otra palabra más abandonó el círculo del consejo.

Martin contempló la marcha de Tomas. Se le puso la carne de gallina cuando sintió por primera vez el poder que albergaba aquella extraña mezcla de hombre y lo que viviera dentro del chico de Crydee. Apenas había conseguido vislumbrar lo que había en el interior de Tomas pero había sido suficiente. Era un ser digno de temer.

Martin vio entonces un parpadeo en la expresión de Aglaranna, que se levantó y dijo:

—Será mejor que hable con él. Lleva un tiempo abrumado por algo.

Mientras se iba, Martin tuvo la certeza de que fuera lo que fuera lo que había visto, había sido testigo de un enfrentamiento entre el hijo de la Reina de los Elfos y el

amante de ella, y también del profundo conflicto que había en el interior de la elfa. Aglaranna tenía la expresión de alguien atrapado en un destino desesperado.

Cuando la reina abandonó el consejo, Calin dijo:

—Has llegado en el momento más propicio, Martin. Necesitamos tus sabios consejos.

Martin asintió. Mandó a Garret a buscar algo de comer y, cuando se fue, estudió al príncipe elfo y luego al resto de los presentes en el consejo. Tathar se encontraba en su lugar habitual, a la derecha del trono de la reina. Conocía a los otros, todos ellos viejos y leales consejeros. Muchos eran antiguos Tejedores de Conjuros.

Martin se sentó y esperó paciente a que Calin hablara. El príncipe elfo se quedó callado durante un momento. Martin estudió a Calin, pues lo conocía y percibía su inquietud. Siendo niño, Martin había pensado que el príncipe de los elfos era la mejor encarnación de todas las virtudes de esa raza, y si bien aquella adoración infantil había pasado, todavía sentía por Calin un respeto que nunca había menguado.

—Martin, de todos los aquí presentes tú eres el único que conoció a Tomas antes de este cambio. ¿Qué puedes decirnos de la transformación que has visto?

Martin se tomó un momento para pensar la respuesta.

—A lo largo de los años solo había vislumbrado esos cambios, hasta este día. Que son grandes es obvio, pero en cuanto a lo que anuncian, ni siquiera me lo imagino. Era un muchacho bastante bueno; alguien no demasiado dado a las travesuras, aunque con la curiosidad suficiente para encontrarlas. Tenía un lado tierno y no se guardaba sus afectos. Tenía un temperamento moderado pero podía perder el control cuando se amenazaba o golpeaba a un amigo. En general, era muy parecido al resto de los muchachos, un soñador.

—¿Y ahora?

Martin estaba preocupado y no se esforzó en ocultarlo.

—Es algo que va más allá de mi entendimiento.

Tathar dijo:

—Tus palabras han sido claras, Martin, y ciertas, pues también ha ido más allá de lo que nosotros podemos comprender.

Calin habló entonces en voz baja.

—De todos los hombres, tú sabes más de nuestra historia que los demás. Sabes de nuestro odio por las eras que pasamos esclavizados a los valheru. Sabes que rechazamos la Senda Oscura por la que caminaban. Tememos el regreso de ese poder tanto como esta invasión de ultramundanos y sus Túnicas Negras. Has visto a Tomas. Debes saber lo que nos vemos obligados a considerar.

Martin asintió.

—Sí, sopesáis su vida.

—Muchos de los elfos más jóvenes lo siguen ciegamente —dijo Tathar—. Carecen



de la madurez y de la sabiduría necesarias para soportar la sutil influencia de la magia valheru que alberga en su interior. Y si bien los enanos no lo siguen ciegamente, no dejan de seguirlo, pues no tienen nuestro legado de miedo y han puesto una gran fe en su capacidad de liderazgo. Durante los últimos ocho años ha demostrado tener en sus manos su supervivencia, ya que ha salvado a muchos de ellos de la muerte en repetidas ocasiones. Pero aunque Tomas ha sido un regalo para nosotros en esta lucha contra los invasores, quizá tengamos que hacer a un lado toda consideración salvo una: ¿intentará este medio hombre, medio valheru convertirse en nuestro amo? — Tathar frunció el ceño—. Si es así, habrá que destruirlo.

Martin sintió que se le helaba el corazón. De todos los chicos que había conocido en Crydee, había sentido un cariño especial por tres: Garret, Tomas y Pug. Había lamentado en silencio la pérdida de Pug cuando se lo habían llevado los tsurani, y se había preguntado con frecuencia si su destino había sido la muerte o el cautiverio. Ahora lloraba por Tomas, pues ocurriera lo que ocurriera, jamás volvería a ser el de antes.

Martin le dijo a Calin:

—¿No se puede hacer nada?

Calin le indicó a Tathar con un gesto que respondiera a la pregunta. El viejo Tejedor de Conjuros paseó la mirada por el círculo granjeándose el asentimiento de los otros Tejedores de Conjuros.

—Hacemos lo que podemos para llevar esto a buen fin. Pero si el valheru se presentara en todo su poder, no podríamos resistirlo, así que tenemos miedo. No albergamos ningún odio por Tomas, pero igual que te apiadas de un lobo rabioso, no por eso debes dejar de matarlo.

Martin miró con tristeza las luces de Elvandar mientras aumentaba la oscuridad. Desde que tenía memoria, aquella había sido una visión que siempre lo consolaba. Ahora solo sentía una fría amargura.

—¿Cuándo lo decidiréis?

—Conoces nuestras costumbres —dijo Tathar—. Lo decidiremos cuando debamos decidirlo.

Martin se puso en pie poco a poco.

—Mi consejo entonces es el siguiente: hasta que el cambio haya demostrado con toda claridad que tiende hacia la Senda Oscura, no deis por error demasiada importancia a antiguos miedos. Hace mucho tiempo que me enseñaron que los que ahora gobiernan Elvandar son de naturaleza más saludable y de mentalidad más independiente que aquellos a los que liberó el valheru. Contened vuestra mano hasta el último momento. Todavía puede salir algo bueno de todo esto, o si no, algo que no sea del todo malo.

Tathar asintió.

—Tu consejo ha sido bien dado y es bien recibido.

Martin parecía sobrellevar una carga abrumadora.

—Haré lo que pueda. En otro tiempo podía influir en Tomas, quizá aún pueda. Iré a reflexionar sobre este asunto, luego lo buscaré y hablaré con él.

Cuando se fue no habló nadie de los que componían el círculo que rodeaba la corte de la reina. Sabían que su corazón estaba tan preocupado como el de ellos.

La palpitación había empeorado; aún no llegaba a ser dolor, sino una incomodidad que se hacía cada vez más alarmantemente persistente. Tomas se sentó en el fresco claro, cerca del tranquilo estanque, en lucha consigo mismo. Desde que había venido a vivir a Elvandar, se había dado cuenta de que sus sueños eran poco más que vagas imágenes llenas de sombras, con frases y nombres medio recordados que no conseguía atrapar. Cada vez eran menos molestos, menos temibles, cada vez estaban menos presentes en su vida diaria, pero había crecido la presión que sentía en el interior de la cabeza, aquel casi dolor apagado. Cuando estaba en medio de la batalla, se perdía en el interior de una cólera roja y desaparecía el dolor, pero cuando se apaciguaba el ansia de guerra, sobre todo cuando tardaba en volver a Elvandar, volvía la palpitación.

A sus espaldas sonaron unos pasos ligeros, y sin volverse dijo:

—Deseo estar solo.

—¿El dolor, Tomas? —preguntó Aglaranna.

Un tenue estremecimiento de alguna sensación extraña se despertó por un instante en su interior, y el joven ladeó la cabeza como si oyera algo. Luego respondió con brusquedad:

—Sí, volveré pronto a nuestros aposentos. Vete ahora y prepárate para cuando me reúna contigo más tarde.

Aglaranna dio un paso atrás. Sus orgullosos rasgos mostraban el dolor que le producía que se dirigiera a ella con ese tono. Dio la vuelta de inmediato y se fue.

Mientras atravesaba el bosque, el interior de la reina era un mar de emociones. Desde que se había rendido al deseo de Tomas, y al suyo propio, había perdido la capacidad de darle órdenes, o de resistirse a las que le daba él. Ahora era su señor y se sentía avergonzada. Era una unión carente de alegría, no el regreso a la felicidad perdida que la reina había esperado. Pero era un impulso que la dejaba sin voluntad, que creaba en ella la necesidad de estar con él, de pertenecerle, que la despojaba de todas sus defensas. Tomas era un hombre dinámico, poderoso y en ocasiones cruel. Se corrigió entonces: no cruel, solo tan aislado de cualquier otro ser vivo que no se podían hacer comparaciones. No es que fuera indiferente a sus necesidades, es que simplemente ignoraba que ella tuviera ninguna. Al acercarse a Elvandar, las suaves luces mágicas se reflejaron en las lágrimas brillantes que acariciaban las mejillas de la

reina.

Tomas no fue del todo consciente de la partida de su amante. Bajo el dolor apagado que le inundaba la cabeza, lo llamó débilmente una voz. Se esforzó en escuchar, conocía aquel timbre, aquel color, sabía quién lo llamaba.

—¿Tomas?

Sí.

Ashen-Shugar contempló la desolación de las planicies, las tierras secas y agrietadas desprovistas de toda humedad salvo por los burbujeantes estanques alcalinos que vomitaban hedores al aire. En voz alta se dirigió a su compañero invisible y dijo:

—Ha pasado algún tiempo desde la última vez que hablamos.

*Tathar y los otros quieren separarnos. Eres olvidado con frecuencia.*

Los fétidos vientos soplaban del norte, fríos pero empalagosos. El olor a putrefacción estaba por todas partes, y en el residuo de la poderosa locura que había absorbido al mundo solo se sentían unos tímidos estremecimientos de vida que intentaban reafirmarse.

—No importa. Volvemos a estar juntos.

*¿Qué es este lugar?*

—La Desolación de las Guerras del Caos. El monumento de Draken-Korin, la tundra sin vida que antaño fueron grandes prados. Pocos seres vivos aguardan aquí. La mayor parte de las criaturas huyen al sur, a climas más acogedores.

*¿Quién eres?*

Ashen-Shugar se echó a reír.

—Soy aquello en lo que te estás convirtiendo. Somos uno solo. Eso has dicho muchas veces.

*Lo había olvidado.*

Ashen-Shugar llamó y Shuruga fue hacia él a toda velocidad a través del paisaje gris, mientras tronaban las nubes negras sobre ellos. El poderoso dragón aterrizó y su amo trepó a su lomo. Tras echar una mirada al punto marcado por la ceniza, el único recuerdo de la existencia de Draken-Korin, el valheru dijo:

—Venga, vamos a ver lo que ha forjado el destino.

Shuruga dio un salto hacia los cielos y sobre la desolación volaron. Ashen-Shugar permanecía en silencio mientras cabalgaba sobre el ancho lomo de Shuruga y sentía el viento en la cara. Volaron y el tiempo pasó de largo ante ellos, como si compartieran la muerte de una era y el nacimiento de otra. Se encumbraron hacia el cielo azul, libres de los horrores de las Guerras del Caos.

*Merece la pena la amargura.*

—Yo creo que no. Hay algo que aprender, aunque soy incapaz de acordarme de qué. Sin embargo, presiento que tú sí. —Ashen-Shugar cerró los ojos cuando volvió la

palpitación.

*Sí, lo recuerdo.*

—¿Tomas?

Tomas abrió los ojos de golpe. Encontró a Galain de pie un poco más allá, cerca del borde del claro.

—¿Quieres que vuelva más tarde?

Tomas se levantó poco a poco de donde había estado soñando. Tenía la voz áspera y cansada.

—No, ¿qué pasa?

—La banda de enanos de Dolgan ha llegado al bosque exterior y te espera cerca del riachuelo sinuoso. Los enanos atacaron un enclave ultramundano cuando cruzaron el río. —Había una sonrisa feliz en el rostro del joven elfo—. Por fin han hecho algunos prisioneros.

Una extraña mezcla de placer y furia atravesó el rostro de Tomas. Galain sintió algo extraño cuando contempló la reacción que tenía ante la noticia el guerrero vestido de blanco y oro. Como si escuchara una llamada lejana, Tomas le respondió con tono distraído:

—Vete al campamento de los enanos. Me reuniré con vosotros al instante.

Galain se retiró y Tomas se quedó escuchando. Alzó el tono una voz lejana.

—¿Me he equivocado?

La sala resonó con sus palabras pues ahora estaba vacía, ya que los sirvientes se habían ido a toda prisa. Ashen-Shugar meditaba en su trono. Se dirigió a las sombras.

—¿Me he equivocado?

*Ahora sabes lo que es dudar,* respondió aquella voz omnipresente.

—Esta extraña quietud de mi interior, ¿qué es?

*Es la muerte, que se aproxima.*

Ashen-Shugar cerró los ojos.

—Eso pensé. Fueron muy pocos los de mi raza que sobrevivieron a la batalla. Era muy raro. Soy el último. Sin embargo, me gustaría volar con Shuruga una vez más.

*Se ha ido. Murió, siglos atrás.*

—Pero volé con él esta mañana.

*Fue un sueño. Al igual que este.*

—¿Estoy entonces loco?

*No eres más que un recuerdo. Esto no es más que un sueño.*

—Entonces haré lo que está planeado. Acepto lo inevitable. Otro vendrá a ocupar mi lugar.

*Así ha ocurrido ya, pues yo soy el único que ha venido y he tomado tu espada y me he puesto tu manto; tu causa es ahora la mía. Me enfrento a los que quieren saquear este mundo.*

—Muero, entonces, contento.

Abrió los ojos, le echó una última mirada a su sala, cubierta ahora por el polvo de los siglos. Al cerrarlos por última vez, el Gobernante de las Estribaciones de las Águilas invocó su último conjuro. Sus poderes cada vez más menguados, con los que todavía no se podía igualar en ese mundo ningún otro poder, salvo el de los dioses nuevos, fluyeron de su cansado cuerpo y se infundieron en su armadura. Jirones de humo flotaron hacia el suelo desde el lugar donde había descansado su cuerpo, y pronto quedó solo la armadura dorada, el tabardo blanco, el escudo y la espada de oro blanco.

*Soy Ashen-Shugar; soy Tomas.*

Tomas abrió los ojos y durante un momento le desorientó encontrarse en el claro. Una extraña pasión creció en su interior cuando sintió una fuerza nueva que fluía por todo su ser. En su mente resonó un clarín: soy Ashen-Shugar, el valheru. Destruiré a todos los que pretenden saquear mi mundo.

Con una decisión terrible en la mirada, abandonó el claro en busca del lugar al que los enanos habían llevado a sus enemigos.

—Me alegro dé verte de nuevo, amigo Arcolargo —dijo Dolgan mientras expulsaba el humo de la pipa. No se habían visto desde un encuentro casual varios años antes, cuando los enanos habían atravesado el bosque situado al este de Crydee de camino a Elvandar.

Martin, Calin y unos cuantos elfos más habían venido a ver a los prisioneros de los enanos, que todavía estaban atados. Esperaban en un grupo, en una esquina del claro, mirando furiosos a sus captores. Galain entró en el claro.

—Tomas llegará enseguida.

—¿Y cómo es, Dolgan —dijo Martin—, que después de todos estos años has conseguido capturar prisioneros, y todo un enclave además?

Detrás de los ocho guerreros atados se encontraba un grupo asustado de esclavos tsurani, desatados pero acurrucados unos contra otros, inquietos por su destino. Dolgan hizo un ademán brusco con la mano.

—Normalmente realizamos incursiones para cruzar el río y los prisioneros suelen ralentizar las cosas durante la retirada, ya que están inconscientes o bien no cooperan demasiado. Esta vez no tuvimos demasiadas alternativas, ya que necesitábamos cruzar el río Crydee. En años pasados esperábamos para cruzar en la oscuridad, sin ser

vistos, pero este año están tan pegados como las ortigas de un matorral, y por todo el río. Encontramos a esta banda en un punto relativamente aislado, solo estaban estos ocho para vigilar a los esclavos. Estaban reparando un terraplén, uno que creo que se derrumbó hace poco tiempo durante una salida de los elfos. Los rodeamos en silencio y unos cuantos muchachos treparon a los árboles, aunque no les hizo mucha gracia. Caímos sobre los tres guardias exteriores y los silenciamos antes de que pudieran dar la voz de alarma. Los otros cinco estaban echando la siesta, catetos y encima vagos. Nos metimos en el campamento sin que nos vieran y, después de unos cuantos golpes bien colocados con los martillos, los atamos. Estos otros —señaló con un gesto a los esclavos— eran demasiado pusilánimes para hacer ningún ruido. Cuando quedó claro que no habíamos alarmado a los enclaves cercanos, pensamos traerlos con nosotros. Parecía un desperdicio dejarlos allí. Pensamos que podíamos enterarnos de algo útil. —Dolgan intentaba mantener la expresión impassible, pero el orgullo que sentía ante el trabajo realizado por su compañía brillaba como un faro en la noche.

Martin sonrió con aprobación y le dijo a Calin:

—Espero que podamos enterarnos de lo que va a pasar, si esa temida ofensiva se va a lanzar de verdad y dónde. He aprendido unas cuantas frases de su lengua, pero no lo suficiente para encontrarle sentido a lo que puedan decirnos. Solo el padre Tully y Charles, mi rastreador tsurani, pueden hablar con ellos con fluidez. ¿Quizá deberíamos intentar trasladarlos a Crydee?

—Tenemos medios de aprender su lengua, si disponemos de tiempo —respondió Calin—. Dudo que prestaran mucha colaboración durante su traslado. Lo más probable es que intentaran dar la voz de alarma a cada paso.

Martin estuvo de acuerdo en eso. Luego un alboroto hizo que se diera la vuelta.

Tomas llegó al claro con grandes zancadas. Dolgan empezó a saludarlo, pero vio algo en la actitud y la expresión del joven guerrero que lo hizo guardar silencio. Había locura en los ojos de Tomas, una chispa que el enano había vislumbrado antes pero que ahora brillaba con fuerza.

Tomas contempló a los prisioneros atados, luego sacó la espada con lentitud y los señaló. Las palabras que pronunció les resultaron ajenas a Martin y los enanos, pero los elfos quedaron conmocionados por lo que oyeron. Varios de los elfos más ancianos cayeron de rodillas suplicándole, y los más jóvenes se apartaron con un reflejo de miedo. Solo Calin permaneció donde estaba, si bien parecía alterado. Luego, con lentitud, el príncipe elfo se dirigió a Martin con el rostro desprovisto de todo color. Con un tono aterrorizado le dijo:

—Por fin el valheru está en verdad entre nosotros.

Tomas hizo caso omiso de todos los demás del claro y se acercó al primer prisionero tsurani. El soldado atado levantó la vista con una mezcla de miedo y rebeldía. De repente se alzó la espada de oro, y bajó dibujando un arco que le cortó la

cabeza al hombre. La sangre salpicó el tabardo blanco y luego se desprendió, dejándolo incólume. Se oyó un suave gemido de miedo entre los esclavos apiñados, y los soldados restantes, aterrorizados, abrieron los ojos como platos. Tomas se volvió poco a poco para enfrentarse al siguiente prisionero, y una vez más su espada se cobró una vida.

Martin se liberó de la parálisis horrorizada que sentía y se obligó a desviar los ojos de la carnicería. Sentía un miedo horrible, pero no parecía nada en comparación con lo que los elfos revelaban en su sumisión ante Tomas. El rostro de Calin demostraba la lucha que libraba en su interior al intentar superar una obediencia casi instintiva a las palabras pronunciadas en el antiguo idioma de los valheru, amos de todo, eras atrás. Los elfos más jóvenes, menos versados en la antigua sabiduría, eran sencillamente incapaces de comprender la arrolladora necesidad que sentían de obedecer a ese hombre vestido de blanco y oro. El idioma de los valheru seguía siendo el lenguaje del poder.

Tomas se alejó de la matanza y Martin sintió que lo golpeaba la fuerza de su mirada. Había desaparecido cualquier vestigio que quedara del chico de Crydee. Una presencia extraña se difundía ahora por su ser.

Tomas llevó el brazo atrás y Martin se preparó para esquivar el golpe. Cualquier ser humano era una posible víctima, y hasta los enanos se retiraban ante la asombrosa amenaza que proyectaba Tomas. Luego, una leve chispa de reconocimiento penetró en los ojos del guerrero, que dijo con una voz lejana:

—Martin, por el amor que una vez te tuve, vete o perderás la vida.

Martin reunió todo el valor que pudo contra el miedo más intenso que había sentido jamás.

—¡No pienso contemplar cómo asesinas a hombres indefensos! —gritó.

Una vez más le respondió una voz lejana, impregnada de antigua majestad y un esplendor perdido y luego recuperado.

—Estos entran en mi mundo, Martin. Nadie puede buscar lo que hay en mi dominio, mi vedado, ¡mío solo! ¿Entrarás tú también en mi mundo, Martin? —Con una velocidad sobrehumana, Tomas se giró y murieron dos tsurani.

Martin cargó, cruzó la brecha que había entre ellos de un salto y apartó de un golpe a Tomas de los prisioneros. Cayeron en un montón y Martin agarró la muñeca que sujetaba la espada de oro.

A pesar de ser un hombre fuerte, capaz de cargar con un ciervo recién cazado durante kilómetros, Martin no podía compararse con Tomas. Con la misma facilidad con la que podría coger en brazos a un chiquillo molesto, Tomas lo apartó y se levantó con ligereza. Martin saltó otra vez contra su amigo, pero esta vez Tomas estaba preparado. Se limitó a coger a Martin por la túnica y dijo:

—Nadie se opondrá a mi voluntad. —Arrojó a Martin al otro lado del claro como

si pesara la décima parte de lo que en realidad pesaba. Los brazos de Martin flagelaron el aire mientras dibujaba un arco por encima del suelo y se esforzaba por controlar la caída. Aterrizó con fuerza, y los que le rodeaban oyeron el aliento que explotó en sus pulmones cuando cayó.

Dolgan acudió raudo a su lado, pues los elfos todavía estaban cautivos de lo que habían visto. El jefe enano vertió agua de un odre que tenía a su lado sobre el rostro de Martin y lo sacudió para despertarlo. Los gritos ahogados de terror de los esclavos tsurani que contemplaban la matanza de los soldados recibieron al Maestre de Caza cuando recuperó la conciencia.

Se esforzó por concentrarse; la escena que se desarrollaba ante él flotaba y cambiaba sin parar. Cuando consiguió ver, aguantó el aliento, horrorizado, durante un instante.

Tomas derribó al último de los soldados tsurani y empezó a avanzar hacia los acobardados esclavos. Parecían incapaces de moverse y contemplaban con los ojos muy abiertos al portador de su destrucción. A Martin no le parecían más que una manada de ciervos asustados por una luz repentina en medio de la noche.

Un grito desesperado se escapó de los labios de Martin cuando Tomas mató al primer esclavo tsurani, un sauce de hombre de aspecto lastimoso.

Arcolargo intentó levantarse, se le iban los sentidos, y Dolgan lo ayudó a ponerse en pie.

Tomas levantó la espada y murió otro. De nuevo se elevó el filo de oro y miró la cara de su víctima. Con los ojos desorbitados por el miedo, un niño, de no más de doce años, permanecía ante él esperando el golpe que terminaría con su vida.

De repente, el tiempo se extendió ante Tomas y el momento quedó congelado en su mente. Estudió la melena de pelo oscuro y los grandes ojos castaños del muchacho. El niño se acurrucó a la espera de la muerte que se abalanzaba sobre él, decía que no con la cabeza y sus labios formaban una sola frase una y otra vez.

Bajo la tenue luz del claro, Tomas vio a un viejo fantasma, el espectro de un amigo olvidado mucho tiempo atrás. Un vínculo recordado, de sus primeros recuerdos de la infancia, se volvió a asociar con su conciencia. Las imágenes se difuminaron, confundió el pasado y el presente y dijo:

—¿Pug?

En su mente explotó el dolor y otra voluntad intentó doblegarlo.

*¡Pug!*, chillaba.

*¡Mátalo!*, fue la colérica respuesta, y en su interior lucharon dos voluntades.

*¡No!*, gritó la otra.

Para todos los que estaban en el claro, Tomas se había quedado inmóvil, temblando a causa de una lucha interna, con la espada todavía en alto a la espera de soltarla.



*¡Son el enemigo! Asésinalos.*

*¡Es un niño! ¡Un muchacho nada más!*

*¡Es el enemigo!*

*¡Un muchacho!*

El rostro de Tomas se convirtió en una máscara de dolor; apretó los dientes y tensó cada músculo mientras la piel se le estiraba sobre el cráneo. Abrió mucho los ojos y empezó a sudar bajo el yelmo, por la frente y las mejillas.

Martin se levantó tropezando y se movió con lentitud. Le dolía cada gesto por la paliza que había recibido.

La mano de Tomas bajaba poco a poco, cada milímetro era un paso tembloroso, agitado, mientras seguía librando la batalla en su interior. El niño se había quedado paralizado, era incapaz de moverse al tiempo que sus ojos seguían el movimiento de la hoja.

*¡Soy Ashen-Shugar! ¡Soy valheru!*, cantó una voz en su interior, en medio de un torrente de cólera, locura guerrera y ansia de sangre.

Contra este mar de ira se levantaba una única roca, una voz pequeña y tranquila en su interior que solo decía: *Soy Tomas*.

Una y otra vez el mar de odio se estrellaba contra la roca de calma, la envolvía y se retiraba para volver otra vez. Pero cada vez que la marea disminuía, la roca quedaba despejada y se elevaba sobre la espuma de locura. La ruptura de algo, el trueno de eras perdidas y pasadas, sacudió la mente de Tomas. Se tambaleó y luego nadó dentro de un paisaje extraño, buscaba un punto de luz que sabía que lo llevaría a la libertad. Las mareas lo arrastraban y él presentaba batalla, luchaba por mantener la cabeza sobre aquel mar negro que lo asfixiaba. Un viento aullador y maligno soplaba sobre él y cantaba para él una canción llena de angustia. Dio otra brazada y de nuevo vio un punto de luz. Otra vez lo engulló la marea y lo arrastró lejos de su objetivo, pero esta vez era más débil. De nuevo luchó para dirigirse hacia la luz. Entonces se produjo una oleada, un último y aterrador ataque que culminó en un asalto total contra él. *¡Soy Ashen-Shugar!* Una voluntad se rompió, algo se partió como la rama muerta de un árbol bajo el peso de la nieve recién caída, como el sonido del hielo viejo del invierno que se rompe cuando lo acaricia la primavera, como si el último asalto se cobrara un precio demasiado alto.

El mar negro perdió toda su furia y se apaciguó y allí estaba él, de nuevo sobre tierra firme, una sola roca. *Soy Tomas*. A lo lejos, el punto de luz empezó a crecer ante sus ojos y se adelantó a toda velocidad para envolverlo.

*Soy Tomas*.

—¡Tomas!

Parpadeó y vio que estaba de nuevo en el claro. Ante él se acurrucaba el niño a la espera de la muerte. Volvió la cabeza y vio a Martin, que apuntaba contra él una

flecha de tela dura que apoyaba con fuerza contra la mejilla. El Maestro de Caza de Crydee dijo:

—Baja la espada o por todos los dioses te juro que te mataré ahí mismo.

Tomas paseó la mirada por el claro y vio que los enanos habían sacado las armas, al igual que algunos de los elfos más ancianos. Calin, todavía temblando, había desenvainado la espada y avanzaba poco a poco contra él.

Martin vigilaba a Tomas de cerca; no lo temía pero respetaba aquella fuerza y velocidad asombrosas. Esperó y vio el chispazo de locura que todavía albergaban los ojos de Tomas y luego, como si se levantara un velo, los vio limpios. Se le cayó de golpe la espada de oro de la mano y los ojos pálidos, casi incoloros, se llenaron de lágrimas. Cayó de rodillas y de sus labios surgió un gemido de angustia.

—Oh, Martin, ¿en qué me he convertido? —gritó.

Martin bajó el arco y contempló cómo Tomas se abrazaba. Llegaron al claro Tathar y los otros Tejedores de Conjuros. Se acercaron a Tomas y luego examinaron al resto de los presentes en el claro. Tan terribles eran los sollozos angustiados de Tomas, tan llenos de pena y remordimiento, que muchos de los elfos descubrieron que ellos también estaban llorando.

Tathar le dijo a Martin Arcolargo:

—Sentimos que la tela de nuestros conjuros se había rasgado hace un momento y vinimos de inmediato. Temíamos que hubiera venido el valheru, con razón al parecer.

—¿Y ahora? —preguntó Martin.

—El otro lado de la balanza. De que al valheru por fin lo ha desplazado ese muchacho no puede haber duda, pero el muchacho debe sentir ahora el peso de siglos de matanzas y la culpa por la alegría sentida cuando quitaba vidas. Las cargas que sienten los mortales vuelven a ser suyas, y ahora veremos si puede soportarlas. Esta agonía quizá resulte ser su fin.

Martin dejó al anciano elfo y cruzó el claro hacia Tomas. Bajo la exigua luz fue el primero en percibir el cambio. Habían desaparecido la sombra extraña de sus rasgos, los ojos relucientes, el ceño arrogante. Volvía a ser Tomas, un hombre, aunque todavía quedaba un legado de aquella experiencia que proclamaría para siempre que era algo más que un hombre: las orejas élficas, los ojos pálidos. Había desaparecido el Señor del Poder, el Antiguo, el valheru. Donde antes se levantaba un Señor de los Dragones ahora se agazapaba un hombre apesadumbrado, enfermo, atormentado por lo que había hecho.

Tomas levantó la cabeza cuando Martin le tocó el hombro. Con los ojos enrojecidos, casi loco de pena, contempló a Martin durante un instante y luego los cerró como si quisiera olvidarse de todo lo que lo rodeaba. Durante un momento los elfos y los enanos lo contemplaron, y los esclavos tsurani se quedaron callados, conscientes de que se había producido un milagro. No lo entendían, pero de repente

estaban seguros de que habían salvado la vida. Durante un momento los contemplaron, mientras Martin Arcolargo mecía a aquel hombre sollozante vestido de blanco y oro que lloraba con una angustia que resultaba terrible oír.

Aglaranna estaba sentada sobre su jergón, cepillándose la larga melena de un color dorado rojizo. Como antes, esperaba a Tomas, y no sabía si deseaba o temía que viniera.

Un grito en el exterior la hizo levantarse. Se envolvió con las túnicas y dejó sus aposentos. De pie sobre una plataforma contempló a un grupo de elfos y enanos que se dirigía al corazón de Elvandar. Con ellos venía Martin Arcolargo y unos humanos, que estaba claro que eran ultramundanos por su forma de vestir.

Se llevó las manos a la boca y jadeó. En el centro del grupo caminaba Tomas, y a su lado un chiquillo con los ojos muy abiertos ante el esplendor de Elvandar.

Aglaranna fue incapaz de moverse, temía que lo que había presenciado fuera el fruto de una falsa ilusión nacida de la esperanza. El tiempo pasó a toda velocidad mientras esperaba, y luego era Tomas el que estaba ante ella. Dejó al muchacho y se adelantó. Martin cogió al chico de la mano y se lo llevó, los otros los siguieron y dieron a la Reina de los Elfos y a su señor la soledad que necesitaban.

Tomas extendió la mano poco a poco y le acarició la cara mientras bebía su presencia, como si la viera igual que la había visto por primera vez en Crydee. Luego, sin decir nada, muy poco a poco, la envolvió con dulzura en sus brazos. La abrazó en silencio, dejando que sintiera la calidez del amor que lo embargaba al verla.

Al poco rato el joven le susurró al oído:

—Por cada momento de dolor que os he provocado, oh, señora mía, le ruego a los dioses que me concedan un año para regalaros alegría. Soy de nuevo el súbdito que más os venera.

Demasiado feliz para hablar, la Reina de los Elfos se limitó a aferrarse a él, el dolor que había sentido convertido en un débil recuerdo.

# 10

## *Emisario*

Las tropas aguardaban en silencio. Largas columnas de hombres esperaban su turno para atravesar la fractura que llevaba a Midkemia. Los oficiales pasaban ante ellos, pues su presencia garantizaba la disciplina entre las filas. Laurie, con la máscara y la túnica de un Sacerdote Rojo, estaba impresionado por el nivel de control que ejercían estos oficiales sobre sus hombres. Para él, el código de honor tsurani, en el que las órdenes se seguían sin hacer preguntas, era algo muy extraño.

Kasumi y él se movían de prisa por las filas, se dirigían hacia el primer destacamento, detrás del que ahora estaba entrando en la fractura. Laurie dobló las rodillas y se encorvó para desviar la atención de su evidente altura. Como habían esperado, la mayor parte de los soldados preferían desviar la vista cuando pasaba el falso Sacerdote Rojo.

Cuando llegaron a la cabeza de la columna, Kasumi se alineó con los demás. Su hermano menor, que había sido ascendido a Líder de Ataque para esta ofensiva, pareció no prestar atención a la demora de su comandante, ni al sacerdote de Turakamu que llegaba con él.

Después de un retraso que pareció interminable, llegó la orden y entraron en el fulgor trémulo de la «nada» que marcaba la fractura entre los dos mundos. Hubo un breve destello de luces, un mareo momentáneo y luego se encontraron caminando bajo una leve lluvia midkemia. A su alrededor caían láminas de humedad, poco más que una fuerte bruma. Los soldados tsurani, criados en climas cálidos, se envolvieron en sus capas.

Un oficial de embarco conferenció con Kasumi durante un instante y se ordenó a las tropas que se dirigieran hacia el noreste, a una distancia concreta, y luego levantarán un campamento. Kasumi y Hokanu debían dirigirse a la tienda del Señor de la Guerra para la sesión informativa. El Señor de la Guerra había vuelto a Kentosani, la Ciudad Sagrada, para prepararse para los Juegos Imperiales, pero su subcomandante iba a darles las instrucciones precisas sobre las obligaciones y áreas de responsabilidad que tendrían hasta su regreso.

Se movieron a toda prisa hacia el frente y levantaron el campamento. Una vez erigida la tienda del comandante, Laurie y los hermanos Shinzawai se apresuraron a entrar. Mientras se desempaquetaban los fardos que contenían las ropas y armas midkemias, Kasumi dijo:

—En cuanto volvamos de la reunión con el subcomandante, comeremos. Esta noche nos pondremos al frente de una patrulla de nuestra zona e intentaremos escabullimos entre las líneas. —Kasumi miró a su hermano—. Después de irnos nosotros, hermano, será responsabilidad tuya ocultar nuestra partida todo el tiempo que sea posible. Una vez se informe de alguna lucha, puedes aducir que hemos caído ante el enemigo.

Honaku estuvo de acuerdo.

—Será mejor que nos presentemos ahora.

Kasumi miró a Laurie.

—Quédate dentro. No queremos correr ningún riesgo. Si es que eres el sacerdote más alto que he visto jamás...

Laurie asintió. Se sentó en unos cojines y esperó.

La patrulla se movía en silencio entre los árboles. Había dejado de llover, pero hacía más frío todavía y Laurie contuvo un estremecimiento. Los años pasados en el clima cálido de Kelewan lo había despojado de su talento para hacer caso omiso del frío. Se preguntó qué pasaría con las tropas recién llegadas de Tsuranuanni y cómo reaccionarían cuando cayeran las primeras nevadas. Lo más probable es que fuera con una estudiada indiferencia, a pesar de lo que sintieran por dentro. Un soldado tsurani nunca permitiría que lo alterara algo tan trivial como agua sólida cayendo del cielo.

Habían elegido el Paso del Norte, ya que llevaba al frente más grande y era menos probable que alguien notara que estaban atravesando las líneas. Llegaron a la cabecera del paso y un guardia de puesto les permitió pasar. Una vez fuera del valle, se dirigieron un poco más hacia el este de lo que exigía su patrulla.

Detrás de las colinas onduladas y de los livianos bosques estaba la carretera que llevaba de LaMut a Zün. Una vez que los dos viajeros hubieran abandonado la patrulla y llegado a la carretera, se dirigirían a Zün, comprarían caballos y cabalgarían hacia el sur. Con suerte llegarían a Krondor en dos semanas. Allí cambiarían de montura y se dirigirían a Salador, donde encontrarían pasaje en un barco con destino a Rillanon.

El único obstáculo que se interponía entre ellos y la carretera era una gran parte del ejército del Reino. Si los descubría una patrulla del Reino, intentarían hacerse pasar por viajeros que habían sido capturados por los tsurani y habían conseguido escapar. Nadie podría pensar que Laurie era un tsurani, y el dominio que tenía Kasumi de la lengua del Reino era tan completo que podría hacerse pasar con

facilidad por un ciudadano del Valle de los Sueños; en esa zona fronteriza con Kesh la Grande se hablaban varias lenguas, así que el ligero acento de Kasumi no despertaría sospechas.

La patrulla se movía a un paso rápido que devoraba kilómetros enteros. Laurie corría al lado de Kasumi y se maravillaba ante el aguante de los soldados. Quizá ellos no dieran signos de fatiga, pero él la sentía. Hokanu hizo una señal a la patrulla para que se detuvieran a la cabeza de una gran planicie cerca de los bosques.

—Aquí empezaremos el regreso a nuestra zona de patrulla. No deberíamos ver a ningún soldado tsurani a partir de aquí. Esperemos, por vuestro bien, que tampoco nos encontremos con tropas del Reino.

Hizo una señal y salieron del grupo. Les dieron a Laurie y Kasumi unas mochilas y ropa. Se cambiaron de inmediato y luego siguieron la ruta que había tomado la patrulla. Los seguirían durante un corto trecho, pues podrían utilizar a la patrulla como refugio si hubiera alguna tropa del Reino por allí cerca.

Entraron en un pequeño valle y se encontraron con que algo había detenido a la patrulla. El último hombre de la fila les hizo un gesto para que guardaran silencio. Se dirigieron hacia la cabeza de la fila y Laurie buscó por los alrededores una ruta de salida rápida por si surgían problemas. Hokanu dijo en voz muy baja:

—Creí haber oído algo, pero ya hace varios minutos que no se escucha nada.

Kasumi asintió.

—Entonces sigue adelante. Esperaremos hasta que hayáis cruzado esa zona abierta de ahí delante, luego seguid hasta el bosque —señaló un grupo de árboles que había al otro lado del claro.

Cuando la patrulla llegó al centro de la zona abierta, las nubes se separaron y los rayos de luna iluminaron la zona.

—¡Maldita sea! —soltó Kasumi en voz baja—. Daría igual que ahora encendieran unas antorchas.

De repente, entre los árboles hubo un estallido de ruido y movimiento. El suelo tembló cuando llegaron los jinetes a la carga y salieron de los árboles que los ocultaban. Cada uno llevaba una pesada cota de malla y un yelmo completo. Nivelaron las largas lanzas contra los sorprendidos soldados tsurani.

Los tsurani apenas tuvieron tiempo de preparar una tosca línea de defensa antes de que los jinetes se abalanzaran sobre ellos. Los gritos de los caballos y de los hombres llenaron el aire, y los ultramundanos cayeron ante la carga. Los jinetes sobrepasaron a los tsurani y volvieron a formar al final del valle donde se ocultaban los dos fugitivos. Giraron en redondo y cargaron de nuevo. Los supervivientes de la última carga, menos de la mitad de los hombres, se dirigieron rápidamente hacia el lado occidental del valle, donde los árboles y la inclinación de la colina contrarrestarían la capacidad de cargar de los jinetes.

Laurie tocó el brazo de Kasumi y señaló hacia la derecha. Era evidente que el oficial tsurani apenas podía contenerse y ansiaba reunirse con sus hombres. De repente Kasumi se había levantado y se había pegado al borde de los árboles mientras corría agachado. Laurie lo siguió y vio lo que parecía un camino tosco que se dirigía al este. Agarró la manga de Kasumi y se lo señaló. Los dos hombres le dieron la espalda a la lucha y se alejaron.

La mañana siguiente encontró a los dos viajeros bajando la carretera que llevaba a Zün. Ambos llevaban camisetas de lana, pantalones y mantos. Un examen más detenido por parte de alguien más experto habría revelado que el material no era en realidad lana, sino algo parecido. Los cinturones y las botas estaban hechos de piel de needra teñida para parecerse al cuero. El estilo era midkemio, al igual que las espadas que llevaban en los cinturones.

Estaba claro que uno de ellos era un juglar, ya que llevaba un laúd colgado de la mochila. El otro parecía un filibustero. Sería improbable que cualquier observador casual adivinara de dónde provenían, o las riquezas que llevaban en las mochilas, ya que cada uno tenía una pequeña fortuna en piedras preciosas metida en el fondo de la bolsa.

Una tropa de caballería ligera que se dirigía al norte pasó a su lado por la carretera y Laurie dijo:

—Las cosas han cambiado desde la última vez que estuve aquí. Esos hombres del bosque eran lanceros reales krondorianos, y los que acaban de pasar llevaban los colores de la Vista del Questor. Todas las fuerzas de los ejércitos del Oeste deben estar reuniéndose aquí. Hay algo en el aire. ¿Es posible que hayan adivinado el plan de vuestro Señor de la Guerra de lanzar una gran ofensiva?

—No lo sé. Sea lo que sea, no parece indicar una estabilidad tan grande como nos han hecho creer en casa. Las alianzas están muy inquietas desde la muerte del Señor de los Minwanabi y el resurgimiento de nuevas fuerzas en el Gran Juego. El Señor de la Guerra podría estar más desesperado de lo que mi padre creía. Y la concentración de tropas que hay aquí me hace pensar que la victoria del Señor de la Guerra quizá no se consiga con tanta facilidad. —Kasumi se quedó callado durante un momento mientras seguían caminando por la carretera—. Espero que Hokanu estuviera entre los que alcanzaron los árboles. —Era la primera vez que mencionaba a su hermano, y Laurie no supo qué decir.

Dos días más tarde, Laurie, un antiguo juglar de Tyr-Sog y Kenneth, un mercenario del Valle de los Sueños, se sentaban en la posada del Gato Verde de la ciudad de Zün. Los dos comieron con un apetito bastante saludable, ya que llevaban dos días

alimentándose de raciones de soldado (pastelitos de grano y frutos secos).

Laurie había pasado más de una hora negociando con un mercader de piedras preciosas de escasa reputación por el valor de varias piedras pequeñas. Se había conformado con un tercio de su valor real diciendo:

—Si cree que son robadas no hará demasiadas preguntas.

—¿Por qué no le vendiste todas las piedras? —preguntó Kasumi.

—Tu padre nos ha dado suficientes gemas para retirarnos y vivir de ellas el resto de nuestros días. Dudo que ni todos los mercaderes de Zün pudieran conseguir el oro necesario para pagarlas. Las venderemos poco a poco durante el viaje; además, pesan menos que el oro.

Tras terminar la comida, los dos hombres pagaron y se fueron. Kasumi apenas podía evitar quedarse mirando el metal que veía por todas partes, el equivalente a las riquezas de toda una vida en Kelewan. Solo el coste de la comida en plata podía mantener a una familia tsurani durante un año.

Recorrieron a toda prisa una de las calles comerciales de la ciudad, rumbo a la puerta del sur. Cerca de allí, según les habían informado, un probo mercader de caballos les vendería unas monturas y sus arreos por un precio justo. Encontraron al hombre, un tipo delgado con nariz aguileña que se hacía llamar Brin. Laurie pasó casi una hora entera regateando con el mercader por dos de sus mejores monturas. Lo dejaron muy preocupado por si podrían dormir por las noches después de engañar a un comerciante honesto que necesitaba el dinero para alimentar a sus famélicos hijos.

Mientras atravesaban a caballo la puerta de la ciudad que los llevaba a la carretera de Ylith, Kasumi dijo:

—Buena parte de esta tierra tuya me parece extraña, pero mientras regateabas con ese mercader me acordé de la mía. Nuestros comerciantes son mucho más educados y jamás se les ocurriría levantar la voz de esa forma, pero sigue siendo lo mismo. Todos tienen hijos famélicos.

Laurie se echó a reír y azuzó a su montura. Pronto estuvieron lejos de la ciudad.

Al sur de la Vista del Questor pasaron más tropas por la carretera, esta vez regulares del Reino y tropas auxiliares que caminaban con pesadez mientras los oficiales iban a caballo. Laurie y Kasumi habían parado para soltar a los caballos y que pastaran mientras dejaban pasar a las columnas de soldados. El guerrero contempló a los soldados con pericia. Los soldados, embutidos en sus uniformes rojos, marchaban en formación cerrada, mientras que los auxiliares, más harapientos, todavía conseguían una cierta apariencia de organización. La recua de bagaje se movía con buen orden; los experimentados carreteros mantenían a los animales separados por los intervalos adecuados. Cuando terminaron de pasar. Kasumi dijo:

—Esos soldados son los mejores de todos los que he visto hasta ahora en tu



mundo, Laurie. Los de rojo parecen profesionales. Desfilan muy bien, y los otros parecen tener mucha experiencia, a pesar de su aspecto abigarrado.

Laurie asintió.

—Reconozco el estandarte. Es la guarnición de Shamata, del Valle de los Sueños. Han tenido que luchar bastante contra los soldados perro de Kesh y son una unidad de veteranos. Los otros son auxiliares, mercenarios del Valle, no sería fácil encontrar una banda de chavales menos tiernos que esos. —Laurie empezó a ensillar el caballo otra vez—. Son una fuerza tan curtida como cualquiera a la que se hayan enfrentado tus compatriotas, la verdad.

Tras ponerles todos los arreos a los caballos, Laurie y Kasumi volvieron a montar y siguieron cabalgando. Pronto tuvieron a la vista el Mar Amargo, al tiempo que la carretera rodeaba las colinas de la Vista del Questor.

Laurie tiró de las riendas y se quedó mirando el mar.

—¿Qué pasa? —preguntó Kasumi.

Laurie se hizo sombra sobre los ojos.

—¡Barcos! Una flota entera que navega hacia el norte. —Kasumi contempló el mar durante un momento y por fin vio los puntos blancos sobre el azul del mar.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó Kasumi.

—Ylith es el único punto importante que hay al norte de aquí. Deben de transportar suministros para la guerra.

Continuaron el viaje. Sobre los dos descendió una sensación de urgencia, como si todo lo que vieran señalara una intensificación de la guerra, como si cuanto más se demoraran, menos probabilidades tuviera su misión de triunfar.

Catorce días más tarde llegaron a la puerta norte de Krondor. Cuando la atravesaron los contemplaron con suspicacia varios guardias vestidos de negro y oro. Una vez que estuvieron seguros de que no podrían oírlos los guardias, Laurie dijo:

—Esos no son los tabardos del príncipe. El estandarte de Bas-Tyra ondea sobre Krondor.

Cabalgaron con lentitud durante un minuto y luego Kasumi dijo:

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero creo que conozco un sitio donde podemos averiguarlo. —Atravesaron una serie de calles flanqueadas a ambos lados por almacenes y comercios. Se oían los sonidos de los muelles a varias calles de distancia. Aparte de eso, el distrito estaba en silencio.

—Qué raro —comentó Laurie mientras seguían cabalgando—. Esta parte de la ciudad suele ser la más bulliciosa a esta hora del día.

Kasumi miró a su alrededor, no estaba muy seguro de qué esperaba ver. Las ciudades de Midkemia, comparadas con las del Imperio, parecían pequeñas y sucias.

Sin embargo, había algo extraño en aquella falta de actividad. Tanto Zün como Ylith al mediodía hervían de soldados, mercaderes y ciudadanos, aunque eran más pequeñas que Krondor. Mientras seguían avanzando, Kasumi empezó a sentir cierto desasosiego.

Entraron en una parte de la ciudad más castigada aún que el distrito de los almacenes. Aquí las calles eran estrechas, con edificios de cuatro y cinco plantas apiñados a ambos lados. Abundaban las sombras oscuras incluso al mediodía. Las pocas personas que había en la calle, unos cuantos comerciantes y mujeres que se dirigían al mercado, se movían en silencio y con rapidez. Allá donde miraran los jinetes, veían miradas de cautela y desconfianza.

Laurie llevó a Kasumi a una verja, detrás de la que se veía la parte superior de un edificio de tres plantas. Se inclinó sobre la silla y tiró de la cuerda de una campana. Cuando no hubo respuesta tras unos momentos, volvió a tirar.

Un instante después se abrió una mirilla en la puerta, se vieron dos ojos y una voz dijo:

—¿Qué les trae aquí?

El tono de Laurie fue tajante.

—Lucas, ¿eres tú? ¿Qué pasa, es que ahora los viajeros no pueden entrar?

Los ojos se abrieron aún más y la mirilla se cerró. La verja se abrió de golpe con un crujido de protesta y un hombre salió para abrirla del todo.

—¡Laurie, maldito canalla! —dijo mientras dejaba pasar a los jinetes—. Hace ya cinco... no, seis años.

Entraron a caballo y Laurie quedó conmocionado por el estado de la posada. A uno de los lados había un establo desvencijado. Enfrente de la verja colgaba un cartel sobre la puerta principal que mostraba, con tonos marchitos, a un loro de muchos colores con las alas extendidas. Oyeron que la verja se cerraba tras ellos.

El tal Lucas, alto, flaco y con el pelo gris, dijo:

—Tendréis que meter a los animales en el establo vosotros mismos. Estoy aquí solo y debo volver a la sala común antes de que los huéspedes me roben todo lo que hay allí. Te veré a ti y a tu amigo dentro y podremos hablar. —Se dio la vuelta y dejó que los dos jinetes se ocuparan de sus monturas.

Mientras desensillaban a los caballos, Laurie dijo:

—Aquí están pasando muchas cosas que no entiendo. El Loro del Arco Iris nunca fue una maravilla, pero siempre fue una de las mejores tabernas del Barrio Pobre. —Almohazó en silencio a su animal—. Si hay algún lugar en el que podamos averiguar qué está pasando de verdad en Krondor, es aquí. Y algo que he aprendido durante tantos años de viaje por el Reino es que cuando los guardias de la puerta de la ciudad examinan a los viajeros con tanta atención, ha llegado la hora de alojarse en algún sitio que no vayan a visitar. En el Barrio Pobre te pueden cortar la garganta en un

momento, pero será difícil que veas algún guardia. Y si resulta que vienen, es más que probable que el hombre que estaba intentando cortarte la garganta te oculte hasta que se hayan ido.

—Y luego intente cortarte la garganta.

Laurie se echó a reír.

—Aprendes rápido.

Después de atender a los caballos, los dos viajeros llevaron las sillas y las mochilas al interior de la posada. Los recibió la visión de una sala común apenas iluminada, con una larga barra en la pared posterior. A la izquierda se levantaba una gran chimenea y a la derecha una escalera llevaba al piso superior. Había varias mesas vacías en la sala y dos ocupadas por clientes. Los huéspedes les echaron un rápido vistazo a los recién llegados, y luego volvieron a sus copas y a sus conversaciones en voz baja.

Laurie y Kasumi cruzaron la habitación hasta la barra, donde los esperaba Lucas frotando varias copas de vino con un trapo no demasiado limpio. Posaron las mochilas a sus pies.

—¿Algún vino keshiano? —preguntó el bardo.

—Un poco, pero es caro. No se ha comerciado demasiado con Kesh desde que empezaron los problemas.

Laurie miró a Lucas como si sopesara el coste.

—Dos cervezas, entonces.

Lucas sacó dos grandes jarras de cerveza.

—Me alegro de verte, Laurie. He echado de menos esa voz tuya, tan tierna.

—Eso no fue lo que dijiste la última vez. Si no recuerdo mal, la comparaste con el chillido de un gato en busca de camorra.

Se rieron de la broma y Lucas dijo:

—Con las cosas tan negras, me he ablandado con los que eran amigos de verdad. Ya quedamos pocos. —Lanzó una mirada llena de intención hacia Kasumi.

—Este es Kenneth, un verdadero amigo, Lucas —aseguró Laurie.

Lucas siguió mirando al tsurani durante un momento y luego sonrió.

—La recomendación de Laurie pesa mucho. Bienvenido —extendió la mano y Kasumi se la estrechó, al estilo del Reino.

—Me alegro de que me recibas tan bien.

Lucas frunció el ceño al oír el acento.

—¿Un extranjero?

—Del Valle de los Sueños —dijo Kasumi.

—De la parte perteneciente al Reino —añadió Laurie.

Lucas estudió al guerrero, y después de un momento se encogió de hombros.

—Lo que tú digas. A mí me importa un bledo, pero sed precavidos. Estos son

tiempos llenos de sospechas y no se aprecia demasiado a los extraños. Ten cuidado con quién hablas, pues hay rumores de que los soldados perro de Kesh están listos para dirigirse al norte otra vez, y tú no estás tan lejos de los keshianos.

Antes de que Kasumi pudiera decir nada, Laurie dijo:

—¿Va a haber problemas con Kesh, entonces?

Lucas sacudió la cabeza.

—No podría decirlo. Hay más rumores en el mercado que forúnculos en un mendigo. —Bajó entonces la voz—. Hace dos semanas, llegaron unos mercaderes con la noticia de que el Imperio de Kesh la Grande estaba luchando otra vez por el sur, intentando someter de nuevo a sus antiguos vasallos de la Confederación. Así que las cosas deberían tranquilizarse durante un tiempo. Comprendieron la estupidez que era librar una guerra en dos frentes hace más de cien años, cuando se las arreglaron para perder Bosnia entera sin ser capaces de vencer a la Confederación.

—Llevamos mucho tiempo viajando y hemos tenido muy pocas noticias —respondió Laurie—. ¿Por qué ondea el estandarte de Bas-Tyra sobre Krondor?

Lucas echó una rápida mirada por la sala. Los bebedores parecían ajenos a la conversación de la barra, pero Lucas les hizo un gesto para que guardaran silencio.

—Os enseñaré una habitación —dijo en voz alta. Tanto Laurie como Kasumi se quedaron un poco sorprendidos, pero recogieron sus pertenencias y siguieron a Lucas arriba sin decir nada.

Los llevó a una pequeña habitación, con dos camas y una mesita. Cuando cerraron la puerta tras ellos, Lucas dijo:

—Confío en ti, Laurie, así que no haré ninguna pregunta, pero has de saber que las cosas han cambiado mucho desde la última vez que estuviste aquí. Incluso en el Barrio Pobre tiene el virrey oídos. Bas-Tyra tiene la ciudad bajo su bota, y es necio el hombre que habla sin ver quién está escuchando.

Lucas se sentó en una de las camas y Laurie y Kasumi se sentaron enfrente. Lucas continuó.

—Cuando Bas-Tyra llegó a Krondor llevaba la orden del rey que lo nombraba gobernante de Krondor, con todos los poderes de un virrey. Se encerró al príncipe Erland y a su familia en el palacio, aunque Guy lo llama «tutela protegida». Luego, Guy cayó con toda su fuerza sobre la ciudad. Las rondas de leva recorrían los muelles, y son muchos los hombres que ahora navegan en la flota de Lord Jessup sin que su mujer o sus hijos sepan qué ha sido de su papá. Desde entonces, el que habla contra el virrey o el rey simplemente se desvanece, porque Guy tiene una policía secreta que escucha tras cada puerta de la ciudad. Los impuestos aumentan cada año para pagar la guerra y el comercio se está agotando, salvo para los que venden al ejército suministros para la guerra, y a ellos les pagan con pagarés sin valor. Son tiempos difíciles y el virrey no hace nada para suavizarlos. Escasea la comida y no hay mucho

dinero para pagar la poca que hay. Muchos granjeros han perdido sus granjas a causa de los impuestos, y ahora la tierra yace sin cultivar por falta de alguien que la labre. Así que los granjeros vienen a las ciudades, multiplicando así la población de las mismas. La mayor parte de los jóvenes han sido reclutados por el ejército o la flota. Ten cuidado de que no os cojan los guardias, por cualquier razón, y vigilad las rondas de leva. Sin embargo —dijo Lucas con una risita—, las cosas se animaron un poco durante un tiempo cuando el príncipe Arutha vino a Krondor.

—¿El hijo de Borric? ¿Está en la ciudad? —preguntó Laurie.

Una chispa de placer asomó a los ojos de Lucas.

—Ya no —volvió a reírse—. El invierno pasado, tan fresco como una lechuga recién cortada, llega el príncipe al puerto de Krondor. Debe de haber cruzado los Estrechos de la Oscuridad durante el invierno o no podría haber llegado a la ciudad cuando lo hizo.

Les hizo un relato rápido de la huida de Arutha y Anita.

—¿Volvieron a Crydee? —preguntó Laurie.

Lucas asintió.

—Un mercader que llegó de Carse hace una semana venía cargado de noticias sobre esto y lo otro. Una cosa que oyó fue que había unos tsurani haciendo el memo por los alrededores de Jonril, y que el Príncipe de Crydee estaba listo para bajar a ayudar si era necesario. Así que Arutha debe de haber llegado con bien.

—A Guy debió de darle un ataque al oír la noticia —dijo Laurie.

La sonrisa de Lucas se desvaneció.

—Pues un buen ataque, Laurie. Había metido al príncipe Erland en la mazmorra para conseguir su permiso para casarse con Anita. Lo dejó allí al enterarse de la huida de Anita. Supongo que pensó que la chica volvería y no permitiría que su padre se quedara en una celda húmeda, pero se equivocó. Ahora se dice en la calle que el príncipe está a punto de morir de frío. Por eso está la ciudad en este estado. Nadie sabe lo que pasará si muere Erland. Es muy querido y podría haber problemas. —Laurie miró a Lucas con un interrogante en los ojos—. Nada parecido a una rebelión —respondió Lucas—. Estamos demasiado desmoralizados. Pero unos cuantos de los guardias de Guy podrían contarse como desaparecidos al pasar revista, y podría resultar muy molesto llevar las provisiones a la guarnición, al palacio y demás. Y no me gustaría ser el recaudador de impuestos del virrey la próxima vez que lo envíen al Barrio Pobre.

Laurie reflexionó sobre lo que había oído.

—Nos dirigimos al este. ¿Cómo está la carretera?

Lucas sacudió la cabeza un poco.

—Todavía se hace algún viaje. Una vez pasado el Páramo Oscuro no deberíais tener demasiados problemas, pienso yo. Al parecer las cosas en el este son más

parecidas a lo que solían ser. Sin embargo, yo me movería con cuidado.

Kasumi preguntó entonces:

—¿Nos molestará alguien al dejar la ciudad?

—La puerta norte sigue siendo el mejor camino. Está falta de personal, como siempre. Por una pequeña gratificación, los Burladores pueden ocuparse de que paséis sin peligro.

—¿Burladores? —preguntó el guerrero.

Lucas levantó las cejas sorprendido.

—Vienes de muy lejos. El Gremio de los Ladrones. Siguen controlando el Barrio Pobre y el Hombre íntegro todavía ejerce su influencia sobre los mercaderes y comerciantes, sobre todo en los muelles. El distrito de los almacenes es su segunda casa, después del Barrio Pobre. Pueden sacaros de aquí si tenéis algún problema en la puerta de la ciudad.

—Lo tendremos en cuenta, Lucas —agradeció Laurie—. ¿Qué tal tu familia? No los he visto por aquí.

Lucas pareció encogerse entonces.

—Mi mujer ha muerto, Laurie, de fiebres, hace un año. Mis dos hijos están en el ejército. Hace un año que no sé mucho de ellos. La última vez que recibí un mensaje estaban en el norte, con Lord Borric y Lord Brucal. La ciudad está llena de veteranos de guerra, están por todas partes. Son aquellos a los que les falta algún miembro o están ciegos. Pero siempre llevan sus viejos tabardos. Y es patético verlos. —Tenía la mirada distraída—. Solo espero que mis chicos no terminen así.

Laurie y Kasumi no dijeron nada y Lucas salió de su ensueño.

—Debo volver abajo. La cena estará lista dentro de cuatro horas, pero nada como lo que servía antes. —Cuando el tabernero ya se daba la vuelta para irse, dijo—: Si queréis poneros en contacto con los Burladores, decídmelo.

—Es muy difícil conocer tu país, Laurie —dijo Kasumi cuando Lucas se hubo ido—, y seguir pensando que la guerra es algo glorioso.

Laurie asintió.

El almacén era oscuro y húmedo. Aparte de Laurie, Kasumi y dos caballos nuevos, estaba vacío. Se habían alojado en el Loro del Arco Iris la noche antes y habían adquirido monturas nuevas a muy alto precio; luego habían intentado dejar la ciudad. Cuando llegaron a las puertas los había parado un destacamento de guardias de Bas-Tyra. Cuando quedó claro que no era probable que los guardias los dejaran seguir sin problemas, Laurie y Kasumi se habían escapado y se había producido una loca carrera por la ciudad. Habían perdido a sus perseguidores en el Barrio Pobre y habían vuelto al Loro del Arco Iris. Lucas se lo había hecho saber al Hombre íntegro y ahora esperaban a que un ladrón los sacase de la ciudad.

Un silbido rompió el silencio y Laurie y Kasumi desenvainaron la espada en un instante. Los saludó una risita chillona y bajó hasta ellos una pequeña figura. En la oscuridad era difícil ver de dónde había salido, pero Laurie sospechaba que su visitante llevaba algún tiempo escondido entre las vigas.

La figura se adelantó y bajo la exigua luz vieron que era un muchacho de no más de trece años.

—Hay una fiesta en casa de mi madre —dijo el recién llegado.

—Y todos nos divertiremos mucho —respondió Laurie.

—Vosotros sois los viajeros, entonces.

—¿Tú eres el guía? —preguntó Kasumi sin esforzarse por ocultar la sorpresa que se percibía en su voz.

La voz del chiquillo era toda una bravata.

—Así es. Jimmy la Mano es vuestro guía. Y no encontraréis uno mejor en todo Krondor.

Laurie dijo:

—¿Qué hay que hacer?

—En primer lugar está el asunto del pago. Son cien soberanos cada uno.

Sin decir nada, Laurie sacó varias gemas pequeñas y se las entregó.

—¿Servirá esto?

El chico se volvió hacia la puerta del almacén y abrió una ranura que dejó entrar un rayo de luna. Examinó las gemas con pericia y volvió a ponerse ante los dos fugitivos.

—Servirán. Por otros cien, podéis quedaros con esto. —Les ofreció un trozo de pergamino.

Laurie lo cogió, pero no podía distinguir lo que estaba escrito bajo aquella luz tan exigua.

—¿Qué es?

Jimmy echó una risita.

—Una autorización real que permite al portador viajar por el Camino Real.

—¿Es auténtico? —preguntó el juglar.

—Tienes mi palabra. Se lo birlé yo mismo a un comerciante de Ludland esta mañana. Es válido durante un mes.

—Hecho —dijo Laurie, y el juglar le dio al joven otra gema.

Cuando las piedras preciosas quedaron a buen recaudo en la saca del ladrón, este dijo:

—Pronto oiremos un jaleo en la verja. Unos cuantos chavales interpretarán una mascarada para distraer a los guardias. Cuando todo esté preparado, nos escabulliremos.

Volvió a la puerta y miró al exterior sin decir nada más. Mientras esperaban,

Kasumi susurró:

—¿Se puede confiar en él?

—No, pero no tenemos elección. Si el Hombre íntegro pudiera conseguir un beneficio mayor entregándonos, quizá lo hiciese. Pero los Burladores no aprecian mucho a los guardias y, ahora menos que nunca, según Lucas, así que no es muy probable. Con todo, mantén los ojos abiertos.

El tiempo se extendía sin fin ante ellos. Entonces, de repente se escucharon unos gritos. Jimmy hizo una señal con un penetrante silbido al que respondió otro en el exterior.

—Es la hora —dijo, y salió por la puerta.

Laurie y Kasumi llevaron los caballos tras él.

—Seguidme de cerca y con rapidez —indicó su pequeño guía cuando se puso en marcha.

Doblaron la esquina de un edificio y vieron la puerta del norte. Había un grupo de hombres metido en una algazara, muchos parecían ser marinos de los muelles. Los guardias estaban haciendo todo lo que podían para restaurar el orden, pero cada vez que uno apartaba a uno de los combatientes de la refriega, aparecía otro de las sombras de la puerta y se unía a la reyerta. En apenas unos minutos todos los guardias estaban intentando detener la pelea, y Jimmy dijo:

—¡Ahora!

Se apartó del edificio seguido de cerca por los viajeros y echó una carrera hasta la pared que estaba al lado de la caseta de los guardias. Se fueron acercando poco a poco entre las sombras, disimulado el traqueteo de los cascos de los caballos por el ruido de la refriega. Cuando estuvieron cerca de la puerta solo se podía ver a un guardia, al otro lado, al que no habían podido ver desde el sitio anterior.

Laurie agarró a Jimmy por el hombro.

—Tendremos que cogerlo de inmediato.

—No —respondió Jimmy—. Si se sacan armas, los guardias dejarán ese divertimento como si fuera una casa de putas en llamas. Dejádmelo a mí.

Jimmy dio un salto y corrió hasta el guardia. Cuando este adelantó la lanza hasta la altura del pecho y gritó «¡Alto!», Jimmy le dio una fuerte patada en la pierna, sobre la bota. El hombre dejó escapar un aullido y luego miró furioso a su pequeño asaltante.

—Serás...

Jimmy le sacó la lengua y echó a correr hacia los muelles. El guardia salió en su persecución y los dos viajeros se escabulleron por la puerta. Una vez ya fuera de la ciudad, montaron a toda prisa y se alejaron cabalgando. Mientras se alejaban de Krondor podían escuchar los sonidos de la pelea.



Descansaron un día en Páramo Oscuro, en una posada del pueblo que había bajo el castillo. Llevaban dos días en las colinas y necesitaban dejar descansar a las monturas antes de atravesar las praderas hasta el Cruce de Malac. Era un pueblo tranquilo y pocas cosas de interés pasaron hasta que se abrió la puerta de la posada y entró un hombre con unas túnicas marrones muy sucias. El hombre era ya viejo y encorvado por los años, y delgado hasta un punto extremo. El posadero levantó la vista de las jarras de cerveza que estaba lavando.

—¿Qué desea? —dijo.

—Por favor, señor, un poco de comida —respondió el hombre en voz baja.

—¿Puede pagar?

—Puedo crear conjuros para librar vuestra posada de alimañas, si acaso sufrierais una plaga de ratas, señor. Quizá...

—¡Fuera de aquí! No hay comida para mendigos ni magos. ¡Largo! ¡Y si encuentro la leche cortada, te echaré los perros!

El mago miró a su alrededor. Laurie extendió la mano sobre la mesa y tocó el brazo de Kasumi. Su herencia tsurani lo estaba traicionando y era bien visible el asombro que sentía ante lo que veía. Ante él había un mago al que trataban de una forma tan miserable como las ropas que llevaba. El toque de Laurie lo hizo recuperar la compostura. El mago se dio la vuelta con lentitud y dejó la posada.

Laurie se levantó de un salto y cruzó la sala hasta llegar al lado del posadero. Tiró varias monedas sobre la mesa y dijo:

—Rápido. Un cuarto de carne fría, una hogaza de pan y un pellejo de vino.

El tabernero lo miró sorprendido, pero las monedas de la barra lo convencieron de que hiciera lo que le pedían. Cuando los artículos solicitados estuvieron sobre la barra, Laurie los recogió. Hizo una pequeña pausa para agarrar una cuña de queso de una fuente y salió corriendo por la puerta. Kasumi estaba tan asombrado como parecía estarlo el tabernero.

Laurie miró por el camino y vio al anciano que caminaba erguido con un báculo que utilizaba de bastón en una mano. Corrió tras el hombre y cuando lo alcanzó, dijo:

—Disculpe, pero estaba en la taberna hace un momento, y... —Le ofreció la comida y el odre de vino.

Vio que el orgullo disminuía en los ojos del anciano.

—¿Por qué hace esto, juglar?

—Tengo un amigo que es mago, un amigo muy especial. Se portó muy bien conmigo en cierta ocasión y... es una especie de pago para darle las gracias.

El mago aceptó la explicación y cogió la comida. Mientras luchaba con la nueva carga, Laurie le metió un par de piedras preciosas en la saquita vacía que llevaba el viejo en el cinturón. Habría suficiente para garantizar que el mago nunca más tuviera que pasar hambre si vivía con modestia.

—¿Cómo se llama ese mago? Quizá lo conozco.

—Milamber.

El anciano sacudió la cabeza.

—No he oído hablar de él. ¿Dónde mora?

Laurie miró hacia el oeste, donde el sol empezaba a ponerse detrás de las colinas. Con la voz cargada de emoción dijo:

—Lejos de aquí, amigo mío. Muy lejos de aquí.

El barco golpeaba contra las olas mientras la tripulación arriaba las velas. Laurie y Kasumi se encontraban en cubierta contemplando los capiteles y las torres de Rillanon mientras el barco atracaba en el puerto.

—Una ciudad fabulosa —dijo el antiguo oficial tsurani—. No tan grande como las ciudades de casa pero muy diferente. Todos esos dedos de piedra diminutos y los colores de los estandartes le dan un aspecto de ciudad de leyenda.

—Es extraño —dijo Laurie—. Pug y yo sentimos lo mismo la primera vez que vimos Jamar. Supongo que solo es porque son muy diferentes.

Se quedaron un rato en la cubierta abierta, bajo las brisas frías pero todavía capaces de sentir la calidez del sol. Los dos iban vestidos con las mejores ropas que pudieron comprar en Salador, pues querían estar presentables en la corte y sabían que no tendrían muchas oportunidades de que los admitieran a ver al rey si parecían simples vagabundos.

El capitán del barco ordenó que se arriaran las últimas velas, y unos momentos después el barco se colocó con suavidad en el lugar que le habían asignado en los muelles. Se tiraron varias cuerdas a los hombres que esperaban en el atracadero y pronto amarraron el navío.

En cuanto pudieron, los dos viajeros bajaron por la pasarela y se abrieron camino por la ciudad. Rillanon, la fabulosa y antigua capital del Reino de las Islas, se alzaba engalanada de colores, reluciente bajo la luz del sol, pero había una corriente oculta de tensión en el ambiente de las calles y mercados. Por donde quiera que pasaran, la gente hablaba en susurros, como si temiesen que alguien los fuera a oír, y hasta los buhoneros de los puestos callejeros parecían ofrecer sus productos sin demasiado entusiasmo.

Era ya casi mediodía, y sin buscar habitación se dirigieron directamente al palacio. Cuando llegaron a la verja principal, un oficial vestido con los colores púrpura y oro de la Guardia Real les preguntó qué asunto los llevaba hasta allí.

Laurie dijo:

—Traemos mensajes de la mayor importancia para el rey, se trata de la guerra.

El oficial reflexionó durante un momento. Estaban bastante bien vestidos y no parecían ser los locos habituales con predicciones de perdición, ni profetas de alguna

verdad innombrable, pero tampoco eran oficiales de la corte ni del ejército. Se decidió por el proceder que con más frecuencia se sigue en los ejércitos de todas las naciones de todos los tiempos: se los pasó a una autoridad superior.

Un guardia los escoltó hasta el despacho de un ayudante del Canciller Real. Allí los hicieron esperar durante media hora hasta que pudo verlos el ayudante. Entraron en el despacho de aquel hombre y se encontraron con el Mayordomo de la Casa Real, un hombrecillo pagado de sí mismo con una oronda barriga y un jadeo crónico al hablar.

—¿Qué asunto los trae aquí, caballeros? —inquirió al tiempo que dejaba claro que aquel título que les otorgaba era solo provisional.

—Traemos noticias para el rey acerca de la guerra —respondió Laurie.

—¿Ah, sí? —despreció el mayordomo—. ¿Y cómo es que esos documentos, mensajes o lo que sean no se entregan en la saca militar adecuada?

Kasumi, obviamente frustrado por la espera ahora que ya estaban en el palacio, dijo:

—Permítanos hablar con alguien que pueda llevarnos hasta el rey.

El Mayordomo de la Casa Real parecía indignado.

—Yo soy el Barón Gray. ¡Yo soy con quien debes hablar, hombre! Y estoy a punto de hacer que un guardia os eche a la calle. No se puede molestar a Su Majestad con cada charlatán que intenta conseguir una audiencia. Soy yo al que debes satisfacer, y no lo has hecho.

Kasumi se adelantó y agarró al hombre por la túnica.

—Y yo soy Kasumi de los Shinzawai. Mi padre es Kamatsu, Señor de los Shinzawai y Jefe de Guerra del Clan Kanazawai. ¡Quiero ver a tu rey!

Lord Gray empalideció de forma visible. Tiró desesperado de la mano de Kasumi e intentó hablar. Quedó conmocionado ante lo que acababa de oír y al ver que lo trataban de esa manera. Todo aquello era demasiado para que pudiera hablar. Asintió frenético hasta que Kasumi lo soltó.

El hombre se enderezó la túnica y dijo:

—Se informará al Canciller Real... de inmediato.

Se dirigió a una puerta y Laurie lo vigiló por si llamaba a los guardias, creyendo que eran un par de locos. Pensara lo que pensara aquel hombre, la actitud de Kasumi lo convenció de que era algo muy diferente de todo lo que había visto hasta entonces. Se envió a un mensajero y a los pocos minutos entró en la habitación un anciano que se limitó a decir:

—¿Qué pasa?

—Su Gracia —dijo el mayordomo—. Creo que será mejor que habléis con estos hombres y consideréis si debería verlos Su Majestad.

El hombre se volvió para estudiar a los otros dos que había en el despacho.

—Soy el duque Caldric, el Canciller Real. ¿Qué razón tienen para ver a Su Majestad?

—Traigo un mensaje del Emperador de Tsuranuanni —dijo Kasumi.

El rey estaba sentado en el pabellón de una terraza que se asomaba al puerto. Más abajo, un río montañoso pasaba directamente ante el palacio, parte del diseño original de medidas de defensa, aunque ya no se utilizaba como foso. Se veían varios elegantes puentes que dibujaban un arco sobre él y que llevaban a la gente de un lado al otro del río.

El rey Rodric estaba sentado, atento al parecer a lo que le decía Kasumi. Juguetecía distraídamente con una bola de oro que tenía en la mano derecha mientras Kasumi esbozaba con detalle el mensaje de paz del Emperador.

Rodric se quedó callado durante un rato cuando Kasumi terminó, como si sopesara lo que acababa de oír. Kasumi le entregó una gavilla de documentos al duque Caldric y luego esperó la respuesta del rey. Después de otro momento de silencio, Kasumi añadió:

—Las propuestas del Emperador se describen con detalle en estos pergaminos, Su Majestad, si quisierais estudiarlos con más tiempo. Esperaré a vuestra disposición para llevar vuestra respuesta.

Todavía guardaba silencio Rodric y los cortesanos reunidos allí cerca se miraron nerviosos. Kasumi estaba a punto de volver a hablar cuando el rey dijo:

—Siempre me divierte ver a mis pequeños súbditos apresurarse por la ciudad, como hormiguitas. Me pregunto con frecuencia qué piensan, ellos que viven unas vidas pequeñas y sencillas. —Se volvió para mirar a los dos emisarios—. Sabéis, podría ordenar que se ejecutara a cualquiera de ellos. Sólo tendría que elegirlo, desde este mismo balcón, si así lo decidiese. Podría simplemente decirle a mis guardias, «¿Veis a ese tipo de la gorra azul? Id a arrancarle la cabeza», y lo harían, sabéis. Y es porque soy el rey.

Laurie sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Aquello era peor que todo lo que había imaginado. El rey no parecía haber oído ni una sola palabra. Kasumi dijo en voz muy baja, en tsurani:

—Si fracasásemos, uno de nosotros debe llevarle la noticia a mi padre.

Al oír eso, la cabeza del rey se disparó. Abrió mucho los ojos y habló con un temblor en la voz.

—¿Qué es esto? —Levantó el tono de voz—. ¡No consentiré que nadie susurre! —Su rostro adquirió una expresión animal—. Sabéis que siempre están susurrando sobre mí, los muy desleales. Pero sé quienes son, y los veré de rodillas ante mí; desde luego que sí. Ese traidor de Kerus se puso de rodillas ante mí antes de que hiciera que lo colgaran. Habría colgado a toda su familia si no hubieran huido a Kesh. —Entonces

estudió a Kasumi—. Crees que vas a engañarme con esa extraña historia y estos supuestos documentos. Cualquiera tonto se daría cuenta de que es un disfraz. ¡Sois espías!

El duque Caldric parecía dolido e intentó calmar al rey. Varios guardias esperaban cerca, cambiando el peso de pie, incómodos por lo que oían.

El rey apartó de un empujón al solícito duque. Su voz adoptó un tono casi histérico.

—Sois agentes de ese traidor de Borric. Mi tío y él estaban conspirando para quitarme el trono. Pero los detuve. Mi tío Erland está muerto... —Hizo una pequeña pausa, como si estuviera confuso—. No, quiero decir que está enfermo. Por eso se envió a mi leal duque Guy de Bas-Tyra a gobernar Krongor hasta que mi amado tío estuviera bien... —Sus ojos parecieron aclararse durante un momento y luego dijo—: No me encuentro bien. Por favor, discúlpeme. Hablaré de nuevo con ustedes mañana. —Se levantó de la silla y, tras dar un paso, se volvió para mirar a Laurie y Kasumi—. ¿Qué era lo que querían? Ah, sí, paz. Sí, eso es bueno. Esta guerra es algo terrible. Debemos ponerle fin para que yo pueda volver a mis obras. Debemos comenzar de nuevo a construir.

Un paje cogió del brazo al rey y se lo llevó. El Canciller Real dijo:

—Sígueme y no digan nada.

Los llevó a toda prisa por el palacio hasta llegar a una habitación que tenía dos guardias ante la puerta. Uno de los guardias les abrió y entraron.

Dentro encontraron un gran dormitorio con dos camas grandes y una mesa con varias sillas en la esquina.

—Su llegada se produce en mal momento —dijo el Canciller—. Nuestro rey es, como sin duda han visto, un hombre enfermo, y me temo que no se va a recuperar. Espero que mañana esté mejor y pueda entender su mensaje. Por favor, quédense aquí hasta que vengan a buscarlos. Les traerán una comida.

Cruzó la habitación hasta la puerta y antes de irse dijo:

—Hasta mañana.

Un grito los despertó en plena noche. Laurie se levantó a toda prisa y fue a la ventana. Se asomó entre las cortinas y vio una figura en el balcón que había más abajo. Con el camisón puesto, el rey Rodric se alzaba con la espada en la mano mientras escarbaba entre los arbustos. Laurie abrió la ventana cuando Kasumi se reunió con él. Oyeron desde allí los gritos que daba abajo el rey.

—¡Asesinos! ¡Han venido! —Los guardias salieron corriendo y buscaron entre los arbustos mientras los pajes de la corte se llevaban al rey de vuelta a su habitación entre chillidos.

—En verdad, los dioses lo han tocado —dijo Kasumi—. Deben de odiar mucho a

tu nación.

—Me temo, amigo Kasumi, que los dioses no tienen mucho que ver con esto. Ahora mismo creo que será mejor que encontremos una forma de salir. Tengo la sensación de que Su Real Majestad no está preparado en estos momentos para tratar los puntos más delicados de una negociación de paz. Creo que será mejor que nos dirijamos al oeste y hablemos con el duque Borric.

—¿Será capaz de detener la guerra, ese duque?

Laurie se acercó a la silla de donde colgaban sus ropas. Cogió la túnica.

—Eso espero —dijo—. Si estos grandes señores pueden ver cómo se comporta el rey sin hacer nada, entonces pronto habrá una guerra civil. Lo mejor es liquidar una guerra antes de empezar otra.

Se vistieron en un momento y Laurie dijo:

—Espero que podamos encontrar un barco que zarpe con la marea de la mañana. Si el rey ordena que se cierre el puerto, estamos atrapados. Habría que nadar demasiado.

Mientras reunían sus pertenencias, se abrió la puerta y entró el Canciller Real. Se detuvo y los vio allí de pie, completamente vestidos.

—Bien —dijo mientras cerraba la puerta a toda prisa—. Tienen tanto sentido común como esperaba que tuvieran. El rey ha ordenado que se ejecute a los espías.

Laurie no podía creer lo que oía.

—¿Cree que somos espías?

El duque Caldric se sentó en una de las sillas que había al lado de la mesa, su rostro mostraba con claridad lo fatigado que estaba.

—¿Quién sabe lo que piensa Su Majestad estos días? Unos cuantos intentamos controlar sus peores impulsos, pero cada día es más difícil. Hay una enfermedad en él y es terrible contemplar en qué lo ha convertido. Hace años era un hombre impetuoso, cierto, pero también era un visionario, disfrutaba de una cierta locura brillante que podría haber convertido a esta en la nación más grande de Midkemia. Son muchos los que ahora en la corte se aprovechan de él y utilizan los miedos del rey para auspiciar sus propios planes. Me temo que pronto me calificarán de traidor y me uniré a los otros muertos.

Kasumi se abrochó la espada.

—¿Por qué se queda, Su Gracia? Si eso es cierto, ¿por qué no nos acompaña a ver al duque Borric?

El duque miró al hijo mayor de los Shinzawai.

—Soy un noble del Reino y él es mi rey. Debo hacer todo lo que pueda para evitar que le haga daño al Reino, incluso a costa de mi vida, pero no puedo alzarme en armas contra él, ni ayudar a los que lo hagan. No sé cómo son las cosas en su mundo, tsurani, pero aquí debo quedarme. Es mi rey.

Kasumi asintió.

—Lo entiendo. En su lugar, yo haría lo mismo. Es un hombre valiente, duque Caldric.

El duque se levantó.

—Soy un hombre cansado. El rey ha tomado una bebida fuerte, de mi propia mano. No bebe lo que le da nadie más, pues teme los venenos. Hice que el quirurjano le diera algo para dormir. Deberían estar en mar abierto cuando despierte. No sé si recordará su visita, pero pueden estar seguros de que alguien se lo recordará dentro de un día, o dos como máximo. Así que no se demoren. Vayan a ver directamente a Lord Borric y cuéntenle lo que ha pasado.

—¿Es cierto que ha muerto el príncipe Erland? —preguntó Laude.

—Sí. Nos llegó la noticia hace una semana. Su frágil salud no pudo soportar el frío de la mazmorra. Borric es ahora el heredero del trono. Rodric no se ha casado: teme demasiado a los demás. El destino del Reino reposa sobre Borric. Díganse.

Fueron a la puerta, pero antes de que el duque la abriera les dijo:

—Díganle también que es probable que yo esté muerto si viniera a Rillanon. Será preferible, pues tendría que enfrentarme a cualquiera que se alzara en armas contra el Estandarte Real.

Antes de que Laurie o Kasumi pudieran decir nada, abrió la puerta. Había dos guardias fuera y el duque les ordenó que escoltaran a Laurie y Kasumi a los muelles.

—El *Golondrina Real* está anclado en el puerto. Denle esto al capitán. —Le entregó un trozo de papel a Laurie—. Es una orden real que le ordena que los lleve a Salador. —Les entregó un segundo papel—. Esta es otra, ordena a todos los ejércitos del Reino que los ayuden durante el viaje.

Se estrecharon las manos y luego los dos emisarios siguieron a los guardias por el pasillo. Laurie miró por última vez a Caldric mientras se iban. El anciano duque esperaba allí, con los hombros encorvados y aspecto cansado, el rostro arrugado por la preocupación y la pena, así como el miedo. Al doblar la esquina, tras perder de vista al duque, Laurie pensó que no había dinero en el mundo que lo hiciera cambiarse de lugar con aquel anciano.

Los caballos estaban cubiertos de espuma. Los jinetes los golpeaban sin piedad para hacerlos subir la colina. Estaban terminando la última etapa del viaje que los llevaba hasta Lord Borric, viaje que había comenzado un mes antes, y el final estaba a la vista. El *Golondrina Real* los había llevado a toda prisa a Salador, que habían abandonado de inmediato para poner rumbo al oeste. No habían dormido demasiado por el camino; habían comprado monturas frescas o bien se las habían requisado, siempre que había sido posible, a las patrullas montadas, con la orden real que les había dado Caldric. Laurie no estaba seguro, pero sospechaba que habían cubierto toda aquella

distancia más rápido de lo que se había viajado jamás.

Desde que habían abandonado Zün los habían detenido varias veces los soldados, y cada vez habían presentado la orden del canciller y los habían dejado pasar. Ahora se acercaban al campamento del duque.

El Señor de la Guerra tsurani había desatado su gran ofensiva. Las fuerzas del Reino habían resistido durante una semana, y luego se habían derrumbado cuando diez mil soldados tsurani de refresco habían salido en masa de sus líneas, lo que había inclinado la balanza a su favor. La lucha había sido entonces amarga, una batalla enfurecida y constante que había durado tres días, hasta que por fin la derrota del ejército del Reino fue completa. Cuando terminó, había caído una gran porción del frente y los tsurani habían levantado un saliente en el Paso del Norte.

Ahora los elfos y los enanos, así como los castillos de la Costa Lejana, habían quedado aislados de la fuerza principal del ejército del Reino. No había ningún tipo de comunicación, ya que las palomas utilizadas para llevar mensajes habían sido destruidas cuando se había invadido el viejo campamento. Se desconocía el destino de los otros frentes.

Los Ejércitos del Oeste se estaban reagrupando y a Laurie y Kasumi les llevó algún tiempo encontrar el campamento del cuartel general. Mientras cabalgaban hacia el pabellón de mando, vieron señales de la amarga derrota por todas partes. Para el Reino, aquel había sido el peor contratiempo de la guerra. Por todas partes veían hombres heridos o enfermos, y los que no estaban heridos tenían una mirada de desesperación en los ojos.

Un sargento inspeccionó la orden que llevaban y mandó a un guardia con ellos para que les mostrara dónde estaba la tienda del duque. Llegaron a la gran tienda de mando y un lacayo se llevó sus monturas mientras entraba el guardia. Unos segundos más tarde salió un hombre joven y alto, con la barba rubia y el tabardo de Crydee. Detrás de él apareció un hombre fornido con una barba gris (un mago a juzgar por su atuendo) y otro hombre, grande, con una cicatriz desigual en la cara. Laurie se preguntó si aquellos podrían ser los viejos amigos de los que hablaba Pug, pero se concentró de inmediato en el joven oficial, que se detuvo ante él.

—Traigo un mensaje para Lord Borric.

El joven esbozó una amarga sonrisa y luego dijo:

—Puede darme a mí el mensaje, señor. Soy Lyam, su hijo.

—No pretendo faltáros al respeto, Alteza —replicó Laurie—, pero debo hablar con el duque en persona. Así me lo ordenó el duque Caldric.

Al oír el nombre del Canciller Real, Lyam intercambió una mirada con sus compañeros y luego apartó la solapa de la tienda. Laurie y Kasumi entraron y los demás los siguieron. Dentro ardía un pequeño brasero y había una gran mesa cubierta de mapas. Lyam los llevó a otra zona de la enorme tienda, separada del resto por una



cortina. Apartó el tapiz y vieron un hombre echado sobre un jergón.

Era un hombre alto, con el pelo oscuro salpicado de gris. Tenía el rostro macilento, despojado de color y los labios casi azules. Respiraba con dificultad y los pulmones emitían un ruido seco mientras dormía. Llevaba un camisón limpio, pero se veían grandes vendajes bajo el cuello suelto.

Lyam volvió a colocar la cortina cuando otro hombre entró en la tienda. Anciano, con una melena casi blanca, todavía tenía los hombros anchos y se erguía orgulloso. En voz baja dijo:

—¿Qué pasa?

Lyam respondió:

—Estos hombres traen unos mensajes de Caldric para mi padre.

El viejo guerrero extendió la mano.

—Dénmelos a mí.

Cuando Laurie dudó, el hombre casi ladró:

—Maldita sea, hombre, soy Brucal. Con Borric herido, yo soy el comandante de los Ejércitos del Oeste.

Laurie dijo:

—No tengo ningún mensaje escrito, Su Gracia. El duque Caldric me pide que presente a mi compañero. Este es Kasumi de los Shinzawai, emisario del Emperador de Tsuranuanni, que trae una oferta de paz para el rey.

—¿Habrá paz por fin? —preguntó Lyam.

Laurie sacudió la cabeza.

—Por desgracia, no. El duque también me pidió que dijera esto: el rey está loco y el duque de Bas-Tyra ha asesinado al príncipe Erland. Teme que sólo Lord Borric pueda salvar al Reino.

Brucal estaba visiblemente conmocionado por las noticias. A Lyam le dijo en voz baja:

—Ahora sabemos que los rumores eran ciertos. Erland *era* el prisionero de Guy. Erland muerto. Casi no puedo creerlo. —Se recuperó de la conmoción y dijo—: Lyam, sé que ahora sólo piensas en tu padre pero debes considerar lo siguiente: tu padre está a punto de morir, y pronto serás el Duque de Crydee. Y con Erland muerto, también serás el heredero del trono por derecho de nacimiento.

Brucal se sentó con pesadez en una banqueta que había cerca de la mesa de los mapas.

—Es una carga muy pesada la que ponen sobre tus hombros, Lyam, pero en el Oeste dirigirán sus miradas hacia ti en busca de liderazgo, igual que antes las dirigieron hacia tu padre. Si alguna vez se apreciaron los dos reinos, la relación está ahora al borde de la ruptura, con Guy en el trono de Krondor. Ahora está claro para todos que Bas-Tyra aspira al trono, pues no se permitirá que un Rodric loco siga

reinando mucho más tiempo. —Clavó la mirada firme en Lyam—. Pronto tendrás que decidir qué haremos los del Oeste. Con una palabra tuya, tendremos una guerra civil.

//

## *Decisión*

La Ciudad Sagrada estaba de fiesta. Los estandartes ondeaban sobre los edificios más altos. La gente cubría las calles y lanzaba flores a los nobles que pasaban en sus literas rumbo al estadio. Era día de grandes celebraciones y ¿quién podía inquietarse en un día así?

Pero alguien muy inquieto llegó a la sala de los dibujos del estadio; los últimos ecos de un carillón señalaban la llegada de un Grande de Tsuranuanni. Milamber se desprendió de su preocupación por un instante, con un encogimiento de hombros, al dejar la sala de los dibujos, muy cerca de la galería central del Gran Estadio Imperial. La multitud de nobles tsurani, que pasaban el rato antes del comienzo de los juegos, se apartó para permitir que Milamber atravesara el arco que llevaba a los asientos de los magos. Echó un vistazo alrededor del pequeño mar de túnicas negras y vio que Shimone y Hochopepa le habían guardado un sitio.

Lo saludaron con un gesto cuando dejó el pasillo que separaba la sección de los magos del Séquito Imperial, y se reunió con ellos. Más abajo, sobre la arena, unos representantes de Tsubar con cierto parecido a los enanos (la llamada Tierra Perdida, al otro lado del Mar de Sangre) luchaban contra unas grandes criaturas insectoides, como los cho-ja pero carentes de inteligencia. Unas espadas de madera blanda y los mordiscos prácticamente inofensivos de aquellas mandíbulas proporcionaban un enfrentamiento más cómico que peligroso. Los plebeyos y los nobles menores que ya habían ocupado sus asientos se reían en señal de agradecimiento por el esfuerzo. Estos concursos los mantenían entretenidos mientras los grandes y casi grandes esperaban para entrar en el estadio. La impuntualidad se convertía en una virtud en Tsuranuanni cuando se alcanzaba cierto nivel social.

Shimone dijo:

—Es una pena que hayas tardado tanto en llegar, Milamber. Hace un ratito hubo un combate especialmente bueno.

—Tenía la impresión de que los asesinatos no iban a empezar todavía.

Hochopepa, que masticaba unos frutos secos cocinados con aceites dulces, dijo:

—Cierto, pero aquí nuestro amigo Shimone es una especie de aficionado a los juegos.

—Antes, varios oficiales jóvenes de buena familia lucharon con armas de entrenamiento a primera sangre —respondió Shimone—, para mejor mostrar sus habilidades y conseguir honores para sus clanes...

—Por no mencionar los frutos de alguna apuesta bastante fuerte —interpuso Hochopepa.

Shimone hizo caso omiso del comentario y continuó:

—Hubo un vivaz combate entre los hijos de los Oronalmar y los Keda. Hace años que no veo una exhibición mejor.

Mientras Shimone describía el combate, Milamber dejó vagar la mirada. Vio las pequeñas enseñas de los Keda, Minwanabi, Oaxatucan, Xacatecas, Anasati y otras grandes familias del Imperio. Notó que el estandarte de los Shinzawai estaba ausente y se preguntó por qué. Hochopepa dijo:

—Pareces muy preocupado, Milamber.

Milamber asintió.

—Antes de venir al festival de hoy, recibí la noticia de que ayer se había introducido en el Alto Consejo una moción para reformar los impuestos sobre las tierras y abolir la esclavitud por deudas. El mensaje procedía del Señor de los Tuclamekla y no conseguía entender por qué lo había enviado hasta que, casi al final, me daba las gracias por proporcionar los conceptos de la reforma social que la moción tenía la intención de aplicar. Me quedé horrorizado ante semejante acción.

Shimone se echó a reír.

—Si hubieras sido tan obtuso de estudiante, todavía llevarías la túnica blanca.

Milamber lo miró sin entender y Hochopepa dijo:

—Andas por ahí provocando todo tipo de estruendos con los discursos que das ante la Asamblea, siempre machacándonos con toda clase de males sociales, ¿y luego te quedas boquiabierto porque alguien te ha escuchado ahí fuera?

—Lo que les dije a nuestros hermanos los magos no era para que se discutiera fuera de las salas de la Asamblea.

—Qué poco razonable —dijo Hochopepa—. ¿Alguien de la Asamblea habló con un amigo que no era mago!

—Lo que me gustaría saber —dijo Shimone— es cómo es que ese puñado de reformas que ha puesto el Clan Hunzan delante del Alto Consejo lleva tu nombre debajo.

Milamber parecía incómodo, para deleite de sus amigos.

—Uno de los jóvenes artistas que trabajaron en los murales de mi hacienda es hijo de los Tuclamekla. Es cierto que abordé las diferencias existentes entre las culturas y los valores sociales de los tsurani y del Reino, pero solo como consecuencia natural de

nuestros debates sobre las diferencias entre varios estilos artísticos.

Hochopepa levantó los ojos al cielo, como si buscara la ayuda divina.

—Cuando oí que el Partido del Progreso (que está dominado por el Clan Hunzan, dominado a su vez por la Familia Tuclamekla) te había citado como fuente de inspiración, no podía creer lo que estaba oyendo, pero ahora veo que tu mano está detrás de cada problema que acosa al Imperio. —Miró a su amigo con una expresión de burlona seriedad—. Dime, ¿es cierto que el Partido del Progreso se va cambiar de nombre para llamarse Partido de Milamber?

Shimone lanzó una carcajada mientras Milamber le echaba a Hochopepa una mirada siniestra.

—Katala cree que es muy divertido que me disguste este tipo de cosas, Hocho. Y a ti quizá también te parezca gracioso, pero quiero que se sepa públicamente que no era esa mi intención. Yo me limité a ofrecer algunos comentarios y opiniones, y lo que el Clan Hunzan y el Partido del Progreso hagan con ellas no es cosa mía.

Hochopepa dijo con tono regañón:

—Me temo que si un personaje tan famoso como vos no desea que ocurran estas cosas, entonces ese personaje debería hacer que le cosieran la boca.

Shimone se rio y Milamber también sintió que lo invadía la hilaridad.

—Muy bien, Hocho —respondió Milamber—. Cargaré con la culpa. Sin embargo, no sé si el Imperio está listo todavía para los cambios que yo creo necesarios.

—Ya hemos escuchado tus argumentos, Milamber —dijo Shimone—, pero hoy no es el momento, ni tampoco es este el lugar apropiado para un debate social. Prestemos atención a los asuntos que nos ocupan. Recuerda, hay muchos en la Asamblea que se sienten ofendidos por tu preocupación por asuntos que ellos consideran políticos. Y si bien yo suelo considerar tus ideas refrescantes y progresistas, ten en cuenta que te estás creando muchos enemigos.

Sonaron las trompetas y los timbales, señal de que se acercaba el Séquito Imperial, lo que interrumpió la conversación de forma definitiva. Se sacó a los tsubar y a los insectoides de la arena para que se los llevaran los cuidadores. Cuando quedó limpio el campo, los guardas de los terrenos se apresuraron a salir con rastrillos y barrederas para alisar la arena. Se escuchó otra vez el sonido de las trompetas y entraron los primeros miembros del desfile, heraldos vestidos con el blanco imperial. Llevaban trompetas largas y curvadas, realizadas con los cuernos de algún gran animal, que se les enroscaban alrededor de los hombros y terminaban por encima de sus cabezas. Les seguían los tambores que marcaban un ritmo militar constante.

Cuando quedaron colocados delante del palco imperial, entró la guardia de honor del Señor de la Guerra. Cada uno de sus miembros llevaba una armadura y un yelmo terminados en piel de needra y totalmente decolorados. Alrededor de la coraza y el yelmo de cada uno, una valiosa guarnición de ora brillaba bajo el sol. Milamber

escuchó que Hochopepa farfullaba algo contra el desperdicio de aquel escaso metal.

Cuando ocuparon sus posiciones, uno de los heraldos de mayor categoría gritó:

—¡Almecho, Señor de la Guerra! —y la multitud se levantó entre gritos de júbilo. Lo acompañaba su comitiva, que incluía a varios Túnicas Negras, los magos preferidos del Señor de la Guerra, como los llamaban otros miembros de la Asamblea. Entre los más importantes había dos hermanos, Elgahar y Ergoran.

Entonces el heraldo exclamó:

—¡Ichindar! ¡Noventa y una veces Emperador! —La multitud rugió para mostrar su aprobación cuando el joven Luz del Cielo hizo su entrada. Lo asistían varios sacerdotes de cada una de las veinte órdenes. La multitud seguía atronando el estadio. Y así siguió durante un tiempo mientras Milamber se preguntaba si el amor del pueblo tsurani apoyaría a la Luz del Cielo si se produjera un enfrentamiento entre el Señor de la Guerra y el Emperador. A pesar de lo mucho que veneraban los tsurani la tradición, no creía que el Señor de la Guerra fuera un hombre capaz de abandonar su cargo dócilmente (algo sin precedentes en la historia del Imperio) si así se lo ordenara el Emperador.

Mientras se iba apagando todo aquel ruido, Shimone dijo:

—Parece, amigo Milamber, que la vida contemplativa no le sienta bien a la Luz del Cielo. Tampoco es que lo culpe, está todo el día sentado sin más compañía que un montón de sacerdotes y unas chiquillas tontas escogidas por su belleza más que por su conversación. Al final debe de ser un auténtico aburrimiento.

Milamber se echó a reír.

—Dudo mucho que estuvieran de acuerdo contigo la mayor parte de los hombres. Shimone se encogió de hombros.

—Siempre se me olvida que eras bastante mayor cuando te entrenaron, y que también tienes esposa.

Al oír hablar de esposas, Hochopepa puso una expresión dolorida y los interrumpió:

—El Señor de la Guerra va a hacer un anuncio.

Almecho se puso en pie y alzó las manos para pedir silencio. Cuando el estadio se calló, su voz retumbó por todo él.

—¡Los dioses sonrían sobre Tsuranuanni! ¡Traigo la noticia de una gran victoria sobre los bárbaros del otro mundo! ¡Hemos aplastado a su mayor ejército y nuestros guerreros celebran la victoria! Pronto, todas las tierras que llaman el Reino se postrarán a los pies de la Luz del Cielo. —Se volvió y se inclinó respetuosamente ante el Emperador.

Milamber sintió una punzada de dolor al oír la noticia. Sin apenas ser consciente empezó a levantarse, solo para que Hochopepa le agarrara el brazo y siseara.

—¡Eres tsurani!

Milamber se recobró del inesperado sobresalto y recuperó la compostura.

—Gracias Hocho. Casi lo olvido.

—¡Shh! —dijo Hochopepa.

Volvieron a prestar atención al Señor de la Guerra que decía:

—... y como señal de nuestra devoción a la Luz del Cielo, le dedicamos estos juegos. —Una ovación resonó por toda la arena y el Señor de la Guerra se sentó.

Milamber habló en voz baja con sus amigos.

—Parece que el Emperador no está demasiado eufórico con la noticia. — Hochopepa y Shimone se volvieron para mirar al Emperador, que permanecía sentado con una expresión estoica en el rostro.

—Lo oculta bien pero creo que tienes razón, Milamber —dijo Hochopepa—. Hay algo en todo esto que lo inquieta.

Milamber no dijo nada, pues sabía muy bien la causa: esta victoria podía entorpecer la iniciativa de paz de la Rueda Azul y le proporcionaría al Señor de la Guerra más poder a costa del Emperador.

Shimone dio unos golpecitos a Milamber en el hombro.

—Empiezan los juegos.

Mientras se abrían las puertas de la arena para admitir a los combatientes, Milamber estudió al Emperador. Era un hombre joven, de veintipocos años, y parecía una persona inteligente. Tenía la frente alta y se había dejado crecer hasta los hombros el pelo castaño rojizo. Se volvió en la dirección de Milamber para hablar con un sacerdote que tenía al lado y el mago vio que los ojos verdes y limpios brillaban bajo el sol. Sus miradas se cruzaron durante un momento y hubo una breve chispa de reconocimiento. Milamber pensó: *Así que te han contado mi parte en tu plan.* El Emperador continuó con su conversación sin perder ni una palabra y nadie más vio el intercambio.

Hochopepa dijo:

—Esto es un espectáculo de clemencia. Luchan todos hasta que solo queda uno en pie. A ese se le perdonarán todos sus crímenes.

—¿Cuáles son esos crímenes? —preguntó Milamber.

Respondió Shimone:

—Lo habitual. Pequeños robos, mendigar sin la autorización del templo, dar falso testimonio, eludir impuestos, desobedecer órdenes legítimas y cosas así.

—¿Y qué pasa con los delitos capitales?

—Asesinato, traición, blasfemia, golpear al amo, todos son delitos imperdonables. —Levantó la voz para hacerse oír por encima del ruido que hacía la multitud—. Se los encierra con los prisioneros de guerra que no quieren convertirse en esclavos. Se los sentencia a luchar una y otra vez hasta que mueren.

Una guardia de soldados abandonó la pista y dejó la arena para los prisioneros.

—Delincuentes comunes —dijo Hochopepa—. No veremos mucha deportividad.

Un comentario bastante exacto, al parecer, pues los prisioneros eran un grupo de aspecto triste. Desnudos a excepción de un taparrabos, allí estaban con unas armas y unos escudos que les resultaban extraños. Muchos eran viejos y estaban enfermos, aparentemente perdidos y confusos, y sujetaban sin fuerza al costado las hachas, las espadas y las lanzas.

La trompeta anunció el comienzo del combate y pronto mataron a los viejos y los enfermos. Varios no habían siquiera levantado las armas para defenderse, ya que estaban demasiado confusos para intentar sobrevivir. A los pocos minutos casi la mitad de los prisioneros yacía muerta o moribunda sobre la arena. En poco tiempo se redujo la acción, cuando los combatientes empezaron a enfrentarse con adversarios de habilidad y astucia parecidas. Poco a poco fue disminuyendo el número y cambió la naturaleza barullera y suelta del combate. De vez en cuando, cuando caía un oponente, uno de los adversarios quedaba en pie al lado de otro par que todavía luchaba, y con frecuencia eso daba lugar a una lucha a tres bandas, que el gentío aprobaba con grandes vítores mientras el torpe combate daba como resultado un exceso de derramamiento de sangre y dolor.

Al final quedaban tres luchadores. Dos de ellos no habían conseguido resolver su conflicto y estaban al borde del agotamiento. El tercer hombre se acercó con cautela, manteniendo una distancia igual entre él y los otros; iba en busca de alguna ventaja.

La consiguió unos segundos más tarde. Con el cuchillo y la espada preparados, se adelantó de un salto y le dio a uno de los combatientes un golpe en la sien que lo derribó. Shimone dijo:

—¡Será idiota! ¿Es que no vio que el otro hombre es mejor luchador? Debería haber esperado hasta que tuviera una ventaja clara sobre el otro hombre y luego haberlo golpeado, lo que dejaría al adversario más débil en la lucha.

Milamber temblaba. Shimone, su antiguo maestro, era su mejor amigo después de Hochopepa. Sin embargo, a pesar de toda su educación, de toda su sabiduría, estaba aullando al ver la sangre de los demás como si fuera el plebeyo más ignorante del asiento más barato. Por mucho que lo intentara, Milamber no podía dominar el entusiasmo que mostraban los tsurani por la muerte de los demás. Se volvió hacia Shimone.

—Estoy seguro de que estaba un poco liado para plantearse delicados dilemas tácticos —dijo.

Shimone no percibió el sarcasmo, estaba demasiado atento al combate.

Milamber notó que Hochopepa no prestaba atención a la lucha. El astuto mago estaba tomando nota de cada conversación que tenía lugar en las tribunas; para él los juegos no eran más que otra oportunidad para estudiar los aspectos más sutiles del Juego del Consejo. Para Milamber, aquella falta de atención a la muerte y el



sufrimiento que padecían a sus pies era tan inquietante como el entusiasmo de Shimone.

La lucha terminó enseguida; ganó el hombre del cuchillo. La multitud celebró la victoria con entusiasmo. Se lanzaron monedas a la arena para que el vencedor pudiera volver a la sociedad con un pequeño capital.

Mientras se limpiaba la arena, Shimone llamó a un heraldo y preguntó por el resto de las actividades del día. Se volvió hacia los otros; era obvio que estaba contento con las noticias recibidas.

—Solo hay unas cuantas parejas de combate, luego dos combates especiales, un equipo de prisioneros contra un harulth muerto de hambre y un combate entre unos soldados de Midkemias y unos guerreros thuril capturados. Eso debería ser muy interesante.

La expresión de Milamber indicaba que no estaba de acuerdo. Pensó que era el momento adecuado para hacer la pregunta.

—¿Hocho, te has fijado en si asiste algún miembro de la Familia Shinzawai?

Miró por todo el estadio en busca de los estandartes familiares de las casas más prominentes del Imperio.

—Minwanabi, Anasati, Keda, Tonmargu, Xacatecas, Acoma... No, Milamber. No sabría decirte si está alguno de tus antiguos, bueno, benefactores. Tampoco es que esperase que estuvieran.

—¿Por qué?

—Últimamente han caído en desgracia ante el Señor de la Guerra. Tiene algo que ver con el fracaso de una misión o algo así que les encomendó. Y he oído que se los considera sospechosos, a pesar de que su clan de repente ha vuelto a unirse a la guerra. El Clan Kanazawai está perdido en sus viejas glorias y los Shinzawai son los más conservadores de todos ellos.

Se sucedieron los combates durante toda la tarde, cada uno más artero que el anterior al ir aumentando el nivel de habilidad de los combatientes. Pronto terminaron las últimas parejas y ahora la multitud esperaba ansiosa y en silencio. Hasta los nobles se callaron, ya que el siguiente acontecimiento era muy poco usual. Un equipo de veinte guerreros, midkemios por el tamaño, salió al centro de la arena. Llevaban cuerdas, redes reforzadas, lanzas y largos cuchillos curvos. Solo vestían un taparrabos y los cuerpos aceitados brillaban bajo el último sol de la tarde. Esperaban en la arena con aspecto relajado, pero los soldados que había entre la multitud reconocieron los sutiles signos de tensión comunes a todos los guerreros antes de una batalla. Un minuto después se abrieron las grandes puertas dobles que había en el otro extremo del estadio, y salió tambaleándose a la arena un horror de seis patas.

El harulth era todo dientes largos y garras afiladas, junto con una actitud belicosa y una armadura parecida al cuero; tenía un tamaño parecido al de un elefante

midkemio. Dudó sólo el momento justo para parpadear bajo la luz, y luego cargó directamente contra el grupo de hombres que tenía ante él.

Estos se dispersaron ante la criatura con la intención de confundirla. El harulth, simple u obstinado, persiguió a un desventurado individuo. Con tres enormes zancadas aplastó al hombre y luego lo engulló de dos bocados. Los otros se reagruparon detrás del animal y de inmediato desplegaron las redes. El hexápodo se giró de golpe, más rápido de lo que parecía posible para una criatura de semejante tamaño, y cargó otra vez. Esta vez los hombres esperaron hasta el último momento, tiraron las redes y luego lo esquivaron. Las redes estaban recubiertas de ganchos que podrían clavarse en la gruesa piel de la bestia, que entró en ellas y pronto estaba demasiado ocupada destrozando la malla. Mientras por un momento se atareaba con aquello, los lanceros se apresuraron a atacar. El harulth reaccionó confundido, no estaba seguro de dónde procedía su tormento. Las lanzas no estaban resultando eficaces, ya que no podían atravesar la piel de la bestia. Enseguida se dieron cuenta de la futilidad de aquel acercamiento, y uno de los guerreros agarró a otro y señaló la parte posterior de la criatura. Se lanzaron contra la cola, que barría el suelo de un lado a otro con la fuerza de un ariete.

Dialogaron durante un momento y luego soltaron las lanzas mientras la criatura se decidía por un objetivo. Se lanzó como un azote y se metió otro hombre en el buche. Durante un momento se quedó quieto mientras tragaba a su presa. Los dos hombres que estaban detrás echaron a correr y se subieron de un salto a la cola del animal. Durante un instante este no pareció notar su presencia, pero luego reaccionó girándose de golpe, con lo que tiró al segundo hombre. Había dado la vuelta completa y se paró para devorar al atontado individuo. El otro se las ingenió de algún modo para agarrarse, y utilizó los pocos momentos que el harulth utilizó para comerse a su compañero para subir por la cola de la criatura hasta los cuartos traseros del animal. Con un golpe dado por encima del hombro, hundió el cuchillo de hoja larga entre las dos vértebras que se dibujaban bajo la piel suelta. Era una apuesta desesperada y el estadio chilló de aprobación. El cuchillo penetró en el duro cartílago que había entre los segmentos óseos y partió la columna vertebral. La criatura bramó de rabia y empezó a girar, un movimiento que amenazaba con tirar al inoportuno jinete, pero al momento se derrumbaron las dos patas de atrás. El harulth se quedó desconcertado durante un instante, los dos pares de patas delanteras tiraban del peso muerto de los cuartos traseros. Dos veces intentó en vano lanzarse contra su pequeño torturador, pero su grueso cuello le resultaba insuficiente. El hombre sacó la hoja y siguió trepando por la columna mientras los lanceros supervivientes salían y entraban de su campo de visión para distraer a la criatura. Tres veces se vio casi arrojado de la espalda del animal, pero de algún modo consiguió mantener su posición. Cuando se encontró un poco antes del par de patas del centro, metió el filo entre las vértebras.

Las patas centrales se derrumbaron un instante después y el hombre se vio arrojado de la espalda del animal. El harulth chilló de rabia y dolor, pero lo cierto es que había quedado inmovilizado. Los guerreros se apartaron y esperaron. Las dos fracturas espinales resultaron ser suficientes, ya que minutos más tarde el harulth cayó conmocionado, agitó las patas delanteras durante un momento y se quedó quieto.

La multitud gritó entusiasmada por el combate, ya que un grupo de guerreros jamás había vencido a un harulth sin perder al menos el quíntuplo de hombres. En este combate solo habían muerto tres. Los guerreros esperaron allí, el agotamiento hacía que las armas se les cayeran de los dedos inertes. La batalla había durado menos de diez minutos, pero el coste de energía, concentración, sudor y miedo había agotado a cada hombre hasta dejarlo casi postrado. Sin apenas sentir nada, sin oír los gritos de la multitud, los hombres se dirigieron tambaleantes hacia la salida. Solo el que había clavado el cuchillo mostraba alguna expresión, lloraba abiertamente mientras cruzaba la arena.

—¿Por qué crees que está ese hombre tan perturbado? —preguntó Shimone—. Fue un magnífico triunfo.

Milamber respondió con una voz que se esforzaba por parecer tranquila.

—Porque está agotado y asustado, y está harto de todo. —Luego añadió con dulzura—. Y está muy lejos de casa. —Tragó saliva, luchó contra la indignación que sentía y luego dijo—: Sabe que esto no sirve de nada. Una y otra vez saldrá a esta arena, para luchar contra otras criaturas, contra otros hombres, incluso contra amigos de su tierra, y antes o después morirá. —Hochopepa se quedó mirando a Milamber y Shimone adquirió una expresión confusa—. Si no hubiera sido por una casualidad, yo podría haber sido uno de esos de ahí abajo —añadió Milamber—. Esos que luchaban eran hombres. Tenían familias y hogares, amaban y reían. Ahora esperan la muerte.

Hochopepa agitó la mano para descartar la idea.

—Milamber, tienes la inquietante costumbre de tomarte las cosas a pecho.

Milamber se sintió enfermo y furioso por culpa de aquel sangriento espectáculo, pero se obligó a ocultar esas emociones en su interior. Estaba decidido a quedarse. Sería un tsurani.

Se limpió la arena y sonaron de nuevo las trompetas, lo que señalaba el último combate de la tarde. Salieron desfilando de un extremo de la arena una docena de guerreros de aspecto orgulloso ataviados con atelajes de batalla de cuero, muñequeras tachonadas de clavos y tocados emplumados de muchos colores. Milamber jamás había visto nada parecido en persona, pero reconoció el atavío por la visión que había tenido en la torre. Eran los descendientes de los orgullosos Jinetes de la Serpiente, los thuril. Cada uno tenía en los ojos una expresión dura de torva determinación.

Por el otro extremo salieron doce guerreros con imitaciones salpicadas de color de la armadura midkemia. Su propia armadura de metal se había considerado demasiado

valiosa y demasiado aburrida para el concurso, así que los artesanos tsurani les habían proporcionado unas imitaciones más estilizadas.

Los thuril contemplaban a los recién llegados con un desprecio implacable. De todas las razas de la humanidad, solo los thuril habían sido capaces de resistir el avance del Imperio. Los thuril eran sin duda los mejores guerreros de montaña de Kelewan, y sus baluartes de la montaña y altos pastos eran imposibles de conquistar. Habían mantenido al Imperio a raya durante años hasta que se había decretado la paz. Eran un pueblo alto, resultado de no haberse mezclado con las razas más bajas de Kelewan, a las que consideraban inferiores.

Sonaron de nuevo las trompetas y se hizo el silencio entre la multitud. Un heraldo gritó con voz clara:

—Puesto que estos soldados de la Confederación Thuril han violado el tratado existente entre sus naciones y el Imperio al hacerle la guerra a los soldados del Emperador, han sido expulsados por su propio pueblo, que los ha declarado parias y los ha entregado para que sean castigados. Lucharán contra los cautivos del mundo de Midkemia. Todos competirán hasta que solo quede uno. —La multitud lo aclamó.

Sonó la trompeta y los guerreros se cuadraron. Los midkemios se agazaparon con las armas listas, pero los thuril permanecieron en pie, con una expresión desafiante en el rostro. Uno de los thuril se adelantó y se detuvo ante el midkemio más cercano. Con un tono despectivo, le habló muy rápido e hizo un gesto que barrió toda la arena.

Milamber sintió que empezaba a crecer en su interior un ataque de ira, emparejado con una gran vergüenza ante lo que estaba viendo. En Midkemia también había juegos (había oído hablar de ellos), pero nada parecido a aquello. Los hombres que luchaban en Kronдор y en otros lugares de todo el Reino eran profesionales que se ganaban la vida luchando a primera sangre. En ocasiones se libraba un duelo a muerte, pero siempre era un asunto personal, después de haber agotado todos los medios disponibles para dirimir la disputa. Aquella era una pérdida absurda de vidas humanas para disfrute de los aburridos y los ociosos, de los saciados que buscaban un recordatorio cada vez más vivido de que su vida valía algo. Milamber miró a su alrededor y sintió asco al ver las expresiones de los que tenía cerca.

El guerrero thuril continuó su perorata mientras los midkemios lo seguían contemplando, y había algo en su actitud que sugería un cambio de humor. Antes estaban tensos, listos para la batalla; ahora parecían casi relajados. El thuril siguió señalando al gentío que se había reunido allí.

Entonces un midkemio, alto y de anchos hombros, se adelantó como si fuese a hablar. El thuril se puso en guardia, con la espada en alto y listo para atacar. Resonó una voz detrás de él cuando otro guerrero dijo algo que transmitía una nota de tranquilidad. El primer thuril se relajó de forma visible.

El midkemio se quitó poco a poco el yelmo y reveló un rostro cansado,

demacrado, enmarcado por un pelo negro húmedo y correoso. Paseó la vista por la arena mientras la multitud empezaba a susurrar y a refunfuñar ante el inesperado comportamiento de los guerreros, y luego asintió con brusquedad. Dejó caer la espada y el escudo y le dijo algo a sus compañeros. Los otros guerreros de la arena siguieron su ejemplo de inmediato, y pronto yacían todas las armas en el suelo.

Milamber se preguntó la razón de aquel extraño comportamiento y Shimone dijo:

—Esto terminará en carnicería. Los thuril no quieren luchar contra los suyos, y al parecer tampoco piensan luchar contra los bárbaros. En cierta ocasión vi cómo seis thuril mataban a todos los que enviaban contra ellos y luego se negaban a luchar entre ellos. Cuando los guardias fueron a matarlos, se enfrentaron a ellos y los obligaron a retirarse. Al final, tuvieron que derribarlos los arqueros del muro. Fue una deshonra. La multitud se amotinó y destrozó al organizador de los juegos. Murieron más de cien ciudadanos.

Milamber se sintió aliviado, al menos no tendría que presenciar el espectáculo del pueblo de Katala y el suyo matándose entre sí. Luego la multitud empezó a gritar enfadada, burlándose de los renuentes combatientes.

Hochopepa le dio un codazo a Milamber.

—No parece que al Señor de la Guerra le divierta mucho todo esto.

Milamber vio la expresión lívida del Señor de la Guerra al ver que el evento que le había dedicado al Emperador se convertía en una farsa. Almecho se levantó con lentitud del lugar que ocupaba cerca de la Luz del Cielo y bramó:

—¡Que empiece la lucha!

Fornidos instructores, guardias que trabajaban para el organizador de los juegos, salieron corriendo a la arena blandiendo unos látigos. Rodearon a los inmóviles guerreros y empezaron a azotarlos. Milamber sintió que lo inundaba el asco mientras los instructores repartían golpes a diestro y siniestro, rasgando la piel expuesta de los brazos y las piernas de los thuril y los soldados midkemios. No había sido ajeno al látigo cuando había estado en el páramo, y conocía bien sus efectos. Sintió en su carne cada golpe que caía sobre los que estaban en la arena.

La multitud empezó a inquietarse, porque contemplar cómo se azotaba a unos hombres inmóviles no era lo que habían venido a ver. Las burlas y los silbidos cayeron sobre los que ocupaban el palco imperial, y unas cuantas almas atrevidas arrojaron basura y pequeñas monedas a la arena para demostrar así lo que pensaban de semejante deporte. Por fin uno de los instructores se impacientó, se acercó a uno de los guerreros thuril y le pegó una bofetada con el mango del látigo. Antes de que el instructor pudiera reaccionar, el thuril dio un salto y le arrancó el látigo de las manos al asombrado hombre. En un instante le había rodeado con firmeza la garganta con el látigo e intentaba asfixiarlo.

Los otros instructores dirigieron su atención al guerrero que estaba atacando a su

compañero, y empezaron a azotarlo a lo loco. Después de una docena de golpes, más o menos, el thuril empezó a tambalearse y cayó de rodillas. Pero mantenía agarrado con fuerza el látigo y estrangulaba al instructor, que se esforzaba por respirar. Una y otra vez le llovieron los golpes al thuril hasta que toda su armadura estaba teñida del rojo por la paliza. Pero seguía aferrando a su víctima.

Cuando el instructor murió, con los ojos saliéndose de la cara azul, pareció morir también la poca fuerza que le quedaba al thuril. Mientras el cuerpo exangüe del instructor quedaba tirado en la arena, el guerrero cayó a su lado.

Fue un soldado midkemio el que primero reaccionó. Con toda frialdad, se limitó a coger una espada y atravesar a uno de los instructores. Luego, como uno solo, los soldados thuril y midkemios cogieron las armas y a los pocos minutos estaban muertos todos los instructores. Luego, de nuevo como uno solo, los prisioneros tiraron las armas al suelo.

Milamber luchó consigo mismo para mantener la tranquilidad ante semejante exhibición. No sentía nada salvo admiración por aquellos hombres. Preferían la muerte antes que asesinarse entre sí. Quizá alguno de aquellos hombres había cabalgado por el valle con él en la incursión que había descubierto la máquina de la fractura, tantos años antes. Por fuera parecía tranquilo, un tsurani, pero por dentro hervía de indignación.

Hochopepa susurró:

—Esto me da mala, espina. Se ha estropeado todo lo que Almecho pretendía conseguir con este día para reforzar su posición ante el Emperador. Me temo que no se va a tomar muy bien la renuencia de tus antiguos compatriotas a morir para diversión de la Luz del Cielo.

Milamber casi escupió cuando dijo:

—Maldita sea esa diversión. —Miró a Hochopepa con una expresión ardiente que el orondo mago no había visto jamás. Milamber ya se estaba levantando cuando dijo —: Y malditos sean todos los que se divierten con un deporte tan sangriento.

Hochopepa lo agarró por un brazo e intentó obligarlo a sentarse de nuevo con un firme tirón, al tiempo que decía:

—¡Milamber, recuerda quién eres!

Se liberó e hizo caso omiso de la orden.

Milamber y sus compañeros miraron hacia el palco imperial, donde un capitán de la guardia conversaba con el Señor de la Guerra. Milamber sintió una extraña ola de calor en su interior, y por un momento luchó contra el impulso repentino de utilizar sus poderes para poner al Señor de la Guerra en medio de los que aguardaban abajo, para ver cómo le iba contra los que se negaban a seguir amablemente sus órdenes y morir por él.

Entonces resonó la voz de Almecho, que silenció a todos los que tenía cerca.

—No, nada de arqueros. Esos animales no van a tener la muerte de un guerrero.  
—Se volvió hacia uno de sus magos favoritos y le dio instrucciones. El hombre de la túnica negra asintió y empezó a conjurar. Milamber sintió que se le ponía el vello de la nuca de punta cuando comenzó a percibirse la presencia de la magia.

Un sonido apagado de asombro barrió el estadio cuando los que estaban sobre la arena cayeron sin sentido y empezaron a rodar atontados.

El Señor de la Guerra gritó:

—Ahora id a atarlos, construid una plataforma y colgadlos para que los vean todos.

Un silencio atónico recibió sus palabras y luego recorrieron la multitud gritos de «¡No!», «¡Son guerreros!» y «¡Es una deshonra!».

Hochopepa cerró los ojos y emitió un audible suspiro. Habló para sí mismo tanto como para sus compañeros:

—El Señor de la Guerra se deja llevar por su temperamento otra vez, y ahora tenemos una debacle ante nosotros. Esto no le va a ser de mucha ayuda en el Alto Consejo y tampoco va a fomentar la estabilidad del Imperio.

Como una bestia enfurecida en peligro, el Señor de la Guerra se dio la vuelta y los más cercanos se callaron, pero los que estaban más lejos incrementaron los gritos. Según los criterios tsurani, aquel era un castigo demasiado indigno para cualquiera salvo para los que carecieran de honor. Si bien se habían negado a convertirse en diversión de las masas, los prisioneros habían demostrado que seguían siendo guerreros, y como tales merecían una muerte honrosa.

Hochopepa se volvió para hablar con Milamber, pero se detuvo al ver la expresión que tenía el rostro de su amigo. La cólera de Milamber era ahora bien visible, su ira competía con la del Señor de la Guerra. Hochopepa presintió que algo terrible estaba a punto de ocurrir e intentó llamar la atención de Shimone, pero se encontró con que él también contemplaba en silencio el temible semblante de Milamber. Todo lo que Hochopepa consiguió decir fue un silencioso:

—¡Milamber, no! —Luego, el esclavo convertido en mago empezó a moverse.

Pasó como un rayo al lado del horrorizado Hochopepa al tiempo que le decía:

—Ocúpate de la seguridad del Emperador.

Milamber se tambaleaba por el impacto de una emoción repentina, contenida durante años y que ahora había quedado libre. Lo golpeó una certeza extraña y poderosa: *¡No soy tsurani!*, reconoció por fin. No podría formar parte de aquello. Por primera vez desde que lucía la túnica negra, sus dos naturalezas estaban en armonía. Aquello era una deshonra para las dos culturas y lo inundaba una temible determinación, libre de cualquier duda.

Salvo los que estaban cerca del palco imperial, la multitud entera cantaba «La espada, la espada, la espada», exigiendo así una muerte de guerrero para cada uno de

los hombres que había allí abajo. La cadencia se convirtió en un ritmo ensordecedor para Milamber, intensificando su furia ya casi desenfadada.

Al llegar a un punto situado entre los magos y el palco imperial, contempló a los soldados y carpinteros que se apresuraban a salir a la arena. Se estaba atando a los aturridos midkemios y thuril como si fuesen animales destinados al matadero, y la ira de la multitud estaba alcanzando un nivel peligroso. Algunos de los oficiales más jóvenes de origen noble que estaban sentados en los niveles inferiores del estadio parecían listos para coger una espada y saltar a la arena, para combatir en persona por el derecho de los prisioneros a morir como guerreros. Habían sido enemigos valientes y muchos de los espectadores habían combatido tanto contra los soldados thuril como contra los del Reino. Matarían de buena gana a esos hombres en el campo de batalla, pero no pensaban contemplar cómo se humillaba a unos enemigos valientes.

Una ola negra de cólera, odio y dolor inundó a Milamber. Su mente chillaba de indignación, a pesar de sus intentos por controlarla. Inclino la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco, como le había ocurrido dos veces en su vida, y unas letras de fuego aparecieron en su mente. Pero nunca antes había tenido la fuerza para aprovechar el momento, y con una alegría casi animal se sumergió en aquel pozo de poder que acababa de abrirse en su interior. Disparó el brazo derecho y la energía surgió de su mano. Un rayo de llamas azules, que centelleaba incluso bajo la luz del sol, cayó con violencia y se estrelló entre los guardias del Señor de la Guerra. Los vivos quedaron barridos en todas direcciones, como hojas al viento. Los que acababan de entrar con los materiales para construir el cadalso cayeron de rodillas por la explosión, y los que estaban en los asientos inferiores quedaron aturridos por su violencia. Se paralizó todo en la arena mientras la multitud caía en una silenciosa conmoción.

Todos los ojos se volvieron hacia el origen de aquel rayo, mientras que los que estaban más cerca se apartaban con un movimiento reflejo. Había enrojecido de rabia y el blanco de los ojos asomaba alrededor de los iris oscuros mientras examinaba la arena. Con un gesto breve y cortante de la mano, el mago dijo:

—¡Se acabó!

Nadie se movió salvo Hochopepa y Shimone. No tenían ni idea de cuáles eran las intenciones de Milamber, pero ante semejante acto se tomaron en serio la orden que les había dado. Se apresuraron a acercarse al lugar donde se sentaba el joven Emperador, que medio aturrido y medio fascinado contemplaba aquello como todos los espectadores del estadio. Tuvieron unas rápidas palabras con el Emperador y, un momento después, su asiento estaba vacío.

Milamber miró a su izquierda cuando se escuchó un bramido de cólera.

—¡Quién osa hacer eso!

Milamber se enfrentó a la visión del Señor de la Guerra, que se había alzado como



un semidiós colérico de blanca armadura. Su expresión rivalizaba con la de Milamber.

—¡Yo oso hacerlo! —le gritó también Milamber—. Esto no puede ser... ¡no será!  
¡No morirán más hombres para diversión de otros!

Apenas capaz de contener su furia, Almecho, Señor de la Guerra de las Naciones de Tsuranuanni, chilló:

—¿Con qué derecho te atreves a hacer algo así? —Se le notaban con toda claridad los tendones del cuello, y cada músculo de su cuerpo se estremecía mientras el sudor le perlaba la frente.

Milamber bajó la voz y pronunció las palabras con una rabia desafiante, cuidadosamente medida.

—El derecho que me concede hacer lo que crea conveniente. —Se dirigió luego a un guardia cercano—. Se ha de liberar a los que están en la arena. ¡Son libres!

El guardia dudó durante un momento, luego se impuso su entrenamiento tsurani.

—Cómo deseéis, Grande.

El Señor de la Guerra gritó:

—¡Te quedarás ahí!

La multitud siseó un jadeo de sorpresa. En toda la historia del Imperio, jamás se había producido un enfrentamiento entre un Grande y un Señor de la Guerra. El guardia se detuvo y Milamber habló con un gruñido.

—Mis palabras son la ley. ¡Vete!

De repente el guardia se había puesto en movimiento y el Señor de la Guerra chilló encolerizado.

—¡Estás violando la ley! ¡Nadie puede liberar a un esclavo!

Milamber volvió a hervir de ira y le contestó a gritos:

—¡Yo sí! ¡Estoy por encima de la ley!

El Señor de la Guerra retrocedió como si le hubieran dado un golpe invisible. En toda su vida, nadie se había atrevido a frustrar sus deseos de aquella manera. Ningún Señor de la Guerra de la historia se había visto obligado a soportar semejante vergüenza pública. Estaba atónito.

Cerca del Señor de la Guerra, otro mago se levantó de un salto.

—Te declaro traidor y falso Grande. Pretendes socavar el gobierno del Señor de la Guerra y traer el caos al orden del Imperio. ¡Vas a arrepentirte de esta afrenta!

De inmediato se produjo una actividad frenética cuando todos los que los habían oído se esforzaban por alejarse de los dos magos. Milamber clavó los ojos en el favorito del Señor de la Guerra.

—¿Crees que puedes comparar tus poderes con los míos?

El Señor de la Guerra miró a Milamber con odio puro en el rostro. No le quitó los ojos de encima al joven mago cuando le dijo a su favorito:

—¡Destruyelo!

Milamber alzó de golpe los brazos y los cruzó por las muñecas. Al instante lo rodeó un nimbo de luz dorado y suave. El otro mago lanzó un rayo de energía y la bola azul de fuego se estrelló sin consecuencias contra el escudo de oro.

Milamber se tensó, invadido por la cólera. Dos veces en su vida, cuando lo habían atacado los trolls y cuando se había peleado con Roland, había acudido a esas reservas de poder oculto y había sacado de allí sus fuerzas. Ahora arrancó las últimas barreras que separaban su mente consciente de esas reservas. Ya no eran un misterio para él, sino la fuente de la que surgía todo su poder. Por primera vez en su experiencia, Milamber comprendió por completo lo que era, quién era: no un Túnica Negra, limitado por las antiguas enseñanzas de un mundo, sino un adepto del Arte Mayor, un maestro en completa posesión de toda la energía que proporcionan dos mundos.

El mago del Señor de la Guerra lo miró atemorizado. Allí había algo más que una curiosidad, un simple mago bárbaro. Allí se encontraba una figura que producía asombro, con los brazos levantados, el cuerpo temblando de rabia y los ojos al parecer radiantes de fuerza.

Milamber dio una palmada sobre la cabeza y rugió un trueno que hizo estremecerse a los que lo rodeaban. Surgió la energía de sus manos alzadas. Un torbellino de fuerzas relucientes giró sobre él y se elevó como una saeta. La fuente continuó hasta que llegó a una gran altura, y luego empezó a allanarse y cubrió el estadio como un gran dosel. Aquel deslumbrante despliegue continuó durante un instante y luego los cielos parecieron explotar, cegando a muchos de los que habían levantado los ojos. El cielo se oscureció y el sol se desvaneció como si poco a poco se estuvieran corriendo sobre él unos velos grises.

La voz de Milamber se extendió hasta los confines del estadio cuando dijo:

—El que hayáis vivido como habéis vivido durante siglos no os da licencia para esta crueldad. Se juzga ahora a todos los presentes, y en todos se hallan faltas.

Partieron más magos que desaparecieron de sus asientos, pero aún permanecieron muchos en su sitio. Hubo más plebeyos juiciosos que huyeron por las salidas más cercanas, pero fueron muchos los que aún esperaron, pensando que aquel no era más que otro juego para su diversión. Muchos estaban demasiado borrachos o excitados por el espectáculo para comprender la advertencia del mago.

El brazo de Milamber dibujó un arco a su alrededor.

—Los que halláis divertida la muerte y la deshonra de otros, ¡ved ahora lo bien que os enfrentáis a la destrucción! —Un jadeo de la multitud respondió al pronunciamiento.

Milamber alzó una mano sobre su cabeza y todos se callaron. Hasta la más ligera brisa del verano cesó. Entonces, con una fuerza terrible, habló de nuevo. Todos palidecieron al oírlo, pues era como si la muerte se hubiera encarnado y hubiera hablado. Por todo el estadio despertaban ecos las palabras de Milamber.

—¡Temblad y desesperad, pues yo soy el Poder!

Se empezó a escuchar un agudo lamento cuyo origen estaba en Milamber. El propio aire se estremecía al forjarse aquella magia tan poderosa.

—¡Viento! —gritó Milamber.

Una brisa amarga que al tocarla apestaba a carroña, basura y odio sopló por todo el estadio. El viento transmitía un profundo gemido de angustia y miedo. Empezó a soplar cada vez más fuerte y a cada momento transmitía una amenaza mayor, más desesperación. La brisa se fue haciendo cada vez más fría hasta que empezó a aguijonear a aquellos que apenas conocían el frío. Los hombres sollozaban al sentir sus aceradas caricias y en lo alto, sobre el estadio, se formaban nubes en medio de las tinieblas.

Los vientos aullaban y sofocaban los gritos de la multitud que había en la arena. Los nobles intentaban huir, demasiado aterrorizados ahora para hacer otra cosa que no fuera abrirse paso con las uñas entre sus propias familias, mientras pisoteaban a los más viejos y lentos. Fueron muchos a los que los zarandeos hincaron de rodillas o derribaron de sus asientos para caer sobre el suelo de la arena.

Grandes nubes de tormenta, negras y grises, pasaban a toda velocidad sobre sus cabezas y parecían arremolinarse alrededor de un punto que estaba justo encima de la cabeza de Milamber. El mago quedó sumergido en una luz siniestra que latía llena de energía. Permanecía en el centro de la tormenta, una figura terrorífica en medio de la oscuridad. El viento chillaba con furia pero la voz de Milamber atravesó el sonido como un cuchillo:

—¡Lluvia!

Cayó una lluvia fría, azotada por la galerna. Creció el ritmo con rapidez y se convirtió en un torrente arrollador, luego un diluvio. La cascada cayó inmisericorde sobre los que tenía debajo, el dolor los obligó a tirarse y los dejó sin sentido con una fuerza temible y claramente sobrenatural. Unos cuantos consiguieron huir a los túneles mientras que otros se aferraban entre sí aterrorizados.

Algunos magos intentaban contrarrestar los conjuros, pero no podían y se desmayaban por el esfuerzo. Jamás se había producido un despliegue así de puro poder. Allí estaba un auténtico maestro de la magia, alguien que podía controlar a los elementos, en pleno apogeo de su poder. El mago que había retado a Milamber yacía tirado en su asiento, aturdido, parpadeaba mientras luchaba por poner una semblanza de orden en el caos que lo rodeaba. El Señor de la Guerra intentaba resistir la tormenta, luchaba por permanecer de pie y se negaba a someterse al terror de los que lo rodeaban.

Milamber dejó caer el brazo, luego levantó una mano y la extendió ante él.

—¡Fuego! —Y una vez más todos pudieron oírlo.

Las nubes parecieron quemarse. Los cielos entraron en erupción cuando láminas

de colores terribles, llamas de todos los tonos, se dispararon enloquecidas por la oscuridad. Relámpagos desiguales cruzaron el cielo, como si los dioses estuvieran anunciando el juicio final de toda la humanidad. La gente chilló invadida por un terror primitivo al ver que los elementos se habían vuelto locos.

Entonces empezó la lluvia de fuego. Las gotas se estrellaron contra brazos y ropa, rostros y mantos, y empezaron a arder. Por todas partes se oían aullidos de dolor y la gente intentaba en vano aplastar a golpes los fuegos que les quemaban la piel. Desaparecieron más Túnicas Negras de la arena, llevándose con ellos a sus camaradas inconscientes. Milamber se quedó solo en la sección de los magos. El hedor a carne quemada llenó el aire, mezclado con el olor acre del miedo.

Milamber cruzó los brazos ante él. Luego bajó la vista.

—¡Tierra!

Debajo de sus pies empezó un rumor sordo. El suelo empezó a temblar bajo el estadio. La intensidad de las vibraciones creció y el aire se llenó de un zumbido colérico, como si un enjambre de insectos gigantes hubiera rodeado la arena. Luego, un rumor profundo añadió su armonía al zumbido y el suelo empezó a moverse.

Las vibraciones se convirtieron en un estremecimiento, luego en un movimiento violento, sinuoso, agitado. Milamber permanecía en calma, como si estuviera en una isla. Era como si el suelo, la tierra, se hubiera hecho líquida. La gente se veía arrojada a la arena. Unas fuerzas primitivas hacían palpitar al enorme estadio. Las estatuas cayeron de sus pedestales y las enormes verjas quedaron arrancadas de sus goznes al hacerse astillas entre crujidos aquella antigua madera. Se movían ante los túneles tambaleándose, como si estuvieran borrachos, y luego caían sobre la arena aplastando a los que yacían ante ellos. Muchas de las bestias que había bajo la arena se volvieron locas con el terremoto y se golpeaban contra las jaulas, rompían los candados y abrían las puertas. Huían por los túneles, atravesaban a toda velocidad las verjas; bramaban, aullaban y rugían bajo la lluvia de fuego. Enfurecidas por el terror, caían sobre los aturdidos espectadores que yacían sobre la arena y mataban al azar. Había un hombre sentado, aturdido, que palmeaba ausente las gotas ardientes que caían de los cielos mientras un horror de algún bosque distante destripaba a otro a unos metros de distancia.

Ahora empezaba a gemir la propia arena cuando empezaron a moverse aquellas antiguas piedras, a deslizarse unas sobre otras. Una argamasa de un milenio de antigüedad se convirtió en polvo en un instante cuando se derrumbó todo el estadio. Los gritos de clemencia quedaron barridos por los vientos o ahogados en aquella cacofonía de destrucción. Se multiplicó la furia, y el mundo parecía a punto de quedar, partido en dos. Milamber volvió a alzar las manos sobre la cabeza. Juntó las palmas y se oyó el trueno más grande de todos. Entonces, de repente, cesó el caos.

Por encima de sus cabezas el cielo estaba limpio y soleado, y soplaba de nuevo una

brisa ligera del este. El suelo se quedó como debía, inmóvil y sólido, y la lluvia de fuego se convirtió en un mero recuerdo.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Luego empezaron a oírse los gemidos de los heridos y los sollozos de los aterrorizados. El Señor de la Guerra permanecía de pie, con el rostro desprovisto de todo color y pequeñas quemaduras que le marcaban los rasgos y los brazos. En lugar del poderoso líder del Imperio, allí se alzaba un hombre privado de toda emoción salvo el terror. Tenía los ojos tan abiertos que se le veía el blanco de los mismos. Movi6 la boca, como si quisiera decir algo, pero no emitía ni una sola palabra.

Milamber levantó de nuevo las manos y el Señor de la Guerra retrocedió con un sollozo de temor. El mago dio una palmada y desapareció.

La brisa vespertina olía a flores de verano. En el jardín, Katala jugaba a un juego de palabras con William; había insistido en que los dos aprendieran el idioma de la tierra natal de su marido.

Casi anochecía, pues estaban más al este que la Ciudad Sagrada. El sol ya estaba bajo en el oeste y las sombras del jardín eran alargadas. Al no escuchar el carillón que anunciaba la llegada de Milamber, Katala se sobresaltó cuando su marido apareció en la puerta de su casa. Se levantó poco a poco de su asiento porque sintió de inmediato que pasaba algo.

—Marido mío, ¿qué pasa?

William se acercó corriendo a su padre mientras Milamber decía:

—Te lo contaré todo más tarde. Tenemos que coger a William y huir.

William tiró de la túnica negra de su padre.

—¡Papá! —exclamó para exigir su atención.

Milamber cogió a su hijo y lo abrazó con fuerza, luego le dijo:

—William, vamos a hacer un viaje a mi tierra. Tienes que ser un muchachito muy valiente y no llorar.

William sacó el labio inferior, porque si su padre le estaba pidiendo que no llorase entonces debía haber una muy buena razón para hacerlo, pero asintió y contuvo las lágrimas.

—¡Netoha! ¡Almorella! —gritó Milamber, y al instante entraron los dos sirvientes en el jardín. Netoha se inclinó pero Almorella se precipitó al lado de Katala. Katala había insistido en que los acompañara al nuevo hogar de Milamber cuando este se había llevado a su familia de la finca de los Shinzawai. Era más una hermana para Katala y una tía para William que una esclava. Se dio cuenta de inmediato de que algo pasaba, y se le llenaron los ojos de lágrimas sin querer.

—Se van —dijo la mujer, afirmando más que preguntando.

Netoha miró a su amo.

—¿Qué deseáis, Grande?

Milamber dijo:

—Nos vamos. Tenemos que hacerlo, lo siento. —Netoha se tomó la noticia con estoicismo, como un buen tsurani, pero Almorella abrazó a Katala, llorando abiertamente.

»Deseo asegurarme de que los dos quedáis bien provistos —dijo Milamber—. He preparado unos documentos en previsión de este día. Cuando nos hayamos ido, encontraréis todo mi trabajo catalogado en mi estudio. Sobre la mesa de mi estudio, en el estante de arriba, encontraréis un pergamino con un sello negro. Te entrego a ti esta hacienda, Netoha. —Se dirigió entonces a Almorella—. Sé que os tenéis cariño. El documento que otorga a Netoha la hacienda también contiene una provisión que te concede la libertad, Almorella. Será un buen esposo para ti. Ni siquiera el Emperador puede anular un documento que porta el sello de un Grande, así que no te preocupes.

La expresión de Almorella era una mezcla de completa incredulidad, felicidad y angustia. Asintió con lentitud para indicar que lo había entendido, mientras sus ojos reflejaban el agradecimiento que sentía.

Milamber volvió a dirigirse a Netoha.

—Le cedo los pastos bajos a Xanthis el pastor. Ocupate de que no les falte nada a los demás miembros de esta casa, Netoha. Bien, en mi estudio también encontraréis varios pergaminos sellados con cera roja. Esos han de quemarse de inmediato. Hagáis lo que hagáis, no rompáis los sellos antes de quemarlos. El resto de los trabajos se deben enviar a Hochopepa de la Asamblea, con mi más profundo afecto y el deseo de que le sean de utilidad. Él sabrá lo que debe hacer con ellos.

Almorella abrazó de nuevo a Katala y luego besó a William. Netoha dijo:

—Rápido, niña. Todavía no eres la señora de esta hacienda y hay trabajo importante que hacer. —El hadonra empezó a inclinarse y luego dijo tartamudeando —: Grande, yo... yo os deseo lo mejor. —Hizo una rápida reverencia y se encaminó al estudio. A Milamber le pareció ver que se le humedecían los ojos.

Almorella siguió a Netoha al interior de la casa con la cara bañada en lágrimas. Katala se volvió hacia Milamber.

—¿Ahora?

—Ahora. —Cuando los llevó a la sala de los dibujos, dijo—: Hay una cosa que debo averiguar antes de que intentemos pasar por la fractura. —Abrazó a su esposa, con su hijo entre ellos, y deseó trasladarse a otro dibujo.

Quedaron envueltos en una neblina blanca durante un instante y luego se encontraron en una habitación diferente. Cruzaron la puerta a toda prisa y Katala se dio cuenta de que estaban en la casa del Señor de los Shinzawai.

Corrieron al estudio de Kamatsu y abrieron la puerta sin más ceremonias. Kamatsu levantó la mirada, molesto por la interrupción. Su expresión cambió de

inmediato cuando vio quién estaba en la puerta.

—Grande, ¿qué pasa? —preguntó mientras se levantaba.

Milamber le contó rápidamente los acontecimientos del día y Katala empalideció al escuchar el relato. El Señor de los Shinzawai sacudió la cabeza.

—Es posible que hayáis puesto en marcha procesos que cambiarán para siempre el orden interno del Imperio, Grande. Espero que no sea un golpe mortal. En cualquier caso, harán falta años para calibrar sus efectos. El Partido del Progreso ya está proponiendo una alianza al Partido de la Paz. En poco tiempo habéis influido mucho en mi tierra.

Kamatsu continuó y evitó así que Milamber hablara.

»Pero no es algo de un momento. Vos, que antaño fuisteis esclavo mío, habéis aprendido mucho, pero seguís sin ser tsurani. Debéis comprender que el Señor de la Guerra no puede permitir un revés semejante y salvar su dignidad. Lo más probable es que se quite la vida de pura vergüenza, pero los que lo siguen, su familia, su clan, sus subordinados, todos desearán vuestra muerte, Grande. Quizá ya se hayan contratado asesinos, o magos preparados para actuar contra vos. No tenéis más elección que huir a vuestra tierra natal con vuestra familia.

William decidió que aquel era el momento adecuado para llorar, pues a pesar de todos sus intentos de ser valiente, su madre estaba asustada y el chiquillo lo notaba. Milamber le dio la espalda a Kamatsu e invocó un hechizo; William se quedó dormido de inmediato.

—Dormirá hasta que estemos a salvo. —Katala asintió, sabía que era lo mejor pero a pesar de ello no le gustaba que fuera necesario.

—No temo a ningún mago, Kamatsu —dijo Milamber—, pero temo por el Imperio. Ahora lo sé, por mucho que lo intentaran mis maestros de la Asamblea, nunca podré ser un tsurani. Pero sí que sirvo al Imperio. Además del asco que sentí por lo que presencié en la arena, comprendí lo que ya llevaba algún tiempo sospechando: el Imperio debe cambiar de proceder o está condenado a la caída. El corazón podrido y débil de esta cultura no puede soportar su propio peso mucho más tiempo, y al igual que el árbol ngaggi que tiene el corazón podrido, se derrumbará bajo su propio peso. Hay otras cosas, cosas de las que no puedo hablar, de las que me he enterado durante el tiempo que he pasado aquí y que me dicen que debe producirse un gran cambio. Debo irme, pues si me quedara, la Asamblea, el Alto Consejo, el Imperio entero quedará dividido. Me resultaría difícil abandonar el Imperio si lo mejor para Tsuranuanni no fuera que yo me fuese. Para ello me han preparado. Pero antes de irme debo saberlo: ¿ha habido noticias de Laurie y su hijo sobre la propuesta de paz del Emperador?

—No. Sabemos que desaparecieron durante una escaramuza la primera noche. Los hombres de Hokanu registraron la zona después de la lucha y no encontraron

ningún rastro, así que se supone que estaban a salvo y lejos de allí. Mi hijo menor está seguro de que llegaron a una carretera que hay tras las líneas del Reino. Desde entonces no hemos sabido nada más. Otros miembros de nuestra facción esperan tan agitados como yo.

Milamber reflexionó durante un instante.

—Entonces el Emperador todavía no está listo para actuar. Había tenido la esperanza de que fuera pronto para que pudiéramos irnos sin peligro a la sombra de la tregua, antes de que se organice la oposición contra mí. Ahora, con el anuncio que ha hecho el Señor de la Guerra de la victoria sobre el ejército del duque Borric, quizá nunca veamos la paz.

Kamatsu dijo:

—Está claro que no sois tsurani, Grande. Con el Señor de la Guerra caído en desgracia tras la destrucción de los juegos que dedicó a la Luz del Cielo, el Partido de la Guerra estará sumido en el desorden. Ahora el Clan Kanazawai se apartará una vez más de la Alianza de la Guerra. Nuestros aliados de la Rueda Azul trabajarán el doble para conseguir una tregua en el Alto Consejo. El Partido de la Guerra se ha quedado sin un líder verdadero. Incluso aunque el Señor de la Guerra careciera de sentido del honor y no se suicidara, lo eliminarán de inmediato, ya que el Partido de la Guerra necesita un líder fuerte y los Minwanabi son ambiciosos; durante tres generaciones han ambicionado el blanco y oro. Pero habrá otros en el Alto Consejo que también reclamen lo mismo. El Partido de la Guerra quedará sumido en el caos y nosotros ganaremos tiempo para reforzar nuestra posición, mientras continúa el Juego del Consejo.

Kamatsu echó una larga mirada a Milamber.

»Como ya he dicho, ya hay quién está conspirando para quitaros la vida. Huid a vuestra tierra ahora. No os retraséis y lo más probable es que podáis pasar sin peligro. Quizá no se le ocurra más que a unos cuantos que vos os dirigiréis a la fractura de inmediato. A cualquier otro Grande le llevaría una semana poner en orden su casa. —Sonrió a Milamber—. Grande, mientras estuvisteis con nosotros fuisteis un soplo de aire fresco en una habitación enmohecida. Siento ver que abandonáis nuestra tierra, pero debéis irnos de inmediato.

—Espero que llegue el día en el que podamos vernos de nuevo como amigos, Señor de los Shinzawai, pues hay muchas cosas que nuestros dos pueblos podrían aprender del otro.

El señor de los Shinzawai le colocó la mano a Milamber en el hombro.

—Yo también espero que llegue ese día, Grande. Enviaré oraciones con vos. Una cosa más: si por casualidad vierais a Kasumi en vuestro mundo, decidle que su padre piensa en él. Ahora váyase, y adiós.

—Adiós —dijo Milamber. Cogió a su mujer por el brazo y se apresuró a volver a la



sala de los dibujos. Cuando llegaron, sonó un carillón y Milamber empujó a su mujer e hijo tras él. Apareció una breve bruma blanca sobre el dibujo del suelo y allí estaba Fumita, sorprendido.

—¡Milamber! —dijo dando un paso adelante.

—¡Detente, Fumita!

El mago más anciano se quedó quieto.

—No pretendo hacerte ningún daño. La noticia de lo ocurrido ha llegado a los miembros de la Asamblea que no acudimos a los juegos. La Asamblea está sumida en la confusión. Tapek y los otros favoritos del Señor de la Guerra exigen tu vida. Hochopepa y Shimone te defienden. Nunca se ha visto una discordia semejante. En el Alto Consejo, el Partido de la Guerra exige que se ponga fin a la independencia de la Asamblea en tiempos de guerra, y el Partido del Progreso y el Partido de la Paz se han aliado abiertamente con el Partido de la Rueda Azul. El Imperio está patas arriba.

El anciano mago parecía irse encorvando de forma visible mientras contaba todo aquello. Parecía mucho mayor de lo que Milamber recordaba haberlo visto jamás.

—Creo que es posible que tuvieras razón en mucho de lo que creías, Milamber. Debemos cambiar las cosas en el Imperio si no queremos perecer, ¿pero tantos cambios tan rápido? No sé.

Hubo un momento de silencio entre ellos.

—Lo que hice fue por el Imperio, Fumita. Debes creerme.

El anciano mago asintió lentamente.

—Te creo, Milamber, o al menos eso deseo. —Pareció erguirse un poco—. Sea cual sea el resultado, la Asamblea tendrá mucho que hacer cuando las cosas se hayan calmado. Quizá podamos dirigir al Imperio hacia un proceder más sano. Pero debes irte a toda prisa. Ningún soldado intentará detenerte, pues solo unos pocos ajenos a la Ciudad Sagrada saben de tus acciones, pero los favoritos del Señor de la Guerra quizá ya te estén buscando. Cogiste a tus hermanos por sorpresa en los juegos y ninguno de ellos pudo enfrentarse solo a ti, pero si coordinan sus acciones, ni siquiera tus famosos poderes te servirán de mucho. Tendrás que matar a otro mago, o dejar que te maten a ti.

—Sí, Fumita, lo sé. Debo irme. No tengo ningún deseo de matar a otro mago, pero lo haré si tengo que hacerlo.

Fumita adoptó una expresión de dolor al oír aquello.

—¿Cómo vas a llegar a la fractura? No has estado en la zona de acampada, ¿verdad?

—No, pero voy a la Ciudad de las Praderas, y desde allí puedo pedir una litera.

—Es demasiado lento. A la litera le llevará más de una hora llegar a la zona de acampada. —Metió la mano en la túnica y sacó un mecanismo de transferencia. Se lo ofreció a Milamber—. La tercera posición te llevará directamente a la máquina de la

fractura.

Milamber lo cogió.

—Fumita, pretendo cerrar la fractura.

Fumita sacudió la cabeza.

—Milamber, no creo que puedas, ni siquiera tú con tus poderes. Decenas de magos trabajaron para crear la gran fractura, y los conjuros que la controlan se establecieron solo en el lado de Kelewan. La máquina midkemia solo sirve para estabilizar la ubicación de la grieta.

—Lo sé, Fumita. Pronto lo sabrás, ya que le he enviado a Hochopepa mis trabajos. Mi «misteriosa» investigación era un estudio intensivo de las energías de las fracturas. Es posible que ahora sepa más sobre ellas que cualquier otro mago de la Asamblea. Sé que sería una acción desesperada, posiblemente destructiva, desde el lado midkemio, pero esta guerra debe terminar.

—Entonces vuelve libre a tu mundo y espera. El Emperador hará algo pronto, estoy seguro. Si se perdiera la guerra no se le asestaría al Señor de la Guerra un golpe mayor que el que tú le diste en la arena. Si la Luz del Cielo ordena la paz, entonces quizá podamos tratar la cuestión de la fractura. Detén tu mano hasta que te hayas enterado de cuál es la reacción del rey a la oferta de paz.

—¿Entonces tú también juegas el Gran Juego?

Fumita sonrió.

—No soy el único mago que se rebaja a hacer política, Milamber. Hochopepa y yo hemos formado parte de esto desde el comienzo. Vete ahora y que los dioses te acompañen. Te deseo un buen viaje y una vida larga y próspera en tu tierra.

Luego pasó al lado de Milamber y su familia. Cuando lo perdió de vista, Milamber activó el dispositivo.

El soldado dio un salto. Un momento antes había estado sentado debajo de un árbol, protegido del calor del sol moribundo, y al momento siguiente aparecieron de repente ante él un mago con una mujer y un niño. Para cuando se había levantado, el grupo se movía ya hacia la máquina de la fractura, a varios metros de distancia. Cuando llegaron a la máquina (una plataforma con unos altos postes que se levantaban a ambos lados, entre los que se veía una *nada* trémula), el oficial que estaba al mando de las tropas que atravesaban la fractura se puso firme.

—Saque a esos hombres de la plataforma.

—Como deseéis, Grande. —Ladró unas órdenes y los hombres se bajaron. Milamber cogió a Katala de la mano y atravesó con ella la fractura.

Un paso, un momento de desorientación y se encontraron en medio del campamento

que los tsurani tenían en el valle de las Torres Grises. Era de noche y las hogueras ardían llenas de luz. Varios oficiales se sobresaltaron al ver aquella inusual llegada, pero se apartaron del camino.

—¿Habéis capturado algún caballo? —preguntó Milamber.

Uno de los oficiales asintió en silencio.

»Traed dos, de inmediato. Ensillados.

—Como deseéis, Grande —dijo el hombre, y se fue corriendo.

Muy pronto, un soldado le trajo dos caballos. Cuando se acercó, Milamber se dio cuenta de que era Hokanu. El hijo menor de los Shinzawai echó una rápida mirada a su alrededor cuando le entregó las riendas a Milamber.

—Grande, acabamos de saber que algo terrible ha ocurrido en los Juegos Imperiales, aunque los informes son vagos. Sospecho que vuestra repentina aparición en este campamento tiene algo que ver con esos informes. Debéis alejaros a toda prisa, pues en este campamento están los hombres del Señor de la Guerra, y si ellos llegaran a la misma conclusión, quién sabe a qué se arriesgarían.

Milamber sostuvo a William mientras Katala montaba con ayuda de Hokanu. Luego le entregó a su hijo y montó en su propio corcel.

—Hokanu, acabo de ver a tu padre. Ve con él, te necesita.

—Volveré a la hacienda de mi padre, Grande. —El joven tsurani dudó y luego añadió—: Si vierais a mi hermano, decidle que estoy vivo, pues no lo sabe.

Milamber dijo que lo haría y luego se volvió hacia Katala y le cogió las riendas del caballo.

—Agárrate a la silla, cielo mío. Yo llevaré a William.

Sin decir nada más, salieron del campamento cabalgando. Varias veces hubo soldados que empezaron a darles el alto, pero al ver al Túnica Negra se detenían. Cabalgaron durante horas bajo la luz de la luna. Milamber oía los gritos de los soldados mientras llevaba a su familia a un lugar seguro.

Katala lo soportó todo con la entereza de los guerreros de los que descendía, y a Milamber le maravilló la fuerza de su mujer. Jamás se había subido a un caballo hasta entonces, pero no se quejó. Que la sacaran de su casa y la llevaran casi sin pensar a un mundo extraño y oscuro, donde no conocía a nadie, debía de ser una experiencia aterradora. La joven revelaba una fibra en su carácter que Milamber sólo había adivinado hasta entonces.

Después de una cabalgada que les pareció interminable, una voz resonó en la oscuridad. Se veían unas figuras sombrías apenas vislumbradas entre los árboles.

—¡Alto! ¿Quién cabalga esta noche? —La voz hablaba la lengua del rey. Los tres jinetes se detuvieron y el hombre que iba en cabeza gritó con una nota de alivio en la voz.

—¡Pug de Crydee!

## Comoción

Kulgan estaba sentado en silencio. Era una reunión atemperada por la tristeza. Pug se encontraba cerca de la cama de Lord Borric y mostraba abiertamente su dolor mientras el moribundo duque esbozaba una débil sonrisa. Lyam, Brucal y Meecham esperaban a corta distancia, hablando en voz baja, y Katala distraía a William mientras Pug hablaba con el duque.

Borric hablaba en voz baja; estaba débil a causa de la enfermedad y su rostro se contorsionaba por el dolor mientras luchaba por respirar.

—Me alegro de ver... que has vuelto con nosotros, Pug. Y la alegría es doble al ver a tu esposa e hijo. —Tosió y apareció un poco de espuma salpicada de sangre al borde de la boca.

Los ojos de Katala estaban llenos de lágrimas, pues la emocionaba el afecto sincero que le profesaba su marido a aquel hombre. Borric le hizo un gesto a Kulgan para que se acercara, y el fornido mago fue a colocarse al lado de su antiguo alumno.

—Sí, Su Gracia.

Borric susurró y Kulgan se dirigió a Meecham.

—¿Quieres llevar a Katala y al niño a nuestra tienda? Laurie y Kasumi están allí esperando.

Katala lanzó a Pug una mirada de interrogación y este asintió. Meecham ya había cogido en brazos al niño, que lo miraba con cierta suspicacia. Cuando se fueron, Borric intentó incorporarse un poco y Kulgan lo ayudó colocándole unas almohadas en la espalda. El duque tosió ruidosa y largamente, con los ojos apretados por el dolor.

Cuando por fin pudo respirar otra vez, suspiró y luego habló con lentitud.

—Pug, ¿recuerdas cuando te recompensé por salvar a Carline de los trolls? —Pug asintió, temía hablar por la emoción que sentía. Borric continuó—. ¿Recuerdas que te prometí otro regalo? —Pug volvió a asentir—. Preferiría que estuviera aquí Tully para dártelo ahora, pero te lo contaré en pocas palabras. Hace mucho tiempo que pienso que el Reino desperdicia uno de sus mejores recursos al considerar parias y mendigos a los magos. El leal servicio que Kulgan me ha prestado durante años me ha

demostrado que estaba en lo cierto. Ahora has vuelto, y aunque solo entiendo un poco de todo lo que me has contado, veo que te has convertido en un maestro de tus artes. Esperaba que así fuese pues he tenido una visión. Había dejado una suma de oro en fideicomiso para ti, para el día en el que te convirtieses en un maestro mago. Con ese dinero me gustaría que Kulgan y tú, y otros magos, estableciésetis un centro de saber, donde todos puedan venir y compartir lo que saben. Tully te dará los documentos con mis instrucciones, que explican con todo detalle mis intenciones. Pero por ahora solo puedo preguntar: ¿querrás aceptar esta tarea? ¿Querrás construir una academia para el estudio de la magia y otros conocimientos?

Pug asintió con lágrimas en los ojos. Kulgan se quedó boquiabierto, sin acabar de creer lo que había oído. Su deseo más querido, la ambición de su vida, que había compartido con el duque en las horas de ocio en las que se habla de los sueños al calor de unas cuantas copas de vino, le había sido concedido.

Borric empezó a toser otra vez y cuando pasó el ataque dijo:

—Soy propietario de una isla en el corazón del Lago de la Gran Estrella, cerca de Shamata. Cuando esta guerra por fin termine, vete allí y construye tu academia. Quizá algún día sea el centro más grande de saber del Reino.

Una vez más la tos atormentó al duque, un sonido más terrible aún que antes. Jadeó tras el ataque, apenas capaz de hablar. Le indicó a Lyam que se acercara, señaló a Pug y dijo:

—Díselo. —Luego volvió a echarse sobre las almohadas.

Lyam tragó saliva y luchó por contener las lágrimas.

—Cuando te llevaron los tsurani —dijo a Pug—, mi padre deseó que se hiciese algo para recordarte. Consideró que sería lo más adecuado pues habías demostrado tu valentía en tres ocasiones, al salvar dos veces la vida de Kulgan además de la de mi hermana. Juzgó que lo único de lo que carecías era de un nombre, pues nadie conocía tu ascendencia. Así que ordenó que se redactara un documento y se enviara a los Archivos Reales, un documento que inscribía tu nombre en los pergaminos de la familia conDoin, adoptándote así nuestra casa. —Lyam esbozó una sonrisa forzada—. Solo desearía que fueran momentos más alegres para compartir esta noticia contigo.

Vencido por la emoción, Pug cayó de rodillas al lado del duque, le cogió la mano y besó el sello, incapaz de hablar. En voz baja, Borric le dijo:

—No podría estar más orgulloso de ti si fueras mi propio hijo. —Se quedó sin aliento—. Lleva nuestro nombre con honor.

Pug apretó la que antaño había sido una mano poderosa, ahora débil y exánime. Los ojos de Borric empezaron a cerrarse mientras él luchaba por respirar. Pug le soltó la mano y el duque hizo un gesto para que todos se acercasen. Hasta el viejo Brucal tenía los ojos enrojecidos mientras esperaban que expirara el duque.

A Brucal le susurró:

—Eres testigo, viejo compañero.

El Duque de Yabon levantó una ceja y miró inquisitivamente a Kulgan.

—¿Qué quiere decir?

Kulgan dijo:

—Desea que seáis testigo de su última voluntad. Es su derecho.

Borric miró a Kulgan.

—Cuida de todos mis hijos, viejo amigo. Haz que se sepa la verdad.

—¿Por qué dice «todos mis hijos»? —preguntó Lyam al mago—. ¿Qué verdad?

Kulgan se quedó mirando a Borric, que asintió con un débil ademán. Las palabras del mago surgieron con suavidad.

—Vuestro padre reconoce a su hijo mayor, Martin.

Lyam abrió mucho los ojos.

—¿Martin?

Los brazos de Borric se dispararon con una oleada repentina de fuerza y cogió a Lyam por la manga. Acercó a Lyam hacia sí y susurró:

—Martin es tu hermano. He cometido una injusticia con él, Lyam. Es un buen hombre y en verdad lo quiero. —Graznó dos únicas palabras dirigidas a Brucal—. ¡Sé testigo!

Brucal asintió. Mientras las lágrimas le bañaban el bigote blanco, prestó juramento:

—Así yo, Brucal, Duque de Yabon, doy fe de lo escuchado.

De repente los ojos de Borric quedaron en blanco. Los estertores de la muerte resonaron en lo más profundo de su pecho y se quedó inmóvil.

Lyam cayó de rodillas y sollozó mientras los demás también daban rienda suelta a su dolor. Para Pug, jamás había habido un momento tan agridulce como aquel.

Aquella noche había un grupo callado en la tienda que Meecham había destinado a Pug y su familia. La noticia de la muerte de Borric había proyectado una capa de tristeza sobre el campamento, y había embotado buena parte de la alegría que sentía Kulgan al ver que su aprendiz había vuelto sano y salvo. El día pasó con lentitud mientras volvían a conocerse de nuevo, aunque hablaban en voz baja y sin sentir demasiada alegría. De vez en cuando, alguno dejaba la tienda y se alejaba un poco para estar a solas con sus pensamientos durante un rato. Se habían ido intercambiando nueve años de historia y ahora Pug hablaba de su huida del Imperio.

Katala vigilaba con un ojo a William, que yacía acurrucado en una cama con un brazo sobre Fantus. El draco de fuego y el muchacho se habían echado un solo vistazo y habían decidido que eran amigos. Meecham se había sentado al lado del fuego y miraba a los otros con atención. Laurie y Kasumi estaban sentados en el suelo, al estilo tsurani, mientras Pug terminaba su relato.

Kasumi fue el primero en hablar.

—Grande, ¿cómo es que pudisteis dejar el Imperio ahora, y no antes?

Kulgan levantó una ceja. Todavía estaba absorbiendo los cambios que se habían operado sobre su antiguo aprendiz. Esta charla sobre una Senda Mayor y una Senda Menor todavía era difícil de entender, y no podía creer la actitud que tenía el tsurani hacia el muchacho. Se corrigió: el joven.

—Después de mi enfrentamiento con el Señor de la Guerra comprendí que sólo podría servir al Imperio si me iba, pues mi presencia solo podría traer división en un momento en el que el Imperio necesita curar sus heridas. Se debe terminar la guerra y establecer la paz, pues está agotando al Imperio.

—Así es —añadió Meecham—. Al igual que al Reino. Nueve años de guerra nos están desangrando.

Kasumi sentía la misma incomodidad por el tono casual que empleaban aquellas personas para dirigirse a Pug.

—Grande, ¿y si el Emperador no puede detener al nuevo Señor de la Guerra? No cabe duda de que el consejo se apresurará a elegir otro.

—No lo sé, Kasumi. Entonces tendré que intentar cerrar la fractura.

Kulgan dio una larga chupada a su pipa y luego soltó una espesa nube de humo.

—Todavía no entiendo bien todo lo que has dicho, Pug. Por lo que has contado, no veo que haya nada que evite que abran otra fractura.

—No hay nada, salvo que las fracturas son entidades inestables. No hay forma de controlar a dónde irá a parar; fue la simple casualidad la que abrió la que hay entre este mundo y Kelewan. Una vez establecida esta, otras podían seguirla, como si el camino que hay entre los dos mundos actuase con las otras fracturas como una piedra imantada con el metal. Los tsurani podrían intentar restablecer la fractura, pero es probable que cada intento los llevara a otros mundos nuevos. Si volvieran aquí sería por pura casualidad, una probabilidad entre mil. Si se cerrara la fractura, pasarían años antes de que volvieran, si llegaran a volver.

—Por lo que has dicho sobre el suicidio del Señor de la Guerra —dijo Kulgan—, ¿podemos esperar un respiro en la lucha?

Fue Kasumi el que respondió.

—Me temo que no, amigo Kulgan, pues conozco al subcomandante de este Señor de la Guerra. Es un Minwanabi, una orgullosa familia de un clan poderoso, y servirá bien a su causa el que, cuando el Alto Consejo se reúna, su clan trajera noticias de una gran victoria. Lo más probable es que ataque con fuerza dentro de pocos días.

Kulgan sacudió la cabeza.

—Meecham, será mejor que le pidas a Lord Lyam que se reúna con nosotros; debe oír esto. —El alto vasallo se levantó y dejó la tienda.

Kasumi frunció el ceño.

—He llegado a conocer un poco este mundo y estoy de acuerdo con el Grande. No cabe duda de que los dos pueblos nos beneficiaríamos de la paz, pero no la veo cerca.

El joven duque siguió a Meecham al interior de la tienda unos minutos después, y Kasumi repitió su advertencia.

—Será mejor entonces que nos preparemos para el ataque —dijo Lyam.

Kasumi pareció incómodo.

—Señor, debo pedirlos disculpas, pero si se produjera una batalla no puedo enfrentarme a mi propio pueblo. ¿Puedo contar con vuestro permiso para volver a mis líneas?

El duque reflexionó sobre ello y Pug se dio cuenta de que su rostro empezaba a arrugarse por el esfuerzo que suponía el mando. Habían desaparecido los ojos risueños y la omnipresente sonrisa. Ahora se parecía a su padre más que nunca.

—Lo entiendo. Ordenaré que le permitan el paso entre nuestras líneas, si tengo su palabra de que nunca repetirá nada de lo que ha oído aquí.

Kasumi accedió y se levantó para irse. Pug se levantó también y dijo:

—Te daré una última orden, Kasumi, como mago de Tsuranuanni. Vuelve con tu padre, pues te necesita. La muerte de un soldado más no ayudará demasiado a tu nación.

Kasumi inclinó la cabeza.

—Como deseéis, Grande.

Kasumi abrazó a Laurie y se fue con Lyam.

—Me has contado tantas cosas que es difícil absorberlas todas —dijo Kulgan—. Creo que por ahora será mejor que nos retiremos, pues siento la necesidad de descansar.

Mientras el anciano mago se levantaba, Pug le dijo:

—Hay algo que he querido preguntarte: ¿qué hay de Tomas?

—Tu amigo de la infancia está bien con los elfos de Elvandar. Es un guerrero de gran renombre, como siempre había deseado ser.

Pug sonrió.

—Me alegro de oírlo. Gracias.

Kulgan, Laurie y Meecham les dieron las buenas noches y se fueron.

—Marido mío —dijo Katala—, estás cansado. Ven a descansar.

Pug cruzó la tienda y se acercó a la cama sobre la que estaba sentada.

—Me asombras. Has pasado tanto esta noche, y sin embargo te inquietas por mí.

La joven le cogió la mano.

—Cuando estoy contigo, todo es como debería ser. Pero cuando te miro es como si el peso del mundo descansara sobre tus hombros.

—El peso de dos mundos, me temo, amor mío.



Los despertó el sonido de las trompetas. Al levantarse de la cama, Pug y Katala quedaron sorprendidos cuando Laurie entró corriendo en la tienda. Por la luz que vieron tras él cuando apartó la solapa de la tienda, era evidente que habían dormido hasta tarde.

—¡Viene el Rey! —Le entregó unas ropas a Pug—. Ponte esto.

Pug comprendió que no era muy inteligente pasearse por el campamento con la túnica negra y obedeció. Katala se puso la túnica por la cabeza mientras Laurie se volvía de espaldas. La madre se acercó a William, que se había sentado en la cama y parecía asustado. Se tranquilizó enseguida y empezó a tirarle de la cola a Fantus, haciendo que el draco bufara ante semejante indignidad.

Pug y Laurie dejaron la tienda y se acercaron al pabellón del comandante, que contemplaba los ejércitos del Reino. Por el extremo sureste del campo vieron que se aproximaba con gran rapidez el grupo real, y oyeron los vítores de los soldados al ver pasar el estandarte. Miles de soldados se pusieron a vitorear, ya que nunca habían visto al rey y su presencia servía para levantarles la moral, muy baja desde la derrota que les habían infligido los tsurani.

Laurie y Pug se quedaron a un lado de la tienda del comandante, pero lo bastante cerca para estar seguros de que podrían oír todo lo que se decía. El duque Brucal tenía los ojos clavados en el rey, pero Lyam notó la presencia de los dos amigos y asintió con un gesto.

Las dos filas de la Guardia Real se acercaron cabalgando a la parte frontal de la tienda y luego se separaron para que el rey pudiera adelantarse entre ellos. Rodric, Rey del Feudo, montaba un enorme caballo de guerra negro que empezó a piafar y a arañar el suelo cuando se detuvo ante los dos duques. Rodric iba ataviado con una llamativa armadura ribeteada en oro, con muchas estrías y relieves grabados en la coraza. El yelmo era dorado, con una corona circular. Un penacho de color púrpura, el color real, sobresalía de la cresta y ondeaba bajo la brisa de la mañana.

Al poco de llegar, se quitó el yelmo y se lo entregó a un paje. Permaneció encima del caballo y estudió a los dos comandantes, mirándolos desde arriba con una sonrisa tunante.

—¿Cómo, no hay saludo para vuestro señor?

Los duques se inclinaron y Brucal dijo:

—Su Majestad. Solo estábamos sorprendidos. No habíamos recibido ninguna noticia.

Rodric se echó a reír, un sonido teñido de locura.

—Eso es porque no envié ninguna. Quería sorprenderos. —Miró entonces a Lyam—. ¿Quién es el del tabardo de Crydee?

—Lyam, Su Majestad —respondió Brucal—. El Duque de Crydee.

El Rey gritó.

—¡Es duque solo si yo digo que es duque! —Con un repentino cambio de humor dijo en tono solícito—: Siento mucho la muerte de tu padre —Luego soltó una risita—. Pero era un traidor, ya sabes. Iba a colgarlo. —Lyam se puso tenso al oír a Rodric, y Brucal le agarró el brazo.

El rey lo vio y chilló.

—¿Ibas a atacar a tu Rey? ¡Traidor! Eres igual que tu padre y los demás. ¡Guardias, arrestadlo! —dijo mientras señalaba al joven.

Los guardias reales desmontaron y los soldados del Oeste que había cerca se movieron para detenerlos.

—¡Alto! —ordenó Brucal, y los soldados del Oeste se detuvieron. Luego se dirigió a Lyam—. Una sola palabra y tenemos una guerra civil —siseó.

—Me someto a vos, Su Majestad —dijo Lyam. Los soldados del Oeste refunfuñaron.

—Tendré que colgarte, ya lo sabes —replicó el rey con frialdad—. Llevadlo a su tienda y encerradlo allí. —Los guardias obedecieron. El rey se volvió entonces hacia Brucal—. ¿Me eres leal, mi señor Brucal, o habrá un nuevo duque en Yabon al tiempo que en Crydee?

—Yo siempre seré leal a la corona, Su Majestad —fue la respuesta.

El rey desmontó.

—Sí, eso lo creo —echó otra risita y añadió—: Sabías que mi padre te tenía en gran consideración, ¿verdad? —Cogió el hombro del duque y entraron en la tienda de mando.

Laurie le dio un golpecito a Pug en el hombro.

—Será mejor que nos quedemos en nuestras tiendas. Si uno de esos cortesanos me reconoce, quizá termine reuniéndome con el duque en la horca.

Pug asintió.

—Vete a buscar a Kulgan y Meecham, y que se reúnan con nosotros en mi tienda.

Laurie salió corriendo y Pug volvió a su tienda. Katala estaba dando de comer a William de un cuenco de estofado que había quedado de la noche anterior.

—Me temo que nos hemos encontrado con otra olla de problemas, mi amor —dijo Pug—. El rey está en el campamento y está más loco de lo que nunca creí posible. Debemos irnos pronto, ya que ha ordenado que se recluya a Lyam.

Katala se quedó conmocionada.

—¿Adónde iremos?

—Puedo llevarnos a Crydee, con el príncipe Arutha. Conozco la corte del castillo de Crydee tan bien como si allí hubiera un dibujo. No debería tener problemas para transportarnos.

Laurie, Meecham y Kulgan se reunieron con ellos unos minutos después, y Pug esbozó el plan de huida. Kulgan sacudió la cabeza.

—Llévate al niño y a Katala, Pug, pero yo debo quedarme.

—Y yo —añadió Meecham.

Pug los miró incrédulo.

—¿Por qué?

—Serví al padre de Lyam y ahora lo sirvo a él. Si el rey intenta ejecutar a Lyam, habrá una lucha. Los ejércitos del Oeste no se van a quedar ociosos, mirando cómo cuelgan a Lyam. El rey sólo tiene a la Guardia Real y los derrotarán con facilidad. Una vez eso ocurra, empezará una guerra civil. Bas-Tyra liderará los ejércitos del Este y Lyam necesitará mi ayuda.

—No se decidirá este asunto con rapidez —dijo Meecham—. Los ejércitos del Oeste están repletos de veteranos pero están cansados. Tienen la moral muy baja. Los ejércitos del Este están frescos y Guy el Negro es el mejor general del Reino. Lyam todavía no se ha puesto a prueba. Será una larga lucha.

Pug comprendió lo que decían.

—Pero quizá no se llegue a ese punto. Brucal parece listo para seguir a Lyam, ¿pero y si cambia de opinión? ¿Quién sabe si Ylith, Tyr-Sog y los demás seguirán a Lyam si Yabon no lo hace?

Kulgan suspiró.

—Brucal no vacilará. Odia a Bas-Tyra tanto como Borric antes de morir, aunque por razones menos personales. Ve la mano de Guy en cada movimiento que se hace para acabar con el Oeste. Creo que el Duque de Yabon estaría encantado de llevarse la cabeza de Rodric, pero aun así es posible que Lyam se someta para no arriesgarse a provocar una guerra civil y perder el Oeste a manos de los tsurani. Tendremos que ver qué ocurre. Lo que es mayor razón aún para que vayas a Crydee, Pug. Si Lyam muere, entonces el heredero de la corona es Arutha. En cuanto empiece, el rey no podrá dejar de matar hasta que Arutha esté muerto. Incluso buscaría y mataría a Martin, cuya pretensión tendría la mancha de la ilegitimidad, y a Carline. Quizá a Anita también. Rodric no se arriesgaría a que existiera un pretendiente occidental al trono. Si muere Lyam, no cesará el derramamiento de sangre hasta que Rodric o Arutha se sienten incontestados en el trono del Reino. Eres el mago más poderoso del Reino. —Pug empezó a protestar—. Sé lo suficiente sobre estas artes para saber cuáles son tus habilidades por los acontecimientos que nos has relatado. Y recuerdo lo mucho que prometías de niño. Eres capaz de hazañas sin par en nuestro mundo. Arutha necesitará sin duda tu ayuda, pues no permitiría que quedara sin castigo la muerte de su hermano. Crydee, Carse y Tulan se pondrán en marcha en cuanto se haya terminado con los tsurani. Los demás, sobre todo Brucal, se unirían a ellos. Entonces tendríamos encima una guerra civil.

Meecham escupió fuera de la tienda. Se quedó inmóvil y apartó durante un momento la solapa de la entrada, luego dijo.

—Creo que se ha terminado la discusión. Mirad.

Se reunieron con él en la entrada. Ninguno tenía la penetrante vista del vasallo, y al principio no vieron la nube de polvo que pendía del aire, a lo lejos, por el sureste. Se extendía por el horizonte durante kilómetros, una cinta de un color marrón sucio que recorría el azul del cielo.

El vasallo se volvió para mirar a los demás.

—Los ejércitos del Este.

Se encontraban cerca del pabellón de mando, entre un grupo de soldados lamutianos. Con Laurie, Kulgan, Pug y Meecham estaba el conde Vandros de LaMut, el antiguo oficial de caballería que había liderado la incursión sobre el valle años antes, la primera vez que habían visto la fractura. Había recibido el título a la muerte de su padre, menos de un año después de la captura de Pug, y había demostrado ser uno de los comandantes de campo más capaces del Reino.

Una compañía de nobles subía cabalgando la colina hacia el pabellón. El rey y Brucal los esperaban allí de pie. Al lado de cada noble cabalgaba un abanderado, que sostenía su estandarte. Vandros anunció el nombre de cada ejército representado.

—Rodez, Timons, Sadara, Ran, Cibon, están todos aquí. —Se dirigió entonces hacia Kulgan—. Dudo que queden mil soldados entre Rillanon y este campamento.

—Hay un estandarte que no veo —dijo Laurie—: Bas-Tyra.

Vandros miró.

—Salador, Profundidades de Taunton, Cabo Puntero... no, tienes razón. El águila dorada sobre negro no está entre las enseñas.

—Guy el Negro no es tonto —dijo Meecham—. Ya es dueño del trono de Krondor. Si se colgase a Lyam y Rodric cae en la batalla, solo tendría que dar un pequeño paso para llegar al trono de Rillanon.

Vandros volvió la vista hacia los nobles que llegaban.

—Casi todo el Consejo de los Grandes Señores está presente. Si volvieran a Krondor sin el rey, Guy se coronaría en poco tiempo. Muchos de los presentes son hombres suyos.

—¿Quién es el que está bajo el estandarte de Salador? —preguntó Pug—. No es Lord Kerus.

Vandros escupió en el suelo.

—Es Richard, antiguo Barón de Dolth, ahora Duque de Salador. El Rey colgó a Kerus y su familia huyó a Kesh. Ahora Richard gobierna el tercer ducado más poderoso del Este. Es uno de los favoritos de Guy.

Cuando los nobles se reunieron ante el rey, Richard de Salador, una especie de oso con la cara roja, dijo:

—Mi señor, estamos reunidos. ¿Dónde debemos acampar?

—¿Acampar? No vamos a levantar ningún campamento, mi señor duque. ¡Vamos a cabalgar! —Se dirigió a Lord Brucal—. Ponte al mando de los ejércitos del Oeste, Brucal.

El duque dio la señal y los heraldos recorrieron el campamento gritando órdenes para que todos se prepararan para pasar revista. En poco tiempo resonaban los tambores de batalla y las trompetas de guerra por todo el campamento occidental.

Vandros se fue para reunirse con sus soldados, y pronto quedaron pocos observadores por allí. Kulgan, Pug y los demás se hicieron a un lado para alejarse de la mirada del rey.

El monarca dijo a los nobles reunidos:

—Llevamos nueve años soportando las ternezas del comandante occidental. Yo dirigiré el ataque que alejará al enemigo de nuestras tierras. —Se dirigió a Brucal—. Como deferencia a su avanzada edad, mi señor duque, le voy a dar el mando de la infantería al duque Richard. Usted quédese aquí.

El viejo Duque de Yabon, que se estaba ajustando la armadura en ese momento, pareció dolido pero no dijo nada salvo «Su Majestad» con tono frío y tenso. Se dio la vuelta muy rígido y entró en la tienda de mando.

Trajeron el caballo del rey y Rodric montó. Un paje le entregó el yelmo coronado y el rey se lo puso.

—La infantería nos seguirá en cuanto le sea posible. ¡A cabalgar!

El rey azuzó su caballo colina abajo, seguido por la Guardia Real y los nobles reunidos. Cuando se perdió de vista, Kulgan se dirigió a los otros.

—Y nosotros a esperar.

El día se hizo largo. Cada hora que pasaba era como un día entero que se iba desplegando con toda lentitud. Se quedaron sentados en la tienda de Pug, preguntándose qué estaba pasando en el oeste. El ejército se había puesto en marcha, bajo el estandarte del rey, con el sonido de los tambores y las trompetas. Más de diez mil jinetes y veinte mil soldados de infantería habían avanzado sobre los tsurani. Solo quedaban unos cuantos soldados en el campamento, los heridos y una compañía de ordenanzas. El silencio del exterior era crispante después del ruido casi constante del día anterior.

William estaba inquieto y Katala lo había llevado afuera para jugar. Fantus aprovechó encantado la oportunidad de reposar sin que lo molestara su incansable compañero de juegos.

Kulgan estaba sentado en silencio, fumando sin parar su pipa. Pug y él pasaban el tiempo hablando en ocasiones de asuntos de magia, pero la mayor parte del tiempo en silencio.

Laurie fue el primero en romper la tensión. Se levantó y dijo:

—No soporto más esta espera. Creo que deberíamos ir a ver a Lord Lyam y ayudar a decidir qué se va hacer cuando vuelva el rey.

Kulgan le indicó con un gesto que volviera a su asiento.

—Lyam no hará nada, es hijo de su padre y no va comenzar una guerra civil, aquí no.

Pug jugaba abstraído con una daga.

—Con los ejércitos del Este en el campamento, Lyam sabe que un brote bélico le entregaría el Oeste a los tsurani y la corona a Bas-Tyra. Caminará hasta la horca y se pondrá la cuerda al cuello él mismo antes de permitirlo.

—Esa es la peor tontería de todas —contraatacó Laurie.

—No —respondió Kulgan—. No es una tontería, juglar, sino una cuestión de honor. Lyam, al igual que su padre antes que él, cree que la nobleza tiene la responsabilidad de entregar el trabajo de su vida, y su vida si es necesario, por el Reino. Con Borric y Erland muertos, Lyam es el siguiente en la línea de sucesión al trono. Pero la sucesión no está clara, ya que Rodric no ha nombrado heredero. Lyam no podría soportar llevar la corona si pensaran de él que es un usurpador. Arutha es otra cosa, ya que él se limitaría a hacer lo más conveniente. Ocuparía el trono, aunque no quisiera, y se preocuparía de lo que dijeran de él cuando lo dijeran.

Pug asintió.

—Creo que Kulgan está en lo cierto. No conozco a los hermanos tan bien como él, pero creo que hubiera sido mejor si se hubiera invertido el orden de nacimiento. Lyam sería un buen rey, pero Arutha sería un rey magnífico. Los hombres seguirían a Lyam hasta la muerte, pero el hermano menor utilizaría su astucia para mantenerlos con vida.

—Una justa evaluación —admitió Kulgan—. Si hay alguien que podría encontrar una salida a todo este jaleo, es Arutha. Tiene el valor de su padre pero también el ingenio vivo de Bas-Tyra. Podría hacer frente a las intrigas de la corte, aunque las odia. —Kulgan sonrió—. Cuando eran niños, llamábamos a Arutha la «pequeña nube de tormenta» porque cuando se enfadaba era todo miradas asesinas y ruidos sordos, mientras que Lyam se encolerizaba de inmediato, se peleaba en un momento y olvidaba enseguida.

Los recuerdos de Kulgan se vieron interrumpidos por unos gritos que procedían del exterior. Se levantaron de un salto y salieron corriendo de la tienda.

Un jinete cubierto de sangre y vestido con el tabardo de LaMut pasó a su lado a toda velocidad, y ellos se apresuraron a seguirlo. Llegaron a la tienda de mando cuando salía Lord Brucal.

—¿Qué nuevas hay? —preguntó el viejo Duque de Yabon.

—El conde Vandroes envía noticias: ¡Victoria! —Oyeron a otros jinetes que se aproximaban al campamento—. Atravesamos sus líneas cabalgando como el viento.

Su flanco este está roto y el saliente está escindido. Los abatimos, aislamos a los que estaban en el saliente, luego giramos hacia el oeste y arrollamos a los que pretendían ayudarlos. La infantería se mantiene firme en su posición y la caballería empuja a los tsurani hacia el Paso del Norte. ¡Huyen en medio del caos! ¡La victoria es nuestra!

Le entregaron al jinete un odre de vino, su voz sonaba como si estuviera a punto de desfallecer. Lo inclinó sobre su rostro y dejó que se vertiera el vino en su boca, le bajó por la barbilla y se reunió con el rojo más intenso que le salpicaba el tabardo. Luego tiró a un lado el odre.

—Hay más. Richard de Salador ha caído, al igual que el Conde de Silden. Y el rey ha resultado herido.

La preocupación se asomó al rostro de Brucal.

—¿Cómo se encuentra?

—Mal, me temo —dijo el jinete mientras sujetaba al nervioso caballo que no dejaba de piafar—. Es una herida delicada. Le partieron el yelmo con una espada ancha después de que mataran a su caballo bajo él. Cien murieron por protegerlo, pues el tabardo real era un faro para los tsurani. Viene ahora. —El jinete señaló al camino por el que había llegado.

Pug y los otros se dieron la vuelta y vieron que se aproximaba una tropa de jinetes. A la vanguardia cabalgaba un guardia real con el rey sujeto ante él. El rostro del monarca estaba cubierto de sangre y se sujetaba a la silla con la mano derecha, mientras el otro brazo le colgaba inerte a un costado. Se detuvieron ante la tienda y los soldados ayudaron al rey a bajarse del caballo. Se dispusieron a llevar al soberano al interior, pero este dijo con voz débil y confusa:

—No. No me apartéis del sol. Traed una silla para que pueda sentarme.

Llegaban nobles aún mientras se colocaba la silla para el rey. Lo sentaron y se apoyó en el respaldo. La cabeza se le caía hacia la izquierda. Tenía la cara cubierta de sangre y se veía el hueso blanco a través de la herida del cuero cabelludo.

Kulgan se acercó a Rodric.

—Mi Rey, ¿me permitís auxiliarnos?

El rey se esforzó por ver quién hablaba. Sus ojos parecieron desenfocarse durante un instante, luego se aclararon.

—¿Quién habla? ¿El mago? Sí, el mago de Borric. Por favor, siento un gran dolor.

Kulgan cerró los ojos y utilizó sus poderes para aliviar el sufrimiento del monarca. Colocó una mano sobre el hombro de Rodric y los que estaban más cerca vieron que el gobernante del Reino se relajaba de forma visible.

—Gracias, mago. Me siento mucho más cómodo. —Rodric luchó por girar la cabeza un poco hacia la izquierda—. Mi señor Brucal, por favor, tráigame a Lyam.

Lyam se encontraba en su tienda, bajo custodia, y se envió a un soldado para que lo sacara. Momentos más tarde, el joven se arrodilló ante su primo.

—Mi señor, ¿estáis herido?

Se reunió con Kulgan el sacerdote de Dala, que estuvo de acuerdo con su valoración de la herida. Miró a Brucal y sacudió la cabeza con lentitud. Se trajeron hierbas y vendas y se atendió al rey. Kulgan dejó al sacerdote prestándole al soberano sus cuidados y volvió con los demás, que observaban las curas. Katala se había reunido con ellos con William en los brazos. Kulgan dijo:

—Me temo que es una herida mortal. El cráneo está roto y los fluidos rezuman por la brecha.

En silencio esperaron. El sacerdote se puso a un lado del rey y empezó a rezar por Rodric. Todos los nobles, salvo los que estaban al mando de la infantería, estaban ahora formados ante el rey. Se oían los sonidos de los jinetes que seguían llegando al campamento, y se unían a los que contemplaban la escena y les contaban lo que había pasado. El silencio cayó sobre todos los reunidos cuando habló el soberano.

—Lyam —dijo con voz débil—. He estado enfermo, ¿verdad? —Lyam no dijo nada, su rostro traicionaba las emociones contradictorias que luchaban en su interior. No apreciaba demasiado a su primo, pero no dejaba de ser el rey.

Rodric aventuró una débil sonrisa. Un lado de la cara se le movió solo un poco, como si no pudiera controlar bien los músculos. Rodric extendió la mano derecha, que tenía ilesa, y Lyam la cogió.

—No sé lo que he pensado últimamente. Tantas cosas de las que han pasado me parecen un sueño, oscuro y amenazante. He estado atrapado en ese sueño, pero ahora me he librado de él. —El soberano empezó a sudar y empalideció—. Me han arrancado un demonio, Lyam, y ahora veo que buena parte de lo que he hecho era un error, incluso una maldad.

Lyam se arrodilló ante su rey.

—No, mi Rey, no una maldad.

El rey tuvo un violento acceso de tos y luego jadeó.

—Lyam, me quedo sin tiempo. —Levantó la voz un poco y luego dijo—: Brucal, ha de ser mi testigo. —El viejo duque los contemplaba, su rostro una máscara implacable. Se acercó a Lyam y dijo:

—Estoy aquí, Su Majestad.

El Rey se aferró a la mano de Lyam y se incorporó un poco. Elevó la voz al decir:

—Nos, Rodric, cuarto de ese nombre, gobernante hereditario del Reino de las Islas, por la presente proclamo que Lyam conDoin, nuestro primo carnal, es de sangre real. Puesto que es el varón conDoin de mayor edad, se lo nombra heredero del trono de nuestro Reino.

Lyam lanzó a Brucal una mirada de alarma, pero el anciano duque hizo un gesto brusco con la cabeza para exigirle silencio. Lyam inclinó la cabeza y su dolor era sincero. Apretó con fuerza la mano del rey. Brucal dijo:



—Así pues yo, Brucal, Duque de Yabon, doy fe de lo escuchado.

La voz de Rodric sonaba débil.

—Lyam, un favor te pido. Tu primo Guy ha hecho lo que ha hecho bajo mis órdenes. Me entristece la locura que me empujó a hacer que depusieran a Erland. Sabía que mandarlo a la mazmorra era condenarlo a muerte y no hice nada para detenerlo. Sé clemente con Guy. Es un hombre ambicioso, pero no malvado.

El rey habló de sus planes para el Reino, pidió que se continuaran aunque con más consideración para con el pueblo. Habló de muchas otras cosas: de su juventud, del dolor que sentía por no haberse casado nunca. Después de un tiempo, el discurso se hizo demasiado confuso para poder entenderlo y se le cayó la cabeza sobre el pecho.

Brucal ordenó a los guardias que atendieran al rey. Lo cogieron con toda suavidad y lo llevaron al interior. Brucal y Lyam entraron en la tienda mientras el resto de los nobles esperaba fuera. Se reunían nuevos recién llegados, a los que se les daba la noticia. Casi una tercera parte de los ejércitos del Reino se encontraba ante el pabellón de mando, un mar de rostros alzados que se extendían por la colina. Todos esperaban en silencio, aguardando el fin de la vigilia.

Brucal cerró la solapa de la tienda tras él y le impidió la entrada al fulgor rojizo del atardecer. El sacerdote de Dala examinó al rey y luego miró a los dos duques.

—No recuperará la conciencia, mis señores. Ya solo es una cuestión de tiempo.

Brucal cogió a Lyam del brazo y lo llevó al otro extremo de la tienda. En apenas un susurro le dijo:

—No debes decir nada cuando te proclame heredero, Lyam.

Lyam se liberó de la garra de Brucal y clavó los ojos en el rostro del viejo guerrero.

—Fuiste testigo, Brucal —le susurró a su vez—. Oíste cómo mi padre reconocía a Martin como mi hermano y lo legitimaba. Es el varón conDoin de mayor edad. La proclamación que hizo Rodric de la sucesión no es válida. ¡Suponía que yo era el mayor!

Brucal habló en voz baja, pero sus palabras carecían de dulzura.

—Tienes una guerra que terminar, Lyam. Luego, si acaso lograras esa pequeña hazaña, tienes que llevar a tu padre y a Rodric de vuelta a Rillanon, para enterrarlos en la tumba de vuestros ancestros. Desde el día del entierro de Rodric habrá doce días de duelo; luego, al mediodía del decimotercero, todos los pretendientes a la corona se presentarán ante los sacerdotes de Ishap y el maldito Consejo de los Grandes Señores al completo. Desde ahora y hasta entonces, tendrás tiempo de sobra para decidir qué hacer. Pero por ahora no te queda más remedio que ser el heredero. No hay otra forma. ¿Has olvidado a Bas-Tyra? Si vacilaras, él estaría en Rillanon con su ejército un mes antes que tú, y entonces, muchacho, tendrás entre manos una amarga guerra civil. En cuanto accedas a mantener la boca cerrada, voy a ordenar a mis tropas de confianza que se dirijan a Krondor, bajo el sello real, para arrestar a Guy el Negro.

Meterán a Bas-Tyra en una mazmorra antes de que puedan detenerlos sus hombres; habrá suficientes krondorianos leales alrededor para asegurarse de eso. Puedes retenerlo allí hasta que llegues a Krondor y luego puedes llevártelo a Rillanon para la coronación, ya sea la tuya o la de Martin. Pero tienes que actuar, o por los dioses que tendremos a los lacayos de Guy fraguando una guerra civil al día siguiente de que hayas nombrado a Martin auténtico heredero. ¿Lo entiendes?

Lyam asintió en silencio y luego dijo con un suspiro:

—¿Pero dejarán los hombres de Guy que lo arresten?

—Ni siquiera el capitán de su propia guardia se interpondrá en el camino de una orden real, sobre todo si está refrendada por los representantes del Consejo de los Grandes Señores. Yo me encargaré de las firmas de la orden —dijo mientras apretaba el puño enguantado ante su cara.

Lyam se quedó callado durante un momento y luego dijo:

—Tienes razón. No tengo ningún deseo de crearle problemas al Reino. Haré lo que me dices.

Los dos hombres volvieron a la cabecera del Rey y esperaron. Pasaron casi otras dos horas antes de que el sacerdote escuchara el pecho del Rey y dijera:

—El Rey está muerto.

Brucal y Lyam se unieron al sacerdote en una silenciosa plegaria por Rodric. Luego, el Duque de Yabon cogió un anillo de la mano de Rodric y se volvió hacia Lyam.

—Vamos, es la hora.

Apartó la solapa de la tienda y Lyam se asomó al exterior. El sol se había puesto y el cielo nocturno brillaba salpicado de estrellas. Se habían encendido hogueras y se habían traído antorchas, así que ahora la multitud parecía un océano de fuego. No se había ido más de un hombre de cada veinte, aunque todos estaban cansados y hambrientos después de la victoria.

Brucal y Lyam aparecieron ante la tienda y el anciano duque dijo:

—El rey ha muerto. —Su rostro tenía una expresión pétreo pero tenía los ojos enrojecidos. Lyam estaba pálido, pero se erguía al lado del duque con la cabeza bien alta.

Brucal sostuvo algo sobre la cabeza. El destello de un fuego de un color rojo profundo se reflejó en el pequeño objeto cuando este captó la luz de la antorcha. Los nobles que se encontraban más cerca asintieron al comprender, ya que era el sello real, que habían lucido todos los reyes con Doin desde que Delong el Grande había salido de Rillanon para cruzar el agua y plantar el estandarte del Reino de las Islas en la costa del continente.

Brucal cogió la mano de Lyam y le colocó el anillo en el dedo. Lyam estudió aquel anillo viejo y gastado, con el emblema incrustado en el rubí todavía reluciente a pesar

de su antigüedad. Cuando levantó los ojos para contemplar a la multitud, un noble se adelantó hacia él. Era el Duque de Rodez, que se arrodilló ante Lyam.

—Su Alteza —dijo. Uno por uno todos los que estaban ante la tienda, nobles tanto del Este como del Oeste, se arrodillaron para rendirle homenaje y, como el avance de una ola, todos los que allí se habían reunido se fueron arrodillando hasta que solo quedó de pie Lyam.

Lyam contempló a todos los que tenía ante él, vencido por la emoción e incapaz de hablar. Puso la mano sobre el hombro de Brucal y les hizo un gesto a todos para que se levantaran.

De repente, la multitud se había puesto en pie y se elevó un vítor.

—¡Salve, Lyam! ¡Larga vida al heredero! —Los soldados del Reino rugieron de aprobación, aprobación doble ya que muchos sabían que horas antes la amenaza de una guerra civil había pendido sobre sus cabezas. Los hombres del Este y del Oeste se abrazaron y celebraron la noticia, pues se había evitado un terrible futuro.

Lyam levantó las manos y pronto callaron todos. Su voz resonó por encima de todas las cabezas y todos le oyeron decir:

—Que ningún hombre se regocije esta noche. Que se sofoquen los tambores y las trompetas toquen a duelo, pues esta noche lloramos a un rey.

Brucal señaló el mapa.

—El saliente está rodeado y se ha rechazado cada intento de atravesar las líneas para llegar al cuerpo principal. Hemos aislado allí a casi cuatro mil soldados enemigos. —Ya era noche cerrada. Se había enterrado a Rodric con todos los honores que se podían permitir en el campamento.

No se había dado ninguno de los jaeces habituales en un funeral real, pero la guerra lo había hecho necesario. Lo habían embalsamado de inmediato y lo habían enterrado vestido con su armadura, cerca de Borric, en una colina que se asomaba al campamento. Cuando terminara la guerra, se los devolvería a la tumba de sus ancestros en Rillanon.

Ahora, el joven heredero miraba el mapa y calibraba la situación a la luz del último comunicado del frente. Los tsurani resistían en el Paso del Norte, a la entrada del valle. La infantería se había abierto paso ante ellos, conteniendo a los que estaban en el valle y aislando a las dos fuerzas situadas a lo largo del río Crydee y lo que quedaba del saliente.

—Hemos interrumpido su ofensiva —dijo Lyam—, pero es una espada de dos filos. No podemos intentar luchar en dos frentes. También debemos prepararnos por si los tsurani intentan lanzarse sobre nosotros desde el sur. Todavía no veo próximo el final, a pesar de todas nuestras victorias.

Brucal dijo:

—Pero lo más seguro es que los que están en el saliente se rindan pronto. Están aislados, sin casi comida ni agua, y saben que no les van a llegar suministros. En pocos días empezarán a morir de hambre.

Pug lo interrumpió.

—Discúlpeme, Lord Brucal, pero no será así.

—¿Qué pueden ganar resistiendo? Su posición es desesperada.

—Retienen a nuestras fuerzas, fuerzas que de otro modo estarían atacando el campamento principal. Pronto la situación de Tsuranuanni se habrá resuelto lo suficiente para que los magos vuelvan de la Asamblea, entonces se podrá transportar el agua y la comida sin interferencias. Y cada día que resisten, refuerzan la posición de los tsurani mientras llegan los refuerzos de Kelewan. Son tsurani y preferirán morir a consentir que los capturen.

—¿En tan alta estima tienen el honor que morirían por él? —preguntó Lyam.

—Sí. En Kelewan saben que solo los cautivos se convierten en esclavos. La idea de un intercambio de prisioneros les resulta desconocida.

—Entonces debemos caer con todo nuestro peso sobre ese saliente de inmediato —dijo Brucal—. Debemos aplastarlos y dejar que nuestros soldados queden libres para enfrentarse con otras amenazas.

—Será muy costoso —comentó Lyam—. Esta vez no dispondremos del elemento sorpresa, y están incrustados allí como topos. Podríamos perder a dos hombres por cada uno de los suyos.

Kulgan se había quedado sentado a un lado con Laurie y Meecham.

—Es una tragedia que solo hayamos conseguido prolongar la lucha. Y tan pronto, después de la oferta de paz del Emperador.

—Quizá aún no sea demasiado tarde —dijo Pug.

Lyam lo miró.

—¿Qué quieres decir? Kasumi ya debe de haber enviado la noticia de que hemos rechazado la oferta de paz.

—Sí, pero es posible que aún haya tiempo para hacerles saber que habrá pronto un nuevo rey que está dispuesto a hablar de paz.

—¿Quién llevará el mensaje? —preguntó Kulgan—. Podrías perder la vida si vuelves al Imperio.

—Quizá podamos resolver dos problemas a la vez. Su Alteza, ¿me dais licencia para prometer a los tsurani del saliente paso franco hasta sus líneas?

Lyam consideró la sugerencia.

—Lo haré, si me dan su palabra de que no volverán en un año.

—Iré a hablar con ellos, entonces —dijo Pug—. Quizá aún podamos terminar con esta guerra, a pesar de todas las calamidades que hemos sufrido.

Los guardias tsurani, nerviosos y en alerta, se pusieron en tensión al oír un jinete que se acercaba.

—¡Vienen! —gritó uno, y los hombres cogieron las armas y se lanzaron a las barricadas. Los terraplenes del sur seguían intactos, pero allí, en el borde occidental del antiguo saliente, los piquetes habían levantado a toda prisa una barrera improvisada de árboles caídos y trincheras poco profundas.

Los arqueros se prepararon y apuntaron las flechas, pero no se produjo la esperada carga. Apareció una única figura a caballo. Tenía las manos levantadas, con las palmas juntas en el signo de la negociación. Y además llevaba la túnica negra.

El jinete llevó al caballo al paso hasta el límite de la barricada y preguntó en perfecto tsurani:

—¿Quién está aquí al mando?

Un sorprendido oficial dijo:

—El comandante Wataun.

—Se le olvidan sus modales, Líder de Ataque —espetó el jinete. Examinó los colores y emblemas de la coraza y el yelmo del hombre y dijo—: ¿Es que los Chilapaningo carecen de cortesía?

El oficial se puso firme.

—Os ruego que me perdonéis, Grande —tartamudeó el hombre—. Es solo que no os esperábamos.

—Traiga aquí al comandante Wataun.

—Como deseéis, Grande.

El comandante del saliente tsurani llegó unos momentos después. Era un viejo guerrero con las piernas arqueadas y una barriga que parecía un tonel, y con Grande o sin él, su primera preocupación era el bienestar de sus tropas. Miró al mago con suspicacia.

—Aquí estoy, Grande.

—He venido a ordenarle a usted y a sus soldados que vuelvan al valle.

El comandante Wataun sonrió con tristeza y sacudió la cabeza.

—Siento decirlo, Grande, que no puedo. Hasta aquí nos ha llegado la noticia de vuestras hazañas, y de que la Asamblea ha puesto en duda vuestra posición. Es posible que ya no estéis por encima de la ley en estos momentos. Si no hubierais venido bajo el signo de la negociación, os habría hecho detener, aunque mucho nos costase.

Pug sintió que se sonrojaba. Había sabido que era probable que la Asamblea lo expulsara, pero oírlo seguía produciéndole un gran dolor. Con tristeza, y lo supo por el entrenamiento al que se había sometido, seguiría sintiendo una cierta lealtad hacia aquel lugar extraño y nunca se sentiría del todo cómodo en su tierra natal.

Con un suspiro, Pug dijo:

—¿Qué harán entonces?

El comandante de las fuerzas se encogió de hombros.

—Defender nuestra posición. Morir si es necesario.

—Entonces le haré una oferta, comandante. Debe decidir usted si es un truco o no. Kasumi de los Shinzawai llevó una oferta de la Luz del Cielo al rey midkemio. Era una proposición de paz. El rey la rechazó, pero ahora va a subir al trono otro monarca que está dispuesto a negociar la paz. Le pediría que llevara la nueva a la Ciudad Sagrada, al Emperador, de que el príncipe Lyam quiere aceptar la oferta de paz. ¿Lo hará?

El comandante lo consideró durante un instante.

—Si lo que decís es cierto, entonces sería imbécil si desperdiciara a mis hombres. ¿Qué garantías estáis dispuesto a darme?

—Le doy mi palabra, como Grande que soy, si eso significa algo todavía, de que lo que digo es cierto. También le prometo que les darán a sus hombres paso franco hasta el valle, si prometen que volverán al Imperio hasta dentro de un año. Y yo cabalgaré hasta la entrada del valle, hasta sus líneas, como rehén. ¿Es suficiente?

El comandante lo pensó durante un momento mientras contemplaba sus cansadas y sedientas tropas.

—Aceptaré, Grande. Si la voluntad de la Luz del Cielo es que la guerra termine, ¿quién soy yo para prolongarla?

—A los Oaxatucan siempre se les ha conocido por su valentía. Haremos saber que también se merecen todos los honores por su sabiduría.

El comandante se inclinó y luego se dirigió a sus soldados.

—Comuníquenlo. Nos vamos... a casa.

La noticia de que el Emperador aceptaría la paz llegó al campamento cuatro días más tarde. Pug le había dado un mensaje a Wataun, que atravesaría la fractura. Llevaba el sello negro de la Asamblea y nadie impediría su entrega inmediata. Se había dirigido a Fumita y le pedía que llevara a la Ciudad Sagrada la nueva de que el nuevo Rey del Feudo no exigiría una retribución, pero aceptaría la paz.

Lyam se había mostrado visiblemente emocionado cuando Pug había leído el mensaje. El propio Emperador atravesaría la fractura un mes después y se firmarían los tratados formales con el Reino. Pug había estado a punto de llorar cuando leyó la noticia, que pronto se extendió por el campamento: la guerra había terminado. Se escuchó una gran ovación.

Pug y Kulgan estaban sentados en la tienda del anciano mago. Por primera vez en años empezaban a sentir algo parecido a su antigua relación. Pug estaba terminando una larga explicación del sistema tsurani de instruir a los novicios.

—Pug —dijo Kulgan tras una larga chupada a su pipa—. Parece que ahora que la guerra ha terminado podemos volver a ser magos. Solo que ahora eres tú el maestro y

yo el que debería estudiar.

—Tenemos muchas cosas que aprender el uno del otro, Kulgan. Pero me temo que las viejas costumbres tardan en morir. No creo que me pueda acostumbrar jamás a la idea de que seas un estudiante. Y hay muchas cosas que eres capaz de hacer tú y que yo aún no puedo hacer.

Kulgan pareció sorprenderse.

—¿De veras? Habría pensado que mis sencillas artes están muy por debajo de tu grandeza.

Pug sintió la vieja vergüenza de cuando había sido estudiante con Kulgan.

—Todavía te burlas de mí.

Kulgan se echó a reír.

—Solo un poco, muchacho. Y sigues siendo un muchacho para alguien de mi avanzada edad. No es fácil para mí ver que un indiferente aprendiz se ha convertido en el mago más poderoso de otro mundo.

—Indiferente es la palabra apropiada. Al principio sólo quería ser soldado. Creo que lo sabías. Luego, cuando por fin había decidido dedicarme al estudio, empezó la invasión —Pug sonrió—. Creo que te compadeciste de mí el día en el que me quedé solo ante la corte del duque, el único chico al que no habían llamado.

—En parte es cierto, aunque fui el primero que sintió el poder que había en tu interior. Y el juicio dio sus frutos, por muchos hechos asombrosos que hayan sido necesarios para hacer realidad tu talento.

Pug suspiró.

—Bueno, la Asamblea no es sino perfecta en su preparación. Una vez se detecta el poder, no hay más que dos opciones, el éxito o la muerte. Una vez desterrados el resto de los pensamientos, no hay nada que preocupe al estudiante salvo el estudio de la magia. Sin eso, dudo mucho que hubiera llegado a nada.

—No lo creo. Si no hubieran venido los tsurani, habrías encontrado de todas formas el camino a la grandeza.

Se quedaron sentados, charlando y disfrutando de la presencia del otro. Al poco rato encendieron unos fuegos, pues ya caía la noche. Katala vino a la tienda para ver si su marido quería reunirse con ella y el niño en el banquete de celebración que ofrecía el rey Lyam. Se asomó al interior de la tienda y vio a los dos absortos en la conversación.

Se retiró, y con una leve sonrisa en los labios volvió con su hijo.

## Engaños

Tomas despertó sobresaltado. En la oscuridad que precedía al alba, algo extraño lo llamó. Se incorporó con cada sentido alerta, intentando volver a percibir lo que lo había despertado.

Aglaranna se agitó a su lado. Desde que había vuelto tras el enfrentamiento que había tenido con Martin a causa de los prisioneros tsurani, había quedado libre de los sueños extraños y los ataques de cólera. Ya no era el muchacho de Crydee ni el antiguo Señor de los Dragones, sino un nuevo ser que poseía las cualidades de ambos.

La elfa se despertó y extendió poco a poco el brazo para tocarle el hombro. Su amante tenía los músculos relajados, libres de la tensión que marcaba la lucha con un antiguo sueño. Dio un largo suspiro y luego dijo:

—Tomas, ¿qué pasa?

El joven estiró la mano para cubrir la de ella.

—No lo sé. Ocurrió algo extraño hace un momento. —Se sentó con la cabeza ligeramente ladeada, como si escuchara algo lejano—. Un movimiento... un cambio en la estructura de las cosas, quizá.

La Reina de los Elfos no dijo nada. Desde que lo había convertido en su amante, se había acostumbrado a la extraña capacidad del joven para sentir lo que ocurría en otros lugares, un talento que no podía igualar ni siquiera el más dotado de los Tejedores de Conjuros. Aquella percepción, un resto de su legado valheru, había terminado de florecer cuando había vuelto a ser humano. La elfa pensó que era extraño, pero reconfortante, que sus poderes valheru se hubieran hecho más pronunciados e incisivos solo desde que había recuperado su esencia humana. Era como si alguna fuerza hubiera conspirado para mantenerlos embotados hasta que poseyera la sabiduría para poder usarlos.

Tomas dejó de escuchar.

—Es algo que viene del este, una mezcla de regocijo y una gran tristeza. —Su voz pareció espesarse por la emoción—. Está muriendo una era.

Salió del jergón y se puso en pie; el poder de sus músculos se reveló ante los ojos



elfos de Aglaranna bajo la tenue luz. Se quedó en la puerta del aposento donde dormían, asomado a Elvandar, escuchando los sonidos de la noche. Todo parecía en calma.

Sobre el aroma del bosque, espeso, dulce, embriagador, se superponían los leves indicios de la cena de la noche anterior y el olor a pan fresco recién salido del horno para la colación de la mañana. Cantaban las aves nocturnas, mientras las diurnas comenzaban los trinos que precedían al alba y el sol se preparaba para salir por el este. El toque del aire fresco en su piel desnuda era una caricia para Tomas, y se sintió más completo y en paz de lo que había estado jamás durante su joven vida.

Aglaranna le rodeó la cintura con los brazos y el joven sintió que se apretaba contra él. Sintió el latido del corazón de la elfa cuando ella lo abrazó aún más fuerte.

—Mi señor, mi amor —le dijo—. Vuelve a nuestro lecho.

Tomas se dio la vuelta entre sus brazos y sintió la calidez del cuerpo femenino contra el suyo.

—Hay algo... —La agarró con fuerza, pero con dulzura—. Hay una sensación de esperanza.

La reina sintió su calor cuando su deseo empezó a responder al de ella.

—Esperanza. Ojalá sea cierto.

Tomas bajó la vista para mirar su rostro, sus sentidos tan agudos en medio de la oscuridad como los de ella, y bebió su presencia.

—Nunca pierdas la esperanza, reina mía.

La besó con pasión y pronto quedó olvidado lo que lo había despertado.

Lyam estaba sentado en su tienda, en silencio. Estaba componiendo el mensaje que enviaría a Crydee, cuando entró un guardia y anunció la llegada de Pug y Kulgan. Lyam se levantó y los saludó, y cuando se fueron los guardias los invitó a sentarse.

—Necesito con urgencia vuestros sabios consejos. —Se acomodó en la silla y señaló con un gesto los pergaminos que tenía ante él—. Si Arutha quiere llegar hasta aquí a tiempo para la conferencia de paz, estos deben partir hoy mismo. Pero nunca he me destacado por mi habilidad con las letras, y también debo confesar que tengo una gran dificultad para relatar los acontecimientos de la última semana.

—¿Me permitís? —dijo Kulgan mientras señalaba la carta.

Lyam accedió con un gesto y el mago cogió el pergamino y empezó a leer.

*A mis amados hermano y hermana: con el dolor más profundo debo contaros la muerte de nuestro padre. Resultó mortalmente herido en la gran ofensiva tsurani mientras dirigía un contraataque para rescatar a unos soldados que estaban rodeados,*

*sobre todo montañeses hadati, auxiliares de la guarnición de Yabon. Los hadati cantan su nombre y componen sagas en su honor, tal fue su valentía. Falleció pensando en sus hijos y el amor que sentía por nosotros no había sino crecido.*

*El rey también ha fallecido, y ha caído sobre mis hombros el mando de nuestros ejércitos. Arutha, ojalá te tuviera aquí, pues estamos ahora al final de la guerra. El Emperador está dispuesto a hablar de paz. Nos encontraremos en el valle que hay al norte de las Torres Grises dentro de veintinueve días, al mediodía. Carline, querría que te embarcaras hacia Kronдор con Anita, pues hay mucho que hacer allí y la princesa Alicia necesitará a su hija. Me reuniré con vosotras, junto con Arutha, una vez se haya firmado la paz. Con gran amor, y compartiendo vuestro dolor, yo, vuestro hermano que os quiere, Lyam.*

Kulgan se quedó callado durante un momento y Lyam dijo:

—Pensé que podrías añadir algo, prestarle elegancia.

—Creo que habéis anunciado el fallecimiento de vuestro padre con sencillez y dulzura —dijo Kulgan—. Es un buen mensaje.

Lyam se removió incómodo en la silla.

—Queda tanto por escribir aún... No he dicho nada sobre Martin.

Kulgan cogió una pluma.

—Lo copiaré de nuevo, pues tenéis la letra un poco estrangulada, Lyam. —Luego añadió con una cálida sonrisa—: Siempre preferisteis la espada a la pluma. Añadiré algunas instrucciones al final para pedirle a Martin que vaya a Kronдор con vuestra hermana. Gardan y Fannon también deberían hacer el viaje. Y una compañía de honor de la guarnición del castillo. Hará que parezca que deseáis honrar a los que tan bien os sirvieron en Crydee. Luego tendréis tiempo suficiente para decidir cómo vais a decirle a Martin lo que ha de saber.

Pug sacudió la cabeza con tristeza.

—Yo sólo desearía que pudierais añadir el nombre de Roland a esa lista. —Tras llegar al campamento se había enterado de la muerte del escudero de Tulan. Kulgan le había contado lo que sabía de lo acontecido en Crydee y otros lugares a sus viejos amigos a lo largo de los últimos años.

—¡Maldición, seré idiota! —dijo Lyam—. Carline no tiene ni idea de que has vuelto, Pug. Debes añadirlo, Kulgan.

—Espero que el susto no la afecte demasiado —respondió Pug.

Kulgan lanzó una risita.

—No tanto como el susto de descubrir que tienes esposa y un hijo.

Volvieron entonces los recuerdos de su juventud y la tempestuosa relación que había tenido con la princesa.

—Espero también que haya superado algunas de las ideas que sostenía hace nueve años.

Lyam se echó a reír por primera vez desde la muerte de su padre, sinceramente divertido ante la incomodidad de Pug.

—Descansa tranquilo, Pug. He tenido largas comunicaciones con mi hermano y mi hermana a lo largo de los años y creo que Carline es una joven muy cambiada, muy diferente de la niña que conociste. Tenía quince años la última vez que la viste. Piensa en lo mucho que has cambiado tú en los últimos nueve años.

Pug asintió.

Kulgan terminó la copia y le entregó el documento a Lyam. Este lo leyó y dijo:

—Gracias, Kulgan. Has añadido solo la nota justa de dulzura.

Se abrió la solapa de la tienda y entró Brucal, con el rostro viejo y arrugado iluminado por el júbilo.

—¡Bas-Tyra ha huido!

—¿Cómo? —preguntó Lyam—. Nuestros soldados todavía deben de estar a una semana de Krondor, quizá más.

El viejo duque se sentó con pesadez en una silla.

—Encontramos una jaula escondida de palomas mensajeras que pertenecían al difunto Richard de Salador. Uno de sus hombres le envió a Guy la noticia de la muerte de Rodric, y de que os habían nombrado heredero a vos. Hemos interrogado al tipo, un ayuda de cámara de Richard. Ha admitido que era uno de los espías que Bas-Tyra tenía en la corte de Richard. Guy ha huido de la ciudad, sabe que una de vuestras primeras órdenes como rey será que lo cuelguen. Yo supongo que se dirigirá directamente a Rillanon.

—Yo pienso que ese sería el último lugar de Midkemia al que querría ir —comentó Kulgan.

—Guy el Negro no es tonto, dígame lo que se diga de él. Se ocultará, sin duda, pero volveremos a ver sus obras antes de que esto termine. Hasta que la corona descansa sobre la cabeza de Lyam, Guy sigue teniendo poder en el Reino.

Lyam pareció inquietarse al oír el último comentario y pensar en la última voluntad de su padre. Desde que Brucal los había exhortado a que no dijeran nada sobre Martin, todo el mundo hablaba sólo de la coronación de Lyam, no de la posible reclamación de Martin de la corona.

Lyam dejó pasar aquellos inquietantes pensamientos mientras Brucal seguía hablando:

—Sin embargo, con Bas-Tyra oculto, la mayor parte de nuestros problemas han

quedado atrás. Y con la guerra a punto de terminar, podemos volver a ponernos a reconstruir el Reino. Yo por lo menos me alegro. Ya me estoy haciendo demasiado viejo para todas estas tonterías de la guerra y la política. Solo siento carecer de un hijo varón, para poder abdicar en su favor y retirarme.

Lyam estudió a Brucal con una expresión de incredulidad llena de afecto.

—Jamás cederás con elegancia, viejo perro de guerra. Te irás a tu lecho de muerte arañando y dando zarpazos por cada milímetro del camino, y para ese día todavía faltan muchos años.

—¿Y quién habla de morir? —bufó Brucal—. Quiero ir de caza con mis sabuesos y hacer volar mis halcones, y también ir de pesca. ¿Quién sabe? Quizá encuentre alguna moza atractiva lo bastante saludable para seguirme el ritmo, digamos de unos diecisiete o dieciocho años, y me vuelva a casar y aún engendre un hijo. Si ese joven imbécil de Vandros llega a tener un ataque de inteligencia y se casa con mi Felinah, ya veréis lo rápido que se convierte en el Duque de Yabon cuando yo me retire. Por qué razón mi hija lo espera todavía, quién podría saberlo. —Se levantó con esfuerzo de la silla—. Yo estoy a favor de un baño caliente y una siestecita antes de la cena. ¿Con vuestra venia?

Lyam le dio permiso con un gesto y cuando se fue dijo:

—Jamás me acostumbraré a eso de que la gente necesite mi permiso para ir y venir.

Pug y Kulgan se levantaron de la silla y Kulgan dijo:

—Será mejor que os acostumbréis, pues todos os lo pedirán de ahora en adelante. ¿Con vuestro permiso...?

Con una mueca de fingido disgusto, Lyam les indicó que podían irse.

El consejo ya estaba reunido cuando Aglaranna ocupó su lugar en el trono. Además del consejo normal, estaba presente Martin Arcolargo, de pie al lado de Tomas. Cuando todos ocuparon su lugar, Aglaranna dijo:

—Has pedido que se reúna el consejo, Tathar. Ahora dinos qué causa traes ante nos.

Tathar se inclinó un poco ante la reina.

—Nosotros, los del consejo, creímos que era el momento de llegar a un acuerdo.

—¿Sobre qué, Tathar? —preguntó la Reina de los Elfos.

Tathar dijo:

—Hemos trabajado durante mucho tiempo para conseguir un fin pacífico y seguro a la situación de Tomas. Todos los presentes sabemos que nuestras artes se dedicaron a calmar la cólera de su interior, a mitigar el poder del valheru para que el joven que fue transformado no se viera desbordado con el paso del tiempo.

Hizo una pausa y Martin se inclinó hacia Tomas.

—Problemas.

Tomas lo sorprendió con una ligera sonrisa y un guiño. Una vez más, Martin se tranquilizó al ver que el alegre muchacho que había conocido en Crydee estaba tan presente en aquel joven como el Señor de los Dragones.

—Todo irá bien —dijo Tomas con un susurro.

—Así pues —dijo Tathar—, hemos juzgado que este asunto ha terminado, pues ya no hemos de temer en Tomas al Antiguo.

Aglaranna dijo:

—En verdad son buenas noticias. ¿Pero es esta entonces razón para convocar el consejo?

—No, mi señora. Algo más se debe dejar claro. Pues si bien ya no tememos a Tomas, tampoco queremos ponernos bajo su gobierno.

Aglaranna se puso en pie con la indignación claramente dibujada en el rostro.

—¿Quién se atreve a presumir tal cosa? ¿Ha dicho alguien una sola palabra que sugiera que Tomas desea gobernar?

Tathar se mantuvo firme frente el desagrado de la reina.

—Mi señora, vos veis con los ojos de amante. —Antes de que ella pudiera responder, el asesor levantó la mano—. No pronunciéis palabras airadas contra mí, hija de mi más antiguo amigo; no os acuso de nada. Quien comparta vuestro lecho no os interesa más que a vos. No os deseamos ningún mal. Pero ahora tiene motivos para solicitarlo y preferiríamos solucionar el tema de inmediato.

Aglaranna palideció y Tomas se adelantó:

—¿Qué motivos? —dijo con tono autoritario.

Tathar pareció sorprenderse un poco.

—Lleva en su vientre a tu hijo. ¿No lo sabías?

Tomas se quedó sin palabras. Lo inundó una ola de sentimientos contradictorios. ¡Un hijo! Y sin embargo no se lo había dicho. Miró a Tathar.

—¿Cómo lo sabes?

Tathar sonrió, pero no había burla en la mueca.

—Soy viejo, Tomas. Veo las señales.

Tomas miró a Aglaranna.

—¿Es cierto?

Ella asintió.

—No quería decírtelo hasta que ya no fuera posible ocultar la verdad.

Tomas sintió una punzada de duda.

—¿Por qué?

—Para ahorrarte preocupaciones. Hasta que termine la guerra, no debes pensar en nada más. No quería cargarte con más preocupaciones.

Tomas guardó silencio por un instante, luego lanzó la cabeza hacia atrás y echó

una carcajada, un sonido limpio y alegre.

—Un hijo. ¡Loados sean los dioses!

Tathar miró pensativo a Tomas.

—¿Reclamas el trono?

—Cielos, sí, Tathar —dijo Tomas con una sonrisa en el rostro.

Calin habló por primera vez.

—Es mi legado, Tomas. Tendrás que competir conmigo por él.

Tomas le sonrió a Calin.

—No cruzaré la espada contigo, hijo de mi amada.

—Si pretendes ser rey entre nosotros, entonces tendrás que hacerlo.

Tomas se acercó a Calin. Nunca se habían apreciado demasiado, ya que más que los otros, Calin había temido la posible amenaza que Tomas representaba para su pueblo; ahora estaba listo para luchar si era necesario.

Tomas le puso a Calin la mano en el hombro y lo miró atentamente.

—Tú eres el heredero. Yo no hablo de ser vuestro rey. —Dio un paso atrás y se dirigió al consejo—. Soy lo que veis ante vosotros, el producto de dos legados. Poseo el poder del valheru, aunque no nací para ello, y mi mente recuerda eras que hace mucho tiempo que se convirtieron en polvo. Pero tengo también los recuerdos de un muchacho y puedo de nuevo sentir la alegría de la risa y la caricia de una amante. —Miró a la Reina de los Elfos—. Reclamo sólo el derecho a sentarme al lado de mi reina, con vuestras bendiciones, como su consorte. Aceptaré sólo el gobierno que ella y vosotros impartáis, nada más. Si no me lo permitieseis, yo permanecería a su lado sin embargo. —Luego, con firmeza, añadió—: Pero no renunciaré a esto: nuestro hijo no tendrá un legado manchado por un nacimiento siniestro.

Se produjo un murmullo general de aprobación y Tomas se dirigió a Aglaranna.

—¿Si quieres aceptarme como esposo? —dijo en el antiguo idioma de los elfos.

Aglaranna permanecía allí con los ojos brillantes, luego miró a Tathar.

—Sí, quiero. ¿Hay alguien que me niegue ese derecho?

Tathar miró a los otros consejeros. Al ver que no había disensión, Tathar dijo:

—Se permite, mi señora.

De repente los elfos reunidos lanzaron un grito de aprobación, y muy pronto venían los demás para investigar aquel extraño despliegue de actividad en el consejo. Y a su vez se unieron a la celebración, pues todos sabían el amor que sentía la reina por el guerrero de blanco y oro, y pensaban que era un consorte adecuado.

Calin dijo:

—Eres un hombre sabio, Tomas. Si hubieras hecho otra cosa, habría habido conflictos o permanecerían las dudas. Te agradezco tu prudencia.

Tomas le estrechó la mano con un apretón firme.

—Es de justicia, Calin. Tu pretensión es indiscutible. Cuando tu reina y yo

hayamos partido para las Islas Benditas, nuestro hijo será tu súbdito más leal.

Aglaranna llegó al lado de Tomas, y Martin se reunió con ellos.

—Júbilo en todas las cosas —dijo. Tomas abrazó a su amigo, al igual que la reina.

Calin gritó para pedir silencio. Cuando murió el ruido, dijo:

—Es el momento de que se hable claro. Que todos sepan que lo que lleva años siendo un hecho se reconoce ahora de forma abierta. Tomas es Caudillo Guerrero de Elvandar y Príncipe Consorte de la Reina. Todos obedecerán sus palabras salvo la reina. Yo, Calin, he hablado.

—Y yo, también, digo que es cierto —le hizo eco Tathar. Luego el consejo se inclinó ante la reina y su futuro esposo.

—Está bien que tenga que partir de Elvandar cuando vuelve a ella la felicidad —dijo Martin.

—¿Te vas? —preguntó Aglaranna.

—Me temo que debo hacerlo. Todavía estamos en guerra y yo aún soy Maestro de Caza de Crydee. Además —dijo con una amplia sonrisa—, me temo que el joven Garret es demasiado feliz descansando y disfrutando de vuestra largueza. Debo acosarlo un poco por los caminos antes de que empiece a engordar.

—¿Te quedarás para la boda? —preguntó Tomas.

Cuando Martin empezó a disculparse, Aglaranna dijo:

—La ceremonia puede ser mañana.

Martin accedió.

—¿Un día más? Será un placer.

Se elevó otro grito y Tomas vio que era Dolgan el que se abría camino entre la multitud. Cuando el jefe de los enanos se encontró ante ellos, dijo:

—No nos invitaron al consejo pero cuando oímos los gritos, vinimos —Detrás de él, Tomas y Aglaranna vieron que se acercaban los demás enanos.

Tomas puso la mano en el hombro de Dolgan.

—Viejo compañero, eres bienvenido. Has venido a una celebración. Va a haber una boda.

Dolgan clavó en ellos una mirada sagaz.

—Por los cielos, ya era hora.

El jinete azuzó su caballo mientras pasaba las líneas de soldados tsurani. Todavía se sentía incómodo ante la visión de tantos enemigos que marchaban hacia el este, y estos lo contemplaban cabalgar con una expresión de cautela mientras se dirigía hacia Elvandar.

Laurie detuvo el caballo cerca de un gran afloramiento de rocas donde un oficial tsurani con una armadura negra y naranja supervisaba a los soldados que pasaban. Por el penacho y las insignias del oficial, era un Líder de las Fuerzas, rodeado por su

cuadro de Líderes de Ataque y Líderes de Patrulla. Al Líder de las Fuerzas le dijo:

—¿Dónde se encuentra el vado más cercano para cruzar el río?

Los otros oficiales contemplaron a Laurie con suspicacia, pero si al Líder de las Fuerzas le sorprendió el tsurani casi perfecto de aquel bárbaro, no lo demostró. Inclino la cabeza hacia el camino que habían seguido sus hombres y dijo:

—No muy lejos de aquí. Menos de una hora de marcha. Más rápido con tu bestia, estoy seguro. Está marcado por dos grandes árboles a ambos lados de un claro, sobre un lugar donde el río cae un poco.

A Laurie no le resultó muy difícil identificar los colores de la casa que llevaba el hombre, ya que era una de las Cinco Grandes Familias.

—Gracias, Líder de las Fuerzas. Honráis vuestra casa, hijo de los Minwanabi.

El Líder de las Fuerzas hinchó el pecho. No sabía quién era aquel jinete, pero era cortés y esa cortesía debía devolverse.

—Honráis vuestra casa, extraño.

Laurie siguió cabalgando y pasó a los desmoralizados soldados tsurani que caminaban sin ganas por las márgenes del río. Encontró el claro sobre las pequeñas cataratas y entró con el caballo en el agua. El río bajaba rápido, pero el caballo consiguió cruzar sin incidentes. Laurie sentía la espuma que le lanzaban las cataratas cuando el viento soplaba en su dirección. Era una sensación fresca y estimulante después del calor de la cabalgada. Llevaba subido a aquella silla desde el alba, y no terminaría de cabalgar hasta después del anochecer. Para entonces estaría lo bastante cerca de Elvandar para que lo interceptaran los centinelas elfos. Sin duda estarían contemplando la retirada tsurani con interés, y uno de ellos podría guiarlo hasta su reina.

Laurie se había presentado voluntario para llevar el mensaje, ya que se pensaba que era menos probable que el mensajero tuviera problemas si sabía hablar tsurani. Lo habían parado tres veces durante aquel viaje, las tres se había explicado y los suspicaces oficiales tsurani lo habían dejado pasar. Quizá hubiera una tregua, pero todavía se desconfiaba de todo.

Cuando salió del río desmontó, ya que el caballo estaba cansado. Paseó con el animal para enfriarlo, quitó la silla del lomo de la montura y empezaba a frotarlo con un cepillo cuando salió una figura de entre los árboles. Laurie se sobresaltó, ya que aquella figura no era un elfo. Era un hombre de cabello oscuro con las sienes grises, vestido con una túnica marrón y un cayado en la mano. Se acercó al juglar, sin prisas y al parecer a gusto. Se detuvo a un par de metros y se apoyó en el cayado.

—Sé bienhallado, Laurie de Tyr-Sog.

Aquel hombre poseía unos extraños modales y Laurie no recordaba haberlo visto jamás.

—¿Lo conozco?



—No, pero yo he sabido de ti, trovador.

Laurie se arrimó más a su silla, donde aguardaba la espada. El hombre sonrió y agitó la mano en el aire. De repente, Laurie se tranquilizó y dejó la espada en paz. No sabía quién era aquel hombre, pero estaba claro que era inofensivo, pensó.

—¿Qué te trae al bosque de los elfos, Laurie?

Sin saber por qué, respondió.

—Traigo mensajes para la Reina de los Elfos.

—¿Qué has de decirle?

—Que Lyam es ahora el heredero, y que se ha restaurado la paz. Invita a los elfos y a los enanos al valle dentro de tres semanas, pues será allí donde sellen la paz.

El hombre asintió.

—Ya veo. Yo voy de camino a ver a la Reina de los Elfos. Llevaré la noticia. Debes de tener cosas mejores que hacer con tu tiempo.

Laurie empezó a protestar, pero se detuvo. ¿Para qué iba a viajar hasta Elvandar cuando este hombre se dirigía allí de todos modos? Era una pérdida de tiempo.

Asintió. El hombre lanzó una risita.

—¿Por qué no descansas aquí esta noche? El sonido del agua es reconfortante y hay pocas posibilidades de que llueva. Mañana, vuelve a ver al príncipe y dile que llevaste el mensaje a Elvandar. Hablaste con la reina y con Tomas y accedieron a los deseos del príncipe. Los enanos de Montaña de Piedra también se enterarán. Luego dile a Lyam que los elfos y los enanos vendrán. Puede descansar tranquilo, acudirán.

Laurie asintió. Lo que aquel hombre decía tenía mucho sentido. El extraño se dio la vuelta para irse, y luego dijo:

—Por cierto, creo que será mejor que no menciones nuestro encuentro.

Laurie no dijo nada, pero aceptó sin dudar lo que el extraño decía. Después de irse el hombre, Laurie sintió un gran alivio al volver de Elvandar y saber que allí se había recibido su mensaje.

La ceremonia tuvo lugar en un claro tranquilo, con Aglaranna y Tomas intercambiando los votos ante Tathar. No había nadie más allí, como era costumbre entre los elfos, mientras ellos se juraban amor eterno. Tathar invocó las bendiciones de los dioses y los adoctrinó sobre las obligaciones que tenían el uno para con el otro.

Cuando se terminó la ceremonia, Tathar dijo:

—Ahora volved a Elvandar, pues es momento de agasajos y celebraciones. Habéis traído alegría a vuestro pueblo, mi reina y mi príncipe.

Se levantaron, pues hasta entonces habían estado de rodillas, y se besaron. Tomas dio un paso atrás y dijo:

—Quisiera que este día se recordara, amada mía. —Se volvió y puso las manos a modo de bocina sobre la boca. En el antiguo idioma de los elfos, gritó—: ¡Belegroch!

¡Belegroch! ¡Asistidnos!

Se oyó entonces el sonido de los cascos que golpeaban la tierra. Luego, una pequeña manada de caballos blancos entró como rayos en el claro. Corrieron hacia ellos y se alzaron para saludar a la Reina de los Elfos y a su consorte. Tomas saltó sobre el lomo de uno. El corcel elfo permaneció quieto y Tathar dijo:

—De ninguna otra manera podrías haber demostrado mejor que ahora eres uno de los nuestros.

Aglaranna y Tathar montaron y volvieron cabalgando a Elvandar. Cuando aparecieron en la ciudad de los árboles, un grito se elevó al aire entre los elfos reunidos. La visión de la reina y su príncipe consorte a lomos de los corceles elfos era, como había dicho Tathar, la confirmación del lugar que ocupaba Tomas en Elvandar.

El banquete duró horas y Tomas observó que la alegría que él sentía la compartían todos. Aglaranna se sentaba a su lado, pues se había colocado un segundo trono en la sala del consejo para reconocer el rango de Tomas. Cada elfo que no estaba vigilando a los ultramundanos se presentó ante ellos, para jurarles lealtad y bendecir su unión. Los enanos también los felicitaron y se unieron a las festividades de todo corazón, llenando así los claros de Elvandar con sus bulliciosas canciones.

La celebración se prolongó durante buena parte de la noche. De repente, Tomas se puso rígido. Pareció atravesarlo un viento frío. Aglaranna se aferró a su brazo, presentía que pasaba algo malo.

—Marido mío, ¿qué pasa?

Tomas se quedó mirando el vacío.

—Algo... extraño... como la otra noche: esperanzador pero triste.

De repente hubo un grito que provenía del filo del claro que había bajo Elvandar. Atravesó el sonido de la celebración, pero no estaba claro lo que se decía. Tomas se levantó, con Aglaranna a su lado, y cruzó hasta el borde de la enorme plataforma. Miró al suelo y vio a un explorador elfo, claramente sin aliento.

—¿Qué se está tramando? —gritó Tomas.

—Mi señor —fue la respuesta—. Los ultramundanos... se retiran.

Tomas se quedó clavado en el sitio. Aquellas sencillas palabras le cayeron como un mazazo. Su mente era incapaz de comprender que los tsurani se fueran después de tantos años de lucha. Se despojó de aquella sensación.

—¿Con qué fin? ¿Se reagrupan?

El explorador negó con la cabeza.

—No, mi señor. No levantan campamentos. Se mueven con lentitud, sin alarma. Sus soldados parecen desmoralizados. Levantan los campamentos que había en cada kilómetro del río Crydee y se dirigen al este. —El rostro levantado del guardia mostraba una expresión de comprensión atónita pero jubilosa. Miró a los que estaban más cerca y luego, con una sonrisa, dijo con sencillez—: Se van.

Se alzó un grito de increíble alegría y muchos lloraron abiertamente, pues parecía que al fin había terminado la guerra. Tomas se volvió y vio lágrimas en el rostro de su mujer. La reina lo abrazó y se quedaron quietos durante un momento. Después de un instante, el nuevo Príncipe Consorte de Elvandar se dirigió a Calin, que se encontraba cerca.

—Manda corredores para que los sigan, pues podría ser un truco.

—¿De verdad lo crees, Tomas? —preguntó Aglaranna.

Él sacudió la cabeza.

—Solo quiero asegurarme, pero hay algo en mi interior que me dice que esto es en verdad el final. Fue la esperanza de la paz con la tristeza de la derrota entremezcladas lo que sentí.

La reina le acarició la mejilla.

—Enviaré corredores al campamento del Reino para preguntarle a Lord Borric qué está pasando —dijo Tomas.

—Si hay paz, él mandará la noticia.

Tomas la miró.

—Cierto. Esperaremos, entonces.

El joven estudió el rostro de su esposa, que tenía siglos de antigüedad pero que todavía estaba lleno de la belleza de una mujer en la flor de su juventud.

—Este día se recordará doblemente como un día de celebraciones.

Ni Tomas ni Aglaranna se sorprendieron demasiado cuando llegó Macros a Elvandar, ya que habían dejado de asombrarse ante el hechicero tras su primera visita. Sin más ceremonias, salió de los árboles que rodeaban el claro y cruzó hacia la ciudad de los árboles.

Estaba reunida la corte entera, incluyendo a Arcolargo, cuando Macros llegó ante la reina y Tomas. Se inclinó.

—Saludos, señora, y a vuestro consorte.

—Bienvenido, Macros el Negro —dijo la reina—. ¿Has venido a desenredar el misterio de la retirada de los ultramundanos?

Macros se apoyó en su cayado y asintió.

—Traigo noticias. —Pareció sopesar sus palabras con cuidado—. Deberíais saber que tanto el rey como el Señor de Crydee han muerto. Lyam es ahora el heredero.

Tomas notó la reacción de Martin, cuyo rostro quedó despojado de todo color. Sus rasgos permanecieron impasibles pero estaba claro que aquella noticia lo había conmovido. Tomas se volvió hacia Macros.

—No conocía al rey, pero el duque era un gran hombre. Siento oír tales noticias.

Macros se acercó a Martin. Este contempló al hechicero, pues aunque nunca lo había saludado en persona lo conocía por su reputación; Arutha le había contado el

encuentro de la isla, y Tomas su intervención durante la invasión tsurani de Elvandar.

—Tú, Martin Arcolargo, debes dirigirte de inmediato a Crydee. Allí te embarcarás con las princesas Carline y Anita rumbo a Kronдор. —Martin estaba a punto de hablar cuando Macros levantó la mano; los presentes en la corte hicieron una pausa, como si aguantaran el aliento. En apenas un susurro, Macros dijo—: En el último instante, tu padre pronunció tu nombre con cariño. —Entonces dejó caer la mano y todo volvió a su ser.

Martin no sintió alarma en ningún momento, sino una sensación de consuelo tras las palabras del hechicero; sabía que nadie más había percibido aquel breve comentario.

—Escuchad ahora nuevas más alegres —siguió el brujo—. La guerra ha terminado. Lyam e Ichindar se reúnen dentro de veinte días para firmar un tratado de paz.

Los vítores resonaron por toda la corte, y los que estaban arriba les gritaron la noticia a los que esperaban abajo. Pronto, todos los habitantes del bosque de los elfos se hicieron eco del alborozo general. Dolgan entró de nuevo en el consejo frotándose los ojos.

—¿Qué es esto? ¿Otra celebración sin nosotros mientras me echo la siesta? Conseguirán que piense que ya no somos bienvenidos.

Tomas se echó a reír.

—Nada de eso, Dolgan. Ve a buscar a tus hermanos y que se unan a la celebración. La guerra ha terminado.

Dolgan sacó la pipa y tiró al suelo los residuos de la anterior. De una patada arrojó el tabaco quemado por la plataforma.

—Por fin —dijo mientras abría la boca. Se dio la vuelta como si se hubiera concentrado en preparar el tabaco, y Tomas fingió que no veía las lágrimas que cubrían el rostro del jefe enano.

Arutha estaba sentado en el trono de su padre, solo en la sala principal. Sujetaba el mensaje de su hermano, que ya había leído varias veces, intentando comprender que su padre se había ido de verdad. La amargura lo inundaba.

Carline había tomado bien la noticia. Se había ido al tranquilo jardincillo que había al lado de la torre para estar sola con sus pensamientos.

Pensamientos que cruzaban enloquecidos por la mente de Arutha. Recordó la primera vez que su padre lo había llevado de caza, y luego otra vez que había vuelto de cazar con Martin Arcolargo, y lo orgulloso que se había sentido al escuchar la exclamación de su padre al ver el gran ciervo que se había cobrado. Recordó de forma vaga el dolor que había sentido al enterarse de la muerte de su madre, pero era algo distante, mitigado por el tiempo. Recordó de repente la imagen de su padre

encolerizado en el palacio del rey, y Arutha dejó escapar un lento suspiro.

—Al menos —dijo en voz baja— la mayor parte de lo que habías deseado ha ocurrido, Padre. Rodric se ha ido y Guy ha caído en desgracia.

—¿Arutha? —dijo una voz desde el otro lado de la sala.

El príncipe levantó la vista: de las sombras de la entrada salía Anita. Sus pies, envueltos en suelas de satín, no hacían ruido al cruzar el suelo de piedra del salón.

Perdido en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que había entrado. Llevaba una pequeña lámpara, ya que las últimas horas de la tarde inundaban el salón con una profunda tiniebla.

—Los pajes no deseaban molestarte, pero yo no podía verte sentado ahí solo, en medio de la oscuridad —dijo ella. Arutha sintió un gran placer al verla y un gran alivio al ver que había venido. Anita era una joven con un sentido común atípico y una gran ternura en sus modales, y era la primera persona que Arutha sabía que había visto más allá de su aparente tranquilidad y su ironía. Mucho mejor que los que lo habían conocido desde su infancia, aquella joven conocía sus humores y sabía iluminarlos, sabía las palabras exactas que podían consolarlo.

Sin esperar respuesta, la muchacha dijo:

—He oído la noticia. Lo siento tanto...

Arutha le sonrió.

—Aún no has superado el dolor que te ha causado el fallecimiento de tu padre y ya compartes el mío. Eres encantadora.

La noticia de la muerte de Erland había llegado una semana antes con un barco procedente de Krondor. Anita sacudió la cabeza, su suave melena roja dibujó una ola sinuosa alrededor de su rostro.

—Mi padre llevaba enfermo muchos años. Nos preparó bien para su muerte. Era ya casi una certeza cuando lo metieron en la mazmorra. Lo sabía cuando nos fuimos de Krondor.

—Y sin embargo te muestras fuerte. Espero poder soportarlo con la misma entereza. Hay tanto que hacer...

La joven habló en voz baja.

—Creo que gobernaréis con sabiduría, Lyam en Rillanon, tú en Krondor.

—¿Yo? ¿En Krondor? No he querido pensar en eso.

Anita se sentó a su lado, en el trono en el que se sentaba Carline cuando se colocaba al lado de su padre en la corte. Extendió una mano y la colocó sobre la de Arutha, que descansaba en el brazo del trono.

—Debes hacerlo. Después de Lyam, tú eres el heredero de la corona. Príncipe de Krondor es el título que ostenta el heredero. No hay nadie que pueda gobernar allí salvo tú.

Arutha parecía incómodo.

—Anita, siempre he supuesto que algún día me convertiría en conde de algún feudo menor, o quizá emprendería una carrera como oficial en uno de los ejércitos de los barones fronterizos. Pero jamás había pensado reinar. No estoy seguro de querer ser Duque de Crydee, por no hablar ya de Príncipe de Krondor. Además, Lyam se casará, estoy seguro. Siempre llamaba la atención de las chicas, y como rey no dejará de poder elegir. Cuando tenga un hijo, el muchacho podrá ser el Príncipe de Krondor.

Anita sacudió la cabeza con firmeza.

—No, Arutha. Hay mucho trabajo que hacer ahora. El Reino del Oeste necesita una mano fuerte, tu mano. No es probable que otro virrey se gane la confianza de los nobles, pues cada señor sospechará de cualquiera que se nombre. Tienes que ser tú.

Arutha estudió a la joven. Durante los cinco meses que había pasado en Crydee, aquella chica había llegado a importarle mucho. Aunque nunca había sido incapaz de expresar sus sentimientos, le faltaban las palabras cuando estaban juntos. Cada día que pasaba se convertía más en una hermosa mujer que dejaba atrás a la niña que había sido. Todavía era muy joven, cosa que lo incomodaba. Durante la guerra había decidido no pensar en los planes que habían hecho sus respectivos padres sobre un posible matrimonio, planes que le había revelado aquella noche a bordo del *Mar Rápido*. Ahora, con la paz al alcance de la mano, Arutha debía enfrentarse de repente a esa cuestión.

—Anita, lo que dices quizá sea verdad, pero tú también puedes reclamar el trono. ¿No dijiste que el matrimonio que había planeado tu padre estaba pensado para reforzar tu posición frente al trono de Krondor?

La joven lo miró con sus enormes ojos verdes.

—Eso era un plan para frustrar las ambiciones de Guy. Para reforzar la pretensión de tu padre o de tu hermano a la corona si Rodric muriera sin herederos. Ya no es necesario que te sientas obligado a llevar a cabo esos planes.

—Si yo aceptara Krondor, ¿qué harás tú?

—Mi madre y yo tenemos otras haciendas. Podemos vivir bastante bien de las rentas, estoy segura.

Arutha luchó con las emociones que sentía en su interior y habló con lentitud.

—No he tenido tiempo para sopesar todo esto. La última vez que estuve en Krondor aprendí lo poco que sabía sobre ciudades, y menos aún sé de su gobierno. A ti te han educado para acometer tales empresas. Yo... yo no era más que un segundón. Mi educación tiene muchas deficiencias.

—Hay muchos hombres muy capaces, tanto aquí como en Krondor, que podrán aconsejarte. Tienes una gran cabeza, Arutha, la capacidad de saber lo que hay que hacer y el valor para actuar. Serás un buen Príncipe de Krondor.

La joven se levantó y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Tienes tiempo para decidir la mejor forma de servir a tu hermano, Arutha.

Intenta no dejar que esta nueva responsabilidad te resulte demasiado pesada.

—Lo intentaré. Sin embargo, me sentiría mejor sabiendo que tú estás cerca... tú y tu madre —se apresuró a añadir.

Ella esbozó una cálida sonrisa.

—Estaremos siempre cerca si necesitas nuestro consejo, Arutha. Lo más probable es que nos instalemos en la hacienda que tenemos en las colinas de Kronдор, a solo unas horas a caballo del palacio. Kronдор es el único hogar que he conocido, y mi madre no ha vivido en ningún otro sitio desde que era niña. Si desearas que fuéramos a verte, no tienes más que ordenarlo y estaremos encantadas de acudir a la corte. Y si desearas descansar de las servidumbres del cargo, siempre serás bienvenido en nuestro hogar.

Arutha sonrió a la joven.

—Sospecho que os visitaré con regularidad, y espero que no os hartéis de tenerme allí.

—Nunca, Arutha.

Tomas se encontraba solo sobre la plataforma, contemplando las estrellas que se vislumbraban entre las altas ramas. Sus sentidos de elfo le informaron que alguien se había acercado a sus espaldas. Saludó al hechicero con un gesto de la cabeza.

—No tengo más que veinticinco años de vida, Macros, sin embargo soporto recuerdos de hace eras. Durante toda mi vida adulta he estado librando una guerra. Parece un sueño.

—No convirtamos este sueño en una pesadilla.

Tomas estudió al hechicero.

—¿Qué quieres decir?

Macros no dijo nada durante un momento y Tomas esperó sus palabras con paciencia. Por fin habló el hechicero.

—Hay algo que debe hacerse, Tomas, y ha recaído sobre ti la tarea de poner fin a esta guerra.

—No me gusta el tono que has empleado. Creí que habías dicho que la guerra había terminado.

—El día del encuentro entre Lyam y el Emperador, debes hacer formar a los elfos y a los enanos al oeste del campo. Cuando los soberanos se encuentren en el centro del campo, entonces se producirá una traición.

—¿Qué traición? —El rostro de Tomas demostraba la cólera que sentía.

—No puedo decir mucho más, salvo que cuando Ichindar y Lyam estén sentados debes atacar a los tsurani con todas tus fuerzas. Solo de ese modo podrá salvarse Midkemia de una destrucción completa.

Una mirada de suspicacia cruzó el rostro de Tomas.

—Pides demasiado para no estar dispuesto a dar más.

Macros permaneció allí erguido, con el bastón sujeto a un lado, como sujeta un gobernante su cetro.

Entrecerró los ojos oscuros y sus cejas se reunieron sobre la nariz ganchuda. Su voz seguía siendo suave, pero sus palabras ardían de ira. Incluso Tomas sentía algo parecido al sobrecogimiento en su presencia.

—¡Más! —dijo escupiéndola palabra—. ¡Te lo di todo, valheru! Estás aquí por las acciones que yo fui forjando a lo largo de los años. He dedicado más de mi vida de lo que nunca sabrás a preparar tu llegada. Si yo no hubiera vencido y luego hecho amistad con Rhuagh, nunca habrías sobrevivido en las minas de Mac Mordain Cadal. Fui yo el que preparó la armadura y la espada de Ashen-Shugar y las dejó con el Martillo de Tholin y mi regalo para el dragón, para que siglos más tarde los descubrieras tú. Fui yo el que puso tus pies sobre esa senda, Tomas. Si yo no hubiera venido a ayudarte años atrás, Elvandar sería ahora un montón de cenizas. ¿Crees que Tathar y los demás Tejedores de Conjuros de Elvandar fueron los únicos que trabajaron por ti? Sin la ayuda que te he prestado durante los últimos nueve años, los regalos del dragón te habrían destruido por completo. Un simple humano jamás podría haber soportado una magia tan antigua y poderosa sin la intervención que solo yo podía hacer. Cuando tus cruzadas soñadas te arrastraban al pasado, era yo el que te guiaba de vuelta al presente, yo el que te devolvía la cordura. —El hechicero levantó entonces la voz—. ¡Fui yo el que te di el poder para influir sobre Ashen-Shugar! ¡Tú eras mi herramienta! —Tomas dio un paso atrás ante la controlada furia de las palabras del hechicero—. No, Tomas, no he dado mucho, ¡te lo he dado todo!

Por primera vez desde que se había puesto la armadura en Mac Mordain Cadal, Tomas empezó a sentir miedo. En las fibras más básicas de su ser, fue consciente de repente de todo el poder que poseía el hechicero, y de que si así lo decidiera Macros, podría apartarlo de su lado como si fuera un insecto molesto.

—¿Quién eres? —preguntó con rapidez mientras controlaba el miedo de su voz.

La cólera de Macros se desvaneció. Se apoyó de nuevo en su cayado y los miedos de Tomas huyeron, y con ellos todo recuerdo de aquellos temores. Con una risita, Macros dijo:

—Tengo tendencia a dejarme llevar en ocasiones. Mis más sinceras disculpas. —Luego se volvió a poner serio—. No te lo pido como prueba de gratitud. Lo que he hecho, hecho está y no me debes nada. Pero has de saber esto: tanto la criatura llamada Ashen-Shugar como el muchacho llamado Tomas compartían un amor absoluto por este mundo, cada uno a su manera, por muy incomprensible que fuera ese amor para el otro. Tú posees los dos aspectos de ese amor por esta tierra: el deseo del valheru de protegerla y controlarla, y el deseo del muchacho del castillo de cuidarla y nutrirla. Pero si fracasases en esta tarea que pongo ante ti, si desfalleciera tu



resolución cuando se acerque el momento, entonces has de saber con horrible certeza que este mundo sobre el que nos encontramos estará perdido, perdido sin remedio. Esta es por lo más sagrado la verdad.

—Entonces haré lo que me pides.

Macros sonrió.

—Vete entonces con tu esposa, Príncipe Consorte de Elvandar, pero cuando llegue el momento ponte al frente de tu ejército. Yo voy a Montaña de Piedra, pues Harthom y sus soldados se reunirán contigo. Necesitarás cada espada y cada martillo de guerra.

—¿Sabrán quién eres?

Macros contempló a Tomas durante un instante.

—Desde luego que me conocerán, Tomas de Elvandar, no lo pongas en duda.

—Reuniré todo el poder de Elvandar, Macros. —Su voz adquirió una nota de tristeza—. Y hasta el fin de los tiempos, pondremos fin a esta guerra.

Macros agitó el bastón y se desvaneció. Tomas esperó solo un tiempo, luchando contra el temor recién adquirido de que aquella guerra duraría para siempre.

*Traición*

Los ejércitos se encontraban uno frente a otro. Los veteranos más curtidos se miraban desde los dos extremos del valle; aún no estaban preparados para sentirse cómodos en presencia de un enemigo contra el que habían luchado durante más de nueve años. Cada bando estaba compuesto por las guardias de honor que representaban a los nobles del Reino y a los clanes del Imperio. Cada uno excedía los mil hombres. Los últimos restos del ejército invasor tsurani entraban en esos momentos en la fractura, volvían a casa, a Kelewan, dejando tras de sí solo el destacamento de honor del Emperador. El ejército del Reino todavía estaba acampado en la entrada de los dos pasos que llevaban al valle, y no abandonarían la zona hasta que se firmara el tratado. Todavía se trataba con cautela aquella confianza recién hallada.

En el lado del valle que ocupaba el Reino, Lyam estaba sentado a horcajadas sobre un caballo de guerra blanco, esperando la llegada del Emperador. Cerca, los nobles del Reino, con las armaduras limpias y pulidas, esperaban a lomos de sus caballos. Con ellos estaban los líderes de la milicia de las Ciudades Libres y un destacamento de montaraces nataleses.

Sonaron las trompetas al otro lado del valle y vieron salir al séquito del Emperador de la fractura. Los estandartes imperiales ondeaban bajo la brisa mientras el desfile avanzaba hacia la cabeza del contingente tsurani.

Mientras esperaba al heraldo ultramundano, que cruzaba andando los varios cientos de metros que separaban a los dos soberanos, el príncipe Lyam se giró para contemplar a los que aguardaban allí cerca a lomos de sus caballos. A Pug, Kulgan, Meecham y Laurie se les había asignado una posición de honor por los servicios prestados al Reino. El conde Vandros y otros oficiales que se habían distinguido en el campo de batalla también se encontraban cerca. Al lado de Lyam se encontraba Arutha, a horcajadas sobre un caballo de guerra castaño, que por la emoción del ambiente hacía cabriolas sin moverse del sitio.

Pug miró a su alrededor. Sentía cierto vértigo al ver todos los símbolos de dos poderosas naciones con cuyos destinos él había estado tan íntimamente ligado. Al

otro lado del valle veía los estandartes de las poderosas familias del Imperio, y a todas las conocía: los Keda, los Oaxatucan, los Minwanabi y todas las demás. Detrás de él ondeaban los estandartes del Reino, todos los ducados desde Crydee al oeste hasta Ran al este.

Kulgan notó la mirada distante de su antiguo estudiante y le dio un golpecito en el hombro con el largo cayado que sostenía.

—¿Te encuentras bien?

Pug se volvió.

—Estoy bien. Por un momento me sentí un poco abrumado, inmerso en los recuerdos. En cierto modo me parece extraño ver este día. Los dos bandos de la guerra eran enemigos acérrimos, y sin embargo yo tengo lazos que me unen a ambas tierras. Me he dado cuenta de que tengo sentimientos que aún he de explorar.

Kulgan sonrió.

—Ya habrá tiempo para la introspección más tarde. Quizá Tully y yo podamos ofrecerte alguna ayuda. —El anciano clérigo había acompañado a Arutha en su brutal cabalgada, ya que no quería perderse la conferencia de paz. Pero los catorce días que había pasado sobre la silla de montar se habían cobrado su precio, y ahora yacía enfermo en la tienda de Lyam. Había sido necesaria una orden de Lyam para que se quedara allí, pues se había mostrado decidido a acompañar al séquito real.

El heraldo tsurani llegó ante Lyam. Hizo una profunda reverencia y luego dijo algo en tsurani. Pug se adelantó con el caballo para traducir.

—Dice: «Su Imperial Majestad, Ichindar, noventa y una veces Emperador, Luz del Cielo, y gobernante de todas las naciones de Tsuranuanni, envía sus saludos a su hermano, soberano, Su Alteza Real el príncipe Lyam, gobernante de las tierras conocidas con el nombre del Reino. ¿Querrá el príncipe aceptar su invitación de reunirse con él en el centro del valle?».

Lyam dijo:

—Dile que devuelvo sus saludos y que será un honor reunirme con él en el lugar designado. —Pug lo tradujo con la formalidad tsurani adecuada y el heraldo hizo otra profunda reverencia antes de volver a sus líneas.

Vieron que se adelantaba la litera real. Lyam hizo una señal para que su escolta lo acompañase y cabalgaron para encontrarse con el Emperador en el centro del valle. Pug, Kulgan y Laurie acompañaron la escolta de honor; Meecham esperó con los soldados.

Los jinetes del Reino llegaron los primeros al lugar designado y esperaron a que se acercara la comitiva imperial. Soportaban la litera veinte esclavos, elegidos por la uniformidad de su altura y aspecto. Sus gruesos músculos se doblaban bajo el esfuerzo de llevar aquella pesada litera con incrustaciones de oro. Unas cortinas de gasa blanca colgaban de los soportes de madera con taraceas de oro, decorados con gemas de gran

valor y belleza. Los escasos metales y piedras preciosas captaban los rayos del sol y brillaban con fuerza.

Detrás de la litera avanzaban los representantes de las familias más poderosas del Imperio, los Jefes de Guerra de los clanes. Había cinco, uno por cada familia habilitada para elegir a un nuevo Señor de la Guerra.

Se posó la litera e Ichindar, Emperador de las naciones de Tsuranuanni, salió de ella. Iba ataviado con una armadura de oro de un valor inconmensurable para los tsurani. Sobre la cabeza llevaba un yelmo copetudo cubierto del mismo metal. Se acercó a Lyam, que había desmontado para reunirse con él. Pug, que debía traducir, desmontó y se colocó a un lado de los dos gobernantes. El Emperador lo saludó con una inclinación brusca de la cabeza.

Lyam e Ichindar se estudiaron mutuamente y a los dos pareció sorprenderles la juventud del otro. Ichindar solo era tres años mayor que el nuevo heredero.

Lyam empezó dando la bienvenida al Emperador con gran amabilidad y la esperanza de conseguir la paz. Ichindar respondió del mismo modo. Luego, la Luz del Cielo se adelantó y extendió la mano derecha.

—Según tengo entendido, es vuestra costumbre.

Lyam estrechó la mano del Emperador de Tsuranuanni. De repente se rompió la tensión y los dos lados del valle estallaron en vítores. Los dos jóvenes monarcas sonreían y el apretón de manos era vigoroso y firme.

Lyam dijo:

—Que este sea el principio de una paz duradera para nuestras dos naciones.

Ichindar respondió:

—La paz es algo nuevo para Tsuranuanni, pero confío en que aprendamos rápido. Mi Alto Consejo no se pone de acuerdo sobre mis acciones y se encuentra dividido en estos momentos. Espero que los frutos del comercio y la prosperidad adquirida al aprender unos de otros unifiquen actitudes.

—Ese es también mi deseo —dijo Lyam—. Para conmemorar la tregua, he pedido que os preparen un regalo. —Hizo una seña y un soldado salió al trote de las líneas del Reino con un bellissimo caballo de guerra negro. Sobre el lomo había una silla negra engastada en oro y de la silla colgaba una espada ancha, con la vaina y la empuñadura incrustadas de joyas.

Ichindar contempló el caballo con cierto escepticismo, pero quedó asombrado ante la destreza con la que se había fabricado la espada. Levantó la gran hoja.

—Me honráis, príncipe Lyam.

Ichindar se volvió hacia uno de sus escoltas, que ordenó que se trajera un cofre. Dos esclavos lo colocaron ante el Emperador. Era de madera de ngaggi tallada, acabada con un profundo y hermoso lustre. Unas volutas rodeaban varios bajorrelieves de animales y plantas tsurani. Cada uno de ellos se había teñido con

tonos más claros y más oscuros que subrayaban los detalles más fieles a la realidad. En sí mismo ya era un magnífico regalo, pero cuando se abrió la tapa relucieron bajo el sol un montón de las piedras más delicadamente cortadas, todas ellas mayores que el pulgar de un hombre.

El Emperador dijo:

—Tendría dificultades para justificar una compensación ante el Alto Consejo y mi posición ante ellos no es la mejor en estos momentos, pero no pueden reprocharme que os haga un regalo para conmemorar esta ocasión. Espero que esto pueda compensar parte de la destrucción que ha provocado mi nación.

Lyam hizo una ligera reverencia.

—Sois generoso y os lo agradezco. ¿Querréis compartir conmigo un refrigerio? — El Emperador asintió y Lyam dio orden de que se erigiera un pabellón. Una docena de soldados se adelantó al galope y desmontó. Varios llevaban postes y rollos de tela. En poco tiempo se levantó un gran pabellón abierto. Se colocaron sillas y una mesa bajo la cubierta. Otros soldados trajeron vino y comida, y lo colocaron todo sobre la mesa.

Pug ofreció un gran sillón lleno de cojines al Emperador y Arutha hizo lo mismo con su hermano. Los dos gobernantes se sentaron e Ichindar dijo:

—Esto es bastante más cómodo que mi trono. Debo pedir que me hagan un cojín.

Se sirvió el vino y Lyam y el Emperador brindaron el uno por el otro. Luego se ofreció un brindis de paz y todos los presentes bebieron a su salud.

Ichindar se dirigió a Pug.

—Grande, parece que este encuentro resultará algo más saludable para los que nos rodean que el último al que acudimos los dos.

Pug hizo una reverencia.

—En eso confío, Su Majestad Imperial. Espero que se me haya perdonado la alteración que provoqué en los Juegos Imperiales.

El Emperador frunció el ceño.

—¿Alteración? Se pareció más a la devastación.

Pug tradujo para los demás mientras Ichindar sonreía con tristeza y cariño.

—Este Grande ha introducido grandes innovaciones en mi Imperio. Me temo que no veremos el final de sus obras hasta mucho después de que se haya olvidado su nombre. Sin embargo, eso ya pertenece al pasado. Concentrémonos ahora en el futuro.

Los invitados de honor de los dos campamentos permanecieron en el pabellón mientras los dos monarcas empezaban a debatir la mejor forma de establecer una relación entre los dos mundos.

Tomas vigilaba el pabellón. Calin y Dolgan esperaban a ambos lados. Detrás de ellos,

más de dos mil elfos y enanos estaban ya listos. Habían entrado en el valle a través del Paso del Norte, desplazándose al lado de las fuerzas del Reino que se habían reunido. Habían rodeado el claro y se habían congregado en los bosques que había al oeste, desde donde tenían una visión clara de los acontecimientos.

—No veo mucho que indique un engaño —dijo Tomas a sus dos camaradas.

Un segundo enano, Harthom de Montaña de Piedra, se acercó a ellos.

—Así es, criatura élfica. Todo tiene un aspecto bastante pacífico, a pesar de la advertencia del hechicero.

De repente hubo un resplandor de calor al otro lado del campo, como si su visión se sumergiera en un líquido y parpadeara; luego Tomas y los demás vieron que los soldados tsurani sacaban las armas.

Tomas se dirigió a los que tenía detrás y dijo:

—¡Preparaos!

Un soldado del Reino cabalgó hasta el pabellón. Los señores tsurani lo miraron con desconfianza, pues hasta ahora los únicos soldados que se acercaban al pabellón eran los que estaban sirviendo el refrigerio.

—¡Alteza! —gritó—. Está ocurriendo algo extraño.

—¿Qué? —dijo Lyam inquieto por la agitación de aquel hombre.

—Desde nuestra posición vemos figuras que se mueven por los bosques del oeste.

Lyam se levantó y vio varias figuras cerca del borde de los árboles... Un momento después, Pug tradujo la conversación para el Emperador y Lyam dijo:

—Deben de ser los enanos y los elfos. —Se dirigió a Ichindar—. Mandé un mensaje a la Reina de los Elfos y a los Líderes de Guerra enanos para anunciarles la conferencia de paz. Deben de estar acercándose.

El Emperador se acercó a Lyam y estudió los bosques.

—¿Por qué permanecen entonces en los árboles? ¿Por qué siguen ocultos?

Lyam se volvió hacia el jinete.

—Vete y ordénale a los de los árboles que se reúnan con nosotros.

El guardia obedeció. Cuando estaba a medio camino de los bosques, surgió un grito de los árboles y los elfos, vestidos de verde, y los enanos con sus armaduras salieron corriendo del bosque. Los cánticos de batalla y los gritos de guerra llenaron el aire. Ichindar miró confundido las figuras que arremetían contra ellos. Varios de sus compañeros sacaron las armas. Un soldado de las líneas tsurani llegó corriendo al pabellón y exclamó:

—Majestad, estamos perdidos. ¡Es una trampa!

Cada uno de los tsurani empezó a retirarse con las espadas desenvainadas mientras Ichindar gritaba:

—¿Así es como hacéis vos los tratados de paz? ¿Formulando promesas mientras

tramáis una traición?

Lyam no entendía lo que decía, pero el tono dejaba claro el significado. Agarró el brazo de Pug.

—¡Dile que no sé nada de esto!

Pug intentó levantar la voz por encima de la conmoción del pabellón, pero los nobles tsurani ya se estaban retirando y rodeaban a la Luz del Cielo, mientras los soldados se apresuraban a salir de las líneas tsurani para ir también a proteger a Ichindar.

—¡Volved! ¡Volved a vuestras líneas! —gritó Lyam mientras los soldados tsurani seguían aproximándose. Los midkemios montaron de inmediato.

Pug oyó la voz de Ichindar, que resonaba por encima del ruido:

—Traidor, demuestras ahora tu verdadera naturaleza. Jamás trataré Tsuranuanni con aquellos que carecen de honor. ¡Aplastaremos vuestro Reino hasta convertirlo en polvo!

Estalló la lucha cuando los elfos y los enanos chocaron con los soldados tsurani. Lyam y los otros volvieron a toda velocidad con sus soldados, que aguardaban para unirse a la refriega. Al detenerse Lyam a su lado, Lord Brucal dijo:

—¿Avanzamos, Alteza?

Lyam sacudió la cabeza.

—No formaré parte de una traición.

Contempló la escena que se desarrollaba ante él. Los elfos y los enanos estaban haciendo retroceder a los tsurani hacia la máquina de la fractura. El Emperador y sus guardias formaban un círculo, evitaban la lucha y mantenían a miles de guardias de honor entre los atacantes y ellos. Se veía cómo desaparecían los corredores por la fractura.

Un momento después, brotaron miles de soldados tsurani de la grieta entre mundos y se apresuraron a enfrentarse a los atacantes. La línea de tsurani, que estaba a punto de derrumbarse, aguantó, y luego empezó a obligar a retroceder a los elfos y a los enanos.

Arutha puso su caballo al lado del de Lyam.

—¡Lyam! Tenemos que atacar. Pronto arrollarán a los elfos y a los enanos. Hay diez mil tsurani más al otro lado de esa fractura, a solo un paso de aquí. Si tienes alguna esperanza de terminar con esta maldita guerra, tenemos que capturar y retener esa máquina.

Pug obligó a su caballo a ponerse al otro lado de la montura de Arutha.

—¡Lyam! —gritó—. Debéis hacer lo que dice Arutha.

La duda todavía invadía al joven heredero. Pug levantó aún más la voz.

—Debéis entenderlo: durante nueve años os habéis enfrentado a solo una parte del poder del Imperio, únicamente a los soldados que pertenecían a los clanes del

Partido de la Guerra. Hasta ahora teníais muchos aliados ocultos que bloqueaban un ataque masivo contra el Reino. Pero ahora esta traición ha enardecido al único hombre que puede exigir obediencia absoluta a todos los clanes del Imperio. ¡Ichindar puede ordenarle a cada clan de Tsuranuanni que tome posiciones! Jamás os habéis enfrentado a más de treinta mil guerreros en todos los frentes. Mañana esos treinta mil estarán de vuelta en este valle, y en una semana el doble de ese número. Lyam, no tenéis ni idea de lo vasto que es su poder. ¡Dentro de un año puede enviar un millón de hombres y mil magos contra nosotros! ¡Debéis actuar!

Lyam se quedó sentado, rígido. La amargura del momento se reflejaba con claridad en su rostro.

—¿Puedes ayudarnos?

—Es posible si abrierais un camino para que pueda llegar a la máquina, pero no sé si tengo la capacidad necesaria para cerrar la fractura por completo. Otros poderes sí tengo, pero aunque pudiera superar mi condicionamiento, enfrentarme al Imperio y matar a todos los hombres que hay en este campo, no serviría de mucho, ya que un enemigo aún mayor sigue estando apenas a un paso de nosotros.

Lyam asintió con brusquedad. Se volvió lentamente hacia Arutha.

—Envía varios soldados al galope a los Pasos del Norte y del Sur. Levanta en armas a todos los ejércitos del Reino.

Arutha giró en redondo y gritó las órdenes; los jinetes salieron disparados hacia los dos pasos.

Lyam volvió a mirar a Pug.

—Si puedes ayudar, hazlo, pero no hasta que el camino quede libre. Eres el único maestro de tus artes que tenemos en este mundo. —Señaló a Laurie, Meecham y Kulgan—. Aléjalos también de la lucha, no tienen nada que ver con esto. Quedaos en la retaguardia, y si fracasamos utiliza tus artes para ir a Kronдор. Hay que llevar a Carline y Anita al este, con su tío abuelo Caldric, pues no cabe duda de que el oeste será tsurani. —Sacó la espada y dio la orden de avanzar.

Los mil jinetes se adelantaron con pesadez, un muro móvil de acero que iba adquiriendo impulso al gritar los oficiales las órdenes y mantener las columnas en orden. Luego Lyam hizo la señal para cargar, y las líneas se hicieron más desiguales cuando los jinetes atravesaron a toda velocidad el claro y se lanzaron contra los tsurani. Estos escucharon el rumor sordo que hacía la caballería y muchos se apartaron de los elfos y los enanos para formar un muro de escudos. Pug, Laurie, Meecham y Kulgan contemplaron cómo los jinetes del Reino chocaban contra él. Los caballos y los hombres chillaron cuando las largas lanzas se doblaron y rompieron. El muro de escudos vaciló cuando empezaron a morir los hombres, pero otros saltaron a ocupar su lugar y se rechazó a la hueste del Reino. Lyam volvió a reunir a sus tropas y cargó de nuevo, esta vez consiguiendo atravesar los escudos.



Pug vio que el flanco derecho de las fuerzas tsurani se retiraba ante los jinetes, pero el propio Emperador reunía al resto de sus soldados y el centro de la línea resistía. Incluso desde aquella distancia, Pug se dio cuenta de que los nobles tsurani le rogaban al Emperador que huyese.

El Emperador permaneció en pie con la espada desenvainada y gritando órdenes. Se negó a abandonar el campo de batalla. Estaba haciendo formar a sus hombres un apretado círculo que protegía la máquina de la fractura, para que los demás pudieran volver desde Kelewan a este valle. Miró y vio que los soldados salían ahora de la grieta en mayor número. Pronto habría suficientes para destruir la pequeña fuerza del rey.

Sintió un débil temblor bajo los pies, y luego uno de los señores tsurani señaló algo que había detrás del Emperador. Ichindar vio cientos de jinetes que salían a toda velocidad de los árboles del norte. Las unidades de caballería del norte fueron las primeras en responder a la llamada de Lyam. El Emperador dirigió a los soldados recién llegados a la línea superior para enfrentarse a la nueva amenaza.

Un grito desde la izquierda lo hizo girarse. Un alto guerrero, ataviado de blanco y oro, estaba abriéndose camino como una guadaña a través de los guardias tsurani, se diría directamente hacia la Luz del Cielo. Todos los señores tsurani se apresuraron a cortarle el camino. Un Líder de las Fuerzas de clan se encontraba cerca. Corrió a toda velocidad hacia el Emperador y gritó:

—Su Majestad, debéis iros. Solo podremos aguantar unos momentos más. Si os perdemos, el Imperio se quedará sin su corazón y los dioses nos volverán la espalda.

El Emperador intentó quitarlo de en medio cuando el gigante blanco y dorado derribó a otro señor tsurani.

—Que el cielo me comprenda —dijo el oficial, y golpeó a Ichindar en la nuca con la parte roma de la espada. El Emperador se derrumbó en el suelo y el Líder de las Fuerzas gritó a varios soldados que atravesaran con él la fractura—: ¡El Emperador se ha desvanecido! ¡Llevaldo a lugar seguro! —Sin más, los soldados recogieron al gobernante supremo y lo trasladaron a la máquina.

Un Líder de Ataque llegó a toda prisa al lado del Líder de las Fuerzas.

—¡Señor, todos nuestros señores han muerto!

El Líder de las Fuerzas vio que se estaba obligando a retroceder al guerrero alto gracias a la cantidad de soldados tsurani que le cortaban el paso, pero no antes de que masacrara a todos los Jefes de Guerra que habían acompañado al Emperador. Un rápido vistazo informó al Líder de las Fuerzas que el Emperador estaba a punto de quedar a salvo, ya que los guardias que llevaban a Ichindar empezaban a desaparecer hacia el otro lado de la fractura. Salían a borbotones más soldados de la grieta. Al ver que no había más tiempo que perder, dijo:

—¡Tendré que ser el Comandante de las Fuerzas en funciones! Tú serás mi

subcomandante en funciones. ¡Más hombres al norte! —El hombre salió a toda velocidad para colocar más soldados en la línea superior, mientras la caballería que salía del Paso del Norte caía sobre ellos al galope.

Los nuevos atacantes se lanzaron sobre las posiciones tsurani con un gran estruendo. El muro de escudos, levantado a toda prisa, vaciló por un momento pero al final aguantó. El Comandante de las Fuerzas miró a su alrededor y rezó para que pudieran resistir hasta que llegaran los refuerzos suficientes.

Pug y sus tres compañeros vieron cómo el norte del ejército del Reino se estrellaba contra el muro de escudos. Las lanzas se partieron y los caballos cayeron mientras pisoteaban a los hombres que chillaban bajo las pezuñas. El muro seguía resistiendo y las fuerzas del Reino se retiraron para volver a formarse para otra carga. El Imperio hacía retroceder al puesto de mando de Lyam, que ordenó la retirada para poder coordinar su ataque con el del norte. Los elfos y los enanos que estaban al mando de Tomas se hallaban entre los tsurani, al oeste, y eran los que más dificultades les estaban causando, aunque también los estaban repeliendo poco a poco.

Cuando los jinetes empezaron a retirarse, los tsurani volvieron a centrar su atención en los elfos y los enanos. Los que estaban detrás de las barricadas de escudos del norte y el sur dejaron sus posiciones para poder apoyar a sus camaradas del flanco oeste.

Al verlo, Meecham comentó:

—Si los elfos no se retiran, los tsurani los arrollarán. —Como si lo hubieran oído, los cuatro observadores vieron que el enfrentamiento del oeste se interrumpía. Los elfos y los enanos se replegaron y se refugiaron en la cobertura que les proporcionaban los arqueros elfos.

—Este respiro sólo sirve para reforzar a los tsurani —dijo Kulgan a Pug. Veían la riada de soldados tsurani que salía de la fractura—. Si Lyam no llega a la máquina después de la próxima carga, los tsurani seguirán reforzándose mientras nosotros nos debilitamos.

—Podrá contenerlos sólo si puede colocar arqueros a la entrada de la fractura —señaló Pug—. Un flujo firme de flechas debería inmovilizarlos el tiempo suficiente para levantar algún tipo de barrera. Entonces quizá podríamos dejarla inoperante.

—¿No se puede destruir? —preguntó Laurie—. El otro modo está repleto de riesgos.

Pug se quedó callado un momento.

—No sé si tengo poderes suficientes para destruir la fractura, pero creo que ya es hora de intentarlo.

Cuando se disponía a azuzar al caballo, resonó una voz detrás de él.

—¡No!

Se giraron todos y vieron una figura vestida de marrón con un bastón en la mano, en un lugar que había estado vacío un momento antes.

—Ni siquiera vuestros poderes pueden equipararse a esa tarea, Grande.

—¡Macros! —exclamó Kulgan.

Macros esbozó una amarga sonrisa.

—Como predije, estoy allí cuando más se me necesita, cuando el momento es más grave.

—¿Qué debe hacerse? —preguntó Pug.

—Yo cerraré la fractura, pero necesito tu ayuda. —Se dirigió entonces a Kulgan—. Veo que todavía tiene el bastón que le di. Bien. Desmonten.

Pug y Kulgan se bajaron de sus monturas. Pug había olvidado que el omnipresente bastón que Kulgan siempre llevaba consigo era el que le había regalado Macros.

El brujo fue a colocarse ante Kulgan.

—Plante el extremo del bastón con firmeza en el suelo. —Se dio la vuelta y le entregó el bastón que él llevaba a Pug—. Este es su gemelo. Sujétalo con fuerza y no lo sueltes ni por un instante, si tienes alguna esperanza de sobrevivir a esta tarea. —Contempló el conflicto cercano—. Es casi la hora, pero aún no ha llegado el momento. Escuchad con atención porque se acaba el tiempo. —Miró a Pug, luego a Kulgan—: cuando todo esto termine, si la fractura ha quedado destruida, volved entonces a mi isla. Allí encontraréis una explicación a todo lo que ha ocurrido, aunque quizá no a vuestra entera satisfacción. —De nuevo vieron aquella amarga sonrisa—. Kulgan, si tiene alguna esperanza de volver a ver a su antiguo alumno, sujete ese bastón con toda la fuerza que posea. Concéntrense en Pug y no permita que el bastón deje de tocar el suelo midkemio. ¿Lo ha comprendido?

—¿Pero y usted?

El tono de Macros fue duro.

—Mi seguridad es asunto mío. No se preocupe por mí. Mi papel en este drama estaba tan predestinado como el suyo. Ahora observen.

Volvieron a mirar la batalla. El ejército del norte del Reino cargó otra vez, y Lyam y Tomas dieron órdenes para que sus respectivas unidades se unieran al ataque. Los jinetes cayeron de nuevo sobre los muros de escudos y las líneas tsurani se rompieron. Durante un momento, la caballería del Reino ostentó el mando del campo y los tsurani se derrumbaron hacia sus propias líneas. Luego, cuando la ventaja de la carga quedó compensada por el enjambre arrollador de soldados de infantería que arrancaban a los caballos de debajo de sus jinetes, o conspiraban para tirar a los centauros al suelo, las fuerzas volvieron a equilibrarse. Alrededor de la máquina de la fractura se veía un mar de figuras inmersas en la batalla. No había organización y poca disciplina. Los hombres luchaban para sobrevivir, no para alcanzar ninguna

posición determinada. Los sonidos del metal estrellándose contra la madera o las pieles endurecidas resonaban por todo el valle. Allí donde miraran los espectadores corría la sangre, y era terrible el sonido de la muerte.

Macros miró a Pug.

—Ha llegado la hora. Ven conmigo.

Pug caminó tras el hechicero de la túnica marrón. Sujetaba con fuerza el bastón de Macros porque creía la advertencia del hechicero de que era su única esperanza de sobrevivir a lo que les esperaba. Atravesaron la batalla como si los protegiese algún agente. Varias veces un soldado se dio la vuelta para golpearlos, solo para que lo interceptase otro del bando contrario. Los caballos estaban a punto de pisotearlos y se giraban en el último momento. Era como si una senda se abriese ante ellos y luego se cerrase cuando pasaban.

Se acercaron a lo que quedaba de la línea tsurani. Un soldado que empuñaba un escudo cayó bajo el golpe de la lanza de un jinete. Pasaron por encima del cuerpo caído y entraron en el círculo pequeño y relativamente tranquilo que rodeaba a la fractura. Todavía salían soldados sin parar y el círculo se iba ensanchando. Macros y Pug se subieron a la plataforma por el lado contrario de la fractura, mientras los soldados se apresuraban a cruzar la grieta. No parecían advertir la presencia de los dos magos.

Macros entró en el vacío de la fractura y Pug lo siguió. En lugar del esperado resurgimiento en Kelewan, quedaron colgados en un lugar incoloro. No había forma de orientarse con claridad. El sitio carecía de luz pero no estaba oscuro, solo se veían varias tonalidades de gris. Pug se encontró con que estaba solo, y únicamente el latido de su corazón en su oído le aseguraba que no había dejado de existir. En voz baja dijo:

—¿Macros?

Oyó entonces la voz de Macros.

—Aquí, Pug.

—No te veo.

Se oyó una risita.

—No, ya que no hay luz. Lo que ves es una tenue ilusión, obsequio de mis artes, para que puedas tener algún punto de referencia. Sin una gran preparación, ni siquiera tus famosos poderes te servirían de mucho para mantener la cordura. Límitate a aceptar que la mente humana no está bien equipada para enfrentarse a este sitio.

—¿Qué sitio es este?

—Es el lugar que hay entre medias. Aquí los dioses lucharon durante las Guerras del Caos y aquí llevaremos a cabo nuestro trabajo.

—Hay hombres muriendo, Macros. Deberíamos darnos prisa.

—Aquí no existe el tiempo, Pug. En lo que respecta a los que están en la batalla,

nosotros estamos congelados en un instante. Podríamos envejecer y morir y ni un segundo completo pasaría en el campo de batalla. Pero, aun así, debemos cumplir nuestra tarea con rapidez. Ni siquiera yo podría hacerlo sin utilizar un poco de energía para mantenernos con vida, energía que vamos a necesitar para terminar este asunto. No podemos demorarnos, pero hay unas cuantas cosas que me gustaría decirte. He esperado mucho tiempo a que colmaras todo tu potencial. No podía cerrar la fractura sin tu ayuda.

Pug habló, aunque sus sentidos se rebelaban contra aquel paisaje gris que lo rodeaba por todas partes, y contra la voz sin cuerpo que parecía estar a muy poca distancia.

—Fuiste tú el que apartó la fractura, cuando vino el Extraño y el Enemigo intentó reclamar las naciones de Tsuranuanni. Debió de ser necesario un poder asombroso.

Oyó que el hechicero echaba una risita.

—¿Recuerdas ese detalle? Bueno, entonces era más joven —Como si supiera que aquella era una respuesta poco satisfactoria, Macros añadió—: En aquel entonces la fractura era algo salvaje, creada por las voluntades de los que se encontraban sobre las torres de la Asamblea. Yo sólo la giré hacia otro lugar, para frustrar los planes del Enemigo, y eso corriendo un gran riesgo. Ahora la fractura es algo controlado, firmemente anclado en Kelewan, dirigido por una máquina. Lo que la controla, muchos e intrincados conjuros que la mantienen en armonía con Midkemia, es lo que evita que pueda manipularla. Todo lo que puedo hacer es ponerle fin, pero para eso necesito ayuda. Antes de que terminemos con este drama concreto, me gustaría decirte lo siguiente: comprenderás la mayor parte de las cosas cuando llegues a mi isla. Pero una cosa sobre todas te pido que tengas presente cuando escuches mi mensaje: por favor, recuerda que hice lo que hice porque era mi destino. Me gustaría pedirte que pensaras en mí con amabilidad.

Aunque no podía ver al hechicero, Pug sintió su presencia muy cerca. Empezó a decir algo pero lo interrumpió la voz de Macros.

—Cuando haya terminado, utiliza los jirones de fuerza que te queden para verte en presencia de Kulgan. El bastón te ayudará, pero debes rendir todos tus esfuerzos a esa tarea. Si fracasas, perecerás.

Era la segunda advertencia de Macros, y Pug sintió miedo por primera vez en años.

—¿Y tú?

—Cuídate tú, Pug. Yo tengo otras preocupaciones.

Hubo una sensación de cambio, como si la tela de la nada que los rodeaba se estuviera alterando de forma sutil. Macros dijo:

—Cuando te dé la orden, debes desatar toda la furia de tu poder. Todo lo que hiciste en los Juegos Imperiales no fue más que una sombra de lo que debes hacer

ahora.

—¿Sabes lo que pasó?

Una vez más se oyó una risita.

—Estaba allí, aunque mi asiento era muy pobre comparado con el tuyo. Debo admitir que fue bastante impresionante. Hasta a mí me habría resultado difícil proporcionarles una función tan espectacular. Pero ya no queda tiempo. Espera mi orden y luego deja que tu poder fluya hacia mí.

Pug no dijo nada. Sentía la presencia de Macros ante él, como si la definiera el propio hechicero. De nuevo tuvo la sensación de que algo cambiaba y se retorció a su alrededor. De repente se produjo una luz cegadora y luego todo quedó a oscuras. Un instante más tarde, a su alrededor todo estalló en locos despliegues de energía, muy parecidos a los que había presenciado en la fractura del Puente Dorado. Por todos lados explotaban colores cegadores, fuerzas primarias que no reconocía.

—¡Ahora, Pug! —oyó gritar a Macros.

Pug concentró toda su voluntad en aquella tarea. Buscó en los recovecos más profundos de su ser y de allí sacó todo lo que pudo del poder mágico que había adquirido en los dos mundos. Fuerzas suficientes para destruir montañas, apartar los ríos de sus cursos y convertir ciudades enteras en escombros, en todas ellas se concentró. Luego, como si soltara algo que le resultaba doloroso sujetar, dirigió toda esa energía hacia el lugar donde sentía que estaba el hechicero. Se produjo una explosión alienada, inimaginable, de todas esas fuerzas, y la materia prima del tiempo y el espacio chilló para protestar por su presencia. Pug sintió que se contorsionaba y se retorció a su alrededor, como si el universo fundamental estuviera intentando expulsar a los invasores. Entonces se produjo una liberación repentina y los expulsaron.

Pug se encontró flotando en medio de la más absoluta negrura. Flotó aturdido, incapaz de pensar con coherencia. Su mente no podía aceptar lo que había sentido y estaba a punto de perder la conciencia. Sintió que se le relajaban los dedos y que el bastón empezaba a soltarse de la mano. Se aferró convulsamente a él por puro instinto. Luego sintió un leve tirón. Su mente se resistió a la fría negrura que estaba intentando envolverlo e intentó recordar algo. A su alrededor hacía cada vez más frío, y sentía que le ardían los pulmones por falta de aire. Intentó recordar algo una vez más pero no podía. Luego volvió a sentir el tirón y le pareció escuchar cerca una voz apenas perceptible pero conocida.

—¿Kulgan? —dijo débilmente y dejó que la oscuridad se lo llevase.

El Comandante de las Fuerzas tsurani estaba vivo. Se maravilló de ese milagro al ver que todos los que lo rodeaban yacían muertos ante la máquina de la fractura. La explosión de unos minutos antes había matado a cientos de soldados, mientras que

muchos otros yacían aturridos un poco más allá.

Se levantó e hizo balance de lo que estaba ocurriendo. La terrible destrucción de la fractura tampoco había servido de ayuda a las fuerzas del Reino. Los jinetes intentaban controlar desesperados a unos caballos casi histéricos, mientras que se podía ver a otras monturas que corrían como locas y tiraban a sus jinetes al suelo. La confusión reinaba por todas partes. Pero los que estaban en los extremos de la batalla estaban menos aturridos que los otros, y se reanudaba la lucha.

Ya no quedaban muchas esperanzas, ahora que habían quedado aislados de Kelewan, de que llegara ayuda o de que pudieran volver. Sin embargo, su número era apenas menor que el del enemigo, y todavía existía la oportunidad de ganar aquella batalla. Ya habría tiempo para preocuparse por la fractura más tarde.

De repente, los sonidos de lucha se detuvieron cuando se retiraron las fuerzas del Reino. El Comandante de las Fuerzas miró a su alrededor y, puesto que seguía sin ver a ningún oficial de mayor rango, empezó a gritar órdenes para que se preparara el muro de escudos para otro asalto.

Las fuerzas del Reino se estaban reagrupando poco a poco. No atacaron, sino que tomaron posiciones frente a los tsurani. El Comandante de las Fuerzas esperó mientras sus soldados preparaban las líneas de defensa. Por todas partes había jinetes del Reino listos, pero seguían sin venir.

Poco a poco creció la tensión. El Comandante de las Fuerzas ordenó que se levantara una plataforma. Cuatro tsurani agarraron un escudo, se subió a él y los soldados lo levantaron. Abrió mucho los ojos.

—Tienen refuerzos. —A lo lejos, al sur, vio que avanzaban las columnas de las fuerzas que tenía el Reino en el Paso del Sur. Habían estado mucho más alejadas del lugar de la conferencia y llegaban ahora al campo de batalla.

Un grito proveniente de la dirección contraria lo obligó a mirar al norte: varias líneas de infantería del Reino avanzaban desde los árboles. Una vez más volvió a mirar hacia el sur y entrecerró los ojos. En medio de aquella bruma lejana vio señales de una gran fuerza de infantería que seguía a la caballería. El oficial ordenó que se bajara el escudo y su subcomandante dijo:

—¿Qué pasa?

—Tienen a todo el ejército en el campo de batalla. —Tragó saliva, por una vez rota la impasibilidad tsurani habitual—. ¡Madre de todos los dioses! Debe de haber treinta mil soldados.

—Entonces les daremos una batalla digna de una balada antes de morir —dijo el subcomandante.

El Comandante de las Fuerzas miró a su alrededor. Por todas partes había soldados sangrando, heridos y aturridos. De los ejércitos del Reino que había formados contra ellos, solo había luchado una tercera parte. Veinte mil soldados bien

descansados se acercaban a cuatro mil tsurani, la mitad de los cuales eran incapaces de combatir con su eficiencia habitual.

El Comandante de las Fuerzas sacudió la cabeza.

—No habrá ninguna batalla. Estamos aislados de casa, quizá para siempre. Es inútil.

Pasó al lado del asombrado subcomandante y cruzó el muro de escudos. Levantó las dos manos sobre la cabeza en señal de que quería parlamentar y se acercó a Lyam, poco a poco, temiendo el momento en el que se convertiría en el primer oficial tsurani de toda su historia que rendía sus fuerzas al enemigo. Fue apenas cuestión de minutos llegar hasta el príncipe. Se quitó el yelmo y se arrodilló.

Levantó la vista hacia aquel Príncipe del Reino, alto, con los cabellos dorados, y dijo:

—Lord Lyam. A vuestro cuidado encomiendo mis hombres. ¿Queréis aceptar la rendición?

Lyam asintió.

—Sí, Kasumi. Acepto la rendición.

Todo estaba oscuro. Luego una canicie cada vez mayor. Pug se obligó a abrir los párpados. Sobre él se encontraba el conocido rostro de Kulgan. La cara de su antiguo maestro se dividió en una amplia sonrisa.

—Me alegro de ver que estás de nuevo con nosotros. No sabíamos si estabas vivo. Tenías el cuerpo tan frío al tacto... ¿Puedes sentarte?

Pug tomó el brazo que le ofrecían y se encontró a Meecham arrodillado a su lado, ayudándolo a incorporarse. Empezó a sentir cómo el frío abandonaba sus miembros cuando la cálida luz del sol le calentó el cuerpo. Se quedó quieto durante un momento y luego dijo:

—Creo que sobreviviré. —Mientras lo decía sentía que volvía a recuperar las fuerzas. En poco tiempo se sintió capaz de ponerse en pie, y eso hizo.

A su alrededor vio los ejércitos reunidos del Reino.

—¿Qué ha pasado?

—La fractura está destruida y los tsurani que quedan se han rendido —dijo Laurie—. La guerra ha terminado.

Pug se sentía demasiado débil para emocionarse. Miró los rostros que lo rodeaban y vio un profundo alivio en sus ojos. De repente, Kulgan lo envolvió en un abrazo.

—Arriesgaste tu vida para terminar con esta locura. Es tu victoria tanto como la de cualquiera.

Pug se quedó quieto y luego se apartó de su antiguo maestro.

—Fue Macros el que puso fin a la guerra. ¿Ha vuelto?

—No, solo tú y tan pronto como llegaste aquí desaparecieron los dos bastones. No



hay señales de él.

Pug sacudió la cabeza para disipar la niebla que le invadía el cerebro.

—¿Y ahora?

Meecham miró por encima del hombro.

—Quizá te convendría reunirte con Lyam. Parece que se está produciendo algún tipo de revuelo.

Laurie y Kulgan ayudaron a Pug, ya que todavía estaba débil después de la dura experiencia sufrida en la fractura. Se acercaron hasta el lugar donde Lyam, Arutha, Kasumi y los nobles del Reino aguardaban. Del otro lado del campo de batalla vieron que se acercaban los elfos y los enanos, con las fuerzas del norte del Reino detrás.

Pug se sorprendió al ver que estaba presente el hijo mayor de los Shinzawai, ya que creía que había vuelto a Kelewan. Tenía aspecto abatido, de pie pero sin armas ni yelmo, con la cabeza baja, así que no vio llegar a Pug ni a los demás.

Pug dirigió su atención a los elfos y los enanos. Cuatro figuras caminaban a la cabeza. A dos las reconoció, Dolgan y Calin. Había otro enano con ellos que no conocía el mago. Cuando los cuatro se colocaron ante el príncipe, Pug se dio cuenta de que el guerrero alto de blanco y oro era su amigo de la infancia. Se quedó sin habla, asombrado por el cambio que había experimentado Tomas; su viejo compañero era ahora una figura imponente, que parecía tanto un elfo como un ser humano.

Lyam estaba demasiado exhausto para indignarse. Miró al Caudillo Guerrero de Elvandar y dijo en voz baja:

—¿Qué motivo tenías para atacar, Tomas?

El Príncipe Consorte de los elfos dijo:

—Los tsurani sacaron sus armas, Lyam. Estaban listos para atacar el pabellón. ¿No lo visteis?

A pesar del cansancio, Lyam levantó la voz.

—Vi solo a tus huestes atacando una conferencia de paz. No vi ningún peligro en el campamento tsurani.

Kasumi levantó la cabeza.

—Alteza, os doy mi palabra: sacamos las armas solo cuando nos atacaron sus fuerzas. —Señaló al ejército de Tomas.

Lyam volvió a dirigirse a Tomas.

—¿No envié nuevas de que debía darse una tregua, y una conferencia de paz?

—Así es —respondió Dolgan—. Yo estaba allí cuando el hechicero trajo la noticia.

—¿Hechicero? —dijo Lyam. Se dio la vuelta y gritó—: ¡Laurie! Quisiera tener unas palabras contigo.

Laurie se adelantó.

—¿Alteza?

—¿Llevaste el mensaje a la Reina de los Elfos como te ordené?

—Os lo juro por mi honor. Hablé con la propia Reina de los Elfos.

Tomas miró fijamente a Lyam e irguió la cabeza con una expresión de desafío en el rostro.

—Y yo juro que no había visto jamás a este hombre hasta ahora. La noticia de la traición que planeaban los tsurani nos la trajo Macros.

Kulgan y Pug se adelantaron.

—Alteza —dijo Kulgan—. Si la mano del hechicero está detrás de esto, y al parecer ha estado detrás de todo lo demás, entonces quizá sea mejor que desentrañemos este misterio con calma.

Lyam seguía furioso pero Arutha dijo:

—Déjalo estar. Podemos solucionar todo este jaleo al volver al campamento.

Lyam asintió con gesto brusco.

—Volvemos al campamento. —El heredero se volvió hacia Brucal—. Forma una escolta adecuada para los prisioneros y tráelos. —Luego miró a Tomas—. A ti también quiero verte en mi tienda cuando volvamos. Hay muchas cosas que debemos explicar. —Tomas estuvo de acuerdo, aunque no parecía muy contento con la perspectiva. Lyam gritó—: Volvemos al campamento de inmediato. Den la orden.

Los oficiales del Reino cabalgaron hacia sus respectivas compañías y se dio la orden. Tomas se dio la vuelta y encontró a un extraño de pie a su lado. Contempló aquella cara sonriente y Dulgan dijo:

—¿Estás ciego, muchacho? ¿Es que no reconoces a tu compañero de la infancia?

Tomas miró a Pug mientras el agotado mago se acercaba un poco más.

—¿Pug? —dijo en voz baja. Luego extendió los brazos y abrazó a aquel hermano adoptivo que había perdido tanto tiempo antes—. ¡Pug!

Permanecieron juntos y en silencio entre el estruendo de los ejércitos que empezaban a moverse, los dos con lágrimas en los ojos. Kulgan puso las manos en los hombros de los dos jóvenes.

—Vamos, debemos regresar. Hay muchas cosas de las que hablar y, gracias sean dadas a los dioses, ahora hay tiempo abundante para hacerlo.

El campamento estaba en plena celebración. Después de más de nueve años, los soldados del Reino sabían que no tendrían que arriesgarse a morir o caer heridos al día siguiente. Las canciones resonaban alrededor de las hogueras y se escuchaban risas por todos los rincones. Poco le importaba a la mayoría que otros yacieran heridos en las tiendas, atendidos por los sacerdotes, y que algunos no vivirían para ver el primer día de paz o saborear los frutos de la victoria. Todo lo que los festejantes sabían era que se encontraban entre los vivos y querían celebrar ese hecho. Más tarde habría tiempo para llorar a los camaradas perdidos. Ahora se emborrachaban de vida.

Dentro de la tienda de Lyam las cosas estaban más templadas. Kulgan había

pensado mucho en los acontecimientos del día mientras volvían al campamento. Para cuando llegaron a la tienda, el mago de Crydee había esbozado una tosca imagen de lo que había ocurrido. Había planteado su opinión ante los allí reunidos y terminaba ahora la explicación.

—Parecería entonces —decía Kulgan— que Macros pretendía que se cerrara la fractura. Todo indica que se utilizó una duplicidad terrible con ese propósito.

Lyam estaba sentado con Arutha y Tully a su lado.

—Todavía no entiendo qué podría poseerlo para poner en práctica medidas tan graves. El conflicto de hoy ha costado más de dos mil vidas.

Pug alzó la voz.

—Sospecho que encontraremos la respuesta a esa ya otras preguntas cuando lleguemos a su isla. Hasta entonces no creo que podamos imaginarlo siquiera.

Lyam suspiró y luego le dijo a Tomas:

—Al menos estoy convencido de que actuaste de buena fe. Me alegro. Habría sido muy duro pensar que eras el responsable de la carnicería de este día.

Tomas levantó una copa de vino y tomó un sorbo.

—Yo también me alegro de que no tengamos motivos para discutir. Pero me siento utilizado, y no para bien, en este asunto.

—Al igual que nosotros —se hicieron eco Harthom y Dolgan.

Calin dijo:

—Es probable que todos hayamos desempeñado un papel en una de las argucias del Negro. Quizá sea como dice Pug y sepamos la verdad en la Isla del Hechicero, pero yo, al menos, estoy resentido con todo este maldito asunto.

Lyam se giró hacia el lugar donde Kasumi esperaba muy rígido, mirando adelante y al parecer sin escuchar lo que se decía a su alrededor.

—Kasumi —dijo Lyam—, ¿qué voy a hacer contigo y tus hombres?

Los ojos de Kasumi se centraron cuando se mencionó su nombre.

—Alteza, sé algo de vuestras costumbres, pues Laurie me ha enseñado mucho. Pero sigo siendo tsurani. En nuestra tierra se ejecutaría a los oficiales y se convertiría en esclavos a los hombres. No puedo aconsejaros en este asunto. No sé qué se suele hacer con los prisioneros de guerra en vuestro mundo.

Utilizó un tono uniforme, carente de emoción. Lyam estuvo a punto de decir algo, pero una señal de Pug lo hizo guardar silencio. Había algo que el mago quería decir.

—¿Kasumi?

—¿Sí, Grande? —Tomas pareció sorprenderse al oír el tratamiento honorífico, pero no dijo nada. Solo había habido tiempo para un intercambio muy superficial de las respectivas historias de los dos viejos amigos mientras volvían al campamento.

—¿Qué habrías hecho si no te hubieras rendido a la custodia del príncipe?

—Habríamos luchado hasta la muerte, Grande.

Pug asintió.

—Entiendo. ¿Entonces eres el responsable de mantener con vida a cuatro mil de tus hombres? ¿Y a miles más de los soldados del Reino?

La expresión de Kasumi se suavizó y reveló la vergüenza que sentía.

—He estado entre vuestro pueblo, Grande. Es posible que haya olvidado mi entrenamiento tsurani. He traído la deshonra a mi casa. Cuando el príncipe haya dispuesto de mis hombres, pediré permiso para quitarme la vida, aunque quizá sea un honor demasiado grande para que me lo conceda.

Brucal y los otros parecieron horrorizarse al oír aquello. Lyam no demostró nada, sino que se limitó a decir:

—No has quedado deshonrado. No habrías ayudado a ninguna causa muriendo. Dejó de existir cuando se destruyó la fractura.

—Así son nuestras costumbres —dijo Kasumi.

—Ya no —replicó Lyam—. Esta es ahora tu tierra, pues ya no tienes otra. Lo que Kulgan y Pug han dicho sobre las fracturas hace que sea muy improbable que volváis a Tsuranuanni. Permaneceréis aquí, y es mi intención que todos nos beneficiemos de tal porvenir.

Una leve chispa de esperanza se asomó a los ojos de Kasumi. El heredero se dirigió a Lord Brucal y dijo:

—Mi señor Duque de Yabon. ¿Cuál es su opinión sobre los soldados tsurani?

El anciano duque sonrió.

—Entre los mejores que he contemplado jamás. —Kasumi demostró cierto orgullo ante el comentario—. Son equiparables a la Hermandad Oscura en ferocidad y de naturaleza más noble; son tan disciplinados como los soldados perros de Kesh y tienen el vigor de los montaraces nataleses. En general son, sin lugar a dudas, soldados superiores a todos.

—¿Un ejército de semejantes características proporcionaría una mayor seguridad a nuestras afligidas fronteras del norte?

Brucal sonrió:

—La guarnición lamutiana fue una de las más afectadas durante la guerra. Allí supondrían una ayuda muy valiosa.

El Conde de LaMut se hizo eco del comentario del duque. Lyam se dirigió entonces a Kasumi.

—¿Aún querrías quitarte la vida si tus hombres pudieran seguir siendo hombres libres y soldados?

El hijo de los Shinzawai dijo:

—¿Cómo es eso posible, Alteza?

—Si tú y tus hombres le juráis lealtad a la corona, os pondré a las órdenes del Conde de LaMut. Seréis hombres libres y ciudadanos, y estaréis encargados de

defender nuestra frontera septentrional contra los enemigos de la humanidad que moran en las Tierras del Norte.

Kasumi se quedó en silencio, sin saber muy bien qué decir. Laurie se acercó a Kasumi.

—No será una deshonra.

El rostro de Kasumi adoptó una expresión de franco alivio.

—Acepto, pues estoy seguro de que mis hombres también aceptarán. —Hizo una pausa y luego añadió—: Vinimos como guardia de honor del Emperador. Por todo lo que oído decir aquí, este hechicero nos ha utilizado tanto como a los demás. No podría consentir que se derramara más sangre por su culpa. Os lo agradezco, Alteza.

—Creo que el despacho de Caballero Capitán sería lo más adecuado para el líder de casi cuatro mil hombres —intervino Lord Vandros—. ¿Está de acuerdo, mi señor duque? —Brucal asintió y Vandros dijo—: Venga, capitán, deberíamos hablar con su nuevo mando.

Kasumi se levantó, se inclinó ante Lyam y se fue con el Conde de LaMut. Arutha le dio un golpecito a su hermano en el hombro. Lyam volvió la cabeza y el príncipe dijo:

—Ya basta de asuntos de estado. Es hora de celebrar el final de la guerra.

Lyam sonrió.

—Cierto. —Se dirigió entonces a Pug—: Mago, ve a recoger a tu encantadora esposa y a tu precioso hijo. Me gustaría tener a mi alrededor algo que huela a hogar y familia.

Tomas miró a Pug.

—¿Esposa? ¿Hijo? ¿Qué es esto?

Pug se echó a reír.

—Tenemos que hablar de muchas cosas. Podemos ponernos al día cuando traiga a mi familia.

Se dirigió a su tienda, donde estaba Katala contándole un cuento a William. Los dos se levantaron de un salto y corrieron a abrazarlo, ya que no lo habían visto desde que había vuelto. Había mandado un soldado a la tienda con la noticia de que estaba bien pero muy ocupado con el príncipe.

—Katala, a Lyam le gustaría que nos acompañaras en la cena.

William tiró de la túnica de su padre.

—Yo también quiero ir, papá.

Pug cogió en brazos a su hijo.

—Tú también, William.

La celebración del interior de la tienda era más tranquila que la que tenía lugar en el exterior. Con todo, se habían recreado con las baladas de Laurie y habían disfrutado

de la euforia de saber que la paz había llegado por fin. La comida era el mismo rancho de siempre, pero por alguna razón sabía mejor. También había contribuido al ambiente festivo una buena cantidad de vino.

Lyam estaba sentado con una copa en la mano. Los otros charlaban en voz baja por toda la tienda. El heredero estaba un poco borracho y nadie se tomaba a mal aquel alivio, después de todo lo que había soportado durante el último mes. Kulgan, Tully y Arutha, que lo conocían bien, sabían que Lyam estaba pensando en su padre, que, si no hubiera sido por una flecha tsurani, estaría ahora sentado con ellos. Con la responsabilidad primero de la guerra, y luego de la sucesión que le habían impuesto, Lyam no había encontrado tiempo para llorarle, al contrario que su hermano. Ahora empezaba a sentir todo el dolor de la pérdida.

Tully se levantó y dijo en voz alta:

—Estoy cansado, Alteza. ¿Me dais licencia para retirarme?

Lyam sonrió a su viejo profesor.

—Pues claro. Buenas noches, Tully.

Los demás presentes en la tienda siguieron de inmediato su ejemplo y se despidieron del heredero. Fuera del pabellón, los invitados se desearon buenas noches. Laurie, Kulgan, Meecham y los enanos también se fueron, dejando a Pug y su familia con Calin y Tomas.

Los amigos de la infancia se habían pasado la velada intercambiando historias de los últimos nueve años. A los dos les había asombrado por igual la historia del otro. Pug había expresado su interés en la magia del Señor de los Dragones, al igual que Kulgan. Los dos expresaron sus ganas de visitar el Salón del Dragón algún día. Dolgan accedió a servirles de guía si deseaban hacer el viaje.

De nuevo se había despertado la amistad entre los dos jóvenes y brillaba en su interior, aunque sabían que no era lo que había sido antaño, ya que los dos habían sufrido muchos y grandes cambios. Cambios que, más que la armadura del dragón y la túnica negra, enfatizaba la presencia de William y Katala.

Katala había encontrado fascinantes a los enanos y a los elfos; William lo había encontrado todo fascinante, sobre todo a los enanos. Ahora descansaba dormido en los brazos de su madre, que de Tomas no sabía qué pensar. Se asemejaba a Calin en muchas cosas, pero todavía se parecía mucho a los otros hombres del campamento.

Tomas contempló al niño dormido.

—Se parece a su madre en el físico, pero alberga las suficientes diabluras en su interior para que me recuerde a cierto muchachito que conocí.

Pug sonrió.

—Su vida será mucho más tranquila, espero.

Arutha salió de la tienda de su hermano y fue a reunirse con ellos. Se acercó a los dos muchachos que habían cabalgado con él a las minas de Mac Mordain Cadal

tantos años antes.

—Quizá no debiera decirlo, pero hace años, la primera vez que viniste a visitar a mi padre, Calin, alguien oyó la conversación de dos muchachos mientras se peleaban en un carro de heno.

Tomas y Pug miraron al príncipe sin comprender.

—No lo recordáis, ¿verdad? —preguntó Arutha—. Un muchacho rubio y flaquísimo estaba sentado encima de otro chiquillo más bajo, y prometía que algún día sería un gran guerrero al que todos darían la bienvenida en Elvandar.

Pug y Tomas se echaron a reír.

—Lo recuerdo —dijo Pug.

—Y el otro prometía convertirse en el mago más grande del Reino.

Katala dijo:

—Quizá William también llegue a cumplir su sueño.

Arutha sonrió con malicia.

—Entonces vigílelo de cerca. Tuvimos una larga charla antes de que se fuera a dormir y me dijo que quería ser enano cuando creciera.

Todos se rieron excepto Katala, que miró a su hijo durante un momento con una expresión de preocupación dibujada en el rostro, aunque ella también se unió a la hilaridad general.

Arutha y Calin les desearon a los demás buenas noches.

—Yo también me voy a la cama —dijo Tomas.

—¿No vendrás a Rillanon con nosotros? —preguntó Pug.

—No, no puedo. Querría estar con mi dama. Pero cuando nazca el niño debéis ser nuestros invitados, pues habrá una gran celebración. —Le prometieron que irían. Luego Tomas dijo—: Nos vamos a casa por la mañana. Los enanos deben volver a sus aldeas, pues hay mucho trabajo que hacer allí y ellos llevan demasiado tiempo separados de sus familias. Y con el regreso del martillo de Tholin, se ha hablado de reunir una asamblea para nombrar a Dolgan Rey de Occidente. —Bajó la voz y añadió —: Aunque es más probable que mi viejo amigo utilice ese martillo en la cabeza del primer enano que lo sugiera abiertamente en su presencia. —Colocó la mano en el hombro de Pug—. Está bien que los dos lo hayamos superado todo; ni siquiera en lo más profundo de mi extraña locura te olvidé.

—Yo tampoco te olvidé jamás, Tomas.

—Cuando desentrañes este misterio de la Isla del Hechicero, confío en que me lo harás saber. —Pug dijo que así lo haría. Se abrazaron para despedirse y Tomas se alejó, pero luego se detuvo y miró atrás con un brillo juvenil en los ojos—. Con todo, me encantaría estar allí cuando vuelvas a ver a Carline con una esposa y un hijo al lado.

Pug se sonrojó, ya que esperaba aquella reunión con sentimientos contradictorios.

Se despidió de Tomas con la mano mientras este desaparecía en la noche, y luego se encontró con que Katala lo contemplaba con una mirada decidida en el rostro.

—¿Quién es Carline? —preguntó con un tono medido y mesurado.

Lyam levantó la vista cuando Arutha entró en la tienda de mando.

—Creí que ya te habrías retirado —dijo el hermano menor—. Estás agotado.

—Quería tener algún tiempo para pensar, Arutha. No he tenido demasiado tiempo para estar solo y quería poner cosas en orden. —Tenía la voz cansada y afligida.

Arutha se sentó al lado de su hermano.

—¿Qué clase de cosas?

—Esta guerra, Padre, tú, yo... —pensó entonces en Martin—. Otras cosas. Arutha, no sé si puedo ser rey.

Arutha levantó un poco las cejas.

—Tampoco es que tengas elección, Lyam. Serás rey, así que acostúmbrate a la idea.

—Podría rechazar la corona en favor de mi hermano —dijo Lyam con lentitud—, como Erland renunció a ella en favor de Rodric.

—Y menuda sopa más sabrosa se hizo con ese caldo. Si quisieras una guerra civil, esa sería una buena forma de conseguirla. El Reino no se puede permitir un debate en el Consejo de los Grandes Señores. Todavía hay muchas heridas que curar entre el Este y el Oeste. Y du Bas-Tyra sigue libre.

Lyam suspiró.

—Tú serías mejor rey, Arutha.

Arutha se echó a reír.

—¿Yo? A mí ya no me hace mucha gracia la perspectiva de ser Príncipe de Krondor. Mira, Lyam, cuando éramos niños, yo envidiaba el afecto que despertabas con tanta rapidez. La gente siempre te prefería a ti. Cuando crecí, comprendí que no era que no les gustara yo; sencillamente había algo en ti que despertaba la confianza y el amor de la gente, y esa es una buena cualidad en un rey. Nunca envidié el hecho de que serías el siguiente duque tras nuestro padre, ni tampoco te envidio ahora la corona. Alguna vez pensé que podría tomarme algún tiempo al terminar la guerra para viajar, pero ahora eso ya no será posible, pues debo gobernar Krondor. Así que no quieras imponerme la carga adicional del reino entero, porque no la aceptaría.

—Sin embargo, tú serías mejor rey. —Lyam encontró la mirada de Arutha y la sostuvo.

Arutha hizo una pausa, luego clavó en su hermano una mirada escéptica.

—Quizá, pero el rey vas a ser tú, y espero que sigas siendo rey durante algún tiempo. —Se estiró al levantarse—. Me voy a la cama. Ha sido un día muy largo y muy



duro. —Al llegar a la entrada de la tienda, dijo—: No te dejes llevar por las dudas, Lyam. Serás un gran gobernante. Con Caldric para aconsejarte y los demás, Kulgan, Tully y Pug, nos guiarás bien por estos tiempos de reconstrucción.

—Arutha, antes de que te vayas... —Arutha esperó mientras Lyam tomaba una decisión—. Quiero que vayas con Kulgan y Pug a la Isla del Hechicero. Ya has estado allí una vez y... me gustaría saber tu opinión sobre lo que encuentren. —A Arutha le desagradó la idea, y estaba a punto de poner alguna objeción cuando Lyam lo interrumpió—. Sé que deseas ir a Krongor, pero sólo te llevará unos días. Pasarán doce días desde que lleguemos a Rillanon hasta el momento de la coronación, tiempo suficiente para que te reúnas con nosotros.

Arutha empezó de nuevo a objetar, pero luego accedió con una sonrisa irónica.

—Confía en ti mismo, Lyam. Si yo no acepto la corona, cargas tú con ella. —Mientras salía de la tienda, añadió con una carcajada—: No hay ningún otro hermano que pueda reclamarla.

Lyam se quedó sentado solo, tomando el vino con aire distraído.

—Hay otro, Arutha —dijo para sí con un largo suspiro—, y que los dioses me ayuden a decidir qué es lo correcto.

*Legado*

El barco echó el ancla. La tripulación aseguró las velas izadas mientras se preparaba el grupo que iba a bajar a tierra. Meecham supervisaba la preparación de la barca. Los magos estaban deseando llegar al castillo de Macros, ya que tenían más preguntas que los demás. Arutha también sentía curiosidad después de resignarse al viaje. Se dio cuenta también de que no sentía demasiados deseos de participar en el largo cortejo funerario que había salido de Ylith el día que ellos se habían embarcado. Había enterrado el dolor que sentía por la muerte de su padre en lo más profundo de su ser, y se enfrentaría a él en su momento. Laurie se había quedado con Kasumi para ayudar a los soldados tsurani a integrarse en la guarnición de LaMut, y se encontraría con ellos más tarde en Rillanon.

Lyam y sus nobles habían embarcado rumbo a Kronдор, escoltando los cuerpos de Borric y Rodric. Se reunirían con ellos Anita y Carline, y todos juntos trasladarían a los difuntos con un cortejo de estado a Rillanon, donde se los enterraría en la tumba de sus ancestros. Después del periodo tradicional de doce días de duelo, Lyam sería coronado rey. Para entonces, todos los que debieran asistir a la coronación ya se habrían reunido en Rillanon. El asunto que atendían Pug y Kulgan debería llevarse a cabo con tiempo suficiente para que pudieran llegar a la capital.

La chalupa estaba lista y Arutha, Pug y Kulgan se reunieron con Meecham. Se bajó la lancha al agua y seis guardias encorvaron la espalda sobre los remos.

Los marinos se habían sentido muy aliviados al saber que no tendrían que acompañar al grupo que iba a tierra, ya que a pesar de todas las promesas de los magos, no tenían ningún deseo de poner los pies en la Isla del Hechicero.

La barca llegó a la playa y los pasajeros se bajaron. Arutha miró a su alrededor.

—No parece haber habido ningún cambio desde la última vez que vinimos.

Kulgan se estiró. Habían estado un poco apretados en el barco, así que disfrutó de la sensación de tener tierra firme bajo los pies de nuevo.

—Me hubiera sorprendido encontrar otra cosa. Apuesto a que Macros era de los que siempre mantenía su casa en orden.

Arutha se dio la vuelta.

—Vosotros seis quedaos aquí. Si oís nuestra llamada, venid de inmediato. —El príncipe empezó a caminar hacia la senda que subía la colina y los otros lo siguieron sin decir nada. Llegaron al lugar donde se dividía el camino—. Venimos como invitados. Pensé que era mejor que no pareciéramos invasores.

Kulgan no dijo nada, estaba muy ocupado observando el castillo al que se acercaban. La extraña luz azul que tan visible había sido la última vez que habían visitado la isla, estaba ausente de la ventana de la alta torre. El castillo tenía el aspecto de un lugar abandonado, nada se movía ni se oía. El puente levadizo estaba bajado y el rastrillo subido.

—Al menos no tendremos que invadir el lugar —comentó Meecham.

Cuando llegaron al borde del puente levadizo se detuvieron. El castillo se elevaba sobre ellos con sus altos muros, y las torres más altas todavía tenían un aspecto amenazador. Estaba construido con una piedra oscura que les resultaba desconocida. Alrededor del gran arco que había sobre el puente, unas extrañas tallas de criaturas insólitas clavaban en ellos sus ojos inmóviles. Unas bestias aladas y con cuernos aguardaban encaramadas a las cornisas, congeladas al parecer en un instante eterno; tan inteligentemente habían sido labradas.

Entraron en el puente y cruzaron la profunda garganta que separaba al castillo del resto de la isla. Meecham miró hacia abajo y vio que las paredes de roca de la grieta caían hasta el nivel del mar, donde las olas se estrellaban en el pasaje que había en medio.

—Da mejor servicio que la mayor parte de los fosos que he visto. Te lo pensarías dos veces antes de intentar cruzar esto mientras alguien te dispara desde los muros.

Entraron en el patio y miraron a su alrededor, como si esperaran que en cualquier momento alguien apareciera por una de las muchas puertas de los muros. Por ninguna parte había señales de vida, sin embargo los terrenos que rodeaban a la torre principal estaban bien atendidos y en orden.

Cuando nadie apareció, Pug dijo:

—Me imagino que encontraremos lo que buscamos en la torre. —Los otros se movieron con él hacia las amplias escaleras que llevaban a las puertas principales. Mientras subían los peldaños, las enormes puertas empezaron a abrirse hasta que todos vieron una figura que aguardaba de pie, en medio de la oscuridad del interior. Cuando las puertas terminaron de abrirse con un sonoro golpe seco contra las paredes de la torre, la figura salió al sol.

Meecham sacó la espada sin casi pensar, ya que la criatura que tenían ante ellos guardaba un gran parecido a un trasgo. Después de un breve examen, Meecham se guardó el arma; la criatura no había hecho ningún gesto amenazante, y se limitaba a esperarlos sobre las escaleras.

Era más alto que un trasgo normal, casi de la misma altura que Meecham. Dominaban su frente unos gruesos caballetes y una gran nariz concentraba la atención de la cara, pero sus rasgos eran más nobles que los de un trasgo. Dos ojos negros y centelleantes los contemplaron cuando reanudaron el ascenso. Al acercarse a ella, la criatura esbozó una sonrisa llena de dientes. Tenía la cabeza cubierta por una gruesa mata de pelo negro y la piel estaba teñida con el tenue verde de la tribu de los trasgos, pero carecía de la postura encorvada de esa raza. En realidad, se erguía de forma muy parecida a un hombre. Vestía una túnica y unos pantalones de corte elegante, ambos de un color verde brillante. En los pies llevaba unas botas negras muy pulidas que le llegaban casi a las rodillas.

—Bienvenidos, amos, bienvenidos —dijo con una amplia sonrisa—. Soy Gathis y tendré el honor de ser su anfitrión en ausencia de mi amo. —Se percibía un ligero siseo en su discurso.

—¿Tu amo es Macros el Negro? —preguntó Kulgan.

—Por supuesto. Siempre ha sido así. Por favor, entren.

Los cuatro hombres acompañaron a Gathis al interior del enorme recibidor, y se detuvieron para mirar a su alrededor. Salvo por la ausencia de personas y los habituales estandartes, aquella sala se parecía mucho a la del castillo de Crydee.

—Mi amo ha dejado instrucciones muy explícitas para su visita, todo lo que era posible anticipar, así que he preparado el castillo para su llegada. ¿Les gustaría tomar algún refrigerio? Hay comida y vino ya listos.

Kulgan sacudió la cabeza. No estaba seguro de qué era aquella criatura, pero no se sentía demasiado cómodo con algo que se parecía tanto a un sirviente de la Hermandad Oscura.

—Macros dijo que habría un mensaje para nosotros. Me gustaría verlo de inmediato.

Gathis hizo una ligera reverencia.

—Como deseen. Por favor, vengan conmigo.

Los guio por una serie de largos pasillos hasta un tramo de escaleras de caracol que subía hacia la gran torre. Subieron los escalones y pronto llegaron a una puerta cerrada con llave.

—Mi amo dijo que podrían abrir esta puerta. Si acaso fracasaran, serían impostores y yo debo entonces tratarlos con toda dureza.

Meecham aferró la espada al oír eso, pero Pug le puso la mano en el brazo al gran vasallo.

—Desde que se cerró la fractura he perdido la mitad de mi poder, el que adquirí en Kelewan, pero eso no debería ser un gran obstáculo.

Se concentró en abrir la puerta. En lugar de la habitual respuesta de la puerta abriéndose, se produjo un cambio en la puerta misma. La madera pareció convertirse

en un líquido que fluía y retrocedía al convertir su superficie en otra cosa. En unos momentos se pudo ver un rostro formado en la madera. Parecía un bajorrelieve con un ligero parecido a Macros. Los detalles del rostro eran muy realistas y parecía dormido. Entonces abrió los párpados y vieron que los ojos estaban vivos, centros negros que destacaban sobre el blanco. Se movió la boca y surgió una voz de ella, el sonido profundo y retumbante cuando dijo en perfecto tsurani:

—¿Cuál es el primer deber?

Sin pensarlo, Pug respondió:

—Servir al Imperio.

La cara volvió a disolverse en la puerta, y cuando ya no quedó ningún rastro ante ellos la hoja se abrió hacia un lado. Entraron y se encontraron en el estudio de Macros el Negro, una gran habitación que ocupaba todo el piso superior de la torre.

—Colijo que tengo el honor de hospedar a los amos Kulgan, Pug y Meecham —dijo Gathis. Luego estudió al cuarto miembro del grupo—. Y vos debéis de ser el príncipe Arutha... —Cuando este asintió, dijo—: Mi amo no estaba seguro de si Su Alteza podría asistir, aunque pensó que sería probable. Estaba seguro de que los otros tres caballeros estarían aquí. —Señaló la habitación con un gesto de la mano que la barrió entera—. Todo lo que ven está a su disposición. Si me disculpan, volveré con su mensaje y un refrigerio.

Gathis se fue y los cuatro miraron el contenido de la habitación. Aparte de un muro vacío de donde estaba claro que se había quitado hacía poco una librería o un armario, la habitación entera estaba rodeada de altas estanterías que iban del suelo hasta el techo, todas cargadas de libros y pergaminos. Pug y Kulgan quedaron casi paralizados por la indecisión, pues no sabían por dónde comenzar la investigación.

Arutha resolvió el problema al cruzar la habitación hasta una estantería donde aguardaba un gran pergamino atado con una cinta roja. Lo bajó y lo colocó en la mesa redonda que había en el centro de la estancia. Un rayo de sol proveniente de la única gran ventana cayó sobre el pergamino cuando lo desenrolló.

Kulgan se acercó a ver lo que había encontrado.

—¡Es un mapa de Midkemia!

Pug y Meecham cruzaron la sala y se pusieron detrás de Kulgan y Arutha.

—¡Y vaya mapa! —exclamó el príncipe Arutha—. Jamás he visto nada parecido. —Clavó el dedo sobre una gran masa de tierra que había en el centro—. ¡Mirad! Aquí está el Reino. —Sobre una pequeña parte del mapa estaban escritas las palabras *Reino de las Islas*. Debajo se veían las fronteras más amplias del Imperio de Kesh la Grande. Al sur del Imperio, se mostraban con claridad los estados de la Confederación Keshiana.

—Por lo que yo sé —dijo Kulgan—, son pocos los ciudadanos del Reino que se han aventurado jamás a entrar en la Confederación. Nuestro único conocimiento de

sus miembros es a través del Imperio y de unos cuantos atrevidos capitanes que han visitado algunos de sus puertos. Apenas sabemos los nombres de esas naciones, y nada sobre ellas.

Pug dijo:

—Hemos aprendido mucho sobre nuestro mundo en un solo instante. Mirad qué parte más pequeña de este continente es el Reino. —Señaló la gran extensión de las Tierras del Norte, al norte del Reino, y la amplia masa de tierra que había debajo de la Confederación. El continente entero llevaba la inscripción *Triagia*.

—Parece que hay mucho más en nuestra Midkemia de lo que habíamos soñado —dijo Kulgan. Indicó otras masas de tierra al otro lado del mar. Las habían bautizado *Winet y Novindus*. Sobre cada una se delineaban ciudades y estados. También se mostraban dos grandes cadenas de islas, muchas con ciudades señaladas. Kulgan sacudió la cabeza—. Había escuchado rumores de mercaderes de tierras muy lejanas que se aventuraban a entrar en los puertos comerciales de la Confederación Keshiana, o que trataban con los piratas de las Islas del Crepúsculo, pero son solo rumores. No me extraña que jamás hayamos oído hablar de esos lugares. Sería un capitán muy valiente el que pusiera rumbo a un puerto tan remoto.

Los sacó de su estudio el sonido de Gathis, que volvía a la sala. Llevaba una bandeja con una jarra y cuatro copas.

—Mi amo me ordenó que les dijera que han de disfrutar de la hospitalidad de esta casa todo el tiempo que deseen. —Colocó la bandeja sobre la mesa y sirvió el vino. Luego sacó un pergamino que llevaba en la túnica y se lo entregó a Kulgan—. Me ordenó que os diera esto. Me retiraré mientras consideran el mensaje de mi amo. Si me necesitaran, solo tienen que decir mi nombre y volveré al instante. —Hizo una ligera inclinación y dejó la sala.

Kulgan contempló el pergamino. Estaba sellado con cera negra, grabada con la letra M. Rompió el sello y desenrolló el pergamino. Empezó a leer en voz baja y luego dijo:

—Sentémonos.

Pug enrolló el gran mapa y lo guardó, luego volvió a la mesa donde ya se habían sentado los demás. Sacó una silla y esperó con Meecham y Arutha mientras Kulgan leía. El viejo mago sacudió la cabeza con lentitud.

—Escuchad —dijo, y leyó en voz alta:

*Para los magos Kulgan y Pug, saludos. He anticipado algunas de vuestras preguntas y me he esforzado por contestarlas lo mejor que he podido. Me temo que hay otras que deben quedar sin respuesta, pues buena parte de mi persona debe*

permanecer oculta. No soy lo que los tsurani llamarían un Grande, si bien he visitado ese mundo, como Pug sabe, en varias ocasiones. Mi magia solo existe en mí y desafía cualquier descripción que se pueda hacer en términos de las Sendas Mayor o Menor. Basta decir que camino por muchas sendas.

Me veo a mí mismo como sirviente de los dioses, aunque quizá solo sea mi vanidad la que habla. Sea cual sea la verdad, he viajado a muchas tierras y he trabajado por muchas causas.

De mis primeros años no diré mucho. No soy de este mundo pues he nacido en una tierra muy remota, tanto en el espacio como en el tiempo. No es demasiado distinta de este mundo, pero hay muchas razones para que vuestros principios la consideren extraña.

Soy mayor de lo que quisiera recordar, viejo incluso según los criterios de los elfos. Por razones que no comprendo he vivido eras enteras, aunque mi pueblo es tan mortal como el vuestro. Quizá sea que, cuando entré en el mundo de las artes mágicas, sin querer me concedí esta casi inmortalidad, o puede que sea el regalo, o maldición, de los dioses.

Desde que me convertí en hechicero ha sido mi destino conocer mi futuro, igual que otros conocen su pasado. Jamás he huido de lo que sabía que había ante mí, aunque a menudo lo deseara. He servido tanto a grandes reyes como a simples campesinos. He vivido en las más suntuosas ciudades y en las chozas más toscas. Con frecuencia he comprendido el significado de mi participación, en ocasiones no, pero siempre he seguido la senda predestinada que colocaban ante mí.

Kulgan se detuvo un momento.

—Eso explica por qué sabía tanto. —Reanudó entonces la lectura.

De todos mis trabajos, mi papel en la guerra de la fractura fue el más difícil. Jamás he sentido un deseo mayor de alejarme de la senda que se abría ante mí. Jamás he sido responsable de la pérdida de tantas vidas, y lamento su muerte más de lo que sabréis jamás. Pero mientras consideráis mi «traición», pensad en mi situación.

No podía cerrar la fractura sin la ayuda de Pug. Estaba predestinado que la guerra debía continuar mientras él aprendía su arte en Kelewan. A pesar del terrible precio que se ha pagado, pensad en los beneficios. Ahora hay alguien en Midkemia que practica el Arte Mayor, que se perdió con la llegada del hombre durante las Guerras del Caos. El beneficio obtenido sólo lo podrá juzgar la historia, pero creo que tiene gran valor.

En cuanto a que cerrara la fractura en un momento en que la paz estaba tan cerca, solo puedo decir que era vital. Los Grandes tsurani habían olvidado que las fracturas están sujetas a la detección del Enemigo.

Kulgan levantó la mirada sorprendido.

—¿Enemigo? Pug, esto se refiere a algo que creo que debes explicar.

Pug les explicó rápidamente lo que sabía sobre el legendario Enemigo. Arutha dijo:

—¿Puede existir de verdad un ser tan terrible? —Su expresión traicionaba la incredulidad que sentía.

—De que una vez existió no cabe duda —dijo Pug—, y el que un ser de semejante poder siga existiendo no es algo que no se pueda imaginar. Pero de todas las razones imaginables para las acciones de Macros, esta es la última que hubiera creído posible. Nadie de la Asamblea lo había soñado siquiera. Es increíble. Kulgan continuó leyendo.

Para él es como un faro que atrae a esa horrenda entidad a través del espacio y el tiempo. Podrían haber pasado muchos años más antes de que hubiera aparecido, pero una vez aquí, todos los poderes de vuestro mundo habrían tenido dificultades, quizá incluso hubieran sido insuficientes, para arrancarlo de Midkemia. Había que cerrar la fractura. Los motivos que elegí para garantizar su cierre a costa de tantas vidas deberían ser obvios para vosotros.

Pug lo interrumpió.

—¿Qué quiere decir con eso de «deberían ser obvios»?

—Macros era, al parecer y ante todo, un estudiante de la naturaleza humana —



dijo Kulgan—. ¿Podría haber convencido él solo al rey y al Emperador de que había que cerrar la fractura, con tanto como se podía ganar manteniéndola abierta? Quizá sí o quizá no, pero en cualquier caso se habría producido esa tentación tan humana de mantenerla abierta, «sólo un poco más». Creo que lo sabía, y se aseguró de que no hubiera alternativa. —Kulgan volvió a retomar la lectura.

*En cuanto a lo que ocurrirá a partir de ahora, no puedo decirlo. Mi visión del futuro termina con la explosión de la fractura. Ya sea porque sea esa, al fin, mi hora, o sencillamente el comienzo de una nueva era de mi existencia, no lo sé. En el caso de que hayáis presenciado mi muerte, he decidido que se lleve a cabo lo siguiente. Todas mis investigaciones, con alguna excepción, están contenidas en esta habitación. Se deben utilizar para impulsar las Artes Mayores y Menores. Es mi deseo que toméis posesión de los libros, pergaminos y tomos aquí contenidos y los utilicéis con ese fin. Una nueva época está comenzando para la magia del Reino, y es mi deseo que otros se beneficien de mis trabajos. En vuestras manos dejo esta nueva era.*

—Está firmado *Macros*.

Kulgan colocó el pergamino sobre la mesa.

—Una de las últimas cosas que me dijo fue que deseaba que lo recordaran con amabilidad —dijo Pug.

Se quedaron callados durante un momento, luego Kulgan llamó al criado:

—¡Gathis!

A los pocos segundos apareció la criatura en la puerta.

—¿Sí, amo Kulgan?

—¿Sabes lo que se contiene en este pergamino?

—Sí, amo Kulgan. Mi amo fue muy explícito en sus instrucciones. Se aseguró de que fuéramos conscientes de sus exigencias.

—¿Fuéramos? —dijo Arutha.

Gathis esbozó su sonrisa llena de dientes.

—No soy más que uno de los sirvientes de mi amo. Se instruyó a los otros para que evitaran que los vieran, pues se temía que su presencia pudiera causarles cierta incomodidad. Mi amo carecía de la mayor parte de los prejuicios humanos, y se conformaba con juzgar a cada criatura que conocía según sus propios méritos.

—Exactamente, ¿qué eres tú? —preguntó Pug.

—Pertenezco a una raza semejante a los trasgos, al igual que los elfos se parecen a

la Hermandad Oscura. Éramos una raza antigua y perecimos todos, salvo unos pocos, mucho antes de que los humanos llegaran al Mar Amargo. A los que quedaban los trajo aquí Macros, y yo soy el último de ellos.

Kulgan contempló a la criatura. A pesar de su apariencia, había en él algo atractivo.

—¿Qué harás ahora?

—Esperaré aquí el regreso de mi amo y mantendré en orden su hogar.

—¿Esperas que vuelva? —preguntó Pug.

—Es lo más probable. Dentro de un día, o de un año, o de un siglo. No importa. Las cosas estarán listas por si volviera.

—¿Y si ha fallecido? —preguntó Arutha.

—En ese caso envejeceré y moriré esperando, pero no creo que sea así. He servido al Negro durante mucho tiempo. Entre nosotros hay... cierto entendimiento. Si estuviera muerto, creo que yo lo sabría. Simplemente está... ausente. Incluso si está muerto, es posible que regrese. El tiempo no es igual para mi amo que para el resto de los hombres. Me contento con esperar.

Pug pensó en eso.

—En verdad debió de ser maestro de toda magia.

La sonrisa de Gathis se amplió.

—Se reiría al oír eso, amo. Siempre se estaba quejando de que había mucho que aprender y muy poco tiempo para aprenderlo. Y eso lo decía un hombre que había vivido años sin cuento.

Kulgan habló mientras se levantaba de la silla:

—Tendremos que llamar a algunos hombres para llevar todo esto al barco.

—No os inquietéis, amo —dijo Gathis—. Retírense a su barco cuando lo deseen. Dejen dos barcas en la playa de la cala. Con las primeras luces de la mañana siguiente encontrarán todo colocado a bordo, embalado y listo para embarcar.

Kulgan asintió.

—Muy bien; entonces deberíamos empezar de inmediato a catalogar todas estas obras, antes de trasladarlas.

Gathis se acercó a una estantería y volvió con un pergamino enrollado.

—Me he anticipado a vuestras necesidades, amo, y he preparado la lista de todas las obras que hay aquí.

Kulgan desenrolló el pergamino y empezó a leer el inventario de las obras. Abrió los ojos como platos.

—Escuchad —dijo emocionado—. Aquí hay una copia del *Expectativas de la Transformación de la Materia* de Vitalus. —Y abrió aún más los ojos—. Y el *Investigación Temporal* de Spandric. ¡Esa obra se creía perdida hace cien años! —Miró a los otros con el asombro dibujado en la cara—. Y cientos de volúmenes con el

nombre de Macros en ellos. Esto es un tesoro de valor incalculable.

—Me alegra que así os lo parezca, amo —dijo Gathis.

Kulgan empezó a pedir que le trajeran esos volúmenes, pero Arutha lo cortó.

—Espera, Kulgan. Como empieces, tendremos que atarte para sacarte de aquí. Volvamos al barco y esperemos a que nos traigan todo esto. Debemos zarpar pronto.

Kulgan parecía un niño al que le acabaran de quitar los caramelos. Arutha, Pug y Meecham se rieron de la expresión del fornido mago.

—No hay motivo para quedarnos ahora —dijo Pug—. Tendremos años para estudiar todo esto después de la coronación. Mira a tu alrededor, Kulgan. ¿Pretendes absorber todo esto de una sola vez?

Una mirada de resignación cruzó el rostro del viejo mago.

—Muy bien.

Pug examinó todo lo que había en la habitación.

—Piensa en ello. Una academia para el estudio de la magia, y en el corazón de la misma, la biblioteca de Macros.

Los ojos de Kulgan se iluminaron.

—Casi había olvidado el legado del duque. Un lugar para aprender. Un aprendizaje ya no aprenderá de este o de aquel maestro, sino de muchos. Con este legado y tus enseñanzas, Pug, tenemos un comienzo maravilloso.

—Pongámonos en camino si queremos comenzar de una vez —dijo Arutha—. Hay que coronar a un nuevo rey, y cuanto más os demoréis aquí más probable es que os perdáis entre estos libros.

Kulgan lo miró como si hubieran atacado su buen nombre.

—Bueno, me llevaré unas cuantas cosas para estudiarlas mientras estamos en el barco, si no tenéis ninguna objeción...

Arutha levantó una mano para tranquilizarlo.

—Todo lo que desees —dijo con una sonrisa lastimera—. Pero, por favor, no más de lo que razonablemente podemos cargar en el bote.

Kulgan sonrió y le cambió el humor.

—De acuerdo. —Se volvió hacia Gathis—. ¿Querías coger esos dos volúmenes que he mencionado?

Gathis le entregó los dos volúmenes, antiguos y muy leídos. Kulgan se quedó sorprendido mientras Gathis decía:

—Pensé que podrían llegar a un acuerdo semejante y los saqué de las estanterías mientras discutían el asunto.

Kulgan se dirigió a la puerta mientras sacudía la cabeza y miraba los dos tomos que llevaba en la mano. Los otros lo siguieron y Gathis cerró la puerta tras ellos. El trasgoide los guio hasta el patio y les deseo un buen viaje a la puerta de la torre.

Cuando las grandes puertas se cerraron tras ellos, Meecham dijo:

—Este tal Macros parece haber planteado cinco preguntas por cada una de las que ha contestado.

—Tienes mucha razón, viejo amigo —respondió Kulgan—. Quizá consigamos saber algo más leyendo sus notas y otras obras. O quizá no, y es posible que sea de justicia.

*Renacimiento*

Rillanon estaba en fiestas. Por todas partes ondeaban los estandartes al viento, y las guirnaldas de las flores de verano sustituían a los paños negros que habían marcado el periodo de duelo por el difunto rey y su primo Borric. Ahora iban a coronar a un nuevo rey y el pueblo lo celebraba. El pueblo de Rillanon no sabía mucho de Lyam, pero era hermoso y generoso con las sonrisas en público. Para el populacho era como si el sol hubiera salido detrás de las oscuras nubes que habían sido el reinado de Rodric.

Pocos eran los ciudadanos que se daban cuenta de los muchos guardias reales que circulaban por toda la ciudad, siempre alerta por si veían señales de los agentes y posibles asesinos de Guy du Bas-Tyra. Y menos aún notaron a los hombres de paisano que siempre se acercaban cuando se reunía algún grupo para hablar del nuevo rey, y escuchaban todo lo que se decía.

Arutha hizo trotar a su caballo hacia el palacio y dejó atrás a Pug, Meecham y Kulgan. Maldijo al destino que los había retrasado casi una semana, atrapados en medio de una calma chicha a menos de tres días de Krondor, y luego la lentitud del viaje a Salador. Era media mañana y los sacerdotes de Ishap ya atravesaban la ciudad con la nueva corona del rey. En menos de tres horas, aparecerían ante el trono y Lyam tomaría la corona.

Arutha llegó al palacio y los gritos de los guardias resonaron por todo el enorme patio.

—¡Llega el príncipe Arutha!

Arutha le dio su montura a un paje y se apresuró a subir los escalones del palacio. Al llegar a la entrada, Anita llegó corriendo en su dirección con una sonrisa radiante en el rostro.

—Oh —exclamó—, ¡me alegro tanto de verte!

El príncipe le devolvió la sonrisa.

—Yo también me alegro de verte. Tengo que prepararme para la ceremonia. ¿Dónde está Lyam?

—Se ha ido a esconder a la Tumba Real. Dejó dicho que debías ir directamente allí para hablar con él. —El tono de la joven era inquieto—. Aquí ocurre algo extraño, pero nadie parece saber qué es. Solo Martin Arcolargo ha visto a Lyam desde la cena de anoche, y cuando vi a Martin tenía una expresión extrañísima.

Arutha se echó a reír.

—Martin siempre tiene expresiones extrañas. Venga, vamos a ver a Lyam.

La joven no le permitió que hiciera caso omiso de la advertencia.

—No, has de ir solo, eso es lo que ordenó Lyam. Además, debo vestirme para la ceremonia. Pero, Arutha... hay algo muy raro en el ambiente.

La actitud de Arutha se hizo más reflexiva. Anita sabía juzgar muy bien aquellas cosas.

—Muy bien. De todas formas, tendré que esperar a que traigan mis cosas del barco. Iré a ver a Lyam; luego, cuando este misterio se aclare, me reuniré contigo en la ceremonia.

—Bien.

—¿Dónde está Carline?

—Enredando con esto y lo de más allá. Le diré que has llegado.

Lo besó en la mejilla y se fue a toda prisa. Arutha no había estado en la cripta de sus ancestros desde niño, la primera vez que había venido a Rillanon, para la coronación de Rodric. Le pidió a un paje que lo llevara allí y el muchacho lo guio por un laberinto de pasillos.

El palacio había sufrido muchas transformaciones a lo largo de los siglos: se habían añadido nuevas alas, se había construido sobre lo destruido por los incendios, los terremotos o la guerra, pero en el centro de aquel vasto edificio permanecía la primera torre, la más antigua. El único indicio de que estaban entrando en aquellas antiguas salas fue la repentina aparición de paredes de piedra oscura, alisadas por el tiempo. Dos guardias estaban de servicio ante una puerta sobre la que se había tallado un bajorrelieve del blasón de los reyes conDoin, un león coronado sujetando una espada con las zarpas. El paje dijo: «El príncipe Arutha», y los guardias abrieron la puerta. Arutha entró en una pequeña antesala con un largo tramo de escaleras que llevaban abajo.

Bajó las escaleras pasando al lado de filas de antorchas que ardían con alegría y manchaban las piedras de las paredes de hollín negro. Terminaron las escaleras y Arutha se encontró ante una gran puerta arqueada. A ambos lados se cernían estatuas heroicas de antiguos reyes. A la derecha, con los rasgos deslucidos por el tiempo, se levantaba la estatua de Dannis, el primer rey conDoin de Rillanon, unos setecientos cincuenta años atrás. A la izquierda se encontraba la estatua de Delong, el único rey llamado «el Grande», el primer rey que llevó el estandarte de Rillanon al continente con la conquista de Bas-Tyra, doscientos cincuenta años después de Dannis.

Arutha pasó entre los retratos de sus ancestros y entró en la cripta funeraria. Caminó entre los antiguos antepasados de su linaje, sepultados en las paredes y bajo grandes catafalcos. Reyes y reinas, príncipes y princesas, canallas y pícaros, santos y eruditos bordeaban su camino. Al otro extremo de la enorme cámara encontró a Lyam, sentado al lado del catafalco que contenía el ataúd de piedra de su padre. Se había tallado un retrato de Borric en la superficie del ataúd, y daba la impresión de que el difunto Duque de Crydee yacía allí dormido.

Arutha se acercó poco a poco, ya que Lyam parecía absorto en sus pensamientos. Lyam levantó la vista.

—Temía que llegaras tarde.

—Como así ha sido. Tuvimos un tiempo espantoso y progresamos con lentitud, pero estamos todos aquí. Bueno, ¿qué es todo este extraño asunto? Anita me ha dicho que has pasado aquí la noche y que hay algún misterio. ¿Qué pasa?

—He reflexionado mucho sobre este asunto, Arutha. El Reino entero lo sabrá dentro de unas horas, pero quería que tú vieras lo que he hecho y oyeras lo que debo decir antes que los demás.

—Anita dijo que Martin estaba aquí contigo esta mañana. ¿Qué es esto, Lyam?

Lyam se alejó del catafalco de su padre y lo señaló. Inscritas sobre las piedras de la sepultura estaban las palabras:

*Aquí yace Borric  
Tercer Duque de Crydee  
Esposo de Catherine  
Padre de Martin, Lyam,  
Arutha y Carline*

Los labios de Arutha se movieron pero de ellos no salió ninguna palabra. Sacudió la cabeza y luego dijo:

—¿Qué locura es esta?

Lyam se interpuso entre Arutha y el retrato de su padre.

—No es ninguna locura, Arutha. Nuestro padre reconoció a Martin en su lecho de muerte. Es nuestro hermano. Es el mayor.

La cólera distorsionó el rostro de Arutha.

—¿Por qué no me lo contaste? —dijo con tono atormentado—. ¿Qué derecho tenías a ocultármelo?

Lyam también levantó la voz.

—A todos los que lo sabían se les hizo jurar que guardarían el secreto. No podía arriesgarme a que nadie lo supiera hasta que se lograra la paz. Había demasiado que perder.

Arutha apartó de un empujón a su hermano y miró incrédulo la inscripción.

—Ahora todo adquiere sentido, un sentido retorcido. La exclusión de Martin de la Elección. La forma en que nuestro padre siempre estaba pendiente de dónde estaba. La libertad que tenía para ir y venir como quisiera... —La amargura teñía las palabras de Arutha—. ¿Pero por qué ahora? ¿Por qué reconoció nuestro padre a Martin después de tantos años de negarlo?

Lyam intentó consolarlo.

—He ido atando algunos cabos con lo que me han contado Kulgan y Tully. Aparte de ellos, nadie lo sabía, ni siquiera Fannon. Nuestro padre fue invitado de Brucal durante el primer año de su ducado, después de la muerte del abuelo. Se tropezó con una bonita criada y concibió a Martin. Hasta cinco años después nuestro padre no supo de su existencia. Nuestro padre ya había venido a la corte, había conocido a nuestra madre y se había casado. Cuando se enteró de la existencia de Martin, su madre ya lo había abandonado en manos de los monjes de la abadía de Silban. Nuestro padre decidió dejar a Martin a su cuidado. Cuando yo nací, empezó a tener remordimientos por tener un hijo al que no había reconocido, y cuando yo cumplí los seis años Martin ya estaba listo para la Elección. Nuestro padre lo arregló para que lo trajeran a Crydee, pero no quería reconocerlo por temor a avergonzar a nuestra madre.

—¿Entonces por qué ahora?

Lyam miró el retrato de su padre.

—¿Quién sabe qué pasa por la mente de un hombre momentos antes de morir? Quizá se sintió más culpable, o tal vez fue un cierto sentido del honor. Fuera cual fuera la razón, reconoció a Martin y Brucal dio fe.

La cólera todavía resonaba en la voz de Arutha.

—Y ahora tenemos que ocuparnos de esta locura, sean cuales sean las razones de nuestro padre para crearla. —Clavó en Lyam una mirada dura—. ¿Qué dijo cuando lo trajiste aquí para ver esto?

Lyam desvió la mirada, como si le doliera lo que iba a decir.

—Se quedó en silencio y luego lo vi llorar. Al fin dijo: «Me alegro de que te lo contara». Arutha, lo sabía —Lyam agarró el brazo de su hermano—. Durante todos esos años nuestro padre pensó que ignoraba sus derechos de nacimiento, y lo sabía. Y ni una sola vez intentó aprovecharse de ese conocimiento.

Se apaciguó entonces la ira de Arutha.

—¿Dijo algo más?

—Solo «Gracias, Lyam», y luego se fue.

Arutha se paseó por un momento y luego miró a Lyam.

—Martin es un buen hombre, de los mejores que he conocido, yo soy el primero en decirlo. ¡Pero este reconocimiento! Por todos mis dioses, ¿sabes lo que has hecho?



—Soy consciente de mis actos.

—Has puesto en riesgo todo lo que hemos ganado durante los últimos nueve años, Lyam. ¿Vamos a luchar contra los ambiciosos señores orientales, que podrían reunir sus fuerzas en nombre de Martin? ¿Terminamos con una guerra solo para empezar otra incluso más amarga?

—No habrá apelación.

Arutha detuvo sus paseos y entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que Martin ha prometido no expresar su pretensión?

—No. Yo he decidido no oponerme a Martin si él decidiera solicitar la corona.

Arutha se quedó sin habla durante un momento, conmocionado mientras contemplaba a Lyam. Por primera vez comprendió las terribles dudas que había expresado su hermano cuando hablaba de ser rey.

—No quieres ser rey —dijo con tono acusatorio.

Lyam se echó a reír con amargura.

—Ningún hombre en su sano juicio querría. Tú has dicho lo mismo, hermano. No sé si estoy a la altura de las cargas que impone un reinado. Pero eso ya no está en mis manos. Si Martin habla como rey, reconoceré sus derechos.

—¡Sus derechos! El sello real pasó a tus manos ante la mayor parte de los Grandes Señores del Reino. Tú no eres un Erland enfermo que renuncia en el hijo de su hermano a causa de su mala salud, dado que no existe un derecho de sucesión claro. ¡Tú has sido proclamado heredero!

Lyam bajó la cabeza.

—El anuncio de la sucesión no es válido, Arutha. Rodric me nombró heredero al ser «el varón con Doin de mayor edad», cosa que no soy. Es Martin.

Arutha se enfrentó a su hermano.

—Un magnífico legalismo, Lyam, ¡pero un legalismo que podría provocar la destrucción del Reino! Si Martin expresara su pretensión ante el consejo reunido, los sacerdotes de Ishop romperán la corona y el asunto pasará al Consejo de los Grandes Señores para su resolución. Aun con Guy oculto, hay decenas de duques, decenas de condes y toda una hueste de barones que estarían encantados de rebanarles la garganta a sus vecinos con tal de convocar un consejo así. Tal regateo terminaría con la mitad de las haciendas del Reino cambiando de manos por unos cuantos votos. ¡Menudo carnaval! Si tomas la corona, Bas-Tyra no puede actuar. Pero si apoyas a Martin, muchos se negarán a seguirte. Un consejo en punto muerto es exactamente lo que quiere Guy. Te apostaría todo lo que poseo a que está en algún lugar de la ciudad en este mismo momento, tramando algo por si se diera el caso. Si los grandes señores del este se van, Guy saldrá y serán muchos los que acudan a ponerse bajo su estandarte.

Lyam parecía abrumado por las palabras de su hermano.

—No sé lo que ocurrirá, Arutha. Pero sé que yo no podía hacer otra cosa.

Arutha parecía a punto de golpear a Lyam.

—Quizá tú hayas heredado la carga que representa el sentido del honor familiar que tenía nuestro padre, ¡pero recaerá sobre el resto de nosotros la tarea de matar! Por la misericordia de los cielos, Lyam, ¿qué crees que pasará si un cazador hasta ahora sin nombre se sienta en el trono de los conDoin simplemente porque nuestro padre se tropezó con una bonita criada hace casi cuarenta años? ¡Habrá una guerra civil!

Lyam se mantuvo firme.

—Si acaso nuestras posiciones fueran a la inversa, ¿le habrías robado a Martin sus derechos de nacimiento?

La ira de Arutha se desvaneció. Miró a su hermano con el asombro dibujado en el rostro.

—¡Dioses! Te sientes culpable porque nuestro padre negó a Martin durante toda su vida, ¿verdad? —Se alejó un poco de Lyam, como si intentara ver las cosas desde otra perspectiva—. Si acaso nuestras posiciones fueran a la inversa, desde luego que le negaría a Martin sus derechos de nacimiento. Después de treinta y siete años, ¿qué importan unos días más? Después de convertirme en rey y ocupar con firmeza el trono, entonces lo haría duque, pondría un ejército bajo su mando, lo nombraría Primer Consejero, lo que necesitara para limpiar mi conciencia, pero no hasta que el Reino estuviera a salvo. No querría que Martin interpretara el papel de Borric I contra Jon el Aspirante de Guy, y haría lo que hubiera que hacer para evitar que eso ocurriera.

Lyam suspiró con un profundo pesar.

—Entonces tú y yo somos dos tipos diferentes de hombre, Arutha. Ya te dije en el campamento que tú serías mejor rey que yo. Quizá tengas razón, pero lo que está hecho, hecho está.

—¿Sabe Brucal todo esto?

—Solo nosotros tres. —Miró directamente a Arutha—. Solo los hijos de nuestro padre.

Arutha enrojeció, irritado por el comentario.

—No me malinterpretes, Lyam. Siento por Martin no poco afecto, pero aquí se están tratando temas mucho más importantes que cualquier consideración personal. —Pensó en silencio durante un momento—. Entonces está en manos de Martin. Si tenías que hacerlo, al menos hiciste bien en no convertirlo en un asunto público. Ya habrá conmoción suficiente si Martin decidiera hablar en la coronación. Al menos, al saberlo de antemano podemos prepararnos.

Arutha se dirigió a las escaleras, luego se detuvo y miró a su hermano.

—Lo que has dicho es un arma de doble filo, Lyam. Quizá porque no puedes negar a Martin, tú serás mejor rey que yo. Pero a pesar de lo mucho que te quiero, no

permitiré que se destruya al Reino por el tema de la sucesión.

Lyam parecía incapaz de seguir discutiendo con su hermano. El agotamiento, una resignación cansada a lo que el destino quisiera repararle, resonó en sus palabras.

—¿Qué harás?

—Lo que debe hacerse. Me aseguraré de que los que nos son leales estén advertidos. Si se produce la necesidad de luchar, entonces que tengamos nosotros la ventaja de la sorpresa. —Hizo una pequeña pausa—. No siento más que el mayor de los afectos por Martin, Lyam, ya debes de saberlo. Cacé con él de niño, y fue en gran parte responsable de que yo pudiera arrancar a Anita de las garras de los perros guardianes de Guy, una deuda que jamás podré pagar. En otro tiempo y lugar, estaría encantado de aceptarlo como hermano. Pero si tuviera que producirse un derramamiento de sangre, Lyam, estoy dispuesto a matarlo.

Arutha dejó la cripta de sus ancestros. Lyam se quedó solo, sintiendo sobre sus hombros el frío de varios siglos.

Pug miraba por la ventana y recordaba. Katala llegó a su lado y salió de su ensueño.

—Estás preciosa —dijo él. La joven iba vestida con una maravillosa túnica de un color rojo profundo, con un ribete dorado en el corpiño y las mangas—. La duquesa más elegante de toda la corte no podría igualar tu belleza.

La dama sonrió al oír el cumplido.

—Gracias, marido mío. —Giró para lucir mejor el vestido—. Tu duque Caldric es el verdadero mago de este sitio. Cómo es que pudo su personal conseguir todas estas cosas y tenerlas listas en apenas dos horas es verdaderamente mágico. —Le dio unos golpecitos a la encopetada falda y añadió—: Hace falta cierta práctica para andar con estas túnicas tan pesadas. Creo que prefiero los vestidos más cortos de casa. —Acarició la tela—. Sin embargo, es un paño precioso. Y con este mundo tuyo tan frío, entiendo la necesidad. —Había refrescado el tiempo ahora que el verano se agotaba. En menos de dos meses empezaría a caer la nieve.

—Espera hasta el invierno, Katala, si crees que ahora hace frío.

William entró corriendo en la habitación, procedente del dormitorio contiguo.

—Mamá, papá —chilló con la exuberancia propia de la infancia. Iba vestido con una túnica y unos pantalones propios de un pequeño noble, de una tela y un acabado muy elegantes. El chiquillo saltó a los brazos extendidos de su padre—. ¿Adónde vais? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Vamos a ver cómo se convierte Lyam en rey, William —dijo Pug—. Mientras estamos fuera, haz caso a la niñera y no molestes a Fantus.

Dijo que lo haría y no lo haría, respectivamente, pero su sonrisa pícaro puso en duda su credibilidad. La doncella que se encargaría de cuidar a William entró y se llevó al niño tras ella, para devolverlo a su habitación.

Pug y Katala dejaron la estancia que les había asignado Caldric y se dirigieron al salón del trono. Al doblar una esquina vieron a Laurie saliendo de su habitación, mientras Kasumi esperaba nervioso a un lado.

La expresión de Laurie se iluminó al verlos.

—¡Ah! Ahí estáis. Esperaba veros a los dos antes de que empezaran todas las ceremonias.

Kasumi se inclinó ante Pug, aunque el mago ahora llevaba una túnica y unos pantalones de color bermejo muy a la moda, en lugar de la túnica negra.

—Grande —dijo.

—Eso ya es cosa del pasado, Kasumi. Por favor, llámame Pug.

—Los dos estáis tan guapos con la ropa nueva y el uniforme... —dijo Katala. Laurie llevaba ropa de brillantes colores a la última moda, una túnica amarilla con un sobretodo sin mangas en verde, y unos pantalones negros apretados metidos por las botas altas. Kasumi vestía el uniforme de Caballero Capitán de la guarnición lamutiana, túnica y pantalones de un color verde oscuro, y el tabardo con la cabeza de lobo gris de LaMut.

El juglar sonrió a la dama.

—Con toda la emoción de los últimos meses me había olvidado de que llevaba encima una pequeña fortuna en piedras preciosas. Dado que no puedo conspirar para devolvérselas al Señor de los Shinzawai y su hijo se niega a aceptarlas, supongo que son mías por derecho. Ya no tendré que preocuparme por encontrar una viuda con una taberna.

—Kasumi, ¿cómo les va a tus hombres? —preguntó Pug.

—Bastante bien, aunque todavía existe cierta incomodidad entre ellos y los soldados lamutianos. Debería pasar con el tiempo. Tuvimos un encuentro con la Hermandad la semana después de irnos. Saben luchar, pero los derrotamos. Hubo una gran celebración entre todos los hombres de la guarnición, tanto tsurani como lamutianos. Fue un buen comienzo.

Había sido mucho más que un encuentro. Habían llegado a Rillanon noticias de la batalla. Los Hermanos Oscuros y sus aliados trasgos habían asaltado Yabon tras invadir una de las guarniciones de la frontera, debilitada durante la guerra. Los tsurani, que en esos momentos se dirigían a Zün, habían dado la vuelta, se habían lanzado hacia el norte y habían relevado a la guarnición. Los ultramundanos habían peleado como locos para salvar a sus antiguos enemigos de la gran hueste trasga, a la que habían hecho retirarse a las montañas situadas al norte de Yabon.

Laurie le guiñó un ojo a Pug.

—Tras haberse convertido en una especie de héroes, a nuestros amigos tsurani les dieron una bienvenida bastante aparente cuando llegaron a Rillanon. —Al estar muy lejos del centro de la guerra, los habitantes de la ciudad no temían ni odiaban a sus

antiguos enemigos, y les habían dado una bienvenida que habría sido inimaginable en las Ciudades Libres, en Yabon o en la Costa Lejana—. Creo que los hombres de Kasumi estaban un poco abrumados.

—Lo cierto es que así es —asintió Kasumi—. Semejante recepción habría sido imposible en nuestro mundo, pero aquí...

—Aun así —continuó Laurie—, parecían estar a la altura de las circunstancias. Estos hombres han desarrollado con gran rapidez el gusto por los vinos y la cerveza del Reino, y hasta han conseguido superar la aversión que les inspiran las mujeres altas.

Kasumi desvió la mirada con una sonrisa avergonzada en el rostro.

—Hace una semana —siguió Laurie—, nuestro gallardo Caballero Capitán fue el huésped de honor de una de las familias de mercaderes más ricas de la ciudad, una familia que pretende ampliar sus actividades comerciales con el Oeste. Desde entonces se le ha visto con frecuencia acompañando a la hija de cierto mercader.

Katala se echó a reír y Pug sonrió ante el azoramiento de Kasumi.

—Siempre ha aprendido muy rápido —dijo el mago.

Kasumi bajó la cabeza, ruborizado pero con una amplia sonrisa en el rostro.

—Aun así, no es nada fácil admitir la libertad que tienen las mujeres de vuestro país. Ahora entiendo por qué los dos habéis sido siempre tan obstinados. Debéis de haberlo aprendido de vuestras madres.

La atención de Laurie se distrajo al ver que se acercaba alguien. Pug percibió una expresión de abierta admiración en el rostro del cantante. El mago se dio la vuelta y se enfrentó a la visión de una hermosa joven que se acercaba con una escolta. Pug abrió mucho los ojos al reconocer a Carline. Era una mujer tan encantadora como había prometido en su juventud. Se acercó a ellos y despidió a la guardia con la mano. Tenía un aspecto majestuoso con la elegante túnica verde que llevaba y una tiara tachonada de perlas coronándole el cabello oscuro.

—Maestro mago —dijo ella—. ¿No va a saludar a una vieja amiga?

Pug se inclinó ante la princesa, al igual que Kasumi y Laurie. Katala hizo una reverencia, como le había enseñado una de las doncellas de palacio.

—Princesa, me halagáis al recordar a un simple chico de la torre —contestó Pug.

Carline sonrió con un intenso brillo en sus ojos azules.

—Oh, Pug... jamás fuiste simple en nada. —Se fijó en que tras él estaba Katala—. ¿Es esta tu esposa? —Cuando Pug asintió y las presentó, la princesa besó a Katala en la mejilla—. Querida mía, había oído que eras encantadora, pero los informes que me dio mi hermano no te hacían justicia.

—Su Alteza es muy amable —respondió Katala.

Kasumi había vuelto a adoptar su nerviosa actitud, pero Laurie era incapaz de quitarle los ojos de encima a la joven de verde. Katala tuvo que tirarle del brazo con

fuerza para volver a captar su atención.

—Laurie, ¿quieres mostrarnos a Kasumi y a mí un poco del palacio, antes de que den comienzo las ceremonias?

Laurie esbozó una amplia sonrisa, se inclinó ante la princesa y acompañó a Kasumi y Katala por el pasillo. Pug y la princesa contemplaron cómo se iban.

—Tu esposa es una mujer muy perspicaz —dijo ella.

Pug sonrió.

—Lo cierto es que es asombrosa.

Carline parecía sinceramente contenta de verlo.

—Tengo entendido que también tienes un hijo.

—William. Es un diablillo, y un tesoro.

Había un pequeño rastro de envidia en la expresión de Carline.

—Me gustaría conocerlo. —Hizo una pausa y luego añadió—: Has sido muy afortunado.

—Muy afortunado, Alteza.

La joven lo tomó del brazo y empezaron a caminar despacio.

—¿Tan formal, Pug? ¿O debería llamarte, Milamber, como he oído que te llamaban?

La vio sonreír y sonrió a su vez.

—A veces no sé, aunque aquí Pug parece lo más adecuado. —Esbozó una gran sonrisa—. Parece que te has enterado de muchas cosas sobre mí.

La joven simuló un pequeño puchero.

—Siempre fuiste mi mago favorito.

Compartieron una carcajada. Luego, Pug bajó la voz.

—Siento mucho la muerte de tu padre, Carline.

El rostro de la chica se ensombreció un poco.

—Lyam me dijo que estuviste allí durante sus últimos momentos. Me alegro de que antes de morir viera que habías vuelto sano y salvo. ¿Sabías el gran cariño que te tenía?

Pug sintió que se sonrojaba de la emoción.

—Me dio un nombre; no podría haber hecho mucho más para demostrármelo. ¿Lo sabías?

La expresión de la princesa se iluminó.

—Sí, Lyam también me contó eso. Somos algo así como primos —dijo con una carcajada. Mientras caminaban, ella continuó hablando en voz baja—. Fuiste mi primer amor, Pug, pero más que eso, siempre fuiste mi amigo. Y yo me alegro de ver que mi amigo vuelve a estar en casa.

El mago se detuvo y dio un suave beso en la mejilla a la princesa.

—Y tu amigo está muy contento de haber vuelto a casa.

La dama se sonrojó un poco y lo llevó a un pequeño jardín que había en una terraza. Salieron al sol, que ya brillaba con fuerza, y se sentaron en un banco de piedra. Carline dejó escapar un largo suspiro.

—Solo desearía que mi padre y Roland pudieran estar aquí.

—También sentí mucho la muerte de Roland.

Ella sacudió la cabeza.

—Ese bufón vivió tanto en sus pocos años como la mayor parte de los hombres durante toda su vida. Ocultaba muchas cosas tras esos modales altaneros, pero sabes, creo que quizá haya sido uno de los hombres más sabios que he conocido. Aprovechó cada minuto y le exprimió toda la vida que pudo. —Pug estudió el rostro de la princesa y vio que los recuerdos le iluminaban los ojos—. Si hubiera vivido, me habría casado con él. Sospecho que nos habríamos peleado cada día, Pug. Oh, qué furiosa me ponía, pero también sabía hacerme reír. Me enseñó tanto sobre la vida... Siempre atesoraré su recuerdo.

—Me alegro de que estés en paz con tus pérdidas, Carline. Tantos años de esclavo, y luego de mago en otra tierra, me han cambiado mucho. Al parecer tú también has cambiado mucho.

La chica ladeó la cabeza para mirarlo.

—No creo que hayas cambiado tanto, Pug. Todavía queda en ti parte del niño que fuiste, el niño al que desconcertaban tanto mis atenciones.

Pug soltó una carcajada.

—Supongo que tienes razón. Y en algunas cosas tú tampoco has cambiado, o al menos todavía se te da bien poner nerviosos a los hombres, si la reacción del amigo Laurie sirve de indicación.

La princesa le sonrió con la cara radiante y Pug sintió una leve punzada, un eco de lo que había sentido cuando era niño. Pero ahora ya no le resultaba incómodo porque sabía que siempre amaría a Carline, aunque no de la forma que había imaginado de niño. Más que una pasión tumultuosa, o el profundo vínculo que lo unía a Katala, sabía que lo que sentía era afecto y amistad.

La joven ahondó en su último comentario.

—¿Ese hombre rubio y atractivo que estaba contigo hace unos minutos? ¿Quién es?

Pug sonrió con malicia.

—Tu súbdito más devoto, según todos los indicios. Es Laurie, un trovador de Tyr-Sog, y un golfo poseedor de un ingenio y un encanto sin límites. Tiene un corazón cariñoso y el espíritu de un valiente, y es un auténtico amigo. Algún día te contaré cómo me salvó la vida poniendo en peligro la suya.

Carline ladeó de nuevo la cabeza con coquetería.

—Parece un tipo muy interesante.

Pug se dio cuenta de que, si bien aquella chica había crecido, era más dueña de sí misma y había conocido el dolor de la vida, buena parte de ella seguía sin cambiar.

—Una vez, en broma, le prometí que os presentaría. Ahora estoy seguro de que estaría encantado de conocer a Su Alteza.

—Entonces debemos arreglarlo. —Se levantó—. Me temo que debo ir a prepararme para la coronación. Las campanas empezarán a sonar en cualquier momento y llegarán los sacerdotes. Volveremos a hablar, Pug.

Pug también se levantó.

—Será un placer, Carline.

Le ofreció el brazo pero una voz dijo a sus espaldas:

—Escudero Pug, ¿podría hablar con usted?

Se volvieron y se encontraron con Martin Arcolargo a cierta distancia de ellos, en el jardín pero un poco más atrás. Se inclinó ante la princesa.

—¡Maestre Arcolargo! —dijo Carline—. Aquí está. No lo he visto desde ayer.

Martin sonrió un poco.

—Sentía la necesidad de estar solo. En Crydee, cuando siento esa sensación, vuelvo al bosque. Aquí... —señaló con un gesto el gran jardín escalonado—, esto ha sido lo mejor que he conseguido.

La joven le echó una mirada inquisitiva, pero decidió no prestar más atención al comentario.

—Bueno, supongo que conseguiré asistir a la coronación. Ahora, si me disculpan, debo irme. —Aceptó sus cortesías despedidas y se fue.

Martin miró al mago.

—Me alegro de verte de nuevo, Pug.

—Y yo a ti, Martin. De todos los viejos amigos que tenía aquí, eres el último en saludarme. Aparte de los que continúan en Crydee y a los que aún no he visto, has hecho que por fin mi regreso a casa sea completo. —Pug se dio cuenta de que Martin estaba preocupado—. ¿Ocurre algo?

Martin miró más allá del jardín, hacia la ciudad y el mar que se apreciaba detrás.

—Lyam me lo dijo, Pug. Me dijo que tú también lo sabes.

Pug lo entendió al momento.

—Yo estaba allí cuando murió tu padre, Martin —dijo con la voz aún tranquila.

En silencio, Martin empezó a caminar y, cuando llegó al muro bajo de piedra que rodeaba el jardín, lo agarró con fuerza.

—Mi padre —dijo con amargura—. Cuántos años esperé a que me dijera, «Martin, yo soy tu padre». —El Maestre tragó saliva—. Nunca me importaron la herencia ni cosas parecidas. Me conformaba con seguir siendo el Maestre de Caza. Si al menos me lo hubiera dicho él mismo...

Pug reflexionó sobre lo que iba a decir a continuación.



—Martin, muchos hombres hacen cosas de las que se arrepienten después. A solo unos pocos se les concede la oportunidad de compensarlo. Si una flecha tsurani no se lo hubiera llevado tan pronto, si otras cien cosas no hubieran ocurrido, quizá no hubiera tenido la oportunidad de hacer lo poco que hizo.

—Lo sé, pero eso no me sirve de consuelo.

—¿Te contó Lyam sus últimas palabras? Dijo: «Martin es tu hermano. He cometido una injusticia con él, Lyam. Es un buen hombre y en verdad lo quiero».

Los nudillos de Martin se quedaron blancos de la fuerza con la que se aferraba al muro de piedra. En voz baja repuso:

—No, no me lo dijo.

—Lord Borric no era un hombre sencillo, Martin, y yo sólo era un niño cuando lo conocí, pero dígame lo que se diga de él, no había bajeza de espíritu en ese hombre. No voy a fingir que entiendo por qué actuó de la forma que lo hizo, pero de que te amaba tengo la seguridad.

—Fue todo tan absurdo... Yo sabía que era mi padre y él nunca supo que a mí me lo había dicho mi madre. ¿Cuán diferentes podrían haber sido nuestras vidas si hubiera acudido a él y hubiera proclamado mi identidad?

—Solo los dioses podrían saberlo. —Extendió la mano y acarició el brazo de Martin—. Lo que ahora importa es lo que vas a hacer. El que Lyam te lo dijera significa que hará público tu derecho de nacimiento. Si ya se lo ha dicho a los demás, la corte estará completamente alborotada. Eres el primogénito y tienes derecho a ser el primero en reclamar la corona. ¿Sabes ya lo que harás?

Martin estudió a Pug.

—Hablas con bastante calma de todo esto. ¿No te inquieta mi pretensión al trono?

Pug sacudió la cabeza.

—No tendrías forma de saberlo, pero se me contaba entre los hombres más poderosos de Tsuranuanni. Mi palabra tenía en algunos sentidos más importancia que la orden de cualquier rey. Creo que sé lo que puede hacer el poder y qué clase de hombres aspiran a él. Dudo que ambiciones grandes cosas por sí mismas, a menos que hayas cambiado mucho desde la época en que yo vivía en Crydee. Si aceptas la corona, será por lo que tú crees que son buenas razones. Es posible que sea la única forma de evitar una guerra civil, pues si tú decidieras aceptar el manto de rey, Lyam será el primero en jurarte lealtad. Sea cual sea la razón, harías todo lo que pudieras para actuar con sabiduría. Y si aceptas la púrpura, harás todo lo que puedas para ser un buen gobernante.

Martin parecía impresionado.

—Has cambiado mucho, escudero Pug, más de lo que yo habría esperado. Te agradezco la amable opinión que tienes de mí, pero creo que eres el único hombre del reino que lo creería.

—Sea cual sea la verdad, eres hijo de tu padre y no traerías la deshonra a su casa.

Una vez más, las palabras de Martin estaban teñidas de amargura.

—Habrán personas que juzguen que mi nacimiento ya fue una deshonra. —Miró hacia la ciudad que se extendía a sus pies y luego se volvió para clavar los ojos en Pug—. Si la elección fuera tan sencilla... pero Lyam se ha ocupado de que no lo sea. Si acepto la corona, habrá muchos que vacilen. Si renuncio en favor de Lyam, algunos quizá me utilicen como excusa para negarse a jurarle lealtad. Por todos los dioses, Pug. Si el asunto fuese entre Arutha y yo, no dudaría un momento en apartarme en su favor. ¿Pero Lyam? Hace siete años que no lo veo y esos años lo han cambiado. Parece un hombre abrumado por las dudas. Un comandante de campo muy capaz, sin duda, ¿pero rey? Me enfrento a la temible perspectiva de que quizá yo podría ser un rey más idóneo.

Pug habló con suavidad.

—Como ya he dicho, si reclamas el trono lo harás por lo que en tu opinión son buenas razones, razones que te impone el deber.

Martin cerró la mano derecha y levantó el puño a la altura de la cara.

—¿Dónde termina el deber y empieza la ambición personal? ¿Dónde termina la justicia y empieza la venganza? Hay una parte de mí, una parte que está muy enfadada, que dice: «Extráele todo lo que puedas a este momento, Martin». ¿Por qué no rey Martin? Y luego otra parte de mí se pregunta si mi padre habría colocado esta responsabilidad sobre mis hombros sabiendo que algún día habría de convertirme en rey. Oh, Pug, ¿cuál es mi deber?

—Eso es algo que cada uno de nosotros debe juzgar solo. No puedo ofrecerte ningún consuelo.

Martin se inclinó sobre la barandilla mientras se cubría el rostro con las manos.

—Creo que me gustaría estar solo un rato, si no te importa.

Pug se fue, sabiendo que un hombre afligido reflexionaba sobre su destino. Y el destino del Reino.

Pug encontró a Katala con Laurie y Kasumi, que hablaban con el duque Brucal y el conde Vandros. Al acercarse, oyó hablar al duque.

—Así que por fin tendremos una boda, ahora que este joven tontaina —señaló con un gesto a Vandros— ha pedido la mano de mi hija. Quizá consiga tener algún nieto antes de morir, después de todo. Ya veis lo que pasa cuando se esperan tantos años para casarse. Te haces viejo antes de que se casen tus hijos... —Inclinó la cabeza cuando vio a Pug—. Ah, mago, ahí está.

Katala sonrió cuando vio a su marido.

—¿La princesa y tú habéis tenido una reunión agradable?

—Muy agradable.

Katala le hincó el dedo en el pecho y le dijo:

—Cuando estemos a solas, me vas a repetir cada palabra.

Los otros se echaron a reír ante el azoramiento de Pug, aunque él sabía que su esposa solo estaba bromeando.

—Ah, mago —dijo Brucal—, su mujer es tan encantadora que ojalá volviera a tener sesenta años. —Le guiñó el ojo—. Se la robaría, y al diablo con el escándalo. —Cogió a Pug del brazo y le dijo a Katala—: Si me disculpa, señora, en lugar de eso tendré que robar un instante del tiempo de su marido.

Apartó a Pug del sorprendido grupo y cuando se alejaron lo suficiente le dijo:

—Tengo noticias muy graves.

—Lo sé.

—Lyam es tonto, un tonto muy noble. —Desvió la mirada por un momento, con los ojos cubiertos por el velo del recuerdo—. Pero es hijo de su padre, y nieto de su abuelo también, y al igual que los dos tiene un gran sentido del honor. —Sus ancianos ojos volvieron a concentrarse de inmediato—. Aun así, desearía que su sentido del deber fuera igual de claro. —Bajó la voz aún más—. Manténgase cerca de su esposa. Los guardias de la sala llevan el uniforme púrpura y morirán defendiendo al rey, sea el que sea. Pero pueden ponerse las cosas feas. Muchos de los señores del este son hombres impulsivos, demasiado acostumbrados a que complazcan al instante sus pequeñas exigencias. Unos cuantos podrían abrir la boca y encontrarse masticando acero. Mis hombres y los de Vandro están situados por todo el palacio, mientras que los tsurani de Kasumi están en el exterior, a petición de Lyam. A los señores del este no les gusta, pero Lyam es el heredero y no pueden decirle que no. Con todos los que nos apoyen, podemos apoderarnos del palacio y resistir. Con du Bas-Tyra oculto y Richard de Salador muerto, los señores del este han perdido a sus líderes. Pero hay suficientes señores, con hombres suficientes en sus «guardias de honor» tanto dentro como alrededor de la ciudad, para convertir esta isla en un bonito campo de batalla si huyeran del palacio antes de que se nombrara al rey. No, conservaremos el palacio. Ningún traidor oriental va a salir de aquí para maquinar una traición con Guy el Negro. Cada uno de ellos doblará la rodilla ante el hermano que acepte la corona.

Pug se quedó sorprendido al oír todo aquello.

—¿Apoyará a Martin, entonces?

La voz del anciano Brucal se hizo dura, aunque no la alzó.

—Nadie va a hundir mi reino en una guerra civil, mago. No mientras me quede aliento. Arutha y yo hemos estado hablando. A ninguno de los dos nos gustan las alternativas, pero tenemos claro el proceder a seguir. Si Martin se convirtiese en rey, todos se inclinarán ante él. Si fuera Lyam el que tomase la corona, Martin le jurará lealtad o no abandonará el palacio vivo. Si acaso se rompiera la corona, nos apoderamos de este palacio y ningún señor lo abandona hasta que el consejo haya

nombrado rey a uno de los dos hermanos, aunque nos pasemos un año en ese maldito salón. Ya hemos capturado a varios agentes de Guy en la ciudad. Está aquí, en Rillanon, no cabe duda. Aunque solo pueda salir del palacio un puñado de nobles antes de que se reúna un consejo, tendremos una guerra civil. —Golpeó con el puño la mano abierta—. Malditas sean estas tradiciones. En este mismo momento los sacerdotes se aproximan al palacio, cada paso los acerca más al momento de la elección. Si al menos Lyam hubiera actuado antes, nos hubiera dado más tiempo. O si no hubiera hecho nada. O si pudiéramos haber enjaulado a Guy. O si pudiéramos haber hablado con Martin, pero ha desaparecido...

—Yo he hablado con Martin.

Brucal entrecerró los ojos.

—¿En qué disposición está? ¿Cuáles son sus planes?

—Es un hombre afligido, como bien se imaginará. Que todo esto recaiga sobre él con tan poco tiempo para adaptarse... Siempre supo quién era su padre y apuesto a que se había resignado a llevarse el secreto con él a la tumba, pero ahora, de repente, lo meten de un empujón en el corazón de todo el asunto. No sé lo que hará. No creo que lo sepa hasta que los sacerdotes pongan ante él la corona.

Brucal se acarició la barbilla.

—Que lo supiera y no intentara aprovecharse de ese conocimiento habla bien de él. Pero seguimos sin tener mucho tiempo. —Señaló con un gesto al grupo que aguardaba al lado de la puerta que llevaba al gran salón—. Será mejor que vuelva con su esposa. Y manténgase alerta, mago, pues quizá necesitemos sus artes antes de que acabe este día.

Volvieron con los otros y Brucal se llevó a Vandros y Kasumi al interior, mientras hablaba con ellos en voz baja. Antes de que Katala pudiera hablar, Laurie dijo:

—¿Qué se está tramando? Cuando llevé a Katala y a Kasumi a uno de los balcones que hay sobre el patio, vi a los hombres de Kasumi por todas partes. Por un momento pensé que el Imperio había ganado la guerra. No pude arrancarle ni media.

—Brucal sabe que puede confiar en ellos, que seguirán las órdenes de Kasumi sin cuestionarlas —respondió Pug.

—¿Qué es esto, marido mío? ¿Problemas?

—No hay mucho tiempo para explicaciones. Es posible que haya más de un pretendiente a la corona. Quédate cerca de Kasumi, Laurie, y mantén la espada a mano. Si surge algún problema, sigue a Arutha.

Laurie asintió. Su cara había adoptado una expresión firme, comprendía lo que pasaba. Mientras él entraba en el salón, Katala dijo:

—¿William?

—Está a salvo. Si ocurre algo, será en el salón principal, no en los alojamientos de los invitados. Será después cuando empiece el verdadero dolor. —La expresión de la

joven indicaba que no lo entendía todo, pero aceptó en silencio lo que le decía su marido—. Ven, debemos ocupar nuestros puestos en el interior.

Se apresuraron a entrar en el gran salón y dirigirse a un lugar de honor cerca de la parte anterior. Mientras pasaban al lado de la multitud reunida para ver la coronación del rey, oyeron el zumbido de las voces cuando el rumor barrió la habitación. Se acercó a Kulgan y el fornido mago los saludó con la cabeza. Meecham esperaba unos pasos por detrás, con la espalda pegada a la pared. Sus ojos examinaban la habitación, marcando las posiciones de todos los que estaban a una espada de distancia de Kulgan. Pug notó que el cazador llevaba su viejo cuchillo de hoja larga suelto en la vaina. Quizá no supiera cuál era el problema, pero estaría preparado al instante para proteger a su viejo compañero.

—¿Qué está pasando? —siseó Kulgan—. Todo estaba tranquilo hasta hace unos minutos; ahora la sala entera está alborotada.

Pug inclinó la cabeza hacia el viejo mago.

—Martin podría anunciar su pretensión al trono.

Kulgan abrió los ojos como platos.

—¡Dioses y sirenas! Eso pondría esta corte patas arriba. —Miró a su alrededor y vio que la mayor parte de los nobles del Reino habían ocupado sus lugares dentro del salón. Con un suspiro de pesar dijo—: Ya es demasiado tarde para hacer otra cosa que no sea esperar.

Amos entró trastabillando en el jardín y blasfemando con furia.

—¿Para qué carajo quiere nadie tener todos estos malditos floripondios por ahí?

Martin levantó la vista y cogió por poco la copa de cristal que le había lanzado Amos Trask.

—¿Pero qué...? —dijo mientras Amos la llenaba con el vino de una jarra que llevaba.

—Pensé que te haría falta un estimulante, y un marino para compartirlo.

Martin entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Amos se llenó la copa y tomó un largo trago.

—Ya lo sabe todo el palacio, amigo mío. Lyam no es mal tipo, pero tiene rocas por lastre si cree que puede hacer que un equipo de canteros ponga tu nombre en la tumba de tu padre, y que luego puede hacerlos callar con algo tan insignificante como una orden real. Todos los sirvientes del palacio se enteraron de que tú eras el nuevo primer marino menos de una hora después de que esos muchachos terminaran la obra. Ya está todo en el aire, puedes creerme.

Martin se bebió el vino.

—Gracias, Amos. —Estudió el vino de un color rojo intenso que había en la copa

—. ¿Debo ser rey?

Amos se echó a reír, un sonido afable y cordial.

—Soy de dos opiniones, Martin. En primer lugar, siempre es mejor ser capitán que marinero, y por eso yo soy capitán y no marinero. En segundo lugar, hay ciertas diferencias entre un barco y un reino.

Martin echó una carcajada.

—Pirata, no me sirves de mucha ayuda.

Amos pareció picarse.

—¡Diablos! Te he hecho reír, ¿no? —Se inclinó y apoyó un codo en el muro del jardín mientras se servía más vino—. Mira eso, hay una preciosidad de tres mástiles en el puerto real. No he tenido demasiado tiempo, pero ahora que se anuncia el perdón real, hay muchos chavales, buenos chavales recién salidos del calabozo, a los que les encantaría navegar con el capitán Trenchard. ¿Por qué no dejamos este muelle y nos vamos a recorrer el mundo?

Martin sacudió la cabeza.

—No suena mal. He estado en un barco tres veces en mi vida, contigo, y casi me matan las tres veces.

La expresión de Amos era dolida.

—Las dos primeras veces fue culpa de Arutha, y la tercera no fue culpa mía. Yo no mandé a esos piratas ceresianos que nos persiguieran desde Salador a Rillanon. Además, si te vienes a bordo conmigo, seremos nosotros los que perseguiremos a los demás. El Mar del Reino es un mar completamente nuevo, listo para que lo navegue Trenchard. ¿Qué dices?

El tono de voz de Martin se hizo sombrío.

—No, Amos, para irme a navegar contigo, me volvería al bosque. Pero de lo que debo decidir no se puede huir. Para bien o para mal, soy el primogénito y tengo derecho a ser el primero en reclamar la corona. —Miró a Amos con intensidad—. ¿Crees que Lyam puede ser rey?

Amos sacudió la cabeza.

—Pues claro, pero la cuestión no es esa, ¿verdad? Lo que tú quieres saber es: ¿puede ser Lyam un buen rey? No lo sé, Martin. Pero te diré algo: he visto a muchos marinos palidecer de miedo en la batalla, y sin embargo luchar sin vacilación. A veces no se puede saber de qué es capaz un hombre hasta que llega la hora de que actúe. —Hizo una pausa para considerar sus palabras—. Lyam es bastante buen tipo, como ya he dicho. Está muerto de miedo ante la perspectiva de convertirse en rey, y no me extraña. Pero una vez subido al trono... creo que podría ser un rey bastante bueno.

—Ojalá pudiera saber si tienes razón.

Sonó un carillón y luego empezaron a tañer las grandes campanas.

—Bueno —dijo Amos—. Ya no te queda mucho tiempo para decidir. Los

sacerdotes de Ishap están en las verjas exteriores, y cuando lleguen al salón del trono ya no vale cortar las amarras y zarpar del muelle. Tu rumbo estará fijado.

Martin se apartó del muro.

—Gracias por tu compañía, Amos, y por el vino. ¿Vamos a cambiar el destino del reino?

Amos bebió el último vino que quedaba en la jarra de cristal. La arrojó a un lado, y por encima del ruido del cristal roto dijo:

—Vete tú a decidir el destino del reino, Martin. Yo iré más tarde, quizá, si no puedo hacerme con ese barquito del que te hablé. Puede que volvamos a navegar juntos. Si cambias de opinión acerca de lo de ser rey o decides que necesitas una forma urgente de transporte que te saque de Rillanon, bájate a los muelles antes de la puesta del sol. Yo estaré por allí y siempre serás bienvenido en mi tripulación.

Martin se aferró a su mano con fuerza.

—Que te vaya bien siempre, pirata.

Amos se fue y Martin se quedó solo, ordenando sus pensamientos lo mejor que podía. Luego, tras tomar una decisión, empezó su viaje hasta el salón del trono.

Pug consiguió ver a los que entraban en el gran salón estirando mucho el cuello. El duque Caldric escoltaba a la viuda de Erland, la princesa Alicia, por el largo pasillo que llevaba al trono. Anita y Carline los seguían. De Kulgan procedió el comentario.

—Por esas expresiones tan serias y la palidez, apuesto a que Arutha les ha contado lo que podría ocurrir.

Pug notó que Anita apretaba con fuerza la mano de Carline cuando llegaron a los lugares que tenían destinados.

—Qué difícil, descubrir que tienes un hermano mayor en estas circunstancias.

Kulgan susurró.

—Todos parecen estar tomándose bastante bien.

Unos gongs anunciaron que los sacerdotes ishapianos habían entrado en la antesala, y aparecieron Arutha y Lyam. Los dos llevaban los mantos rojos de príncipes del Reino y se acercaron con rapidez a la parte anterior del salón. Los ojos de Arutha recorrían la sala entera, como si intentara adivinar el estado de ánimo de todos los presentes. Lyam parecía tranquilo, como si de alguna forma se hubiera resignado a aceptar lo que le deparara el destino.

Pug vio que Arutha le susurraba una corta palabra a Fannon, y el viejo Maestre de Armas habló a su vez con el sargento Gardan. Los dos miraron tensos a su alrededor, con las manos cerca de la empuñadura de la espada y vigilando a todo el mundo.

Pug no vio señales de Martin.

—Quizá Martin ha decidido evitar esta situación —susurró.

Kulgan miró a su alrededor.

—No, allí está.

Pug miró hacia donde Kulgan había indicado con un movimiento brusco de la cabeza. Al lado de la pared posterior, cerca de la esquina, se alzaba una columna inmensa. De pie, en medio de las sombras que proyectaba se encontraba Martin. Los rasgos estaban ocultos pero la postura era inconfundible.

Empezaron a repicar las campanas y Pug se dio la vuelta para ver al primero de los sacerdotes ishapianos entrando en el gran salón. Detrás lo seguían los demás, todos caminando al unísono con el mismo paso medido. De las puertas laterales llegó el sonido de los cerrojos que se corrían, ya que era tradición que se sellara el salón desde el comienzo de la ceremonia hasta su fin.

Cuando terminaron de entrar en la sala los dieciséis sacerdotes, las grandes puertas se cerraron tras ellos. El último hizo una pausa ante la puerta, con un pesado bastón de madera en una mano y un gran sello de cera en la otra. Fijó con rapidez el sello a las puertas. Pug vio que el sello tenía grabado el emblema heptagonal de Ishop, y sintió la presencia de la magia en su interior. Sabía que las puertas no las podría abrir más que aquel que había fijado el sello, u otro maestro de las grandes artes, y eso con gran riesgo.

Cuando las puertas quedaron selladas, el sacerdote del bastón continuó entre las filas de sus hermanos, que esperaban entonando plegarias en voz baja. Uno sostenía la nueva corona, labrada por ellos, y que reposaba sobre un cojín de terciopelo de color púrpura. La corona de Rodric había quedado destruida tras el golpe que había terminado con su vida, pero si hubiera sobrevivido se habría enterrado con él, según la tradición. Si hoy no se coronase a un nuevo rey, esta nueva corona se estrellaría contra las piedras del suelo y no se haría una nueva hasta que el Consejo de los Grandes Señores informara a los sacerdotes de que había elegido a un nuevo rey. Pug se maravilló ante la importancia que se le podía atribuir a un aro de oro tan sencillo.

Los sacerdotes siguieron adelante para colocarse ante el trono, donde ya los esperaban otros sacerdotes de las órdenes menores. Como era la costumbre, se le había preguntado a Lyam si deseaba que el sacerdote de su familia oficiara la investidura y había accedido. El padre Tully encabezaba la delegación del Templo de Astalon. Pug sabía que el anciano sacerdote se haría cargo de las cosas con rapidez y sin vacilaciones, independientemente de cuál de los hijos de Borric tomara la corona, y consideró que había sido una sabia elección.

El sacerdote ishapiano principal golpeó con el bastón el suelo, dieciséis golpes uniformes, medidos. El sonido se propagó por toda la sala, y cuando terminó el salón del trono estaba en silencio.

—¡Venimos a coronar al rey! —exclamó el sacerdote principal.

—¡Ishop salve al rey! —respondieron los otros sacerdotes.

—En el nombre de Ishop, el único dios sobre todos, y en el nombre de los cuatro



dioses mayores y los doce dioses menores, que se adelanten todos los que pretendan la corona.

Pug se encontró aguantando la respiración cuando vio a Lyam y Arutha colocarse ante los sacerdotes. Un momento después, Martin salió de las sombras y se adelantó también.

Cuando apareció Martin, hubo un siseo y suspiros ahogados, pues había muchas personas en el salón que o bien no habían oído el rumor o no lo habían creído.

Cuando los tres estuvieron ante el sacerdote, este golpeó el suelo con el pesado bastón.

—Es la hora y este es el lugar. —Luego tocó a Martin en el hombro con el bastón y lo dejó allí mientras decía—. ¿Por qué derecho vienes ante nosotros?

Martin habló con voz clara y fuerte.

—Por el derecho de nacimiento. —Pug sintió la presencia de la magia. Los sacerdotes no dejaban que la pretensión al trono quedara sujeta al honor y la tradición nada más. Al tocarlo el bastón, nadie podía perjurar.

Se repitió el mismo procedimiento y dieron la misma respuesta Lyam y Arutha.

De nuevo descansó el bastón sobre el hombro de Martin cuando el sacerdote le pidió:

—Declara tu nombre y tu pretensión.

Resonó la voz de Martin.

—Soy Martin, primogénito de Borric, primogénito de sangre real.

Un ligero zumbido recorrió el salón, acallado por el golpe seco del bastón del sacerdote en el suelo. Se colocó el bastón sobre el hombro de Lyam y este respondió:

—Soy Lyam, hijo de Borric, de sangre real.

Se oyeron unas cuantas voces que decían:

—¡El heredero!

El sacerdote dudó un momento y luego le repitió la pregunta a Arutha, que respondió:

—Soy Arutha, hijo de Borric, de sangre real.

El sacerdote miró a los tres jóvenes y luego le dijo a Lyam:

—¿Eres tú el heredero reconocido?

Lyam respondió con el bastón apoyado en su hombro.

—El derecho de sucesión se me otorgó al ignorarse la existencia de Martin. Es un falso legado, pues Rodric pensó que era yo el varón conDoin de mayor edad.

El sacerdote retiró el bastón y conversó con sus compañeros. La sala permaneció en silencio mientras los sacerdotes se reunían para discutir aquel imprevisto giro de los acontecimientos. El tiempo pasaba como una tortura, hasta que al fin el sacerdote principal se giró de nuevo para mirarlos. Confirió a otro el bastón y le entregaron el aro de oro que era la corona del Reino. Pronunció una breve plegaría:

—Ishap, concédenos a todos los reunidos dirección y sabiduría en este asunto. Que el designado haga el bien. —Y con una voz fuerte dijo—: Que la designación de sucesor tiene tachas es obvio. —Colocó la corona ante Martin—. Martin, como hijo primogénito de sangre real, tienes derecho a pretender el primero la corona. ¿Querrás tú, Martin, aceptar esta carga y querrás ser nuestro rey?

Martin miró la corona. Se cernió sobre la sala un profundo silencio mientras todos los ojos se clavaban en aquel hombre alto vestido de verde. La multitud aguantó el aliento mientras esperaba su respuesta.

Luego Martin extendió la mano poco a poco y tomó la corona del cojín sobre el que descansaba. La levantó, y todas las miradas la siguieron cuando captó un rayo de sol que entraba por una alta ventana, esparciendo una gloria de chispas por todo el salón.

La alzó sobre su cabeza y dijo:

—Yo, Martin, por la presente abduco de mi pretensión a la corona del Reino de las Islas, ahora y para siempre, en mi nombre y en el nombre de todos mis descendientes de ahora en adelante y hasta la última generación. —Se movió de repente y colocó la corona sobre la frente de Lyam. La voz de Martin resonó una vez más, y sus palabras adquirieron un tono de desafío—. ¡Salve a Lyam! ¡Rey verdadero e incontrovertible!

Hubo una pausa mientras todos los presentes en el salón comprendían lo que habían visto. Luego, Arutha se enfrentó a una multitud aturdida y silenciosa y su voz llenó el aire.

—¡Salve a Lyam! ¡Rey verdadero e incontrovertible!

Lyam se encontró flanqueado por sus hermanos, uno a cada lado, y la sala entera estalló en gritos y vítores.

—¡Salve a Lyam! ¡Salve al rey!

El sacerdote principal dejó que continuaran los gritos durante un rato y luego recuperó el bastón y golpeó el suelo, trayendo de nuevo el silencio. Miró a Lyam y dijo:

—¿Querrás tú, Lyam, aceptar esta carga y querrás ser nuestro rey?

Lyam miró al sacerdote y respondió:

—Seré vuestro rey.

Una vez más la sala se llenó de vítores y el sacerdote principal dejó pasar el estrépito sin hacer nada. Pug miró y vio alivio en los rostros de muchos: Brucal, Caldric, Fannon, Vandros y Gardan, todos los que se habían preparado para afrontar los problemas.

Una vez más silenció el sacerdote principal la sala con los golpes de su bastón.

—Tully de la orden de Astalon —llamó, y el viejo sacerdote de la familia se adelantó.

Otros sacerdotes despojaron a Lyam del manto rojo, que sustituyeron con el

manto púrpura de los reyes. Los sacerdotes se apartaron y Tully se colocó ante Lyam. A Martin y Arutha les dijo:

—Todos en el Reino os agradecen vuestra templanza y sabiduría. —Los hermanos se alejaron de Lyam y volvieron a ocupar sus puestos con Anita y Carline.

Carline ofreció a Martin una cálida sonrisa, lo cogió de la mano y susurró:

—Gracias, Martin.

Tully miró a la multitud y entonó:

—Es la hora y este es el lugar. Nos hemos reunido aquí para presenciar la coronación de Su Majestad, Lyam, primero de ese nombre, como nuestro rey verdadero. ¿Hay aquí alguien que cuestione sus derechos?

Había varios señores orientales que no parecían muy contentos, pero no se planteó ninguna objeción. Tully miró una vez más a Lyam, que se hincó de rodillas ante el sacerdote. Tully colocó la mano sobre su cabeza.

—Es la hora y este es el lugar. Sobre ti ha recaído esta carga, Lyam, primero de ese nombre, hijo de Borric, del linaje real de los conDoin. ¿Querrás aceptar esta carga y querrás ser nuestro rey?

Lyam respondió:

—Seré vuestro rey.

Tully quitó la mano de la cabeza de Lyam y la bajó para cogerle la mano y aferrar el sello real que llevaba.

—Es la hora y este es el lugar. Tú, Lyam conDoin, hijo de Borric, de linaje real, ¿juras defender y proteger el Reino de las Islas, sirviendo fielmente a su pueblo, para asegurar su bienestar, riqueza y prosperidad?

—Yo, Lyam, así juro y declaro.

Tully empezó entonces una larga liturgia. Luego, cuando terminaron las plegarias, Lyam se levantó. Tully se quitó la mitra ritual y se la entregó al Sacerdote Principal de Ishap, que se la pasó a otro sacerdote de la orden de Tully. Tully se arrodilló ante Lyam y le besó el sello. Luego se levantó y lo escoltó hasta el trono, mientras el sacerdote ishapiano entonaba:

—¡Que Ishap bendiga al rey!

Lyam se sentó. Se trajo una antigua espada que antaño había llevado Dannis, el primer rey conDoin, y la colocaron sobre sus rodillas, en señal de que defendería al Reino con su vida.

Tully se volvió e hizo un gesto al Sacerdote Principal de Ishap, que golpeó el suelo con su bastón.

—Ahora ha pasado la hora de nuestra elección. Por la presente proclamo a Lyam I nuestro certero, verdadero e incontestable rey.

La multitud respondió con un rugido.

—¡Salve a Lyam! ¡Larga vida al rey!

Los sacerdotes de Ishop entonaron plegarias en voz baja y el sacerdote principal los guio hasta la puerta. Golpeó el sello de cera con el bastón, quebrándolo con un crujido. Golpeó la puerta tres veces más y los guardias que había en el exterior la abrieron. Antes de salir, entonaron la última frase del ritual de la coronación. A los que estaban fuera del salón, y que no gozaban del privilegio de contemplar la ceremonia, les anunció:

—Que se haga saber a todos: ¡Lyam es nuestro rey!

Más rápida que el vuelo de un pájaro, la noticia salió del salón, atravesó el palacio y entró en la ciudad. Los que celebraban en las calles brindaron por el nuevo monarca y ni uno solo entre mil supo lo cerca que había estado el desastre de visitar el Reino aquel día.

Los sacerdotes ishapianos dejaron el salón y todos los ojos se volvieron hacia el nuevo gobernante del Reino.

Tully hizo un gesto a los miembros de la familia real y Arutha, Martin y Carline se acercaron a su hermano. Lyam extendió la mano y Martin se arrodilló y besó el sello de su hermano, seguido de Arutha y luego Carline.

Alicia llevó a Anita hasta el trono, las primeras de la larga fila de nobles que las siguieron, y empezó así el largo proceso de aceptar la lealtad de los pares del reino. Lord Caldric dobló la rodilla temblorosa ante su rey, y había lágrimas de alivio en su rostro cuando se levantó. Cuando Brucal juró lealtad, habló un momento con el rey al levantarse y Lyam asintió.

Luego llegó el turno del resto de los nobles del Reino, hasta que, horas más tarde, el último de los Barones de las Fronteras, los guardianes de las Marcas del Norte, vasallos de ningún Gran Señor salvo el rey, se levantaron y volvieron a colocarse con los demás del salón.

Tras entregarle la espada de Dannis a un paje que aguardaba a su lado, Lyam se levantó y dijo:

—Es nuestro deseo que se celebre esta ocasión, pero hay asuntos de estado que se deben atender de inmediato. La mayor parte son de naturaleza feliz, pero hay un triste deber que se debe cumplir. Hoy hay alguien ausente, alguien que quiso acceder al trono sobre el que tenemos el privilegio de sentarnos. Que Guy du Bas-Tyra urdió una traición no se puede negar. De que cometió un infecto asesinato no cabe duda. Pero era deseo del difunto rey que se mostrara piedad en este asunto. Puesto que fue uno de los últimos deseos de Rodric, concederé esa dádiva, aunque para nos sería un gran placer ver como Guy du Bas-Tyra paga por todos sus crímenes. Que se haga saber desde este día que Guy du Bas-Tyra queda declarado malhechor y se lo destierra de nuestro Reino, y que pierde sus títulos y tierras, que incauta la corona. Que su nombre y su blasón se borren del índice de los Grandes Señores del Reino. Que ningún hombre le ofrezca refugio, fuego, comida o agua. —Dirigiéndose a los grandes

señores reunidos, añadió—: Algunos de los presentes han sido aliados del antiguo duque, así que no dudamos que oír nuestra sentencia. Decidle que huya, que vaya a Kesh, Queg o Roldem. Decidle que se oculte en las Tierras del Norte si nadie más lo acepta, pero si se lo encontrase dentro de nuestras fronteras en el plazo de una semana, perderá la vida.

Ninguno de los presentes en la sala habló por un momento; luego Lyam dijo:

—Ha sido una época de gran dolor y sufrimiento en nuestros reinos; embarquémonos ahora en una nueva época, una época de paz y prosperidad. —Indicó con un gesto a sus dos hermanos que volvieran a su lado, y al acercarse Arutha miró a Martin. De repente sonrió abiertamente, y con una inesperada muestra de emoción abrazó a Martin y a Lyam. Durante apenas un instante todos quedaron callados en la sala mientras los tres hermanos se abrazaban con fuerza; luego, de nuevo los vítores llenaron la habitación.

Mientras continuaba el clamor, Lyam habló con sus hermanos. Al principio, Martin esbozó una amplia sonrisa. Luego, de repente, le cambió la expresión. Tanto Arutha como Lyam asentían con vigor, pero el rostro de Martin había empalidecido por completo. Empezó a decir algo con una actitud intensa y quejosa, pero Lyam lo interrumpió y alzó la mano para pedir silencio.

—Hay un nuevo orden de cosas en nuestro Reino. Que sea sabido por todos que, desde este día en adelante, nuestro querido hermano Arutha es el Príncipe de Krondor, y hasta el momento en que haya un hijo en nuestra casa será el heredero del trono. —Arutha no parecía especialmente contento, como mínimo. Luego Lyam continuó—. Y es nuestro deseo que el Ducado de Crydee, hogar de nuestro padre, permanezca en manos de nuestra familia durante el tiempo que dure su linaje. Con ese fin nombro a Martin, nuestro amado hermano, Duque de Crydee, con todas las tierras, títulos y privilegios correspondientes al mismo.

Un vítor surgió de nuevo entre la multitud. Martin y Arutha se alejaron un poco de Lyam y el nuevo rey dijo:

—Que el Conde de LaMut y el Caballero Capitán de LaMut se acerquen al trono.

Kasumi y Vandros se aproximaron. Kasumi llevaba todo el día nervioso, ya que Vandros había depositado una gran confianza en él. Su impasibilidad tsurani se impuso, y se colocó al lado de Vandros al llegar al trono.

Los dos hombres se arrodillaron ante Lyam, que dijo:

—Mi señor Brucal nos ha pedido que haga este feliz anuncio: su vasallo, el conde Vandros, desposará en breve a su hija, Lady Felinah.

Desde las filas de los nobles se oyó la voz de Brucal que decía con toda claridad:

—Y ya era hora.

Varios de los cortesanos más antiguos de la corte de Rodric se quedaron pálidos, pero Lyam se unió a las risas de los demás.

—Es también deseo del duque que se le permita retirarse a sus haciendas, para buscar allí la recompensa que merecen tantos años de servicio al Reino. Le hemos dado nuestro consentimiento. Y dado que no tiene hijos varones, es también su deseo que su título pase a alguien capaz de continuar su servicio al Reino, alguien que ha mostrado un talento fuera de lo común en el mando de la guarnición lamutiana de los ejércitos del Oeste durante el último conflicto. Por sus muchos actos de valentía y el fiel servicio que ha prestado, por la presente aprobamos su matrimonio y nos complace nombrar a Vandros Duque de Yabon, con todas las tierras, títulos y privilegios correspondientes al mismo. Levantaos, Lord Vandros.

Vandros se puso en pie, un poco conmovido, y luego volvió al lado de su futuro suegro. Brucal le dio una cariñosa palmada en la espalda y le estrechó la mano con fuerza. Lyam se dirigió entonces a Kasumi y sonrió.

—Está alguien ante nos que no hace tanto se contaba entre nuestros enemigos. Ahora lo contamos entre nuestros más leales súbditos. Kasumi de los Shinzawai, por todos tus esfuerzos para traer la paz a dos mundos en guerra, y por tu sabiduría y coraje en la defensa de nuestras tierras contra la Hermandad de la Senda Oscura, te concedemos el mando de la guarnición de LaMut y te nombramos Conde de LaMut, con todas las tierras, títulos y privilegios correspondientes al mismo. Levantaos, conde Kasumi.

Kasumi se había quedado sin habla. Extendió la mano con lentitud y cogió la mano del rey, como había visto hacer a los otros nobles, y besó el sello. Al rey le dijo:

—Mi señor rey, mi vida y mi honor a vuestro servicio empeño.

—Mi señor Vandros —dijo Lyam—, ¿aceptáis al conde Kasumi como vuestro vasallo?

Vandros esbozó una amplia sonrisa.

—Por ventura que sí, Sire.

Kasumi se reunió con Vandros con los ojos iluminados por el orgullo. Brucal le administró otra vigorosa palmada en la espalda.

Se concedieron varios títulos más, ya que había algunas vacantes tras las intrigas de la corte de Rodric y las muertes en la guerra. Cuando ya parecía que se había atendido a todo, Lyam dijo:

—Que el escudero Pug de Crydee se acerque al trono.

Pug miró a Katala y Kulgan, sorprendido de que lo llamara.

—¿Qué...?

Kulgan le dio un pequeño empujón.

—Vete a averiguarlo.

Pug se puso ante Lyam y se inclinó. El rey dijo:

—Lo que se ha hecho fue un asunto privado entre nuestro padre y este hombre. Ahora es nuestro deseo que todo nuestro reino sepa que el nombre de este hombre,

antaño llamado Pug, el huérfano de Crydee, se ha inscrito en los pergaminos de nuestra familia. —Extendió la mano y Pug se arrodilló ante él. Lyam presentó su sello y luego cogió a Pug por los hombros y le pidió que se levantara—. Como fue deseo de nuestro padre, así también es el nuestro. Desde este día, que todo el Reino sepa que este hombre es Pug conDoin, miembro de la familia del rey.

Muchos de los presentes en la sala quedaron sorprendidos por la adopción y ascenso de Pug, pero aquellos que conocían sus hazañas lo aclamaron con entusiasmo cuando Lyam dijo:

—Contemplad a nuestro primo Pug, Príncipe del Reino.

Katala hizo caso omiso de todas las normas del protocolo y corrió a abrazar a su marido. Varios señores orientales fruncieron el ceño, pero Lyam se echó a reír y la besó en la mejilla.

—¡Vamos! —exclamó Lyam—. Es ya la hora de las celebraciones. Que entren los bailarines, los músicos y los saltimbanquis. Que se traigan mesas y se coloque sobre ellas comida y vino. ¡Que reine la alegría!

Las festividades prosiguieron. Las celebraciones habían continuado sin restricciones durante toda la tarde. Un heraldo situado al lado de la mesa del rey le leía los mensajes de los que no habían podido asistir, muchos nobles y el rey de Queg, así como los monarcas de los pequeños reinos de las costas orientales. Importantes mercaderes y Maestros de los Gremios de las Ciudades Libres también enviaban sus felicitaciones. También hubo mensajes de Aglaranna y Tomas, y de los enanos del Oeste, de la Montaña de Piedra y de las Torres Grises. El viejo rey Halfdan, regente de los enanos del Este en Dorgin, enviaba sus mejores deseos e incluso Kesh la Grande había enviado saludos, junto con una solicitud para celebrar más reuniones y dirimir de forma pacífica el asunto del Valle de los Sueños. El mensaje lo había firmado la Emperatriz en persona.

Al oír el último mensaje, Lyam le dijo a Arutha:

—Para que Kesh nos haya enviado un mensaje personal en tan corto espacio de tiempo, la Emperatriz debe jactarse de tener los espías más dotados de Midkemia. Tendrás que tener mucho ojo en Krondor.

Arutha suspiró, no demasiado feliz por la perspectiva. Pug, Laurie, Meecham, Gardan, Kulgan, Fannon y Kasumi, todos se sentaban a la mesa real. Lyam había insistido en que se unieran a la familia. El nuevo Conde de LaMut todavía parecía conmocionado por el título pero era obvia su felicidad, e incluso en medio de la ruidosa sala se podía escuchar el jaleo que armaban sus guerreros en el exterior, cantando canciones de celebración tsurani. Pug pensó en lo incómodos que debían de sentirse los criados y pajes de la casa real.

Katala se reunió con su marido y le informó de que su hijo estaba echando la

siesta, así como Fantus, agotados los dos de tantos juegos.

—Espero que su animalito sea capaz de soportar una exasperación tan constante —dijo a Kulgan.

El mago se echó a reír.

—Fantus se crece con las atenciones.

—Con todas esas recompensas que se han repartido, Kulgan, me sorprende que no se te mencionara —dijo Pug—. Le has prestado un servicio fiel a la familia del rey durante más tiempo que nadie, salvo Tully y Fannon.

Kulgan dio un bufido.

—Tully, Fannon y yo nos reunimos con Lyam ayer, antes de saber que iba a reconocer a Martin y alborotar así a toda la corte. Empezó a farfullar algo sobre títulos, distinciones y demás, pero todos le rogamos que no lo hiciera. Cuando empezó a protestar, le dije que no me importaba lo que hiciera por Tully y Fannon, pero que si intentaba ascenderme delante de toda esa gente, lo convertiría directamente en sapo.

Anita, que había escuchado el intercambio, lanzó una carcajada.

—¡Entonces es cierto!

Pug, que se acordaba de la conversación que había sostenido con Anita en Krondor tantos años antes, se unió a las carcajadas. Recordó todo lo que le había ocurrido durante los años transcurridos desde la primera vez que había llegado por casualidad a la cabaña que tenía Kulgan en los bosques, y reflexionó durante un momento. Después de correr tantos riesgos y enfrentarse a tantos conflictos, estaba a salvo con su familia y sus amigos, con una gran aventura, la construcción de la academia, todavía por delante. Pensó que ojalá unos cuantos (Hochopepa, Shimone, Kamatsu, Hokanu, así como Almorella y Netoha) pudieran compartir su felicidad. Y hubiera deseado que Ichindar y los Grandes Señores del Alto Consejo supieran la verdadera razón que había provocado la traición del día de la conferencia de paz. Y, sobre todo, deseó que Tomas hubiera podido reunirse con ellos.

—¿Tan pensativo, marido mío?

Pug salió de su ensueño y sonrió.

—Cariño, estaba pensando que en todo soy un hombre muy afortunado.

Su esposa puso la mano sobre la de él y le devolvió la sonrisa. Tully se inclinó sobre la mesa y ladeó la cabeza para señalar hacia el otro extremo, donde Laurie se encontraba cautivado por Carline, que se reía de algún comentario ingenioso que había hecho el joven. Era obvio que lo encontraba tan encantador como Pug le había prometido; lo cierto es que parecía embelesada.

—Creo que reconozco esa expresión en el rostro de Carline —dijo—. Me parece que Laurie está a punto de meterse en un buen lío.

—Conociendo a nuestro amigo Laurie, es un lío que estará encantado de aceptar



—replicó Kasumi.

Tully parecía pensativo.

—Existe cierto ducado en Bas-Tyra que busca ahora duque, y ese parece un joven bastante competente. Hmm.

Kulgan ladró entonces.

—¡Ya basta! ¿Es que no has tenido pompa suficiente para un día? ¿Tienes que ponerte a casar al pobre muchacho con la hermana del rey sólo para poder volver a oficiar en palacio? ¡Por todos los dioses! ¡Se acaban de conocer!

Tully y Kulgan parecían a punto de lanzarse a otro de sus famosos debates, cuando Martin los interrumpió a los dos.

—Vamos a cambiar de tema. Me da vueltas la cabeza, y lo último que nos hace falta son vuestras riñas constantes.

Tully y Kulgan intercambiaron una mirada sorprendida y luego sonrieron los dos. Como uno solo dijeron:

—Sí, mi señor.

Martin gimió mientras los más cercanos se unían a las risas de los demás. Sacudió la cabeza.

—Es tan extraño, después de tanto miedo y preocupaciones hace tan poco tiempo... Bueno, casi decido irme con Amos. —Levantó entonces la vista—. ¿Dónde está Amos?

Al oír el nombre del marino, Arutha también levantó la vista de la conversación que mantenía con Anita.

—¿Dónde está ese pirata?

—Dijo algo sobre hacerse con un barco —respondió Martin—. Pensé que solo estaba bromeando, pero no le he visto desde la coronación.

—¡Pretende hacerse con un barco! ¡Por las lágrimas de todos los dioses! —dijo Arutha, incorporándose—. Con el permiso de Su Majestad.

—Vete a buscarlo y tráelo —dijo Lyam—. Por todo lo que me has contado, se merece un premio.

Martin se levantó.

—Cabalgaré contigo —dijo.

Arutha sonrió.

—Será un placer.

Los dos hermanos salieron a toda prisa de la sala, y en poco tiempo habían llegado al patio. Los criados y los pajes sostenían los caballos para los invitados que se iban temprano. Arutha y Martin agarraron a los dos primeros que vieron, dejando sin más ceremonias a dos nobles menores sin montura. Los dos se quedaron allí con la boca abierta, a medio camino entre la cólera y el asombro.

—Mis disculpas, señores míos —gritó Arutha mientras galopaba hacia la verja.

Tras atravesar las verjas del palacio, cruzaron el puente de arcos sobre el río Rillanon.

—¡Dijo que zarparía al atardecer! —anunció Martin.

—¡Eso no nos da demasiado tiempo! —gritó Arutha. Volaron por las calles sinuosas que llevaban al puerto.

La ciudad estaba repleta de gente que celebraba la coronación, y varias veces tuvieron que reducir la velocidad para evitar hacerles daño a los que atestaban las calles. Llegaron a los muelles y detuvieron las monturas.

Había un único guardia sentado, como si durmiera, ante la entrada de los muelles reales. Arutha se bajó de un salto del caballo y sacudió al hombre. Al guardia se le cayó el yelmo de la cabeza al derrumbarse con un ruido sordo en el suelo.

Arutha lo examinó.

—Está vivo, pero tendrá un buen dolor de cabeza mañana.

Volvió a montar y recorrieron a toda velocidad el largo embarcadero de Rillanon, hasta llegar al último muelle. Los recibieron los gritos de los hombres que aparejaban un barco cuando guiaron a los caballos hacia el extremo de un largo atracadero.

Un hermoso velero se iba alejando poco a poco de los muelles, y cuando se acercaron, Martin y Arutha vieron a Amos Trask de pie sobre el alcázar. Los saludó con la mano levantada, aún lo bastante cerca para que pudieran ver la amplia sonrisa en su rostro.

—¡Ja! ¡Parece que todo termina bien!

Arutha y Martin desmontaron mientras crecía lentamente la distancia entre el barco y el muelle.

—¡Amos! —gritó Arutha.

Amos señaló hacia un edificio lejano.

—Los muchachos que vigilaban aquí están todos en ese almacén. Están un poco magullados, pero están vivos.

—¡Amos! ¡Ese es el barco del rey! —chilló Arutha, mientras hacía gestos para que el barco regresara.

Amos Trask se echó a reír.

—Pensé que el *Golondrina Real* era un nombre magnífico. Bueno, dile a tu hermano que se lo devolveré algún día.

Martin empezó a reírse y Arutha se unió a las carcajadas.

—¡Eh, tú, pirata! —gritó el hermano menor—. ¡Haré que te lo regale!

Con una exclamación de desesperación, Amos dijo:

—¡Ay, Arutha, eres un auténtico aguafiestas!